

**EDITADO POR**

# GEORGE R. R. MARTIN

**Del autor de JUEGO DE TRONOS**

## WILD CARDS III

**JOKERS SALVAJES**





Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

15 de septiembre de 1986, las calles de Nueva York bullen por la celebración del Día Wild Card, la fiesta que una vez al año recuerda la llegada del virus que daría origen a los Ases y los Jokers.

Es una jornada de fuegos artificiales, desfiles y mítines políticos, y este año promete ser la más espectacular de todas. Pero en las sombras acecha un genio siniestro al que no le importa la fiesta. Al Astrónomo sólo le preocupa una cosa, la destrucción. Nueva York está a punto de presenciar el choque entre dos superfuerzas.



George R. R. Martin

**Jokers salvajes**

**Wild Cards - 3**

## Prólogo

---

Está el Mardi Gras de Nueva Orleans, el Carnaval de Río, fiestas y festivales y días de los fundadores a cientos. Los irlandeses tienen el Día de San Patricio, los italianos, el Día de la Raza, la nación, su cuatro de julio. La historia está llena de cabalgatas y mascaradas, bacanales, desfiles religiosos y espectáculos patrióticos.

El Día Wild Card es un poco de todo eso y más.

El 15 de septiembre de 1946, en el frío cielo de la tarde, sobre Manhattan, Jetboy murió y el xenovirus taquisiano conocido coloquialmente como «wild card» se liberó en el mundo.

No está claro cuándo empezaron las celebraciones pero, a finales de los sesenta, los que habían sufrido el contacto con el wild card y habían vivido para contarlos, los jokers y ases de Nueva York, habían hecho suyo el día.

El 15 de septiembre se convirtió en el Día Wild Card. Un momento para las celebraciones y los lamentos, para la pena y la alegría, para recordar a los muertos y apreciar la vida. Un día de fuegos artificiales y ferias en la calle y desfiles, de bailes de máscaras y actos políticos y banquetes conmemorativos, un día para beber y hacer el amor y pelearse en los callejones. Cada año las festividades resultaban mayores y más acaloradas. Las tabernas, los restaurantes y los hospitales batían récords, los medios empezaron a darse cuenta y finalmente, por supuesto, llegaron los turistas.

Una vez al año, sin autorización ni estatuto, el Día Wild Card se apoderaba de Jokertown y Nueva Yorky el carnaval del caos reinaba en las calles.

El 15 de septiembre de 1986 era el cuadragésimo aniversario.



## Capítulo uno

---

6.00 horas

En la Quinta Avenida estaba tan oscuro y silencioso como siempre.

Jennifer Maloy observó las farolas y el flujo regular del tráfico y frunció los labios con disgusto. No le gustaba toda aquella luz y actividad, pero no podía hacer mucho al respecto. Al fin y al cabo, era el cruce de la Quinta Avenida con la calle 73 de la ciudad que nunca duerme. Había estado igual de bullicioso las últimas mañanas, en las que había pasado comprobando el área, y no tenía razones para esperar que las condiciones fueran mejores.

Con las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina, pasó de largo un bloque de apartamentos de piedra gris y una altura de cinco plantas y se deslizó en el callejón que había tras él. Allí había oscuridad y silencio. Se adentró en una zona del paso que estaba tapada por un contenedor de basura y sonrió.

No importaba cuántas veces lo hubiera hecho, pensó, seguía siendo excitante. El pulso se le aceleró y empezó a respirar más rápido, ansiosa, mientras se ponía una máscara que ocultaba sus rasgos finamente esculpidos y escondía la masa de cabello rubio recogida en un moño detrás de la cabeza. Se quitó el abrigo, lo dobló pulcramente y lo depositó junto al contenedor. Debajo sólo llevaba un diminuto bikini y unas deportivas. Tenía un cuerpo esbelto y elegantemente musculoso, pechos pequeños, caderas estrechas y piernas largas. Se inclinó, se desató los cordones, se quitó las zapatillas y las dejó junto a la gabardina.

Pasó una mano por la pared trasera del bloque de apartamentos, casi acariciándola, sonrió y después simplemente la atravesó.



Se oía el sonido de una motosierra hincándose en madera empapada. El chirrido de los dientes metálicos hacía que a Jack le dolieran los suyos propios; el chico, demasiado familiar, se esforzaba en esconderse en lo más hondo de la maraña de cipreses del pantano.

—¡Está ahí, en alguna parte!

Era su tío Jacques. La gente de Atelier Parish le llamaba Snake Jake. A sus espaldas.

El muchacho se mordió los labios para evitar gritar. Mordió más fuerte, hasta hacerse sangre, para evitar transformarse. A veces funcionaba. A veces.

La sierra de acero rechinó de nuevo al hincarse en el húmedo ciprés. El chico se sumergió, bien hondo; se le metió agua marrón salobre en la boca y en la nariz. Cuando el pantano le cubrió por completo la cara se atragantó.

—¡Os lo dije! ¡Ese cebo para caimanes está justo ahí, pilladle!

Otras voces se unieron.

El filo de la motosierra chirrió una vez más.

Jack Robicheaux se agitó en la oscuridad; un brazo embrollado en la sudorosa sábana, el otro tratando de alcanzar el teléfono. Estampó la lámpara Tiffany contra la pared, soltó un taco cuando logró cogerla como pudo por su base de pétalos y tallos y la estabilizó en la mesita de noche y después sintió la fría suavidad del teléfono. Descolgó el auricular a mitad del cuarto tono.

Jack empezó a maldecir de nuevo. ¿Quién diablos tenía su número? Bagabond lo sabía, pero estaba en otra habitación, allí en su casa. Antes de que pudiera acercar los labios al aparato lo supo.

—¿Jack? —dijo la voz al otro extremo de la línea. La estática a larga distancia distorsionó el sonido por un segundo—. Jack, soy Elouette. Te llamo desde Louisiana.

Sonrió en la oscuridad.

—Me figuraba que estabas ahí. —Pulsó con brusquedad el interruptor de la lámpara pero no pasó nada. El filamento debió de haberse roto al caer la lámpara.

—La verdad es que nunca había llamado tan lejos —dijo Elouette—. Siempre marcaba Robert.

—Robert era su marido.

—¿Qué hora es? —dijo Jack. Buscó a tientas su reloj.

—Las cinco de la mañana o por ahí —dijo su hermana.

—¿Qué pasa? ¿Es Ma? —Por fin se estaba despertando, librándose de los últimos retazos de su sueño.

—No, Jack, Ma está bien. No le va a pasar nada, nos sobrevivirá a los dos.

—Entonces, ¿qué? —Se dio cuenta de lo áspero de su tono de voz e intentó suavizarlo. Era sólo que las palabras de Elouette eran tan lentas y sus pensamientos tan interminables...

El silencio, interrumpido por ráfagas de estática, se dilató en la línea. Finalmente, Elouette dijo:

—Es mi hija.

—¿Cordelia? ¿Qué le pasa? ¿Pasa algo malo?

Otro silencio.

—Se ha escapado.

Jack experimentó una reacción extraña. Al fin y al cabo, él también había huido, un montón de años atrás. Había huido cuando era muchísimo más joven que Cordelia; ¿cuántos años tendría ahora, quince, dieciséis?

—Dime qué ha pasado —le dijo en tono tranquilizador.

Elouette se lo explicó. Cordelia (dijo) apenas había dado señal alguna. La chica no había bajado a desayunar la mañana anterior. También habían desaparecido maquillaje, ropa, dinero y una bolsa de viaje. Su padre había hecho las comprobaciones pertinentes con los amigos de Cordelia; no eran muchos. Había llamado al sheriff del condado. Las patrullas habían hecho correr la voz. Nadie la había visto. La hipótesis más sólida de las autoridades era que la chica había hecho autostop en la carretera.

El sheriff había sacudido la cabeza con tristeza:

—Parece que eso hizo la chica —dijo—, bueno, tenemos motivos para preocuparnos.

Había hecho todo lo que había podido pero aquello había consumido un tiempo precioso. Al final, fue el padre quien tuvo una idea: una chica con la misma cara («la cosita más bonita que he visto en un mes», había dicho el vendedor de billetes) y el mismo cabello largo, abundante y negro («negro como el cielo en una noche de luna nueva en los pantanos», dijo un portero) se había subido a un bus en Baton Rouge.

—Era de la compañía Greyhound —dijo Elouette—. Billeto de ida a Nueva York. Para cuando lo descubrimos, la policía dijo que no tenía mucho sentido intentar pararlo en Nueva Jersey.

La voz le tembló ligeramente, como si quisiera llorar.

—Todo irá bien —dijo Jack—. ¿Cuándo se supone que llega?

—Sobre las siete —dijo Elouette—. Las siete de ahí.

—Merde. —Jack sacó las piernas de la cama y se incorporó en la oscuridad.

—¿Puedes ir allí, Jack? ¿Puedes buscarla?

—Claro —dijo—. Pero tengo que salir ahora mismo para Port Authority o no llegaré a tiempo.

—Gracias —dijo Elouette—. ¿Me llamarás cuando la encuentres?

—Te llamaré. Entonces yaharemos qué hacer después. Ahora me voy, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, aquí estaré. A lo mejor Robert ya habrá vuelto también. —Su voz estaba llena de confianza—. Gracias, Jack

Colgó el teléfono y avanzó trastabillando por la habitación. Encontró el interruptor de la pared y por fin fue capaz de ver en el dormitorio sin ventanas. La ropa de trabajo de la víspera estaba esparcida por el tosco banco de tablones que había a un lado. Jack se puso los vaqueros gastados y una camiseta verde de



algodón. Hizo una mueca ante sus fragantes calcetines del trabajo pero no tenía otra cosa. Como hoy era su día libre, había pensado pasarlo en la lavandería. Se ató rápidamente las botas de cuero con puntera de acero, pasando los cordones por cada dos pares de agujeros.

Cuando abrió la puerta que conducía al resto del hogar, Bagabond, los dos enormes gatos, una horda de gatitos y un mapache con antifaz estaban en el umbral mirándole en silencio. En la penumbra del salón iluminado tan sólo por una lámpara, más allá, Jack distinguió el brillo del cabello castaño oscuro de Bagabond y sus ojos aún más oscuros, sus pómulos altos ensombrecidos y la luminosidad de su piel.

—¡Por el amor de Dios! —dijo retrocediendo—. No me asustes así.

Respiró hondo y sintió que la piel dura y granulosa del dorso de sus manos volvía a ser suave.

—No era mi intención —dijo Bagabond.

El gato negro se frotó contra la pierna de Jack, restregando el lomo a lo largo de la rótula del hombre. Su ronroneo sonaba como un alegre molinillo de café.

—He oído el teléfono. ¿Estás bien?

—Te lo contaré de camino a la puerta. —Le dio un resumen a Bagabond cuando se paró en la cocina para verter los últimos posos de café de la noche anterior en una taza de plástico que pudiera llevarse.

La mujer le tocó la muñeca.

—¿Quieres que vengamos? En un día como éste, unos cuantos ojos más podrían ser valiosos en la estación de autobuses.

Jack negó con la cabeza.

—No debería haber ningún problema. Tiene dieciséis años y no ha estado nunca en una gran ciudad. Sólo ha visto mucha tele, dice su madre. Estaré en la puerta misma del bus para recogerla.

—¿Lo sabe ella? —preguntó Bagabond.

Jack se agachó para acariciar rápidamente al gato negro detrás de las orejas; la tricolor maulló y se acercó reclamando su turno.

—No. Probablemente iba a llamarme al llegar aquí. Así que esto ahorrará tiempo.

—La oferta sigue en pie.

—Estaré de vuelta con ella para el desayuno, antes de que te des cuenta. —Jack hizo una pausa—. O quizá no. Querrá hablar, de modo que tal vez la lleve al Automat. No habrá visto nada parecido en Atelier. —Se levantó y los gatos maullaron decepcionados—. Además, tienes una cita con Rosemary, ¿no?

Bagabond asintió dubitativamente.

—A las nueve.

—Pues no te preocupes. A lo mejor podemos comer todos juntos. Dependerá de hasta qué punto se ha convertido en un zoo el centro de la ciudad. Igual

podríamos coger comida para llevar en una tienda coreana y hacer un picnic en el ferri de Staten Island. —Se inclinó hacia la mujer y le dio un fugaz beso en la frente. Antes de que pudiera siquiera medio levantar las manos para cogerle del brazo y devolvérselo, ya se había ido; más allá de la puerta, más allá de su percepción.

—Maldita sea —dijo. Los gatos la miraron, confusos pero comprensivos. El mapache se le abrazó al tobillo.



Jennifer Maloy se deslizó a través de las dos plantas inferiores del edificio de apartamentos como un fantasma, sin molestar a nada ni a nadie, sin que nadie la viera o la oyera. Sabía que el edificio se había convertido en un bloque de pisos hacía algún tiempo y lo que ella quería estaba en la última de las tres plantas que poseía un rico hombre de negocios con el desafortunado nombre de Kien Phuc. Era vietnamita y poseía una cadena de restaurantes y lavanderías. Al menos eso es lo que se decía en el fragmento de «New York Style» que había visto en la televisión pública hacía dos semanas. A Jennifer le gustaba mucho aquel programa, que llevaba a sus espectadores a dar una vuelta por los elegantes y estilosos hogares de la clase alta de la ciudad. Le ofrecía infinitas posibilidades y toneladas de información útil.

Flotó a través del tercer piso, donde vivía el servicio de Kien. No tenía idea de lo que había en la cuarta planta, puesto que las cámaras de televisión lo habían omitido, así que lo pasó de largo y se dirigió directa al piso superior, a los aposentos de Kien. Vivía allí solo, en ocho habitaciones de absoluto lujo y opulencia: decadencia, casi. Jennifer nunca se había dado cuenta de que las lavanderías y los restaurantes chinos daban tanto dinero.

El quinto piso estaba oscuro y silencioso. Evitó el dormitorio con la cama circular, el techo de espejo (un poco hortera, había pensado al verlo en la televisión) y los fabulosos biombos de seda pintada a mano. Pasó por la sala de estar de estilo occidental con un buda de bronce de dos mil años que la observó benévolo, desde un lugar de honor junto a un fantástico centro electrónico de entretenimiento que incluía una televisión, un video y un reproductor de CD junto con hileras de vídeos, cintas de audio y discos. Lo que ella buscaba era el estudio.

Estaba tan oscuro como el resto de la planta y se apresuró al ver una figura vaga y sombría cerniéndose junto al enorme escritorio de teca que dominaba la pared del fondo de la sala. Aunque era insensible al ataque físico mientras era insustancial, no era inmune a la sorpresa, y aquella figura no había sido filmada por las cámaras de «New York Style».

Se desvaneció al instante en una pared cercana pero la figura ni se movió ni

mostró signo alguno de haber reparado en ella. Con cautela, volvió a deslizarse en el estudio y se sintió aliviada y sorprendida al ver que aquella cosa era una gran figura de terracota de casi dos metros de un guerrero oriental. La calidad de la pieza era impresionante. Los rasgos faciales, la ropa, las armas: todo estaba modelado con la exquisita delicadeza del detalle, como si hubieran convertido a un hombre viviente en arcilla, cocido en un horno hasta obtener un resultado impecable y preservado a lo largo de milenios para acabar en el estudio de Kien. Su respeto hacia la riqueza e influencia de Kien subió otro punto. La obra, sin ninguna duda, era auténtica —el vietnamita había dejado claro durante la entrevista televisiva que no tenía ningún trato con imitaciones— y, por lo que sabía, las figuras de terracota de 2200 años de antigüedad de la tumba del emperador Ying Zhen, primer emperador de la dinastía Qin y unificador de China, eran absoluta y sumamente inaccesibles para los coleccionistas privados de arte. Kien debió de haber hecho desplegar una cantidad considerable de trapicheos y sobornos para obtenerla.

Era una pieza increíblemente valiosa pero Jennifer sabía que era demasiado grande para poder llevársela y lo más probable era que fuera demasiado única para traficar con ella.

Sintió un repentino mareo recorriendo su forma insustancial y en seguida deseó volverse sólida. No le gustaba esa sensación. Ocurría siempre que se demoraba demasiado, como un aviso de que había permanecido en exceso en estado insustancial. No sabía qué ocurriría si se mantuviera en forma de espectro durante un tiempo excesivo. No quería descubrirlo.

Ya sólida, contempló la estancia. Estaba llena de vitrinas que contenían la colección de jades más bella, extensa y valiosa del mundo occidental. Kien había aparecido en «New York Style» por ellos, y por ellos era por lo que había venido. Por algunos de ellos, al menos. Se dio cuenta de que no podía cogerlos todos aunque hiciera una docena de viajes de regreso al callejón, pues su habilidad para volatilizar masas ajenas era limitada. Sólo podía convertir en insustancial unos pocos jades cada vez. En realidad, unos pocos era cuanto necesitaba.

Primero, pensó, antes de empezar con los jades, había algo que tenía que hacer. Experimentando una sensación bastante sensual a causa del contacto de las plantas de los pies desnudos con la gruesa y lujosa alfombra, rodeó con sigilo el escritorio de teca casi tan silenciosamente como si fuera insustancial y se plantó delante del grabado Hokusai que pendía de la pared, detrás de la mesa.

Tras el grabado, así lo había dicho Kien, había una caja fuerte. Lo había mencionado porque, según decía, era absolutamente, al cien por cien, total y completamente a prueba de ladrones. Ningún ladrón sabía suficiente microelectrónica como para eludir la cerradura electrónica y la caja era lo bastante fuerte como para resistir cualquier ataque físico que no fuera una

bomba capaz de derribar todo el edificio. Nadie, de ningún modo y en ningún momento, podría forzarla. Quedaba patente que Kien, que había resultado muy pagado de sí mismo al decir eso, era un hombre al que le gustaba alardear.

Con una sonrisa picara en el rostro mientras se preguntaba qué riquezas había escondidas en la caja fuerte de alta tecnología, Jennifer hizo fluctuar la mano y la metió a través del grabado y la puerta de acero que había tras él.



Hizo malabarismos, sujetándola entre los brazos mientras trataba de pescar la llave, y por fin abrió la puerta.

—Idiota, bájame y entonces podrás abrir la puerta.

—No, te sigo llevando en brazos.

—No nos hemos casado.

—Aún —dijo y sonrió mirándole a la cara.

Su punto de vista, estando recostada entre sus brazos, intensificaba la deformidad de su cuello y hacía que su cabeza pareciera una pelota de béisbol colocada en un pedestal. Quitando el cuello —un legado del virus wild card—, era un hombre bastante guapo. Pelo corto castaño que empezaba a encanecer en las sienes, alegres ojos marrones, mentón firme..., una cara agradable.

Sorteó la puerta y la bajó al suelo.

—Mi castillo. Espero que te guste.

Proclamaba los orígenes obreros del hombre. Un práctico sofá, un sillón reclinable situado frente al televisor, una pila de *Reader's Digest* en la mesita de café, una enorme y pobremente ejecutada pintura al óleo que mostraba un velero zozobrando por unos mares agitados de modo improbable: el tipo de pintura que uno encontraría en las gangas de artistas muertos de hambre de los hoteles Hilton.

Pero estaba escrupulosamente limpio y, en un toque que parecía fuera de lugar tratándose de un hombre tan grande y poderoso, una hilera de violetas africanas llenaba los alféizares.

—Roulette, no pasaba la noche fuera desde el baile de graduación del instituto.

—Pero seguro que la pasaste toda fuera. Él se sonrojó.

—Eh, era un buen chico católico.

—Mi madre siempre me advertía acerca de los buenos chicos católicos.

Entró con sus fornidos brazos alrededor de su cintura.

—Ya no soy tan bueno.

—Espero que te refieras a tu moral y no al rendimiento, Stan.

—¡Roulette!

—Mojigato —bromeó.

Él le acarició el cuello y le mordisqueó el lóbulo y Roulette reflexionó una vez más sobre la azarosa naturaleza del wild card que había golpeado a aquel trabajador del subsuelo tremendamente ordinario y lo había convertido en algo más que humano.

Alargó el brazo y pasó sus manos por su hinchada garganta.

—¿Alguna vez te molesta?

—¿Ser Aullador? Diablos, no... Me hace especial, y siempre he querido ser especial. Solía volver loco a mi viejo. Siempre decía que el agua era lo bastante buena para la gente como nosotros, queriendo decir que no tuviera demasiadas ambiciones. Ahora se sorprendería. Eh. —Alargó la mano, recogió una lágrima con la punta de un grueso dedo—. ¿Por qué lloras?

—Nada. Es sólo que... lo encuentro muy triste.

—Venga, vamos. Te enseñaré lo bueno que puede llegar a ser mi rendimiento.

—¿Antes del desayuno? —preguntó, tratando de demorar lo inevitable.

—Claro, tendremos más apetito.

Le siguió resignada al dormitorio.



Jennifer palpó el interior de la caja fuerte y tocó algo que parecía un montón de monedas dentro de un saquito. Intentó que una de ellas se hiciera insustancial y torció el gesto al ver que seguía siendo sólida.

« Probablemente oro: krugerrands o hojas de arce canadienses» , pensó.

Era difícil hacer desvanecer materiales densos como el metal, sobre todo el oro, por lo que requería un nivel de concentración más profundo y mayor gasto de energía. Decidió dejar las monedas donde estaban, por el momento, y continuó explorando.

Acarició un objeto plano rectangular que se hizo etéreo con mucha más facilidad que las monedas. Sacó tres pequeños libros a través de la pared e, incapaz de ver los detalles en la oscuridad, encendió el pequeño flexo que había sobre el escritorio de teca. Ahora podía ver que dos de los libros tenían unas sencillas tapas negras y el tercero tenía una cubierta de tela azul con un estampado de bambú; abrió el que estaba encima.

Cuadraditos de papel de vivos colores colmaban las bandas de las gruesas páginas del libro: sellos postales. Los de la fila superior parecían británicos pero había palabras en otro idioma y la fecha 1922 sobreimpresas en ellos. Se inclinó más para examinarlos y se quedó helada cuando un débil sonido llegó desde

algún punto del exterior del cono de luz que iluminaba parte del escritorio.

Alzó la vista pero no vio nada. Con sus ojos ya acostumbrados a la luz, dirigió la pantalla de la lámpara hacia fuera, proyectando el haz luminoso hacia el otro extremo del escritorio. Y se quedó paralizada, con el corazón de repente en la garganta.

En la otra punta de la mesa, en una esquina, había un tarro de unos dieciocho litros, más o menos del tamaño de un dispensador de agua. Sólo que éste era de cristal, no de plástico, y no estaba conectado a nada. Estaba situado sobre una base plana en el borde del escritorio, hogar de la cosa que flotaba en su interior: media poco más de treinta centímetros y tenía una piel verde y lampiña, algo verrugosa. Flotaba con la cabeza fuera del agua, las manos sindáctilas apretadas contra el cristal y unos ojos humanos mirando fijamente a Jennifer desde una cara chupada. Se miraron el uno al otro durante un momento interminable y entonces abrió la boca y gritó con voz aguda:

—¡Kieeeeeeeennnnn! ¡Ladróooooooooon! ¡Ladróooooooooon!

«En “New York Style” no dijeron que Kien tenía un joker batracio como perro guardián», pensó Jennifer frívolamente mientras se encendían las luces de las otras habitaciones. Oyó revuelo en otras partes del apartamento y el joker del tarro de cristal siguió llamando a gritos a Kien con una voz ululante que le perforaba los oídos y se le clavaba directamente en el cerebro.

«Concéntrate —se dijo—, concéntrate o el desafiante ladrón furtivo, el autoproclamado Espectro, será capturado y quedará expuesto como Jennifer Maloy, bibliotecaria de la Biblioteca Pública de Nueva York. Perdería su trabajo e iría a la cárcel seguro. ¿Y qué pensaría su madre?»

Hubo movimiento en la puerta y alguien encendió la lámpara de techo del estudio. Jennifer vio a un joker alto y esbelto con aspecto de reptil. Siseó, sacando la larga lengua bífida hasta una longitud imposible. Levantó la pistola y disparó. Apuntó con precisión pero la bala rebotó en la pared sin causar el menor daño. Jennifer se estaba hundiéndose rápido a través del suelo, con los tres libros bien apretados contra el pecho.



Después de que Jack se fuera, Bagabond inició su ritual matutino aún vestida con la bata con estampado de tigre que él le había dado. Recostándose en uno de los mullidos sillones de terciopelo rojo, cerró los ojos y localizó a las criaturas con las que compartía su vida. La gata tricolor alimentaba a sus gatitos mientras el gato negro montaba guardia. El mapache dormía con la cabeza recostada en sus tobillos. Estaba cansado por una noche de merodeos por la morada victoriana de Jack. Bagabond esperaba que no hubiera toqueteado nada importante. Había

colocado protecciones en la mente del mapache para evitar que tocara las pertenencias de Jack. Últimamente habían demostrado ser bastante efectivas, pero nunca olvidaría la pelea que tuvo con Jack cuando el animal le sacó de la estantería todos y cada uno de los libros de Pogo.

Mientras estiraba el brazo para acariciar al mapache, expandió su conciencia hacia la ciudad. Ahora era fácil, un ritual al despertarse, aunque, cada vez más, cuando Jack no estaba por allí, Bagabond llevaba un horario nocturno. Durante años había mantenido su relación como algo informal, apareciendo sólo cuando el tiempo era extremadamente malo o en días como éste, cuando los extraños se abrían camino en lugares donde normalmente eran demasiado tímidos para aventurarse. Si Jack estaba en casa, se quedaba; si no estaba, se iba a otra guarida. No obstante, últimamente había empezado a buscar su compañía más a menudo, buscando excusas para visitarle. Jack y Rosemary se habían convertido en personas muy importantes para ella, de un modo que no siempre era capaz de definir. Había tardado años en confiar en ellos, pero una vez que les otorgó esa confianza, era aterrorizantemente fácil depender de ellos para que acudieran a su lado. Sacudió la cabeza con enojo, infeliz por distraerse pensando en cosas que no estaban bajo su control y perdiendo el rastro de las criaturas que sí lo estaban.

Ahora despertarse con sus criaturas y dolerse de ellas parecía más natural. Su mente se movió entre las ratas de los túneles, los topos, los conejos, las zarigüeyas, las ardillas, las palomas y otras aves. Comprobó la cuota de muertes de la noche. Siempre había muchos que no sobrevivían. Había aprendido que algunas víctimas no podían tener escapatoria: muchas morían para alimentar a los animales predadores; otras, a manos de los hombres. Una vez había intentado salvarlas, proteger a la presa de los depredadores, y casi se había vuelto loca de nuevo. El ciclo natural de la vida, la muerte y el nacimiento, era más fuerte que ella y, por tanto, había empezado a tenerlo en cuenta. Los animales morían; otros ocuparían su lugar. Sólo la intervención humana podía alterar el ritmo. Pero aún no podía controlar a los humanos. Contactó unos instantes con los habitantes del zoo. El odio por las jaulas tiñó su percepción. Algún día...

Una cálida pata en su mejilla la trajo de vuelta. El gato negro, con sus casi veinte kilos, yacía sobre su pecho. Cuando abrió los ojos, le lamió la nariz. Levantó la mano y le rascó detrás de la oreja.

Había un toque de gris en su hocico pero la mayoría de los días aún se movía como un gato más joven. Le envió el cálido sentimiento que ella entendía como amor. Él ronroneó y le devolvió una imagen de la gata tricolor manteniendo alejados a los gatitos del mobiliario Victoriano de Jack. A no ser que los vigilaran celosamente, los pequeños encontraban que las patas con forma de león de los sillones eran unos maravillosos rascadores.

*Bueno, viejo amigo, Jack me rechazo de nuevo anoche. ¿Qué crees que ocurre?* La pregunta, no pronunciada, al principio sólo recibió una mirada

inquisitiva del felino, pero después le envió la imagen de un centenar de las criaturas de Bagabond rodeándola.

*Sí, ya sé que estáis todos ahí, pero de vez en cuando quiero a otro humano.* Creó la imagen de él y la tricolor juntos, como compañeros. El negro le devolvió otra de Bagabond y un gato de tamaño humano. La mujer asintió mientras observaba a los cachorros jugar. *No es mi tipo, por desgracia.* Se preguntó por qué Jack se negaba a dormir con ella. La frustración y la incapacidad para entenderlo habían empezado a convertirse en ira desde hacía un año. Cada vez que jugaba con los gatitos, sentía una carencia en su vida.

El sentimiento la irritaba, pero no podía negarlo. No hacía mucho había acudido a Jack en busca de consuelo pero, por una vez, él la había alejado. Resolvió no volver a pedirlo.

Sin las capas de mugre y ropa vieja que la protegían en el mundo exterior, sabía que no carecía de atractivo. Para evitar que su otra amiga, Rosemary, se avergonzara, había aprendido a vestirse, en contadas ocasiones, de un modo aceptable. Sin embargo, nunca se sentía bien, pues se trataba de ocasiones en las que en realidad iba disfrazada, y las odiaba. Quizá se había implicado demasiado con Jacky Rosemary. Quizá era el momento de volver al mundo subterráneo.

El gato negro siguió el tono de sus pensamientos, aunque no podía traducir su significado abstracto. Añadió su aprobación a la idea de que cortara la relación con los humanos enviándole una imagen de algunas de sus antiguas guaridas.

*Pero hoy no. Hoy tengo que ir a ver a Rosemary.* Bagabond se levantó del sillón y se dirigió hacia las pilas de ropa vieja, sucia y sin forma que constituían la mayor parte de su guardarropa. El gato negro y dos gatitos la siguieron.

*No, vosotros os quedáis aquí. Jack tal vez necesite contactar conmigo. Además, ya es bastante difícil entrar en su oficina sin vosotros.* Su atención pasó a otra cosa. *¿Abrigo azul o chaqueta caqui?*



Había trece velas negras en la estancia. Al arder, la cera se volvía de color rojo sangre y se deslizaba por los lados. Ahora la habitación se estaba volviendo gris y sus apretados círculos de luz comenzaban a apagarse.

—¿Sabes qué hora es?

Fortunato alzó los ojos. Verónica estaba a su lado con braguitas de algodón rosa y una camiseta rasgada, los brazos cruzados sobre los pechos.

—Casi el amanecer —dijo.

—¿Vas a venir a la cama? —Ladeó la cabeza y ondas de cabello negro cayeron sobre su cara.

—Quizá más tarde. No te quedes plantada de esa manera, te hace tripa.



—Sí, *o sensei*. —El sarcasmo era tácito e infantil. Unos pocos segundos después oyó el pestillo de la puerta del aseo. Si no fuera la hija de Miranda, pensó, la habría puesto de patitas en la calle haría semanas.

Se desprecizó y contempló durante unos segundos las oscuras nubes que estaban cobrando forma en el cielo del este. Después, volvió al trabajo que tenía ante él.

Había tapado la estrella de cinco puntas que había en el suelo con un tatami y en él había dispuesto el espejo de Hathor. Medía unos treinta centímetros y tenía una imagen de la diosa en el punto en que el mango se encontraba con el disco solar. Sus cuernos la hacían parecer un poco un bufón medieval. Estaba hecho de bronce; la parte delantera era reflectante para la clarividencia y la trasera estaba desgastada para repeler los ataques de los enemigos. Se lo había encargado a una vieja hippy en el East Village y había pasado los dos últimos días purificándolo con rituales a las nueve deidades mayores.

Durante meses había sido, de un modo cada vez más intenso, incapaz de pensar en nada excepto su enemigo, quien se hacía llamar «el Astrónomo» y dirigía una vasta red de masones egipcios hasta que Fortunato y los otros destruyeron el nido que se habían hecho en los Cloisters. El Astrónomo había escapado, aunque el objeto maligno que había traído del espacio, no. Los meses de silencio sólo lo habían atemorizado más y más.

El Ritual del No Nacido, los Acrósticos de Abramelin, las Esferas de la Cabala y toda la magia occidental le habían fallado. Tendría que usar la propia magia del Astrónomo contra él. Tendría que encontrarle de algún modo, a pesar de los bloqueos que había erigido y que le hacían invisible.

El truco de la magia egipcia —la real, no la versión sangrienta y retorcida del Astrónomo— era obtenerla a partir de la reverencia hacia los animales. Fortunato había pasado toda su vida en Manhattan, en Harlem al principio y luego en el centro, una vez que se lo pudo permitir. Para él, los animales eran los caniches que dejaban su caca en la acera o las caricaturas apáticas y malolientes que vivían adormecidas en el zoo. Nunca le habían gustado ni los había comprendido.

Era una actitud que ya no se podía permitir. Había dejado que Verónica trajera a su gata al apartamento; una gata gris atigrada, vanidosa y con sobrepeso llamada Liz, en honor a la estrella de cine. En aquel momento, la gata estaba dormida sobre sus piernas cruzadas, con las garras enganchadas a la seda de su túnica. El primitivo sistema de valores de los gatos era una puerta de entrada al universo egipcio.

Cogió el espejo. Casi tenía la disposición de ánimo necesaria. Observó su reflejo: cara delgada, piel morena un poco abotargada por la falta de sueño y frente hinchada por el *rasa*, el poder tántrico del esperma retenido. Lentamente, sus facciones empezaron a derretirse y moverse.

Oyó un sonido proveniente del baño, un suspiro ahogado, y su concentración se rompió. Y entonces, pasó de visualizar al Astrónomo en el espejo a ver a Verónica. Estaba sentada en el retrete, con las braguitas en los tobillos. En su mano izquierda sostenía un espejo de bolsillo, en su derecha, un trocito de pajita a rayas rojas. Su cabeza se dobló lánguida sobre el cuello y se frotó la mejilla contra el hombro.

Fortunato devolvió el espejo de Hathor al tapete. La droga no le sorprendía, sino que lo hiciera ahí, ahí mismo, en su apartamento. Entre protestas, se quitó al gato del regazo y se fue al baño. Descorrió el pestillo con la mente, abrió la puerta de una patada y la cabeza de Verónica se levantó con aire de culpa.

—Ey —dijo.

—Recoge tus mierdas y lárgate —dijo Fortunato.

—Eh, sólo es un poquito de coca, tío.

—¡Por el amor de Dios! ¿Te crees que soy estúpido? ¿Crees que no reconozco el jaco cuando lo veo? ¿Cuánto tiempo llevas con esta mierda?

Se encogió de hombros y dejó caer el espejo y la pajita en su bolso abierto. Se puso de pie, casi trastabilló, y entonces vio que sus pies estaban enredados con las bragas. Se apoyó en el toallero mientras se las subía y cerraba el bolso con brusquedad.

—Un par de meses —dijo—. Pero no estoy metida en nada. Sólo lo hago de vez en cuando. Entiéndeme. Fortunato la dejó pasar.

—¿Qué demonios te pasa? ¿No te importa lo que te estás haciendo?

—¿Importar? Soy una puta, joder, ¿por qué debería importarme?

—No eres una puta, maldita sea, eres una geisha. —La siguió a su dormitorio —. Tienes cerebro y clase y...

—¿«Geisha»? ¡Una mierda! —dijo, sentándose pesadamente en el borde de la cama—. Follo con tíos por dinero. Ésa es la puñetera conclusión. —Metió su lánguida pierna dentro de las medias, con la uña del pulgar haciendo una carrera en el lado derecho—. Te gusta engañarte con toda esa mierda pero las geishas de verdad no follan por dinero. Eres un chulo y yo soy una puta y no hay más.

Antes de que Fortunato pudiera decir nada alguien empezó a aporrear la puerta de entrada. Líneas de tensión y urgencia irradiaban desde el vestíbulo, pero nada amenazador. Nada que no pudiera esperar.

—No soporto a los y onquis —dijo.

—¿No? No me hagas reír. La mitad de las chicas de tu establo se toman al menos una dosis de vez en cuando. Cinco o seis están enganchadas a la aguja. A tope.

—¿Quién? ¿Caroline está...?

—No, tu preciosa Caroline está limpia. Aunque de no ser así tampoco lo sabrías, tú no te enteras de qué cojones pasa.

—No te creo. No puedo...

Se oyeron unos arañazos en la entrada y la puerta se abrió. Un hombre llamado Brennan estaba de pie en el umbral, con una tira de plástico en la mano. En la otra llevaba un maletín de cuero, un poco demasiado grande. Fortunato sabía que en él había un arco de caza desarmado y un surtido de flechas de punta ancha.

—Fortunato —dijo—. Lo siento, pero yo...

Sus ojos se posaron en Verónica, que se había sacado la camiseta y se estaba tapando los pechos con las manos.

—Hola —dijo—. ¿Quieres follarme? Basta con que tengas dinero. —Jugueteó con los pezones entre sus dedos y se lamió los labios—. ¿Cuánto llevas? ¿Dos dólares? ¿Un pavo y medio? —Las lágrimas caían de sus ojos y un hilillo de moco se deslizaba de su nariz.

—Cállate —dijo Fortunato—. Calla de una puta vez.

—¿Por qué no me das un guantazo? —dijo—. Eso es lo que se supone que hacen los chulos, ¿no?

Fortunato volvió a mirar a Brennan.

—Quizá deberías volver más tarde —dijo.

—No sé si esto puede esperar —dijo Brennan—. Es sobre el Astrónomo.



## Capítulo dos

---

7.00 horas

Para cuando llegó a la terminal de autobuses de Port Authority, Jack deseó haber cogido su vagoneta eléctrica de mantenimiento y haberse alejado del centro a toda prisa compitiendo con los trenes. Pero qué diablos, pensó mientras subía las escaleras hacia la zona de pasajeros de la estación de City Hall: era un día festivo. No quería pensar en el trabajo. Lo que más le apetecía era lavar toda su ropa, leer unos cuantos capítulos de la última novela de Stephen King, *Los canibales*, y quizá subir a Central Park y comprar algunos perritos calientes con Bagabond y los gatos.

Pero entonces el expreso que iba a la Séptima Avenida entró chirriando en la estación y le pareció una buena idea montarse. Mientras el tren recorría a toda velocidad Tribeca, el Village y Chelsea, Jack se dio cuenta, a través de los cristales manchados, de que las estaciones parecían terriblemente bulliciosas para ser festivo, al menos a una hora tan temprana. Cuando salió en Times Square y mientras recorría la sección oeste de los túneles embaldosados bajo la calle 42, oyó por casualidad a un policía de tráfico que decía con disgusto a su compañero:

—Espérate a echar un vistazo arriba. Parece un cruce entre las vacaciones de primavera en Lauderdale y el Zoo del Bronx.

Salió a por aire en la Octava Avenida y emergió al intenso aroma matinal del desinfectante que apenas enmascaraba el olor a vómito. A Jack le pareció que la cantidad de gente que había en la calle era la misma que en la hora punta de cualquier mañana de un día entre semana, sólo que la media de edad parecía bastante joven y los trajes grises habían sido sustituidos por atuendos considerablemente más llamativos.

Bajó de la acera para evitar toparse con un jactancioso trío de adolescentes —normales, a juzgar por el aspecto— que llevaban extravagantes gorros de poliestireno. Los sombreros se distinguían por una serie de tentáculos, labios colgantes, piernas amputadas, ojos derritiéndose y otros apéndices aún menos

apetecibles que se agitaban y se balanceaban con los movimientos de sus portadores.

Uno de los chicos se llevó los pulgares a los pómulos y meneó los dedos hacia los peatones.

—¡Unga, unga! —gritó—. ¡Somos mutantes! ¡Somos malos! Sus colegas rieron a carcajadas.

Una manzana más allá, Jack pasó por delante de uno de los vendedores ambulantes de los sombreros de espuma.

—¡Eh! —gritó el vendedor—. ¡Eh, ven aquí, ven aquí! No tienes que ser un joker para parecer uno de ellos. Hoy tienes la ocasión de ser como uno. ¿Te interesa?

Jack negó con la cabeza, sin decir palabra, se rascó el dorso de la mano y siguió andando.

—¡Eh! —chilló el hombre a otro cliente potencial—. ¡Sea un joker por un día! ¡Mañana puede volver a ser usted mismo!

Jack sacudió la cabeza. No estaba seguro de si era mejor deprimirse o simplemente volver atrás y desgarrar la garganta del vendedor de sombreros. Miró el reloj. Las 6.55 horas. El autobús ya habría llegado. La vida del comerciante estaba temporalmente a salvo.

El edificio de Port Authority era de un gris más oscuro, una enorme masa en el frío gris de la mañana de Manhattan. Entonces Jack reparó en que la mayoría del tráfico humano parecía salir del edificio, más que entrar. Le recordaba a un apartamento de la Avenida A, después de que los exterminadores lanzaran sus bombas químicas: un éxodo de cucarachas tapizando todas las salidas.

Se abrió paso a través de una de las puertas principales, haciendo caso omiso de los corpulentos hombres que le importunaban: «Oye, tío, ¿quieres un taxi?», «¿Quieres un escolta hasta el bus?»

La mayoría de los escaparates de la avenida interior estaban cerrados y a oscuras pero los bares estaban haciendo su agosto.

Jack volvió a mirar el reloj: las 7.02 horas. Normalmente se habría detenido a apreciar la enorme escultura cinética *Carrusel de la calle 42*, una caja de cristal que contenía un maravilloso y musical artillero de Rube Goldberg, pero ahora no tenía mucho tiempo. Ni poco.

Comprobó el panel de llegadas. El autobús que le interesaba estaba entrando en una puerta tres niveles por encima. «¡Merde!» Las escaleras mecánicas estaban averiadas. La mayor parte del flujo peatonal bajaba así que Jack se abrió camino por los inmóviles tramos de las escaleras metálicas. Se sentía como un salmón esforzándose por subir a contracorriente para desovar.

Sólo una pequeña parte de la marea humana que entraba parecía ser el tipo usual de gente que llega a Manhattan en autobús. La mayoría parecían más bien turistas —Jack se preguntaba si toda esa cantidad de gente vendría de veras a la

ciudad para esa festividad concreta— o jokers. Jack observó que, de un modo irónico, los normales se veían obligados por las limitaciones de las escaleras, mecánicas o no, a relacionarse con los jokers mucho más estrechamente de lo que, en otras circunstancias, habrían deseado.

Entonces alguien le dio un doloroso codazo en el costado y se acabó el momento de meditación. Para cuando alcanzó el tercer nivel y se apartó de la multitud que bajaba, se sintió como si hubiera gastado la misma energía que quemaría subiendo hasta la corona de la *Estatua de la Libertad*.

Alguien entre la multitud le dio un golpe por detrás.

—Cuidado, idiota —dijo sin rencor, sin mirar.

Encontró la zona en la que estaba la puerta que buscaba. El área estaba abarrotada. Parecía como si al menos una decena de autocares hubieran llegado y estuvieran descargando al mismo tiempo. Se adentró en la aglomeración sin rumbo y se dirigió a la puerta adecuada. Se paró para dejar que una docena de monjas ataviadas del modo tradicional cruzaran en perpendicular. Un enorme joker con piel correosa y pronunciados colmillos que sobresalían por debajo del labio superior intentó abrirse paso a empujones entre las religiosas:

—¡Eh, pinguinos, moveos! —berreó.

Otro joker con unos enormes ojos castaños, como de cachorrito, y lo que parecían ser estigmas en las palmas de las manos, manifestó una objeción. Parecía como si la pareja, que estaba gritando, fuera a desembocar en algo más violento. Como es natural, una densa multitud cada vez mayor de curiosos se paró a mirar.

Jack intentó esquivar al tío. Tropezó con alguien aparentemente normal que le devolvió el empujón.

—¡Lo siento!

El normal medía más de metro ochenta y tenía una musculatura proporcional.

—¡Piérdete!

Y entonces la vio: era Cordelia. Lo supo con la mayor seguridad del mundo, aunque no la había visto en la vida. Elouette le había enviado fotos las Navidades anteriores, pero no le hacían justicia alguna a la chica. Mirar a Cordelia, pensó, era como mirar a su hermana tres décadas atrás, cuando era más joven. Su sobrina llevaba unos vaqueros y una sudadera de un carmesí apagado con unas chillonas letras amarillas en las que se leía «FERRIC JAGGER». Jack reconoció el nombre, aunque no es que estuviera muy interesado en grupos de heavy metal. También pudo detectar una especie de dibujo hecho con rayos, una espada y lo que parecía una esvástica.

Cordelia estaba a unos nueve metros de distancia, al otro lado de un espeso flujo de pasajeros que se apeaban de los autobuses. Llevaba una maltrecha maleta con estampado de flores en una mano y un bolso de cuero en la otra. Un

hombre hispano alto, esbelto y vestido con ropas caras estaba tratando de ayudarla con la maleta. Al instante, Jack desconfió de cualquier extraño servicial que llevara un traje púrpura a rayas, un sombrero de plato y un abrigo con ribete de pieles. Parecían pieles de crías de foca.

—¡Eh! —gritó Jack—. ¡Cordelia! ¡Aquí! ¡Soy yo, Jack!

Evidentemente, no le oyó. Para Jack era como ver la televisión, o las vistas a través de la punta equivocada de un telescopio: no podía captar la atención de su sobrina. Con el ruido de la terminal, los autobuses acelerando los motores y el tremendo rugido de la multitud, sus palabras no salvarían la distancia que les separaba.

El hombre cogió la maleta de la muchacha. Jack gritó en vano. Cordelia sonreía. Entonces, el desconocido la cogió del codo y la condujo hacia una salida cercana.

—¡No! —El grito fue lo bastante alto como para que incluso Cordelia volviera la cabeza. Entonces, por un momento, pareció desconcertada, antes de continuar hacia la salida a instancias de su guía.

Jack lanzó una maldición y empezó a apartar y empujar a la gente de su camino intentando cruzar la zona de espera. Monjas, jokers, rufianes, vagabundos..., no importaba; al menos no hasta que se topó contra la mole de un joker que parecía tener la misma forma y más o menos la mitad de la masa que un Volkswagen Escarabajo.

—¿Vas a alguna parte? —dijo el joker.

—Sí —dijo Jack, tratando de pasar.

—He hecho todo el trayecto desde Santa Fe, ¡para esto! Siempre he oído decir que los de aquí sois unos maleducados.

Un puño del tamaño de una tostadora agarró a Jack por las solapas de la camisa. Un olor fétido le hizo pensar en unos baños públicos tras la hora punta.

—Lo siento —dijo Jack—. Mira, tengo que alcanzar a mi sobrina antes de que un chulo hijoputa se la lleve de aquí.

El joker le contempló desde arriba durante un buen rato.

—Ya lo pillo —dijo—, como en las pelis, ¿eh?

Soltó a Jack y éste se largó rápidamente rodeándole como si fuera la ladera de una montaña.

Cordelia había desaparecido. El hombre de elegante atavío que la guiaba había desaparecido. Jack llegó a la salida por la que presumiblemente se habían ido. Podía ver centenares de personas, principalmente sus cogotes, pero nadie se parecía a su sobrina.

Vaciló unos segundos. Había ocho millones de individuos en la ciudad. No tenía ni idea de cuántos turistas y jokers de todo el mundo habían acudido en masa a Manhattan para el Día Wild Card. Muchos millones, probablemente. Lo único que tenía que hacer era encontrar a una chica de dieciséis años de la

Louisiana profunda.

Todo era instintivo, por el momento. Sin pensarlo, Jack se dirigió a las escaleras mecánicas. Quizá podría alcanzarles antes de que el hombre y Cordelia salieran al exterior. De lo contrario, no le quedaría otra más que encontrarla en la calle.

No quería ni pensar en lo que le diría a su hermana.



Spector no había dormido. Cogió el frasco de pastillas color ámbar que estaba en la mesita y lo tiró a la basura. Tenía que encontrar algo más fuerte.

El dolor siempre estaba allí, como el olor a humo rancio en un bar de mala muerte. Se incorporó y respiró despacio. Las primeras luces de la mañana hacían que su apartamento pareciera más gris de lo usual.

Había amueblado el estudio con baratijas destartaladas que había conseguido en casas de empeño y tiendas de segunda mano.

Sonó el teléfono.

—Hola.

—¿El señor Spector? —La voz tenía el matiz refinado de un bostoniano. Spector no la reconoció.

—Sí. ¿Quién es?

—Mi nombre no importa, al menos por ahora.

—De acuerdo. —Iban a jugar a los secretitos con él, pero ya estaba acostumbrado a ello—. Y entonces, ¿por qué me llama? ¿Qué quiere?

—Un conocido común llamado Gruber me indicó que tiene ciertas habilidades únicas. Uno de mis clientes está considerando contratarle, en un principio como trabajador por cuenta propia.

Spector se rascó el cuello.

—Creo que entiendo lo que quiere decir. Si esto es una especie de trampa, es hombre muerto. Si va en serio, va a costarle dinero.

—Naturalmente. Tal vez haya oído hablar de la Sociedad del Puño de Sombra. Podría resultarle muy beneficioso trabajar para esa organización. De todos modos, son cautelosos y podrían requerir una demostración primero. ¿Esta mañana sería demasiado pronto?

Se decía que la Sociedad del Puño de Sombra estaba dirigida por el desconocido nuevo señor del crimen de la ciudad. Estaba presionando fuerte a los jefes de las bandas más antiguas. Spector se sentiría como en casa con el baño de sangre que se avecinaba.

—No tengo nada más que hacer. ¿A quién tiene en mente?

—En realidad eso no tiene ninguna importancia para nosotros. —Hizo una



pausa—. El señor Gruber parece saber bastantes cosas sobre usted, y está lejos de ser discreto.

—Por mí está bien.

—Preséntese en Times Square a las once y media de esta mañana. Si quedamos convencidos de que satisface nuestras necesidades, será contactado allí mismo.

—¿Y qué hay del dinero? —Spector oyó un murmullo al otro lado del teléfono.

—Eso se negociará después. Si me disculpa, tengo otros asuntos que atender. Adiós, señor Spector.

Dejó el auricular en la consola. Sonrió. Gruber no era una de sus personas favoritas. Nunca pagaba a nadie un precio justo por sus bienes. Matar a un perista codicioso sería algo así como un servicio público.

Se dirigió desnudo hacia el baño y se contempló en el espejo. Su desaliñado pelo castaño necesitaba un lavado y su bigote estaba empezando a cubrirle el fino labio superior. Aparte de eso, tenía el mismo aspecto que el día en que había muerto. El día en que Tachyon le había resucitado. Se preguntaba si podría no vivir eternamente. En ese punto, no le importaba mucho. Sacó la lengua. Su reflejo, no; le sonrió.

—No te preocupes, Deceso —le dijo a su propio rostro—. Aún puedes morir. Rio.

Volvió al dormitorio. Hacía frío. Oyó un fuerte sonido crepitante y corrió al salón. La puerta del dormitorio se le cerró de golpe en la cara. Olía a ozono.

—Bueno, bueno, Deceso. Sólo quiero tener una pequeña charla.

Entonces reconoció la voz. Se dio la vuelta. El yo proyectado del Astrónomo estaba sentado en la cama, vestido con una túnica negra ceñida a la cintura por una cuerda de pelo humano. Su cuerpo tullido estaba más erguido de lo habitual, lo que significaba que sus poderes estaban recuperados. Estaba empapado en sangre.

—¿Qué quieres? —Spector tenía miedo. El Astrónomo era una de las pocas personas con las que su poder no funcionaba.

—¿Sabes qué día es hoy?

—El Día Wild Card. Lo sabe todo bicho viviente. —Spector cogió un par de pantalones de pana marrones del suelo.

—Sí. Pero también es algo más. Es el Día del Juicio. —El Astrónomo entrelazó los dedos.

—¿El Día del Juicio? —Se puso los pantalones—. ¿De qué estás hablando?

—De esos cabrones que arruinaron mi plan. Se entrometieron en nuestro verdadero destino, nos impidieron gobernar el mundo. —Los ojos del Astrónomo centelleaban. Había en ellos una locura que Spector no había visto antes—. Pero hay otros mundos, y éste tardará en olvidar mi último golpe contra esos capullos

que se cruzaron en mi camino.

—La Tortuga, Tachyon, Fortunato... ¿Vas a ir detrás de esos tíos? —Spector aplaudió sin energía—. Bravo por ti.

—Cuando acabe el día estarán todos muertos. Y tú, mi querido Deceso, me ayudarás.

—Y una mierda. Ya te hice el trabajo sucio una vez, pero se acabó. Me dejaste colgado y no voy a darte otra oportunidad.

—No quiero matarte, así que te daré otra oportunidad para que cambies de opinión. Un arco iris de luz comenzó a arremolinarse alrededor del Astrónomo.

—Que te jodan, tío. —Spector agitó el puño—. No vas a tomarme el pelo de nuevo.

—¿No? Entonces me temo que voy a tener que tomar tu cadáver. Y todo lo demás. —El Astrónomo adoptó la forma de una cabeza de chacal. Abrió la boca y un chorro de sangre oscura fluyó humeante sobre el suelo enmoquetado. Aulló. El edificio se estremeció con el sonido, y Spector se tapó los oídos y cayó al suelo.



Fortunato llamó a Caroline para que viniera a buscar a Verónica; la llevaría a casa de su madre, a la dirección institucional oficial de la agencia de acompañantes. Caroline y una media docena más de mujeres vivían allí. Apremió a Verónica para que se vistiera y después la dejó con el cuelgue en el sofá del salón.

Brennan dijo:

—¿Estará bien?

—Lo dudo.

—Sé que no es asunto mío, pero ¿no has sido un poco duro con ella?

—Está todo bajo control —dijo Fortunato.

—Seguro que sí. No he dicho lo contrario.

Se quedaron de pie durante unos segundos, mirándose. Como Yeoman, Brennan era probablemente el único de los justicieros enmascarados que andaban sueltos por Nueva York en el que Fortunato confiaba. En parte porque seguía siendo humano y no le había afectado el virus wild card; en parte porque habían pasado juntos por cierta movida importante, dentro de un alienígena monstruoso al que algunos llamaban «el Enjambre».

El Astrónomo la llamaba TIAMAT y había usado una máquina, a la que llamaba dispositivo *shakti*, para traerla a la Tierra. Fortunato había destrozado el aparato personalmente, pero ya era demasiado tarde. El alienígena ya había

llegado y cientos de miles de personas en todo el mundo habían muerto a causa de ello.

—¿Qué pasa con el Astrónomo? —preguntó Fortunato.

—¿Conoces a un tipo llamado Morsa? Jube, el cotilla.

Fortunato se encogió de hombros.

—Lo habré visto por ahí, supongo.

—Ha visto al Astrónomo en Jokertown esta mañana, a primera hora. Se lo contó a Chrysalis y ella me lo mencionó a mí.

—¿Qué te costó?

—Nada. Lo sé, no le pega. Pero hasta Chrysalis teme a este tío.

—¿De qué conoce ese tal Morsa al Astrónomo?

—No lo sé.

—¿Así que tenemos un informe de segunda mano de un testigo poco fiable y una pista que ya se ha borrado?

—Para el carro, hombre. Intenté telefonearte pero la operadora me dijo que el teléfono estaba descolgado. Ésta ni siquiera es mi guerra. He venido aquí para ayudarte.

Fortunato miró el espejo de Hathor. Podía tardar todo el día en purificarlo y concentrarse lo bastante como para volver a intentarlo. Mientras tanto, si el Astrónomo había salido de su agujero, podrían surgir problemas.

—Sí, vale. Deja que me ocupe de este otro asunto e iremos a echar un vistazo.

Para cuando Fortunato acabó de vestirse para salir, Caroline ya había llegado. Incluso con el corto cabello rubio enmarañado y vestida con una vieja sudadera y vaqueros, Fortunato la deseó.

No parecía ni una pizca mayor que siete años atrás, cuando se había hecho cargo de ella por primera vez. Tenía un rostro infantil y un cuerpo compacto, energético, y parecía tener un control consciente sobre todos y cada uno de sus músculos. El as negro amaba a todas sus mujeres, pero ella era especial. Había aprendido todo lo que él podía enseñarle —etiqueta, idiomas, cocina, masajes—, pero su espíritu nunca había acabado de ceder. Nunca la había dominado y quizá por esa razón aún le daba más placer en la cama que cualquiera de las otras.

Le dio un beso fugaz al dejarla entrar. Hubiera deseado llevarla al dormitorio y dejar que le diera una dosis de poder tántrico, pero no había tiempo.

—¿Qué quieres que haga con ella? —dijo Caroline—. ¿Tiene alguna cita esta noche?

—Es el Día Wild Card. Deja que salga si parece que está bien. Pero mantenla alejada del jaco. Decidiré el resto más tarde.

La mujer miró a Yeoman.

—¿Ocurre algo?

—Nada de qué preocuparse. Te llamaré luego. —La besó de nuevo y observó

cómo se llevaba a Verónica al taxi que las esperaba. Después miró a Brennan y dijo—: Vamos.



—¿Esto es una langosta o no es una langosta? —preguntó Gills. La levantó para que Hiram la inspeccionara y la langosta agitó sus pinzas débilmente. Las tenazas estaban bien sujetas y unas pocas hebras de algas cubrían la dura cascara verde.

—Una langosta de categoría —admitió Hiram Worchester—. ¿Son todas así de grandes?

—Ésta es una de las pequeñas —dijo Gills. El joker tenía una piel verduzca y moteada y unas hendiduras branquiales en las mejillas que cuando sonreía se abrían y mostraban la húmeda carne roja de su interior. Las branquias no funcionaban, por supuesto; de ser así, el anciano pescadero habría sido un as en vez de un joker.

Fuera, la luz del amanecer se vertía sobre la calle Fulton y el mercado de pescado ya estaba en plena efervescencia. Pescaderos y compradores regateaban, los camiones frigoríficos estaban cargando, los transportistas se insultaban entre sí y unos hombres con delantales blancos almidonados hacían rodar barriles por las aceras. El olor a pescado flotaba en el aire como un perfume.

Hiram se pavoneaba de ser un ave nocturna y la mayoría de los días prefería dormir hasta tarde. Pero hoy no era un día cualquiera, era el Día Wild Card, el día en que cerraba su restaurante al público y recibía a los ases de la ciudad en una fiesta privada que se había convertido en una tradición, y las ocasiones especiales conllevaban sus exigencias especiales, como salir de la cama cuando fuera aún estaba oscuro.

Gills se alejó y repuso la langosta en su barril.

—¿Quieres ver otra? —preguntó, apartando un manojo de algas húmedas y sacando una segunda langosta para que Hiram la inspeccionara. Era mayor que la primera y estaba más animada. Movi6 sus pinzas con vigor.

—Mire cómo patalea —dijo Gills—. ¿Dije que era fresca o no dije que era fresca?

La sonrisa de Hiram fue un fugaz destello de dientes blancos entre el negro de su barba en forma de pica. Era muy especial con la comida que servía en el Aces High, sobre todo con la de su Cena Wild Card.

—Nunca me defraudas —dijo Hiram—. Éstas servirán con creces. La entrega será hacia las once, supongo.

Gills asintió. La langosta movió sus pinzas en dirección a Hiram y le miró con acritud. Quizá preveía su destino. Gills la devolvió al barril.

—¿Qué tal Michael? —preguntó Hiram—. ¿Sigue en Dartmouth?

—Le encanta —dijo Gills—. Está empezando su tercer curso y ya me está diciéndome cómo llevar el negocio. —Tapó el barril—. ¿Cuántas necesitas?

Hiram calculaba que daría de comer a unas ciento cincuenta personas, docena arriba, docena abajo: ochenta y pico ases, cada uno de los cuales traería una esposa, una amante o un invitado. Pero era obvio que la langosta no podría ser el único entrante. Incluso en esa noche de noches, a Hiram Worchester le gustaba dejar que sus invitados escogieran. Tenía planeadas tres opciones pero esas langostas tenían un aspecto tan espléndido que sin duda serían una elección popular y era mejor que sobraran que no que faltaran.

La puerta se abrió tras él. Oyó la campanilla.

—Creo que sesenta —dijo Hiram antes de percatarse de que Gills ya no le estaba prestando atención. Los enormes ojos del joker estaban clavados en la puerta. Hiram se giró.

Eran tres. Sus chaquetas eran de cuero verde oscuro. Dos parecían normales. Uno apenas alcanzaba el metro y medio, con una cara estrecha y una pronunciada arrogancia. El segundo era alto y ancho y una tripa cervecera dura como una piedra le sobresalía por encima de la hebilla del cinturón en forma de calavera; se había afeitado el cráneo. El líder era un joker evidente, un cíclope cuyo único ojo escrutaba el mundo a través de un monóculo con una lente tan gruesa como el culo de un vaso. Era extraño: los jokers y los nats no solían trabajar juntos.

El cíclope sacó un trozo de cadena del bolsillo de la chaqueta y empezó a enrollársela en el puño. Los otros dos echaron una ojeada al establecimiento de Gills como si fueran los amos del lugar. Uno de ellos empezó a patear el serrín con una bota pesada y roñosa.

—Perdón —dijo Gills—. Tengo que... Yo... vuelvo en seguida. —Se dirigió hacia el cíclope, abandonando a Hiram por el momento.

Al otro lado de la estancia, dos de sus empleados se acercaron y empezaron a murmurar entre ellos. Un tercer hombre, un joker con deficiencias mentales que había estado esparciendo el serrín mojado con una escoba, se quedó mirando boquiabierto a los intrusos y empezó a acercarse poco a poco a la puerta trasera.

Gills estaba protestando al cíclope, gesticulando con sus anchas manos sindáctilas, suplicándole con apremio y en voz baja. El joven le miraba con aquel único e implacable ojo y el rostro frío e inexpresivo. Seguía enrollándose la cadena en la mano mientras Gills hablaba con él.

Hiram frunció el ceño y se apartó de la escena. Allí había problemas pero no eran asunto suyo, hoy ya tenía bastante en lo que pensar. Recorrió un pasillo cubierto de serrín para inspeccionar un cargamento de atún fresco. Los enormes pescados yacían unos encima de otros en toscas cajas de madera, con los ojos vidriosos fijos en él. «Atún ennegrecido», pensó. La inspiración le dibujó una

sonrisa en la cara. LeBarre era un genio con la comida cajún. No para esta noche, pues el menú había sido planificado hacía semanas, pero el atún ennegrecido sería un excelente complemento a su carta.

—No me vengas con mierdas —dijo el cíclope en voz alta desde el otro lado de la estancia—. Haberlo pensado hace una semana.

—Por favor —dijo Gills con un hilo de voz, asustado—. Sólo unos pocos días más...

El cíclope posó la bota encima de un cubo de pescado y lo tumbó de un puntapié. Los peces se desparramaron por todo el suelo.

—Por favor, no —repitió Gills. Ya no había rastro de sus empleados.

Hiram se giró y se dirigió hacia ellos, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta, con despreocupación. Para ser un hombre tan grande, su paso era sorprendentemente rápido.

—Disculpe —se dirigió al cíclope—, ¿hay algún problema?

El joven joker era mucho más alto que Gills, que era un hombre pequeño de por sí y aún más pequeño a causa de su espalda torcida, pero Hiram Worchester era otra cosa; medía metro noventa y la mayoría de la gente veía su tamaño y suponía que pesaba unos ciento cincuenta kilos. Se equivocaban en unos ciento cuarenta y cinco, pero eso era otra historia. El cíclope le miró a través de su grueso monóculo y sonrió con malicia.

—Eh, Gills —dijo—, ¿desde cuándo vendes ballena?

Sus compañeros, que se habían quedado junto a la puerta tratando de parecer aburridos y peligrosos al mismo tiempo, se acercaron.

—Mira, es el puto muñeco de Michelin —dijo el más bajo.

—Por favor, Hiram —dijo Gills, tocándole con suavidad el brazo—. Te lo agradezco pero... va todo bien. Estos chicos son..., ehm..., amigos de Michael.

—Siempre me alegra conocer a los amigos de Michael —dijo Hiram, mirando fijamente al cíclope—. Aunque estoy sorprendido. Michael siempre ha tenido unos modales exquisitos y sus amigos no tienen ninguno en absoluto. Ya sabéis que Gills no tiene muy bien la espalda. La verdad es que deberíais ayudarle a limpiar todo ese pescado que habéis tirado.

La cara de Gills se veía más verde de lo usual.

—Ya lo limpiaré —dijo—. Chip y Jim pueden hacerlo, no... no te preocupes.

—¿Por qué no te largas, culo gordo? —sugirió el cíclope. Lanzó una mirada al chico bajito—. Cheech, ábrele la puerta y ayúdale a hacer pasar su culazo por ella. —Cheech retrocedió y abrió la puerta.

—Gills —dijo Hiram—, creo que estábamos discutiendo los detalles sobre esas excelentes langostas.

El chico alto con el cráneo afeitado habló por primera vez.

—Hazle chillar, Eye —dijo con voz grave—. Hazle chillar antes de dejar que se vaya.

Hiram Worchester le miró con verdadero disgusto y una calma que en realidad no sentía. Odiaba ese tipo de cosas, pero a veces uno no tenía opción.

—Estáis tratando de intimidarme pero sólo estáis consiguiendo que me cabree. Dudo mucho que seáis de verdad amigos de Michael. Os sugiero que os vayáis ahora, antes de que esto llegue demasiado lejos y alguien acabe herido.

Todos rieron.

—Lex —dijo Eye al calvo—, aquí hace un calor de cojones, estoy sudando. Necesito aire fresco.

—Ahora mismo refresco esto —dijo Lex. Miró a su alrededor, cogió un pequeño barril con las dos manos, lo alzó por encima de su cabeza de un sólo tirón, suave y poderoso, y dio un paso hacia los enormes ventanales de cristal que daban a la calle Fulton.

Hiram Worchester sacó las manos del bolsillo. A su lado, su mano derecha se cerró en un puño apretado con fuerza. Un pequeño tic sin importancia, lo sabía; era su mente la que lo hacía, no su mano, pero el gesto formaba parte de él tanto como su poder wild card. Por un instante pudo ver las ondas de gravedad moviéndose vagamente alrededor del barril como los trémulos resplandores que brotan del asfalto en un día caluroso.

Entonces Lex se tambaleó, sus brazos se doblaron y el barril de bacalao en salazón, que de repente pesaba más de cien kilos, se le cayó en la cabeza. Perdió pie y se desplomó con estrépito. Las varas del barril quedaron hechas añicos, enterrando a Lex bajo el pescado. Pescado muy pesado.

Sus amigos se lo quedaron mirando, al principio sin entender. Hiram se situó rápido delante de Gills y alejó al pescadero de un empujón.

—Ve a llamar a la policía —dijo. Gills fue retrocediendo.

El bajito, Cheech, intentó sacar a rastras a Lex de debajo del barril destrozado. Costaba más de lo que parecía. El cíclope se había quedado boquiabierto, después volvió a mirar a Hiram intensamente.

—Has sido tú —espetó—, tú eres ese tal Fatman.

—Odio ese apodo —dijo Hiram. Cerró el puño y el monóculo de Eye se hizo más pesado. Se le cayó de la cara y se estrelló en el suelo. El cíclope gritó un improperio y se lanzó hacia el amplio vientre de Hiram con el puño envuelto en la cadena. Hiram lo esquivó. Era mucho más ágil de lo que parecía; la mole que era su cuerpo había variado, pero su peso se había mantenido en trece kilos durante años. Eye fue a por él vociferando. Hiram retrocedió, apretando el puño y haciendo que el joker fuera más pesado a cada paso, hasta que sus piernas cedieron bajo su propio peso y se quedó tirado en el suelo gimiendo.

Cheech fue el último en moverse.

—Puto as —dijo. Colocó las manos delante de su cuerpo con las palmas extendidas; kárate o kung-fu o algo así. Cuando saltó, su bota con puntera metálica se dirigió con energía hacia la cabeza de Hiram.

Hiram se dejó caer en el serrín y Cheech saltó justo por encima de él y siguió avanzando, pesando bastante menos de lo que pesaba hacía un momento. La fuerza del salto le llevó a estamparse contra una pared. Se estrelló, cayó rodando, intentó levantarse de un brinco y descubrió que era tan pesado que no podía levantarse ni un centímetro.

Hiram se puso en pie y se sacudió el serrín de la chaqueta. Estaba hecho un asco. Tendría que ir a casa y cambiarse antes de ir al Aces High. Gills se fue acercando hacia él, sacudiendo la cabeza.

—¿Has llamado a la policía? —preguntó. Gills asintió—. Bien. La distorsión gravitatoria sólo es temporal, ya sabes. Puedo tenerlos a raya hasta que llegue la policía pero me cuesta un gran esfuerzo. —Frunció el ceño—. Tampoco es muy saludable para ellos. Todo ese peso es una terrible tensión para el corazón. —Hiram miró su Rolex de oro. Eran más de las 7.30 horas—. Tengo que ir sin falta al Aces High. Maldita sea, no necesitaba toda esta tontería, justo hoy no. ¿Cuánto te ha dicho la policía que tardarán en...?

Gills le interrumpió.

—Vete. Vete y ya está. —Empujó al hombre, que era más grande que él, con manos suaves e insistentes—. Yo me ocuparé, Hiram. Por favor, vete.

—La policía querrá tomarme declaración.

—No, yo me encargaré. Hiram, sé que tu intención es buena pero no deberías..., quiero decir..., bueno, es que no lo entiendes. No puedo presentar cargos. Vete, por favor. Mantente al margen. Será mejor.

—¡No puedes hablar en serio! —dijo Hiram—. Estos matones...

—Son asunto mío —acabó la frase por él—. Por favor, te lo pido como amigo. Quédate al margen, vete. Tendrás tus langostas, unas langostas excelentes, te lo prometo.

—Pero...

—¡Vete! —insistió.



Sus broncos gruñidos y el latido de su entrepierna contra la suya suponían un contrapunto al tictac del despertador amarillo chillón barato modelo «Baby Ben» de la mesita. Roulette apartó sus ojos color topacio de los ojos castaños de Stan y observó la manecilla recorriendo suavemente la superficie del reloj. El tiempo. El tictac del reloj, la afluencia de sangre por sus venas conducida por el inexorable latido de corazón. Fragmentos de tiempo. Fragmentos marcando el paso de una vida. Al final todo se reducía a eso. No respetaba ni la riqueza, ni el poder ni la santidad. Tarde o temprano llegaba y silenciaba aquel pulso regular. Y ella tenía sus órdenes.



Roulette se incorporó y acarició las sienes de Stan.

Respiró hondo, haciendo acopio de voluntad y energía, pero no hubo liberación alguna. Aquello requería odio y lo único que sentía era incertidumbre. Se tumbó y convocó una imagen de horror: la agonía del parto, sabiendo que acabaría pronto y que entonces sostendría a su pequeño entre sus brazos, y que todo el dolor quedaría atrás. Los ojos del doctor abiertos como platos, aterrorizados, esforzándose por mirar a la cosa que había entre sus piernas.

Su tenso vientre se relajó y una calidez sobrevenida, una imitación de la pasión, recorrió su vagina cuando la venenosa marea fluyó libremente. Los ojos de Aullador se hincharon de repente; movió la boca y se apartó de ella y su inflamada polla raspó con aspereza los blandos tejidos de su vagina con aquella abrupta retirada. Las manos se cerraron en un gesto protector alrededor de su miembro tembloroso y descolorido. Se atragantó varias veces y emitió un grito asfixiado. Un pegote de saliva corrió por su barbilla en un hilillo y el espejo del tocador estalló en una cascada de cristales que cubrieron la cama con fragmentos de vidrio. El pequeño Big Ben aplacó la creciente ola de sonido. Su cristal se hizo añicos, paralizando las manecillas, y cuando la explosión alcanzó el mecanismo interno del reloj, la alarma sonó, frágil y desanimada, como si se estuviera quejando sobre aquel repentino e injusto final.

El sonido le cruzó la mejilla derecha como un puñetazo e hizo aflorar un intenso moraron en su piel café con leche y brotar un reguero de sangre de su oído. El aliento retenido se le atragantaba como si fuera una bola y la náusea le llenaba el vientre. El rostro agónico de Aullador se cernía sobre ella y supo que estaba mirando a la muerte. Su pecho subía y bajaba, sus labios se pelaban desde los dientes y una marea negra y azul le subía por la entrepierna y el vientre desde el inflamado pene, ahora negro por completo.

La colcha arrugada de satén no le daba ninguna opción a sus piernas, que flaqueaban. Se sintió como si estuviera nadando en cristal. En un último y desesperado intento por mantenerse a flote, se puso de rodillas y pasó el brazo alrededor del pecho del as. La otra mano estaba enredada en el pelo empapado de sudor del as y le hizo girar la cabeza para que se encarara a la pared que separaba el dormitorio del salón. El grito de una vida que acababa, del tiempo que se detenía, reverberó hasta los confines del universo y de vuelta, y la pared estalló. El polvo del yeso giró en perezosas espirales, pegándose a su garganta, llenando sus fosas nasales. Los escombros se extendieron por todo el salón y la pared más alejada se estaba abombando. Por un momento, Roulette contempló aquella pared inestable; imaginó cómo caía, imaginó la pareja gorda de clase media en el apartamento de al lado, mirando fijamente la escena que les ofrecería. Una mujer sujetando a un hombre desnudo con la polla hinchada hasta adquirir proporciones de semental, con todo el cuerpo hinchándose a medida que el veneno hacía explotar las células sanguíneas y el rastro del tóxico quedaba

marcado por la decoloración en azul y negro.

Otra convulsión sacudió a Aullador, pero su garganta se había hinchado y se le habían obturado las cuerdas vocales. Roulette notaba la piel sudorosa de su espalda fría y pegajosa contra sus pechos aplastados y el olor de la vejiga y los intestinos vaciados llenaba la habitación. Entre arcadas, se lo quitó de encima, salió arrastrándose de la cama y se acurrucó en el suelo junto a ella.

La destrucción en los Cloisters. Él fue quien dio a entender que había sido la Tortuga quien había derrumbado las paredes de piedra... ¡Pero mintió! Le había prometido que no habría riesgo alguno aunque éste fuera el primer as que mataba. ¡Pero mintió! Se llevó una mano al oído y contempló fascinada la sangre coagulada que le manchaba los dedos. Una sensación de traición se abrió camino hasta el pensamiento consciente y se transformó en ira. «Lo sabía y no me avisó». ¿Acaso había querido que muriera allí? Pero entonces, ¿quién mataría a Tachyon por él?

Las sirenas le recordaron el peligro que corría. Había estado tan inmersa en la contemplación de la muerte y la traición que se había olvidado de la realidad. Todo bajo Manhattan debió de haber oído aquel grito mortal. Se le acababa el tiempo y, si quería sobrevivir y lograr su objetivo final, también tendría que correr. Se recogió el pelo enmarañado, las diminutas perlas y cristales trenzados en los largos mechones se prendían en sus dedos y tiraban de su cuero cabelludo. Embutió las medias y el ligero en el bolso, se puso el vestido a toda prisa y metió los pies en las sandalias de tacón.

Echó una última ojeada a la destrozada habitación para ver si había dejado algún rastro de su presencia, además del evidente, claro: el cadáver hinchado que yacía en la cama.

«Siempre quise ser especial».

Profirió un grito que no llegó a articularse y huyó por la escalera de incendios. Uno de los tacones de aguja se le enganchó en la reja de hierro bajo los pies y con un impropio se quitó los zapatos; con uno en cada mano, descendió a toda prisa los cinco tramos hasta el primer piso y allí bajó la escalera hasta el suelo sucio y lleno de basura del callejón. El cristal de cientos de ventanas rotas yacía como una centelleante capa de nieve encima de las hojas de lechuga podridas, las anillas de plástico de los packs de seis latas y los envases apestosos. Crujió bajo los pies cuando llegó al suelo y una astilla se le clavó profundamente en el talón.

Gimió, se la sacó y siguió con los zapatos calzados. «Una inyección antitetánica, necesitare una inyección antitetánica. No me he puesto una desde aquel mes en que Josiah y yo estuvimos en Perú».

Pensar en su ex marido puso los recuerdos en marcha, avanzando con espasmos hacia adelante como un tren ganando impulso. Las imágenes se acumulaban y se hacían añicos, como los fotogramas de una película terrorífica

proyectada a doble velocidad..., hasta que no quedó ni una sola imagen coherente, sólo un borrón de dolor, pena y furia que le quemaba las entrañas y que culminaba en un violenta sensación de alivio en el momento en que desató la marea y Aullador había muerto.

Salió del callejón y fue a parar a la calle, tratando de adoptar el tono adecuado. Sería sospechoso ignorar sin más la pesadilla para las compañías de seguros y el paraíso para los cristaleros que la rodeaba. Pero no podía unirse a la muchedumbre boquiabierta que se acumulaba a empujones (muchos aún en pijama o bata) y que se aglomeraba y miraba embobada la calle cubierta de cristal y los vehículos aparcados con las ventanas rajadas o arrasadas. Quizá lo mejor era aparentar ser una joven trabajadora; interesada pero preocupada por llegar al trabajo a tiempo.

Un coche de policía pasó a toda mecha por la calle y frenó de súbito al rebasarla, lo que hizo que sus dos ocupantes rebotaran como dos monigotes de pruebas. Unos ojos fríos e inyectados en sangre la recorrieron de arriba abajo y se obligó a mantener la compostura ante la mirada suspicaz del policía, aunque el miedo aleteaba en su estómago. Era un barrio mayormente blanco y, aunque vestía su traje con elegancia, era claramente de noche.

Prostituta.

La idea se leía claramente en aquel rostro rosado y abotargado, y sintió una punzada de resentimiento. Promoción del setenta, en la Vassar, máster en Economía. «No una prostituta, imbécil». Pero se cuidó bien de mantener una expresión neutra.

Un hombre salió corriendo del bloque de apartamentos de Aullador, agitando los brazos a la altura de la cabeza, abriendo y cerrando la boca aunque no se podía oír palabra alguna bajo el aullido de las sirenas. El policía, distraído, perdió el interés por Roulette. Gruñó algo a su compañero y señaló con el pulgar el edificio. El coche se puso en movimiento y Roulette se forzó a ponerse en marcha de nuevo.

El miedo había regresado. Alimentado no sólo por la presencia de los perseguidores tangibles que se acumulaban tras ella sino también por el aullido de los sabuesos de su alma que no dejaban de merodear alrededor. Aguardaban al momento en que la duda, el horror y la culpa que había estado creciendo con cada asesinato se apoderaran de ella, la noquearan, y entonces entrar y destruirla. Allí estaban: esperando. Podía oírlos. No había sido capaz de oírlos antes. Se estaba volviendo loca. Y si volvía a matar, ¿qué pasaría? Pero tenía que hacerlo. Y que Tachyon estuviera muerto haría que hasta la locura fuera soportable.



## Capítulo tres

---

8.00 horas

Los leones de piedra que montaban guardia ante la entrada principal de la Biblioteca Pública de Nueva York también se podrían haber tomado el día libre. La biblioteca estaba cerrada y la escalinata, desierta.

Jennifer, tras volver a su piso para tomar un desayuno ligero y ponerse un traje formal de falda negra, chaqueta negra y blusa blanca, extendió la mano y le dio una palmadita a uno en el costado al pasar, en lo que parecía ser un gesto de ánimo por el trabajo bien hecho. Entró en el edificio con su llave y después cerró la puerta tras ella. Las suelas de los zapatos chirriaron sonoramente, resonando de manera inquietante en la vasta antecámara de la biblioteca.

—Buenos día, señorita Maloy —la saludó un anciano vestido con un uniforme arrugado mientras avanzaba por la cavernosa sala principal hacia su escritorio, cerca de las estanterías del primer piso.

—Buenos días, Héctor.

—¿No va a ir al desfile? —El anciano era uno de los guardias de seguridad. Le gustaba contar historias de cuando había visto a Jetboy luchando contra los zepelines en el cielo de Manhattan, cuando era un policía en lo que habían sido los horribles primeros momentos de la nueva era, cuando se había liberado el virus wild card y el mundo había cambiado, de repente y para siempre.

—Puede que más tarde —dijo. Le gustaba el anciano pero éste no era el momento para entraparse en sus interminables recuerdos—. Tengo trabajo que hacer. Un proyecto que quiero acabar.

El viejo Héctor hizo chasquear la lengua contra la dentadura postiza y sacudió la cabeza.

—Trabaja demasiado duro, señorita Maloy. Una jovencita tan guapa como usted debería salir más.

—Lo haré. Es sólo que he pensado que hoy sería un buen día para acabar mi proyecto. Con la biblioteca cerrada y todo eso.

—Ya lo pilló. Ya lo pilló —dijo el afable anciano, recorriendo una hilera de mesas en penumbra—. Nunca he visto a una chica a la que le gusten tanto los

libros y tan poco divertirse —murmuró, medio para sus adentros.

Jennifer volvió entre las estanterías, con un ojo en Héctor, para asegurarse de que iba a hacer sus desgastadas rondas. No estaría bien, se dijo, que se tropezara con una de las bibliotecarias estudiando minuciosamente un catálogo con un par de libros llenos de extraños sellos en su escritorio. No estaría nada bien.



El nivel de ruido en el interior del Palacio de Cristal aún era lo bastante bajo como para escuchar las conversaciones privadas, pero Spector no estaba interesado en el espionaje. Enfiló directamente hacia la barra, se sentó y empezó a tamborilear con los dedos en la madera pulida. Sascha, solo tras la barra, estaba ocupado haciendo un *brandy alexander* para una rubia con un ajustado vestido de algodón blanco y rojo. A Spector, el rostro sin ojos de Sascha le daba escalofríos.

—Oye —dijo Spector, justo lo bastante alto para llamar la atención de Sascha —, necesito un chupito doble de Jack Black

—Estaré con usted en un minuto.

Spector asintió y se apartó el pelo de los ojos. Estaba demasiado asustado para comer pero siempre le quedaba la bebida. «Mierda —pensó—, debería haber accedido a lo que fuera que quisiera. Ese viejo hijodeputa retorcido puede hacerme picadillo». Se pasó la mano por la boca y trató de calmar su respiración entrecortada. Se dio la vuelta, temeroso de que el Astrónomo pudiera estar justo detrás de él. Poca gente tendría las pelotas de empezar algo en el Palacio de Cristal, pero el Astrónomo ni siquiera se lo pensaría dos veces.

—Su bebida.

Spector dio un bote al oír la voz de Sascha, después se giró.

—Gracias.

Sacó de su bolsillo un arrugado billete de cinco y lo tiró en la barra. Sascha vaciló un instante, luego cogió el dinero y se alejó.

Spector cogió el vaso y engulló el whisky. «Tengo que seguir moviéndome. A lo mejor no me buscará en Brooklyn». Se rió bajito para sus adentros. «A lo mejor el próximo presidente será un joker».

Cuando salió el aire era fresco y tranquilo. Se frotó las manos y echó a andar rápidamente por la calle, hacia la estación de metro más próxima.



La primera vez que había matado había sido por accidente —si es que algo así

podía calificarse como accidente— e incluso ahora lo justificaría porque a los sapos como Sully no se les debería permitir en absoluto reproducirse y multiplicarse.

Acababa de perder el trabajo. Sus dedos se tensaron y en la bandeja de plástico cayeron azúcar y migas de rosquilla rancia. Se lo habían presentado como una excedencia pero sabía que no era así. Durante semanas los rumores la habían atormentado, aleteando por todos los rincones de los cubículos de la oficina, resonando en los lavabos, dejando una marca tangible en cada rostro. «Pobrecilla..., su marido le ha pedido el divorcio... ¿Es verdad..., tuvo... un monstruo?»

Varias de sus amigas embarazadas le dieron la espalda como si su sola presencia pudiera hacer mutar a sus niños; no ayudó a paliar aquel miedo un inquietante rumor surgido del Centro para la Prevención y Control de Enfermedades acerca de dos casos anómalos del virus wild card que habían surgido de un modo que sólo podía explicarse si la enfermedad era, en efecto, contagiosa. Aquel día, cuando la llamó a su despacho, Frank fue amable pero muy firme. Su presencia en la oficina estaba afectando la moral y la productividad de los trabajadores. «Y ¿no necesitaba pasar algún tiempo sola para enfrentarse a “lo que le había pasado”? ¿Por qué no tomarse algo de tiempo?»

Semanas después, cuando el dinero y también su ánimo empezaban a agotarse, encontró a Sully Thornton en la puerta. Era un patético lameculos de poca monta que continuamente clamaba ser uno de los «socios comerciales» de Josiah. Roulette nunca le había visto ocupándose de ningún negocio especial cuando estuvo presente en Smallwoods. En cambio, se había concentrado en cascarse todo el alcohol gratis que pudo y en intentar besuquearla en plan pegajoso cuando estaba borracho o cuando quiera que la pillara sola. Le había abofeteado una vez, y tras una estridente risita que hizo que su prominente nariz se moviera arriba y abajo, le explicó borracho que sólo estaba «imitando al viejo abuelo Thornton con su fascinación por las mujeres morenas; lo lleva uno en la sangre». «Sí —había pensado con acritud—, es como dar palizas a los niños y tirarse a las madres. Es natural».

Sully había mencionado algo sobre querer ver qué tal estaba ya que Josiah la había tratado tan mal, y que podía comprarle la cena, y que había oído que había perdido el trabajo y si necesitaba un «pequeño préstamo». No se le escapó el significado pero, pese a la repulsión que le causaba, aceptó. Estar en la ruina acaba con los principios de las personas.

Más tarde, aquella noche, mientras él gruñía y jadeaba encima de ella, recordó la dolorosísima expulsión del bebé en el parto y se incorporó apoyándose en sus codos y vio... ¡No! Entonces llegó una expulsión de otro tipo y Sully murió.

Los seres que le devoraban el alma empezaron a atormentarla a las pocas horas de la muerte de Sully y, si Judas no la hubiera encontrado, quizá habría dejado de jugar con la muerte. Pero el rastreador de ases del Astrónomo la encontró y la llevó a los Cloisters y el Astrónomo le habló a sus lugares más recónditos, alimentando su enconado odio, prometiéndole que tendría su venganza final y que cuando el último asesinato se hubiera llevado a cabo le daría la paz: borraría para siempre la memoria de su hijo.

El Astrónomo la había usado con moderación, deseoso de mantenerla en secreto para que fuera muy efectiva. Y era efectiva. Hoy era el tercer asesinato que cometía para su horrible amo y cada vez era peor. Bebió un poco del café del Sunshine Cafe, que hacía amarillear los dientes, en un intento de limpiar el asqueroso sabor de muerte que tenía en la boca.

Esta vez él lo sabría. Sentiría su culpa y sus dudas y reaccionaría, y temía decepcionarle... No. Sólo estaba asustada, aterrorizada por él y sus poderes. Por su obsesiva tendencia a destruir. Primero TIAMAT, luego aquellos que le negaron su victoria definitiva.

¿Y si no regresaba?

No, sin él no habría catarsis final, no habría liberación final del recuerdo del monstruo. El Astrónomo podía quedarse con todo el resto, pero Tachyon era suyo. El alienígena le había destrozado la vida.

Se lo haría pagar destruyendo la suya. Aquella era su obsesión, la que la había unido al Astrónomo en una fusión impía de odio y venganza, y era un lazo muchísimo más fuerte que el amor.

—Señora, no alquilo las mesas por horas —gruñó el propietario del Sunshine Cafe, que era la prueba viviente de que los «generadores de alegre publicidad» no tenían la obligación de seguirla.

Dejó el dinero en la mesa y decidió estar agradecida por la interrupción, más que irritada. Se había acabado el refugio en aquel cafetucho. Tenía que irse.

Para enfrentarse a él.



Normalmente a Hiram le gustaba darse una vuelta por las calles de la ciudad y observar el flujo y reflujo del drama humano en las aceras de Manhattan a través del cristal esmerilado de las ventanas de su Bentley, mientras su conductor se preocupaba por los atascos y los taxis camicaces. Pero hoy Jokertown y los barrios colindantes serían el caos, pues los jokers tomarían las calles y centenares de turistas afluirían a la ciudad para ver los desfiles, los tenderetes callejeros, los fuegos artificiales y el resto de celebraciones que caracterizaban el Día Wild Card.



Para evitar las aglomeraciones, le dijo a Anthony que tomara la autovía FDR, pero incluso ahí el tráfico era un horror. Habría preferido volver a su apartamento para cambiarse pero no había tiempo. Fueron directos al Empire State Building. Se habían dispuesto cordones de terciopelo ante los ascensores que llevaban al Aces High y un letrero con elegantes letras doradas decía «CERRADO POR FIESTA PRIVADA». Saltó los cordones con agilidad, lo que no era ningún esfuerzo para alguien que sólo pesaba trece kilos, pero siempre hacía arquear alguna ceja en el vestíbulo. El ascensor le llevó directo al vestíbulo del restaurante.

Cuando las puertas se abrieron, oyó a su chef ejecutivo gritándole a alguien. La encargada de las salsas, sin duda; siempre estaban discutiendo. Cuando salió del ascensor, un conserje estaba barriendo la guardarroía.

—Asegúrate de que vacías los ceniceros, Smitty —le dijo Hiram.

Se detuvo un momento y echó una ojeada a la sala. En todas las paredes colgaban fotografías enmarcadas de famosos: políticos, figuras del deporte, sex-symbols, gente de la alta sociedad, escritores, estrellas de cine, periodistas y una miríada de ases. La mayoría habían garabateado cálidas dedicatorias a Hiram encima de sus retratos. Se paró para colocar bien la fotografía del senador Hartmann y Aullador que se había tomado la noche en que el senador había sido reelegido; después atravesó las amplias puertas dobles que conducían al restaurante en sí.

Aquí la voz de Paul LeBarre era mucho más fuerte, a pesar del bullicio. Los trabajadores estaban disponiendo mesas redondas para la fiesta y retirando las habituales al almacén. Los equipos de limpieza estaban brillantando el suelo, la larga barra curvada y las magníficas arañas estilo art déco que daban al Aces High buena parte de su atmósfera. Las amplias puertas de la Sunset Terrace se habían abierto para ventilar la estancia y soplaba un fuerte viento, propio de Nueva York. Vagamente, proveniente de mucho más abajo, Hiram podía oír el sonido del tráfico y las sirenas de la policía.

Curtis, su maître y mano derecha, se le acercó con una docena de piezas rígidas de cartulina bajo el brazo. Era un hombre negro, alto y esbelto con el pelo blanco. Esta noche, con su esmoquin, tendría un aspecto espléndido, elegante e incluso un poco austero; ahora mismo, vestido con una camisa de franela y un peto gastado, sólo parecía agobiado.

—La cocina es un caos —anunció enérgicamente—. Paul insiste en que Miriam ha echado a perder su holandesa especial y amenaza con tirarla por Sunset Terrace. Hemos tenido un pequeño fuego en la cocina pero ya está apagado, sin daños. Las esculturas de hielo llegan tarde. Seis de nuestros camareros han llamado esta mañana diciendo que están malos. Yo lo llamo «la gripe del Carnaval», complicada por el hecho de que en estas fiestas privadas nadie da propina. Una bonificación mayor podría causar una mejoría súbita.

Corre el habitual rumor sobre Golden Boy y he recibido tres llamadas de invitados ansiosos que quieren hacerte saber que si él viene, ellos no. Ah, y Digger Downs llamó para decirme que, si no le admitimos esta noche, la revista ¡*Ases!* no volverá a mencionar el restaurante jamás. ¿Qué tal esta mañana, Hiram?

Hiram suspiró y se pasó una mano por su cráneo sin pelo en un gesto nervioso que le quedaba de los tiempos en que tenía cabello.

—Dile a Digger que le dejaré entrar si su editor promete por escrito que no nos volverán a mencionar nunca más en la revista ¡*Ases!* Consígueme seis camareros temporales; que sean diez, no serán tan buenos como nuestra gente. No me preocupa Paul. Aún no ha tirado a nadie por la ventana. —Se dirigió a grandes zancadas al despacho.

Curtis le siguió el paso.

—Siempre hay una primera vez. ¿Y qué hay de Golden Boy? Hiram emitió un rudo sonido.

—Tenemos el mismo rumor cada año y el señor Braun aún no ha aparecido. Si alguna vez lo hace, ya me ocuparé de la cuestión de su cena. ¿Quién ha amenazado con cancelar?

—Sparkle Johnny, Trump Card y Pit Boss —dijo Curtis.

—Tranquiliza a Shawna y Lou y dile a Sparkle Johnny que Golden Boy definitivamente va a estar aquí. ¿Eso es la asignación de asientos?

Curtis se la entregó.

—Llamaré a Kevin y veré qué pasa con las esculturas de hielo —dijo mientras Hiram abría la puerta de su despacho privado.

—¡... por la ventana! —Paul LeBarre estaba gritando en la cocina—. De camino podrás pensar en cuál es la manera adecuada de hacer una salsa holandesa. ¡Quizá se te ocurrirá antes de que te estampes!

Hiram torció el gesto.

—Sí, hazlo —dijo—. Y por favor, que alguien me prepare un poco de desayuno. Una tortilla, creo. Tomate, cebolla, trocitos de panceta y queso.

—¿Cheddar?

Hiram arqueó una ceja.

—Por supuesto. Cuatro huevos. Con *pommes frites*, un jarro de zumo de naranja y un poco de Earl Grey. ¿Hay galletas? Curtis asintió.

—Bien. Tres, por favor. Estoy muerto de hambre.

Usar sus poderes siempre le dejaba hambriento. El Dr. Tachyon decía que tenía algo que ver con la pérdida de energía.

—Anthony estará pronto de vuelta con un traje limpio. Tuve un altercado en la calle Fulton. Envía a alguien al vestíbulo a que lo espere. Si Anthony intenta subir, lo más probable es que la grúa se lleve el Bentley. —Cerró la puerta.

Había un televisor de color de 26 pulgadas fijado a la pared encima de su

escritorio. Hiram se sentó en un gran sillón de ejecutivo, de cuero y hecho a medida, que olía como el interior de un club de hombres británico muy antiguo y muy exclusivo; pulsó el botón incorporado de masaje en la espalda, extendió el plano de distribución de los invitados en la mesa de nogal negro y encendió la televisión con el mando a distancia. Willard Scott y Peregrine aparecieron en la pantalla. Por alguna razón, Willard llevaba orejas de alce. Peregrine llevaba lo mínimo posible. Estaban hablando del desfile de Jokertown. Hiram pulsó el botón de silencio. Le gustaba tener la televisión encendida mientras trabajaba, como una especie de tapiz en vídeo que le mantenía conectado al mundo, pero el ruido le distraía. Tras una última mirada al admirable traje de Peregrine, empezó a revisar los croquis, marcándolos con iniciales en la esquina inferior derecha tras examinarlos.

Para cuando Curtis volvió con su tortilla, ya había acabado con los croquis.

—Dos cambios —dijo—. Pon a Mistral cerca de la terraza. Si hay demasiado viento, podrá ocuparse de ello por nosotros.

—Cambia a Tachy y a Croyd. Si ponemos a Tachyon en la misma mesa que Fortunato, morirán inocentes en el fuego cruzado.

—Excelente —dijo Curtis—. ¿Seis mesas para los espontáneos?

Cada año se enviaban invitaciones formales para la Cena del Día Wild Card en el Aces High y se esperaba a quienes confirmaban su asistencia, pero había ases que mantenían cuidadosamente sus nombres en secreto y otros que aún no habían saltado a la palestra. La fiesta estaba abierta a todos ellos y cada año la cola que se formaba en la puerta con todos los que esperaban ganar su entrada demostrando un talento de as era más y más larga.

—Ocho —contestó Hiram tras pensarlo un momento—. Es el cuarenta aniversario, al fin y al cabo.

Volvió a mirar la pantalla de televisión.

—Una cosa más. —Cogió el croquis, que estaba encima de todo, y anotó algo—. Ya está.

Curtis lo estudió.

—Peregrine a su lado. Muy bien, señor.

—Eso creo —dijo sonriendo en silencio. Se sentía bastante complacido consigo mismo.

—Las esculturas de hielo llegarán a la hora prevista.

—Fantástico. Avisame cuando lleguen.

Curtis cerró la puerta tras él. Hiram se recostó en su butaca, echó una ojeada al televisor y cambió de canal. En las escaleras de la Tumba de Jet-boy, Linda Ellerbee estaba entrevistando a Xavier Desmond. Les observó articulando palabras inaudibles durante un minuto. Después, un boletín de noticias interrumpió la conversación. Algo sobre Aullador, cuya fotografía apareció en la pantalla, con el traje amarillo que usaba para el combate. Un buen tipo, pero su

sentido del color era casi tan malo como el del Dr. Tachyon.

Hiram frunció el ceño y entrelazó los dedos pensativamente. Todo estaba bajo control. La fiesta sería un rotundo éxito, el acontecimiento social del año. Debería sentirse eufórico. En cambio, estaba preocupado.

El asunto en el mercado de pescado de la calle Fulton; era eso. No podía quitárselo de la cabeza. Gills estaba metido en algún lío, necesitaba ayuda, y él apreciaba al viejo joker.

Habían hecho negocios durante una década y el Aces High incluso había servido la comida en la graduación de su hijo.

Alguien debía averiguar qué estaba pasando, pensó. Él no, por supuesto; él era un restaurador, no un aventurero. Pero conocía a la gente adecuada, y muchos de ellos le debían favores. Quizá debería usar sus contactos.

Encontró el número del Dr. Tachyon en su Rolodex; cogió el teléfono y marcó el número. Dejó que sonara un buen rato. El taquisiano era bien conocido por dormir hasta tarde.

Al final se rindió. El Día Wild Card siempre era una prueba para Tachyon. A veces sí y a veces no, se embarcaba en una borrachera de culpa, autocompasión y coñac. Siendo éste el cuarenta aniversario, la angustia del doctor sería particularmente aguda. Oh, el doctor Tachyon llegaría a tiempo para la cena, de eso no había duda, pero Hiram quería que alguien trabajara en esto de inmediato.

Lo estuvo pensando durante un minuto. Seguro que su buen amigo el senador Hartmann le prestaría los servicios de algún as del Departamento de Justicia, pero implicar al gobierno consumía mucho tiempo y era un lío. Fortunato tal vez ayudaría o tal vez no.

Hizo girar su Rolodex, mirando los nombres, y por supuesto allí estaba, en la primerísima tarjeta:

«JAY ACKROYD. Investigaciones confidenciales y prestidigitación».

Sonriendo, Hiram Worchester cogió el teléfono y marcó.

Ackroyd lo cogió en el quinto tono.

—Es demasiado pronto —se quejó el detective—. ¡Vete por ahí!

—Sal de la cama, Popinjay —dijo Hiram animadamente, a sabiendas de que le irritaría—. El que madruga coge la oruga, y está noche tendrás que coger tu cena, por así decirlo.

—Más vale que sea más de una cena, Hiram —dijo—. Y no me llares Popinjay, maldita sea.



Cada archivador tenía diez páginas y cada una de ellas contenía cerca de un centenar de sellos con sus números del catálogo Scott pulcramente anotados

debajo, lo que hacía muy fácil identificarlos.

Había diez #38 de Irlanda (#171 de Gran Bretaña, «*Rialtar Sealadac na heineann* 1922» sobreimpreso en tinta azul) sin usar; precio del catálogo, 1500 dólares cada uno. Había ocho #1 de Dinamarca (sin perforación con burilado en ocre) ligeramente matasellados con cuatro excelentes márgenes; precio del catálogo, 1300 dólares cada uno. Había doce #8 de Japón (papel verjurado nativo sin goma) sin usar; precio del catálogo, 450 dólares la pieza. Y así sucesivamente. En conjunto había 1880 sellos en los clasificadores, catalogando un valor medio de 1000 dólares cada uno; por lo tanto, cada clasificador contenía sellos por valor de un millón de dólares aproximadamente. El tercer libro, sin embargo...

Jennifer lo hojeó rápidamente pero la riqueza de los otros libros que yacían en el desordenado escritorio distrajo su mente del misterio del tercero.

Kien había reunido una considerable colección. No sabía mucho de filatelia pero una rápida ojeada a la información sobre los precios en las primeras páginas de los catálogos y su experiencia general en el campo de los materiales raros y coleccionables le dijo que Kien había reunido la colección perfecta para obtener el máximo provecho cuando llegara la hora de vender.

Los sellos que había reunido eran raros, pero no en exceso. Los raros de verdad eran tan bien conocidos que todos los ejemplares existentes estaban documentados, pero de éstos había bastantes como para que no se pudiera rastrear su origen. Ésos eran lo bastante raros para ser, bueno, raros y lo bastante comunes para que su aparición en el mercado no causara ningún revuelo.

También eran lo suficientemente raros para que —dependiendo, por supuesto, de lo desesperado que estuviera al liquidar sus posesiones— Kien pudiera esperar obtener un precio próximo al del catálogo cuando quisiera convertirlos en moneda de cambio. Un breve examen de varios ejemplares escogidos en los catálogos de años anteriores le dijo que también eran lo bastante raros como para aumentar su valor de año en año. Y si Kien jugaba las cartas adecuadas cuando los convirtiera en efectivo, ni siquiera tendría que pagar impuestos. Por supuesto, un único filatélico lo tendría difícil para reunir el dinero necesario para comprar toda la colección, pero había muchos filatélicos en cualquier gran ciudad.

Por desgracia, reflexionó Jennifer mientras revisaba distraída las páginas de sellos, ella no tenía esa opción. No podía dividir la colección pieza a pieza. Tenía que deshacerse de ella de una tacada y se daría con un canto en los dientes si el tratante que se lo compraba le pagaba el diez por ciento de su valor.

Con todo, el diez por ciento estaría bien. Doscientos mil no está nada mal para una mañana de trabajo.

Tenía que afrontar la cuota final de su apartamento, el cual acababa de comprar, y además estaban sus proyectos especiales. Cogió un pequeño librito negro del bolso y repasó su lista de entidades benéficas favoritas, la mayoría centros pequeños y con escasas subvenciones para mujeres maltratadas, niños

desamparados y mascotas abandonadas. En la época actual de recortes gubernamentales los ciudadanos particulares tenían que hacer todo lo que pudieran para apoyar a las buenas causas y Jennifer pensó que había un montón de causas nobles en el mundo.



La humedad se filtraba por una larga grieta que recorría en diagonal la pared del túnel. Todo el peso de Manhattan parecía estar suspendido sobre su cabeza y se preguntó inútilmente por enésima vez si ese laberinto de túneles y pequeños habitáculos sobreviviría. Tal vez sus pasos fueran la presión final necesaria para que su guarida, a punto de desmoronarse, se derrumbara del todo. El miedo impulsó su aliento hasta las profundidades de su estómago y apretó el paso, con la humedad filtrándosele por las sandalias.

Le parecía increíble que, tras la debacle de mayo, cuando los ases de Nueva York asaltaron los Cloisters, mataron a un buen número de masones y destruyeron el dispositivo *shakti*, el Astrónomo hubiera regresado tranquilamente a su vieja guarida y nadie se hubiera dado cuenta. Ciertamente, sólo quedaban unos pocos: Kafka, el propio Maestro, Román, Kim Toy, Gresham, Imp e Insulina y ella, que se había salvado sólo porque había decidido pasar el día en un concierto en un pueblo del estado de Nueva York. Tal vez la amenaza del Enjambre (que acababa de ser eliminada recientemente) podía ofrecer alguna explicación.

El túnel desembocaba en una pequeña estancia. Roulette entró y notó que su tacón patinaba al pisar la resbaladiza sangre oscura que yacía en el suelo de piedra, en charcos cada vez más grandes. Había sido un ritual enérgico, pues también había sangre fresca pintando las paredes. Unas estridentes salpicaduras aquí, regueros fluyendo allá impregnando el húmedo yeso gris: una exhibición de arte moderno dibujada con brutalidad. Había extremidades desmembradas apiladas como si fueran madera en un rincón del fondo; la cabeza con los ojos abiertos de par en par estaba situada como un melón encima de todo. Había sido una mujer hermosa, con una larga cabellera negra que ahora le rozaba el muñón irregular de su cuello y unos pendientes de cristal centelleando bajo la cruda luz de una bombilla que colgaba de un cable en el techo.

*Naturaleza muerta para un loco*, pensó Roulette, y la histeria y la repulsión le agarraron la garganta.

Kafka, con un aspecto decididamente dadá mientras se doblaba como un toallero, estaba encorvado junto al Astrónomo. Varias toallas esponjosas con apliques de ositos de peluche le colgaban de los brazos quitinosos y esqueléticos. Su caparazón no dejaba de agitarse, pero Roulette no sabía decir si era por frío o por miedo.

Al fin, se obligó a posar los ojos en su maestro, quien acabó de limpiarse meticulosamente las manos con una toalla y la tiró al suelo a sus pies. Sus ojos flotaban como dos enormes lunas tras las gruesas lentes de las gafas, pero se le veía radiante, casi crepitaba con la energía, y supo que estaba listo para empezar con la agenda del día. Un festín de sangre para preparar el banquete que había de seguir.

—¿Y bien?

—Aullador está muerto.

—Excelente, querida. Excelente. —Se giró y apartó con desprecio su silla de ruedas, que chirriaron lúgubrementemente al girar hacia un rincón—. Pero cuéntamelo todo. Todos y cada uno de los matices, cada gesto de agonía...

—No fue muy sutil —dijo inexpresivamente y se echó hacia atrás el pelo trenzado para revelar la contusión—. Y aún no puedo oír muy bien con el oído derecho.

Él rió, emitiendo un rumor grave y gutural que la dejó temblando de furia.

—¡Podría haber muerto! ¿Es que no te importa?

—No en demasía. —Tenía la mirada posada en la mujer y ella se retorció, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Al menos podrías haberme advertido —gritó, intentando buscar un lugar seguro en el que reposar la vista, pero allá donde mirara todo era locura.

—No soy tu padre. Asumí que eras lo bastante inteligente como para investigar por tu cuenta.

—No soy una asesina profesional, no investigo.

Hasta Kafka emitió una risita susurrante y ahogada que sonó como unas manos secas y muertas frotándose, y el Astrónomo echó atrás la cabeza y estalló en carcajadas, con los tendones de su escuálido cuello sobresaliendo como ramitas.

—Ay, tesoro mío, ¿así es cómo te escondes de tu alma? Pequeña idiota. Deberías abrazar el odio, lamerlo, comerlo, deleitarte en él. Te estoy ofreciendo una oportunidad única para encontrar la venganza. Para compensar la pérdida con el dolor. Y cuando todo esto acabe te daré la libertad que anhelas. Deberías estarme agradecida.

—Me estoy convirtiendo en un monstruo —murmuró Roulette.

—¿Es duda lo que estoy oyendo? De ser así, por favor, acaba con ella. La culpa es una emoción que debilita enormemente. Verás, la duda puede conducir a la traición y ya sabes cómo trato a quienes me traicionan. Te estoy dando a Tachyon aunque en verdad querría matarlo yo mismo, así que no me vengas lloriqueando sobre lo cerca de la muerte que has estado y lo horrible que soy por hacerte matar. Y ni siquiera pienses en dar marcha atrás. No tengo tiempo de ocuparme del buen doctor, incluso he tenido que delegar en Imp e Insulina que se encarguen de la Tortuga, así que me enfadaría mucho contigo si tuviera que

volver a anotar a Tachyon en mi agenda. El placer no compensaría el agravio, créeme.

—No creo que te motive la generosidad. Creo que le tienes miedo, por eso me envías a enfrentarme con él.

Las palabras ya estaban dichas y había sido una idiota al pronunciarlas, porque se avalanzó sobre ella, cerrando los dedos como un cepo alrededor de su mandíbula.

—¿Me estás llamando cobarde, mi dulce coñito asesino?

Una mueca diabólica se había dibujado en su cara.

—No —se obligó a decir en un susurro apenas audible.

—Bien, no quisiera pensar que no me respetas. Y ahora, hálame sobre Aullador.

—No, yo no... no puedo revivirlo... otra vez. —Era mucho más alta que él, así que le veía la parte superior del cráneo calvo cubierto sólo por unos pocos mechones de cabello despeinados y zonas de piel descamada.

—¡Entonces revive esto! —Y la oleada de recuerdos volvió. La horrible cosa deforme que había permanecido entre sus piernas. El resultado neto de tantas horas de parto doloroso. Un monstruo tan grotesco que hasta las enfermeras habían odiado tener que tocarlo.

—¡Muy bien, muy bien! Sufrió... un gran dolor.

—Su cara, ¿cómo era su cara? Debía de estar mirándote.

—Parecía triste. Como un niño desconcertado que no entendiera por qué le están haciendo daño.

Los sollozos yacían como cristales rotos en lo profundo de su garganta.

—¿Y disfrutaste?

La mano que tenía libre se cerró en su hombro izquierdo y la obligó a arrodillarse ante él. Podía notar cómo la sangre empapaba el dobladillo de su falda, pegándose a la piel desnuda de sus rodillas.

Sus ojos estaban puestos en ella, no había esperanza de que pudiera mentir.

—No. —Las lágrimas se derramaron, fluyendo en cálidos hilillos sobre sus mejillas—. La verdad es que no le conocía. Sólo de una noche. Pero fue amable conmigo. Y ahora está muerto y yo asustada.

—¿De qué?

—De aquello en lo que me estoy convirtiendo. Tengo miedo de seguir...

—Querida, harías mejor en estar asustada de lo que te pasará si no sigues. Me perteneces, Roulette, y me cobraré un terrible castigo si me fallas.

Un grito agudo desgarró su garganta al ver cómo su mano se le hundía en el pecho y notaba una fuerte presión en el momento en que sostuvo su corazón en la palma.

—Un apretón, Roulette, y mueres. —Su mano fue bajando; palpó sus ovarios, lo que le generó oleadas de dolor por todo el vientre—. No hagas que te mate,



Roulette. Sería un gran desperdicio. —Retiró la mano y acarició su mejilla magullada—. Pero no quiero asustarte, querida, sino ayudarte. A salvar tu alma y liberarla. Roulette, a menos que consigas tu venganza final y purgues tu alma, te volverás loca, justo como temes. Sin esa limpieza, que yo elimine tus recuerdos no te hará ningún bien. Ahora vete, busca a Tachyon, mátale y serás libre.

—Libre —suspiró.

El Astrónomo le soltó de súbito la barbilla, por lo que cayó para adelante y tuvo que apoyarse con las manos. Gimió un poco cuando la sangre, que ya se estaba secando, fluyó entre sus dedos. «Incluso libre de ti», pensó con una emoción que no era ni amor ni odio, sino una mezcla de ambas cosas.

—Sí, mi pequeña. Incluso de mí.

Apretó los ojos con fuerza, esperando el golpe o cualquier otro castigo que fuera a venir. Pasaron los segundos y nada ocurrió. Con cautela, abrió los ojos.

—¿Y cuándo...?

—¿Borraré tu pasado? Cuando vuelvas para informarme y me cuentes el dolor del mismísimo momento de la muerte de Tachyon. —Sus labios se retorcieron por el posible doble sentido de sus palabras.

—Sí..., está bien..., lo haré.

Roulette se puso de pie. Con una sacudida de cabeza, el Astrónomo indicó a Kafka que se fuera. La horrible y pequeña cucaracha joker corrió hacia la puerta y le ofreció a la mujer una de las toallas limpias que quedaban. La aceptó agradecida.

—¿Te encontraré aquí?

—Depende de la hora. Mi agenda de hoy está bastante llena. —Sonrió con satisfacción y se la quedó mirando pensativo—. Me has servido bien. Oh, ¿por qué no? He decidido llevarme a mis más leales servidores cuando me vaya. —Enrolló un trozo de tubo flexible en su antebrazo y se frotó la vena que sobresalía.

—¿Irte?

—Sí, me voy de este mundo que me ha traicionado y engañado.

—Pero ¿cómo?

—En la nave de Tachyon.

—Pero no sabes cómo pilotar una nave espacial, ¿no? —añadió, dudando de repente. El alcance de sus poderes era impresionante, tal vez sí podía.

—Esa nave volará sola, ya que es una criatura inteligente con una mente, y lo que tiene una mente puedo controlarlo. Hemos fijado la cita mañana a las tres y media de la madrugada. Si estás allí, puedes venir. Siempre que, por supuesto, hayas matado a Tachyon y tu pequeño relato me complazca. Así que, ¿qué dices a eso? No puedo ser más justo —añadió en un tono pensativo, como si considerara su propia magnanimidad.

La sonrisita que fruncía su boca murió y su rostro se retorció en una mueca horrible.

—¡Ahora vete! —gritó y la saliva se acumuló en sus labios en pequeñas gotas y le salpicó en la cara.

Se fue corriendo por el húmedo túnel, con la toalla apretada en los labios. Kafka aún estaba andorreando por el túnel y, cuando le rebasó, Roulette se preguntó cuánto habría escuchado a hurtadillas, si era uno de los « fieles » o no y qué podría hacerle el Astrónomo si no lo era y se enteraba de que Kafka había oído la conversación a escondidas. Por un instante, sus ojos se encontraron y la mujer vio reflejados en los del joker el mismo miedo, confusión, desesperanza y odio que sabía que se reflejaban en los suyos.

Le tocó con suavidad en el caparazón.

—Gracias por la toalla, Kafka.

—De nada —dijo con una curiosa formalidad que hacía que su extraña condición aún resultara más ridícula y dolorosa—. Roulette —añadió mientras se alejaba—, ten cuidado. Me gustaría pensar que uno de nosotros va a salir de esto con cierta normalidad y humanidad aparentemente intactas.

—Bueno, no seré yo, pero gracias por preocuparte.



## Capítulo cuatro

---

9.00 horas

Jennifer descolgó el teléfono del escritorio y marcó un número que sólo había usado una media docena de veces el pasado año pero que se había aprendido de memoria. Se oyeron tres tonos antes de que una voz pastosa, culta y todavía con un ligero acento de Brooklyn dijera:

—Happy Hocker.

—Hola, Gruber.

La voz adquirió un tono distinto, se hizo más grave y empalagosa y llena de una solicitud no deseada.

—Mi querida Espectro —la llamó por el *nom de guerre* que Jennifer había adoptado—, cuánto tiempo. ¿Qué tal te ha ido?

—Bien.

Jennifer respondió lo más escuetamente posible. No le gustaba León Gruber, aunque él sí le hacía saber continuamente lo que sentía por ella, algo demasiado evidente. Era un cocainómano regordete con la cara pálida y un máster en Bellas Artes por la Columbia. Llevaba la tienda de empeños que había heredado de su padre, en circunstancias bastante extrañas, por lo que la chica había oído. Era su comprador. Nunca dejaba de tirarle los tejos, a pesar de la fría cortesía con la que ella llevaba a cabo todas sus transacciones.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó.

Consiguió que la pregunta sonara salaz. Jennifer casi podía verle relamiéndose los carnosos labios.

—Sellos. —Una respuesta sucinta.

—¿Cuánto?

En su voz hubo un dejo de suspiro al resignarse a hablar de negocios.

—Un catálogo de casi dos millones.

Se produjo un largo silencio y cuando, finalmente, Gruber habló, su voz había vuelto a cambiar. Tras sus palabras se percibía algo que Jennifer nunca había oído antes, algo que le hacía sonar aún más frío y calculador de lo usual.

—Me dejas perplejo, querida. Dime, ¿es el stock de un comerciante o una

colección privada?

—No es asunto tuyo.

—Bueno, a todos nos gusta tener nuestros secretitos, ¿verdad?

—Mis secretos son cosa mía —dijo con firmeza, algo más que un poco irritada—. Si no estás interesado en mis sellos siempre puedo encontrar a quien sí lo esté.

—Oh, estoy interesado, lo estoy. Estoy interesado en todo lo tuyo, mi querida Espectro.

La joven torció el gesto ante aquellas palabras. Casi podía imaginar las escenas que le aleteaban por el cerebro excitado por la cocaína.

—Eres una persona muy, ehm, intrigante. Apareciste de la nada y en menos de un año te has convertido en la mejor ladrona de la ciudad. Me siento muy afortunado de ser, ehm, tu socio y estoy muy, muy interesado en los sellos. Sin embargo, esta mañana tengo unos asuntos que atender, estoy esperando a unas personas. ¿Puedes venir hacia las once? Quizá podríamos comer después de que le eche un vistazo a la mercancía.

—Quizá. —No tenía sentido enemistarse con él antes de que viera los sellos—. A las once. Allí estaré.

—Te estaré esperando, querida.

Su última frase resonó pegajosa en el oído de Jennifer cuando colgó. Percibió en ella una ansiedad y una avidez más intensas de lo habitual. Decidió que tenía que encontrar un nuevo comprador. No podría soportar los comentarios lascivos de Gruber mucho más. Tal vez se estaba hundiendo demasiado rápido en la adicción a la cocaína. «Abusa demasiado de esa mierda —pensó—, un día de estos le explotará el corazón».



Fortunato miró su reloj; a causa de la multitud, tuvo que levantar el brazo, bien pegado al cuerpo, y cruzarlo sobre el pecho para poder verlo. Pasaban pocos minutos de las nueve. Cuando volvió a alzar la vista, el mundo se había convertido en un caleidoscopio. Esquirlas de brillantes color le rodeaban, formando sin cesar nuevos dibujos, impredecibles pero no demasiado azarosos.

Cuando Caroline le había dicho que era el Día Wild Card sus palabras no habían significado nada. Debería haberlo sabido. Ahora estaba atrapado en medio del tumulto con Brennan sin poder moverse. Cada par de minutos pensaba en romper su regla sobre las exhibiciones públicas. No le costaría nada levitar y salir de entre el gentío y flotar de vuelta a la paz de su piso.

Después pensaba en el Astrónomo, quien podría estar a sólo unos pocos

metros, a punto de matar de nuevo y hacerse mucho más fuerte en el proceso.

Justo delante de ellos, la calle Hester confluía con Bowery, en el centro de Jokertown. Las barricadas de la policía bloqueaban las bocacalles, aunque había tantos turistas que los coches no podrían haber entrado ni queriendo. La mayoría parecían ir vestidos para una carrera de atletismo, con pantalones cortos, zapatillas y horribles camisetas, sólo que tenían sobrepeso y llevaban cámaras colgando y gorras con consignas idiotas.

—Mira, ahí hay uno —dijo uno de ellos, señalando a Fortunato. El gorro del hombre decía «COMER FUERA ES DIVERTIDO». Fortunato pensó en sacarle el estómago y dejárselo colgando de la boca por el largo tubo del esófago, y que la sangre, la baba y el desayo uno le chorrearan en la acera. «Calma, tómatelo con calma», se dijo a sí mismo.

Al estilo típico de los jokers, el desfile ya se había ido a hacer puñetas. Se suponía que las carrozas oficiales debían estar en fila en dirección a Canal, pero la calle estaba casi llena de vehículos no oficiales, el más evidente de los cuales era un falo de látex de seis metros rosa y reluciente inclinado unos sesenta grados; estaba montado en una plataforma de madera que tres jokers enmascarados intentaban empujar entre la multitud. El pene era bífido y había un cartel colgando entre las dos cabezas que decía «QUE SE JODAN LOS NATS». Un cuarto joker estaba de pie en la plataforma, lanzando lo que parecían condones usados a la muchedumbre. Dos grupos de personas trataban enconadamente de abrirse camino hasta allí arriba: uno, policías; el otro, turistas indignados.

—Ahí está. —Brennan tuvo que gritar al oído del as para conseguir que le oyera. Fortunato se dio la vuelta y vio a Jube sentado en lo alto de su quiosco de periódicos, bajo, gordo, con sus colmillos relucientes bajo el sol de la mañana.

—Vale. —Usó un poco de su poder para despejar un espacio delante del quiosco. Ahuecó las manos a ambos lados de la boca y le llamó—: ¿Puedes bajar un minuto?

Jube se encogió de hombros y empezó a descender. Fortunato alargó el brazo y le agarró el tobillo negro y gomoso para sostenerlo. En el momento en que lo tocó, sintió que le recorría una extraña vibración. Jube bajó la mirada y sus ojos se encontraron. Fortunato le leyó los pensamientos sin querer.

—Sí —le respondió Fortunato—, ahora lo sé.

Jube no era humano.

—Te he visto en el Palacio de Cristal —dijo Jube—, pero nunca nos han presentado formalmente. —Le tendió la mano—. ¿Qué tal se te da guardar secretos?

—Suelo ocuparme de mis propios asuntos. ¿Tachyon sabe qué eres?

—No, no lo sabe nadie excepto tú. Supongo que sólo me queda esperar que no se te ocurra ninguna buena razón para delatarme.

Jube adoptó una expresión de indiferencia cuando Brennan se acercó y dijo:

—Chrysalis me ha contado...

—Que vi al Astrónomo. —La cabeza de Jube, de un negro oleoso y cubierta de mechones de pelo rojizo, se movió arriba y abajo—. Hacia las cinco de la mañana. Yo estaba recogiendo el *Enquirer*. Como cada lunes, ya sabéis. — Fortunato se aclaró la garganta con impaciencia—. Estaba en el asiento trasero de una limusina, se dirigía hacia la Segunda Avenida.

—¿Cómo sabes que era él? —preguntó Fortunato. Jube vaciló y el as lo convirtió en una orden—. Dime la verdad.

—Yo... fui a algunas de sus reuniones. De los masones egipcios. Pensaba que tenían... algo que yo quería.

Un súbito estrépito hizo que el alienígena diera un respingo. Fortunato se giró: justo al otro lado de Hester, un aparador de cristal había estallado en plena calle. Cuatro chicos orientales con chaquetas de satén azul salieron en grupo de la tienda. El último destruyó el cristal de la puerta con una porra.

—¡Recuerda, viejo! —gritó el chico—. ¡No vuelvas a hacer el gilipollas con las Garzas, tío!

Se precipitaron hacia la multitud y desaparecieron.

En un segundo y medio, Brennan había abierto la caja de cuero y unido las dos mitades de su arco. Aun así, no tuvo ninguna oportunidad de disparar. Volvió a guardar el arco y se giró hacia Fortunato, que no se había movido.

—Hablabas en serio —dijo Jube—, realmente no te metes en los asuntos de los demás.

—No interfiero en lo que desconozco —dijo Fortunato.

Lo dijo pensando en 1969, cuando su poder se manifestó. Durante unos meses estuvo implicado en movimientos políticos clandestinos, tratando de detener la masacre masiva de jokers en Vietnam. Incluso entonces, estando las cosas tan claras, se había sentido inquieto al respecto. Había una mujer implicada y cuando ella desapareció fue el final para él; desde entonces había sido reservado.

—Si quisiera ser policía, sería policía. —Se volvió de nuevo a Jube—. Creo que tú y yo deberíamos sentarnos y tener una larga conversación algún día, cuando no haya tanto jaleo. Por ahora, límitate a mantener los ojos abiertos.

Si vuelves a ver al Astrónomo o a alguien que sepas que está trabajando para él, llama a Tachyon. Él contactará conmigo. ¿De acuerdo?

El alienígena asintió.

—Y por el amor de Dios —dijo Fortunato—, alegra esa cara.



Spector subió despacio por las escaleras de la estación de metro, mirando en

todas direcciones. El Jack Daniels no le había ayudado. Había visto al Astrónomo matando antes; había participado en ello varias veces. El viejo podía hacerle pedazos más rápido de lo que él podía regenerarse. Se estremeció y trastabilló. La casa de empeños de Gruber estaba sólo a un par de manzanas.

La avenida Flatbush estaba tranquila, casi desierta. Un niño estaba jugando en un portal, con un avión a reacción en una mano y un dirigible en la otra. Estrelló el avión contra el dirigible y gritó:

—No puedo morir aún, no he visto *The Jolson Story*.

Spector sacudió la cabeza. No entendía por qué todo el mundo consideraba a Jetboy un héroe. Aquel mierdecilla había intentado evitar que el virus fuera liberado sobre Nueva York pero la había jodido, había fracasado. Y por ello consiguió una estatua y la adoración de millones de personas.

—Jetboy era un perdedor —gritó al niño.

El muchacho se lo quedó mirando, después recogió sus juguetes y se apresuró a entrar en casa.

Spector rebuscó dentro de su traje gris y sacó su máscara de calavera. Se la puso al cruzar la calle del Happy Hocker.

Cambió de acera rápidamente y trató de abrir la puerta; estaba cerrado. La aporreó con fuerza varias veces y esperó. No se oía nada. Lo probó otra vez. En esta ocasión se oyeron unos pasos pesados y apresurados. Oyó el clic de la cerradura y la puerta se entreabrió.

—Ahora mismo estoy ocupado, vuelve más tarde —dijo Gruber.

—Tienes cocaína en la solapa —contestó señalando el traje de tweed hecho a medida. Puso el pie en la puerta—. Soy Spector. Necesito comprar algo.

Gruber abrió y cerró de prisa una vez que Spector entró.

—¿Comprar? Es un tanto inusual. Bien, ¿qué necesitas?

—Una pistola automática y un chaleco antibalas. —Spector echó un vistazo al desorden apenas iluminado. El lugar olía a desuso y a la colonia de Gruber—. ¿Cómo consigues encontrar algo en este caos?

—Todos los asuntos importantes se negocian detrás. —Gruber abrió la jaula y se dirigieron hacia la trastienda.

Era gordo y fofo. Spector podría haberle odiado sólo por eso. Siguió al hombrecillo, concentrándose en su dolor.

Gruber abrió un gabinete y sacó una pistola.

—Ingram Mac-11 con sobaquera. A cualquier comprador corriente le pediría ochocientos, pero tú te la puedes quedar como adelanto. Pronto tendrás algo para mí, espero.

Spector cogió la Ingram y la examinó; estaba bien engrasada y tenía un buen peso.

—Claro. ¿No hay chaleco antibalas?

—No, lo siento.

Spector esperaba que el chaleco pudiera ayudarle si el Astrónomo intentaba arrancarle el corazón. Qué suerte la suya: era un objeto que normalmente Gruber tenía.

—¿Y balas?

—Aquí mismo —dijo Gruber tendiéndole una caja sin abrir—. ¿Por qué necesitas un arma? Quiero decir, al ser un as y tal uno pensaría que, ehm, no te hace falta.

Se dio cuenta de que Gruber tenía cuidado de no mirarle a los ojos. Agarró al gordo por las orejas y se lo acercó. Este intentó arrancarle los ojos con una mano y sacó una 22 automática con la otra. Spector le agarró la mano con la que sujetaba el arma y la hizo apuntar hacia el estómago del prestamista. Hubo dos disparos, ambos en el estómago de Gruber. Tiró el arma; sabía que el hombre tardaría un buen rato en morir por las heridas de bala. Le giró la cabeza, forzándole a acercar los ojos.

—¡No! —dijo Gruber con los ojos cerrados. Spector le golpeó en la garganta y lo tiró al suelo. Se puso a horcajadas sobre el gordo y le sujetó los brazos.

No me mates, por favor, no.

—Ya casi estás muerto. —Le agarró los párpados y tiró de ellos hacia arriba. Gruber gritó pero era demasiado tarde. Sus miradas se encontraron.

Spector era la única persona a la que le había tocado una reina negra y había vivido para contarlo. Por desgracia, el recuerdo de su muerte siempre estaba allí. Le dio rienda suelta enfocándolo hacia su víctima, proyectando su dolor en el cuerpo del hombre, convenciéndole de que estaba muriendo. La rolliza carne de Gruber lo creyó. Puso los ojos en blanco y jadeó. Spector sintió cómo se convertía en un peso muerto y lo soltó.

Miró el mostrador. Gruber había escrito una palabra en un cuaderno. «Sellos». Se encogió de hombros y se alejó. Se colocó la sobaquera y metió la Ingram en ella. Si se topaba con el Astrónomo, podía ser útil o, una vez más, tal vez no. Entornó la puerta de la jaula y la cerró con llave, se puso la máscara y se fue por la puerta de atrás.



« ¡Estúpido! ¡No podría haber sido más idiota! », pensó Jack mientras se afanaba por abrirse camino hacia el centro, entre la turba. El enfado consigo mismo aún ardía ferozmente. Inspeccionó el fragmento de la Octava Avenida que podía ver. ¿Dónde estaba la chica con el hombre del traje púrpura y el elegante sombrero de fieltro?

Aún no había llamado a la madre de Cordelia. Elouette tendría que esperar, estuviera impaciente o no. Jack había hecho la única llamada que creía que



podría servir de algo: bastaba con que Bagabond y sus animales pudieran avistar a su sobrina..., él se encargaría del resto. Sintió su áspera lengua deslizándose entre unos dientes que eran ligeramente más profusos, más afilados y largos de lo normal. Intentó atemperar su furia. Ya habría tiempo para eso.

Control. Era obvio que ahora tenía un poco. Al principio, al salir de Port Authority, había buscado al azar, abriéndose paso entre la multitud, primero en una dirección y luego en otra. Después, el nivel humano de su mente empezó a calmar al ansioso cerebro de reptil. Estableció un patrón: no repetir una línea de búsqueda, intentarlo en el centro, considerar a Fortunato como pista a seguir; no sabía si el tipo al que creía un chulo era uno de los cazatalentos de Fortunato que actuaba por su cuenta; de hecho, no sabía si el tipo había ejercido jamás ese tipo de captación de talentos, pero valía la pena intentarlo. Al hombre que iba con Cordelia le resultaría más fácil seguir al genio que fluía hacia Jokertown. Ahora mismo había menos gente en la Octava que en las otras avenidas. En última instancia, Jack tendría que preocuparse por encontrar una buena ruta para atravesar la ciudad. Pero, por ahora, siguió su corazonada.

Dio resultado.

Llegó a la intersección con la calle 38. De repente, al otro lado de la calle, vio un sombrero de fieltro que le resultó familiar, oscilando un poco, como si su portador estuviera buscando algo con desconcierto. También vio la parte de atrás de una cabeza, un fugaz destello de una cascada de brillante cabello negro. El sombrero de fieltro se movió en dirección a la cabellera negra. La joven del pelo negro se alejó aún más. Estaba corriendo.

El sombrero de fieltro la persiguió.

Jack, mirándolos desde atrás, empezó a bajar de la acera. Una mano le agarró por el hombro, tirando de él con brusquedad hacia atrás. Un taxi amarillo que tocó el claxon casi le arrancó los dedos de los pies y su hocico latente.

—Vigila, tío —dijo un fornido joker que estaba a su lado—. Los taxis van como uno puto loco, hoy y siempre.

Ahora el cruce estaba lleno de tráfico, a causa de los últimos taxis que habían conseguido cruzar. Había vehículos en fila en todas direcciones. Nadie parecía preocupado por los 25 dólares de multa por el atasco.

—Nunca hay un policía cuando lo necesitas —dijo alguien.

Jack se abrió camino por el cruce como un buen driblador. « Los Jets estarían orgullosos », pensó sin venir a cuento. Esta temporada podrían usarle. En el otro lado de la 38 se dio cuenta de que ni el sombrero de fieltro ni Cordelia estaban a la vista.

Maldita sea. Tarde o temprano los volvería a encontrar, pensó, y se movió de nuevo hacia el centro. Miró alrededor buscando uno de los pájaros de Bagabond, un gato, una ardilla, lo que fuera.

Nunca hay una paloma cuando la necesitas.



Tras escoger la ropa entre la colección de abrigos, pantalones y faldas andrajosas, sucias y desparejadas que tenía en casa de Jack, Bagabond se encasquetó una gorra marinera en el pelo estropajoso y dejó los gatos atrás mientras subía al nivel de la calle a través de los túneles que rodeaban el hogar de Jack. Con la agilidad adquirida tras años de moverse por los subterráneos, usó los ojos de las ratas que vivían en los túneles para que le mostraran el camino. La perspectiva a ras de suelo que obtenía desde ese punto de vista era suficiente para sortear la mayoría de los obstáculos. Usando sus propios ojos habría tardado días bajo el suelo. Era mejor evitar al máximo el contacto con la masa de gente que reptaba en la superficie, exactamente igual que sus criaturas reptaban por los túneles y las madrigueras.

Se agarró a los peldaños de una escalera que conducía al mundo que había encima y subió. Desplazando ligeramente la tapa de la alcantarilla hacia arriba miró a su alrededor y sólo vio a un vagabundo que dormía en el callejón. Hacía ya mucho tiempo que había encontrado la ruta más directa hasta la oficina de Rosemary Muldoon, en la sede de la fiscalía del distrito. Hoy, sin embargo, las calles estaban atestadas de la gente que celebraba la fiesta. Muchos llevaban máscaras grotescas; otros, el disfraz completo. Bagabond sintió la ira que le despertaba esa gente «normal». El virus que le había dado medios para sobrevivir también la había eliminado de ese mundo de humanos. A veces lo lamentaba; la mayoría del tiempo, no. No le costó esfuerzo alguno maldecir al gentío y abrirse camino hasta el centro de justicia.

Alguien silbó, al parecer como elogio; no se molestó en mirar, no sería a ella.

Antes de que el guardia de seguridad reparara en ella, se unió a una masa de gente que esperaba el ascensor. Manteniendo a la muchedumbre vestida con trajes de tres piezas entre ella y el guardia, se dirigió hacia las escaleras con la cabeza gacha y mirando por el rabillo del ojo. Le llevó varios minutos subir hasta el octavo piso, pero odiaba el ascensor.

En lugar de la recepcionista habitual, que sabía que era una antigua cliente de Rosemary, de la época en que trabajaba en los servicios sociales, la recepción estaba comandada por un hombre guapo de pelo negro vestido con un traje marrón. Cuando entró, estaba teniendo algunos problemas con el teléfono.

—¡Maldita sea! He perdido otra. Deberían fusilar al que diseñó estos botones de espera, ¿no le parece? —habló sin levantar la vista de la consola telefónica cuyos botones estaba aporreando—. Aunque sé que no es la actitud que debería tener un abogado.

Por fin alzó los ojos y su rostro manifestó sorpresa por un instante.

—Hola, ¿qué puedo hacer por usted? —Sonrió a la mendiga—. ¿Es éste el piso

que busca? Esto es la oficina del fiscal del distrito. ¿Qué es lo que busca?

—Rosemary. —Bagabond mantuvo la cabeza gacha y la voz baja y áspera.

—¿Rosemary? Soy nuevo aquí, pero la única Rosemary que hay, creo, es Rosemary Muldoon. Es una ayudante del fiscal del distrito. —Se giró para mirar dubitativamente el teléfono—. Bueno, podría intentar pegarle un toque pero...

—Rosemary. —La voz de la indigente era más fuerte y colérica. Cuando volvió a alzar la vista, se encontró, por un mero segundo, con un par de afilados y vivos ojos negros.

—Veré qué puedo hacer. —El teléfono sonó—. Paul Goldberg. Oficina del fiscal del distrito, ¿en qué puedo ayudarle?

Bagabond se dirigió hacia una puerta que había detrás de Goldberg que se abrió justo cuando alargaba el brazo hacia el pomo.

La mujer que había detrás de la puerta era menuda, unos siete centímetros más baja que Bagabond. La indigente lo sabía porque una vez se habían visto obligadas a intercambiar sus ropas. Los ojos de Rosemary cambiaban de color, del castaño oscuro al avellana, según su estado de ánimo. Hoy estaban oscuros e intensos...

—Hola, me alegro de verte, entra. Vuelvo en un momento. —Rosemary le aguantó la puerta a la mendiga. Antes de entrar en el despacho, Bagabond echó una mirada a la recepción. Rosemary asintió.

—Paul, vuelve a llamar a ese servicio de contratación temporal. Diles que si no aparece nadie en quince minutos, acudiremos a otra empresa. Esto es ridículo.

—Sí, señorita Muldoon. Espero no haber ofendido a su cliente. —Sonrió a modo de disculpa a la vagabunda, quien sacudió la cabeza una vez con brusquedad.

—Mi amiga, Paul —dijo Rosemary—. No me pases llamadas, por favor, ¿de acuerdo?

El hombre de detrás del mostrador suspiró y asintió.

—Por supuesto, señorita Muldoon. Espero volver a verla, señora —le dijo a Bagabond. Ya iba a coger el teléfono, que estaba sonando, cuando Bagabond volvió a mirarle fijamente, luego se dio la vuelta y entró cojeando en el despacho de Rosemary.

—Donnis está de vacaciones y todo está hecho un lío. —Rosemary cerró la puerta y se dirigió a la mesa de nogal—. Aquí estamos, con menos personal del que necesitamos, y nuestra última incorporación tiene que contestar al teléfono en vez de trabajar en lo que debería. Es decorativo, eso sí. —Rosemary se apoyó en su escritorio—. Me ofrecieron una moqueta nueva para sustituir esta horrible pelusa verde. En vez de eso, cogí un abogado.

—Buena elección.

Bagabond se sentó en el borde de una vieja silla con respaldo recto. Se quitó el sombrero y se apartó el pelo de la cara.

—¿Qué tal está Jack? —Rosemary alargó la mano y le cogió la gorra a la mujer. Se la puso y miró inquisitivamente a Bagabond, quien meneó la cabeza.

—No pega con el tweed. —Bagabond se recostó con cuidado, como si le preocupara que la silla pudiera desmoronarse—. Bien, supongo. No hablamos mucho estos últimos días. Me ha llamado justo antes de venir aquí. Está persiguiendo a una sobrina que se ha escapado y ha venido a Nueva York.

Rosemary arqueó una ceja.

—Se llama Cordelia Chaisson. Dieciséis años. Una chica de campo, de Louisiana. Jack dice que es muy guapa: alta, esbelta, pelo negro, ojos castaño oscuro. Es cuanto me contó. Parecía muy preocupado.

—Haré correr la voz en las comisarias —dijo Rosemary—. Es lo único que puedo hacer, hay demasiados chicos que huyen a la ciudad.

Cogió una estilográfica de la escribanía que estaba junto a su cadera. Bagabond corroboró la idea asintiendo.

—¿Qué tal la vida fuera de las calles?

—¿Quién dice que ya no estoy en la calle? Con este trabajo, nunca la dejo. —Rosemary suspiró y siguió jugando con la estilográfica. Era evidente que tenía otras cosas en mente—. Las cosas cada vez van peor con la familia. El Carnicero, ¿te acuerdas?, Don Frederico, está asesinando a cualquiera que amenace su autoridad. No es forma de dirigir a la familia Gambione. Ya no tenemos el control absoluto de Jokertown, alguien está volviendo a los jokers contra nosotros, está claro que alguien los está utilizando.

—A los jokers siempre los utilizan. Son la gran mayoría oprimida de este siglo, además de una plaga a la que hay que erradicar. —Bagabond le clavó sus grandes ojos negros.

Rosemary siguió.

—Cuando pagan a los Gambione por protección, siempre obtienen algo. Esa es una tradición que ni siquiera el Carnicero osa abandonar. —Gesticuló con la pluma—. Sigo pensando que si mi padre hubiera tenido un hijo, para hacerse cargo de los Gambione, esto no estaría ocurriendo. Puede que ese H de P del Carnicero sufra un bonito accidente, un resbalón en la ducha o algo así.

—Siempre ha sido un ave de mal agüero. —La vagabunda le sonrió sin ganas a su amiga—. En el poco tiempo que coincidimos, no puedo decir que me causara una buena impresión. Si me entero de algo, te lo haré saber. Normalmente evito Jokertown, pero a las ratas les gusta andar por allí. Hay mucha comida.

—Por favor, no quiero detalles. —Se estremeció—. ¿Quieres saber qué más hay de interesante en mi vida? Lo primero que he oído esta mañana es que hay ciertos libros valiosos en la calle. Ni siquiera sé de quién son, sólo que las Garzas los quieren. Si ellos los quieren, yo también. La verdad es que tú te enteras de las cosas más extrañas, así que si descubres algo sobre este tema, te estaría muy

agradecida. —La mujer rehuyó la oscura mirada de la mendiga—. Siento como si te estuviera utilizando, Suzanne, pero tú sabes cosas que nadie más sabe. Gracias.

—Tengo un montón de ojos y oídos. —Bagabond miró por la ventana, por detrás del hombro de Rosemary—. Eres amiga mía. Sólo tengo otro amigo que sea humano. Quiero ayudar.

—Ojalá Jack no fuera tan idiota —dijo Rosemary—. ¿Qué le pasa a ese tío? —Agitó la cabeza en solidaridad—. ¿Has pensado en buscar a otro por ahí?

—¿En la beneficencia, tal vez? —Bagabond se retiró el pelo de la cara con los dedos y se encasquetó la gorra. Se puso de pie y se extendió la andrajosa falda con estampado de cachemira que llevaba encima de un par de chinos—. O a lo mejor en los bares de solteros. Podría crear tendencia.

—Lo siento. —Rosemary se apartó del escritorio y tocó el hombro de Bagabond y ésta se apartó.

—He estado sola durante años, sobreviviré. Además, los gatos estarían más contentos. —Bagabond le mostró sus dientes blancos y afilados—. Estamos en contacto.

Rosemary le abrió la puerta y la acompañó hasta recepción.

—Tengo un juicio en veinte minutos. Llámame si necesitas algo, querida. —La encorvada y renqueante indigente asintió con la cabeza gacha y se alejó.

Al pasar por delante de la recepción, Goldberg alzó los ojos.

—Espero volver a verla pronto, que tenga un buen día.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, la mendiga giró la cabeza para mirarle fijamente.

—Sí, yo tampoco me creo que haya dicho eso. —Sonrió y se encogió de hombros, a modo de disculpas, y el teléfono volvió a sonar—. Adiós.

Bajando despacio por las escaleras, se preguntó si Jack ya habría encontrado a Cordelia. Chicas desaparecidas, libros desaparecidos. Todo el mundo buscaba algo. Ella no. Era la ventaja de no tener nada que perder.



Los jokers empezaron a parecer todos iguales.

Y también los normales, vestidos y maquillados como jokers.

Jack parpadeó confuso. Tratar de examinar todos los rostros que iba encontrando era como revisar más de seis estanterías de libros en Strand. Al cabo de un rato, los colores, los tamaños, los títulos..., todo empezaba a parecer lo mismo. Veía cabello negro: nunca el acertado; veía sombreros de fieltro: panamás, sombreros de ala ancha, ninguno era el que buscaba.

En la esquina de West con la Décima, casi se chocó con un chaval que se dirigía al este.

—Cuidado, marica —dijo el joven.

Jack se lo quedó mirando, sorprendido.

—No juegues conmigo —dijo el muchacho—, ni lo intentes.

Jack empezó a sortearle, pues era obvio que el chico no se iba a mover. «Un punk», pensó. Un verdadero punk de la calle, no alguien disfrazado de punk con cresta y maquillaje.

El chico era más bajo que Jack y tan delgado como un hurón. La cara chupada, los ojos del color de la lluvia y un aire de tensión y tirantez.

—Que tengas cuidado —dijo de nuevo.

Al pasar por su lado, un transeúnte le empujó. Tratando de recuperar el equilibrio, rozó el codo del chico con la mano. El muchacho se revolvió y colocó las manos en lo que a Jack le pareció una postura de artes marciales.

—No me toques, sarasa —dijo el chico.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante varios segundos. Entonces Jack asintió, dio un paso atrás y se dio la vuelta para irse. No echó la vista atrás pero tenía la sensación de que tenía al chico a sus espaldas, mirándole con aquellos ojos claros, insoportables e intensamente psicopáticos.



El Palacio de Cristal olía como cualquier otro bar por la mañana: como a humo rancio, cerveza derramada y desinfectante. Fortunato encontró a Chrysalis en un oscuro rincón del club, donde su piel transparente la hacía casi invisible. Él y Brennan se sentaron frente a ella.

—Has recibido el mensaje, pues —dijo con su imitado acento de escuela pública inglesa.

—Así es —dijo Fortunato—, pero el rastro se ha enfriado. El Astrónomo podría estar en cualquier sitio en este instante. Esperaba que tal vez tuvieras algo más para mí.

—Tal vez. ¿Conoces a un memo que se hace llamar Deceso?

—Sí. —Hundió inútilmente las uñas en el remate de uretano de la mesa.

—Estuvo aquí hace una hora. Sascha consiguió una lectura de él, alta y clara: «Va a matarme, joder. Ese puto viejo retorcido».

—Se refería al Astrónomo.

—Correcto. Ese tal Deceso parecía haber perdido el juicio. Tenía muchas cosas en su mente, dijo Sascha.

—Quieres decir que hay más —dijo Fortunato.

—Sí, pero lo siguiente va a costarte algo.

—¿Dinero o favores?

—Veo que vamos al grano, esta mañana, ¿no? Bueno, me inclino a decir que favores. Y en honor a la festividad del día, incluso te extenderé una línea de crédito.

—Sabes que para eso soy bueno —dijo Fortunato—. Tarde o temprano.

—De todos modos, no me gusta cobrar por las malas noticias.

La otra cosa que Sascha oyó fue: «Quizá esté demasiado ocupado con los otros».

—Dios —dijo Fortunato.

Brennan le miró.

—Crees que va a emprender una especie de carnicería.

—Lo único que me sorprende es que haya tardado tanto. Debe de haber estado esperando el Día Wild Card por una especie de estúpido dramatismo o algo. ¿Había algo más?

—No sobre el Astrónomo. Pero hay otro problema. Esto quizá te concierne más a ti, Yeoman. He recibido una llamada esta mañana aconsejándome que mantenga los ojos abiertos por si veo cierto libro robado. Tres, en realidad. Dos de ellos son archivadores que contienen sellos bastante curiosos. Quien llamó parecía estar más interesado en el tercero. Es del tamaño de una libreta de estudiante corriente, de color azul, con un dibujo de bambú.

—¿Y quién te llamó? —preguntó Brennan.

—Eso no importa. Lo que me interesa es el grupo al que parecía pertenecer. Tuve que invertir un poco de tiempo y un poco de influencia pero conseguí un nombre.

—¿Cuál es el precio? —dijo Brennan.

—Información por información. Creo que, si trabajáramos juntos en esto, nos beneficiaríamos ambos. Pero no debes ocultarme nada. Si lo haces, me enteraré.

—De acuerdo.

—¿El nombre de la Sociedad del Puño de Sombra te dice algo? El arquero negó con la cabeza.

—No mucho. He oído ese nombre en Chinatown. Eso es todo.

—Bien —dijo Chrysalis—. Supon que mencionara un alto cargo de la organización. Es conocido como «Loophole». ¿Os dice algo a cualquiera de los dos?

Fortunato sacudió la cabeza. Brennan tenía la vista fijada en la mesa.

—Sí —dijo Brennan—. He oído hablar de él. Su verdadero nombre es nosequé Latham. Como Latham, Strauss, el bufete de abogados. El caso es que nadie sabe si el virus wild card destruyó todos sus sentimientos humanos o si es sólo un muy, muy buen abogado.

Chrysalis asintió.

—Un trato justo. ¿Otra ronda?

—Tú primera —dijo Brennan.

—Esta mañana recibí otra llamada por pura casualidad, de un hombre llamado Gruber. Es un agente comercial; de mercancías robadas, no de acciones, me temo. Estaba preocupado por unos archivadores llenos de sellos que un as había intentado venderle esta mañana. Por lo visto la llaman Espectro, trabaja como ladrona. Sólo es una chica y esto le viene un poco demasiado grande. La persona que encontrara esos libros estaría en una posición de enorme poder.

—O acabaría muerto —dijo Brennan.

—Por favor, sigue —dijo Chrysalis—. Soy todo oídos.

—Probablemente ya imagines el resto —dijo Brennan—. Puede que no quieras mencionar el nombre. Es un nombre peligroso y, por tanto, muy valioso.

—Dilo —dijo Chrysalis.

—Kien. Estoy convencido de que Loophole está trabajando para Kien. Algo debe de haber ocurrido, algo gordo. Si Loophole está así de desesperado por el libro, debe de ser algo de Kien, algo importante de veras, que pueda hacerle daño. Y si la Sociedad del Puño de Sombra es Kien, podrían estar en todas partes.

—Se levantó—. Aquí es donde nuestros caminos se separan, amigo mío.

Fortunato le estrechó la mano.

—Gracias. Si descubro algo acerca de esos libros, te lo haré saber.

—Buena suerte —dijo Brennan.

Para cuando llegó a la puerta principal ya estaba corriendo.

Chrysalis se inclinó sobre la mesa.

—Ese tal Deceso te resulta valioso, ¿pues?

—Si puede llevarme hasta el Astrónomo, sí.

—¿Por qué no usas tus poderes para encontrar al Astrónomo por tu cuenta?

—No sirven contra él. Me tiene bloqueado, igual que antes se bloqueaba a los radares con papel de aluminio. Ni siquiera podría verle si estuviera plantado aquí mismo. —Señaló con el dedo y Chrysalis, de pronto asustada, se giró poco a poco, siguiendo su dedo.

—No, no hay nadie.

Fortunato ya no la miraba. Estaba construyendo la imagen de un hombre alto, grotescamente delgado, con pelo castaño y rostro demacrado. Si Deceso estaba lo bastante cerca, en el radio de unas pocas manzanas, bastaba con concentrarse para encontrarle.

Abrió los ojos.

—Calle Canal —dijo—. En el metro.





## Capítulo cinco

---

10.00 horas

Cuando llegó a las tortuosas y sinuosas calles del West Village, Jack había empezado a preguntarse si debía cruzar hacia el East Side y Jokertown o continuar hacia lo que aquel día era, sin duda, el centro de la acción en la ciudad: la Tumba de Jetboy.

Al menos ahora estaba en un territorio más familiar. En Greenwich divisó una fachada que reconoció; rebuscó en el bolsillo del pecho y encontró la arrugada fotografía en color que Elouette le había enviado las Navidades pasadas. Obviamente, Cordelia había florecido, pero el parecido bastaría.

El bar se llamaba Young Man's Fancy. Era una especie de cambiaformas social. Desde que abría a primera hora de la mañana, era un sólido punto de reunión de la clase trabajadora, de los obreros. Después, hacia las seis de la tarde, se sometía a una transformación integral y radical absoluta. En la noche, Young Man's Fancy era un bar gay. Fuera cual fuera su apariencia, el Fancy era uno de los negocios más veteranos del Village.

Jack subió los tres escalones de golpe y abrió la puerta. En el interior estaba oscuro y a sus ojos les costó un poco adaptarse. Cruzó toda la sala rectangular oyendo cómo las cascadas de cacahuete crujían bajo sus zapatos de la talla once.

El camarero apartó los ojos de la bandeja de vasos de Bud que estaba limpiando.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Puede que hayas estado mirando por la ventana esta mañana —dijo Jack. Alzó la fotografía—. ¿La has visto?

—¿Eres policía?

Negó con la cabeza.

—Creo que no. —El camarero escudriñó la imagen—. Una chica sumamente guapa. ¿Tu mujer?

Jack volvió a negar con la cabeza.

—Mi sobrina.

—Vale —dijo el camarero. Examinó a Jack más detenidamente—. ¿No te he

visto a ti aquí hacia las seis?

—Es posible —dijo Jack—, suelo venir aquí. La chica de la foto..., ¿la has visto esta mañana?

El camarero entornó los ojos, pensativo.

—No.

Evaluó a Jack con la mirada.

—Supongo que de veras es tu sobrina, ¿no? ¿Perdida, extraviada o raptada?

—Raptada.

Jack garabateó un número en una servilleta de Hamms. Bagabond le había dado el número de teléfono directo del despacho de Rosemary.

—¿Me haces un favor? Si la ves, esté sola o acompañada, deja un mensaje ahí. —Se encaminó a la puerta—. Te lo agradeceré —dijo por encima del hombro mientras se iba.

—Vale —dijo el camarero—. Lo que sea por un cliente, ya sea de día o de noche.



El taxista la había dejado en Freakers. El club estaba a tope incluso a las 10.20 de la mañana y el portero que la ayudó a salir del coche parecía bastante pasado de vueltas. Su suave pelaje blanco estaba despeinado y sus ojos rojos eran al mismo tiempo turbios y brillantes. Le señaló la puerta del club pero Roulette se limitó a negar con la cabeza y se encaminó hacia el Palacio de Cristal.

Y casi se muere del susto cuando las puertas dobles se abrieron de par en par y una larga fila de jokers bailando la conga salió ondulante a la calle, de entre los muslos de neón de la estríper de seis pechos que adornaba y formaba la puerta del club. A la cabeza de la fila iba una mujer de rostro hermoso que no tenía ningún problema con las sinuosas curvas de la danza, pues a partir del cuello tenía el cuerpo de una serpiente iridiscente; su cola, que acababa en un incongruente penacho de plumas, estaba tiesa y el joker que tenía justo detrás la sujetaba con firmeza por la punta.

No llevaba máscara, a diferencia de la mayoría. El resto de la multitud que se mecía, chillaba y bramaba lucía una variedad de antifaces con elaboradas plumas, pedrería y lentejuelas que recreaban horribles rostros que eran quizá peor que las deformidades que escondían.

Al final de la hilera se aferraban unos pocos nats que parecían excitados y cohibidos, con un punto agresivo, como desafiando a los jokers que habitaban en Bowery (y que proporcionaban en abundancia un escalofriante y sobrecogedor entretenimiento a los turistas) a que objetaran.

Por un momento, Roulette odió a aquellos buscadores de emociones con sus

rostros insulsos y normales y su petulante suficiencia. «Ojalá se os pegue», pensó con malicia. «Que Dios os maldiga a todos». Pero el pensamiento iba destinado realmente a Josiah. A él, que había jurado que la amaría y la cuidaría y en cambio la había abandonado en el momento en que más le necesitaba. Por lo visto, el sentimiento de culpa de un blanco liberal no era suficiente para lidiar con una mujer que tenía el virus wild card. Podía ser contagioso. Y podía imaginarse a su antigua suegra sentada en medio del remilgado esplendor de su mansión de Newport, bebiendo té y discutiendo cómo «no importaba lo mucho que trabajaras con una de estas chicas “negras”, se malograban muy a menudo. Muchas veces sencillamente estaban demasiado deformadas y llenas de cicatrices, físicas y mentales, por la opresión del hombre blanco como para entrar en la sociedad blanca. ¿No era una pena? Ay...».

«Pero lo más seguro es que quemara las sábanas y todos y cada uno de los muebles de la casa recuperada después de divorciarme de su hijo. ¡Zorra santurrona e hipócrita!»

Roulette se dio cuenta de que había estado andando a ciegas, abriéndose paso a golpe de hombros entre el gentío que llenaba las calles de Jokertown. El sonido de los martillos y las grapadoras resonaba en el aire ya sofocante de la mañana, gritos de saludos e insultos de los atareados jokers que instalaban casetas para el largo día de fiesta, el aroma de comida (buena y mala) flotaba por encima del aire cargado por los tubos de escape. Más arriba, un pequeño avión privado zumbaba tirando de una larga pancarta que decía «DE JOKER A AS. RESULTADOS GARANTIZADOS. LLAME AL 555-9448».

En otra esquina, la Iglesia de Jesucristo Joker tenía un puesto ya en marcha y repartía panfletos a cualquiera que pudieran parar. Sus resultados también estaban garantizados, en la otra vida. «Acosados por todas partes», pensó Roulette. «Charlatanes aquí y en el más allá. Esperanza desesperada. Bueno, mi gente puede hablaros de eso, y nada se vuelve más fácil hasta que una minoría nueva y menos popular ocupa tu lugar. Y no concibo que surja jamás una minoría más impopular y horrible que los jokers, pobres idiotas».

Había una barricada en la calle Henry. No era legal pero Chrysalis era una figura importante en Jokertown y la comisaría de la zona tenía motivos para estarle agradecida a la propietaria del Palacio de Cristal. Más de un caso difícil se había resuelto gracias a su intervención, así que el jefe de policía no iba a formar un escándalo porque el tráfico se colapsara un poco una vez al año. Chrysalis también tenía control sobre la decoración de las calles, así que la calle Henry proyectaba una imagen de elegante orgullo en lugar de las llamativas estridencias que dominaban en otras. Roulette se deslizó más allá de la barricada y empezó a recorrer la calle. A su derecha, y a lo largo de media manzana, había una explanada vacía llena de montones de escombros, un recordatorio de los disturbios de Jokertown del 76. Unos hierbajos que llegaban hasta la cintura y

unos pocos arbolitos resistentes se alzaban entre los cúmulos de ladrillo y yeso. Varias de las pilas tenían oscuras aberturas, como pequeñas bocas bostezando, y se preguntó si el lugar se habría convertido en un refugio para los animales. No podía imaginarse a la quisquillosa Chrysalis permitiendo una guarida de ratas justo al lado de la puerta de su bar. Mientras miraba, captó un destello en las profundidades del agujero que pronto se reveló como un par de ojos brillantes rodeados de pelo. Pero no era el tipo de hocico tímido de un animal que examina desde la madriguera. Era del tipo humano de...

Con un grito ahogado, Roulette agachó la cabeza y se apresuró, pasando por delante de Arachne, cuyas ocho esbeltas piernas trataban de coger el hilo de seda que sobresalía de su bulboso cuerpo y tejerlo en unos de sus famosos chales de tela de araña. Su hija estaba atareada en su caseta colgando una serie de bufandas y chales delicadamente teñidos. La mayoría de los nats jamás habrían comprado uno de estos trémulos y casi transparentes retales de tela si hubiera visto cómo eran fabricados, pero Arachne se ganaba bien la vida abasteciendo de bufandas a Saks y Neiman-Marcus. Roulette poseía una delicada creación de color melocotón con la que parecía haberse envuelto los hombros con una puesta de sol. De haber sabido que Arachne iba a estar en la calle Henry lo habría llevado para mostrar a la mujer que a ella, al menos, no le importaba la fuente y que honraba su maestría.

Se oyó un rumor sordo que iba aumentando en velocidad e intensidad y acabó en un estrepitoso «bum» cuando Elmo, el portero residente del Palacio, hizo rodar otro barril metálico de cerveza desde la puerta de entrada hasta la calle donde se unió a sus hermanos, como si fuera un rotundo taco golpeando un conjunto de rechonchas pelotas. El portero, que también parecía un barril de cerveza, flexionó los hombros satisfecho y fue a por otro.

Había chicos corriendo de un lado a otro de la acera persiguiendo una maltrecha pelota de fútbol mientras en el extremo más alejado de la manzana había empezado un improvisado partido de béisbol. Los radiocasetes atronaban con una algarabía de músicas en conflicto: soul, rock, country, clásica. Los niños gritaban y las madres los llamaban, pero esta locura tenía un cierto sentido de serenidad y seguridad; un sentimiento de familia. No percibía en ninguna parte el impulso desesperado y enervante de divertirse que se había apoderado de la multitud que bailaba en el exterior del Freakers. Esta gente, tan horribles como muchos de los que estaban allí, estaban en paz consigo mismos.

Roulette apartó la mirada de la pandilla de pilluelos que estaban jugando y se forzó a explorar la multitud en busca de una característica figura, menuda y pelirroja. Treinta minutos antes se había parado en la clínica de Jokertown, sólo para que el jefe de cirugía de Tachyon, muy tranquilo, muy elegante, muy guapo y con total aire desaprobación, le dijera que el buen doctor no estaba pero que sin duda podría encontrarlo haciendo visitas a domicilio en algún bar. Había

probado en Ernie's, Wally's y en la Casa de los Horrores, y ahora en el Palacio de Cristal...

Y lo encontró.

Sentado en una mesita entre muchas otras embutidas en la acera de delante del Palacio. Sostenía una copa de brandy entre sus largos y esbeltos dedos, inclinando el cristal suavemente para que el líquido ambarino fluyera con gracia por los lados. Otra figura cristalina estaba de pie junto a su hombro izquierdo, llena de los huesos y vísceras que forman a un ser humano, con largas uñas pintadas de un rosa iridiscente y una capa de purpurina azul plateada sobre una mejilla invisible. La mismísima Chrysalis.

Había llegado su momento. No había pensado más allá de encontrar al taquisiano, y ahora que le había encontrado, ¿qué iba a hacer? ¿Un desmayo? ¿Un esguince de tobillo? Conocía —como casi todo el mundo— la fascinación del alienígena por las mujeres hermosas pero había montones de mujeres hermosas en Nueva York; ¿y si ya había encontrado una compañera para pasar el día? Y, si no, ¿cómo podía asegurarse de que la eligiera? Tenía belleza, pero no las habilidades que solían acompañarla. Nunca había dominado el arte del flirteo. Y en aquel momento sintió una oleada de alivio. Podía pasar por delante; si reparaba en ella..., bien, que así fuera. Estaba destinado a encontrar su destino. Si no...; intentó no pensar en el hombrecillo enjuto que acechaba en su húmeda guarida.

Centró su mirada en la barricada y empezó a contar sus pasos, notando cómo las suelas de caucho de los zapatos se alejaban del cemento y el modo en que sus pantalones rozaban contra sus tobillos y el roce de su pelo trenzado contra...

—Creo que eres idiota —masculó Chrysalis con su entrecortado acento británico—. Cada año empiezas aquí, con tu primer coñac del día, permaneces sobrio mientras das tu discurso, empiezas a pimplar cerveza durante el partido, mantienes tu dieta líquida en la cena de Hiram y entonces, para poner la guinda perfecta al día, acabas aquí, borracho como una cuba, sintiéndote culpable y miserable. ¿Por qué no sigues mi consejo y...?

—Y cada año me das el mismo consejo —dijo Tachyon en un cadencioso contrapunto.

—Vete a Miami —concluyeron a coro.

La sonrisa de Tachyon se desvaneció.

—¿Cómo voy a marcharme? Tras la terrible noticia sobre Aullador, sin ninguna pista de su asesino...

—No eres policía. Déjase a los profesionales. Una obstinada negativa con la cabeza.

—Tachy, no es necesario que tomes parte en esta celebración anual de lo grotesco. Jokertown sabe que te preocupas. No te odiamos porque estés ausente un día de trescientos sesenta y cinco.

—Pero no este día. Tengo que estar aquí. —Su garganta se esforzó por engullir otro buen trago del brandy—. Es mi penitencia.

La voz sonaba ronca, quizá por los efectos del brandy.

—Eres idiota —dijo Chrysalis de nuevo con suavidad, y le dio un fuerte apretón en el hombro con una mano transparente.

Roulette, contemplando fascinada los blancos dedos de hueso contra el tejido rubí intenso del abrigo de Tachyon, tuvo una desconcertante imagen de la muerte haciendo cabriolas junto al hombre. Poco a poco se llevó la mano delante de la cara y la estudió. El modo en que los tendones se movían bajo su piel café con leche, las medias lunas de pálido blanco bajo las pulidas uñas, la diminuta cicatriz en el dedo índice donde se había cortado durante una clase de cocina cuando sólo tenía seis años. Después, volvió a mirar a Chrysalis, que ya desaparecía por la puerta del Palacio, y pensó: «Debería tener el mismo aspecto que ella, soy la Muerte».

Sintió un frío roce contra la piel magullada de su rostro: una ancla. Soltó un grito sofocado y abrió rápidamente los ojos y contempló los preocupados y pálidos ojos violetas del taquisiano.

—Señorita, ¿se encuentra bien? Parecía que iba a desmayarse.

—Sí..., no..., estoy bien —balbuceó.

La fuerza del brazo alrededor de su cintura no concordaba con sus delicadas facciones.

—Siéntese aquí.

El borde metálico de la silla le tocó en la parte trasera de las rodillas y se dejó caer en ella, y se dio cuenta de lo cerca que había estado de desmayarse. Tenía la copa de brandy entre las manos.

—No.

—Es un remedio aceptado aunque un tanto anticuado para los desmayos. Estaba recuperando el temple y se irguió en la silla.

—Soy lo bastante anticuada para considerar que es demasiado temprano para beber brandy.

Observó con sorpresa cómo una ola de rojo fluía al delgado rostro del alienígena y las pestañas rojas bajaban para esconder la desazón en aquellos ojos púrpuras. Tachyon le quitó la copa en seguida y le dejó bien lejos de los dos, como si abjurara del alcohol.

—Tiene razón. Chrysalis tiene razón. Es demasiado temprano para que me emborrache. ¿Qué le apetece?

—Un zumo de frutas..., me acabo de dar cuenta de que hoy sólo he tomado café.

—Bueno, está claro que eso no le hace ningún bien y se puede ser solucionar fácilmente. Un momento, por favor. —Se levantó de la silla de un salto y corrió hacia el Palacio.

Y Roulette apoyó la cabeza en una mano y trató de reordenar sus pensamientos. O tal vez en ese momento estuviera pensando por primera vez. El hombre que había arruinado su vida había sido una silueta borrosa. Por alguna razón, no se esperaba que fuera tan menudo, o que tuviera una sonrisa tan dulce o una cortesía tan pintoresca, propia de un salón del siglo XVIII.

«Hitler también amaba a los niños y a los animalitos», se recordó. Sus ojos se posaron en uno de los chicos que jugaban a pelota, un muchachito cuyo hinchado cuerpo descansaba en unos piecitos palmeados y cuyas aletas agitaba excitado cuando lanzaban el balón. «Es un crimen demasiado monstruoso y su muerte no aliviará mi sufrimiento sin más».

Volvió y depositó un vaso de zumo de naranja ante ella. La observó mientras bebía, recostado en la silla, con las botas apoyadas en la mesa. Parecía cómodo con el silencio, lo que no era una cosa a la que estuviera acostumbrada con los hombres. La mayoría parecían necesitar un constante parloteo de las mujeres que tenían a su alrededor, como para reafirmar su importancia.

—¿Mejor?

—Mucho mejor.

Las patas delanteras de la silla bajaron con estrépito.

—Puesto que ahora sí que parece apropiado presentarse..., soy el doctor Tachyon.

—Roulette Brown-Roxbury.

—Roulette —repitió, pronunciándolo con acento francés—. Un nombre poco corriente.

Hizo girar el vaso, dejando un cerco de condensación en la mesa.

—Tiene su historia. —Echó un vistazo y encontró que sus ojos descansaban con un perturbador interés en su cara—. Mi madre era alérgica a la mayoría de los anticonceptivos, así que mis padres se decidieron por métodos más naturales. Papá decía que era como jugar a la ruleta rusa, y cuando lo inevitable sucedió decidieron llamarme Roulette.

—Encantador. Los nombres deberían decir algo sobre la persona o sobre sus antecedentes, son como historias que se añaden sucesivamente en cada generación. ¿He dicho algo que la haya ofendido?

Roulette se obligó a mantener una expresión de calma.

—No, en absoluto.

Volvió a contemplar el círculo de condensación y el silencio cayó sobre ellos, haciendo que los gritos de los niños y los golpes de los martillos sonaran más alto.

—Doctor...

—Señorita...

Empezaron los dos a la vez y ambos se dejaron caer en sus respectivas sillas, avergonzados.

—Por favor —le indicó ella—, adelante.

—Me preguntaba qué le ha traído a Jokertown un día como hoy. Carece de la curiosidad culpable o de la avidez morbosa que motiva a la mayoría de los normales.

—He venido para adentrarme un poco más en la desesperación —se oyó decir, y la parte más oscura de su alma la maldijo por ser tan idiota. ¿Qué hombre querría pasar el día con una mujer mórbida y lacrimosa?

Entrelazó sus manos con las suyas, estrechándole los dedos, y el dolor pareció fluir entre ellos.

—Entonces hagamos ese viaje juntos. Si quiere —añadió en seguida, como si temiera ofenderla—. Este día me resulta... difícil. Sería más fácil con su compañía.

—No puedo ofrecerle ningún consuelo.

—Tampoco lo pido. Sólo su compañía. —Le acarició levemente el pómulo magullado con los dedos—. Y quizá, si quiere, podría confortarla.

—Tal vez. —Y en su escondite secreto la Muerte se deleitó..., sólo un poco.



La gente le empujaba por todos lados. Las aceras estaban abarrotadas de jokers disfrazados y nats curioseando. Se movía a la misma velocidad y en la misma dirección que la muchedumbre, dejando que le arrastraran. No tenía ningún sentido llamar la atención. El Astrónomo podía estar en cualquier parte, y normalmente lo estaba.

Spector no tenía que estar en Times Square hasta al cabo de una hora. No quería llegar demasiado pronto; le haría parecer demasiado ansioso. El desfile de Jokertown era el lugar más seguro que se le ocurría para matar el rato.

En la calle, una banda empezó a tocar *Jokertown Strutters Ball*. Empezó a sentir claustrofobia. Un mimo con tres ojos que llevaba mallas blancas le bloqueó el paso y le indicó que parara. Se puso tenso. El mimo frunció el ceño, exageradamente, después se hizo a un lado y le indicó que pasara. Le dio un buen codazo en el estómago. Y sonrió mientras el joker se doblaba dolorido. Odiaba a los mimos.

Spector estaba agradecido por su constante dolor. Le distraía lo bastante como para no centrarse en el olor a sudor de los jokers. Al final del día muchos nats estarían verdes a causa de aquel tufo a pescado muerto.

Miró su reloj digital. Lo había conseguido de un joven corredor de bolsa al que había asesinado en el distrito financiero la semana anterior. Sólo eran las diez y media. El día, como el desfile, avanzaba despacio. No había estado tan asustado desde que conoció por primera vez al Astrónomo. El viejo le había dicho que dominarían el mundo, que sería un capitoste en la nueva orden. Era



todo mentira. Los ases locales se habían entrometido y lo habían echado todo a perder. Al menos el Astrónomo también iba a por ellos. « Espero que cuando pille a Tachyon la cosa sea larga y dolorosa », pensó.

Llegó al borde de la multitud y se metió en un callejón. La basura estaba amontonada en grandes pilas. Había avanzado tres pasos cuando oyó el aullido. Se paró y alzó los ojos: el Astrónomo venía flotando hacia él, sonriendo.

—Te dije lo que pasaría, Deceso. Tuviste tu oportunidad —aulló otra vez, con un bramido gutural e inhumano.

Spector se giró y echó a correr de vuelta a la turba, empujando a la gente al pasar, tirándolos al suelo. Ignoró sus amenazas e insultos y se abrió camino hacia la calle. Esquivó a los miembros de la banda, después rebasó una carroza de papel pinocho que representaba a la Tortuga y se metió entre el gentío que estaba en el otro lado. Le daba miedo mirar atrás.

Un agente de policía le cogió del brazo; él le dio un rodillazo en la entrepierna y se lo quitó de encima. A su alrededor, la gente gritaba. Apenas podía respirar.

—Estoy justo detrás de ti. —La voz del Astrónomo estaba cerca. Spector se dio la vuelta. El Astrónomo estaba flotando encima del policía, quien había desenfundado la pistola para disparar. Una luz azul salió proyectada de la mano izquierda del Astrónomo, conectando con la pistola. El arma explotó, salpicando al agente de policía y a los espectadores con metralla. Más gritos.

Spector tropezó con una papelería y cayó de bruces contra la acera de cemento, y se le pelaron las manos. Se puso en pie poco a poco, con las rodillas temblando. Sintió unas manos que le agarraban de los hombros, los dedos se le clavaban con fuerza en la carne. No pudo zafarse.

—No. —La voz de Spector sonaba justo como lo había hecho antes la de Gruber.

El Astrónomo soltó una mano y le agarró por la coronilla.

—Mírame cuando te hablo, Deceso. —Spector sintió que le giraban la cabeza. Experimentó una punzada de dolor insoportable, un crujido y la boca llena de sangre. El Astrónomo le sonrió.

—Es el Día del Juicio.

Un ruido recorrió la muchedumbre, por debajo de ellos. El Astrónomo se dio la vuelta, distraído por algo, y lo soltó como un fardo de basura.

Su cuerpo estaba paralizado y no pudo amortiguar la caída. Cayó de morros en la acera y se fracturó la boca y la nariz. Observó cómo el charco de sangre se hacía más grande alrededor de su boca abierta. Hora de morir, de nuevo. Al menos no tendría que ver ni sentir lo que le iba a suceder.



De lado a lado y de punta a punta, las carrozas ocupaban una manzana y media de la calle Center, al sur de Canal. Fortunato podía ver a Des, el joker con cara de elefante, hecho con tela metálica y flores. Había el dirigible del Dr. Tod y el avión de Jetboy detrás, rematado con líneas de velocidad florales. Un globo de plástico transparente con la efigie de Chrysalis flotaba por encima.

Esto era el Jokertown profundo y no había tantos turistas, y los que llegaban tan lejos no traían a sus hijos. Los conductores, vestidos con uniforme, estaban de pie junto a las carrozas, fumando y hablando entre ellos. El grueso de la multitud parecía moverse en la misma dirección que Fortunato, hacia algo que estaba sucediendo delante.

Media manzana más allá pudo ver las líneas de energía en el aire. Como olas de calor, resplandecientes, que distorsionaban todo lo que estaba a su alrededor. Era una firma que no era una firma, un conjunto de marcas de borrado psíquicas. La había visto por primera vez diecisiete años atrás, en la habitación de un chico muerto, no muy lejos de ahí, donde varias mujeres habían sido descuartizadas con brutalidad como parte de una conspiración que había acabado con la enorme y devoradora monstruosidad de TIAMAT orbitando alrededor del sol.

Estaba aturdido y se le estaba desbocando el pulso. Se dio cuenta de que, en realidad, estaba asustado, simple y llanamente aterrorizado por primera vez en diecisiete años.

Envío una cuña de poder hacia adelante y corrió hacia el lugar donde las líneas parecían juntarse. La gente se apartaba a ambos lados, gritándole pero incapaz de tocarle.

Deceso gritó. Incluso por encima del ruido del tumulto, Fortunato pudo oír el crujido del hueso y el cartilago destrozado y el ruido sordo de un cuerpo golpeando contra la acera.

Mientras se abría paso entre el muro de gente, ya se estaban dando la vuelta, intentando huir. Alguien sacó a rastras a un policía herido, con la mano izquierda negra y quemada y la cara salpicada de sangre. Había un círculo de tres metros en la acera, vacío salvo por Deceso.

Yacía de espaldas, con las solapas del traje gris y el cuello abierto de la zarrapastrosa camisa expuestas. La cabeza estaba completamente dislocada con la cara contra la acera. La sangre le manaba de la boca y la nariz.

Un hombre entre el gentío gritaba.

—¡Ahi! ¡Está justo ahí! ¡Se está escapando! Que alguien le pare, ¡por el amor de Dios! —Señalaba a la nada más absoluta. Lo único que Fortunato pudo ver fueron caras borrosas, como si estuviera tratando de avistar un objeto muy lejano, aunque estaba mirando justo delante.

«Me están bloqueando», pensó. Concentró su energía y ralentizó el tiempo, hasta que la voz del hombre y los gemidos de conmoción y disgusto que le

rodeaban quedaron reducidos a un rumor subsónico. Un tornado de energía psíquica estaba suspendido en el caos paralizado a su alrededor: la de Deceso, la suya y la energía viral de los *jokers*. Era inútil.

Se relajó y el tiempo ganó velocidad. No había nada que pudiera hacer. Deceso estaba muerto. No es que fuera una gran pérdida.

La mayoría de lo que sabía de Deceso era por segundas o terceras personas, los policías y otros testigos, tras los disturbios de los Cloisters. Era un perdedor, un fracasado de clase media que había contraído el virus *wild card* y muerto en la clínica de Tachyon. El doctor le había resucitado y Deceso nunca se lo perdonó. Regresó como telépata proyector, decían, y lo que podía proyectar era el recuerdo de su propia muerte, con suficiente fuerza para matar con él. Durante un tiempo había sido la mano derecha del Astrónomo hasta que Fortunato y los otros destruyeron su base en los Cloisters y el as negro había reducido su dispositivo *shakti* a átomos.

Hubiera hecho lo mismo con Deceso y el Astrónomo de haber sido posible. Pero ahora Deceso parecía intrascendente. Por un cierto sentido de la estética, se apoyó en una rodilla y le colocó debidamente la cabeza. Estaba a punto de alejarse cuando Deceso dijo:

—Gracias, lo necesitaba.

Fortunato se dio la vuelta, con los pelos de punta. Deceso estaba en cuclillas, apoyado en sus talones, frotándose las inflamadas zonas moradas del cuello, donde los vasos sanguíneos habían estallado. Los moratones ya se estaban volviendo amarillos, curándose, mientras el as miraba.

Deceso sonrió. Su boca era un poco demasiado larga y fina y, por uno de los lados, llegaba demasiado arriba. La sonrisa estaba llena de terror y las manos del hombre temblaban con tal fuerza que se las cogió y echó a reír.

—No conocías este truco, ¿verdad? Recibí el don de enviar mi pequeño mensaje negro y también recibí esto otro. Ni el Astrónomo lo sabía. Puedo sanarme, hermano. —Escupió un coágulo de sangre y en el momento en que llegó a la acera ya era una sólida costra marrón.

—Entonces cree que estás muerto —dijo Fortunato.

—Dios mío, eso espero. Habría seguido adelante y me habría arrancado el corazón sólo para asegurarse de mi muerte, si tú no hubieras aparecido. El hijo de puta incluso me dijo que lo haría. Si me hubiera quedado en Brooklyn, tal vez no me habría cruzado con él. —Tosió otro coágulo—. Pues se ha quedado a medias.

—¿Por qué te quiere muerto?

—Cree que le he traicionado. Lo que pasa es que después de toda aquella mierda de los Cloisters empecé a pensar que otra línea de trabajo podría ser más saludable. —Deceso le miró fijamente. Había una chispa en el fondo de sus ojos. Fortunato pudo verla. Si no genio, al menos cierta habilidad y astucia. La

mayoría de la gente no lo veía porque la mayoría de la gente no pasaba mucho tiempo mirando a Deceso a los ojos. Por una razón u otra.

Tras el centelleo hubo algo más. El as lo había visto antes, hacía diecisiete años, cuando trajo a la vida a un chico muerto. Era la negra desesperación de haber visto a la muerte demasiado de cerca.

—De hecho —dijo Deceso—, me sorprende que no haya ido a por ti mientras estaba aquí. A menos que te esté guardado para el postre.

—¿El postre?

—Así es, tío. El Día del Juicio, lo llama. Yo voy a morir, tú vas a morir, todos y cada uno de los cabrones que le atacasteis en los Cloisters vais a morir..., y va a ser hoy mismo. Con toda la movida que hay en Jokertown no tiene que preocuparse por los policías o porque alguien más se cruce en su camino.

Fortunato tuvo una repentina corazonada, una convergencia de invisibles líneas de energía.

—¿Sabes algo de unos libros robados? ¿O de un hombre llamado Kien?

—Haces muchas preguntas.

—Te acabo de salvar la vida.

—No. Ni de libros, ni de comosellame —decía la verdad pero Fortunato aún sentía la conexión—. ¿Un hombre llamado Loophole o Latham?

—Lo siento. Ni zorra. El as negro empezó a darse la vuelta.

—Eh, escucha —dijo Deceso—, no pretendía ser insolente. A lo mejor podrías esconderme durante un tiempo. Sólo hasta mañana, hacia esta hora.

—¿Por qué mañana?

—Pues por cómo hablaba. Dijo algo de decir la última palabra y mierdas así. Tengo la auténtica sensación de que mañana por la mañana ya me habré esfumado. Así que, ¿qué dices? ¿Algún sitio donde esconderme?

—No tientes a la suerte.

Deceso se encogió de hombros. El gesto fue un poco envarado pero, por lo demás, su cuello parecía casi normal.

—Supongo que mejor que me las apañe solo, ¿no?



Las esculturas de hielo llegaron a las diez y media en un camión frigorífico que se las había visto y deseado para atravesar el tumulto propio del día desde el taller del artista en el Soho. Hiram bajó al vestíbulo para asegurarse de que no había ningún percance mientras llevaban las figuras de tamaño natural al montacargas. El artista, un joker de aspecto fornido, con piel blanca como el hueso y ojos sin color que se hacía llamar Kelvin Frost, se encontraba óptimamente a temperaturas alrededor de treinta bajo cero y nunca abandonaba

las gélidas comodidades de su estudio. Pero era un genio con el hielo, o con el «arte efímero», como Frost y los críticos preferían llamarlo.

Cuando las esculturas estuvieron a buen recaudo, almacenadas en la cámara frigorífica del Aces High, Hiram se relajó lo bastante como para contemplarlas. Frost no le había decepcionado. Su detalle era tan sorprendente como siempre, y su trabajo también tenía algo más: un patetismo, una cualidad humana que incluso podría considerarse calidez, si es que la calidez podía existir en el hielo. Percibió algo desolador y fatal en el modo en que Jetboy se alzaba, mirando al cielo; era un héroe, de los pies a la cabeza, pero de algún modo, también era un chico perdido. El Dr. Tachyon meditaba como *El pensador* de Rodin pero, en vez de en una roca, estaba sentado en un orbe cristalino. La capa de Ciclón ondeaba de suerte que casi se podían sentir los vientos silbando a su alrededor y Aullador estaba de pie, con las piernas flexionadas, los puños cerrados a los lados y la boca abierta, como si le hubieran pillado derribando a gritos una pared.

Peregrine tenía el aspecto de haber sido sorprendida en otro tipo de acto. Su escultura era un desnudo reclinado; se apoyaba lánguidamente en un codo, con las alas medio desplegadas a su espalda, cada pluma recreada con exquisito detalle. Una sonrisa dulce y astuta iluminaba el famoso rostro. El efecto completo era magníficamente erótico. Hiram se descubrió preguntándose si había posado para él. No sería de extrañar.

Pero la obra maestra de Frost, pensó, era la Tortuga. ¿Cómo aportar humanidad a un hombre que jamás había mostrado su rostro al mundo, cuya persona pública era un enorme caparazón blindado tachonado con objetivos de cámara? El artista había estado a la altura de aquel desafío: el caparazón estaba allí, cada juntura y remache, pero encima, en miniatura, Frost había tallado una miríada de figuras. Hiram rodeó la escultura, admirándola, captando todos los detalles. Estaban los Cuatro Ases, en una especie de Última Cena; Golden Boy se parecía bastante a Judas. En otro lugar, una docena de jokers se esforzaban por trepar por el caparazón, como si estuvieran escalando una montaña imposible. Estaba Fortunato, rodeado por mujeres desnudas retorciéndose y una figura con un centenar de caras borrosas que parecía estar durmiendo profundamente. La pieza revelaba nuevos tesoros desde todos los ángulos.

—Da como pena que se vaya a derretir, ¿no? —le dijo Jay Ackroyd desde atrás.

Hiram se giró.

—El artista no lo cree así. Frost sostiene que todo arte es efímero, que en última instancia todo desaparecerá; Picasso, Rembrandt, Van Gogh, la capilla Sixtina y *La Mona Lisa*: cualquier cosa que se te ocurra, al final, se convertirá en polvo. El arte en hielo es, en consecuencia, más honesto porque celebra su naturaleza transitoria en vez de negarla.

—Está muy bien —dijo el detective con voz inexpresiva—. Pero nadie ha

arrancado un trozo de la *Pietà* para echárselo en la bebida. —Eché un vistazo a Peregrine—. Debería haber sido artista. Las chicas siempre se quitan la ropa para los artistas. ¿Podemos salir de aquí? Me he olvidado de traer mi muummuu<sup>[1]</sup> de piel.

Hiram cerró la cámara con llave y acompañó a Ackroyd de vuelta a su despacho. El detective tenía un aspecto anodino, lo que probablemente era algo positivo en su profesión. Cuarenta y pico años, esbelto, justo por debajo del peso medio, cabello castaño peinado con cuidado, vivos ojos pardos y sonrisa efusiva. Jamás le mirarías dos veces por la calle y, de hacerlo, no estarías seguro de haberlo visto antes. Esta mañana llevaba mocasines marrones con borlas, un traje marrón que era evidente que había comprado en una tienda cualquiera y una camisa con el cuello abierto. Una vez Hiram le había preguntado por qué no llevaba corbatas. «Suelen mancharse con la sopa», le había contestado.

—¿Y bien? —preguntó Hiram una vez que estuvo bien instalado detrás de su escritorio. Alzó los ojos hacia el televisor silenciado. Un gráfico de color estaba mostrando olas de sonido que provenían de un monigote amarillo y que derribaban un muro. Entonces cortaron y pasaron a un reportero sobre el terreno que se dirigía a la cámara. Tras él, una docena de coches de policía acordonaban un edificio de ladrillos. La calle estaba cubierta de esquilas de cristales rotos que centelleaban a la luz del sol. La cámara recorrió despacio hileras de ventanas destrozadas y parabrisas agrietados de los coches que estaban aparcados cerca.

—No fue gran cosa —dijo Ackroyd—. Husméé por el mercado de pescado durante una hora y en seguida me hice una idea de la situación. Los típicos chanchullos de extorsión.

—Ya veo.

—El paseo marítimo atrae a los delincuentes como los picnics a las hormigas, eso no es ningún secreto. Contrabando, drogas, extorsiones, lo que se te ocurra. Las oportunidades abundan. Tu amigo Gills, como la mayoría de los demás comerciantes, pagan a la mafia un porcentaje y a cambio ella les proporciona protección y ayuda ocasional con la policía o los sindicatos.

—¿La mafia? —dijo Hiram—. Jay, eso suena a mar de melodramático, pero tenía entendido que la mafia está compuesta de caballeros de ciertos grupos étnicos aficionados a los trajes negros de raya diplomática y las corbatas blancas. Los matones que estaban molestando a Gills carecían hasta del más rudimentario sentido de la moda. Y uno de ellos era un joker. ¿Es que les ha dado por reclutar jokers?

—No —dijo Ackroyd—. Ése es el problema. El paseo marítimo del East River pertenece a la familia Gambione pero desde hace unos años los Gambione se han ido debilitando. Ya han perdido Jokertown ante los Príncipes Demonios y otras bandas de jokers, y una banda de Chinatown llamada las Garzas o los Pájaros de Nieve o algo así les ha echado del territorio. Harlem se lo quitaron

hace tiempo y la mayor parte del tráfico de drogas de la ciudad ya no fluye a través de las manos de los Gambione. Pero aún controlan los muelles. Hasta ahora. —Se inclinó hacia adelante—. Ahora tienen competencia. Están ofreciendo una protección nueva y mejorada a un precio mucho mayor. Quizá demasiado alto para tu amigo.

—Su hijo está en la universidad —dijo Hiram pensativo—. La matrícula es considerable, creo. ¿Así que lo que he visto esta mañana era un poco de, ehm, extorsión?

—Bingo —dijo Ackroyd.

—Si Gills y los demás comerciantes han estado pagando a los Gambione a cambio de protección, ¿por qué no la están recibiendo?

—Hace dos semanas encontraron un cadáver colgando de un gancho en un almacén a dos manzanas de la calle Fulton. Un caballero llamado Dominick Santarello. Lo identificaron por las huellas dactilares, pues le habían destrozado la cara. Un colega de Santarello, un tal Angelo Casanovista, apareció muerto dentro de un barril de arenques en salazón una semana antes. La cabeza no estaba en el barril con él. En las calles se dice que esos tíos nuevos tienen algo que los Gambione no tienen: un as. O al menos un joker que puede hacerse pasar por un as, pero de los malos. Estas cosas tienden a exagerarse, pero me han dicho que mide más de dos metros, que tiene una fuerza sobrehumana y que es feo que te cagas. Utiliza el encantador *nom de guerre* de Bludgeon. Los Gambione están perdiendo, diría. —Se encogió de hombros.

Hiram Worchester estaba en shock.

—¿Y qué pasa con la policía?

—Gills tiene miedo. Uno de sus amigos intentó hablar con la policía y su cadáver apareció con una platija clavada en la garganta, literalmente. Los policías están investigando.

—Esto es intolerable. Gills es un buen hombre, un hombre honesto. Se merece algo mejor que vivir asustado. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Dejarle el dinero para que pague —sugirió Ackroyd con una sonrisa cínica.

—¡Estás de broma! —objetó Hiram. El detective se encogió de hombros.

—Una idea mejor: contrátame como su guardaespaldas personal a tiempo completo. ¿No tendrá una hija en edad de merecer, por casualidad?

Al ver que Hiram no respondía, Ackroyd se puso en pie y hundió las manos en el bolsillo de su chaqueta.

—Muy bien, quizá se pueda hacer algo. Trabajaré en ello. Chrysalis debería poder contarme algo útil por un precio razonable.

Hiram asintió y se levantó detrás de su escritorio.

—Bien —dijo—. Excelente, mantenme al tanto.

Ackroyd se giró para irse.

—Una cosa más —dijo Hiram. Jack se dio la vuelta con una ceja arqueada

—. Ese tal Bludgeon parece que, ehm, tiene mal carácter, por decirlo suavemente. No hagas nada demasiado peligroso. Ten cuidado.

Jay Ackroyd sonrió.

—Si Bludgeon me causa algún problema, le despistaré con magia —dijo. Remedó una pistola con los dedos: tres doblados, el índice apuntando a Hiram y el pulgar en alto, recto como un martillo.

—No te atreverás —le dijo Hiram Worchester—. No si quieres cenar esta noche.

Ackroyd rió, volvió a meterse la mano en el bolsillo y se fue tranquilamente.

Hiram volvió a echar una ojeada a la escena de la televisión. Estaban emitiendo una entrevista con Aullador. El entrevistador era Walter Cronkíte. Reparó en que era un fragmento de hacía diez años, de la Gran Revuelta de Jokertown de 1976. Cambió de canal, esperando ver la cobertura de Jokertown y de la Tumba de Jetboy y quizá otro atisbo de Peregrine. En cambio encontró a Bill Movers haciendo un comentario delante de una enorme fotografía de Aullador. Aullador parecía estar muy presente en las noticias esa mañana, pensó. Sintió curiosidad.

Subió el volumen.





## Capítulo seis

---

11.00 horas

Los desfiles en Jokertown siempre eran una experiencia única. No hacía falta crear ninguna criatura fantástica de alambre y flores y papel. No, aquí los jokers podían proporcionar todos los elementos grotescos que se necesitaban tan sólo con sus miserables cuerpos. Tampoco había ninguna Reina Joker. « Varios años atrás trataron de introducir la idea », le explicaba Tachyon a Roulette mientras la guiaba entre la multitud, pero la noticia había causado tal revuelo que los responsables desecharon la idea. Había un cierto número de jokers políticamente activos que aún no le habían perdonado.

El Roosevelt Park había sido acordonado y estaba lleno de camiones con plataformas chirriando y atronando, todos ellos cargando fantásticas escenas en los remolques. Por el oeste, un grupo de sudorosos policías estaba demoliendo un enorme falo de dos cabezas. Roulette se percató de que algunos hombres de la multitud apartaban la mirada cada vez que una porra se hundía bien hondo en el látex. Al este, la Joker Moose Lodge Bagpipe Band estaba afinando. El estrépito de las gaitas sonaba ásperamente en el aire inmóvil y sofocante.

—¿Eres el gran maestro del desfile? —preguntó Roulette con más acidez de la que pretendía.

—No —contestó Tachyon con brusquedad, y la mujer se encontró observándole la espalda envarada mientras examinaba a la multitud.

Un joker corpulento, cuya nariz había sido reemplazada por una larga trompa que acaba en varios dedos pequeños, se separó de la masa como un iceberg desgajándose y se dirigió resoplando hacia Tachyon.

—¿Preparado? —preguntó extendiendo una mano.

—Preparado. Des, déjame que te presente a Roulette Brown-Roxbury. Roulette, Xavier Desmond, propietario de la Casa de los Horrores, uno de los ciudadanos más admirables de Jokertown.

—Algunos dirían que eso es un oxímoron.

—Madre mía, hoy estamos de mal humor, ¿eh? —pinchó Tachyon con un punto mordaz.

Los hombres intercambiaron una mirada y Roulette se dio cuenta de que la suya era una relación compleja. Eran amigos, se respetaban mutuamente, pero había algo entre ellos, un antiguo y doloroso recuerdo.

Este destello de malicia tuvo un efecto inusual. Más que reforzar su deseo de matar al hombre, de algún modo le hacía parecer de lo más encantador. No era perfecto, ni siquiera perfectamente malvado. Sólo «humano» y, por tanto, comprensible, y se maldijo para sus adentros, porque es más fácil odiar en abstracto. Des echó una ojeada a su reloj.

—Ya vamos tarde, como siempre.

—Sólo espero que los retrasos y el calor no conduzcan a ningún... llamémosle incidente. —Se mordisqueó el labio superior—. No puedo evitar pensar en el 76 cuando veo a toda esta policía.

—Aquel día había una atmósfera extraña. Por suerte no la hemos vuelto a sentir desde entonces.

—Bien, tendría que ir a alternar un poco. —Tomó ambas manos de Roulette y le dio un fugaz beso a cada una—. Volveré a recogerte antes de que nos pongamos en marcha.

—¿Estás seguro de que debería estar contigo? Quizá podríamos quedar para comer después o algo... —Su voz se fue apagando.

—No, no. Necesito apoyo.

—Qué situación tan complicada.

—¿Perdón?

Roulette apartó los ojos de la figura de Tachyon, que estaba desapareciendo rápidamente.

—Si no participa en el desfile le acusan de despreciar a los jokers y favorecer a los ases. Cuando participa, como ha hecho en los últimos cinco años, le acusan de ser un parásito sin corazón que vive de las miserias de los jokers que ayudó a crear. El reyezuelo de su propio reino de monstruos.

Sus ojos vagaron por el parque. Vendedores de helados acechando entre la turba, policías con manchas de sudor en los sobacos y las pecheras de las camisas, Tachyon como un diminuto diablo pelirrojo, vestido de rojo en medio de una escena dantesca, pues los jokers eran como demonios. «Tú límitate a hacer el trabajo y aléjate de todo esto». Era lo único que Roulette quería ahora mismo.

Tenía que encontrar la manera de quedarse a solas con él, buscar la privacidad de un hotel o un piso y cometer el asesinato. Aún no podía rajarle; su sentido del deber le retendría en aquella pasarela de monstruos, y era uno de los conferenciantes en la Tumba. Sus pensamientos la impulsaron y la llevaron a través del parque hacia el taquisiano mientras, quedando atrás, Des torcía el gesto ante su abrupta partida. «¿Quizá una indisposición repentina? ¡Estúpida!» Lo único que obtendría sería una cama en la clínica de Jokertown. Sin duda, la cama

equivocada. Quizá un... « ¡Usa tu maldito cuerpo! ¡La mayoría de los hombres tienen el cerebro en el pene!»

La acogedora sonrisa de Tachyon la envolvió.

—Vaya, debes de ser una telépata. Justo iba a buscarte.

—¿De verdad? —se oyó responder, pero la voz parecía llegar desde muy lejos—. Espero que sigas viniendo a buscarme.

Le rodeó el cuello con el brazo, pegó su cuerpo al de él y le besó en la boca.

Él se apartó un momento. ¿Había ido demasiado lejos? Entonces sus lenguas se encontraron y toda reticencia quedó eliminada. Su lengua tentó y se abrió paso más allá de sus dientes. Su mano, caliente, apoyada en su nuca, la acercó hacia él. Un coro de elocuentes silbidos se elevó alrededor y se separaron.

—Bueno —resopló Tachyon sacando un pañuelo de un bolsillo y pasándoselo rápidamente por la frente.

Ella se pegó a él y le cogió del brazo.

—Antes estaba muy triste. Tú has cambiado eso y quería darte las gracias.

—Señorita... Roulette, dame las gracias siempre que quieras.

Un chófer con la cola caracoleando a la altura de los tobillos sujetó la puerta de un enorme Lincoln gris.

—Ah, Riggs, puntual como siempre. A menudo me pregunto cómo me aguantas, siendo yo tan notoriamente impuntual.

—He aprendido a soportarlo. —Su voz era suave como el terciopelo y sus luminiscentes ojos verdes de gato parecían brillar desde el fondo, divertidos.

—Riggs, ésta es Roulette Brown-Roxbury, nuestra invitada del día —un apretón a sus dedos—... Y espero que de la noche.

Riggs se tocó el borde de la gorra.

—Señorita.

—Así que contratas a jokers —señaló mientras se deslizaba por la tapicería de cuero.

—Por supuesto. —Y la respuesta le sonó engreída—. Los reflejos y la visión nocturna de Riggs son muy superiores a los de un humano normal y corriente. Estoy muy agradecido de poder dejar mi seguridad en estas manos tan capaces.



La carroza que abría la comitiva enfilaba majestuosa hacia Bowery. Tras ella, la banda ES 235 acometía una enérgica interpretación de *Pineapple Rag*.

El coche abierto del senador Hartmann era el siguiente en la fila. Un as corría junto a la limusina. O al menos Roulette supuso que era un as. La mayoría de los agentes del servicio secreto normales no corrían por ahí vestidos con un ajustado mono blanco de la cabeza a los pies y una capucha negra tapándoles la cara y la

cabeza.

Hartmann sonreía y saludaba, mostrando su veteranía como político en cada centímetro de su cuerpo. Alguien de la multitud que se apiñaba a los dos lados de la calle gritó:

—¿Qué hay de la 88, senador?

—Propónla. Estoy listo —le respondió, y sonrió mientras la risa y las ovaciones se propagaban entre la muchedumbre. Dos carrozas más, la patrulla montada y después Riggs puso en marcha el enorme Lincoln y empezaron a moverse a una velocidad constante de quince kilómetros por hora.

—¿Por qué no un coche descubierto? —preguntó Roulette, y por encima un chirrido le respondió mientras el techo solar se retraía.

—Puede que haya vivido en la Tierra durante cuarenta años pero sigo siendo un taquisiano. Voy listo si viajo en un coche abierto a la vista de todos. Y en el Día Wild Card tanto mis amigos como mis enemigos están ahí fuera.

Quince minutos después se recostó en el asiento, abanicándose con el pañuelo.

—Qué tiempo tan horrible.

—Toma. —Mientras él había estado en pie saludando a la multitud a través del techo, ella había estado explorando y había descubierto el minibar.

—Dubonnet en hielo. Qué salvadora tan elegante. ¿Te unirás a mí, esta vez?

—Sí.

Se acercó, apretando su muslo contra el suyo. Ambos bebieron un buen trago, después ella le pasó una de sus largas uñas por la mejilla, notando el modo en que sus patillas se extendían en remolinos rojizos y dorados contra su piel blanca, blanquísima. Hizo una pausa e inspeccionó la pequeña cicatriz irregular que tenía en la afilada barbilla.

—¿Qué te ocurrió?

—Un entrenamiento de combate. Sedjur y mi padre coincidieron en que debíamos dejarla como recordatorio para que me moviera más rápido la próxima vez. —Y bajó la cara cuando lágrimas de pena le nublaron los ojos violetas.

Era el momento. Tomó la cara del alienígena entre sus manos y le besó, derritiendo con los labios la rigidez de los suyos. Una cálida lágrima le cayó en la mano y ella lamio el diminuto punto de humedad:

—¿Por qué estás tan triste?

—Porque Sedjur está muerto y mi padre, si fuera consciente, preferiría estarlo. Creo que el recuerdo es una maldición.

—Sí, y o también. —Deslizó la mano por el tejido satinado de su chaleco y le cogió del talle. Su jadeo resultó un contrapunto al sonido rasgado de la cremallera —. Así que vamos a explorar otras sensaciones y este momento y a olvidar los recuerdos.

Ahora le había soltado y le estaba frotando suavemente el pene entre las palmas de sus manos. Se puso rígido de inmediato, arqueando la espalda, y unas gotas de sudor le perlaron la frente y el labio superior.

—Por el Ideal, mujer, ¿qué estás haciendo?

Le respondió con la sonrisa de Mona Lisa, se lo llevó a la boca y succionó con delicadeza. Una mano salió disparada y pulsó el mando, subiendo el panel que había entre ellos y Riggs. Gimió mientras su lengua tentaba por debajo del glande.

—Ten piedad —gruñó, retorciendo sus trenzas con una mano.

—Está bien. Se retiró.

—Por el Ideal, ¿vas a dejarme así?

—Entonces vayamos a otro sitio.

—Pero el discurso...

—Después.

—¡Ay, Dios!



Cuando se subió en Times Square, las ruedas metálicas del vagón de metro chirriaron. Las puertas se abrieron con un siseo y Spector se incorporó sintiéndose mucho mejor que en toda la mañana. El Astrónomo debía de imaginarse que estaba muerto y el viejo tenía por delante un día muy, muy atareado. No habría tiempo para que se lo pensara dos veces en lo concerniente a él.

Se sacó un coágulo de sangre seca de entre los dientes con la uña y se deslizó entre los pasajeros que estaban de pie hacia la puerta. Una oleada de gente que entraba en el vagón le hizo retroceder; se abrió paso a codazos y salió al andén delante de una pareja que intentaba acceder al metro. Las puertas se cerraron.

—Eh tío, nos has hecho perder el tren. —El hombre era un joven hispano, con un sombrero de fieltro y un traje a rayas púrpura. Sujetaba a una chica contra la solapa de piel de foca de su abrigo. Empujó a Spector y meneó la cabeza—. Puto alélado. En esta ciudad no se puede ir a ningún sitio sin encontrarse con capullos. No te preocupes, pequeña. Pasará otro en unos pocos minutos.

Spector miraba a la chica. Era alta y delgada, con cabello y ojos negros. Llevaba una camiseta de heavy metal con el nombre «FERRIC JAGGER» en la parte delantera. El chulo llevaba una maleta blanda con un estampado floral que evidentemente era de la chica. Había algo en ella que llamaba la atención. Spector podría divertirse de verdad con ésa. Nada de sexo, él no hacía esas cosas. Sin embargo, le había gustado matar chicas con el Astrónomo. Era lo único que aún le daba morbo. Sería una auténtica descarga sentir cómo se iba la vida de ese

pimpollo.

—Eh, tío, ¿qué estás mirando? —El chulo volvió a empujarle, con fuerza.

El odio y el dolor de Spector se abrieron camino. Miró intensamente a los ojos del chulo. El hombre emitió un débil sonido cuando se quedó sin aire y se desplomó en el andén. La gente que estaba cerca miró el cadáver durante unos segundos, sin entender lo que estaba pasando; después, algunas voces empezaron a llamar a un doctor.

Tironeó de su bigote, contento por la muerte del chulo. La chica observaba el cadáver pero no gritaba. Aún no.

Cogió la maleta de las manos del chulo y sonrió a la chica.

—¿Eres nueva en la ciudad? Puedo enseñarte un par de cosas. Los lugares que hay que visitar y lo que quieras.

La chica le cogió la maleta y se dio la vuelta. No dijo una palabra.

Spector vio que venía un policía de tráfico. Se confundió con la gente. Era una pena por la chica pero, al fin y al cabo, las cosas empezaban a tener mejor pinta.



La casa de empeños Happy Hocker estaba en la zona de Flatbush, en Brooklyn, en la avenida Washington con la calle Sullivan. Jennifer cogió un taxi que la dejó a unas pocas manzanas de la dirección y anduvo el resto del camino. Estaba situada entre otros pequeños negocios familiares, incluyendo una tienda de productos frescos, una tienda de ropa, una zapatería y una pequeña pizzería. Todo excepto la tienda de comestibles estaba cerrado y la calle de la casa de empeño estaba casi desierta, pero un par de manzanas más abajo, al otro lado de la calle, había una gran multitud congregada en el exterior del Ebbets Field, para el partido anual de los Dodgers del Día Wild Card. Según el cartel de la entrada principal, los Dodgers jugaban contra el equipo de Los Angeles Stars. Eran viejos rivales y, como los Dodgers estaban en medio de otra reñida disputa por la victoria, parecía que el gentío que ya estaba fluyendo hacia el estadio pondría al límite el aforo del viejo campo de juego.

Jennifer miró su reloj de pulsera. Pasaban unos pocos minutos de las once. Tom Seaver, que había estado lanzando con los Dodgers durante casi toda la vida de Jennifer, tenía que enfrentarse a Fernando Valenzuela, el joven lanzador mexicano de los Stars. Aún estaba a tiempo de comprar entradas y ver el partido, sería un modo más agradable de pasar la tarde que comer con Gruber.

Escudriñó a través del polvoriento escaparate de la casa de empeño. Si no lo conociera tan bien, habría pensado que estaba cerrado como la mayoría de las demás pequeñas tiendas de la manzana. Pero Gruber nunca había cancelado una

cita con ella.

Probó con la puerta principal. Estaba abierta y entró. En el interior de la casa de empeño estaba oscuro y en calma. Los estrechos pasillos y las altas estanterías, atestadas de mercancía que nadie quería y la mayor parte de la cual había estado por allí desde los tiempos del padre de Gruber, siempre provocaban en la joven una pizca de claustrofobia. Guitarras con cuerdas rotas, televisiones con los tubos catódicos quemados, tostadoras con resistencias deshilachadas y abrigos, camisas y vestidos rotos y sucios abarrotaban las estanterías de la lóbrega estancia; la tinta de las etiquetas se había desvaído hasta la ilegibilidad.

La única luz de la habitación provenía de una triste bombilla que colgaba de unos cables eléctricos dentro de la jaula situada tras el mostrador, la morada habitual de Gruber. Pero el hombre no estaba allí.

Le llamó por su nombre pero sus palabras resonaron, huecas, y tuvo la repentina sensación de que algo iba mal. Se acercó a la jaula y la suela del zapato derecho se le quedó enganchada a algo pegajoso, como chicle mascado. Miró al suelo.

Un charco de un líquido espeso y denso fluía desde uno de los pasillos. Dio un paso adelante y echó un vistazo desde el borde de las estanterías hacia el pasillo y se quedó mirando fijamente.

Era Gruber. Su rostro pálido y suave estaba congelado en un rictus de intenso horror. Sus manos pálidas y suaves se apretaban crispadas contra el vientre pero no habían evitado que su sangre manara y se concentrara a su alrededor en un charco pegajoso y superficial.

La joven se inclinó sobre un mostrador no muy alto lleno de joyería barata y armas aún más baratas y devolvió el desayuno. Se apoyó temblorosa contra el mostrador de cristal tras vomitar todo lo que tenía en el estómago, dejando que sostuviera su peso.

Tras un segundo o dos de oscuridad absoluta, se limpió los labios y se obligó a volver a mirar lo que quedaba de Gruber. Era el primer cadáver que veía. Lo contempló con horror fascinado, pensando que debería hacer algo, pero sin saber qué.

—Esss ella.

Una voz susurrante y siseante sonó a sus espaldas, lo que hizo que su corazón empezara a latir como si fuera un monitor de aerobio, a toda velocidad. Se dio la vuelta con brusquedad, medio agachándose, y se quedó mirando a los tres hombres que habían entrado en la tienda por la puerta de atrás. Dos eran norms, o eso parecía. El tercero era un joker, un hombre alto y delgado que parecía un lagarto andando sobre dos piernas. Él era quien había hablado.

La chica le miró con detenimiento y su larga lengua bífida salió una vez más de su boca y se agitó en su dirección.

—Ha sssido ella —siseó—. Cogedla.

—Dios —murmuró uno de los otros—. Le ha matado.

Los dos norms se miraron inquietos entre sí y el cerebro de Jennifer por fin volvió a funcionar.

Reconoció al joker reptil. Estaba en el dúplex de Kien; había aparecido cuando el joker del tarro había empezado a gritar. ¿Cómo le habían seguido el rastro hasta ahí? Miró el cadáver de Gruber. Él era una posibilidad, pero ya nunca podría preguntarle si la había delatado. ¿Pero cómo había sabido que la mercancía robada era de Kien?

No era momento de preocuparse por eso. Los hombres que acompañaban al reptiloide estaban a punto de convencerse de que debían ocuparse de ella. Se acercaron despacio, con las pistolas desenfundadas, mientras el joker observaba desde un lado.

Jennifer se hizo etérea.

Se quitó la ropa, conservando tan sólo el biquini que solía llevar y la bolsita que contenía los libros. Mientras atravesaba una estantería atestada de trastos empeñados echó una mirada atrás, por encima del hombro: los dos norms la contemplaron con la boca abierta; el joker la maldijo con una susurrante sibilancia.

Siguió avanzando a través de las estanterías, la pared y el callejón que había entre la casa de empeños y el edificio contiguo, por lo que dejó a los hombres muy atrás. Recuperó el aliento, metafóricamente, y después se hizo sólida. Estaba en la tienda de ropa.

Cogió un par de vaqueros, una blusa y unas deportivas y se las puso de cualquier manera; se paró para coger dos billetes de veinte del bolso y los puso en la caja registradora para salir corriendo por la puerta principal.

No se veía a los hombres de Kien por ninguna parte. Sospechó que estaban desconcertados por su desaparición pero no podía contar con que su perplejidad durara mucho.

Inspeccionó la calle. A su derecha estaba el Ebbets Field, aún llenándose de aficionados al béisbol; a la izquierda, Prospect Park, con una tentadora oferta de soledad y amenidad. De algún modo, no obstante, se sentía más inclinada a estar rodeada de gente. Rodeada de gente estaría a salvo. Nadie podría intentar matarla y tendría tiempo para pensar en la situación.

Corrió calle abajo y se unió al extremo de la hilera que hacía cola para entrar en el estadio justo cuando los hombres de Kien aparecieron en la otra punta de la manzana, sacudiendo sus cabezas con exasperada ira.



Se congregaron en el despacho de Hiram, todos ellos: el equipo de limpieza, los



lavaplatos, el personal de cocina, incluso el electricista que había venido a arreglar el cableado defectuoso de una de las arañas. Estaban sentados en las sillas, en el suelo, en el escritorio o en los gabinetes. Todos los ojos estaban posados en el televisor. Gerald Rivera estaba entrevistando a una de las hermanas de Aullador. Hiram no sabía que Aullador tenía una hermana. Resultaba que tenía cuatro.

Era como el día en que habían matado a Kennedy, pensó, o el Día Wild Card, el primero, cuarenta años atrás, cuando Jetboy murió y el mundo cambió para siempre.

El boletín de noticias conectó con la rueda de prensa de la policía. Hiram escuchó y se puso enfermo.

—Dios mío.

Era Peter Chou, el hombre alto y tranquilo que estaba a cargo de la seguridad del Aces High; Peter, que recogía trofeos y cinturones negros en artes marciales selectas y que nunca había levantado la voz ni dicho ningún taco.

—Hostia puta —dijo ahora—. Neurotoxina. Hostia puta.

—No tiene sentido —dijo uno de los lavaplatos—. Tío, no tiene ningún puto sentido, tío, ese mamón podía derribar paredes, vi cómo la hacía, tío, y o lo he visto.

Entonces todo el mundo empezó a hablar a la vez.

Curtis golpeó con suavidad el hombro de Hiram, le lanzó una mirada inquisitiva y señaló la puerta. Él se levantó y le siguió. La planta parecía cavernosa y vacía ahora que todos estaban embutidos en el despacho de Hiram.

—Vayamos fuera —dijo Hiram. Salieron a Sunset Terrace y se quedaron contemplando la ciudad. El mirador público del Empire State estaba en la planta de encima y, aún más arriba, estaba el viejo mástil de anclaje que en otro tiempo se había diseñado para los zepelines pero, salvo eso, no había otro punto más elevado en Nueva York o en el mundo. El sol brillaba alegremente e Hiram se descubrió preguntándose si a Jetboy el cielo le había parecido tan azul el día que murió.

—La cena —dijo sencillamente Curtis—. ¿Seguimos adelante o la cancelamos?

—Seguimos —contestó sin vacilación.

—Muy bien, señor. —Su tono de voz era cuidadosamente neutro, ni aprobatorio ni desaprobatorio.

Pero Hiram sintió que necesitaba explicarse. Puso las manos contra el parapeto de piedra y miró sin ver hacia el oeste.

—Mi padre —empezó. Su voz sonaba rara y vacilante, hasta para sí mismo— era, ehm, un hombre robusto. Tan grande como yo, en sus últimos años. Era un hombre de, ehm, apetitos saludables.

—Inglés, ¿verdad?

Hiram asintió.

—Luchó en Dunkirk. Después de la guerra se casó con una WAC<sup>[2]</sup> y vino a América. Decía que la novia era él, aunque no es que se vistiera de blanco. Siempre añadía eso y mi madre siempre se sonrojaba y él reía. Dios, cómo se reía ese hombre: rugía. Todo lo hacía a lo grande. Comida, licor, incluso sus mujeres. Tuvo una docena de amantes. A mi madre no parecía importarle, aunque hubiera preferido un poco más de discreción. Fue un hombre escandaloso, mi padre.

Hiram miró a Curtis.

—Murió cuando yo tenía doce años. El funeral fue... bueno, el tipo de espectáculo que mi padre hubiera detestado. De no haber estado muerto, no habría asistido.

» Fue lúgubre, pío y tan silencioso... Aún sigo esperando a que mi padre se incorporara en el ataúd y contara un chiste. Hubo llantos y susurros, pero ninguna risa, nada que comer o que beber. Lo odié de principio a fin.

—Ya veo —dijo Curtis.

—Lo he dispuesto en mi testamento, ¿sabes? —dijo Hiram—. He apartado una cierta suma, considerable debería añadir, y cuando muera el Aces High abrirá sus puertas a mis amigos y a mi familia y habrá comida y bebida hasta que se acabe el dinero y puede que haya risas. Puede. No conozco los deseos de Aullador al respecto pero sé que comería y bebería como el que más, y que era el único hombre que he conocido que reía más fuerte que mi padre.

Curtis sonrió.

—Destrozó varios miles de dólares en cristal con una de sus risas, por lo que recuerdo.

Hiram sonrió.

—Y tampoco le dio ni un poco de vergüenza. Tachyon fue el que contó el chiste y, como era de esperar, se sintió tan culpable que no le vi el pelo durante casi tres meses. —Le dio una palmada a Curtis en el hombro—. No. No creo que Aullador hubiera querido que canceláramos la fiesta. Seguimos, por supuesto que sí.

—¿Y la escultura de hielo? —le recordó Curtis con tacto.

—La enseñaremos —contestó con firmeza—. No vamos a tratar de fingir que Aullador no ha existido. La escultura nos recordará que esta noche... falta uno de nosotros.

En algún lugar, a lo lejos, sonaba una bocina. Un hombre había muerto, un as, uno de los pocos afortunados, pero la ciudad seguía como siempre, y como siempre alguien llegaba tarde a algún sitio.

Hiram se estremeció.

—Vamos a ello, pues. —Volviéron adentro.

Peter Chou cruzaba la planta a su encuentro.

—Tienes una llamada telefónica —le dijo a Hiram.

—Gracias. —Volvió a su despacho—. Sé que todos estáis interesados en la noticia —se dirigió a su personal—, yo también. Pero dentro de pocas horas estaremos dando de comer a ciento cincuenta y pico personas. Os aseguro que veremos el último boletín. Ahora volvamos al trabajo.

Uno a uno fueron desfilando. Paul LeBarre puso una mano en el hombro de Hiram antes de seguir adelante arrastrando los pies. En el televisor, el senador Hartmann estaba de pie ante la Tumba de Jetboy, prometiendo una investigación a fondo de SCARE sobre el asesinato de Aullador. Hiram asintió, apagó el volumen y cogió el teléfono.

Al principio no reconoció la voz, y las palabras fragmentarias, pronunciadas con enorme dificultad, no parecían tener mucho sentido. El hombre seguía disculpándose, una y otra vez, y decía algo que tenía que ver con gasolina e Hiram no podía sacar nada en claro de todo aquello.

—¿De qué está hablando?

—Lang... langostas —dijo la voz.

—¿Qué? —Se irguió de un salto—. Gills, ¿eres tú?

Desde luego, no parecía él.

—Lo siento... lo siento, Hiram —empezó a resollar. Entonces alguien le quitó el teléfono.

—Buenos días, Fatboy —dijo una voz extraña y aguda, como una hoja de navaja chirriando sobre una pizarra—. Gills no puede hablar muy bien. Aún está escupiendo los dientes.

Oyó que alguien reía al fondo.

—Lo que cara de pez intenta decirte es que acabamos de marinar tus putas langostas con gasolina, y que si las quieres, te jodes y vienes aquí y las recoges tú mismo porque su puto camión está en llamas. —Más risas—. Ahora escúchame, gilipollas, no me importa una mierda que seas un as que vive en un barrio pijo, caraculo; ¿me puteas?, pues esto es lo que hay, ¿me oyes?

Hubo un momento sin señal y luego un grito y un sonido áspero, como el de un hueso al romperse.

—¿Lo has oído, caraculo? —dijo aquella voz, afilada como una cuchilla. Hiram no respondió—. Mecagüen la puta, ¿lo has oído o no? —gritó la voz.

—Sí.

—Que tengas un buen día —dijo la voz, seguida de un clic. Hiram colgó lentamente. « El día difícilmente podría ir peor », pensó.

Entonces el teléfono volvió a sonar.



Fortunato cogió el teléfono y marcó un número de Brooklyn. Tan pronto como se sentó, el gato saltó a su regazo y empezó a amasar las perneras de sus vaqueros. Se oyeron dos tonos y respondió una mujer.

—Hola, ¿está Arnie? —preguntó.

Podía haber enviado su cuerpo astral pero ya tenía las energías más o menos a la mitad y era momento de ahorrar fuerzas.

—No, soy su madre. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me llamo Fortunato...

—Ay, madre del amor hermoso. Arnie siempre habla de usted. Se va a morir cuando sepa que ha llamado cuando él no estaba en casa.

—Sólo con que pudiera decirme dónde está, señora, intentaría encontrarle y yo mismo.

—Ah, se ha ido a la Tumba de Jetboy. Su padre siempre le lleva allí el Día Wild Card. Se fueron hace una hora, más o menos. No sé si podrá encontrarle con todo ese gentío. No está metido en ningún lío, ¿verdad?

—No, señora, en absoluto. Estoy seguro de que podré encontrarle.

—Ah, está bien. Supongo que tendrá sus medios, ¿no? Es sólo que estoy un poco nerviosa con lo de Aullador y tal.

—¿Aullador?

—Vaya, ¿no se ha enterado? Ay, querido. Han encontrado a Aullador hace un rato, lo han asesinado. Con alguna especie de toxina nerviosa o algo así. Acaba de salir en la tele.

Fortunato colgó. Había escrito la lista en papel, más que nada para ordenar las ideas. Los ases que habían estado en los Cloisters: Chico Dinosaurio, Tachyon, Peregrine, la Tortuga, Modular Man, Aullador, Jumpin Jack Flash, Water Lily.

Tachó el nombre de Aullador de la lista. «O sea que es verdad», pensó. No eran sólo los desvaríos de Deceso. Estaba ocurriendo, ya había empezado.

Llamó a Hiram al Aces High. No creía que él estuviera en la lista de objetivos del Astrónomo, pues sólo había estado implicado de un modo tangencial en todo el asunto de TIAMAT y no había estado en los Cloisters en absoluto. Aun así, merecía un aviso.

Le contó la historia con tanta sencillez como pudo y después dijo:

—Escucha, hay algo que puedes hacer si quieres. Necesito un puesto de mando. Algún lugar seguro para llevar a quienes pueda encontrar y donde la gente pueda dejar mensajes.

—Por supuesto. Nadie atacaría el Aces High, sería una locura.

—Cierto —dijo Fortunato—. Pero por si acaso. ¿Tienes algún modo de contactar con ese androide, Modular Man?

—Creo que una vez me dio una especie de localizador. Podría encontrarle si lo necesitara.

—Tú sólo halágale un poco, creo que eso funcionaría. Si no, podrías sugerirle

sutilmente que habrá mujeres. Si hace falta, puede tener una de las mías, no tienes más que llamarme y enviaré a una, de la casa.

Colgó antes de que Hiram pudiera cambiar de opinión.

¿Y ahora qué? ¿Intentar encontrar un chico del que apenas se acordaba entre los miles de personas que estaban en la Tumba de Jetboy? ¿O seguir con la lista? No. El Chico era imprudente y estúpido y tenía una gran habilidad para meterse en serios problemas. Tenía que ser el Chico.



Las entradas para el partido casi estaban agotadas. Cuando Jennifer llegó a la taquilla sólo quedaban asientos en las gradas, pero ya le iba bien. Sólo quería sentarse bajo la cálida luz del sol, dejar que los tranquilizadores sonidos de la multitud la envolvieran y pensar. Pagó la entrada y algún sentido atávico le hizo darse la vuelta y mirar atrás. Había un hombre, moderadamente alto, delgado pero de complexión fuerte, cabello oscuro y ojos oscuros. Parecía estar observándola pero le rehuyó en el momento en que sus ojos se encontraron.

Su mirada se detuvo en él por un momento. Llevaba vaqueros, una camiseta y deportivas oscuras. La musculatura de su esbelta constitución la impactó; después, la masa de compradores de entradas la arrastró hacia el estadio.

¿La había estado mirando realmente o es que se estaba volviendo paranoica? Dejó escapar un profundo suspiro. Probablemente la había mirado por su indumentaria. No había tenido precisamente mucho tiempo para probarse la ropa que había cogido. Los pantalones le iban cortos y le apretaban el trasero y el jersey también era corto, lo que dejaba asomar unos pocos centímetros de su vientre. Eso era. Su ropa. Se estaba volviendo paranoica, fijándose en extraños de la multitud, pensando que suponían una amenaza.

No es que no tuviera razones para estarlo. Al fin y al cabo, la perseguían. Ahora sólo tenía que averiguar por qué y, lo que era más importante, cómo.



Spector estaba cansado de esperar. Su contacto anónimo había dicho a las once y media y pasaban varios minutos de la hora. Quizá no había quedado satisfecho con el modo con que se había encargado de Gruber. No es su culpa que aquel idiota hubiera sacado una pistola. No podían haber sido tan estúpidos como para pensar que las balas eran las responsables de su muerte. Se apoyó contra la estatua de George M. Cohan y se hizo crujir los nudillos. Era consciente de que la

Ingram le hacía bulto en el abrigo. La mayoría de los policías estaban en Jokertown, pero el resto de la ciudad también tenía que estar cubierta. Sería bueno deshacerse del arma ahora que el Astrónomo no le seguía el rastro. Por otra parte, nunca sabía cuándo una pistola automática podía ser útil.

La multitud que esperaba para comprar los tickets de los espectáculos de Broadway era menor de lo usual. Spector nunca había visto ninguno; le parecían estúpidos y demasiado caros. Solía venir desde Jersey en Nochevieja para ver caer la bola a medianoche. Era una de las pocas veces en las que se sentía parte de algo mayor que él.

Los rótulos de neón que llenaban Times Square estaban apagados y mates durante el día. Si su contacto no aparecía pronto, podría pillarle una fulana para divertirse un rato. Ver la muerte en los ojos de alguna puta barata le daría unos pocos momentos de alivio del dolor. No sería algo tremendo, como con la chica del metro, pero sería una distracción. Dios, cómo había querido matarla, herirla lo suficiente como para obtener, al menos, una reacción. No obstante, era mejor emborracharse y ver el béisbol por la tele; pasar desapercibido el resto del día no era del todo una mala idea.

—Que les den —dijo, alejándose de la estatua—. Esos chavales del Puño de Sombra van a tener que hacerlo mejor que esto.

—No te vayas —dijo una voz grave y desagradable desde atrás.

Spector se giró. Había un joker unos pocos pasos detrás de él, acortando la distancia con zancadas lentas y medidas. Tenía la camisa manchada de sangre seca y un único ojo situado en el centro de la frente.

—Llegas tarde.

—Ha sido una mañana muy atareada. Tenía que ocuparme de unos asuntos en el paseo marítimo. —El ciclope alzó el puño, enseñándole unos nudillos gravemente magullados—. Tú debes de ser Spector.

—Sí. Dime algo que no sepa.

—A ver qué tal esto. —Echó un vistazo por encima del hombro—. Los Gambione tienen una cena esta noche en el Haiphong Lily. Una reunión familiar, ya sabes. El don está de camino. Hay que ocuparse de él, y ahí es donde entras tú.

—Esta noche, ¿no? ¿Cuál es el precio del encargo?

—Cinco de los grandes.

Spector se pasó la lengua entre los dientes, limpiándose más sangre seca. Supuso que el matón había recibido una cantidad mayor de alguien de arriba y que pensaría en quedarse el resto para él. El joker no tenía caletre ni para targar a un chiquillo de seis años.

—Ni hablar, hazlo tú mismo.

—Vale, vale. Siete y medio.

—Diez o te buscas a otro. No estamos hablando de un blanco fácil. Es el don

al que queréis que deje tieso. —Retrocedió un paso y miró hacia otro lado. Quería presionar al tipo, para que la organización no le tomara por idiota.

El joker puso los brazos en jarra.

—Hecho.

—Quiero dos y a mismo. —Extendió la mano.

—¿Qué? ¿Aquí mismo? Debes de estar de broma. —Volvió a echar un vistazo alrededor, esta vez con aire melodramático.

Spector se tuvo que morder la lengua para no echarse a reír. Aquel imbécil necesitaba clases de interpretación, y un poco de cerebro para ponerlas en práctica.

—No te habrán enviado aquí sólo con calderilla en el bolsillo. Así que págame o encuentrame a alguien que pueda.

Le gustaba presionar un poco al matón, ver cómo se retorció.

El cíclope sacó un grueso sobre marrón del abrigo y se lo aplastó en la cara a Spector.

—Sólo para demostrarte que confiamos en ti. —Spector se guardó el sobre en el bolsillo de su abrigo y sonrió.

—Ni siquiera lo voy a contar. De momento. Vale, ¿a qué hora es la cena de nuestro amigo el don?

—Sobre las ocho, así que tendrás que estar allí un poco antes. Ahora podrás comer bastante bien —dijo dándole unas palmaditas al sobre que estaba en el bolsillo de Spector.

—¿Cuándo obtendré el resto?

—Mañana por la noche, ya te haremos saber dónde. —Se acercó. El aliento le apestaba a podredumbre—. Por cierto, si por casualidad oyes algo de unos libros perdidos, házmelo saber.

Sacó una pequeña libreta de espiral y un bolígrafo y escribió un número de teléfono en la primera página.

—Puedes localizarme aquí en las próximas horas —dijo arrancando la hoja y entregándosela—. Es el Bowery Dime Wild Card Museum. Trabajo allí como guardia de seguridad en mi tiempo libre.

—Le echas un ojo al sitio, ¿no?

El cíclope ignoró la broma.

—Oye, tienes que tener un trabajo legal, por los impuestos. Eso es lo que dice el jefe. Si no, parece sospechoso.

—Claro, claro. ¿Cómo dijiste que te llamabas? Por si acaso...

—Eye.

—¿Y si no puedo localizarte?

—Llama al Dragón Retorcido y pregunta por Danny Mao. Dile que naciste en el año del caballo de fuego y él se pondrá en contacto conmigo.

—¿No te gustaría venir conmigo esta noche? Para estar completamente

seguro de que cumplo con el contrato. —Rodeó al joker con el brazo y caminó con él por la acera.

Eye se lo quitó de encima.

—Haz tu puto trabajo y punto. Y quítame de encima tus manos de mariquita.

—Un placer hacer negocios.

Observó cómo se alejaba. Quedaba tiempo para buscar un bar y ver el partido antes del trabajo. Sería mejor que los Dodgers ganaran hoy de una puta vez o el don tendría mucha compañía.





## Capítulo siete

---

12.00 horas, mediodía

Los Dodgers estaban practicando el bateo cuando Jennifer encontró su asiento en las gradas. El sol de finales de verano le bañaba los brazos desnudos y la cara. Cerró los ojos y escuchó los amigables sonidos del estadio: los gritos de los vendedores, la conversación de los aficionados, el inconfundible crujido del bate golpeando la pelota.

De pronto se dio cuenta de que habían pasado dos años desde la última vez que había ido a un partido de béisbol, dos años desde que su padre había muerto. Él adoraba a los Dodgers y la había llevado a muchos partidos. Ella no era muy aficionada pero siempre había estado encantada de acompañarle. Era una buena excusa para salir a tomar el sol o el fresco de la tarde.

De hecho, recordaba que el primer Día Wild Card su padre la había llevado al estadio. Era 1969, los Dodgers contra los Cardinals. La orgullosa franquicia de los Dodgers había pasado una mala racha a mediados de los sesenta, acabando en la última posición de la liga durante cinco años seguidos, o casi, pero en 1969 el incomparable Pete Reiser, que había jugado como jardinero central con los Dodgers aquel día de 1946, en que el virus wild card había caído del cielo, había acabado por retirarse para pasar a entrenar su viejo equipo. Cuando Reiser jugaba con los Dodgers, eran un elenco de nombres gloriosos. En 1969 eran un hatajo de parias, de don nadies y de novatos sin experiencia. Reiser, el incomparable jardinero central de los años cuarenta y cincuenta, el hombre que había conseguido más golpes, anotado más carreras y logrado el promedio de bateo más alto de la historia, cogió un equipo de pelagatos que había acabado el último en 1968 y los condujo al primer puesto con una milagrosa combinación de visión e inspiración.

Aquel día de 1969 lanzó Tom Seaver, la única auténtica estrella de los de Brooklyn, y venció a Bob Gibson, 2-0. Las carreras de aquel día se habían conseguido, según recordaba, con un solo de *home run* del veterano tercera base Ed «The Glider» Charles. Aquel partido granjeó a los Dodgers el acceso a la División de Honor, después batieron a Milwaukee en las eliminatorias de la

primera división de la Liga Nacional y más tarde aplastaron a los tan cacareados Baltimore Orioles en la World Series.

El recuerdo del júbilo de aquel día, en que toda una ciudad había rugido con un grito colectivo de alegría, le dibujó una sonrisa en la cara. Había sido un momento excepcional y, echando la vista atrás, deseaba haber sido lo bastante mayor para apreciar aquella felicidad absoluta, pura y libre de cualquier otra emoción o pensamiento. Rara vez había experimentado aquella sensación desde entonces, y nunca compartida con decenas de miles de personas.

El sonoro crujido de un bate golpeando una bola la devolvió al presente y se le borró la sonrisa. Esas evocaciones no le estaban haciendo ningún bien. Se dio cuenta de que huir del peligroso presente para refugiarse en recuerdos agradables del pasado no era modo de resolver nada. Unos hombres la perseguían y tenía que averiguar por qué. Bueno, en realidad sabía por qué, era obvio que querían recuperar los libros. Pero ¿cómo le habían seguido el rastro con tal rapidez? ¿Y por qué habían matado a Gruber? No, no había sido así, pues ellos creían que ella lo había matado. No era el caso. Si ellos no lo habían hecho y ella sabía que no lo había hecho, ¿quién había sido?

Algo extraño estaba sucediendo y Jennifer estaba atrapada en medio de todo aquello. Reprimió un escalofrío. De repente, la luz del sol no era tan cálida y la gente que la rodeaba no parecía tan inocente. Los hombres de Kien la habían seguido hasta el Happy Hocker. Podían seguirla perfectamente hasta ahí. Cualquiera de los aficionados de los Dodgers que se sentaban cerca podía ser un asesino. Echó una ojeada alrededor y se quedó helada al ver que su peor temor parecía confirmarse. Por el rabillo del ojo vio al hombre de pelo oscuro que la había estado observando en la cola de las taquillas. Estaba sentado dos filas por detrás, a su derecha. Hacía ver que miraba su tarjeta de puntuación pero la estaba estudiando subrepticamente.

Podía ser el asesino. Como mínimo debía de ser un agente de Kien. La joven miró hacia adelante con determinación. ¿Qué podía hacer? Ir a la policía, claro, pero entonces tendría que admitir que era Espectro, la audaz ladrona que había ocupado la portada de todos los periódicos, incluso del serio *New York Times*. Podrían protegerla de los hombres de Kien, pero acabaría pasándolo mal por la serie de robos que había cometido.

Apretó los dientes al ver de reojo que el hombre se dirigía hacia ella.

«¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?» El frenético estribillo corrió por su mente, al ritmo del latido desbocado de su corazón. «Nada», se dijo a sí misma. «Quédate tranquila. No hagas nada. Niégalo todo. No puede hacerme nada ante toda esta gente».

Darryl Strawberry, el joven jardinero derecho fichado dos años atrás en una operación con los modestos Cubs, estaba montando un espectáculo en la jaula de bateo. Todos los ojos estaban fijos en él mientras golpeaba las bolas por encima

de las gradas del jardín derecho, izquierdo y central. Nadie la miraba ni a ella ni al hombre.

El miedo le hizo un nudo en las entrañas cuando posó levemente una enorme mano en su hombro y dijo, con una voz inesperadamente suave, « Espectro» . Se dejó llevar rotunda y absolutamente por el pánico al oírle usar su pseudónimo y se hizo etérea, lo que dejó al extraño con expresión de perplejidad en la cara mientras contemplaba sus pantalones y sus zapatos, que yacían en una desordenada pila ante su asiento, y sujetaba su camiseta con la mano derecha.

Le oyó gritar « ¡espera! » , pero ya había desaparecido, hundiéndose a través de la estructura de las gradas como un fantasma.



Un entrometido agente de tráfico hizo señales a la limusina para que ocupara una posición determinada tras las gradas decoradas con banderines. Riggs abrió la puerta y su expresión dio un nuevo significado al concepto de un gato relamiéndose ante un canario. Tachyon, con el color ya alterado por los cuidados recibidos y el calor del día, se puso de un color rojo aún más encendido y dijo en un tono apremiante y a media voz:

—Nos iremos tan pronto como acabe mi discurso.

—Muy bien, doctor. ¿Después iremos al Ebbets Field como estaba planeado?

—¡No!

Tachyon añadió algo muy desagradable en su propio idioma y, cogiendo a Roulette del brazo, la escoltó por las escaleras traseras hasta las gradas. Un grupo considerable de dignatarios ya estaba reunido en un semicírculo alrededor del podio. Vio que Hartmann parecía malhumorado mientras que el alcalde de Nueva York se apoyaba en el respaldo de su silla y rebullía en busca de apoyo para su próxima contienda para el cargo de gobernador. El as del mono blanco, ahora con la capucha retirada, pululaba diligente por allí cerca. Estaba observando con ojos vidriosos a la multitud, a una adolescente en edad de merecer cuyos senos tensaban su camiseta de tirantes y Roulette se percató de que su rostro no iba al compás. Los ojos no estaban a la misma altura y la nariz parecía florecer como un tubérculo retorcido por encima de una boca y una barbilla demasiado pequeñas. Parecía un modelo de arcilla del que un artista se hubiera hartado antes de acabar el busto.

Sentado en la segunda fila de sillas, había un hombre oriental de aspecto distinguido. De vez en cuando garabateaba notas rápidas en una libreta con tapas de cuero y Roulette se percató de que la estilográfica de oro dejaba un rastro de tinta dorada. Hizo una mueca ante tanta afectación, pensando en cuántas veces el dinero no se traducía en clase o en gusto. Los ojos oscuros del oriental se

despegaron del cuaderno y miraron con aterradora intensidad a un hombre de cabello plateado cuyo traje decía a gritos «abogado». Aquel hombre parecía estar buscando un hueco para interrumpir el inacabable flujo de Koch y hablar con Hartmann.

En la punta de la primera fila estaba sentada una gran figura del rock and roll cuyos conciertos de «Joker Aid» habían recaudado varios millones de dólares, ninguno de los cuales había llegado aún a Jokertown. Roulette sonrió con cinismo. Por sus días en la ONU sabía exactamente por cuántos medios podía canalizarse y menguar el dinero. Tachyon y su clínica tendrían suerte si llegaban a ver 10 000 dólares...

Sus pensamientos se cortaron en seco. La voz del taquisiano penetró su oscura reflexión.

—Roulette, aquí.

Miró confuso a su alrededor, se concentró en la silla plegable metálica y se sentó.

—¡Dios mío, la señora Brown-Roxbury! ¿Qué estás haciendo aquí? —Se quedó mirando los ojos castaños claros del senador Hartmann. Carraspeó avergonzado—. Oh, maldita sea, eso ha sonado bastante desconsiderado, ¿no? Es sólo que estoy encantado y sorprendido de verte. El señor Love me dijo que habías dejado la ONU y me apenó saberlo.

—¿La ONU? ¿Por qué habláis de la ONU? ¿Trabajabas allí? —interrumpió Tachyon—. Senador, me alegro de verle.

Los hombres se dieron la mano ante ella.

Roulette abrió la boca y volvió a cerrarla cuando Hartmann retomó la conversación por ella.

—Sí, la señora Brown-Roxbury trabajaba como economista en el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas.

—Apenas conseguimos desarrollar un carajo —contestó mecánicamente. Hartmann rió.

—Esa es mi Roulette. Siempre les diste duro.

—¿«Señora»?

—No te asustes, estoy divorciada.

Hartmann siguió parlotteando sobre el «maravilloso trabajo hecho por el FMI y el Banco Mundial» mientras por encima de su cabeza el toldo a rayas levantado para aliviarles un poco del sol crepitaba y crujía bajo el viento. Creaba un extraño contrapunto a sus frases.

—Sí —crujido— el proyecto —chasquido— de electrificación en Zaire —crujido— es un clásico ejemplo de trabajo bien hecho.

Una discreta tosecilla interrumpió la cháchara.

—Senador.

—¿Sí, qué pasa?

—St. John Latham, de Latham, Strauss. —Latham se acercó, con unos pálidos ojos carentes de expresión—. Mi cliente.

Una mano señaló al caballero oriental y Hartmann se giró para mirar.

—General Kien, ¿cómo diablos estás? Habrás llegado a escondidas, no te he visto. Deberías haber dicho algo. —Kien se guardó el cuaderno en el bolsillo de su chaqueta, se incorporó y estrechó la mano tendida del senador.

—No quería molestarte...

—Tonterías, siempre tengo tiempo para uno de mis más fieles partidarios. Los ojos pálidos e inexpresivos de Latham se posaron en Kien y luego en el senador.

—Siendo ése el caso, senador..., el general ha sufrido una importante pérdida esta mañana. Varios álbumes de sellos muy valiosos le han sido sustraídos de su caja fuerte y la policía no está teniendo mucho éxito tratando de recuperarlos.

El abogado miró a Tachyon pero el alienígena no mostró ninguna intención de moverse. Encogiéndose de hombros, prosiguió.

—De hecho, no parece que les importe un pimiento. Les he presionado y me han dicho que, a la vista de todos los problemas que tienen que atender el Día Wild Card, no tienen tiempo para preocuparse de un simple robo.

—Es indignante. Me temo que no tengo mucha influencia con las autoridades de Nueva York y tampoco podría pisarle el terreno al alcalde Koch. —Una fugaz sonrisa al alcalde, que aún merodeaba esperanzado en los márgenes de la conversación. Los ojos de Hartmann se deslizaron pensativamente sobre el as—. Con todo..., permitidme que os ofrezca al señor Ray, mi fiel sabueso del Departamento de Justicia.

Kien se puso tenso e intercambió una mirada con su inexpresivo abogado. Roulette se preguntó si el rostro del letrado mostraría alguna vez algo que no fuera una expresión fríamente calculada.

—Eso sería estupendo...

—Señor —interrumpió Ray—, mi trabajo es protegerle y no quisiera ofender pero usted es mucho más importante que unos sellos.

—Gracias por tu preocupación, Billy, pero tu trabajo es hacer lo que yo te diga, demonios, y te estoy diciendo que ayudes al señor Latham.

Ahora el senador no parecía tan encantador. El as se encogió de hombros y capituló.

—Gracias, senador —murmuró Kien, y él y Latham desaparecieron entre las sillas, llevándose a Billy Ray con ellos.

—Bien, ¿dónde estábamos? —La sonrisa estaba firmemente de vuelta en su sitio—. Ah, ya me acuerdo, hablábamos de tus tremendas contribuciones.

Roulette apretó su hombro contra el de Tachyon, apremiante, con una muestra de aquella sensibilidad desconcertante que él entendía.

—Ah, senador, estoy viendo a alguien con quien debo hablar. *Adieu*, por el momento. Señorita, ¿me hace el honor?

Se levantó, ofreció el brazo a Roulette y se desplazaron de prisa al otro lado de la tarima.

Una marea humana bañaba el borde de la tarima y se extendía en una enorme ola que llenaba la plaza ante la Tumba de Jetboy. Tras ellos se alzaba la tumba en sí, con unas enormes alas curvas que se elevaban al cielo. A través de los estrechos ventanales se veía la réplica a tamaño natural del JB-I suspendida del techo. Y delante, un Jetboy de siete metros miraba ausente por encima de las cabezas de la multitud.

—Curioso drama del que hemos sido testigos —observó Tachyon—. Sí.

Se echó hacia atrás, mirándola.

—Así que no te gusta el senador; ¿por qué?

—Porque sospecho que tiene interés en las compañías que respaldan ese despilfarro de miles de millones de dólares al que se refería con tanta fruición.

—Parecía como si le gustara ayudar a la gente en el Zaire.

—Apenas. Se ha diseñado de modo que no pueda desviarse ni una pizca de energía para proporcionar servicios a la gente que vive a lo largo de su recorrido de 1700 kilómetros. Básicamente es un proyecto billonario para dar dinero a ese matón de Mobutu y para llenar los bolsillos de varias grandes corporaciones internacionales y conseguir enormes cantidades de dinero en forma de intereses de unos cuantos grandes bancos occidentales. No importa una mierda que la gente de Zaire siga viviendo en un nivel de subsistencia precaria a pesar de poseer uno de los mayores yacimientos de riqueza mineral del continente.

—Roulette, eres maravillosa.

Se giró para encararse a él.

—¡Si vas a decirme lo hermosa que soy cuando estoy acalorada te tiraré de esta tarima de un guantazo!

Él alzó las manos.

—No, no, claro que admiro la pasión, y eres muy hermosa, pero tú te preocupas, estás tan interesada... Me recuerdas a otra mujer.

La frase, ya bastante enredada, quedó en suspenso y pareció estar observando otra imagen que nada tenía que ver con las multitudes congregadas por la festividad que se extendían ante ellos.

Roulette, mirando distraída, se quedó de repente sin aliento al ver a un pterodáctilo que aleteaba por encima de la gente. Alzó la vista y, sí, con toda seguridad, un pterodáctilo volaba hacia ellos.

Tachyon, alertado por su respiración contenida, suspiró y agitó las manos tratando de espantarlo. La criatura prehistórica llegó, el alienígena cogió a la mujer por la cintura y tiró de ella, resguardándola bajo el toldo justo en el momento en que varias pequeñas cagarrutas de pterodáctilo golpeteaban sobre la tarima.

—¡Chico! —gritó Tachyon—. La próxima vez que te pille te voy a dar una

tunda.

Koch les estaba haciendo señas, así que volvieron a sus sillas. Diez minutos después un chico de rostro hermoso con varios granos torpemente disimulados en la barbilla y vestido con vaqueros y una camiseta serpenteó entre la primera fila de la multitud y saludó con imprudencia al taquisiano.

—Eh, Tachy, estoy aquí.

—Bueno, al menos estás vestido.

—He pensado con anticipación. Dejé mis ropas en el avión. —Y una mano salió disparada señalando la tumba—. Pensaba que ibas a darme una tunda.

—Aún estoy a tiempo.

—Apuesto a que no puedes.

El alcalde estaba dando golpecitos en el micro con el índice, enviando atronadores zumbidos que estallaban por toda la plaza. Roulette, mirando entre el chico y el alienígena, vio los ojos del humano ensancharse alarmados. Tachyon, con una mirada de culpabilidad hacia Koch, corrió hacia el borde de la tarima. El Chico se giró, se inclinó y presentó amablemente su trasero al doctor, quien le dio un rápido pero suave puntapié en las posaderas.

—Chico, no te metas en problemas.

—No es justo. Repugnantes poderes alienígenas usados para abusar de un chiquillo —dijo con el tono de los titulares del *National Informer*.

—Delincuente juvenil utiliza poderes de as para irritar a la ciudad.

—¿Irritar? ¿No podría al menos aterrorizar?

—Quizá cuando seas mayor. —El alcalde estaba observando a la pareja—. Ahora, largo. Tengo que ponerme solemne.

—Buena suerte.

Y agitando la mano volvió a desaparecer entre la turba.

—¿Quién es?

—Chico Dinosaurio. Es muy brillante, pero por desgracia está en esa incómoda edad entre ser un hombre y un niño, lo que significa que es una especie de monstruo. Lleva a los ases locos porque siempre lo tienen entre pies. Debe de ser muy difícil para sus padres tener que criar a un as, pero los niños son una delicia.

—Oye, estás en el aire —dijo Roulette interrumpiendo el parloteo.

—Oh, por el Ideal, gracias. —Se acercó y con un guiño le dijo—: Después podremos irnos.

Pensó que presentaba una imagen bastante cómica. Un diminuto hombrecillo, con la cabeza apenas sobresaliendo del atril, traje de satén rojo y larga cabellera pelirroja como un Lord Fauntleroy punk. Reparó en que no tenía apuntes y se preguntó si un discurso espontáneo era sensato. Entonces, alzó la cabeza y empezó y la comedia fue reemplazada por la dignidad y una gran cantidad de cariño.

—Siempre encuentro un poco difícil pensar en qué decir un día como hoy. ¿Estamos celebrando algo? Y si es así, ¿el qué? ¿O estamos rindiendo tributo y recordando? Y si es así, ¿a quién honramos y qué recordamos como protección contra futuros errores? Hoy oiréis muchas cosas sobre Jetboy, y la Tortuga y Ciclón y otros cientos de ases. —Saludó con la mano al gran caparazón verde que flotaba por encima de la multitud—. Y sí, incluso sobre mí. Pero no creo que sea justo y voy a hablar de otras personas. De Shiner, que dio cobijo a un niño abandonado, y Jube, que siempre guarda unas monedas para algún otro joker en desgracia, y Des, que ha hecho más que nadie para conseguir que construyan parques y mejoren las escuelas en Jokertown.

» Hablo de los jokers porque creo que pueden ofrecer una lección y un ejemplo para otra gente. Su sufrimiento mental, físico y emocional no es comparable a ningún otro en la historia humana y han intentado diversos métodos para hacer frente a su aislamiento, desde la resistencia silenciosa cuando fueron acosados por la policía y otros funcionarios públicos hasta la violencia que culminó en los hechos de 1976, y ahora un nuevo enfoque. Un sentido de la propia autonomía y una capacidad de compartir que les ha permitido, dentro de los confines de nuestra Jokertown, una verdadera comunidad.

» Señalo los diversos logros de estas personas notables porque hay un nuevo espíritu en este país que me parece terrible. Una vez más, hay un intento de delinear qué es americano y despreciar y discriminar a quienes existen en la periferia de esta “mayoría” de cuento de hadas. Y es que es un cuento de hadas. Cada persona es un individuo absolutamente único. No hay una “opinión de consenso” ni un “modo adecuado” de hacer las cosas. Sólo hay personas que, sin importar lo horribles y deformes que sean en el exterior, son impulsadas por los mismos sueños, esperanzas y aspiraciones que nos impulsan a todos.

» Supongo que lo que de verdad quiero decir en este Día Wild Card de 1986 es “sed buenos”. Pues la adversidad proviene de muchas fuentes, no sólo de un virus alienígena que llegó desde varios años luz, puede que llegue el momento en que todos nosotros, nats, ases y jokers por igual, necesitemos esa palabra amable, ese ofrecimiento de ayuda, ese sentimiento de comunidad que los jokers representan tan maravillosamente. Muchas gracias» .

El aplauso fue atronador, pero al volver junto a Roulette, Tachyon parecía infeliz.

—Muy noble, pero ¿cómo crees que van a reaccionar? —preguntó mientras él recogía su sombrero de la silla.

Una vez más, ella le cogió del brazo y él la apremió a que se dirigieran a las escaleras traseras.

—Algunos me compararán con la Madre Teresa y otros dirán que soy un hijo de puta egoísta.

—Y tú, ¿qué dices?



—Que no soy ninguna de las dos cosas. Sólo un hombre que vive con honor y que abraza cualquier alegría que se le conceda. —Estaban junto a la limusina y, de repente, Tachyon la cogió por la cintura y enterró su rostro en su pecho—. Y me alegro de que estés aquí para poder abrazarte.

Lo apartó con furia y se alejó hasta que topó con la parte trasera del coche.

—No pretendas que te consuele. No tengo consuelo alguno para nadie, y a te lo he dicho. Y, de todos modos, ¿para qué lo necesitas? Eres el santo de Jokertown. Un pez gordo con limusina privada, tan famoso como cualquiera de los ases.

—¡Sí, sí y sí! ¡Pero también estoy consumido por la culpa, devorado por un fracaso que cada quince de septiembre vuelve para atormentarme! Dios, cómo odio este día.

Sus puños aporrearon el capó del coche y Riggs se apartó para dedicarse a contemplar, fascinado, el puño de la librea de su uniforme. Los hombros de Tachyon temblaron durante algunos segundos, después se pasó las manos por los ojos y se dio la vuelta para mirarla.

—Muy bien, no tienes consuelo para mí. Lo acepto. Dijiste que estabas en una peregrinación hacia el desespero. Yo también. Pues, al menos, viajemos juntos y, si no podemos confortarnos, al menos podremos compartirlo.

—Bien.

Se subió al coche y apoyó la cabeza contra la ventanilla. «Y quizá pueda hacer algo. Liberarte de tu culpa y, tal vez, destruyéndote, encontrar mi propia paz».



Jennifer atravesó una extensión interminable de hormigón y acero, buscando un lugar donde pudiera solidificarse y tomarse un muy necesario respiro. Se sentía mareada, incluso para estar en forma espectral, y le estaba costando concentrarse. Tenía una abrumadora necesidad de, simplemente, vagar, flotar sin cuerpo como una nube y olvidarse de todas sus preocupaciones, de todo el peligro que seguía sus pasos como un dóberman rabioso.

Pero no podía entregarse a esa necesidad. Si lo hacía, perdería todo su ser y se convertiría en un fuego fatuo, flotando sin conciencia hasta que las azarosas fuerzas del movimiento browniano la esparcieran por todos los rincones de la Tierra.

Era difícil mitigar el ansia para obligarse a moverse más rápido, pero la chica lo consiguió, atravesando el último de los pilares de las gradas. Se encontró en un pasillo con moqueta iluminado por fluorescentes en el techo y de inmediato se solidificó y se apoyó temblorosa contra la pared del pasillo. Aún se sentía ausente y desorientada y su cabeza zumbaba por el vértigo. Había estado cerca, pero se

había solidificado a tiempo. Entendió que tenía que tener cuidado con el uso de sus poderes durante un rato, hasta que estuviera segura de que su sistema no se había sobrecargado.

Ahora, si lograba orientarse, se largaría de una buena vez, pensó. El único problema era que nunca había estado en las entrañas del Ebbets Field y no tenía ni idea de dónde estaba.

Había una puerta doble al final del pasillo. En la otra dirección, el corredor se bifurcaba. Tenía que ir por un lado o por otro, y escogió las puertas. Por desgracia, eran lisas, no tenían ningún ventanuco.

Bueno, si alguien le preguntaba simplemente diría que se había perdido. Aunque el hecho de que no llevara más que un bikini sería más difícil de explicar.

Respiró hondo, soltó el aire sonoramente y abrió las puertas. Entró en una estancia grande, bien iluminada y ricamente enmoquetada y se quedó paralizada. El murmullo de una docena de conversaciones se fue apagando gradualmente a medida que todas las miradas de la estancia se giraban en su dirección. « No puedo creerlo », se dijo a sí misma. Cerró los ojos pero cuando los abrió un segundo después todo el mundo seguía allí, mirándola. « No puedo creer que acabe de entrar en el vestuario de los Dodgers » .

Había doce hombres en la sala. Algunos estaban jugando a cartas en corrillos, otros conversando. Hernández, el primer base, estaba sentado junto a su taquilla haciendo su habitual crucigrama antes del partido. El mismísimo Pete Reiser — con sesenta y tantos años, el pelo gris pero aún esbelto y erguido— estaba de pie delante de la taquilla de Seaver hablando con el lanzador y con el entrenador cubano de los lanzadores de los Dodgers, Fidel Castro. Algunos de los jugadores aún llevaban las camisetas del entrenamiento, otros habían empezado a ponerse el uniforme para el partido. Algunos habían llegado bastante lejos en el cambio.

Jennifer, sintiendo la presión de todos aquellos ojos en ella, sintió que debería decir algo, pero cuando abrió la boca no consiguió articular palabra.

—Eh... —lo intentó de nuevo—, ehm..., buena suerte.

Una pequeña tabaquera metálica se cayó de la mano de Thurman Munson, veterano receptor de los Dodgers y capitán del equipo, y el inesperado sonido que hizo al caer contra la banqueta que había delante de su taquilla rompió el hechizo que parecía dominar a todos.

Una docena de jugadores empezaron a hablar a la vez, desde la estridente observación de Reiser « ¿cómo diablos has entrado aquí? » hasta una docena de variaciones sobre « caramba, buen cuerpo » y « bonito atuendo » .

Avergonzada, se olvidó de sus anteriores preocupaciones y se escurrió a través de la pared más próxima para entrar en una salita con un botiquín, un par de mesas acolchadas, un puñado de máquinas incomprensibles y un goteante Dwight Gooden que salía desnudo de la bañera de hidromasaje.

—¡Eh! —dijo al verla entrar.

—Gran partido el de ayer —dijo con una débil sonrisa. Él volvió a meterse en la bañera, sumergiéndose en el agua hasta que le llegó a la barbilla y se quedó mirando incrédulo mientras ella atravesaba la pared más próxima a la bañera.

«Un gran cuerpo, también», dijo Jennifer para sus adentros, echando un último vistazo antes de desaparecer.



Como capo que trabajó para el padre de Rosemary, Don Cario Gambione, Don Frederico «el Carnicero» Macellaio había ordenado una vez la muerte de Bagabond. Ella no lo había olvidado.

De pie junto a un roble en un Central Park casi desierto, se encaminó hacia Central Park West y se alegró de que la mayoría de habitantes de Nueva York estuvieran en la Tumba de Jetboy. Se sentía demasiado visible con el traje de chaqueta de tweed marrón y los zapatos de tacón que había arramblado de uno de sus escondites subterráneos. Pero de ese modo, posiblemente ninguno de los moradores habituales del parque podría reconocerla. Algunos de los vagabundos que vivían en la calle habían visto demasiado al cabo de los años; era mejor ser... discreta. Sacó su dolorido pie izquierdo del zapato y permaneció de pie, con el peso apoyado en la pierna derecha, mientras observaba a Don Frederico salir de su exclusivo bloque de pisos. En el tolo de la entrada se leía «Luxor». Vestido con un traje negro hecho a medida, el Carnicero cruzó la acera hasta una limusina blanca, un Cadillac.

Estaba flanqueado por dos guardaespaldas con gafas de sol y americanas abiertas. Al entrar en el coche, arrebató la puerta de las manos de su chófer y la cerró de golpe. El conductor se quedó parado por una fracción de segundo antes de darse la vuelta abruptamente y meterse en el coche. Uno de los guardaespaldas ocupó el asiento delantero, junto al conductor, mientras que el otro al parecer examinaba la acera y Central Park West en ambas direcciones.

El vehículo arrancó y se adentró entre los coches, que no dejaban de pitar, para entrar en el parque en West Drive. Con incredulidad, Rosemary le había hablado una vez de los hábitos del don. Siempre hacía la misma ruta. O bien el don era muy estúpido o estaba muy confiado. Una exhibición de poder.

Sabiendo que la limusina recorrería Transverse y luego saldría a la 65 y pasaría por delante del Templo Emanu-El en dirección al restaurante favorito del Carnicero, Atónicas, Bagabond cruzó el parque en diagonal. Llamó a una bandada de palomas con la mente y casi a un centenar de ardillas. Esperaron en el puente de piedra, hacia la mitad del recorrido.

Mientras cruzaba el parque para ir a su encuentro, un gran gato gris, uno de la

camada del negro y la tricolor, cayó de un arce retorcido por el impacto de un rayo para bloquearle el paso.

El gris era uno de los pocos gatitos al menos tan inteligente como sus padres. Se había negado a unirse al grupo de animales de Bagabond cuando comprendió cómo utilizaba a las criaturas en su beneficio, a veces sin preocuparse en el efecto que causaba en las vidas de los animales. El gato gris había elegido vivir apartado en una parte de Central Park que la mujer sólo usaba en contadas ocasiones. Le molestaba su presencia.

La vagabunda le dijo que no estaría allí mucho tiempo pero el gato proyectó la imagen de cadáveres esparcidos por todo el paisaje. Bagabond se puso tensa y le dijo que la dejara. Él se dio la vuelta, se alejó trotando unos cuantos metros y entonces se giró y le escupió. Se lanzó a atacarlo con la mente pero se detuvo antes de fundirle el cerebro. El gato gris desapareció entre un grupito de arces. Apretando los puños, la mendiga se quedó de pie observando al felino.

Entonces, de súbito, fue consciente del avance del coche del don. Un halcón peregrino, que había escapado de un aprendiz de cetrero, le hacía de ojos y seguía el coche del Carnicero mientras atravesaba el parque. No había colores pero la percepción del movimiento captó su conciencia a medida que los ojos del halcón recorrían Central Park. Lo guió planeando de modo que siguiera el coche del Carnicero. De acuerdo con la información de Rosemary, Don Frederico Macellaio utilizaba este trayecto diario para ordenar las muertes de sus oponentes desde su coche blindado y a prueba de vigilancia. Bagabond se apoyó contra el ancho tronco de un árbol, se quitó los zapatos con gesto brusco y se concentró en dirigir a sus animales.

Al iniciar la rutina mental de organizar y dirigir los pájaros y los animales que había convocado, se dio cuenta de que el gato gris estaba escondido entre los arces y la observaba. Le advirtió que se fuera pero él le respondió con una imagen de sí mismo marcando los árboles para mostrarle su territorio. Ella lo ignoró mientras el coche del don se acercaba al punto que había elegido.

Descubrió que estaba nerviosa ante el avance del coche. El felino gris la había desconcentrado. Tenía un don para hacerla pensar de modos que normalmente evitaba. El Carnicero era tan enemigo de Rosemary como suyo. Había aprendido de los animales a matar o morir. Frederico era una amenaza que había que eliminar. Además, complacería a Rosemary. Para Bagabond era obvio que Rosemary estaba demasiado preocupada por demasiadas cosas. Su preocupación por los Gambione se había convertido en algo que la consumía. Con un nuevo don, podría relajarse y pasar más tiempo con ella, cosa que quería lo suficiente como para perturbar los ritmos y las vidas de sus criaturas. Como para matarlas.

Encerró al gris fuera de su mente y le envió una ola de dolor a través de la conexión que los unía. El felino aulló al sentir que la energía le golpeaba.

La parte de su mente que estaba organizando los pájaros había completado su tarea. Las bandadas de palomas estaban posadas en los árboles que rodeaban el puente. Por un instante, hubo un silencio sobrenatural.

Irrumpiendo entre los árboles, mientras el sol le arrancaba destellos a la carrocería, la limusina dobló la esquina con majestuosidad. El parabrisas polarizado reflejaba las ramas de los árboles.

Una solitaria paloma se desgajó de la bandada y, a la orden de Bagabond, se lanzó hacia el cielo, alto. Después se abalanzó hacia el parabrisas de la limusina como si pretendiera aterrizar en uno de los falsos árboles. La sangre salpicó la pintura blanca del capó. El conductor frenó y vaciló por un instante antes de continuar.

Bagabond observó la escena por fragmentos, a través del halcón, ahora detrás del coche, y de las palomas, encima y delante de la limusina. Sus propios ojos estaban bien abiertos y atentos pero las demás imágenes abrumaban su visión humana. Amortiguó el dolor de la paloma del mismo modo en que eliminaba de su conciencia las muertes constantes que experimentaba con frecuencia.

Por encima, un centenar de aves dejaron de arrullar en el momento en que las controló por completo. La ola aviar cayó en picado hacia el coche, cubriéndolo con una capa de sangre y plumas. Los frenos del vehículo chirriaron cuando el conductor, en pánico, trató de detenerse antes de que su falta de visión destrozara el coche.

Manteniendo a más palomas en la reserva, la vagabunda centró su atención en las hordas de ardillas que se congregaban en las ramas bajas de los robles y los arces que bordeaban la calle. Cuando dirigió un batallón de roedores hacia el coche, que viraba bruscamente, el dolor ascendió por igual en su mente. Su primer pensamiento fue que o bien el gato negro o la gata tricolor estaban en peligro. Pero al seguir sus rastros individuales en su conciencia, se dijo a sí misma que los gatos estaban bien. Era el gris: se estaba infligiendo dolor deliberadamente, tratando de destruir su concentración. Bagabond le reconvinó con la mente, enviándole olas de frialdad emocional, aplacando su rebelión.

Sólo habían pasado unos pocos segundos pero el conductor estaba a punto de recuperar el control, cuando la calzada se convirtió en una alfombra de ardillas que no dejaba de moverse. El chófer aceleró para escapar de los pájaros. Bagabond envió a los animales bajo las ruedas. Los chillidos de los roedores agonizantes se mezclaron con el sonido de los frenos maltratados. El impulso del pesado coche lo propulsó por encima de la horda de ardillas. Su sangre embadurnó la calzada y la limusina patinó hacia un lateral. Ahora las puertas y los costados estaban salpicados de sangre.

La cabeza de la mendiga se giró de golpe hacia a un lado cuando la reacción del gato gris inundó su mente. Esta vez no estaba satisfecho con la distracción; ahora trataba de dispersar a los animales, usando a Bagabond como centro de

atención. La rabia de la mujer salió proyectada con ímpetu y lo dejó inconsciente. Podría haberle matado, pero se requería su atención en el puente.

El conductor había corregido en exceso la trayectoria tras derrapar y el coche empezó a dar vueltas. Las ruedas del lado derecho se empotraron contra el guardarraíles y lo deformaron. La masa del blindaje lo llevó a estrellarse con el muro de contención y por encima del lateral. Vetas de pintura blanca se quedaron en el metal y el hormigón. Un tapacubos salió despedido, precediendo a la limusina al saltar por el puente, deslizándose lentamente por los aires como un frisbee. El automóvil no tuvo tanta suerte.

Para Bagabond, el tiempo pareció detenerse mientras observaba el coche volando por los aires. Una parte de ella estaba acabando con las vidas de los pájaros y ardillas heridas en el ataque. Otra parte estaba considerando el asesinato y preguntándose si valía la pena a cambio de ayudar a una amiga y tomarse la revancha.

El vehículo cayó sobre la pista de atletismo. Impacto con fuerza en el sendero de hormigón y el capó del compartimento del pasajero quedó aplastado. El coche fue bamboleándose hasta detenerse y estalló en una sibilante bola de fuego.

Sacrificar unos pocos animales para alimentar a otros no había sido nada en comparación con la carnicería que vio cuando contempló el panorama en el puente. Los cadáveres yacían extendidos por todas partes. Sintió un dolor que no había experimentado desde la primera vez que aprendió a separar la vida de los animales de la suya. Quizá el gato gris había tenido razón al intentar detenerla. El lado de su mente que consideraba humano estaba feliz por el éxito, deseosa de ver la reacción de Rosemary. El lado animal quería rechazar lo que había hecho.

De pronto, Bagabond se dio cuenta de que las criaturas que aún quedaban esperaban sus instrucciones, pacientes. La oscura nube de palomas se elevó en el cielo y se dispersó en todas direcciones. Nadie vio que la ondulante masa de ardillas se disgregaba y corría hacia las zonas arboladas del parque. La vagabunda ya estaba oculta entre los árboles y dirigiéndose a la boca de metro de Columbus Circle.

Antes de que pudiera cruzar la calle 59, el gato gris, recuperado, la obligó a enfrentarse con la imagen de lo que había hecho, una imagen que se convirtió en una visión de ella misma yaciendo en el suelo, rota y ensangrentada.

Bagabond se detuvo, tambaleándose al darse cuenta por fin de lo que había hecho. Esto no era un sacrificio ocasional para alimentarse o para protegerse. Había utilizado a los animales que siempre había protegido en su propia guerra para lograr una meta que sólo tenía significado para ella. Había traicionado una confianza de la que había sido depositaria desde que saliera del hospital. Sintió náuseas. Esperaba que Rosemary valiera la pena.

Rosemary esperaba, aunque sin saberlo. Antes de hablar con ella, Bagabond

se pasaría por casa de Jack para comprobar los mensajes sobre su sobrina desaparecida Cordelia. Quizá ahora tendría tiempo para ayudarle.

Bajó las escaleras de la estación de metro y usó uno de los billetes que el mapache se había mostrado tan partidario de robar. Tomó el tren local Número 1 que se dirigía al centro, ignorando las miradas de admiración que atrajo de sus compañeros de viaje.



## Capítulo ocho

---

13.00 horas

La calle aún estaba abarrotada de los aficionados que llegaban tarde, los vendedores de souvenirs y los revendedores de billetes. Jennifer se las arregló para deslizarse a través de la pared exterior del estadio sin que nadie reparara en ella, pero en la calle atrajo una considerable cantidad de atención. Muchas cabezas se giraron y muchos la silbaron mientras recorría la calle, aunque apenas se dio cuenta. Avanzó rápidamente, vigilando por si veía a los hombres que habían intentado atraparla en el Happy Hocker y al hombre que la había seguido al estadio, pero ninguno de ellos parecía estar por allí. Divisó un taxi vacío, lo paró y le dijo al conductor: «A Manhattan».

Se puso a pensar mientras el taxi la llevaba de vuelta a un territorio más familiar. A su alrededor, los hechos se estaban desarrollando a una velocidad incomprensible. «Desde luego, Kien debe de querer recuperar sus sellos con todas sus fuerzas», pensó. A menos que fuera el otro libro... Echó un vistazo a su bolso, un saquito de cuero cerrado con un simple cordón. Contenía los libros robados y unos pocos dólares para emergencias, nada más; ni cartera, ni identificación. Todo aquello se estaba poniendo feo. Tenía la impresión de que la observaban; alzó los ojos hacia el espejo y vio que el taxista la estaba mirando. Desvió la mirada y trató de hundirse un poco más en la sucia y desgastada tapicería del asiento trasero del taxi. Tenía que encontrar algo de ropa decente en alguna parte. Tal y como iba parecía que se había vestido para el carnaval de Río de Janeiro.

Pensó que tal vez sería mejor dejarlo correr y devolver los libros. Ya le habían costado la vida a Gruber —aunque no tenía la menor idea de quién le había asesinado—, y a ella demasiados encontronazos con la violencia.

Tenía que contactar con Kien. Eso sería fácil, pero los detalles del intercambio podían ser difíciles de resolver. Además, no quería salir de todo esto con las manos completamente vacías.

Miró pensativa a través de las ventanillas del taxi y, sorprendida por una súbita inspiración, gritó:



—¡Pare, pare aquí mismo!

El conductor le tomó la palabra y pisó los frenos, y el taxi se detuvo entre chirridos. Pudo oír cómo los neumáticos gruñían por debajo cuando saltó del vehículo y tiró unos cuantos billetes arrugados en el asiento delantero.

—Gracias —dijo sin aliento y se dio la vuelta y echó a correr por la calle.

—De nada —dijo el taxista con expresión divertida mientras contemplaba con satisfacción su figura con bikini corriendo hacia la entrada del Famous Bowery Dime Wild Card Museum.



—¡Jack! Jack, eres tú, ¿verdad?

Una voz familiar: en aquel entonces, cualquier voz familiar en la atmósfera de circo del Village era toda una conmoción. Jack se giró y vio a un hombre guapo, casi media cabeza más alto que él, que le miraba.

—Hola, Jean-Jacques. —Jean-Jacques había llegado de Senegal hacía seis años. Trabajaba a media jornada como camarero del Simba en la Sexta con la Octava y el resto del tiempo como tutor de los estudiantes extranjeros que estaban aprendiendo inglés en la New School. Jack no había visto jamás a un hombre con facciones más impresionantes.

—Escúchame —le dijo al otro—, necesito ayuda.

Sacó la fotografía de Cordelia.

Jean-Jacques asintió pero parecía distraído.

—No sé nada, amigo mío, nada en absoluto.

Jack supo que algo iba mal.

—¿Qué ocurre?

—Nada de lo que preocuparse.

Jean-Jacques desvió la mirada hacia los peatones que caminaban de prisa ante ellos. El sol de las primeras horas de la tarde brillaba en su piel, de modo que su oscura tez negra parecía casi azul.

—No te creo.

Jack puso una mano en su hombro, consciente de la cálida vitalidad que irradiaba a través del colorido estampado.

—Cuéntame.

Jean-Jacques volvió a mirarle y su penetrante mirada se clavó en los ojos de Jack.

—Es el retrovirus —dijo—, es el asesino. Acabo de visitar a mi doctor. El diagnóstico ha sido, por desgracia, positivo. —Suspiró—. Bastante positivo.

—¿El retrovirus? —dijo Jack—. Te refieres al wild card...

—No —le interrumpió Jean-Jacques—. El asesino más certero. —La palabra pareció atragantársele—. SIDA.

—Madre de Dios —dijo Jack—. Lo siento. —Se acercó a Jean-Jacques, se contuvo por un segundo, después siguió adelante y le abrazó—. Lo siento mucho.

Jean-Jacques lo apartó con suavidad.

—Lo entiendo —dijo simplemente—. No eres el primero al que se lo digo. Ya me están tratando como a uno de esos malditos jokers. —Cerró los ojos con tristeza, luego los abrió y dijo—: No te preocupes, viejo amigo, no tengo nada contra ti. Sé quién fue. —Volvió a cerrar los ojos—. Y sé cuándo fue.

Su cabeza empezó a temblar ligeramente y Jack volvió a abrazarle. Esta vez, Jean-Jacques no se lo quitó de encima de inmediato.

—Parece que tienes una misión —dijo Jean-Jacques—. Dime qué estás buscando y, si puedo te ayudaré.

Jack titubeó y luego le habló de Cordelia. El senegalés inspeccionó la fotografía.

—Una joven muy hermosa. —Miró a Jack—. Tenéis los mismos ojos. —Después le devolvió la fotografía—. Ve, sigue con tu búsqueda. Ya te he dicho que si detecto algo que pueda servirte, te lo haré saber.



—¿Esta es la parada que era tan importante? —preguntó Roulette mirando la ruinoso pared de un almacén junto al río. Tachyon había despedido a Riggs unas cuantas manzanas atrás y su enérgico paseo, que empezaba a hacerle sudar, había acabado ahí.

Echó una mirada atrás por encima del hombro y sus delicadas manos abrieron el enorme y brillante candado. Su expresión era de entusiasmo y picardía apenas contenidas, como un chiquillo que está a punto de enseñar su colección de renacuajos. Y, de repente, se dio cuenta de que él era muy joven. Debido a la mutación y a su obsesión por las ciencias naturales, la esperanza de vida de los taquisianos era mucho mayor que la de los humanos. Tachyon, con ochenta y tantos años, era un anciano según los parámetros de la Tierra, pero tan sólo se estaba acercando a la edad adulta según la media taquisiana. Eso explicaba muchas cosas.

Las bisagras bien engrasadas giraron y la puerta se abrió; le hizo un gesto para que entrara. Su desabrido retroceso la llevó a topar con fuerza contra su pecho.

—No tengas miedo.

—Dios mío, ¿qué?

Examinó recelosa la monstruosidad resplandeciente que yacía en el centro de

la estancia vacía y resonante. Se parecía bastante a una caracola de mar pero las puntas de sus espinas grises estaban rematadas por brillante ámbar y luces púrpuras. También parecía estar descansando en un remolino resplandeciente, pues el polvo revoloteaba en espiral hacia la criatura.

—La nave.

—¿Qué?

—Tu nave —rectificó en seguida.

—Sí, *Baby*.

—¿*Baby*?

—Ajá.

Los ojos violetas de Tachyon se posaron amorosamente en la nave y las defensas de Roulette (laboriosamente erigidas por el Astrónomo) respondieron a una comunicación telepática cercana.

—Está frustrada. Está intentando decirte hola, pero tienes barreras. —Ladeó la cabeza, mirándola seriamente—. Qué raro, la mayoría de los humanos... —Una rápida sacudida de cabeza—. Bueno, vamos dentro.

—Yo... preferiría que no.

—No te va a hacer daño.

—No es eso.

—Entonces ¿qué?

Se encogió de hombros y se dirigió a la nave, aunque le pareció una especie de traición. Mañana por la mañana, a primera hora, el Astrónomo se apoderaría de aquella nave viviente y se la llevaría lejos.

*Baby* abrió amablemente su cerradura y entraron en la sala de control. Las paredes del interior y el suelo de la embarcación relucían como nácar pulido, proyectando una luz opalescente sobre la gran cama con dosel que dominaba la estancia. Tachyon rió entre dientes:

—Tu cara es impagable. Ya ves, a diferencia de la mayoría de mi estirpe, juré que moriría en la cama. Esto me pareció un buen modo de asegurarse.

El resto de mobiliario tenía una frágil belleza y estaba claro, por el tamaño de los asientos, que los taquisianos eran más pequeños que los terrestres. A menos que los muebles hubieran sido hechos para el uso personal de Tachyon.

El alienígena la cogió con delicadeza por los hombros y le señaló la pared. Una corriente de trazos plateada fluía resplandeciente. *Saludos, Rulette*.

Tachyon sonrió y meneó la cabeza. *Roulette*.

—Su pronunciación aún no es muy buena. Empezó justo cuando traje a bordo a algunos amigos. Está adquiriendo algunas nociones del inglés escrito mediante una filtración de bajo nivel. Soy indulgente, así que dejo que se salga con la suya.

—Es increíble.

Se sentó en la cama mientras Tachyon desenterraba un par de copas de cristal de un arcón que parecía ser una extrusión de la propia nave.

Otro mensaje se dibujó en la pared mientras el alienígena estaba de espaldas. *Eres honrada*. Había un punto de disculpa en el mensaje.

—Ya basta, *Baby* —le advirtió Tachyon. Disculpas.

—Aceptadas —dijo Roulette, sintiéndose como una idiota.

Tachyon sirvió un poco de brandy de su petaca en cada copa. Dos encendidas manchas de color ardían en sus mejillas.

—Eres la primera mujer que traigo aquí, o sea que tiene curiosidad, esperanza y algo de resentimiento.

—Te quiere.

—Sí, y yo a ella. —Acarició una de las sinuosas paredes.

—¿De qué tiene esperanza? —Bebió un sorbo de coñac.

—A pesar de estar un poco celosa, quiere ver cómo me caso y tengo descendencia. El pedigrí y la continuidad son muy importantes para las naves. A lo largo de los siglos han absorbido nuestra obsesión por el culto a los ancestros y me considera un fracaso. Siempre le digo que aún me queda mucho tiempo. Sobre todo ahora que vivo en la Tierra.

Se sentó junto a ella en la cama.

—He leído muchas cosas sobre ti pero nunca había oído mencionar esto. Claro, es lógico que tengas una nave, ¿cómo si no podrías haber llegado hasta aquí?

—He intentado mantenerlo en secreto. Cuando intenté recuperarla de manos del gobierno levanté una gran polvareda sobre *Baby*. Ahora soy más cauteloso y afortunadamente la memoria de la gente es efímera. Por desgracia, se siente sola, así que vengo tan a menudo como puedo. También echa de menos a los de su propio linaje. En esencia, son criaturas gregarias y este tipo de aislamiento no es bueno para ellas.

—¿Por qué no vives en ella, pues?

—Quiero tener vida social y también quiero mantenerla en secreto. Son dos objetivos en conflicto, así que transijo. Vivo cerca, la visito a menudo y a veces la saco por ahí. Según la hermana Madalena, de la casa de beneficencia de South Street, estoy haciendo un buen servicio; varios vagabundos se han apuntado a la beneficencia después de vernos.

Ella rió, se recostó y le besó, reclinado como estaba contra los cojines. Él cogió el primer botón de su blusa con dedos temblorosos y por el rabillo del ojo, ella pudo ver que su erección presionaba el material satinado de sus pantalones. Se apartó bruscamente y se volvió a abotonar la blusa a toda prisa.

—Lo siento pero pensé que tú..., nosotros...

—¡Aquí no! No podría actuar con público.

También se preguntaba cuál sería la reacción de la nave si mataba a Tachyon en su interior; dudaba que saliera viva de allí.



El Famous Bowery Dime Wild Card Museum (entrada por sólo 2 dólares) estaba cerrado, probablemente porque su director se había dado cuenta de que la mayoría de la gente se aprovecharía de las diversiones gratuitas que el día ofrecía.

Jennifer pensó que eso estaba la mar de bien. Entró en un callejón lateral, asegurándose de que nadie la veía, y se deslizó a través del muro. Fue difícil. Le costó unos momentos de concentración y después tuvo que esforzarse por avanzar a través de los ladrillos, como si ella fuera sólida y los ladrillos de un líquido viscoso e inquebrantable. Su cuerpo se estaba cansando y sabía que no debería estar en estado etéreo en un buen rato, pero tenía que hacer esto y ya después quizá pensaría en descansar.

Al fin consiguió abrirse paso y se encontró en una salita oscura con una serie de frascos de cristal que brillaban débilmente, dispuestos a lo largo de toda una pared, como un mostrador de acuarios en una tienda de mascotas. Flotando en los tanques había pequeños y patéticos cadáveres, pequeños «Monstruosos Bebés Jokers» embalsamados, como proclamaba el cartel del museo. Había como una treintena. La mayoría apenas tenían rastro de humanidad y la chica se sintió agradecida, en cierto modo, de que hubieran experimentado la crueldad del mundo por tan poco tiempo.

Salió corriendo de la habitación y se encontró en una sección del museo dedicada a las grandes exhibiciones de dioramas de tamaño natural. Resultaba inquietantemente silencioso y oscuro con los efectos de luz y sonido apagados, y era bastante desconcertante ser el único ser viviente.

Se acercó a una escena que mostraba Jokertown en llamas, conmemorando la Gran Revuelta de Jokertown de 1976 tal y como había sucedido. Había una escena más antigua que exponía una supuesta orgía en Jokertown, lo que para el gusto moderno apenas resultaba chocante. Un rótulo delante de una zona tapada por cortinas decía exhibir la última incorporación a las entretenidas pero informativas escenas: «La Tierra vs. el Injambre».

Jennifer pasó de largo los dioramas que llenaban el largo pasillo y entró en el Salón de la Fama o, en ciertos casos, de la Infamia, del museo.

Por el corredor se concentraban figuras de cera realistas de ases y jokers destacados que se erguían solas o en grupos. Jetboy era joven y guapo, con la bufada ondeando tras él a merced de un viento imperceptible, tal vez divino, y entrecerrando los ojos ligeramente como si estuviera mirando al tenue brillo del sol. Los Cuatro Ases —Black Eagle, Brain Trust, el Enviado y Golden Boy— estaban en grupo, tres de ellos juntos y uno aislado, al que sus compañeros ases le

daban ligeramente la espalda y le giraban un tanto la cara. El Dr. Tachyon resplandecía con un atuendo que, según rezaba una tarjetita a sus pies, había donado él mismo al museo. Y había otros. Peregrine manteniendo su ardiente sensualidad incluso esculpida en cera —Jennifer tenía que reconocerlo—; Ciclón; la impresionante mole de Hiram Worchester flotando al parecer con total ligereza sobre su pedestal; Chrysalis con su carne transparente y sus órganos visibles enjaulados por su esqueleto.

La joven los observó con atención. Decidió que sería Tachyon; pasó por encima del cordón de terciopelo y se acercó a la estatua de cera. Era unos quince centímetros más alta que la figura y sus facciones de cera eran tan delicadas como las suyas. Movidita por un irresistible impulso, pasó la mano por el rico tejido de su chaleco color melocotón. Tenía un tacto agradable y suave. Casi podía creer que la tarjeta decía la verdad y que la ropa había pertenecido al mismísimo Tachyon.

Se contuvo y miró alrededor con aire culpable. La galería estaba desierta, por supuesto. Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad, alargó el brazo y metió el bolso a través del pecho de la figura de cera. Retiró la mano y dejó el bolso cómodamente alojado en el pecho de Tachyon, por lo que los dos álbumes de sellos y el misterioso volumen quedarían escondidos a buen recaudo hasta que volviera.

Ahora tenía que ponerse en contacto con Kien. Podría costarle cierto esfuerzo, no podía buscarle en la guía telefónica sin más.

Abandonó el Salón de la Fama con una última mirada celosa a la figura de Peregrine, considerando su próximo movimiento. No se dio cuenta en ningún momento del ojo que la observaba desde unas cortinas al otro extremo de la galería.



Lo peor de todo era tener que escuchar a los malditos políticos, pensó Fortunato. Había una docena de ellos en la tribuna, incluyendo al alcalde Koch y al senador Hartmann. Tachyon, el muy bastardo, ya se había ido, bien arropado por una impresionante mujer de color con el pelo trenzado. Hartmann estaba en el atril.

—Ha llegado el momento de la aceptación. El momento de la paz, como diría el poeta de la Biblia. No sólo la paz entre las naciones, sino la paz entre nosotros. El momento de mirar a nuestros corazones, humanos, jokers y ases por igual. El momento de no olvidar el pasado pero de ser capaces de mirar atrás y decir «aquí es donde he estado y no me avergüenzo». Pero mi deber está ahora en el futuro. Muchas gracias.

Un helicóptero de la policía sobrevolaba en círculos la zona. Cuando el as

negro alzó los ojos vio el caparazón de la Tortuga flotar despacio sobre el parque para volver a desaparecer de la vista.

Fortunato sabía, a grandes rasgos, dónde estaba el chico. A tan poca distancia, podía obtener una vaga imagen de lo que el chico veía y podía triangular, a partir de Hartmann, que estaba sentado al borde del escenario.

Allí. A unos quince o dieciocho metros, vestido por una vez, lo que quería decir que había acudido en forma humana y que se había quedado así. El chico estaba repantingado contra una farola, a unos buenos cinco o seis metros de una versión más mayor de sí mismo, claramente su padre.

El muchacho echó un vistazo a su alrededor, a todos los trajes y zapatos de tacón, mientras ofrecían a Hartmann un aplauso digno y mínimo. Un lado de su boca se torció en un gesto de disgusto. Fortunato sabía cómo se sentía el chaval. Quizá en alguna ocasión hubo algún sentimiento sincero en esas ceremonias, pero ahora eran un ejemplo de gente aburrida liderando a más gente aburrida. Nadie venía a escuchar discursos interesados excepto la gente a la que le hacía falta dejarse ver, los que hacían alguna clase de declaración política al aparecer; y los pocos que realmente se preocupaban. Los jóvenes deslumbrados que aún tenían ciertas ilusiones sobre el poder personal, que aún creían en una línea clara y definida entre el bien y el mal y que querían luchar por ella.

Fortunato veía el wild card como una especie de lámpara de Aladino del inconsciente. El virus reescribía el ADN para ajustarse a lo que leía en las profundidades de la mente. Si tenías mala suerte, transcribía una pesadilla y, si sobrevivías a ella, eras un joker. Pero a veces topaba con una vena de materia pura, como el amor de Arnie por los dinosaurios, los cómics y los ases. Y aunque era como una especie de broma, le dejaba vivir sus sueños en la calle.

La broma consistía en una ley de la naturaleza: la conservación de la masa. Arnie podía convertirse en cualquier dinosaurio que visualizara pero su masa seguía siendo la misma. Si era un tiranosaurio, era un tiranosaurio de noventa centímetros. No estaba mal para un niño, pero ya tenía trece o catorce años, lleno de los jugos de la adolescencia y delirios de inmortalidad.

—¡Eh! —le gritó Fortunato—. ¡Eh, Chico!

Arnie se giró para mirarle.

El brazo del chico se desprendió.

Cayó como si a los músculos les hubiera crecido un cerebro propio, y después estaba flotando por los aires y rebotando por la acera. Fortunato y el chico se quedaron plantados por un instante, sin comprender. Y entonces la sangre empezó a manar del irregular muñón de carne y el aire olió como en una carnicería.

El muchacho empezó a transformarse. Incluso sin un brazo, sus instintos eran buenos. El brazo que le quedaba se encogió y le crecieron escamas. Los muslos empezaron a ensancharse y el vientre a contraerse.

Fortunato proyectó su poder y trató de parar el tiempo. A su alrededor la gente se ralentizó, pero la sangre siguió manando al mismo ritmo del muñón del adolescente.

«El Astrónomo», pensó Fortunato. Estaba poniendo barreras entre el chico y el poder que podía salvarle.

El as intentó correr hacia él. Era como correr en una pesadilla: el aire era denso como el cemento húmedo y le drenaba la energía. El joven estaba perdiendo demasiada sangre, que estaba formando un charco alrededor de sus zapatillas deportivas, empapando los bajos de sus vaqueros. No podía finalizar la transformación. Su mano izquierda se había convertido en una enorme garra con forma de guadaña, y con ella atacaba frente a él, en vano. Su rostro aún era humano excepto por una prominente mandíbula inferior. Sus ojos pasaron frenéticamente de la rabia al miedo y luego a la impotencia.

Un pedazo de carne salió despedida de la garganta del chico. La sangre del hombro aminoró la intensidad cuando empezó a brotar del cuello.

El muchacho se desplomó. Unas piernas extrañamente articuladas y el inicio de una larga y tiesa cola impidieron que cayera del todo. Su pecho se abrió y su corazón cayó en el hormigón, temblando bajo la luz del sol, fibrilando espasmódicamente no más de un segundo antes de yacer inmóvil.

Y allí había un hombrecillo, quizá unos pocos centímetros por encima del metro y medio, de pie junto al cadáver deformado del chico. Llevaba una túnica negra que le llegaba hasta los tobillos y que estaba empapada y salpicada de sangre. Tenía una cabeza demasiado grande para su cuerpo y llevaba unas gafas gruesas. Fortunato le había visto en dos ocasiones anteriores. Una fue dentro de un templo de la francmasonería egipcia, en Jokertown, siete años atrás. Había estado observándolo todo a través de los ojos de una mujer a la que amaba, una mujer llamada Eileen que ahora estaba muerta.

La segunda vez fue cuando Fortunato había dirigido el ataque en los Cloisters. Lo que había llevado a que Aullador muriera, y a esta muerte, justo delante de él.

—Te esperaba —dijo el Astrónomo—. Empezaba a pensar que no vendrías y que tendrías que comenzar sin ti.

Su voz tenía un horrible ritmo cantarín.

Fortunato no podía acercarse a menos de seis metros de él.

—¿Por qué el chico? Por el amor de Dios, ¿por qué el chico?

—Quería que lo supieras. Ya no voy a hacer más el gilipollas. —Se olió los dedos ensangrentados—. Vais a morir todos, entre ahora y las cuatro de la mañana. Aseguraos de tener los relojes en hora.

Alzó los ojos hacia la tribuna, ojeando, como si estuviera buscando a alguien que no estaba allí. Asintió para sus adentros y sonrió.

—¿Las cuatro de la mañana? —gritó Fortunato. Se inclinó hacia el campo de



fuerza que le cerraba el paso—. ¿Por qué las cuatro de la mañana? ¿Qué ocurrirá a esa hora?

Y entonces el campo desapareció y se tambaleó hacia adelante, perdiendo el equilibrio. El Astrónomo se había ido. A su alrededor, el tiempo recuperó la velocidad. Fue incapaz de apartar la mirada cuando el padre del niño vio los mutilados restos de su hijo y empezó a gritar.



Spector vació la jarra de cerveza y ahogó un eructo. El Pozo sin Fondo, situado entre la 27 y la 28, a media manzana al oeste de Chelsea Park, estaba lo bastante lejos de la ruta turística como para evitar una aglomeración de visitantes. El local tenía una fama de violento que mantenía alejados a la mayoría de los lugareños. Sólo había otras dos personas en la barra, aunque todas las mesas estaban ocupadas. La única luz en la zona de la barra provenía de los anuncios de cerveza de neón y de la televisión. Oía tacos de billar entrechocando en el cuarto de atrás.

—¿Quieres otra? —le preguntó el camarero. Era alto, con el pelo rubio rizado y el físico de un culturista.

—Claro.

Estaba un poco mareado. Los dedos de las manos y de los pies se le estaban entumeciendo. Ya era hora. Había estado bebiendo sin parar todo el día. El Astrónomo estaba de vuelta, así que podía quedarse ahí tirado, emborracharse y ver el partido cuando fuera la hora. Con eso más o menos mataría el tiempo hasta tener que ir al Haiphong Lily.

El camarero sacó una cerveza y la dejó sobre la madera rayada y picada. Alguien había labrado «Joyce + el que lo lea» en la superficie. Spector cogió la cerveza, disfrutando del tacto del frío cristal contra su piel. Como siempre, el dolor le devoraba por dentro. Si todo iba bien esa noche, tal vez podría rematar la velada matando algunos turistas. Nunca iría a la cárcel por ello. Ésa era la belleza de su poder. Los policías le habían capturado una vez pero el caso había quedado desestimado en la vista preliminar. Nunca había pruebas físicas que demostraran que había matado a sus víctimas.

—Y ahora, para un informe especial para el Canal Nueve, el reportero Cari Thomas en directo, en la Tumba de Jetboy.

Alzó los ojos hacia el televisor.

El joven reportero negro hizo una pausa, se llevó el dedo a la oreja y asintió. La gente que estaba en la multitud, a su espalda, se acercó y agitó los brazos, tratando de entrar en el plano.

—Aquí Cari Thomas informando. Otro suceso en lo que ya es el Día Wild

Card más violento de los últimos diez años. Por lo que parece, un asesino psicópata de ases vaga por las calles. Su última víctima es un joven que tenía el poder de convertirse en un pequeño dinosaurio. No hay declaraciones oficiales de la policía que indiquen si la muerte del chico está relacionada con el asesinato de unas horas antes de Aullador. De todos modos, basándonos en los testigos presenciales, éste es el segundo ataque de este tipo cometido hoy por la misma persona. Esta mañana, en Jokertown, un hombre que se ajustaba a la descripción del sospechoso asaltó a la que esperamos haya sido sólo su primera víctima, retorciéndole la cabeza por completo. Por suerte, Fortunato intervino y curó a la víctima con sus poderes de as. Tristemente, no ha podido hacer nada para salvar al chico. Cari Thomas, noticias del Canal Nueve, en la Tumba de Jetboy.

—Mierda. —Cogió la cerveza y dio un porrazo. La espuma se extendió lentamente sobre la barra—. Tenían que ir a la puñetera televisión con esto. No podían haber mantenido la puta boca cerrada.

—... la terrible tragedia. En principio sin relación alguna, Frederico Macellaio ha muerto en un accidente de tráfico a primera hora de la tarde. Macellaio, también conocido como «el Carnicero» y con fama de ser una de las principales figuras de los bajos fondos de la ciudad, murió en la escena.

—Desde luego, hoy no es mi puñetero día —murmuró Spector.

Sacó la cartera y le hizo señas al camarero pero el hombre estaba mirando a la puerta. Spector se giró. Había tres matones plantados justo en el umbral de la puerta. Todos tenían el pelo negro cortado como Moe de *Los tres chiflados*. Las palabras «BEDTIME BOYS» blasonaban en rojo las espaldas de sus chaquetas de cuero. Todos cargaban con un patín de fibra de vidrio. El líder, con el pelo más corto que los otros dos, llevaba gafas de sol de espejo.

—Registradlos, a todos —dijo el cabecilla, soplándose las yemas de los dedos.

El taburete de Spector crujió ruidosamente cuando se giró para encararse a ellos. Le preocupaba el chico con gafas de sol: su poder no era efectivo a menos que los ojos de las víctimas fueran visibles. Con los otros dos, podría apañárselas.

—Muy considerado por tu parte que hayas guardado eso para nosotros —dijo uno de los secuaces con los ojos puestos en la cartera de Spector—. Dánoslo.

Él se metió la cartera en el bolsillo de los pantalones.

—Vete al cuerno, pedazo de basura, mientras estés a tiempo.

—Haz que se trague los dientes, Billy —ordenó el líder—. Nos ahorrará tiempo con todos los demás.

Billy hizo unos molinetes con la tabla alrededor de su cuerpo un par de veces y después la hizo girar para adoptar una posición de ataque. A Spector le recordó a los luchadores chinos que había visto en las películas de kung-fu. Era evidente que esos tíos sabían lo que se hacían. Tendría que quitárselos de encima bien rápido. Miró a los ojos de Billy. La muerte de Spector fluyó hacia él y cayó de morros en el mostrador de la barra.

—Mierda, cógele, Romeo.

El pequeño matón aún estaba dirigiendo el tráfico.

Romeo miró el cuerpo de Billy, luego a Spector. Error. Cinco segundos después estaba muerto en el suelo.

Spector percibió un movimiento y alzó el brazo, buscando la Ingram con la otra mano. El patín se estampó contra su antebrazo, sacudiéndolo con suficiente fuerza para hacerlo bajar y que el arma saliera volando, rebotara contra una mesa y cayera en el suelo. La pistola estaba a varios metros de distancia. El matón dejó su patín y la recogió. Le apuntó al pecho y sonrió. Una bola de billar le dio en la cabeza cuando apretaba el gatillo.

Spector rodó por el suelo mientras las balas atravesaban la mesa y el suelo. Notó cómo algunas astillas le atravesaban la ropa y se le clavaban en la carne. Se arrastró hasta el Bedtime Boy que quedaba. El chico se incorporó y sacudió la cabeza. Ya no llevaba las gafas de sol.

—Adiós —dijo Spector.

El gamberro le miró a los ojos y ahogó un grito, luego se desplomó. Spector agarró la Ingram, se la enfundó y se puso en pie. El camarero estaba mirándole, asustado pero molesto. Nadie hablaba.

—Hay gente que no tiene ningún tipo de modales. Estos chicos ahora duermen para siempre. Les está bien empleado —dijo frotándose el brazo.

El camarero gesticuló tentativamente, hacia la puerta.

—No te preocupes, ya me voy.

—Eh, tío duro. Devuélvenos la bola de billar. —Un hombre bajo y fornido con una camiseta blanca señaló a los pies de Spector. Recogió la bola y se la tiró.

—Buen tiro.

El camarero tosió.

Spector salió a la soleada calle, toqueteando el interior de la camisa para quitarse las astillas. La pelea con los gamberros *skaters* le había hecho olvidar al Astrónomo por un momento. Aspiró con los dientes apretados. Con el Carnicero muerto, el trabajo posiblemente quedaba anulado. No obstante, no estaría de más confirmarlo. Sacó un cuarto de dólar del bolsillo de los pantalones.

Encontró una cabina algo más abajo del Pozo sin Fondo. Nadie contestó en el Dime Museum, de modo que llamó al Dragón Retorcido y preguntó por Danny Mao.

Tras esperar unos pocos segundos, un joven oriental se puso al teléfono.

—Danny Mao. ¿Quién es? —La voz era suave y tranquila, con apenas un leve acento.

—Me llamo Spector. Nací en el año del caballo de fuego. Necesito ponerme en contacto con uno de los suyos.

Un tipo con acento de Boston, áspero y receloso.

Hubo una breve pausa.

—Señor Spector, no le conozco. ¿Quién le dio mi número?

—Un joker llamado Eye. Mire, contactaron conmigo esta mañana por un trabajo. Las cosas han cambiado, tengo que averiguar qué quiere que haga. ¿Puede ayudarme o no?

—Es posible, pero es un hombre muy ocupado, en especial hoy. Tal vez puedo conseguir que se ponga en contacto con usted más tarde.

—Bien, llevaré los cuadernos a otro.

Supuso que la mentira llamaría la atención de Mao.

—Ah, ya veo. ¿Dónde está?

Mao había picado del todo. Los cuadernos debían de ser incluso más importantes de lo que había supuesto en un principio.

—Limítese a darme el número o me aseguraré de que se corra la voz de que retrasó la entrega de estas cositas.

—Llame al 555—4303, es una línea privada. Será mejor que no nos haga perder el tiempo...

Colgó dejando a Mao a media frase. Una atractiva pareja estaba detrás de él, evidentemente esperando para utilizar el teléfono. Se quedó mirando a la mujer, se agarró la entrepierna y se relamió los labios. Se alejaron a toda prisa. Metió otro cuarto en la ranura y marcó el número.

Respondieron al primer tono.

—Latham.

Era la persona que le había llamado esa misma mañana, no había duda. El único Latham que conocía era un abogado de peces gordos.

—Soy Spector. ¿Ha oído las noticias sobre el Carnicero?

—Por supuesto. Su muerte altera varias cosas. —Latham no pareció sorprendido al saber de él. Se oyó el sonido de unos dedos tecleando.

—Así que queda todo cancelado, ¿no?

—Déjeme ver. Creo que sería mejor que cenara en el Haiphong Lily de todos modos. La familia Gambione es extremadamente vulnerable ahora mismo. No creo que pudieran soportar la pérdida de más líderes, destruiría a la familia por completo.

—O sea, que quiere que mate a tantos miembros veteranos como sea posible, ¿verdad? —Miró alrededor para asegurarse de que nadie le oía.

—Sí. Podríamos establecer una prima en función de cuántos sea capaz de neutralizar.

—Bien. Eye dijo que me la daría si solventaba todo esto sin problemas, ¿es así?

—Estoy seguro de que así es. Por cierto, ¿quién le he dado mi número privado?

—Un matón muy educado llamado Mao. —Esperaba que al chaval le metieran brotes de bambú bajo las uñas.

—Entiendo. Gracias, señor Spector, estaremos en contacto. Buena caza.

Colgó el teléfono. El cuarto de dólar cayó en la caja del cambio. Miró calle arriba y calle abajo; si el Astrónomo le cogía no habría ninguna prima. No habría ni siquiera un mañana.



De nuevo en la calle, Jennifer hizo balance de su situación: apenas llevaba ropa, no tenía zapatos y había gastado sus últimos peniques en el taxi que le había traído de vuelta a Manhattan. ¿Qué debía hacer ahora?

No obstante, antes de que pudiera tomar una decisión, las circunstancias decidieron por ella.

Salieron de la nada. Dos hombres emergieron entre los peatones que pululaban alrededor, la cogieron cada uno de un brazo y la empujaron por la calle.

—Como abras la boca, morirás —le susurró uno, y se tragó el instintivo grito que brotaba de su garganta. Cruzaron la calle y entraron en un pequeño parque, al otro lado del Dime Museum. Allí había otros tres jokers esperando. Uno de ellos era el reptiliano que había visto por primera vez en el dúplex de Kien.

—Losss librosss —siseó, acercándose a Jennifer—, ¿dónde esstán?

Se apartó dando un respingo de la lengua bífida que salía de su boca.

—No los llevo encima.

—Ya lo veo —observó sin pestañear su figura, ataviada con un simple biquini—. ¿Dónde esssssssstán?

—Si te lo dijera, no me necesitarías.

El joker reptiliano sonrió y la saliva le goteó de los largos incisivos superiores que le sobresalían de la mandíbula. Se acercó y su lengua se agitó acariciando el rostro de Jennifer. Ella se estremeció y retrocedió ante su tacto cálido y húmedo. El otro se inclinó y la lengua bajó por su garganta, entre sus pechos, y luego subió otra vez y recorrió sus brazos desnudos. Raspó sensualmente su antebrazo y Jennifer tembló, en parte asustada, en parte complacida. El hombre que la agarraba del brazo derecho le sujetó con fuerza por la muñeca y el joker le lamó la palma antes de que pudiera cerrar la mano. La lengua se entretuvo en su mano, después el joker se incorporó y le metió la lengua en la boca.

—De todoss modossss ya no te necessssitamosss —siseó—. Tienesss el misssmo sssabor que el alienígena, Tachyon. —Entrecerró los ojos—. ¿Por qué le hasss dado el libro?

«La tarjeta no mentía», pensó Jennifer. El traje había pertenecido a Tachyon y aquel joker, de algún modo, había captado su aroma. No podía negar su acusación pero tampoco quería decirles que había metido los libros en la estatua.

Se le tenía que ocurrir una buena historia, pero no se le daba muy bien mentir.

—Ehm...

—Habla.

Los dedos del joker tenían uñas duras y afiladas. Recorrieron la piel desnuda del pecho de la chica, no tan fuerte como para hacerle sangre, pero sí para dejar marcas rojas a su paso.

—Ehm...

Los árboles que había detrás estallaron. Estallaron por completo, cubriéndoles de una lluvia de hojas y trozos de ramas. Las ondas expansivas de la explosión tiraron al suelo a la joven y a los hombres que la retenían. Uno de ellos le soltó el brazo y ella le dio tres rodillazos al otro. No estaba segura de si le había dado en el vientre o en la entrepierna pero, fuera lo que fuera, estaba lo bastante blando como para hacerle gritar y que la soltara. Rodó, apartándose, y miró frenética a su alrededor, igual que los matones.

—¡Allí!

Uno de ellos señaló al otro lado de la calle. Un hombre les devolvió la mirada. Sus facciones estaban ocultas por una capucha. Era de estatura media y tenía un físico bastante atractivo. No había nada en él que destacara, salvo el arco que empuñaba. Era una pieza de alta tecnología con extrañas curvas y múltiples cuerdas y una especie de pequeñas poleas unidas a él. Estaba enrocando tranquilamente otra flecha mientras la gente del mismo lado de la calle que él también se había dado cuenta de su presencia y había empezado a correr como una bandada de gallinas asustadas.

El reptiloide pareció reconocerle. Siseó con odio mientras el hombre levantaba el arco, pero un bus que pasaba por la calle le tapó de repente el objetivo.

Los matones se estaban dispersando y Jennifer consideró que era un momento propicio para esfumarse ella también. Se adentró corriendo en el parque, dando gracias a su buena estrella por la intervención del desconocido.

¿Cómo encajaba él en todo esto? ¿Qué es lo que quería? Se preguntó si sería el trastornado Vigilante del Arco y las Flechas del que los periódicos habían estado hablando sin parar en los últimos meses. Tenía que ser él. Nueva York era un sitio raro pero dudaba mucho que hubiera dos personas yendo por ahí disparando con arco y flechas.

Se dio cuenta de algo más mientras atravesaba un bosquecillo, haciendo una mueca cuando pisó una piedra afilada; le había visto antes. Aunque ahora llevaba una capucha, le reconoció por su atuendo y por su constitución: era el hombre que se había acercado a ella en las gradas del Ebbets Field.

¿Por qué la seguía? ¿Qué quería?



## Capítulo nueve

---

14.00 horas

No fue hasta las dos cuando Bagabond pudo volver a la oficina de Rosemary. Tanto las calles como los metros estaban abarrotados de jueguistas enmascarados y maquillados. En una ocasión vio el hocico de un caimán entre la multitud pero al girarse hacia él se dio cuenta de que era de papel maché, no Jack. Aquello le había provocado una profunda perturbación. Ella siempre había sentido lástima de sí misma por los cambios que el virus había causado en su vida. Jack y sus transformaciones, a menudo incontrolables, le mostraron que existían peores destinos que experimentar las muertes, los nacimientos y el dolor de todas las criaturas salvajes de la ciudad.

Se apoyó contra la pared y consideró los horribles sinos de los jokers, incapaces de esconderse a causa de deformidades demasiado espantosas o potencialmente mortales para ocultarlas, atrapados en la soledad más absoluta de sus cuerpos traicioneros. Tembló violentamente, cerró los ojos por un momento y proyectó su mente hacia el gato negro y la tricolor, sus más viejos compañeros. Estaban a salvo. Aquella idea le proporcionó cierta calidez.

Un ligero tirón la alertó. Alargó la mano hasta su monedero de tela de camuflaje mientras enviaba una ola de odio y advertencia al hombre que intentaba arrebatarle el bolso. Sorprendido ante su reacción y desorientado por la extraña sensación mental, el ladrón, que llevaba una máscara emulando a un joker con tentáculos, retrocedió perdiéndose entre la multitud. Raras veces intentaba usar su habilidad con humanos; nunca estaba segura de cuál sería su efecto, si es que había alguno. Todavía incómoda con sus zapatos de tacón, se apartó de la pared y se adentró en el creciente flujo de la gente mientras juntos se dirigían hacia la Tumba de Jetboy y el Centro de Justicia.

Cuando llegó al Centro de Justicia, la mayoría de la gente se había desviado hacia Jokertown, la Tumba de Jetboy o Chinatown. Bagabond se dirigió al edificio de la fiscalía del distrito. Se sentía más insegura con su traje de chaqueta formal, su disfraz, que con harapos, y le resultaba más difícil andar con seguridad y la cabeza en alto. Al llegar a la planta de Rosemary se percató de que Paul



Goldberg ya no estaba a cargo del teléfono. Saludó con la cabeza al recepcionista actual y una vez más se encaminó al despacho de su amiga. Mientras lo hacía, Goldberg salió de un despacho adyacente, con los brazos llenos de volúmenes de jurisprudencia, y casi chocó con ella.

—¡Dios, lo siento! —Goldberg hizo malabares con los libros, tratando de que no le cayeran y lo consiguió con todos excepto el de más arriba, que Bagabond atrapó con cuidado.

—Gracias, ¿estás bien?

—Muy bien. Veo que te has librado de las llamadas. —Bagabond colocó con delicadeza el libro en lo alto del montón, bajo la barbilla de Goldberg.

—¿Viste mi gran representación? —Goldberg sonrió y después adoptó una expresión desconcertada—. No puedo creer que no recuerde haberte visto.

—Estabas distraído. ¿Está la señorita Muldoon? —Señaló con la mano el despacho de Rosemary.

—Si esta mañana te ha parecido que la cosa estaba distraída, te encantará la tarde. Esto es un caos. —Inclinó los libros ligeramente a la derecha—. Bueno, si tienes ocasión, despídete antes de irte. Serás un soplo de cordura.

—Veremos. —Alargó la mano y sujetó el volumen de arriba.

—¡Goldberg! ¿Dónde están esos malditos archivos?

La áspera voz incorpórea estaba claramente impaciente.

—Nunca jamás hay que hacer esperar a la señora Chávez. —Atrapó el primer volumen con su barbilla y comenzó a trotar por el pasillo—. Hasta luego, espero.

Bagabond se giró para ver cómo marchaba. Al volverse de nuevo hacia el despacho de Rosemary, la vio apoyada contra el marco de la puerta, sonriendo.

—¿Haciendo una conquista, señorita Melotti? —Le hizo un gesto para que entrara en su despacho.

Bagabond sacudió la cabeza al darse cuenta, con disgusto, de que se estaba ruborizando.

—Aja, ¿y ese atuendo? —Rosemary cerró la puerta tras ella—. Siéntate.

—Negocios.

Bagabond se sentó y se quitó los zapatos con un suspiro inaudible.

—¿Eso quiere decir «mejor que no quieras saberlo»? —Rosemary recibió una mera mirada insulsa de la mendiga. Continuó—. El Carnicero ha muerto, en un accidente de tráfico. No puedo decir que esté tremendamente afligida, pero no me trago la teoría del accidente. ¿Tú sabes algo? Sucedió en Central Park poco después de las doce. —Rosemary se sentó en el borde del escritorio y se echó para atrás, estirando el cuello y arqueando la espalda—. Como experta local en las familias, todo el mundo me está preguntando. Esperaba que una ardilla o un gato hubieran visto algo.

—Lo siento, su memoria es demasiado corta para... —Bagabond reprimió un

grito y espetó:

—¡Jack!

Su cuerpo se convulsionó.

—Suzanne, ¿qué te pasa? ¿Llamo a un médico?

Rosemary la agarró de la mano, sólo para ser apartada bruscamente. Bagabond vio el extremo de su hocico, un brillante destello de fuego; vio una mano que sostenía un paquete de libros pequeños envueltos en plástico transparente, otra mano agitando la pistola; otro fogonazo...



A Fortunato seguía pareciéndole que tenía dieciséis años pero evidentemente era lo bastante mayor como para servir bebidas. Llevaba tejanos, zapatillas y una camiseta debajo del delantal, y su cabello castaño rojizo estaba recogido en un nido desordenado en lo alto de la cabeza. Tenía un montón de platos alineados en un brazo y un turista gordo agarrándola del otro. El hombre le estaba gritando por alguna razón y ella estaba empezando a sudar.

Su sudor era todo un acontecimiento. El agua empezó a condensarse del aire que la envolvía. El visitante alzó los ojos, intentando descubrir cómo podía ser que estuviera lloviendo en un sitio cerrado.

—Jane —dijo Fortunato con calma.

Se giró de golpe, con los ojos tan abiertos como los de una gacela.

—¡Tú! —dijo, y los platos se le cayeron al suelo.

—Relájate, por el amor de Dios.

Se retiró el cabello de la frente.

—No te puedes imaginar el día que he tenido.

—Sí que puedo, sí —dijo Fortunato—. No hagas preguntas, sólo ven conmigo, ahora. Olvidate de tu bolso, de tu chaqueta o lo que sea.

Como era de esperar, no le gustó la idea. Le miró durante un par de segundos. Debí de ver algo, la urgencia de su mirada.

—Ehm..., vale. Pero será mejor que sea algo importante. Si se trata de alguna artimaña, no me va hacer ninguna gracia.

—Es una cuestión de vida o muerte. Literalmente.

Ella asintió e hizo una bola con el delantal.

—Vale, pues. —Tiró el delantal encima del montón de platos rotos—. De todos modos, este trabajo era una auténtica mierda.

El hombre gordo se puso en pie.

—¡Eh! ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Eres su chulo o qué, colega?

Fortunato ni siquiera tuvo ocasión de reaccionar. La chica le lanzó al turista una mirada de puro odio y la ligera llovizna que le envolvía se convirtió en un

repentino torrente de cinco segundos que le dejó calado hasta los huesos.

—Vámonos de aquí —le dijo Water Lily.



—Dios santo, ¿y cuántas veces te han robado? —exclamó mientras sus ojos vagaban por la inmaculada sala de estar con mullida alfombra blanca, estores granales, un piano blanco de media cola y un sofá modular bermellón.

—Demasiadas. Deseo de veras que los humanos tengáis la sensatez de legalizar los narcóticos. Eso haría la vida mucho más fácil para mucha gente.

—Algunos humanos también lo deseamos. Serían unos cultivos la mar de rentables para las naciones en desarrollo —respondió, volviéndose para acariciar los pétalos de un elaborado ramo de gardenias y orquídeas que reposaba sobre la mesita de café de cristal. El aire acondicionado castañeteaba, vertiendo aire frío en la sala, haciéndola un punto menos que comfortable.

Las gardenias exhalaban su fragancia en la estancia y se mezclaba con el aroma del café, que aún permanecía desde la mañana, y el olor acre del incienso. El resto de la mesa estaba despejado excepto por un gran libro de fotografía: *Those Girls in Love With Horses*, de Robert Vavra. Roulette colocó el libro en su regazo y lo hojeó.

—¿Y tú a quién amas? ¿A las chicas o a los caballos?

—¿Tú qué crees?

Tachyon respondió con una sonrisa traviesa. Estaba escuchando los mensajes del contestador, la mayoría de los cuales al parecer eran de mujeres. Cuando acabó el último apagó la máquina y desconectó el teléfono.

—Para que podamos tener al menos unas pocas horas de privacidad.

Ella se sintió incapaz de enfrentarse al apetito que había en su mirada y bajó los ojos hacia el libro.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

La tensión llenaba la sala, formando líneas casi palpables entre ellos. Desasosegada, la mujer se levantó y vagó por la habitación. Dos de las paredes estaban cubiertas por estanterías que llegaban hasta el techo y que contenían obras en distintos lenguajes y, en un recoveco formado por un saliente de la pared y flanqueado por dos ventanas, había lo que sólo podía describirse como un altar. Una mesita baja cubierta por una tela gris bordada sobre la que se había dispuesto un sencillo pero sumamente hermoso arreglo floral, una única vela, un pequeño cuchillo y un tarro de semillas hopi que contenía un largo y fino palito de incienso.

—¿Esto es...?

—¿Un lugar de culto? —dijo girándose desde la pequeña cocina donde se estaba sirviendo una bebida—. Sí. Es por todo ese asunto de los ancestros del que te he hablado.

Aquello abrió todo un conjunto de recuerdos perturbadores: cantando en el coro en la iglesia metodista, en su hogar; su madre ensayando la parte de los ángeles para la exhibición navideña, moviendo la cabeza enérgicamente mientras aporreaba la melodía en el viejo piano y las voces de los niños como agudos grillos llenando la casa; estar asustada por un sermón pronunciado por un misionero visitante y aferrarse a su padre en busca de consuelo.

Se lanzó al piano, sentándose en la banqueta acolchada. Sobre él yacía un violín, cuyas suaves curvas doradas reflejaban con suavidad la luz de un par de focos. Y, por primera vez, encontró algo de desorden en aquella habitación perfecta: un revoltijo de partituras y hojas de música que se extendían por el atril. Roulette frunció el ceño y se inclinó, estudiando la notación escrita a mano de una de las hojas. Las notas parecían estar en posiciones familiares pero había notaciones extrañas en las claves. La tapa del piano cayó con un ruido sordo y ejecutó la pieza de música.

Fue muy consciente del momento en que Tachyon apareció tras ella, pues la sensación de hormigueante magnetismo se incrementó y el delicado aroma que le acompañaba la envolvió. El hielo tintineó en el vaso cuando intentó aplaudir.

—Bravo, eres bastante buena.

—Debería serlo, mi madre era profesora de música.

—¿Dónde?

—En una escuela pública de Philadelphia.

Se produjo un breve silencio y luego el taquisiano preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

—Muy mozartiano.

Una diminuta arruga apareció entre las cejas enarcadas de Tachyon y cerró los ojos, con aire dolorido.

—Vaya golpe.

—¿Disculpa?

—A ningún artista le gusta que le digan que es poco original.

—Ah, lo siento...

Alzó una de sus pequeñas manos y sonrió.

—Incluso cuando sabe que es verdad.

Ella se dio la vuelta, giró las páginas y siguió con la segunda.

—Original o no, es bonito.

—Gracias, me alegra que mi pequeño esfuerzo te guste, pero toquemos una verdadera obra maestra. Son tan pocas las ocasiones en que encuentro alguien con quien pueda... —se detuvo y le lanzó una mirada llena de picardía— tocar.

Hojeó en un momento las numerosas partituras y sacó la sonata para violín y

piano en fa mayor de Beethoven, la sonata primavera.

Ella le observó abstraída, contemplando cómo sus manos, pequeñas y elegantes, acariciaban la superficie pulida del violín, tensando una cuerda aquí, arrancando una nota trémula allá.

—¿Qué prefieres? —preguntó ella, señalando el piano y el violín.

—No puedo elegir. Me inclino claramente por éste. —Otra caricia a la madera del violín—. Porque me mantuvo al borde de la cuneta y no dentro de ella durante muchos años.

—¿Cómo?

—Es una vieja historia. ¿Tocamos?

Un la flotó tembloroso en la habitación acompañado por un fluctuante tono de violín.

—Dios mío, ¿qué es, un Stradivarius?

—Ya me gustaría. No, es un Nagy vary.

—Ah, ese químico de Texas que cree que ha descubierto el secreto de la escuela de Cremona.

El violín se le cayó de la barbilla y le sonrió.

—Eres una delicia. ¿Hay algo de lo que no estés informada?

—Diría que de miles de cosas —contestó con sequedad.

Los labios de él se posaron en la comisura de su boca y bajaron por su cuello, resoplando dulce y cálidamente sobre su piel.

—¿Tocamos? —Se dio cuenta del tono de vergüenza e ira que había en su propia voz.

Empezaron perfectamente al unísono. El violín interpretó la primera nota para después deslizarse hacia una elegante ornamentación. Ella se hizo eco de la frase y el tiempo se detuvo y la realidad se desvaneció.

Veinte minutos de perfecta armonía y elegante genialidad. Veinte minutos sin una sola palabra, ni pensamiento ni preocupación. Un momento perfecto. Tachyon estaba traspuesto: los ojos cerrados, las pestañas rozando sus altos pómulos, el cabello pelirrojo metálico cayendo en rizos sobre el violín, la felicidad en su estilizada cara.

Roulette dejó reposar sus manos en el regazo y bajó los ojos al teclado mientras Tachyon, que también permanecía en silencio, colocó el violín en su caja. Poco después, las manos del doctor rozaron sus hombros, posándose en ellos como pájaros nerviosos, como si le diera miedo quedarse allí.

—Roulette, haces que sienta... bueno, algo que no había sentido en muchos, muchos años. Me alegro mucho de haber pasado hoy por la calle Henry. Quizá había incluso una razón para ello.

Ella le observó con bastante desinterés mientras entrelazaba los dedos, apretándolos hasta que empalidecieron por la tensión.

—Ya estás buscando un significado.

—Pensaba que tu advertencia se limitaba a la búsqueda de consuelo.

—Bueno, añade también el significado.

Alzó una esquina de la capa de insensibilidad con la que había cubierto sus emociones y halló pánico, palpitando al compás de los latidos de su corazón, cada vez más acelerados. Tentó su alma y encontró una herida sangrante. Miedo, odio, culpa, arrepentimiento, desesperanza.

Le culpó a él.

—Vamos a la cama.

Y se sorprendió de la inexpresividad de unas palabras que enmascaraban tanta angustia.



Habría sido más rápido atravesar la ciudad bajo tierra. Jack había bajado con estrépito los escalones de la estación de la calle 4 Oeste. Un nivel, dos niveles, tres. Poca gente bajaba hasta el cuarto nivel, a excepción de los trabajadores de mantenimiento. Atravesó una anodina puerta de acero y entró en un túnel de acceso privado para los de mantenimiento. En sus pequeñas jaulas, las tenues luces de seguridad emitían un frágil resplandor amarillo, proyectando isletas de luz a lo largo del pasaje. Jack avanzó arrastrando los zapatos por el suelo.

Era vivificante poder caminar sin tener que cruzarse con un sinfín de peatones. Miró su reloj de pulsera y después lo volvió a mirar, incrédulo. Sólo pasaban unos minutos de las dos. Tenía la sensación de haber estado buscando a Cordelia por la ciudad durante varios días. Más concretamente: había perdido la noción del tiempo. Se preguntó si estaría malgastando el tiempo. Quizá debería llamar a Rosemary, consultar a Bagabond, telefonear a la policía, lo que fuera... Debería haber estado vigilando en vez de pensar.

Al doblar una pronunciada curva del túnel y chocar con alguien que venía de la otra dirección a la carrera, al principio tuvo tan sólo una brevísima impresión de una figura oscura. Entrevió un enorme ojo centrado en su rostro, un monóculo centelleando en la penumbra...

—¡Hijo de puta! —dijo el otro, alzando una mano hacia Jack. Una llamarada roja surgió del puño, una arrolladora ola de doloroso sonido impactó contra los oídos de Jack y oyó que algo zumbaba al pasar junto a su cabeza, impactando contra el muro de hormigón del corredor. Unas esquirlas de cemento le salpicaron la cara, pero no hubo dolor.

—¡Eh! —gritó Jack. Se dejó caer en el suelo del túnel y las epinefrinas se apoderaron de él. Ahora todo era instintivo. Toda la tensión acumulada a lo largo de aquel agotador día, la frustración de la búsqueda y el intermitente deseo de

matar algo afloraron de súbito en una masa crítica. Además estaba hambriento. Muy hambriento.

—¡Cabrón! ¡Aléjate de mí! ¡Vas a morir! —La figura oscura bajó la pistola. Otro disparo. Jack vio las chispas en el lugar donde la bala impactó, en un poste de acero.

—¿Qué diablos haces? —gritó Jack—. ¡Aaaaaaaaah! —dijo el cerebro de reptil, inundado de hormonas desatadas. Notó que su cuerpo se alargaba, la cola vestigial se extendía y crecía, las ropas se desagarraban y el hocico brotaba ante sus ojos. Las hileras de dientes surgieron más rápido que si los hubiera plantado Cadmo.

Escarbó con las garras, tratando de afianzarse en el suelo de tierra pisada. Siseó con ansiedad.

«Hambre», pensó. También había ira. Pero, sobre todo, hambre.

El hombre de la pistola retrocedió hasta el ángulo del recodo. Tenía algo brillante en la otra mano. Contempló incrédulo al caimán.

—¡Vete de una puta vez!

El caimán abrió las mandíbulas de par en par y se abalanzó hacia adelante. Un breve trueno se desencadenó cuando la pistola centelleó y una bala rozó la impenetrable piel de la criatura por encima de una de sus patas delanteras. Las fauces se cerraron de golpe con una fuerza increíble mientras el hombre gritaba y alargaba las manos en un intento desesperado de defenderse de la bestia. El arma salió despedida y se perdió en la oscuridad. El paquete envuelto en plástico fue a parar a la boca del caimán; junto con la mano que lo sostenía; y un trozo del brazo, el hombro y la cara del hombre. Sus gorgoteantes gritos cesaron en cuestión de segundos.

El cristal se rompió en mil pedazos y el monóculo salió volando para acabar estrellándose contra la pared del túnel.

El caimán apartó a tirones la mandíbula de los restos del cadáver. No había nada que masticar. La comida bajó por la garganta, donde las poderosas enzimas se ocuparían de saciar su hambre. Abrió sus fauces de nuevo para rugir desafiante. Nada ni nadie le respondió. El caimán movió la cabeza con pesadez de un lado a otro del corredor. En algún punto, en las profundidades, recordó que la comida no era su única prioridad hoy.

Avanzó en la oscuridad. Tenía algo que hacer.



—¿Un taxi? —dijo Water Lily—. Pensaba que teníamos prisa.

—Ya nos sirve —dijo Fortunato—. No queremos movimientos que llamen la atención. Hoy no.

El vehículo se detuvo y entraron en él.

—Al Empire State Building —pidió al conductor. Se recostó en el asiento—. No hace falta que nos convirtamos en blancos fáciles.

—Se trata del Astrónomo, ¿no?

—Acaba de matar a Chico Dinosaurio. Lo ha hecho pedazos. Habría matado a Deceso también, pero es más duro de lo que pensábamos. Es probable que hayas oído lo de Aullador. Pues es...

Paró en seco. Jane había dejado de escucharle en algún punto.

—¿Chico Dinosaurio?

Fortunato asintió.

—Dios mío. —Miró hacia adelante. El agua (y no las lágrimas) perló sus mejillas. El as negro no sabía decir si iba a llorar de verdad o empezar a destrozar la tapicería del taxi.

Por fin, dijo:

—Está bien. —Las palabras apenas surgieron, estranguladas. Volvió a intentarlo—. Está bien. Cuenta conmigo. ¿Por dónde empezamos?

«Esto no va bien», pensó Fortunato. «No va a mostrarse débil e indefensa contigo. Se ha endurecido demasiado para eso. ¿Qué hacer cuando no quieren tu protección?»

—Ehm —dijo—, ¿qué te parece hacer de guardaespaldas?

—¿Qué? ¿Hablas en serio? ¿De quién?

—Estaba pensando en Hiram Worchester.

—Ah, ¿a ese tío gordo?

—Identificó las monedas del Astrónomo. Puede que también esté en peligro.

—Oh, está bien —dijo—. Por ahora.



Un establecimiento tan famoso y exclusivo como el Aces High atraía su parte de problemas y hacía tiempo que Hiram se había resignado a la desafortunada necesidad de tener servicio de seguridad, pero insistió en que fuera discreto. Los hombres (y mujeres) de Peter Chou eran rápidos, eficientes, altamente capaces y muy discretos. Cuando se trataba de ocuparse de borrachos, atracadores y asaltantes no había nadie mejor. Pero el Astrónomo era más de lo que sabían y podían manejar.

Modular Man era más o menos tan discreto como un joker en Idaho. El androide tenía cierta belleza, propia de un modelo, aunque sus facciones prefabricadas carecían de líneas de expresión o pelo. Llevaba un gorro para esconder la cúpula de radar que coronaba su cabeza. Dos disparadores de granadas idénticos estaban engastados en sendos pivotes rotatorios insertos en la



carne sintética de los hombros.

Los módulos de los hombros se desplegaban solos y normalmente Hiram insistía en que Modular Man revisara su armamento en la puerta. Pero hoy no era día para comportarse con normalidad. Cuando el androide aterrizó en la terraza y lo hizo pasar a su despacho, Hiram le preguntó directamente con qué clase de armamento estaba equipado.

—El módulo izquierdo dispara bombas lacrimógenas y el derecho está cargado con bombas de humo —le explicó Modular Man—. El humo no afectará a mi radar, por supuesto, pero cegará a cualquier adversario potencial. El gas lacrimógeno...

—Ya sé lo que hace el gas lacrimógeno —dijo Hiram con sequedad—. Tu creador da por sentado que el Astrónomo tiene que respirar. Esperemos que tenga razón.

—Podría cambiar el lanzagranadas por un cañón perforante de 20mm —dijo despreocupadamente.

Hiram ahogó una exclamación.

—Si te atreves siquiera a pensar en disparar un cañón dentro de mi restaurante, no volverás a poner jamás el pie en él.

—Es más bien una ametralladora grande, en realidad.

—Da igual —dijo con firmeza.

—¿Te gustaría que patrullara el perímetro?

—Me gustaría que te sentaras en la punta de la barra y no te entrometieras. Todavía hay muchísimo trabajo que hacer. Los invitados empezarán a llegar sobre las siete para empezar con los cócteles.

—Si ha de pasar algo, debería suceder mucho antes.

Escoltó al autómatas hasta la barra y le dejó en compañía de una botella de whisky de malta. De camino a su despacho, Curtis se le acercó.

—Las langostas fueron lo único que se molestaron en destruir —informó—. Algunos empleados de Gills están limpiando los destrozos. Los que no huyeron. Lo han llevado a la clínica de Jokertown.

—Averigua quién está al mando y diles que quiero el atún —dijo Hiram—. Todo el que tengan. Haremos atún ennegrecido en vez de langosta.

—A Paul no le hará ninguna gracia —dijo Curtis.

Hiram se paró en la puerta del despacho.

—Deja que grite. Después, deja que cocine. Si se niega, lo haré yo mismo. Conozco la cocina cajún —se detuvo, pensativo—. El caimán tiene un gusto interesante. No creo que Gills tenga... No, eso sería demasiado pedir. Ah, y ofrece un precio de primera por ese atún. Si no hubiera interferido esta mañana, nada de esto habrá ocurrido.

—No debes culparte —dijo Curtis.

—¿Por qué? —preguntó Hiram. Resopló—. Recuerdo cuando me

diagnosticaron por primera vez, en 1971. Después de que Tachyon me asegurara que no iba a morir y que, en cambio, había sido dotado con poderes extraordinarios, decidí que usaría esos poderes para el bien común. Es absurdo, lo sé, pero era el aire de los tiempos. Te digo, Curtis, que el heroísmo es una carrera absurda, aunque ni la mitad de absurda que la pinta que tenía con mi traje. — Hizo una pausa, pensativo, y se quitó una pelusa del chaleco—. Estaba muy bien confeccionado pero era absurdo, de todos modos. Al fin y al cabo, mi físico era distintivo, enmascarado o no, y mi experimento en las aventuras semiprofesionales acabó fracasando cuando un cronista de sociedad adivinó mi identidad. No soy un hombre modesto, Curtis, en la comida es en lo que soy mejor. Gills no estaría tan mal si lo hubiera tenido en mente esta mañana.

Se alejó antes de que Curtis pudiera responderle y cerró la puerta del despacho tras de sí.

Su comida aguardaba en el escritorio: tres gruesas chuletas de cerdo braseadas con cebolla y albahaca, una ensalada de pasta, brócoli al vapor con queso rallado y un trozo de la famosa tarta de queso del Aces High. Se sentó y lo contempló.

Un periódico yacía junto a la comida intacta. El *Daily News* ya había sacado una edición extra y Anthony había traído una copia junto con su esmoquin. La fotografía de la portada del tabloide había sido tomada en la Tumba de Jetboy por algún aficionado. Hiram supuso que era una gran imagen para ilustrar una noticia, pero apenas sí podía mirarla.

Se descubrió apartando los ojos del cuerpo mutilado de Chico Dinosaurio y contemplando los rostros que estaban al fondo. Sus emociones eran fáciles de interpretar: horror, histeria, angustia, conmoción. Algunos simplemente parecían confundidos; otros observaban con fascinación malsana. En la esquina de la derecha había una rubia guapa de no más de dieciocho años, riendo, sin duda divertida por alguna chanza del chico a cuyo brazo se aferraba, ajena hasta ahora del horror que había a pocos metros de distancia. ¿Cómo se sintió cuando miró a su alrededor con la sonrisa aún en los labios? ¿Cómo se sentiría cuando viera esa fotografía, su risa congelada para la eternidad?

Se le estaba enfriando la carne pero no tenía apetito. Chico Dinosaurio había sido una molestia constante para el propietario del Aces High. Recordó una cálida noche de verano en la que un pteranodon se había precipitado por las puertas abiertas de la terraza y revoloteado entre los comensales. Se derramaron las bebidas, los platos cayeron, el carrito de postres volcó y media docena de clientes indignados se fueron sin pagar la cuenta. Hiram había puesto fin al incidente haciendo que la criatura pesara demasiado para mantenerse en el aire y soltándole una reprimenda en términos muy claros. A todos los efectos, el chico se había acobardado durante casi una semana.

Cuando sonó el teléfono, lo cogió de inmediato.

—¿Qué? —respondió con brusquedad. No estaba de humor para hablar.

—Soy yo, Hiram —dijo Jay Ackroyd. Casi se había olvidado del detective.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En estos momentos estoy en una cabina telefónica junto al servicio de caballeros del Palacio de Cristal y me está mirando un joker que parece un cruce entre un chulo y un tigre dientes de sable. Creo que quiere usar el teléfono, así que iré al grano. Chrysalis sabe algo.

—Chrysalis sabe un montón de cosas.

—Ya lo creo que sí —contestó Ackroyd—. Tu amigo Bludgeon no es independiente. Él y toda su estafa son parte de algo, algo mucho mayor. Chrysalis sabe quién y qué pero el precio que mencionó está totalmente fuera de mi presupuesto. Puede que no del tuyo, no obstante. Te la voy a traer esta noche para que puedas hablar en persona con ella.

—¿La vas a traer aquí? Jay, es una joker, no un as.

—Yo soy un as —le recordó— y ella es mi acompañante. No te preocupes, le he hecho prometer que se tatará las tetas. Una pena, eso sí. Son unas tetas estupendas, aunque sean invisibles. Tú límitate a hacer como que de veras es británica y te irá fenomenal.

—Bien. Pues mientras estabas organizado tu agenda social y estudiando los pechos de Chrysalis, Bludgeon ha enviado a Gills al hospital y destrozado mis langostas.

—Lo sé —dijo Ackroyd.

Hiram estaba estupefacto.

—¿Cómo lo sabes?

—Me dejé caer por la calle Fulton antes de ir a ver a Chrysalis; supuse que quizá vería a Gills y que podría embaucarle con algunos trucos de magia, sacarle unas monedas de las agallas y ver si hablaba conmigo. Empecé a sospechar cuando vi un camión ardiendo en el callejón. Ese tío de más de dos metros salía cuando yo entraba. Se parecía un montón al que está esperando por el teléfono, muy feo. Hice un arresto civil. Está en The Tombs.

—¡Dios mío! —exclamó Hiram—. Jay, son las primeras buenas noticias que he oído en todo el día. Gracias y buen trabajo. Estás invitado a comer gratis durante todo un mes.

—Aperitivos incluidos, espero. La cosa aún no ha acabado, de todos modos. Bludgeon está encerrado por el momento, pero tarde o temprano alguien se va a dar cuenta de que está allí berreando y atarán cabos y le soltarán, a menos que consigamos que le acusen de algo. ¿Puedes ir al centro y hacer los honores?

Hiram se sintió en un terrible aprieto.

—Yo... Más quisiera, Jay, pero ahora no puedo ir.

—¿Una crisis con el *foie gras*?

—Fortunato va a traer a algunas personas. Necesito, eh, quedarme.

Además, no he visto a Bludgeon en mi vida, fue a Gills a quien asaltaron. Pídele que formule la acusación.

—Está aterrorizado, Hiram.

—Si lo encerramos no tendrá nada que temer. Dile eso. No puede permitir que se salgan con la suya.

Ackroyd suspiró.

—Vale, hablaré con él. Joder, en días así desearía poder aparecerme por ahí, ¿tienes idea de cómo está el tráfico ahí fuera?



Spector contempló el otro lado del río Hudson, hacia la costa de Jersey. Había crecido en Teaneck. Desde que tenía uso de razón había odiado a los neoyorquinos. Los odiaba por sus comentarios despectivos y por su inacabable retahíla de bromas sobre Jersey. Pensaban que eran mejores de verdad sólo por vivir a unos pocos kilómetros de distancia. Cada neoyorquino al que había asesinado era una pequeña venganza por el modo en que le habían tratado siempre.

A estas alturas, el Astrónomo sabía que estaba vivo. El viejo probablemente estaba demasiado ocupado para ver la televisión, pero tenía un montón de lacayos que podían proporcionarle la información. Su única esperanza era que los otros ases que había en la lista fueran más importantes que él. Diablos, hasta existía la posibilidad de que el Astrónomo se lo tragara, ya le habían pateado el culo una vez. Si se las arreglaba para quedar al margen, mañana podría leer el obituario de todos los demás en el *Times*.

Tras él estaba la autopista West Hide, ya repleta de coches. Los muelles bullían de actividad; los obreros aún tenían que ganarse el pan. No podían permitirse tomar el puñetero día libre para ir curioseando por ahí.

Spector volvió a mirar a Manhattan. El edificio de la Torre Windhaven estaba justo enfrente de la autopista. Allí los apartamentos eran exclusivos y muy caros. La arquitectura parecía sacada de una pulp de ciencia ficción de los años treinta, incluyendo un vestíbulo abierto hasta lo alto del edificio. Siguió la línea plateada ininterrumpida de la torre hasta la cima. Entrecerró los ojos: allá arriba había alguien o algo.

Un hombre se lanzó en ala delta desde el borde de la azotea, veinte plantas por encima del suelo. Cayó en picado durante unos segundos, después se estabilizó y se dirigió hacia el río.

—Cuando te pille la poli vas a acabar con el culo en la cárcel, colega.

Spector odiaba las alturas y se estremeció ante la idea de caer de un edificio como aquel, con o sin alas. Volvió a girarse hacia Jersey.

Algo se dirigía a la ciudad desde el otro lado del río. Estaba a varios metros sobre el suelo y se movía veloz. Reconoció una carcasa familiar.

—La Tortuga. Así que el Astrónomo aún no te ha pillado.

Le gustaba la Tortuga más o menos lo mismo que le gustaban los demás ases que habían atacado los Cloisters, es decir, nada en absoluto. Estiró los hombros y se frotó la boca, sintiéndose vulnerable de repente. Si el Astrónomo trataba de hacerse con la Tortuga ahora mismo, no quería estar cerca.

El caparazón aminoró la marcha y flotó por encima del río. Un par de embarcaciones privadas estaban navegando en las cercanías meciéndose ligeramente bajo las luces, pero no parecían tener ningún problema. La Tortuga empezó a oscilar un poco; el ala delta viró y enfiló directo hacia él. Spector quería echar a correr pero la curiosidad le mantuvo donde estaba. El aerodeslizador avanzó derecho y con rapidez hacia el as. Estaba a menos de treinta metros. Se oyó un sonido, como si cortaran un cristal, y después un fuerte chasquido; el ala delta se apartó. Spector reconoció el sonido y supo que la Tortuga se encontraba en un aprieto. Uno de los últimos ases a los que el Astrónomo había captado era un chaval puertorriqueño al que llamaban Imp. Podía generar un pulso electromagnético que neutralizaba toda la electricidad en un radio aproximado de cincuenta metros. Ahora las cámaras y el resto del equipo del caparazón eran poco más que chatarra.

Imp maniobró por encima de la Tortuga. El viento le estaba haciendo perder velocidad y elevándolo. Los estibadores estaban colocando sus cajas, observando el río. Segundos después, el caparazón se vio envuelto en un estallido de llamaradas naranjas. Napalm. La explosión resonó en las aguas. Cuando las llamas comenzaron a apagarse, Spector pudo ver que había partes del caparazón en llama. La Tortuga empezó a oscilar aún más y cayó al río. Se oyó un fuerte golpe y un siseo cuando el caparazón impactó contra el agua. Una de las embarcaciones cercanas se dirigió hacia el as. El caparazón flotó por un segundo, después se hundió rápidamente, como si hubiera poleas que lo arrastraran hacia el fondo del río. No quedó nada salvo una pequeña nube de vapor en la superficie del río.

—¡La Virgen! ¿Quién habría pensado que sería tan fácil?

Spector sintió que se le erizaba el vello. No había duda de que el Astrónomo había visto caer a la Tortuga, justo igual que él. Los otros ases no iban a ser de mucha ayuda. El Astrónomo se los estaba cargando uno por uno. Anteriormente habían conseguido vencerle sólo porque se habían organizado y habían cogido al anciano por sorpresa. Hoy era justo al revés. Spector oyó a las sirenas que se acercaban. Dio media vuelta y echó a correr.



—Lo vimos en la televisión —le explicó Hiram a Fortunato—. Primero Aullador, luego el Chico. Fue horrible, increíble.

Fortunato asintió, incómodo en el abarrotado despacho. Estaban el chef de Hiram, el portero y un par de camareros.

Modular Man se acercó desde la ventana, donde había estado apoyado.

—Hola —le dijo a Jane—. No sé si te acuerdas de mí. Soy Modular Man, ¿te suena? Puedes llamarme Mod Man, para abreviar.

Jane le saludó con una leve inclinación de cabeza, quitándoselo de encima.

—No me necesitas aquí —le dijo a Fortunato—. Intentas esconderme en un sitio donde no te moleste.

—No es verdad —mintió el as—. Has visto al Astrónomo, sabes mejor que nadie lo poderoso que es. La única esperanza que tenemos es sobrepasarle en número. Todos juntos, en un solo lugar.

—¿Todos juntos? ¿Incluido tú?

—Tengo que encontrar a los otros. Es mi karma, ¿vale? Es mi responsabilidad.

—No tienes que hacerlo solo y lo sabes. No es ningún crimen dejar que alguien te ayude.

Fortunato no dijo nada.

—Yo... Oh, diablos. Estoy malgastando saliva. Sólo una cosa: si me dejas aquí y alguien a quien yo pudiera haber salvado muere o resulta herido no voy a dejar que lo olvides. ¿Entendido?

—Podré vivir con ello.

Hiram le siguió hasta el vestíbulo.

—Ehem, Fortunato, ¿tienes un momento?

Fortunato asintió e Hiram cerró la puerta.

—He recibido una llamada hace unos minutos, del teniente Altobelli, del Departamento de Policía de Nueva York. Te está buscando.

—¿Qué ocurre?

—No me lo dijo, sólo que te necesitaban en los Cloisters lo antes posible.

—Vale, bien, así que eso es lo siguiente.

—Fortunato.

—¿Qué?

—¿Y qué hay de Tachyon?

—¿Qué pasa con él?

—¿No va el Astrónomo tras él también?

—Que le jodan.

—¿Te parece que al menos le advierta?

—No me importa. Sólo a condición de que no hagas nada estúpido y no te vayas y dejes a la gente que estoy trayendo aquí. Cuento contigo, tío. No me jodas.

—Bien —dijo abatido.

El ascensor de Fortunato llegó. Pulsó el 1 y el botón de cierre de puertas.



El aroma de *pretzels* calientes hizo rugir el estómago de Spector. Salvo unos pocos cacahuets en el Pozo sin Fondo, no había comido en todo el día. Se acercó al puesto. El vendedor era un hombre bajito de mediana edad que vestía una camisa azul claro y unos pantalones negros sin cinturón. Sonrió a Spector, mostrándole unos irregulares dientes amarillos. Llevaba una chapa que decía «LOS VENDEDORES DE *PRETZEL* SABEN CÓMO MONTÁRSELO».

—¿Qué le pongo?

—Déme un *pretzel*. Que sean dos.

El vendedor los sacó y los envolvió con aire distraído.

—Ya ves, chico. Por mí, ya estaría bien que todos los días fueran el Día Wild Card. Podría jubilarme y tocarme las narices.

Cogió los *pretzels* y le pagó. El vendedor tenía los sueños miserables e ingenuos que sólo tienen los perdedores. Spector estaba incluso más allá de tener sueños. Mataba a gente sin más y de vez en cuando se preguntaba por qué ya no le molestaba.

Le dio un buen bocado al *pretzel*. Estaba caliente y esponjoso. Eso le llenaría hasta que comiera en el Haiphong Lily.

Una oleada de náuseas y mareos le asaltó mientras andaba. Dejó caer los bollos y cayó de rodillas. Los bordes de su campo de visión empezaron a oscurecerse.

—¿Se encuentra mal o algo, señor? —oyó que alguien le preguntaba.

Vio que la limusina se detenía a su lado. Una ventanilla polarizada bajó despacio. El Astrónomo le sonrió. Spector se dobló y apretó el rostro contra el frío hormigón. No tenía fuerzas para moverse. Cerró los ojos, luchando por respirar. Aún podía oler los *pretzels*.

Una puerta del coche se cerró de golpe. Notó que unas manos le levantaban justo cuando se desmayaba.



Fortunato la presentó como Water Lily pero le dijo a Hiram que prefería que la llamaran Jane.

—Sé cómo te sientes —dijo con una de sus sonrisas más encantadoras—. Antes solían llamarme Fatman.

Parecía tímida y dulce pero el modo en que vestía no era adecuado. Los pantalones tejanos tenían su lugar, pero no en el Aces High, y sus zapatillas deportivas estaban insoportablemente raídas.

—Un tipo gracioso, ése —dijo Hiram despreocupadamente, señalando la figura de su descolorida camiseta que se parecía vagamente a Jumpin Jack Flash.

—¿Vendrá aquí esta noche? —le preguntó Jane.

—Me temo que no. Recibió la invitación a través del Dr. Tachyon, por supuesto, pero se excusó. Dijo que un amigo suyo quizá vendría; él sabrá lo que significa. ¿Serías tan amable de venir conmigo? Ahora mismo esto es un manicomio.

Escoltó a la chica por el estruendo del restaurante hacia la relativa cordura de su despacho y llamó a Anthony. Cuando el chófer llegó, le presentó a Jane y dijo:

—Dame tus medidas.

—¿Medidas? —Parecía confusa.

—La cena de esta noche es formal —explicó Hiram— y no hay razón por la que una joven adorable como tú no esté lo más hermosa posible. Tendrá que ser un traje de confección, me temo; no podemos dejar que vayas de compras. Fortunato insiste en que permanezcamos todos juntos y creo que sus instintos tácticos son sólidos. —Se giró hacia Anthony—. Algo azul o verde, creo. Que deje ver los hombros. Y medias y complementos. ¿Vas cómoda con zapatos de tacón, Jane, o prefieres zapatos planos?

—Espera un momento —dijo con los ojos muy abiertos y expresión aprensiva—. No puedo permitirme un montón de ropa cara.

—Tacones, definitivamente. Tienes unas piernas preciosas. El Aces High se encargará de todo. —Sonrió—. No te preocupes, encontraré el modo de deducírmelo. Tengo un contable extraordinario.

Ella negó con la cabeza.

—No, lo siento, no puedo dejar que lo hagas.

Se quedó perplejo.

—¿Por qué no?

—No puedo aceptar que me regales un montón de ropa cara. No puedo. No lo aceptaré.

—Querida —dijo vacilante—, me dejas sin palabras. A ver, no obligo a seguir una etiqueta estricta en la cena, pero sería una pena si... Anthony intervino inesperadamente.

—Tal vez la señorita aceptaría las ropas como préstamo. —Tanto Hiram como Jane se giraron hacia él sorprendidos—. Si se me permite decirlo.



—No puedo aceptarlo, ni siquiera como préstamo. He dejado mi trabajo esta tarde y aunque consiguiera otro nunca podría llegar a devolverlo sirviendo mesas.

Hiram se acarició la barba, pensativo, y sonrió.

—Podrías si fueran las mesas del Aces High. No esta noche, claro, pero podrías empezar mañana, cuando reabramos al público. Te aseguro que las propinas son excelentes y siempre podemos emplear a una buena trabajadora.

Jane pareció pensarlo por unos momentos.

—Está bien, acepto. Puedes descontar lo que te debo de mi sueldo.

Miró a Hiram con serenidad y mostró un esbozo de sonrisa.

—Excelente. Ahora me temo que tengo que trabajar para ocuparme de todo. Si tienes hambre, busca a Curtis y él hará que te traigan algo para comer.

Hiram se encontró contemplando la puerta cerrada después de que Jane se fuera. Era demasiado joven para él pero era adorable, emanaba un aire de inocencia que encontraba muy erótico.

Le recordaba a Eileen Cáster, que era casi tan joven como Jane cuando se conocieron por primera vez, años atrás. Inocencia y fuerza, una potente combinación. De hecho, la chica sería muy afortunada si, con semejante mezcla, conseguía que no la mataran.

Frunció el ceño, flexionó el puño reflexivamente y pensó en los muertos. Un adolescente con delirios de gloria y un hombretón vestido de amarillo cuyo grito podía romper la piedra. Y Eileen. No debía olvidar a Eileen.

Había pasado mucho tiempo, siete años, desde que Fortunato acudiera a él con un brillante penique, rojo como la sangre, y él le diera el nombre de la mujer, sin imaginar que estaba sellando su sentencia de muerte. Más tarde, apenas pudo creerlo. ¿Muerta? ¿Eileen muerta? ¿Había ayudado a identificar una moneda extraña y por eso estaba muerta?

Eileen había sido su amante antes de que el virus lo reclamara para sí. Ya habían acabado cuando inició su relación con Fortunato, pero aún significaba mucho para él. El chulo se había acostado con ella y había hecho que la mataran, implicándola en algo en lo que ella no tenía que ver más que él mismo.

La noche en la que el as negro le comunicó la noticia fue una de las peores noches de su vida. Al escuchar las explicaciones de Fortunato sobre los masones, Hiram sintió el regusto de la bilis en el fondo de la garganta, experimentando una furia creciente. Nunca había usado la habilidad que le habían proporcionado las esporas para matar pero aquella noche estuvo cerca. Había flexionado y estirado los dedos, contemplado las ondas gravitatorias que relumbraban alrededor del alto hombre negro de ojos almendrados y frente abombada y se preguntó exactamente cuánto peso podría resistir Fortunato. ¿Doscientos kilos? ¿Cuatrocientos? ¿Ochocientos? ¿Estallaría su corazón antes o después de que sus largas y nervudas piernas se partieran bajo el peso de su cuerpo? Hiram podía

averiguarlo; con sólo apretar el puño, apretar el puño bien fuerte.

No lo hizo, por supuesto. Y no lo hizo porque al oír la voz de Fortunato se había dado cuenta de algo. No fue nada de lo que dijo; no era del tipo de persona que hacía tales confesiones. Sin embargo, había algo en su tono de voz y en aquellos ojos negros guarecidos en sus pliegues epicánticos: Fortunato también la había amado. La había amado quizá más que él, quien poseía el mismo apetito por las mujeres y la tendencia a perseguir faldas de su padre. Así que relajó el puño, a medio cerrar, y en vez de odio, sintió un extraño vínculo con el brujo proxeneta de lengua afilada.

Después había tratado de pasar página. No tenía ninguna vocación de heroísmo, por muchos poderes que poseyera. Los delitos eran dominio de la policía, la justicia un asunto de los dioses; su ocupación consistía en alimentar bien a la gente y hacer que se sintieran más felices durante unas pocas horas.

Pero al recordar a Eileen, a Chico Dinosaurio y a Aullador y preocuparse por Gills, la joven y dulce Water Lily, el Dr. Tachyon y los demás nombres de la lista del Astrónomo, Hiram Worchester pudo sentir cómo la furia volvía a alzarse de nuevo, tal y como lo había hecho aquella noche de 1979. El Astrónomo era un hombre viejo, muy viejo, le había dicho Fortunato. Probablemente no sería capaz de soportar mucho peso. Contempló su plato de comida fría por unos momentos y después levantó el cuchillo y el tenedor y empezó a comer metódicamente.

Spector mantuvo los ojos cerrados cuando recuperó la conciencia. Sabía que estaba en la limusina del Astrónomo. Podía notar que había una persona sentada a cada lado. La de la izquierda tenía unos brazos huesudos; el viejo, supuso.

—No te hagas el muerto conmigo, Deceso. No te servirá de nada.

El Astrónomo le clavó el codo en las costillas. Abrió los ojos. A su derecha había una mujer de mediana edad: sus rasgos faciales parecían la caricatura de alguien hermoso y no llevaba maquillaje; su vestido era de algodón blanco con hombreras y ceñido a la cintura. Evitó mirarle directamente a los ojos.

—¿No tienes nada que decir? Bueno, nunca has sido un tipo muy hablador. — Posó una mano en su brazo izquierdo—. Confío en que tengo toda tu atención.

Spector miró a los ojos dilatados del Astrónomo. Intentó usar su poder; quizá en esa ocasión funcionaría. Nada. Deslizó la mano en el interior de su abrigo, tratando de buscar su Ingram. No estaban ni la pistola ni la funda.

El viejo meneó la cabeza.

—Te la quité. Es patético, verte reducido a llevar una arma. Tienes suerte de que te haya vuelto a encontrar.

—La Tortuga está muerta, ¿no?

—Sí. —Se frotó las manos—. Es tan fácil cuando sabes qué va a pasar y ellos no...

—¿Cómo lo organizaste?

—Nuestro buen amigo el capitán Black se las arregló para enviar una señal de socorro falsa a través de la frecuencia de la policía. —El Astrónomo se llevó un dedo a su arrugada frente—. Basta con pensar más que tus enemigos, eso es todo.

—Imp tuvo suerte de poder acercarse tanto. —Spector se recostó en los mullidos asientos y suspiró. Ya no le quedaban cartas para jugar.

—Difícilmente lo llamaría «suerte». La Tortuga tuvo problemas de azúcar en la sangre, verdad, ¿querida?

—Bastante graves —dijo la mujer—. Incluso peores que los que le causé al señor Spector.

—Deceso, querida mía, llámale Deceso. —El anciano apretó con más fuerza el brazo de Spector—. Saluda a Insulina, Deceso. Es mi nueva discípula estrella.

—Hola, caramelito —dijo con sarcasmo. Ella seguía sin mirarle—. Estoy vivo. Debes de quererme para algo si aún sigo vivo. ¿A quién quieres que mate?

—De todo eso se están ocupando mis seguidores de máxima confianza. No, te mantengo con vida por otras razones. Por Fortunato... —El Astrónomo cerró en un puño la mano que tenía libre—. Quiero que sufra antes de matarlo. Tiene mujeres. Y tú y yo vamos a divertirnos con algunas de ellas esta noche. Siempre has disfrutado con eso, ¿verdad, Deceso?

—Sí. ¿A qué hora? —No creía que fuera tan fácil; el viejo aún le cogía del brazo.

—Tarde, muy tarde.

—Bien.

—Con todo, aún debo castigarte por intentar esconderte de mí. Necesitas que te recuerde cuál es tu lugar.

—No —dijo, intentando zafarse.

El Astrónomo le agarró del brazo con las dos manos y se lo retorció. Los huesos del antebrazo crujieron; sintió un insoportable dolor, hasta el hombro. Clavó las uñas en el viejo, desgarrándole la carne de las mejillas y quitándole las gafas de un golpe. El anciano seguía sujetando los huesos rotos en un ángulo oblicuo.

—Cualquier poder que tengas, Deceso, puedo usarlo en tu contra. Puedo borrar todos tus recuerdos excepto el de tu muerte y puedo mutilarte hasta que parezcas un ser salido de la peor pesadilla de un joker.

Spector podía sentir cómo los huesos se le estaban ensamblando. Parecía como si a su brazo le hubieran añadido una tercera articulación, paralizada. Trató de apartarse pero el Astrónomo lo sujetó con firmeza.

—Creo que ahora está mucho mejor, Insulina. No volverá a hacernos enfadar. —Le soltó.

—Mira qué mierda me has hecho —gritó Spector. El Astrónomo recogió sus lentes y se las colocó sobre la nariz.

—Te aguardan cosas mucho peores si vuelves a decepcionarme. Conductor,

pare el coche.

La limusina se detuvo junto a la acera. Insulina abrió la puerta. Miró su brazo descoyuntado y sonrió.

«Espera a que se cabree contigo», pensó Spector arrastrándose sobre ella para salir a la acera. «Espero que te vuelva del revés».

—Espero que estés listo esta noche. Vendré a por ti cuando sea la hora —dijo el Astrónomo.

Insulina cerró la puerta y el vehículo se incorporó al flujo de tráfico.

Spector alzó los ojos. La gente le señalaba, riéndose como si fuera una especie de broma; otros apartaban la vista. El edificio Pan Am estaba a unas pocas manzanas, en Park Avenue. Tenían que dejarle en el centro del centro. Se frotó el brazo; ya no podía girar la muñeca.

Un helicóptero despegó de lo alto del edificio Pan Am. Spector deseó poder estar en él; después sacudió la cabeza. No había lugar en el planeta en el que uno estuviera a salvo del Astrónomo. Avanzó de prisa por la calle, mientras deseaba tener tiempo para matar a todas y cada una de las personas que le miraban raro.



## Capítulo diez

---

15.00 horas

El dormitorio continuaba con la decoración en tonos granates pero con notas grises en vez de blancas. Más libros, más flores y en el tocador la fotografía de una mujer de ojos tristes con un vestido de los años cuarenta. Un enorme vestidor lleno de ropa: un estallido de colores. Tachyon, sentado en una silla junto a la ventana, se quitó una de las botas de tacón. El aire acondicionado hacía que el móvil de cristal y plata que estaba suspendido sobre su cabeza tintineara.

—Deja que lo haga yo. —Se arrodilló ante él y le sacó la segunda bota, notando lo pequeños que eran sus pies, en contraste con el número treinta y nueve de Josiah.

—Debería desnudarte yo.

Dejó caer la bota.

—¿Y si aceleramos las cosas y nos desnudamos por nuestra cuenta?

—No sé si estar halagado porque estás tan ansiosa o preocupado porque simplemente estás ansiosa por acabar con esto.

Sus dedos se quedaron paralizados entre los botones de su blusa y se vio en el espejo mientras el color desaparecía de su rostro dejando aquella extraña tonalidad gris que afecta a las pieles negras.

Se despojó rápido de la ropa y contempló el esbelto reflejo en el espejo. Los cristales de sus trenzas reflejaban la luz, centelleando contra su cabello de ébano.

—Señorita, eres hermosa.

A su lado, él parecía una figura de marfil y cornalina. Su cabeza, con sus rizos rojos caídos, apenas le llegaba a la altura del hombro.

Sus labios dejaron ver unos dientes en una parodia de sonrisa.

—Vamos. Te daré las gracias en la cama.

El colchón gorgoteó y se balanceó cuando se metieron bajo la colcha. Fue a abrazarla, luego se apartó y descolgó el teléfono de la mesita de noche. Con un guiño y una mueca se acurrucó contra ella y sus manos y sus labios se movieron por su cuerpo mostrando una gran experiencia, buscando los puntos de placer, disolviendo sus nervios en una marea de sensaciones. Esta vez no era una

obligación que tuviera que soportar amargamente. Era un amante consumado, parecía casi adorarla con su cuerpo. Le apartó el pelo enmarañado y húmedo de su monte de Venus con los dedos y deslizó la lengua por sus labios, estimulando el clitoris. Ella hundió una mano en su pelo, acercándolo hacia sí. Por un instante, pasado y futuro quedaron olvidados en medio de la envolvente sensación del momento.

Él serpenteó por todo su cuerpo, con el pene caliente, duro y húmedo contra su muslo. La punta de su polla tentaba en su monte de Venus como un potro acariciando con el hocico; ella suspiró y se abrió de piernas, dándole la bienvenida. Pero él siguió jugueteando, con los brazos rígidos a los lados de su cuerpo, mordisqueándole los pezones, con la enloquecedora tentativa de penetración, una cálida presencia contra su clitoris. Gruñó y tiró de él, apoderándose de su boca mientras se deslizaba suavemente en su interior.

Y sintió varias cosas a la vez: el levisimo roce de la mente de Tachyon deslizándose inocuamente entre las defensas que el Astrónomo había erigido para evitar justo ese tipo de penetración y el peso creciente del veneno avanzando como un perro de caza, avanzando y deteniéndose, aguardando a que le dieran permiso.

Un permiso que contuvo, justificando la decisión con la idea a medio formar de que jugaría con él y le prometería amarlo para que la traición fuera aún más devastadora para él. Rodeándole con brazos y piernas, respondió a cada embestida alzando las caderas. Sus gemidos estaban salpicados de palabras murmuradas y cariñosas, pero ella reprimía cualquier sonido, como si a través del silencio pudiera denegarle el placer. Se corrió, el semen fluyó en su interior, lanzó un grito áspero y se desplomó sobre su pecho, aplastándole los senos.

—Roulette, creo que eres un as. —Las palabras interrumpidas por jadeos.

—¡No! —Le apartó de un empujón y él se tendió a su lado, pestañeando perplejo.

—Tus defensas no son las protecciones rudimentarias que tienen los normales, son muy sofisticadas.

Se arrodilló, vacilando sobre la cama, con las manos apretadas entre los muslos y el sudor cada vez más viscoso en su piel desnuda.

—No puedo explicarlo.

—Si me permites explorar, tal vez podría explicarlo.

—¡No, no! ¡Me asusta, no quiero que lo hagas! ¡No te dejaré! —La estridencia de su tono la atravesó, generando una punzada de dolor tras sus ojos.

—De acuerdo, de acuerdo. —La acarició como a un caballo inquieto—. Tu cuerpo y tu mente son tuyos. Nunca te violaría.

Se arrojó a su lado, apretando la cara en su pecho, saboreando el sudor salado, aspirando el aroma de hombre, de sexo y de loción de afeitado.

—Abrazame. No quiero pensar más.

—Shhhh, shhh. Conmigo estás a salvo.

Y de nuevo la miró perplejo cuando su risa llenó la habitación, con esquivas enloquecidas de sonido que parecían cortar la garganta y llenar el pecho de dolor.



—¡Suzanne!

—No pasa nada, estoy bien. —Bagabond se había recostado en la silla y estaba respirando hondo—. Ha sido tan intenso...

—¿Qué pasa? —La voz de Rosemary estaba llena de sincera preocupación. La mendiga le devolvió la mirada.

—Tiene los libros..., creo. Las libretas.

—¿Jack? ¿Cómo? —Rosemary extendió las manos, confusa.

—Se los comió.

—Entonces son míos.

Los ojos de Rosemary brillaron y se mordió los labios, pensando.

La conversación se acabó de golpe cuando cuatro hombres entraron en el despacho y se llevaron a Rosemary a una inminente conferencia con la División contra el Crimen Organizado del Departamento de Policía de Nueva York en la que seguramente se iban a tratar temas candentes. Para Bagabond, aquellos hombres eran del tipo administrativo, indescifrables.

Con la policía ya bastante mermada, nadie necesitaba una guerra de bandas. Algo del todo posible, según Rosemary. Las otras familias probablemente iban a atacar a los Gambione, pero se moverían poco a poco, comprobando su fuerza y liderazgo. Las Garzas Inmaculadas eran el mayor peligro, superando de largo a los colombianos, los moteros e incluso la familia mexicana Herrera. Las Garzas no eran conocidas por su cautela, su moderación o su paciencia. Si los Gambione no restablecían su poder pronto, serían destruidos.

A ninguno de aquellos hombres le gustaba los Gambione, pero todos temían la alternativa.

Mientras Rosemary discutía sobre la reacción de las Cinco Familias, Bagabond permaneció en silencio en un rincón, tras el escritorio de su amiga. Con los ojos cerrados, permitiendo que la conversación se desarrollara a su alrededor, siguió el rastro de Jack Alcantarillas. Se había retirado a los túneles donde se sentía a salvo, y cada vez que Bagabond trataba de influir en él para que se detuviera, se resistía. Aunque el caimán no entendía muy bien qué estaba buscando ni por qué, seguía atento. Rastreando esa búsqueda hasta las profundidades de su cerebro, Bagabond descubrió que el reptil había establecido

una conexión entre Cordelia y un trozo de comida particularmente sabroso. Al averiguarlo, la mendiga casi perdió el contacto cuando la gracia de todo aquello se sobrepuso a una parte de su concentración. Qué ganas de contárselo a Jack Sincronizándose de nuevo con el reptil, se movió en su mente y, con cuidado, cambió algunas de las conexiones neuroquímicas entre sus patas y su cerebro y modificó la resistencia en las neuronas. Hecho esto, el caimán se movió casi a cámara lenta.

Bagabond pestañeó y volvió a concentrarse en el despacho de Rosemary, empezando con el retrato de Fiorello La Guardia en la pared opuesta. Los hombres se habían ido y su amiga estaba sentada en la mesa, revisando un archivo.

—Bienvenida al mundo real. —Cerró el archivo—. Bueno, ¿dónde está Jack?

—En algún punto debajo del Bowery, es todo cuanto puedo decir. —Pestañeó—. ¿De verdad crees que esto es... el mundo real? Rosemary miró por la ventana.

—Es el único que tengo. —Le devolvió la mirada—. ¿Te has enterado de mucho de la conversación?

Ante el gesto despreocupado de Bagabond, continuó.

—Se supone que he de contactar con mis fuentes y descubrir qué está ocurriendo. Después quiero hacerme con esos libros; ya descubriré qué hacer con ellos cuando los tenga.

Descolgó el teléfono y empezó a marcar. Bagabond la observó en silencio.

—Max, soy Rosa Maria Gambione —dijo al auricular—. He oído que hoy ha habido problemas, Don Frederico... —Alargó la mano y activó el manos libres del teléfono.

—... mucho tiempo desde la última vez que llamaste, Maria.

—Sí, ha pasado mucho tiempo, pero sigo siendo una Gambione.

—Don Frederico ha fallecido —dijo Max tras una pausa—. Tal vez haya sido un accidente, tal vez los putos (perdóname, Maria) chinos. Echo de menos a tu padre, Maria. Esto no habría pasado si aún estuviera entre nosotros.

—Mi padre era un buen don, Max. ¿Hay alguien haciendo cola para ocupar el puesto de nuevo don?

—No, el Carnicero (perdóname, Maria) pensaba que viviría para siempre.

—¿Qué pasará con la familia?

Bagabond miró fijamente a Rosemary. El tono de la ayudante del fiscal del distrito mostraba algo más que un interés intelectual, y la mujer parecía preocupada. Tenía las manos tensamente entrelazadas, los nudillos lívidos.

—Hay una reunión hoy a las ocho en el Haiphong Lily: a los capos más jóvenes les hace gracia reunirse allí, y la comida es buena. Los capos decidirán quién será el próximo don. Perdona mi impertinencia pero espero que escojan con más cabeza esta vez.



—Estoy segura de que sí, Max.

—Maria, si me das tu número de teléfono, puedo informarte de lo que pase.

—No, no, nunca estoy en casa y odio los contestadores.

—Me cuesta creer que una buena chica como tú no haya encontrado aún un marido. No puedes llorar a Lombardo Lucchese toda la vida, ¿sabes? No dejes que esa tragedia arruine tu vida.

—Gracias, Max. Soy de lo que no hay. Ya sabes lo quisquillosa que soy. Soy hija de mi padre.

—Sí que lo eres. Fuerte y lista como él. Por favor, no te comportes como una extraña, Rosa Maria. Todos te echamos de menos.

Los ojos de la mendiga se fueron abriendo más y más mientras escuchaba la conversación de su amiga. Rosemary cogió un bolígrafo de la mesa y se lo tiró.

—Cuidate, Max. Te llamaré pronto. Ciao.

—Ciao, Maria.

El teléfono rechinó cuando Rosemary quitó el manos libres.

—¿Qué te hace tanta gracia, Suzanne?

—« Ay, Max, es sólo que estoy demasiado ocupada en la fiscalía del distrito como para tener una familia » . ¿Es que no lo saben?

—Suzanne Melotti, Dios te castigará por eso. Por supuesto que no lo saben. Rosemary Muldoon es una irlandesa morena y no se parece en nada a Maria Gambione, la única Madonna del siglo veinte. No les he visto en persona desde el funeral de mi madre, hace varios años, y entonces llevaba peluca, velo y nada de maquillaje. —Rosemary meneó la cabeza—. ¿Por qué deberían hacer la conexión? Por aquí la gente cree que leía los libros adecuados en la facultad y que, de algún modo, conozco a la gente adecuada para ser una experta en las familias y punto. También me conceden el factor buena suerte.

—Dios ya lo ha hecho. —Bagabond se recostó en la silla y ladeó la cabeza—. Estás preocupada de verdad por el bienestar de los Gambione, ¿no? Aún son tu familia.

—Si el equilibrio de poderes se altera, será un desastre. —Rosemary se levantó.

—Tonterías. Vamos a buscar a Jack

Rosemary abrió la boca para replicar pero el teléfono sonó y la voz incorporéa de la recepcionista habló:

—Señorita Muldoon, tenemos un problema. El sargento FitzGerald llama desde The Tombs. Parece que alguien..., ehm..., « teletransportó », creo que dijo, a un supuesto delincuente a The Tombs.

—¡Virgen santísima! ¿Por qué justo hoy? —Se quedó mirando el teléfono, como deseando que explotara—. Patricia, ¿no está Tomlinson de guardia esta tarde?

—Bueno, sí, señorita Muldoon, eso es lo que dice la hoja de servicio. Pero ha

salido tarde a comer y aún está fuera y todos los demás con los que he intentado hablar o están reunidos o no están en sus despachos.

—Me limitaré a pensar que están reunidos. —Suspiró y volvió a sentarse—. Yo me encargaré.

Bagabond no creyó las excusas de Rosemary respecto a su desapego de los Gambione. Los libros se habían convertido en una excusa para reunirse con su verdadera familia. A Bagabond le enfureció haber sido manipulada para ayudarla en ese objetivo. También la hacía sentir celosa por el pasado de su amiga. Se abstraigo del despacho y siguió el rastro de Jack, quien aún seguía su camino de reptil hacia su presa. Le llevó cierto tiempo detectarlo, aun con el paso lento que ahora llevaba. Cuando lo localizó, volvió al despacho para encontrarse con que Rosemary la observaba con hostilidad.

—El sargento FitzGerald, que pronto será el agente FitzGerald, está histérico. No dejaba de decir incoherencias. Tengo que ir allí ahora mismo. ¿Por qué no te vienes conmigo y salimos desde allí?

Bagabond asintió mientras Rosemary pulsaba el intercomunicador.

—Patricia, intenta encontrarme a Goldberg, dile que se reúna conmigo en el ascensor. —Cogió la chaqueta, que estaba colgada en el respaldo de la silla—. Vámonos antes de que pase algo más. Quiero solventar esto rápido.

—¿Por qué él? —Bagabond volvió a calzarse y dio un respingo. Cruzó la puerta que Rosemary le sujetaba.

—¿Tu colega Goldberg? Porque es nuevo y tiene que aprender a manejar este tipo de cosas. Y, además, me encanta extender la miseria a mi alrededor. Vamos.

Goldberg esperaba en el ascensor y parecía nervioso, atento a Rosemary. Saludó con un gesto a Bagabond cuando la pareja se acercó.

—Suzanne, creo que ya conoces a Paul Goldberg. —Señaló a Bagabond—. Paul, ésta es Suzanne Melotti, una amiga y colaboradora.

—Encantado de conocerla oficialmente, señorita Melotti. —Le sonrió—. Espero no haber sido muy brusco antes.

—No. —Bagabond pulsó el botón de bajada.

—Ah, bien. Bien. —Paul se volvió hacia Rosemary—. Señorita Muldoon, ¿puedo preguntarle por qué estoy aquí?

Extendió las manos y la miró con aire inquisitivo.

—Paul, no me hagas hablar, hoy no es un buen día. —Rosemary miró a su amiga, quien contemplaba cómo cambiaban los números de las plantas del ascensor—. Te lo contaré de camino.

—Sí, señora —dijo Paul.



Altobelli se reunió con Fortunato en las barricadas que obstruían toda la entrada sur de Fort Tryon Park; habían permanecido allí durante tanto tiempo que, entre las pandillas juveniles y el daño que los ases habían causado al erradicar a los masones, se habían convertido en estructuras permanentes.

Había policías por todas partes. Cuando un furgón se iba, otro se acercaba despacio para ocupar su lugar. Ahora quedaban los últimos restos, chicos menores de edad, flacos, con tejanos y camisetas, esposados y sudorosos, algunos de ellos con la cara y las manos sangrando. Altobelli sacudió la cabeza. Era bajo, empezaba a tener canas en las sienes y tenía una complexión delgada a excepción del vientre.

—Es idea del comisario —dijo. El comisario de policía había estado en la radio toda la semana, defendiendo la mano dura en lo concerniente al Día Wild Card—. ¿Mola, eh? De todas la putas veces para llevar a cabo este tipo de maniobra, tenía que ser hoy. Si hubiéramos estado en las calles, donde se supone que teníamos que estar, en vez de estar aquí pateando el culo de unos pocos chavales, quizá podríamos haber salvado a Aullador o a ese chico. Por no hablar de la Tortuga.

—¿Qué?

—Lo acabo de oír por la frecuencia de la policía. No me lo puedo creer, joder. Un par de matones ases lo atrajeron con una especie de emisor de interferencias. Luego bombardearon con napalm al pobre diablo y cayó al Hudson. Lo están dragando en busca del caparazón pero, de momento, ni rastro.

—Dios mío, la Tortuga... —« Si pueden con él, entonces no tenemos nada que hacer. No hay la menor esperanza. Voy a morir » , pensó.

En cierto modo, perder toda esperanza lo hacía todo más fácil. Ahora sólo era cuestión de aguantar la presión. Salvar lo que se pudiera y pasar de todo lo demás.

« En algún momento », pensó, « antes de las cuatro en punto, vas a encontrarte con la muerte. Lo que tienes que hacer es esperarla, estar preparado. No pienses siquiera en salvarte, porque ya estás perdido. Lo que tienes que hacer es matarle. Te cueste lo que te cueste, tienes que matarle o morir en el intento » .

Le temblaban las manos. No era miedo, en verdad, sino más bien una furia descontrolada e impotencia. Las cerró en un puño. Apretó con tanta fuerza que pensó que iba a hacerse daño. Antes de saber lo que estaba haciendo, se había girado y atravesado la luna trasera de uno de los coches de policía con el puño. Unos pedazos del cristal blindado cayeron sobre el asiento trasero como gemas sin tallar.

—Por el amor de Dios, Fortunato. —Altobelli corrió al coche y luego miró la mano del as—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Cielos, ¿cómo voy a explicar lo de la ventana?

—Di que lo hizo uno de los chicos. No me importa. —Flexionó los dedos y recitó mentalmente un par de mantras—. Olvídase de la ventana, ¿vale, Altobelli? Dime por qué querías que viniera.

—Por las bandas —dijo apartándose del coche con relucencia—. Nadie fue a los Cloisters después de que destrozarais el lugar, así que los chicos volvieron. El comisario cree que podrá ganarse algunos titulares de los jokers acorralando a los chicos. Lo único que pasa es que hay todos esos túneles debajo. Y hay cadáveres en ellos.

—Enséñame lo.

Le llevó más allá de las barricadas hasta un vehículo de Emergencias. Había dos cuerpos en las camillas, uno al lado del otro. El as levantó la primera sábana; era uno de los chavales, con largo pelo negro y una bandana enrollada en la cabeza. Le resultaba vagamente familiar. Donde debería haber estado la garganta, había una bola de algodón.

—Era una especie de mensajero de los masones —dijo Fortunato—. Es todo lo que sé.

Altobelli le indicó el segundo cadáver. Ése había sido guapo en vida: brillante pelo rubio, nariz y barbillas afiladas. Estuvo en el calabozo de Jokertown, la noche en que murió Eileen, y había decidido que no valía la pena matar a Fortunato.

—Román —dijo Fortunato—. Creo que su nombre era Román. Era uno de ellos. La última vez que oí hablar de él estaba en la cárcel. Debió de salir con libertad bajo fianza o algo así.

—Había otra media docena de chavales: ya los hemos metido en las ambulancias. También los trozos de dos o tres chicas, es difícil decirlo. El forense podrá determinarlo. Fulanas, probablemente. —Le echó una mirada fugaz—. No pretendía ofenderte. Y algo más que parecía haber sido una estatua de madera, sólo que cuando lo encontramos prácticamente estaba hecho astillas. Lo raro del caso es que estaba vestido.

—Otro as, lo más seguro. Una especie de hombre de madera o algo.

—Hay uno más —dijo Altobelli—. Y sigue vivo.



Rebuscó entre la basura que cubría el callejón tratando de encontrar algo pesado. Spector estaba cansado y apenas podía mantener el equilibrio. Era probablemente una especie de resaca causada por lo que le había hecho la zorra de Insulina.

El Astrónomo debía de estar gastando sus poderes rápidamente; ésa era la única razón por la que Spector seguía vivo. El anciano le necesitaba para ayudarlo a recargar sus poderes, lo que haría más tarde con las chicas de

Fortunato. Cuando se unían para acabar con alguien, había algo en el modo en que Spector mataba a la gente que hacía que al Astrónomo le resultara más fácil devorar su energía, o lo que diablos fuera lo que hacía para obtener su poder. El viejo siempre canalizaba algo del fluido hacia él, lo que hacía que se sintiera genial, y ya no había muchas cosas que le hicieran sentir así. Quizá tuviera la oportunidad de matar antes a aquel viejo cabrón, si estaba lo bastante debilitado. De otro modo, el anciano se recargaría hasta el límite y nadie podría detenerle.

Hurgó en un contenedor y sacó un pisapapeles de mármol roto. Tenía la forma de un caballo encabritado, pero le faltaba la cabeza. Spector se arrodilló y colocó su brazo descoyuntado contra el asfalto. Situó el pisapapeles por encima del punto en que se habían roto los huesos y ensayó el golpe varias veces; después levantó el brazo todo lo que pudo. Cerró los ojos y se imaginó la cabeza del Astrónomo por debajo del brazo levantado. Bajó el pisapapeles golpeando tan fuerte como pudo. Se oyó un chasquido. Apretó los dientes para evitar gritar y repitió el proceso. Al cabo de un minuto o dos lo dejó. Le quedó bastante recto pero aún no podía mover la muñeca. Los huesos sobresalían y encajaban entre sí de un modo que no era el que debería.

Spector se incorporó vacilante, con el brazo colgando inerte. Le dolía aún más de lo habitual y su traje, el único que poseía, estaba hecho unos zorros. Avanzó despacio por el callejón, tratando de evitar la calle, esperando que las cosas no fueran a peor.



Fortunato sorteó con cuidado los pesados cables que los policías habían colgado en los túneles. Había luces a cada pocos metros. Las paredes eran resbaladizas y estaban salpicadas de diminutas burbujas. Supuso que uno de los ases masones las habría imbuido con algún tipo de energía calorífica.

La sala principal media diez metros de diámetro. Había una desastrosa alfombra persa en el suelo; alguien había apagado cigarrillos en ella. Los muebles eran baratijas de vinilo que habían pasado cierto tiempo bajo la lluvia.

Unos policías de paisano con guantes de látex estaban reuniendo trozos y fragmentos y guardándolos en bolsas herméticas. Uno de ellos acababa de recoger una jeringuilla de plástico desechable. Fortunato cogió al hombre por la muñeca y se inclinó para oler la aguja. El agente se le quedó mirando.

—Heroína —dijo Fortunato.

—Había un montón. Hoy en día es tan barata como el polvo.

Fortunato asintió, pensando en Verónica. Podría estar en la calle ahora mismo, haciéndose un torniquete para hacer destacar la vena azul del interior del brazo...

—Por ahí —dijo Altobelli—. No tengo ni idea de qué cojones es.

Fortunato le reconoció por la descripción de Water Lily. Era digno de una pesadilla, un extraño geniecillo que había reconstruido el dispositivo *shakti* para el Astrónomo. Su miedo y horror hacia las cucarachas le habían convertido en una.

—Kafka —dijo Fortunato—. Así es como te llaman, ¿no?

—No a la cara. Era una regla.

Estaba sentado en un sofá de color tabaco de un rincón. Las partes de su cuerpo que no estaban cubiertas por una bata blanca de laboratorio eran del mismo color marrón que el sofá: escuálidas patas con pinchos en la parte trasera, manos como pinzas, una cara plana y sin nariz, con sólo bultos en el lugar en que deberían haber estado los ojos.

Fortunato se plantó delante de él. Sólo sintió frío.

—¿Dónde está?

—No lo sé —dijo Kafka.

—¿Por qué no estás muerto como los demás?

La cara sin rostro se giró hacia él.

—Dame tiempo. Estoy seguro de que pronto lo estaré. Algunos de esos... niños... del exterior estaban divirtiéndose un poco conmigo. Cuando llegué aquí oí gritos y me escondí en un túnel trasero.

—¿Oíste algo más?

—Le dije a alguien más..., a una mujer, que se reuniera con él en un almacén cuando hubiera acabado. Comentó algo sobre una nave.

—¿Qué clase de nave?

—No lo sé.

—¿Con quién hablaba?

—Nunca supe cómo se llamaba y sólo la vi una o dos veces. Además, mis ojos casi son inútiles. Podría intentar describirte cómo huele.

Fortunato negó con la cabeza.

—¿Algo más? Lo que sea.

Kafka pensó durante unos pocos segundos.

—Dijo algo de las cuatro en punto. Es lo único que oí.

Deceso había dicho que todo iba a ocurrir hacia las cuatro de la madrugada. ¿En un yate? ¿Alguna especie de embarcación? Era poco probable. Nada que se desplazara sobre el agua podría transportarle tan rápido como para evitar que Fortunato diera con él.

Lo que significaba que era una nave espacial. Pero ¿dónde diablos podría apoderarse de una?

—Haga que me incineren, ¿lo hará? —dijo Kafka—. Odio este cuerpo. Odio la idea de tenerlo a mi alrededor.

—Aún no estás muerto, por el amor de Dios —dijo Altobelli.

—Como si lo estuviera, como si lo estuviera.

De regreso, Fortunato dijo:

—Tiene razón, ¿sabes? El Astrónomo va a ir a por él. Tenéis que ponerle vigilancia en todo momento. Los tíos del SWAT con MI6S, por ejemplo.

—¿Hablas en serio?

—Pudo con la Tortuga —dijo Fortunato.

—Está bien, tienes razón. El procedimiento en estos casos es que el delincuente vaya al calabozo de Jokertown. Eso es territorio del capitán Black. Pero enviaré a mis propios hombres con él. Como si no hoyuviéramos bastante mierda encima.

Volvieron a la luz del día.

—Ahora escucha —dijo Altobelli—: ten cuidado. Si ves a ese tal Astrónomo, llamas para que te enviemos refuerzos, ¿entendido?

—De acuerdo, teniente.

—Claro que sí, claro que sí.



## Capítulo once

---

16.00 horas

Con las respuestas electroquímicas neutrales disminuidas y el cuerpo ralentizado a una velocidad propia de un sueño, el caimán avanzaba entre los túneles de las profundidades bajo el Bowery. El cerebro del reptil no era consciente de ello, pero se movía vagamente en dirección a la plaza Stuyvesant. La criatura, que sólo a veces era Jack Robicheaux, buscaba comida, moviendo el hocico, con las fosas nasales bien abiertas, de un lado a otro mientras trataba de percibir la localización de un bocado particularmente delicioso. El bocado tenía los ojos castaños y un brillante cabello negro. La mente del caimán estaba fijada en aquella imagen.

El reptil avanzó con cautela a través de los remansos de fría luminosidad proyectados por las luces de emergencia de bajo voltaje fijadas en las paredes. El tipo del equipo de mantenimiento que Jack Robicheaux a veces lideraba al parecer se había dejado las luces encendidas, pese a que no planeaban volver al trabajo hasta después del puente festivo. La ciudad se encargaría de pagar la factura de la electricidad. A nadie le importaba.

El caimán dobló una esquina y entró en una sección del túnel mucho más antigua. El suelo ya no era de hormigón sino de losetas de piedra y el techo se hacía más bajo. Cuando sus pies chapotearon en charcos de agua salobre, se sintió a gusto en aquel entorno más húmedo.

Sus ojos recorrieron sin pestañear, sin la menor curiosidad, varios años de grafitis que los vándalos habían garabateado con espray en los muros de piedra. Cerca de un estrecho túnel secundario, alguien con bastante tiempo había tallado unas letras en la roca: «CROATOAN».

El caimán no se inmutó. Respondió únicamente a sus instintos básicos y siguió adelante, venciendo la horrible inercia que tiraba de él a cada paso. Hambre. Seguía tan hambriento..., tan necesitado.

Ahora las oscuras y poco profundas aguas cubrían todo el subterráneo. El animal lo agradeció, esperando en un estado primitivo que el nivel se hiciera lo bastante profundo para poder empezar a nadar. La poderosa cola empezó a



agitarse lentamente con ansiedad. Sus oídos detectaron sonidos poco familiares y se detuvo con brusquedad. ¿Una presa? No estaba seguro. De ordinario, cualquier cosa podía ser una presa, pero había algo en aquellos ruidos... Oyó una multitud de garras que escarbaban en la piedra, una sibilancia siseante de algo que casi eran voces.

Llegaron hasta él desde el siguiente recodo. Había al menos dos docenas, la mayoría diminutos, tan pequeños como su pisada; otros eran mayores y unos pocos, los líderes, quizá llegaban a un cuarto del tamaño de su cuerpo de tres metros.

El caimán, más grande, abrió poco a poco sus fauces y bramó un desafío.

Los reptiles más pequeños se detuvieron en semicírculo a su alrededor, con los ojos brillando bajo la luz de las lámparas provisionales. Sus pieles chorreantes resplandecían húmedas, con el verde musgo más pronunciado en los más pequeños. La piel de los caimanes más grandes y más viejos tenía una capa de vetusta blancura, una palidez alimentada durante mucho tiempo.

El grupo empezó a sisear y gruñir como uno solo y avanzó. Centenares de dientes afilados brillaron como el hueso pulido.

Les miró y rugió de nuevo. Podían ser comida pero no quería que lo fueran. Eran algo más; eran como él, aunque su tamaño fuera mucho menor. Cerró sus fauces y les esperó.

Los pequeños llegaron a él primero, correteando, levantando las colas y patas traseras y frotándose contra sus potentes pies. Los siseos, algunos graves y ruidosos pero la mayoría agudos y afilados, llenaron el túnel.

Le rodearon sólo por un breve tiempo; los menores, los más ágiles, brincando alegres a su alrededor, mientras que los reptiles mayores se frotaron contra su hermano mayor. Sintió algo extraño, desconcertante y perturbador en todos los niveles. No era hambre. Era más bien lo contrario.

Después el grupo se fue, y los integrantes más jóvenes le rodearon alegremente unas cuantas veces más antes de alejarse por el túnel y doblar la siguiente esquina para reunirse con sus camaradas. El sonido de las garras pisoteando la piedra mojada disminuyó, así como el aroma de los otros reptiles.

El gran caimán dudó entonces de su inquebrantable rumbo. Algo tiraba de él, urgiendo a la criatura para que diera media vuelta y siguiera a los reptiles más pequeños, para formar parte de algo mayor, distinto de lo que ya era.

Después los sonidos y los olores se disiparon y lo único que oyó el animal fue el agua rezumando. Volvió a la oscuridad del túnel que tenía por delante y de nuevo levantó con pesadez un pie y luego el otro. El ansia que buscaba saciar era algo más que mero apetito y ahora mismo sabía que no había nada más importante que perseguir la imagen que había en su mente.



Tras pasar dos horas en la calle, sola, sin dinero, sin zapatos y lo que se diría poca ropa, Jennifer estaba aprendiendo lo que significaba que te persiguieran. Le daba miedo permanecer demasiado tiempo en un lugar, que el joker reptiliano pudiera volver a encontrar su pista, pero también tenía miedo de pedir ayuda a alguien. Tenía miedo de volver a su apartamento por si la seguían hasta allí y descubrían su verdadera identidad y, avicinándose las últimas horas de la tarde y, no mucho después, la noche, tenía miedo de quedarse en la calle. Ya había ignorado media docena de proposiciones indecentes y la cosa sólo podía ir a peor con la llegada de la oscuridad. Quería hacer algo pero se sentía demasiado agobiada como para que se le ocurriera un plan decente, como si fuera el ratón en el juego del gato y el ratón.

Necesitaba un refugio, un lugar tranquilo y seguro donde tomarse un respiro, descansar los doloridos pies y, sobre todo, pensar. Un cartel delante de un pequeño edificio de ladrillo y piedra en la calle Orchard la hizo detenerse. Pensó que aquello era justo lo que necesitaba.

Una iglesia. En el letrero de la entrada se leía «Nuestra Señora de la Perpetua Misericordia». Parecía católica. Jennifer había sido educada como protestante pero su familia no había sido muy practicante y ella no había abrigado ningún tipo de sentimiento religioso profundo; al menos ninguno que le impidiera buscar refugio en una iglesia católica.

Subió los desgastados escalones a toda prisa y atravesó las enormes puertas dobles de madera que daban acceso a un pequeño atrio. Entró en él, miró hacia las puertas que conducían a la nave y observó.

El atrio en sí era una sala pequeña y sin ventanas pavimentado con losas. A lo largo de las paredes laterales se alineaban bancos de madera y, encima de ellos, percheros, ahora todos vacíos. Las puertas dobles, cerradas, que conducían a la nave de la iglesia también eran de madera. En ellas había una escena pintada, de un estilo un tanto naif, que podría haber sido hermosa si el tema no hubiera sido tan grotesco.

La figura central era un Cristo crucificado, uno que la chica no había visto nunca. Él —Jennifer lo conceptualizaba como «Él», aunque no estaba del todo segura de que el pronombre pudiera aplicarse en ese caso— estaba desnudo excepto por un pedazo de tela sobre los genitales. Tenía un juego adicional de brazos, secos y ajados, que le surgían de la caja torácica y una cabeza de más sobre los hombros. Las dos cabezas tenían unos rasgos estéticamente delgados. Una tenía barba y era masculina, la otra era lampiña y femenina. La sangre

corría por ambas caras a causa de unas coronas de espinas. Cuatro pares de pechos bajaban por el torso del Cristo, cada par más pequeño que el anterior. Había una enorme herida roja de la que manaba sangre sobre el seno más bajo del lado derecho de la figura. El Cristo no estaba crucificado sobre una cruz sino más bien sobre una hélice retorcida, una escalera de caracol o —la chica se dio cuenta— una representación del ADN.

Había otras figuras en el fondo de la escena, subordinadas a la del Cristo. Una de ellas era menuda y delgada, vestía con ropas llamativas, y se parecía al Dr. Tachyon. No obstante, al igual que el dios romano Jano, éste Tachyon tenía dos caras. Una era serena y angelical, sonreía con dulzura y tenía una expresión de benévola amabilidad; la otra era el rostro lascivo de un demonio, bestial y furioso, con la boca abierta rodeada de dientes afilados y babeando. La figura de Tachyon sostenía un Sol que no ardía en la mano derecha, el lado angelical. En la izquierda sujetaba un rayo.

Había otras figuras cuyos referentes eran algo menos claros para Jennifer. Una Madonna sonriente con alas emplumadas amamantaba a una cabeza de niño Jesús en cada pecho; un hombre con patas de cabra que lucía una bata de laboratorio y llevaba lo que parecía ser un microscopio mientras hacía cabriolas y danzaba; un hombre de piel dorada y una expresión de perpetua vergüenza y tristeza en sus hermosas facciones hacía malabares con una lluvia de monedas de plata.

Inscrito encima del retablo se leía: « Nuestra Señora de la Perpetua Miseria » . Debajo, en letras ligeramente más pequeñas, decía « Iglesia de Jesucristo Joker » .

La joven frunció los labios. Había oído algo de aquella rama del catolicismo ortodoxo que muchos jokers con inclinaciones religiosas habían abrazado. La jerarquía católica, por supuesto, no quería tener nada que ver con la Iglesia de Jesucristo Joker y la consideraba una herejía. No acababa de ser una religión clandestina pero nadie que no fuera joker sabía mucho al respecto, sobre todo de los ritos secretos que se rumoreaba que tenían lugar en criptas subterráneas que no eran accesibles al público, a diferencia de en las iglesias, que sí lo eran.

Jennifer decidió que no era el momento para hacer disquisiciones teológicas. Estaba a punto de dar media vuelta y abandonar la iglesia cuando un repentino sonido, una especie de ruido como de agarre, de succión, de algo blando, llegó desde el otro lado de las puertas que conducían a la nave. Se quedó paralizada y la imagen de Jesucristo Joker se partió por la mitad cuando las puertas se abrieron. Apareció una figura vagamente iluminada por las hileras de velas que ardían en la nave. Era grande y voluminosa, de la altura de un hombre normal y dos veces más ancha, y cubierta por completo por una voluminosa sotana que le llegaba hasta el suelo. Las manos de la figura permanecían ocultas dentro de las vaporosas mangas y la chica apenas pudo verle la cara glabra, de un gris

mortecino, a la sombra de la capucha de la túnica. El rostro era redondo y aceitoso y le miraba con dos ojos grandes y brillantes cubiertos por membranas nictitantes que parpadeaban sin cesar. El rostro no tenía nariz, sino un manojo de tentáculos que colgaban, se retorcían y susurraban cubriendo la boca del joker como si se tratara de un extraño y descuidado bigote.

Jennifer se lo quedó mirando y tragó saliva.

La figura avanzó un paso más hacia el vestíbulo y oyó de nuevo el débil sonido pegajoso como de ventosas sobre la piedra. El joker desprendía un extraño olor a humedad, como a mar, o a las cosas que viven en él.

Contempló a la joven con ojos brillantes y solemnes y cuando habló su voz quedó en parte amortiguada por los zarcillos tentaculares que le tapaban la boca, pero la muchacha pudo entender sus palabras claramente.

—Bienvenida a Nuestra Señora de la Perpetua Miseria. Soy el padre Calamar.

Las membranas nictitantes de los ojos del padre Calamar se movieron con rapidez adelante y atrás sobre sus protuberantes orbes, aunque los ojos en sí permanecían abiertos y atentos. Sonrió, o lo pareció, tras la cortina de tentáculos que le enmascaraban la boca: al menos las mejillas se elevaron e incluso su voz adoptó un tono más gentil y amable.

—No me tengas miedo, hija mía, ni a nadie que puedas encontrar entre estas paredes. Percibo que tal vez necesitas ayuda. Me complacería procurarte asistencia, si supiera qué es lo que te urge.

Las palabras del sacerdote, pronunciadas en frases morosas, calmaron a Jennifer de inmediato. Era como si no pudiera tener miedo de alguien que decía cosas como « me complacería procurarte asistencia » .

—Bueno, ehm, padre, creo que sí que necesito ayuda. Aunque no estoy segura de que pueda ayudarme.

—Puede que sí, puede que no. En cualquier caso, que hayas venido a Nuestra Señora de la Perpetua Miseria no ha sido algo accidental. Tal vez el Señor te haya guiado hasta nuestra puerta. A lo mejor podrías sencillamente contarme tu historia.

« ¿Por qué no? » , pensó la chica de repente. Quizá él podría ver de veras una salida de todo aquel embrollo.

—Está bien —empezó, y luego volvió a guardar silencio. El padre Calamar asintió, como si pudiera leer las dudas en su rostro.

—No te preocupes, hija mía. Todo lo que me cuentes permanecerá en el más estricto secreto.

Abrió la puerta y le indicó la nave. Su mano, por primera vez fuera de las voluminosas mangas de la sotana, era grande y gris, con dedos largos y atrofiados. Jennifer pudo apreciar depresiones circulares apenas perceptibles impresas en toda su palma, como vestigios de ventosas.

—El confesionario está dentro. El voto secreto entre sacerdote y penitente es bien conocido y universalmente respetado. Todo lo que se diga aquí quedará entre nosotros.

La joven asintió. El vínculo entre sacerdote y penitente era tan fuerte como el que se establecía entre abogado y cliente y, de hecho, era más difícil de romper; si el sacerdote era digno de confianza. Miró al enorme joker de rostro solemne y decidió que confiaba en él.

El padre Calamar le sujetó la puerta y se quedó de pie a un lado mientras ella entraba en Nuestra Señora de la Perpetua Misericordia, Iglesia de Jesucristo Joker.



Bagabond se estremeció mientras el trío cruzaba las pesadas puertas decó de la entrada de The Tombs.

—Ya veo por qué lo llaman The Tombs —dijo.

Paul meneó la cabeza.

—Se remonta a hace más de un siglo, a la primera prisión que construyeron en este sitio. Ésta es la tercera. En un origen, el edificio parecía de verdad una tumba egipcia.

—Sigue sin gustarme.

La tocó en el hombro.

—Lo sé. Puede que sea un abogado criminalista pero también odio las cárceles. Me hacen sentir como un animal enjaulado.

Hablaba en voz baja. Rosemary, que andaba enérgicamente por delante de ellos hacia el agente que se encargaba de la recepción, no pareció oírlo.

—La mayoría de los animales son libres, a menos que los esclavice un humano.

Bagabond le miró directo a los ojos. Él se estremeció ante su mirada.

—Es verdad.

La mujer miró más allá de él.

—Creo que Rosemary te reclama.

La ayudante del fiscal del distrito se había apartado del mostrador y le estaba haciendo señas a Paul.

Transfiriendo fugazmente su conciencia a un borracho que estaba cabeceando en uno de los bancos del vestíbulo, un hombre que ya no estaba consciente de un modo humano, Bagabond observó cómo la expresión del rostro de Paul pasaba de la confusión a la reflexión y después al interés. Siguió a Paul hasta que llegó junto a Rosemary mientras la ayudante del fiscal del distrito discutía con el oficial de policía que controlaba el acceso.

Su amiga estaba disgustada.

—No pueden haberlo perdido. Ese tipo fue teletransportado a una celda. ¿Cuánta gente se teletransporta aquí al día? —Rosemary miraba al oficial calvo que estaba sentado en una posición elevada. El policía le correspondió con una mirada fulminante.

—Si entró teletransportado, no pasó por este mostrador —dijo el sargento—. Si no pasó por el mostrador, no hay registro. Sin registro, no hay modo de dar con él. Si está aquí, no lo tenemos registrado. —El oficial se recostó en su sobrecargada y chirriante silla y sonrió a la mujer—. Tienes que seguir el procedimiento. —Apoyó sus múltiples barbillas en su voluminoso pecho y miró al frente, complacido consigo mismo.

Rosemary se agarró al borde de la mesa con las dos manos y respiró hondo.

Antes de que pudiera hablar, Paul dijo:

—Creo que se llama Bludgeon, sí, Bludgeon.

Interpuso la información en la conversación en un evidente intento de evitar que su jefa padeciera una apoplejía o matara al oficial de la recepción. Ella se giró bruscamente para mirarle con los ojos muy abiertos, llenos de ira.

—Grande, de complexión fuerte —continuó Paul—. Más o menos como usted.

—No me suena.

El sargento mostró una amplia sonrisa cuando Paul se giró hacia la ayudante del fiscal encogiéndose de hombros con resignación. Ella se volvió de nuevo hacia el sargento.

Con la voz rigurosamente controlada, dijo:

—Tal vez pueda encontrarme a un agente que me atienda.

—Hay un montón por aquí.

El sargento señaló toda la sala, donde un buen número de personas, tanto policías como arrestados, habían abandonado sus propias conversaciones para escuchar la discusión.

Rosemary cerró los ojos y apretó los dientes. Con cansancio, dijo:

—¿Dónde podría encontrar al sargento Juan FitzGerald?

—¿Juan? —dijo el oficial de recepción, como si pensara en una larga lista—. ¿Por qué no lo ha dicho antes? Juan está en el bloque C. ¿Sabrá encontrar el camino o debería asignarle un agente que la lleve de la manita?

—Sé cómo ir.

Rosemary se dirigió hacia la primera puerta que conducía a los pabellones de celdas. Paul y Bagabond la siguieron. Las comisuras de los ojos de Bagabond se arrugaron, en un gesto de diversión.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Paul miró con aprensión a la espalda de Rosemary.

—Lo que aguanta. Yo le habría arrancado la lengua. Lo dijo como si nada, con absoluta sinceridad. Paul pareció confuso durante un instante y después

sonrió.

—Nah, demasiados testigos. Además, sin lengua no hay información —asintió para sus adentros—. Lo que hay que hacer es invitarle a entrar en una de las escalinatas y luego partirle las piernas.

La mendiga se detuvo y le miró con respeto por primera vez.

—Eso es, señor Goldberg. Me gusta.

—Me alegro. Me llamo Paul.

—Suzanne. Puedes llamarme Suzanne.

—Vosotros dos, ¿vais a venir o qué? —dijo Rosemary, que iba por delante—. No voy a retener el ascensor eternamente. Dedaos a cortejar en vuestro tiempo libre.

Les observó y, por lo visto, se dio cuenta de la poca gracia que estaba haciendo su broma. Paul y Bagabond intercambiaron una mirada cohibida.

—Vale.

Entró primera en el ascensor y pulsó el botón.

En el bloque C pasaron por un registro rutinario, antes de atravesar la puerta de acero pintada con una capa color canela que se estaba descascarillando. Al girar una esquina del pabellón, los tres se detuvieron al ver a un descomunal gigante que prácticamente llenaba todo el pasillo de una pared, verde mate, a la otra. Les daba la espalda.

Bagabond dejó escapar un pequeño «miau» de alarma y tanto Rosemary como Paul la miraron.

—Lo que hago por esta ciudad. —Rosemary dio un paso adelante—. Rosemary Muldoon, fiscalía del distrito. ¿Qué está pasando aquí?

El gigante maniobró para encararse a ella. Dos hombres que estaban más allá empezaron a hablar también.

—Mi cliente...

—Este «caballero» ... ¡Quiero salir!

—¡Un segundo! —les cortó a todos—. FitzGerald, ven a hablar conmigo —le dijo al agente uniformado—. Vosotros dos, esperad un minuto y quedaos justo donde estáis.

El abogado con traje gris claro de Armani habló lo bastante alto para que ella y los otros lo oyeran al pasar.

—Universidad de Nueva York, me aventuraría a decir.

El tono era inequívoco.

Rosemary se llevó al policía puertorriqueño de dos metros por el pasillo. Bagabond miró a Paul y le señaló a Bludgeon con un gesto.

—No lo pierdas de vista.

—Estupendo.

Paul sonrió al abogado y al imponente hombre que estaba a su lado. Les tendió la mano.

—Paul Goldberg, de la fiscalía del distrito. ¿Qué tal? Bagabond siguió a Rosemary.

—A ver, ¿qué está ocurriendo? —dijo la ayudante del fiscal a FitzGerald—. ¿Quién es el figurín?

—Dice que es de Latham, Strauss. —El agente parecía avergonzado ante la expresión de disgusto e incredulidad de Rosemary—. No está mal para ser un matón tan grandote.

Ella asintió.

—¿Qué ha sucedido exactamente?

—Pues ese tal Bludgeon apareció aquí sin más. Tiene que haber sido Popinjay..., Jay Ackroyd.

—He oído ese nombre. —Rosemary se encogió de hombros—. Esta ciudad no necesita más héroes bienhechores.

—Bueno, lo ha hecho otras veces, sin ningún problema. Entra y luego formula los cargos. Pero esta vez no se ha dejado ver. Le he leído a Bludgeon sus derechos y le he dejado a hacer la llamada telefónica que le corresponde.

FitzGerald señaló hacia el hombre atildado, que estaba examinando el cierre de oro de su maletín.

—Después, hace veinte minutos, ha aparecido ese tipo.

—Maravilloso.

Con la mano sobre los labios, la mujer contempló el techo como si esperara que le bajara la inspiración. El abogado se les acercó.

—Perdonen, pero mi cliente quisiera irse ya.

El tono de su Armani era exactamente el mismo gris de su pelo. Tenía una sonrisa empalagosa.

—Bien, señor...

—Tulley, señorita. Simón Tulley.

—Señor Tulley. Hay varios cargos serios contra su cliente.

Rosemary sacudió la cabeza con preocupación.

—¿Oh? No sabía que hubiera ningún cargo contra él.

—No creo que sea de interés público liberar al señor Bludgeon sin haber investigado minuciosamente esta cuestión.

Bagabond asintió, expresando su acuerdo.

Tulley frunció el ceño, mirando más allá de Rosemary, a Bagabond.

—¿Y quién es esta otra adorable señorita?

—Una colaboradora, la señorita Melotti.

Rosemary miró a su amiga y en seguida volvió a centrarse en Tulley. El abogado de Bludgeon le tendió la mano. La vagabunda se la quedó mirando, como si estuviera inspeccionando un trozo de carne podrida.

—Encantado, por supuesto. —Tulley respiró hondo y centró de nuevo su atención en Rosemary—. No quiero sacar a colación la detención ilegal como un



posible problema, señorita Muldoon, pero debería evaluar seriamente su posición.

—Señor Tulley, como tan sagazmente señala, su cliente aún no ha sido arrestado de modo oficial.

—Detención ilegal, entonces. Estoy empezando a perder la paciencia. —El abogado dirigió su larga y aristocrática nariz hacia la ayudante del fiscal—. ¿Dónde está la denuncia?

—El papeleo hoy se está moviendo con cierta lentitud, sin duda, pues se trata de un día festivo y tal. Yo misma acabo de tener un pequeño problema con eso. —Extendió las manos y sonrió inocentemente a Tulley—. Tengo que pensar en el bienestar de la comunidad.

—Y yo estoy aquí para proteger el de mi cliente. Nos vamos. —Tulley le mostró la dentadura y se dirigió con aire chulesco hacia Bludgeon.

—Tulley... —Rosemary se lanzó hacia ellos.

—Muéstreme un testigo. Muéstreme la declaración de un testigo. ¿No la hay? Pues entonces es mío o demandaré a la ciudad.

El abogado agarró a Bludgeon del brazo de manera posesiva. El gigante sonrió a las dos mujeres.

—Adiós, pues —dijo con un tono agudo que no encajaba para nada con sus dimensiones—. Ya nos veremos. Pronto, muy pronto, espero.

Bludgeon esperó una respuesta. Al ver que no la recibía, las miró con furia y precedió a Tulley hacia la puerta. FitzGerald se apoyó contra la pared cuando pasaron por delante de él.

Rosemary miró a Paul y rió con amargura.

—Recita tres veces: «Amo la Declaración de Derechos».

Levantó la mano derecha y se masajeó las sienes.

—Vosotros dos, id pasando. Quiero preguntarle a FitzGerald un par de cosas. Nos vemos en la puerta.

Bagabond y Paul se mantuvieron en silencio en el ascensor. El hombre parecía deprimido. Salir a la luz del sol fue como emerger desde las aguas profundas a la superficie. El abogado se sentó en uno de los desgastados escalones de mármol.

—He trabajado en el derecho mercantil durante años: fusiones, adquisiciones, compras financiadas por terceros, lo típico. Después decidí que quería hacer algo importante, contribuir de alguna manera. Devolver lo recibido, ¿sabes? Por eso trabajo aquí. —Dio unos golpecitos en la piedra con los nudillos—. Algo importante, ¿eh? Estamos atrapados por nuestras propias fuerzas.

—De eso me di cuenta hace mucho tiempo.

Bagabond se encogió de hombros y observó el torrente amarillo de coches al pasar. Distraída, transfirió una parte de su conciencia a las palomas situadas en la azotea de The Tombs y miró hacia la multitud.

—Pero tienes que dar algo a cambio. Es una cuestión de responsabilidad. —

Paul miró a la mujer que contemplaba el cielo sin verlo.

Bagabond se estremeció:

—Eres la segunda persona que me dice eso hoy. —Una paloma bajó en picado casi hasta su hombro pero la guió, alejándola, antes de que pudiera posarse en él—. Puede que tengas razón.

Paul titubeó y después dijo:

—Soy consciente de que esto es un poco brusco, pero tengo que decirte algo. La mujer centró su atención en él.

—Eres la persona más fascinante que he encontrado en esta ciudad...

—Rosemary estará encantada —dijo Bagabond.

—Rose... La señorita Muldoon es mi jefa. Además, no es mi tipo. Es un poco demasiado convencional.

Paul se puso en pie y la miró.

—¿Yo no soy convencional?

A Bagabond le hizo gracia y se preguntó hasta qué punto creía que era «diferente».

—No te ofendas, por favor. Me preguntaba si podríamos quedar algún día para cenar. —El abogado miró a la gente que subía las escaleras, detrás del hombro izquierdo de la mujer—. Lo siento. Me pones muy nervioso.

—Gracias, pero la mayoría de las noches trabajo.

Estaba confusa. En realidad, una parte de ella quería aceptar.

—Vale, entonces ¿qué me dices de desayunar?

—¿Desayunar?

—Claro. Salgo a correr diez kilómetros a primera hora, hacia las cinco. Luego vuelvo a casa y me preparo para el trabajo. A veces me apetece y voy a tomar un buen desayuno antes de entrar. Echa a perder todo el ejercicio que he hecho antes pero está buenísimo. —Sonrió y ladeó un poco la cabeza—. ¿Por qué no te vienes conmigo un día, sólo a desayunar?

—Vale. —Asintió y después sonrió, vacilante. Por primera vez, la sonrisa también se reflejó en sus ojos—. Sí, me gustaría.

—¿Qué tal mañana?

Le miró fijamente, de nuevo sin expresión.

—No me digas que tienes otra cita —dijo Paul.

—¿A qué hora?

—A las siete. Puedo recogerte...

—Mejor quedamos en algún sitio. ¿Dónde?

La mujer se concentró en suprimir la idea de que estaba cometiendo un gran error.

—En el mercado, en Greenwich con la Séptima.

—Parece que estáis tramando algo, vosotros dos. —Rosemary bajaba por las escaleras—. Sé que Popinjay estaba intentando ayudar pero a veces desearía

que los ases no se entrometieran. Mi vida sería mucho más sencilla. La tuya también, Paul. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Vuelve a la oficina y trabaja con Chavez. Suzanne y yo tenemos que ocuparnos de ciertos asuntos.

—Hasta luego —le dijo a Bagabond, estrechándole la mano.

Mientras las dos mujeres contemplaban cómo Paul volvía al edificio de la fiscalía del distrito, Rosemary miró a su amiga inquisitivamente.

—Le gustas, ¿sabes? Jack es un hombre de sindicato y sin duda gana mucho más dinero, claro, pero Paul tiene ciertos atractivos. —Ladeó la cabeza y entornó los ojos—. Buen culo.

—¿La Madonna del siglo veinte?

—Eso fue hace mucho tiempo. —Cambió de tema—. ¿Dónde está Jack?

—Vayamos a algún sitio tranquilo donde pueda concentrarme. Necesito un callejón.

Bagabond empezó a andar en dirección a la esquina.

—Un callejón. Desde luego, te gusta pulular por los lugares más elegantes. ¿No te han dicho nunca que no hay que meterse en los callejones de Manhattan? —Alcanzó a su amiga y cruzaron la calle Lafayette—. En sitios así te pueden matar.



La oscuridad del confesionario era, de algún modo, tranquilizadora. El aire dentro de la cabina tenía un olor a mar más intenso y la voluminosa masa del padre Calamar al otro lado del cristal esmerilado resultaba una presencia reconfortante. Mientras escuchaba la historia de Jennifer, hacía ruiditos, como suspiros.

—Creo que conozco al joker que te está acosando —dijo al fin el sacerdote—. No es uno de mis hijos, pero hay pocos jokers que no se hayan pasado al menos una o dos veces por aquí para escuchar la Palabra. Se le conoce como «Wyrn». Su reputación no es muy buena.

El padre Calamar cayó en un reflexivo silencio que duró varios minutos.

—Estoy perplejo pero quizá la comprensión llegará. Ven.

Se levantó, retiró la pesada cortina que cubría el lateral del confesionario y salió de la cabina. Ella le siguió.

—Tengo algunas preguntas.

Alzó una mano ancha, con forma de espátula y movió sus largos dedos para acallar la pregunta que vio en el rostro de Jennifer.

—No temas. Seré lo más discreto y reservado posible. Ponte cómoda y descansa, aquí estarás tan segura como si estuvieras en tu propia casa. Quizá muchísimo más segura, si tus sospechas son correctas.

Sus mejillas volvieron a replegarse, como si estuviera sonriendo, y la chica

asintió. Observó cómo el padre Calamar se alejaba anadeando y emitiendo débiles sonidos de succión sobre el suelo de losas mientras se dirigía con trabajosa dignidad hacia el fondo de la iglesia.



Roulette estaba llegando al climax e intentó resistirse; el esfuerzo hizo que sus muslos se acalambgaran y que las náuseas embargaran las lenguas de fuego que le llenaban el vientre y la entrepierna. Tachyon, con aquella maldita sensibilidad, fijó sus pálidos ojos en ella y refrenó sus embestidas; le acarició los pechos y recorrió su cintura con las manos. ¡*Suéltalo!*

Y tan rápido como se dio la orden, se canceló. La marea retrocedió, gruñendo de frustración con una voz que era la del Astrónomo.

Su mente y su cuerpo volvieron a estar en armonía, ya no eran presas del miedo y la indecisión. Su pasión creció y se mecía en un ritmo frenético, al compás de las embestidas del cuerpo pequeño y compacto de Tachyon.

La estridente llamada del timbre llenó todo el apartamento. Bajo las manos notó que sus músculos se tensaban y saltaban y que su polla se deslizaba hacia fuera.

—Mierda, mierda, mierda —susurró, intentando con ansias acoplarse de nuevo con ella. Ella alargó la mano para ayudarle y sus manos entrechocaron y se enredaron, resbalando en la pegajosa piel del pene.

Ring.

Por fin estaba dentro, pero seguían llamando, y se quedó estirado, flácido e inerte encima de ella.

Suspiró, cerró los ojos unos segundos y dijo:

—Creo que nos han fastidiado el momento.

—Sí.

—¿Abro la puerta?

—No creo que se vayan si no les abres.

—Espérame aquí.

Se levantó y se echó por encima una bata de seda negra con hilos de plata y rojo adornada con un elaborado bordado. Era demasiado larga y el dobladillo susurró al deslizarse sobre la alfombra de color gris humo. Tuvo cuidado en cerrar la puerta del dormitorio y ella se preguntó si era para proteger su reputación o la de él. Cruzando los brazos bajo la cabeza, miró el techo y escuchó los sonidos amortiguados de la conversación que tenía lugar en la otra habitación. Un extraño sonido sordo seguido de un estrépito la hizo incorporarse en la cama y la sábana se deslizó hasta su cintura. Con un áspero chirrido, la ventana del dormitorio fue forzada y el delicado tejido de las cortinas apartado con violencia

de un puntapié. Roulette gritó y el pie se retiró sólo para ser reemplazado por la cabeza y los hombros de un hombre. El móvil tintineó con violencia cuando lo cogió. Ella salió de la cama, corriendo hacia la puerta, pero en dos zancadas la había cogido del pelo y la había tirado sobre el tocador. Gritó cuando el borde biselado le golpeó en el costado. Torvamente, cogió un cepillo recamado en plata y le dio al intruso un fuerte golpe entre los ojos cuando se abalanzaba sobre ella. El bramó y, como respuesta, un segundo hombre entró por la ventana; éste llevaba una pistola.

Al estar desnuda y armada con un mero cepillo para el pelo, decidió optar por la prudencia. Encogiéndose de hombros ligeramente, dejó caer su inapropiada arma y alzó las cejas inquisitivamente.

—Vete a la otra habitación —ordenó el segundo hombre mientras su atacante se frotaba la cabeza con delicadeza y después inspeccionaba el daño en el espejo.

—¿Puedo ponerme algo de ropa?

—Dale algo.

El hombre abandonó el espejo pero continuó frotándose mientras se metía en el vestidor para después salir con uno de los abrigos de Tachyon. Era demasiado pequeño y notó que al embutirse en él las costuras de los hombros se rasgaban.

Los dos eran orientales; chinos, supuso por las estilizadas facciones de sus rostros y su tamaño. De los cuatro hombres que se alzaban amenazadoramente por encima de Tachyon en el salón principal, dos eran chinos y los otros dos, jokers. El joker reptiliano y alto no era tan malo, pero su compañero, de apenas metro veinte, le provocó un escalofrío por toda su piel desnuda y el pelo de la nuca se le erizó. A Roulette le daba pánico volar y los insectos con aguijón, y ahora estaba cara a cara con una avispa humana.

El cuerpo de la criatura era un tanto humanoide pero la cara era una cuña triangular rematada por ojos multifacetados y, entre las piernas, colgaba un largo aguijón. Las alas transparentes batían frenéticamente, llenando la estancia de un grave zumbido.

Se le escapó una risita nerviosa.

—Dios mío, cuando el misterioso Oriente se mezcla con lo grotesco autóctono, ¿el resultado la esclavitud joker? —inquirió alegremente y se tambaleó cuando le impactó un fuerte golpe por detrás, entre las escápolas. Tachyon se lanzó en su auxilio como un torbellino compacto y pelirrojo; esquivó un golpe por la izquierda y dribló a un segundo hombre que trataba de sujetarle. Hubo un momento de confusión y la avispa clavó su aguijón detrás de la rodilla de Tach. Los labios del joker reptiliano se contrajeron en una mueca de placer cuando el taquisiano gritó con agonía y se desplomó.

—No te mataré, Tachyon, pero duele a muerte. Y tiene agujoness ilimitadoss, assí que no vuelvass a intentarlo.

El joker más alto, en un despliegue de fuerza, lo cogió por la nuca y lo hizo levantarse. El alienígena palpó la piel inflamada y tumefacta de detrás de la rodilla, echó un vistazo a la 38 apretada contra el cuello de Roulette y la tensión propia de la lucha desapareció de su cuerpo.

Presentaban una extravagante estampa: cuatro chinos fornidos con cazadoras de raso y gafas de sol de espejo; algunos empuñando pistolas, otros con lo que la prensa sensacionalista llamaría «bultos sospechosos bajo los brazos». Un joker encaramado como un bicho miserable en el respaldo del sofá y el reptil apoyado con aire despreocupado en el piano, limpiándose las largas y afiladas uñas con una navaja. Después estaba Tachyon, menudo y despeinado, con el pelo colgándole sobre los hombros y la túnica entreabierta, revelando su pálido pecho y la punta de su polla, que asomaba la cabeza como un tímido pajarito entre los pliegues del tejido.

El joker que estaba junto al piano hizo un gesto y dos de sus secuaces acercaron dos sillas de la mesa del comedor.

—Doctor Tachyon, por favor, sséntate, para que podamos hablar. Tommy.

Uno de los chinos levantó la mirada, en alerta, temblando como un perro que oliera un rastro.

—Por favor, ata al buen doctor. No querría que intentara ninguna ssstupidez. En esse cassssso tendría que hacer daño a la sssseñorita.

Sentaron a Roulette y a Tachyon a empujones en las sillas y él le lanzó una mirada de preocupación. Ella le sonrió con una seguridad que no sentía y dijo:

—¡Qué golpe tan duro! Engañada una vez más por la cultura popular.

—No te entiendo.

—En los libros de Fu Manchú el peligro amarillo es siempre misterioso y exótico. Que los matones tengan nombres como «Tommy» y hablen con simples acentos de Brooklyn lo estropea todo.

Cara de serpiente sacó su larga lengua bifida y la miró con hostilidad.

—Ssssssi quieressss algo exótico, tú sssssigue assss y dejaré que el jefe sssse ocupe de ti. Te va a dar todo el exotissssmo que puedass digerir.

Tachyon permaneció sentado con relajada elegancia pero tenía los labios blancos y Roulette se dio cuenta de que el aguijonazo aún le dolía. Tommy acabó por atarle a la silla con el cinturón de su batín y sujetarle la cabeza. Tachyon, arrastrando las palabras, dijo:

—Estoy encantado de disfrutar de vuestra compañía, sin duda alguna, pero ¿podría saber a qué debo este singular placer?

Cara de serpiente acercó una silla con el pie y se sentó a horcajadas, con los brazos cruzados sobre el respaldo. Roulette no estaba atada pero uno de los matones le había puesto la mano en el hombro y ella era muy consciente de todas aquellas pistolas y, si algo había aprendido de su padre, agente de policía, era «no juegues con una pistola».

—Tachy, hemos venido a por el libro.

Las cejas cobrizas y arqueadas del alienígena se alzaron hasta su flequillo.

—Buen hombre, tengo algo más de un millar de volúmenes en este piso. ¿A qué libro te refieres?

—Pégale —fue la inexpresiva respuesta.

Tommy se lanzó hacia él, se oyó un sonido como el de un hacha poco afilada golpeando contra la madera y Tachyon escupió una bocanada de sangre. Roulette se dio cuenta de que tuvo la precaución de dirigir el pegote viscoso hacia su regazo y, por tanto, de proteger la moqueta blanca.

—El libro.

—No soy una biblioteca, no me dedico a prestar libros.

Esta vez Tommy se situó delante, le agarró de la bata con un puño, lo levantó a pesar de sus ataduras y le propinó varios fuertes reveses. El chino llevaba unos cuantos anillos y la mujer reprimió un grito al ver el metal hundiéndose en la piel de alabastro. Cuando acabó, el alienígena tenía el labio partido, le sangraba la nariz y se le estaba poniendo un ojo morado.

—Está claro que Hiram no va a dejarme entrar esta noche —murmuró mientras los labios ya se le empezaban a hinchar—. Como buen caballero, es muy quisquilloso.

La lengua bífida se alargó y revoloteó rozando el rostro del doctor, lamiéndole la sangre.

—Tachy, a lo mejor no lo entiendesssss. Voy a obtener esse libro aunque tenga que darte una buena paliza.

Tachyon rebajó el tono afectado y exasperante y dijo sin rodeos:

—De verdad que no sé de qué estáis hablando. ¿Qué libro?

El joker le miró implacable.

—Lo han robado. Sssssé que lo tienesssssss y voy a recuperarlo.

El alienígena suspiró.

—Muy bien, registrad mi casa, por favor, pero os aseguro que no tengo ningún libro robado.

—Bussssscad, dessssssstrozad essste lugar. —Tachyon se estremeció—. Pero atadla primero. No queremoss que nada nosss disssssstraiga.

Tommy se sacó una fina cuerda del bolsillo y rápidamente le ató manos y pies a la silla. Se dispersaron y empezaron a buscar en el apartamento. La avispa seguía sentada en el sofá, zumbando y castañeteando sola. Una cascada de libros cayó desde uno de los estantes superiores, haciendo añicos un delicado cuenco de porcelana. La ira y el dolor aletearon en el fondo de los ojos de Tachyon pero su voz sonó neutra, casi despreocupada, al decir:

—Dos veces en dos meses. Esto pasa de castaño oscuro. Puedo perdonar al Enjambre, era un monstruo sin mente y, por tanto, destruía sin pensar, pero estos matones...

—Pensaba que tenías poderes. El... Alguien me lo dijo —apuntó Roulette en voz baja.

—Así es.

—Entonces ¿por qué no los usas?

—Empecé a hacerlo, después te oí gritar y me di cuenta de que había más de cuatro personas —susurró—. Puedo controlar a tres humanos pero el vínculo es débil, y si, además, tuviera que luchar... —Dirigió toda la fuerza de sus hermosos ojos hacia ella—. Temí que pudieras resultar herida si mis poderes eran menos fuertes o mis reflejos menos rápidos que lo que mi orgullo me permitiría admitir. Y esa avispa es condenadamente rápida.

Hubo un gruñido agraviado.

—Así que, ¿qué hacemos?

—Esperar y rezar por una oportunidad. Y desear que no tuvieras esas protecciones mentales —añadió él con impaciencia—. Podría mantener contacto telepático contigo. Pero, bueno, no vale la pena lamentarse..., agua pasada no mueve molino.

—Shhhh.

—Desde luego, el amarillo no es tu color, querida mía —dijo, respondiendo rápido a su advertencia.

Uno de los captores les lanzó una mirada suspicaz al pasar a su lado y Roulette dijo malhumorada, por su bien:

—No me interesa tu opinión sobre mis gustos. Eres tú el que escogió ese amarillo color vómito de gato.

La boca del chino se abrió en una amplia sonrisa que mostró una buena cantidad de encías rosas y un diente de oro mientras entraba en el hueco de la cocina.

Tachyon le lanzó una mirada triste.

—¿Vómito de gato? Siempre lo consideraré un amarillo limón muy adorable. Roulette rió y el alienígena le lanzó una mirada de aprobación.

—Buena chica, aún saldremos de ésta.

—Menudo equipo —contestó con sequedad.





## Capítulo doce

---

17.00 horas

La oscura corriente discurría entre sus patas y el caimán lo agradeció. Las palpitantes aguas acababan de empezar a subir, poco antes; primero una fina capa que se arrastraba por el suelo rocoso del túnel, después una sucesión de olas cada vez más altas. Ahora el agua le lamía el vientre y un cuarteto de pequeños remolinos tironeaban de sus patas, donde las ancas se plegaban en los duros costados.

La cola del reptil se agitó de un lado a otro con pesadez e impaciencia. Quería que el agua le llevara flotando, separándolo del duro suelo, y que le diera la flotabilidad que necesitaba para nadar de verdad. El agua era libertad.

Pero el nivel no creció más, así que el caimán siguió caminando despacio. Varios objetos, trozos de diversas sustancias, chocaron contra él. Palpó algunos de ellos con su hocico antes de que la corriente se los llevara.

Los olores eran más que desagradables. No había nada que valiera la pena devorar. Unos grumos de algo blando batieron contra él y desaparecieron.

Detectó un fugaz olor de carne, pero era carroña y ahora no le apetecía. En vez de apoderarse del desastrado objeto, el caimán lo dejó pasar. Aún había algo vivo y delicioso, por delante. Lo sabía y, al saberlo, se forzó a aplazar su hambre casi insaciable.

Bajo sus pies, a través de los oídos y las fosas nasales y del mismo oleaje de la corriente, podía sentir el pulso de la ciudad. Ahora latía al mismo compás que su propio cuerpo.

Ignoró el leve dolor de estómago. No era nada comparado con su apetito.

Por delante y por detrás, el oscuro túnel se extendía, sin final.



Hiram hacía ya dos horas que intentaba contactar con Tachyon y empezaba a preocuparse.

Todo el mundo coincidía en que el menudo alienígena había abandonado la Tumba de Jetboy poco después de acabar su discurso, en compañía de una atractiva mujer negra. Pero ¿dónde había ido? No contestaba al teléfono de casa y, en la clínica de Jokertown, Troll aseguró que no había visto al doctor en todo el día. Probablemente estaba por ahí bebiendo, pero ¿dónde? Hiram había llamado a todos sus lugares de costumbre, uno a uno, lo había intentado incluso con el Freakers, el Club del Caos y el Dragón Retorcido, por si se daba la circunstancia de que el taquisiano hubiera decidido ahogar su culpabilidad en territorios menos familiares; nadie le había visto desde poco después del mediodía, cuando se había ido de la ceremonia en la tumba.

A Fortunato quizá no le hubiera importado, pero él estaba empezando a preocuparse. ¿Y si el Astrónomo ya había capturado a Tachyon? ¿Era otro nombre que añadir a la lista de muertos?

Sentía una opresión en la boca del estómago que ninguna cantidad de comida podría curar. Inquieto, intranquilo e infeliz, Hiram Worchester se puso de pie y se dirigió a su restaurante.

Abrirían las puertas en menos de dos horas. Casi todos los ases importantes llegarían, y esperaba de todo corazón que el Dr. Tachyon estuviera entre ellos. Para entonces, lo peor habría pasado. Ni siquiera el Astrónomo estaría tan loco como para arremeter contra todo el poder que estaría reunido en el Aces High dentro de un par de horas.

Hiram recorrió la larga barra curvada. La madera relucía y el espejo estaba impecable y brillaba con las luces que reflejaba. Un cuarteto de camareros con camisas azul celeste estaba organizando barriles de Guinness Stout, New Amsterdam y Amstel Light fresca. Modular Man estaba en el último taburete, bebiendo un *rusty nail*. Al androide le gustaba experimentar.

—No detecto ninguna señal de presencia hostil —dijo Mod Man.

Hiram asintió, ausente.

—Sigue vigilando —dijo.

Se dirigió a la cocina a grandes zancadas, sin dejar de pensar en Tachyon. Debía de estar en casa, ninguna otra cosa tenía sentido. Pero si estaba en casa, ¿por qué no contestaba al teléfono? Porque estaba muerto, susurró una parte oscura de su mente, y casi podía ver al pequeño alienígena tendido en la moqueta, con la sangre manando entre su largo cabello pelirrojo y manchando su horrible ropa.

En la cocina, el zumbido de los grandes ventiladores de techo llenaba la habitación con un palpitante y regular rumor mientras se esforzaban por vencer el calor de los hornos. Paul LeBarre estaba en un rincón con sus especies, componiendo su propia mezcla cajún para el atún y bramando su descontento a

cualquiera que intentara ver qué estaba haciendo. Hileras de patatas cubrían una docena de largas bandejas, cortadas y sazonadas y listas para hornear, y seis orondos lechones estaban siendo aliñados y preparados. Los pinches de cocina estaban limpiando verdura y cortándola con cuchillos finos y afilados y el chef de repostería estaba ocupándose de una tarta de tres chocolates y crema agria recién salida del horno. Hiram lo supervisó todo, probó la salsa de cerezas amargas que estaban preparando para el cerdo, intercambió unas pocas palabras con el encargado de las salsas y se fue casi tan inquieto como cuando había entrado.

¿Y si Tachyon aún no estaba muerto? ¿Y si sólo estaba muriendo? Alguien tenía que comprobar que estaba bien. Pero Fortunato le había advertido que no se fuera, ¿verdad? Si acudía al piso de Tachyon y el Astrónomo atacaba el Aces High en su ausencia y, tal vez, mataba a alguien, no podría soportar los remordimientos. ¿Pero cómo podría soportar los remordimientos si se quedaba aquí y Tachyon moría como resultado?

El Aces High ocupaba toda la planta, todas las zonas donde se sentaban los comensales daban a las terrazas para que pudieran disfrutar de las magníficas vistas que su altitud permitía, en todas direcciones. La cocina, los almacenes, la cámara, los aseos, el montacargas y las oficinas estaban en el centro. Hiram recorrió todo el circuito, supervisándolo todo, asintiendo a su personal aunque su mente estaba muy lejos.

Los camareros eventuales se apiñaban en torno a una de las mesas escuchando al capitán, que les explicaba cómo se hacían las cosas en el Aces High. Eran un grupo heterogéneo, vestidos con vaqueros y chaquetas baratas y cazadoras de los Dodgers, pero una vez que llevaran esmoquin y camisas de seda azul, tendrían tan buen aspecto como los camareros de la casa. En otro lugar, los carritos con la ropa blanca hacían su ronda mientras equipos de ayudantes desplegaban manteles limpios y almidonados sobre las mesas redondas del banquete. Curtis estaba hablando con el sumiller.

Junto a una ventana, vio a Water Lily, de pie junto a su reflejo y contemplando los destellos dorados en lo alto del edificio Chrysler. Llevaba un traje largo de satén azul que dejaba el hombro izquierdo al descubierto. Tenía un aspecto adorable y un tanto triste. Se dirigió hacia ella pero había algo en la expresión de sus ojos que le hizo considerar si era oportuno interrumpirla. Se detuvo un momento, después se dio media vuelta y se fue.

Peter Chou tenía un pequeño despacho junto al de Hiram, en el centro de la planta, pero en vez de una pantalla de televisión en la pared, tenía una docena. Hiram entró sin llamar.

—¿Estamos seguros? —preguntó.

Peter le miró con fríos ojos castaños.

—He añadido algunos hombres. Nadie podrá entrar sin que nos demos

cuenta, créeme. —Señaló las pantallas—. Todos los monitores funcionan y también el detector de metales de la puerta principal. Colocaré a seis hombres en planta, en lugar de tres. Estamos lo más seguros posible, al menos contra seres humanos.

—Excelente. Tengo que salir un rato. Intentaré estar de vuelta cuanto antes, pero puede que tarde más de lo esperado. Espera a que me vaya y entonces haz que Modular Man y Water Lily se queden en tu despacho. Explicales nuestro sistema de seguridad, explicaselo con gran detalle. Mantenles aquí dentro, contigo, juntos, todo lo que puedas, preferiblemente hasta que vuelva.

Chou asintió.

Se fue hacia el vestíbulo, llamó al ascensor, se balanceó sobre sus tacones durante un momento y volvió a llamar, como si aquello hiciera que el ascensor viniera más rápido. Cuando las puertas se abrieron por fin, entró a toda prisa y casi chocó con Popinjay, quien salía.

—¡Tú! —exclamó Hiram—. Fantástico, justo el hombre que esperaba ver. Ven conmigo, vamos a ver al Dr. Tachyon. —Ackroyd retrocedió, de vuelta al ascensor. Hiram pulsó el botón para bajar a la recepción y empezaron a descender.

—¿Qué tal te fue con Gills?

—No muy bien —dijo Popinjay—. Para cuando acabé de tantear a Gills, Bludgeon ya volvía a estar en la calle. Tiene buenos abogados. Creo que van a demandarme. —Torció la boca en una media sonrisa—. Y lo más probable es que a ti también. Gills teme ir a casa. Le hice aparecer en casa de mi hermana, ahí debería de estar más seguro, y sabremos donde encontrarle si le necesitamos.

—¡Maldita sea! ¿No podemos librarnos ni de un solo malo? ¡No sé dónde va a ir a parar esta ciudad!

Ackroyd se encogió de hombros.

—¿Por qué vamos a visitar a Tachyon?

Hiram le lanzó una mirada sombría.

—Me temo... que podría estar muerto.



Bagabond se inclinó hacia adelante, alejándose del muro de ladrillos del callejón. Se apoyó en un contenedor para mantener el equilibrio. El pasaje olía a basura reciente. Rosemary miraba alrededor con un poco de aprensión.

—Tranquila, estamos solas.

—Tú no tienes que leer los informes de crímenes que yo leo —dijo Rosemary—. No has visto las fotos que los detectives sacan en sitios como éste. No tienes que ir al depósito para comprobar...

—Silencio —dijo Bagabond.

—¿Le tienes?

—Está en la zona alta y bastante hacia el este. Diría que cerca de la plaza Stuyvesant. Bajo el suelo, claro.

—Hoy no creo que nadie se haya dado cuenta siquiera. ¿Aún tiene los libros?

—Por lo que puedo decir, sí. La verdad es que ni se acuerda ni se da cuenta de lo que hay en su tripa; es la ausencia lo que marca la diferencia. Pero no hay razón para que el paquete no debiera seguir allí.

Rosemary avanzó un paso hacia la salida del callejón.

—Está bastante lejos, en especial hoy. Sería mejor que nos pusieramos en marcha, si hemos de estar en el Haiphong Lily a las ocho. —Sonrió con tristeza a su amiga—. Sólo entonces me haré una idea lo que voy a hacer.

Bagabond frunció el ceño.

—Jack sigue moviéndose, pero tan lento que podemos contactar con él sin dificultad. Deberíamos coger el metro. Los taxis serían un follón.

Vio que Rosemary estaba tensa pero no hizo ningún comentario. Después sonrió.

—No he conocido a ningún otro animal que tenga un hambre tan constante como un caimán. Sólo espero que no sea él quien nos encuentre a nosotras.

Las cejas de la ayudante del fiscal se arquearon.

—Está demasiado preocupado por su sobrina para eso —dijo Bagabond—. Pero, en el nivel superficial de su cerebro de reptil, no lo sabe.

Sacudió la cabeza, mira que pensar en «apetitos», y abrió la marcha para salir del callejón e introducirse entre la bulliciosa turba que celebraba aquel día de fiesta.

Se adentraron en el caos de cánticos, carritos de comida exótica, gritos y rock and roll.



—El libro no essssssstá aquí, Tachy. ¿Dónde essssssstá? —Las explosivas sibilantes indicaban que la paciencia del joker se estaba acabando a toda velocidad.

—Casi un millar de libros y no pueden encontrar ni uno que les parezca bien. Me parece grosero y una crítica a mis gustos.

—O al suyo —apuntó Roulette.

Tachyon echó la cabeza atrás para encararse a cara de serpiente y el repentino gesto le evitó el golpe.

—No sé nada de ese escurridizo libro. Dices que alguien me lo ha dado pero a mí nadie me ha dado un libro hoy. He pasado las últimas seis horas en compañía

de esta dama. ¿Me ha dado un libro alguien?

—No.

—Lo tienes tú. —Una vez más la lengua jugueteó por la cara del alienígena y bajó por su pecho—. Lo noté al degustar a la chica, y si tengo que darle una paliza a la negra para obtenerlo, lo haré.

Le clavó en el hombro un dedo índice coronado por una uña increíblemente larga y gruesa y la mujer ahogó un grito. Lo que se avecinaba iba a ser mucho peor que un dedo hincándosele en un hombro entumecido y dolorido, de modo que sería mejor que se preparara.

—Está bien, seré razonable. El libro no está aquí, lo he guardado en un lugar seguro.

—Y tú nossssss vasssss a llevar allí.

—Sí, pero tenéis que dejar que ella se vaya.

—No, creo que sssse viene con nosotrosssssssssss.

—Entonces no hay libro.

—Entoncesssssssss le redecoraré la cara.

Sonó el timbre.

Hubo un súbito movimiento de los captores. Tocaron las armas para asegurarse de que todo iba bien y Tommy se dirigió hacia la puerta y luego retrocedió; la serpiente saltó hacia Tachyon pero el alienígena también había visto las posibilidades y canturreó:

—Sí, un momento, por favor.

—Hijo de puta, debería romperte el cuello —siseó el joker cerrando la mano alrededor de la garganta del doctor.

—Sería mejor que le dejaras atender a la puerta —susurró Roulette, pues la sangre fluía a la cara de Tachyon y no parecía poder responder por sí mismo—. Si no, sabrán que algo va mal y volverán con refuerzos.

—Vamosssss a essssperar. Puede que ssssea el repartidor de periódicosssss o losss mormonesssss.

Pero no era el caso. La voz de un hombre, grave, baja y cultivada pero en la que había unas notas de tensión y preocupación, dijo:

—¿Tach? Tengo que hablar contigo. ¿Va todo bien?

—Dile que sssssí.

—Sssssí. —Tachyon le imitó servicialmente; luego tosió, tratando de aliviar el dolor de su garganta.

—¿Quién essss esssse hombre?

—Hiram Worchester.

—De acuerdo, puedesss ir a abrir la puerta, pero desssshazte de él rápido.

—Mejor será que se limpie la cara —apuntó Roulette en el mismo tono neutro que había mantenido desde el inicio de aquella pesadilla. Estaba tan sorprendida como complacida por su capacidad de control. En su interior, era un

manejo de nervios.

—Límpiasela.

Le tiraron un pañuelo mientras Tommy la desataba. A los pocos segundos, las puntas de los dedos empezaron a quemarle cuando el flujo de sangre le volvió a las manos.

—¿Tach?

—Ya voy —respondió mientras Roulette mojaba la tela en el jarrón de la mesita de café y empezaba a limpiarle de prisa la peor parte de la carnicería de su cara.

—El lado derecho no está tan mal —susurró—, pero no dejes que te vea ese ojo morado.

El ojo izquierdo estaba tan malherido que se había hinchado hasta cerrarse por completo.

—Tendré cuidado —dijo en un tono neutro buscado con cuidado, pero el ojo derecho parecía brillar febrilmente, la mirada era resuelta. De nuevo sintió aquella especie de beso en los bordes de su mente. Y ella lo entendió, o al menos esperó o pensó que lo entendía. Ésta podía ser su oportunidad. Le dio un rápido apretón en la mano y la recompensó con una fugaz y dulce sonrisa, que quedó un tanto empañada por el labio partido e hinchado.

Dos de los captores tomaron posiciones en la pared junto a la puerta, uno detrás de Tachyon y un tanto a la izquierda, con la pistola en los riñones del alienígena. Tommy colocó una mano en el hombro derecho de Roulette. El joker reptiliano indicó la cocina con una sacudida de cabeza y la avispa se alejó zumbando. La intensidad del rumor de sus alas disminuyó. Tachyon apenas entreabrió la puerta y se asomó.

—Hiram.

—¿Por qué diantres has tardado tanto?

—Estoy entretenido. —Hizo un sutil énfasis en la última palabra.

—Has descolgado el teléfono. Hemos estado intentando localizarte durante horas.

El joker puso la mano sobre la de Tachyon, intentando que cerrara la puerta, pero el alienígena se echó hacia atrás, abriéndola. El doctor cayó por los suelos y el corpulento e impecablemente vestido Hiram entró en la habitación, quisiera o no.

—Eh —dijo un segundo hombre mientras cruzaba la puerta, y luego cerró la boca de golpe cuando una arma se le clavó en el costado. Cara de serpiente cerró la puerta en silencio.

—Dios mío, Tachyon, ¿qué es todo esto?

—¿A ti qué te parece, Hiram?

Se puso de pie a duras penas y lanzó una agria mirada a la habitación. Dos de los chinos entraron y registraron rápidamente a los recién llegados.

—Están limpios.

—¿Qué hacemos ahora? —se quejó Tommy.

—Ssssssssssilencio.

El hombre más pequeño esbozó una sonrisa de muñeco de trapo y les señaló con el dedo índice.

—¡Muy bien! Que nadie se mueva un pelo, os tengo pillados.

Hasta Tachyon pareció disgustado, y alguien dijo:

—Calla la puta boca, te acabo de registrar de arriba abajo.

El hombre se encogió de hombros, retiró la mano, estudió el dedo durante un largo instante, luego señaló al joker y dijo:

—¡Pop!

Cara de serpiente desapareció.

Dos de los chinos se agarraron las cabezas y se desplomaron con un suspiro.

—¡Hiram, cuidado! —bramó Tachyon.

El hombretón vaciló un instante y después se dejó caer en plancha entre el sofá y la mesita de café mientras Tommy descargaba su 45 justo al lado de la oreja de Roulette. Se oyó un estallido atronador y el delicado cuenco de la mesita se rompió en mil pedazos, lanzando una cascada de agua y flores sobre la espalda de Hiram y dejando una única gardenia colgada tristemente de la curva de sus anchas posaderas. Al oír el grito de Tachyon, el compañero de Hiram retrocedió un paso, abrió la puerta y se esfumó en el descansillo. Los chinos que estaban justo detrás del alienígena empuñaron la pistola; luego se quedaron roncando en el suelo uno encima del otro.

El doctor se dio la vuelta para encararse a Tommy. Era un cara a cara: el poder de Tachyon frente a la presión de un dedo en el gatillo. ¿Qué sería más rápido? Roulette agarró la silla vacía que tenía al lado y la estampó contra las espinillas de Tommy. Aulló, se le cayó la pistola y fue a por la mujer, con los brazos abiertos como un borracho tratando de abrazar a una amante reticente. Ella retrocedió con gracia y le atizó de nuevo con la silla.

Se oyó un rumor como el de miles de abejas rabiosas y Avispa llegó zumbando con furia desde la cocina. Hiram, revolviéndose en el suelo como una ballena varada, apretó el puño y el joker se estampó contra el suelo, con las alas plegadas como una figura de *origami*. Tommy agarró la pata de la silla y por un instante se produjo un tira y afloja mientras Roulette intentaba sujetar con fuerza su inadecuada defensa. El chino tanteó su espalda con la mano que tenía libre y sacó un cuchillo. Roulette abandonó su escudo y echó a correr, gritando. La cogió por el pelo y la hizo girar sujetándola contra su cuerpo. Nunca supo si pretendía usarla como rehén o matarla allí mismo, porque de repente su rostro se distendió y soltó un sonoro « qué pifia ». El brazo que la sujetaba por el pecho era como una viga de acero y ambos se desplomaron en un revoltijo.

Luchó por zafarse, aunque le daba la sensación de que pesaba varias



toneladas. Esto era más de lo que sus desbordados nervios podían soportar. Los gritos que le habían estado desgarrando la garganta se convirtieron en una risa histérica y de ahí degeneraron a sollozos entrecortados.

—Shhhhh, shhhhhhh.

Unas manos suaves le acariciaron el pelo, le limpiaron las lágrimas y la abrazaron.

—Ahora estás a salvo. Ya ha acabado todo.

Apoyó la cabeza en el hombro de Tachyon y respiró hondo, temblorosa.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —estalló Hiram en tono soliviantado. Tachyon puso en pie una silla y ayudó a Roulette a sentarse en ella.

—Hiram, mi más profundo agradecimiento, no has podido llegar en un momento más oportuno.

—¿Quiénes son esos hombres?

—No tengo ni idea. Querían un libro. —Los ojos castaños de Worchester se desorbitaron y observó con suspicacia a su amigo, como si sospechara que estaba ebrio.

El compañero de Hiram sacó la cabeza por la puerta.

—¿Deberíamos llamar a la policía?

El alienígena salió a su encuentro y le tendió la mano.

—También te estoy muy agradecido, pero ¿qué les hiciste a...?

Hizo un gesto de impotencia al espacio que pocos segundos antes había contenido a cara de serpiente.

El hombre de traje marrón se encogió de hombros.

—Soy un proyector de teletransportación. Señalo con los dedos y ¡pop!, se van.

—¿Dónde? ¿Dónde ha ido a parar?

—Al servicio de caballeros del Freakers.

—¿Al servicio de caballeros del...?

Se encogió de hombros.

—Sólo puedo enviar a la gente a sitios que conozca.

—Ojalá conocieras The Tombs.

—Oh, lo conozco, pero... —Arrastró los pies, miró el techo, echó un vistazo a Hiram y volvió a dirigirse al doctor—. Hoy ya les he enviado a un tipo y los polis están puteados. No quiero más problemas.

—Así que le hemos perdido y nunca sabré de qué libro hablaba.

—Diría que hoy es la menor de nuestras preocupaciones —dijo Hiram.

—¿Por qué?

—Si cierta persona mostrara más responsabilidad y no descolgara su teléfono, no tendría que preguntar.

—No seas quisquilloso.

—Tachyon, he tenido un día bastante complicado...

—Claro, el mío ha sido mejor...

Se contemplaron en silencio; después Worchester suspiró y se pasó una mano por la calva y se alisó la barba. Tachyon sonrió y dijo en tono más amable:

—¿Empezamos de nuevo?

Se apretó el cinturón del batín y se sentó en el brazo del sofá.

—Venga, ¿qué te trae por aquí?

—Perdón, pero... ¿y qué pasa con... estos... gorilas? —preguntó Roulette.

—No tienes por qué preocuparte, dormirán unas cuantas horas.

—¿Y él? —Señaló a la avispa.

—Pesa como trescientos kilos —respondió Hiram—. Dudo que vaya a ninguna parte.

—Ah —dijo ella con voz débil.

—El Astrónomo está arrasando la ciudad —dijo Hiram—. Temía que ya hubiera dado contigo. Ya sabes lo de Aullador, claro. Chico Dinosaurio también está muerto, hecho pedazos en la Tumba de Jetboy, y la Tortuga fue atacada y parece que se estrelló en el Hudson, no le han visto desde entonces.

Worchester sostuvo al diminuto doctor cuando se tambaleó y le ayudó a acomodarse en el sofá.

—¡Brandy! —espetó, y Roulette se obligó a que la tensión volviera a sus rodillas y obedeció—. Siento expresarlo tan crudamente pero no hay un modo bueno de dar noticias como éstas.

—No puedo creerlo... La Tortuga, ¿dices? ¡Y ese chico! —Tachyon se tapó la cara con las manos.

Worchester les describió los sucesos en la tumba en pocas y brutales palabras.

Roulette ni siquiera se dio cuenta cuando Hiram le cogió la copa de sus nacidos dedos. Estaba viendo a un muchacho de rostro afilado, guapo pese al montón de granos en la barbilla, burlándose de los mayores.

Se preguntó cuáles serían sus sueños y objetivos, y sintió la angustia de sus padres. Emitió un sonido desgarrador, que era tanto un grito agónico como un sollozo, y cayó en la oscuridad.

Por desgracia, no estaba vacía. En ella aguardaban el cuerpo retorcido de su hijo y los ojos ardientes de su amo.



Fortunato llegó hasta una mujer de mediana edad que vigilaba la entrada de los estudios de sonido de la NBC. Por el enorme ventanal de su derecha veía la pista de patinaje del Rockefeller Plaza.

No obtenía ninguna percepción de que Peregrine estuviera en el edificio, pero era un as, y era posible que le estuviera bloqueando de algún modo.

—Lo siento, caballero, pero no podemos dar sin más ese tipo de información sobre nuestros presentadores.

Fortunato la miró fijamente a los ojos.

—Llámalas —dijo.

Su mano se movió involuntariamente hacia el teléfono y entonces vaciló.

—No está en el edificio. Esta noche es Letterman quien hace el programa.

—Dime dónde está.

La mujer sacudió la cabeza; su pelo rojo, muy permanentado, la siguió en cada movimiento.

—No puedo. —Parecía estar a punto de llorar—. Tenía que asistir a una cena importante esta noche y por eso no está aquí para la grabación.

—Está bien. Gracias, ha sido muy amable.

La mujer sonrió tímidamente.

Fortunato apoyó la cabeza contra las puertas del ascensor mientras descendía hasta la planta baja. Aún no habían encontrado el cadáver de la Tortuga; el piso de Peregrine estaba vacío; y nadie había visto a Jumpin Jack Flash en semanas.

El juego había durado diecisiete años y ahora le quedaban sólo doce horas. «Me está dando una puta paliza», pensó Fortunato. La única vez en que había conseguido herirle fue cuando destrozó aquella puta máquina y detuvo a TIAMAT.

Estaba exhausto. Había pasado toda la noche en vela con el espejo de Hathor, yendo de aquí para allá en vano desde entonces. «Tienes que darle la vuelta. Contraatacar, hacerle daño», se dijo.

Lo ansiaba con tanta intensidad que podía saborearlo.

Pero ¿cómo podría encontrar a alguien a quien ni siquiera podía ver? ¿Cómo?



## Capítulo trece

---

18.00 horas

Spector decidió seguir adelante y atacar a los Gambione para Latham y sus amigos del Puño de Sombra. Tenía que actuar bajo el supuesto de que encontraría un modo de evitar que el Astrónomo lo matara. Si resolvía ese asunto, sus nuevos contactos le proporcionarían algunos trabajos importantes en un futuro próximo.

No le gustaba gastarse el dinero en ropa pero no había modo de que pudiera entrar en el Haiphong Lily con un traje salpicado de sangre de arriba abajo. Escogió aquella tienda porque desde el exterior no se veía mucho. Tampoco es que pareciera gran cosa en el interior. No había elegantes vestidores, pero sí demasiado polvo en el suelo; era su tipo de lugar. Sacó un abrigo marrón oscuro del colgador y se lo puso. Se acercó al espejo y parpadeó: parecía un polo de chocolate.

—¿Puedo ayudarle, señor? —El dependiente era bajo, tenía mechones de pelo rojo rizado a ambos lados de la cabeza y una cinta métrica blanca alrededor del cuello.

Spector trató de desembarazarse del abrigo; el brazo aún le molestaba. La camisa, empapada en sudor, se le aferraba al cuerpo.

—Necesito un traje. El marrón no es mi color. ¿Tiene algo en gris?

El dependiente se acercó al colgador y empezó a rebuscar entre los trajes. Murmuraba para sí y negaba con la cabeza.

Spector se aseguró de que nadie miraba y entonces sacó unos cuantos cientos de dólares del sobre marrón.

El hombrecillo se giró con un traje gris ceniza entre las manos.

—Mmmmm. Creo que éste tiene posibilidades. ¿Esto es suyo? —Señaló el viejo abrigo de Spector, que yacía sobre una silla. El empleado se acercó y pasó las manos por el tejido.

—¿Todo esto son manchas de sangre?

—Es falsa. He estado en Jokertown hace un rato. Está la cosa revolucionada por allí. —Spector cogió la chaqueta gris y se la puso. Era un poco grande pero se

le ajustaba bien en los hombros—. Me lo quedo.

—¿Cómo? ¿No va a probarse los pantalones? —El dependiente pestañeó atónito y se envaró.

—Para eso tengo el cinturón. —Se colgó los pantalones del brazo bueno.

—Con arreglos son doscientos cincuenta dólares. Es un buen tejido, no obstante. Vale cada céntimo que cuesta. Ya no se encuentran confecciones como ésta muy a menudo.

—No necesito arreglos. —El hombre abrió la boca para hablar pero Spector levantó un dedo—: Tengo una tía en Jersey a la que le encanta hacer este tipo de cosas. ¿Cuánto es?

—Doscientos veinte.

Le entregó el dinero y cogió su otro abrigo, buscando el sobre para asegurarse de que seguía allí. Volvió a mirarse en el espejo. «No está mal», pensó. «Puede que esta noche seas el asesino mejor vestido en el Haiphong Lily». Se quitó los pantalones viejos y se puso los nuevos. Le iban grandes, pero se las arreglaría.

El dependiente volvió con el ticket y el cambio.

—Aquí tiene, señor. Si cambiara de opinión respecto a los arreglos, háganoslo saber. Le aseguro que tenemos los mejores costureros de la ciudad.

Spector cogió el dinero y se lo guardó en el bolsillo.

—Claro.

La campanilla que estaba en el umbral de la puerta tintineó cuando la abrió para salir a la calle.

—Un ángel acaba de conseguir sus alas.

Mientras andaba por la calle vació los bolsillos del traje viejo y luego lo tiró en la primera papelería que vio.



El caimán soñaba despierto, en la medida en que los reptiles pueden soñar.

Ya no estaba allí, en el túnel bajo la palpitante ciudad. Estaba en algún otro sitio, en un lugar más cálido y luminoso donde el agua era acogedora y, a menudo, estaba llena de comida viviente, que no dejaba de moverse. El reptil se desplazaba por el *bayou* como un espectro, con la mayor parte del cuerpo oculta bajo la superficie, las fosas nasales y las órbitas de los ojos sobresaliendo del agua y alzando pequeñas olas.

Al cabo de un rato se adentró en un espacio donde los árboles parecían crecer del revés: sus retorcidas raíces se enroscaban en inmensos nudos de madera sobre las aguas. Por encima de él, un dosel de ramas entrelazadas bloqueaba la

luz del sol. Las sombras jaspeaban cada vez más su espalda conforme avanzaba deslizándose.

Oyó sonidos, amplificadas por el agua. Reconoció el patrón: comida; pero la comida a veces podía hacerle daño, si no era cauteloso. Se dirigió hacia las vibraciones.

Al girar en la curva de un canal más profundo, más allá de un bosquecillo casi impenetrable de cipreses, vio la piragua. Los dos hombres que iban en ella no le vieron, ocupados como estaban clavando largas pértigas en la maraña de madera que estaba a ras de agua.

Más sonidos. Un hombre que llevaba una capucha dijo:

—Tiene que estar en alguna parte, Jake.

El otro gritó tan alto que el caimán tuvo que contraer sus aberturas auditivas.

—¡Zorra, sal de ahí! ¡Te habla tu tío abuelo, Delia!

—Diselo, Snake Jake —intervino el primero.

—Te lo digo, chica: no voy a hacerte daño —rió entre dientes—. Al menos, no te haré nada que no te guste.

El caimán se deslizó sin piedad hacia la piragua. No había debate, nada salvo determinación. Hizo lo que hizo por lo que era y por quienes eran.

Se hundió más en la profundidad, se situó bajo el bote y levantó la proa en las sombras del pantano, bien alta. Los dos hombres gritaron y se precipitaron en las aguas. El reptil no se preocupó por quién era el primero: se comería a los dos.

Abrió las fauces de par en par, dispuesto a hincar los dientes... Y estaba de vuelta en el oscuro túnel bajo la ciudad. Puso un pie delante el otro, de forma mecánica, siguiendo con su imponderable odisea a cámara lenta. El sueño persistió en su mente tan vivido como la realidad. En tanto que no podía considerar el asunto, no sabía si el sueño era algo que había ocurrido o algo que ocurriría.

No importaba; las dos cosas le parecían bien.



Usando el juego de llaves que Jack le había dado años antes, Bagabond abrió otra puerta metálica gris que reveló unas escaleras que descendían hacia la oscuridad. Alargó la mano para coger el suave fardo que yacía a sus pies.

—¿Cuánto falta?

Eran las únicas palabras que Rosemary había pronunciado desde que habían entrado en el sistema de metro en la calle Chambers.

—Hay que bajar estas escaleras y recorrer unos cientos de metros por un túnel..., creo.

La mendiga cerró con llave la puerta. El metal tintineó débilmente.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Nada.

—No me vengas con eso. Debe de ser bastante duro si te impide hablar.

Su amiga tomó aliento de un modo claramente audible.

—Desde que mi padre... murió, y C.C...., odio los subterráneos, los túneles y todo eso. Han pasado quince años pero aquella noche sigue siendo una imagen borrosa y no quiero... recordar.

Las palabras salieron como el mecanismo de un reloj al que se le está desgastando un resorte.

—Pero quieres los libros —dijo Bagabond con sentido práctico, cogiendo a Rosemary por el hombro y haciéndola girar para que la mirara. Bajo la débil luz amarilla, los ojos de la abogada eran sombras negras. La vagabunda sondeó la debilidad de Rosemary.

La ayudante del fiscal volvió a respirar hondo.

—Estoy aquí. Sigo adelante. Pero no puedes hacer que deje de pensar en lo que este sitio le hizo a C.C. —Rosemary se apartó de Bagabond sacudiendo los hombros—. No te preocupes, ¿de acuerdo?

—Creo que no soy yo la que está preocupada.

El pie de Rosemary estaba en el primer escalón cuando las dos mujeres oyeron el amortiguado chapoteo del caimán, seguido de un rugido. Los labios de Rosemary palidecieron al apretarlos. Bagabond asintió para sus adentros con satisfacción.

—Ése es Jack.

La abogada se quedó a una distancia considerable por detrás de la mendiga cuando se acercaron al reptil. Ante su avance, el animal se detuvo y giró su pesada cabeza hacia ellas, con los ojos centelleando en la fría luz del túnel. Rugió desafiante, de un modo que arrancó una mueca a las dos mujeres mientras el sonido restallaba y reverberaba contra los muros de piedra.

—Quédate aquí, te avisaré cuando haya acabado.

Bagabond chapoteó hacia Jack Alcantarillas, adentrándose con suavidad en su mente. Sin preocuparse por la ropa, se arrodilló en el lodo del túnel y acarició la mandíbula inferior del caimán mientras se adentraba aún más, buscando el acceso hacia Jack Robicheaux. Al encontrar la chispa de humanidad que había en las profundidades de la mente del reptil, la acunó, la avivó y la hizo emerger, calmando tanto a las sinapsis protohumanas como al bien definido cerebro del reptil. Cuando la mente del caimán retrocedió, Bagabond se retiró y observó cómo la larga cola encogía y el hocico disminuía. Las cortas patas del animal se alargaron y se convirtieron en los brazos y las piernas de un humano.

El hombre desnudo que ahora yacía en el túnel jadeó y gritó, dolorido, mientras se cubría el vientre con los brazos. Tenía la cara y las manos de un tono entre gris y verdoso, de nuevo protegidas por escamas, pues el proceso

empezaba a revertirse.

—¡Jack!, soy Bagabond. ¡Contrólalo! —habló con aspereza, apretando fuerte la mano del hombre con la suya. Se movió con él cuando Jack se puso boca arriba, jadeando roncamente. Trató de volver a penetrar en su mente pero ahora la inteligencia humana que había en ella la bloqueó. Jack abrió los ojos y miró directamente a los suyos. Convulsionó una vez más pero respiró hondo y permaneció tumbado de espaldas. Aunque lívida, la textura de su piel era otra vez normal; su respiración fue aminorando hasta llegar a un ritmo normal.

Pasándose una mano por la cara, Jack torció el gesto.

—Sé que siempre lo pregunto pero es importante: ¿dónde estoy?

Bajó la mirada hacia a la mano de Bagabond y la soltó, mirando a otro lado con timidez.

—Digamos que en la plaza Stuyvesant. Puede que a unos cientos de metros por debajo. Son como las seis de la tarde. —Se inclinó sobre él y en un gesto inconsciente le retiró el húmedo pelo de la cara—. Aquí tienes algo de ropa. La saqué de tu alijo de Union Square. —Le tendió el fardo que había traído—. Rosemary está aquí, un poco más arriba, en el túnel.

—Supongo que estáis aquí por alguna razón. —Jack se puso en pie con rigidez, con una mano en el vientre y la otra en la frente—. Estoy hecho una mierda.

Dolorido, se puso los chinos y la camisa de trabajo.

—Es por algo que has comido —dijo Bagabond, lacónica—. El dolor de tripa... no es por una lata. Son libros. Libros muy importantes.

—¿Me he comido a un bibliotecario? Genial. —Se pasó los dedos por el pelo enmarañado y alzó la vista al techo del pasaje—. Mi carnet de la biblioteca está caducado, de todos modos.

Bagabond negó con la cabeza.

—Por lo que vi, te comiste a un ladrón. Lo que pasa es que llevaba unas libretas por las que todos los delincuentes de la ciudad matarían veinte veces a su abuela...

—Y yo quiero esos libros para descubrir por qué. —Rosemary se acercó a ellos, recuperado su aplomo habitual—. Hay una reunión de la familia Gambione en un par de horas. Si tuviera esos libros, creo que podría evitar un baño de sangre.

—Como si me importara —dijo Jack. Torció el gesto—. Mi sobrina ha estado dando tumbos por Nueva York durante casi doce horas. A estas alturas, puede que sea comida para perros. Ese sí es mi problema. Iré a buscarla y luego hablaremos de tus preciosos libros. —Parpadeó, doblándose, mientras empezaba a caminar hacia las escaleras.

—¡Robicheaux, puedo arruinarte la vida!

La abogada empezó a seguirle.

—Cállate, Rosemary —dijo Bagabond—. Jack, hay algo más que deberías



saber.

Su voz era neutra y le hizo parar.

—No es sólo la mafia la que está buscando eso. Comparados con los demás, ellos son un encanto. Los otros están usando jokers, quizá incluso ases... Si sales a la calle sabiendo lo que tienes dentro, serás hombre muerto antes de que te dé tiempo de parar un taxi. Algún telépata te localizará y te matarán como a un cerdo. ¿Qué pasará entonces con Cordelia? —Dejó pasar unos segundos—. No puedo protegerte ahí fuera, pero puedo buscar a Cordelia mientras te quedas fuera de la vista... y de la mente de todos.

—¿Durante cuánto tiempo? —Jack intentó erguirse pero volvió a jadear dolorido.

—¿Rosemary? —Bagabond cogió a Jack del brazo y lo sostuvo.

—En dos horas, fuera. Así habrá tiempo de llevar los libros a la reunión. Es lo único que quiero. —Miró fijamente a Jack Alcantarillas y esperó. Sus ojos se encontraron.

—Tiene dos horas, señorita, ni una más. Y si Bagabond no logra encontrar a Cordelia, quiero que tu gente la busque, todos y cada uno de los policías de la ciudad. ¿Trato hecho?

Jack se tambaleó hacia Bagabond, apoyándose con una mano en la pared.

Rosemary sonrió.

—Trato hecho.



El tiempo parecía fluir de un modo distinto en los confines de la pequeña iglesia. Quizá era la tranquila oscuridad iluminada tan sólo por las oscilantes velas votivas y unas pocas lámparas fluorescentes; o quizá era el reverente silencio de los feligreses rezando en los bancos. Fuera cual fuera la causa, la paz y tranquilidad que había encontrado en el pequeño templo cristiano habían hecho mucho para calmar sus perturbados nervios. Jennifer empezó a dar por sentada su seguridad y su mente divagó. Estudió el extraño simbolismo de las sucias vidrieras y los igualmente raros dioramas que describían las doce estaciones del Jesucristo Joker hacia la cruz, pero pronto se cansó de su obtusa teología. Su estómago rugió descontento y miró hacia el altar, preguntándose por qué tardaba tanto el padre Calamar.

Los feligreses que rezaban en silencio a su alrededor eran todos jokers, aunque las deformidades de algunos eran menos evidentes que las de otros. Había un triclope con barba, una mujer hermosa y de excelente figura con un pelaje brillante que cubría cada centímetro visible de su piel expuesta, y un monaguillo de rostro dulce que se movía con brío pero con cuidado alrededor del

altar, reordenando las cosas y reponiendo las existencias de vino y obleas.

Oyó el sonido de unos delicados pasos tras ella y se giró de golpe, mientras la imagen de Wyrn y el recuerdo de su lengua raspándole la piel se disparaban en su mente. Se relajó al ver que no era el joker reptiliano acechándola por detrás, sino tan sólo una chica que se sobresaltó tanto con el repentino movimiento de Jennifer como ella con su silenciosa aproximación.

—Lo siento —dijo—. No pretendía asustarte.

Era una adolescente alta, esbelta y muy hermosa con un cabello muy negro, muy brillante y ojos castaño oscuro. Llevaba unos vaqueros desgastados y una sudadera descolorida con el nombre de la banda de rock «FERRIC JAGGER» impreso en letras desteñidas. No iba maquillada y no llevaba más que una joya, un pendiente en forma de caimán. Los ojos del reptil eran pequeñas piedras verdes. Su voz era suave y melódica y tenía un agradable acento exótico que Jennifer no había oído antes. Cargaba con una vieja maleta de tela desgastada con estampados florales.

—No pasa nada —dijo Jennifer, sonriendo para tranquilizarla—. Es que soy un poco nerviosa.

—Te he estado observando un rato —dijo la adolescente con su elusivo acento — y he caído en la cuenta de que, ehm, quizá te vendría bien un jersey o, ehm, algo más... Como hace tanto frío aquí y tal. —Hizo una pausa, sonrió con timidez y, como si temiera ofenderla, añadió en seguida—. A menos que quieras vestir así, o sea, que tengas alguna razón para llevar ese biquini en la iglesia.

Jennifer volvió a sonreír, conmovida por la oferta de la chica. Resultaba evidente que era nueva en la ciudad, probablemente muy nueva; puede que incluso estuviera huyendo de algún tipo de problema. Pero era lo bastante considerada como para acercársele y ofrecerle ayuda.

—Eso sería muy amable por tu parte, si no es mucho pedir.

La chica negó con la cabeza, depositó la maleta en el pavimento de losas del suelo y la abrió.

—No pides nada del otro mundo —dijo, rebuscando por el equipaje—. Toma, pruébate esto.

Era una sudadera grande y descolorida en la que se leía «Tulane» con letras desgastadas. Jennifer se la puso y sonrió a la chica, agradecida.

—Gracias.

Vaciló un momento y luego siguió:

—Me llamo Jennifer. Tengo... algunas cosas... de las que ocuparme ahora mismo pero después, si necesitas algo, un lugar donde dormir o lo que sea...

—Puedo cuidar de mí misma.

—Yo también —señaló ella, deseando que fuera verdad—, pero de vez en cuando está bien tener a alguien en quien confiar.

La joven asintió, devolviéndole la sonrisa, y Jennifer le dio su número de

teléfono mientras el joven monaguillo, con el pelo rubio alborotado, un rostro de querubín y una deformidad de joker oculta bajo la casulla, se les acercó con pasos lentos y tambaleantes.

—El padre Calamar quiere verte —le comunicó a Jennifer.

Ella asintió y se volvió hacia la muchacha.

—¿Cómo te llamas?

—Cordelia.

—Gracias por la sudadera, Cordelia. Dame un toque, por favor.

Cordelia asintió y Jennifer siguió al muchacho hasta las estancias privadas de la parte trasera, que habían sido reservadas para el sacerdote para prepararse para la misa y llevar los asuntos de la iglesia.

La condujo a una salita con escasos muebles, sin pretensiones. El padre Calamar estaba sentado en una enorme y vieja silla tras un desordenado escritorio. Observó a Jennifer sin pestañear cuando entró, así como el hombre que estaba sentado en una sencilla silla de madera ante el escritorio del sacerdote.

—Me he enterado, por fuentes fiables, de que este hombre ha estado buscándote durante algún tiempo. Tienes algo que quiere y, a cambio, te ofrece su protección. —El padre Calamar se levantó pesadamente—. Sé de buena tinta que se puede confiar en él de todas todas. No conozco su nombre pero su *nom de guerre* es Yeoman.

Era el hombre que había visto por primera vez en el estadio, el que después la había rescatado, quizá sin darse cuenta, de Wyrn. Llevaba la misma ropa y la misma capucha. En el suelo, junto a sus pies, había una caja rectangular y plana; en sus ojos oscuros, un aire especulativo, mientras la miraba fijamente.

El padre Calamar observó cómo se miraban el uno al otro y luego bordeó el escritorio con cuidado.

—Sin duda, vosotros dos tenéis muchos intereses comunes que discutir y yo también tengo trabajo que hacer, así que os voy a dejar. —Lanzó a la joven una larga y amable mirada—. Buena suerte, hija mía. Quizá algún día vengas a visitarnos de nuevo.

—Lo haré, padre.

Se despidió con un cabeceo del hombre al que llamaba Yeoman y abandonó la sala con pesada dignidad, cerrando la puerta tras él. Jennifer decidió que, si al final no tenía que devolverle los sellos a Kien, el padre se encontraría con una ingente donación en el cepillo. Le debía al menos eso, aunque su intento de ayudarla no funcionara del todo.

Sintió los ojos de Yeoman clavados en ella y se giró y se enfrentó al peso de su firme mirada.

—El diario de Kien. —Su voz era grave y poderosa. La chica percibió una temblorosa tensión alrededor, como si apenas pudiera contenerse—. ¿Lo tienes?

Así que el tercer libro era eso, un diario. Abrió la boca, luego la cerró, preguntándose si podía permitirse contarle la verdad.

La intensidad de Yeoman la asustaba un poco, pero el miedo combinado con el hambre, el cansancio y el resentimiento por haber sido perseguida todo el día le hizo contestar con una dureza que la sorprendió incluso a ella.

—Sé qué aspecto tienes, así que podrías quitarte esa máscara. No me gusta hablar con gente que parece tener algo que ocultar.

El hombre se recostó en la silla y frunció el ceño.

—Va a seguir en su sitio, por el momento.

Recordaba sus facciones afiladas y rudas, con líneas de expresión en la frente y alrededor de la boca, y le envolvía una tensión vibrante que su máscara no podía esconder.

—¿Te llamas Espectro? —preguntó inesperadamente. Ella asintió—. Eres una ladrona. Muy buena, por lo que he oído. Entraste en el apartamento de un hombre llamado Kien de madrugada y robaste algunos objetos valiosos de su caja fuerte.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Una dama lo vio en su bola de cristal —dijo, bastante complacido ante la expresión de irritada incompreensión de Jennifer—. Hay mucha gente buscándote, ¿lo sabes? Quieren lo que robaste.

—Bueno —dijo evasiva—, son sellos muy valiosos.

Yeoman se inclinó hacia adelante y descansó la barbilla en la palma de una mano grande y fuerte. La miró con detenimiento. Jennifer le devolvió la mirada, desafiante, hasta que él suspiró y volvió a hablar.

—En realidad no tienes ni idea, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza, tratando de esconder una excitación creciente. Era obvio que Yeoman conocía las respuestas de algunas de sus más acuciantes preguntas.

—Al diablo con los sellos, a nadie le importan un carajo. Lo que persigue todo el mundo es el otro libro, el diario personal de Kien. En él se detalla toda la corrupción y podredumbre que maneja con sus asquerosas manos desde que llegó a Nueva York.

—Pensaba que era un hombre de negocios. Tiene restaurantes y lavanderías y demás.

—Así es, pero sólo es una tapadera que le sirve para justificar su riqueza. Está metido en todo lo turbio: drogas, prostitución, extorsión, juego. Está metido en todo. La información que contiene ese diario podría ponerlo fuera de circulación durante una buena temporada.

—¿Estás tratando de recuperarlo para él?

Los labios de Yeoman se contrajeron en una línea apretada, tensa. Los músculos se le marcaron en la mandíbula.

—No.

La palabra que se escapó entre sus dientes apretados era dura, inexpresiva y lo bastante fría como para que la joven tuviera que reprimir un escalofrío.

—¿Y no te importan los sellos?

Negó con la cabeza. Los ojos de Yeoman habían capturado los suyos. Se sentía como un gorrión en manos de un gigante, ahora tranquilo pero potencialmente destructivo. Era un sentimiento aterrador pero, en cierto modo, estimulante.

—Vaaaaaale —dijo despacio—. A ti no te importan los sellos y a mí no importa el diario. Creo que podemos llegar a un acuerdo.

El hombre sonrió y ella reprimió un escalofrío.

—Entonces lo tienes.

—Bueno, sé dónde está.

Guardó silencio un momento, reflexionando. No conocía de nada a ese tal Yeoman. Sabía que estaba detrás de la reciente oleada de asesinatos con arco y flechas, pues en muchas de las escenas del crimen se habían encontrado notas firmadas con ese nombre. El padre Calamar decía que se podía confiar en él, pero resultaba que tampoco conocía al padre Calamar. Él esperó pacientemente mientras todos esos pensamientos discurrían por su mente, como si fuera consciente de que estaba intentando resolver un dilema interior. No se comportaba como un asesino maniaco. Era un hombre manifiestamente peligroso pero ese aura de peligro que flotaba a su alrededor era como un aroma especiado y seductor. Una repentina determinación la golpeó, suscitada por un impulso igual de fuerte.

—Te diré dónde está el libro, si me respondes a dos preguntas.

—¿Qué?

La expresión de su cara y su voz mostraron auténtica perplejidad.

—¿Cómo conseguiste seguirme la pista hasta el Ebbets Field?

—Muy sencillo. —Sonrió como un lobo—. El prestamista te vendió. Se enteró del rumor que Kien había hecho correr en las calles acerca de los libros pero no sabía cómo ponerse en contacto directamente con él. Tuvo que recurrir a un tercero, una traficante de información que es... amiga... mía. Le puso en contacto con Kien pero también me lo contó a mí. Llegué a su tienda justo a tiempo para ver cómo salías de uno de los almacenes junto a la tienda de empeños, bajabas por la calle y te ponías a hacer cola en las taquillas delante del estadio. Así que te seguí hasta el interior.

—Tiene sentido..., supongo. Vale, mi segunda pregunta. —Sonrió con dulzura—. ¿Cómo te llamas?

Jennifer apenas comprendía por qué le había preguntado eso; lo único que sabía era que quería interactuar con él en un nivel personal, no como figuras anónimas enmascaradas.

Se recostó en la silla y la miró con el ceño fruncido.

—Podría hacer que me dijeras dónde está el diario.

La joven estiró aún más su sudadera. De repente, su garganta se secó al darse cuenta de que estaba surcando aguas peligrosas, potencialmente fatales.

—Sé que podrías —dijo con una vocecilla—, pero no lo harás.

—¿Qué te hace estar tan segura de ello?

Encogió sus delgados hombros.

—Sólo sé que no lo harás.

La contempló un momento aún más largo pero ella no eludió su mirada. Gruñó algo inarticulado, como un oso furioso, y luego dijo con voz airada:

—Brennan.

Jennifer asintió, secretamente aliviada de haber estado en lo cierto. No es que hubiera estado realmente en peligro: a estas alturas sus poderes se habían recuperado sin duda y, de haberla atacado, le habría bastado con volatilizarse.

—Bien. Los libros están con el Dr. Tachyon.

—¿Tachyon? —preguntó Brennan con visible sorpresa.

—De hecho —sonrió—, en su figura de cera del Dime Museum.

—No es un mal escondite —dijo Brennan tras reflexionar unos instantes—. Los hombres de Kien aún te están buscando: una vez que Wyrn detecta un aroma puede seguirlo a cualquier lado, siempre que sus trazas permanezcan en su lengua, así que te llevaré a un lugar seguro y después iré a buscar los libros. Yo me quedaré el diario, tú puedes quedarte con los otros.

—Iré contigo y...

—No.

La palabra fue dura y afilada como la hoja de una guillotina. Jennifer supo que no había discusión posible sobre ese punto.

—Bueno, si me vas a llevar a un lugar seguro, que haya comida. Parece que no haya comido en una semana.

Brennan pensó por unos instantes, entonces asintió. Rebuscó en el bolsillo trasero de los vaqueros y sacó un naipe, un as de picas, tomó prestado un bolígrafo del escritorio del padre Calamar y garabateó una nota en el anverso. Devolvió el bolígrafo a su sitio y le entregó la carta a Jennifer.

—Hiram Worcester va a celebrar una fiesta sólo para ases en su restaurante, el Aces High. Allí deberías estar a salvo, y habrá mucha comida. ¿Has oído hablar de Fortunato?

La muchacha asintió.

—Dale esto.

Jennifer echó un vistazo a lo que había escrito. Era corto e iba al grano: «Cuida de ella. Y.» Alzó unos ojos llenos de respeto hacia Brennan. Había oído hablar del sombrío as, Fortunato; no mucho, pues no era alguien que buscara publicidad, pero el hecho de que Brennan tuviera una relación personal con él era

una novedad interesante. Se preguntaba si él mismo sería un as y qué habilidad le habría otorgado el virus.

—O a Tachyon, si Fortunato no está. No obstante, hagas lo que hagas, mantente alejada del Capitán Trips (el hippy alto y delgaducho) y la bailarina conocida como « Fantasy ». No me fío de ellos. No me fío en absoluto.

La chica consideró el consejo por unos momentos y asintió. Si iba a confiar en él, debía confiar del todo.

—No quiero ser un incordio pero ¿podríamos parar en algún sitio para conseguir algo de ropa? No me gustaría ir al Aces High así.

—El padre me habló del estado de tu, eh, vestimenta. —Rebuscó en la caja que había en el suelo, a sus pies, y sacó un hatillo de ropa—. Espero que te sirvan. —La analizó—. Eres más alta de lo que pensé en un principio.

Observó minuciosamente todo el despacho mientras Jennifer se ponía en pie, se quitaba la sudadera y se ponía unos vaqueros y un jersey oscuro. Se puso los calcetines que Brennan le había traído y, mientras se ataba los cordones de las deportivas, alzó los ojos para ver cómo él la miraba detenidamente. También había una máscara entre la ropa. Se la metió en el bolsillo trasero de los pantalones y se levantó. El jersey y los tejanos le iban bien, aunque los tejanos eran un poco cortos y se ajustaban al máximo a su esbelta figura. Dobló pulcramente la sudadera y la dejó en el escritorio del sacerdote con una breve nota explicativa.

—Bien. —Brennan se puso en pie y levantó la caja—. Primera parada: Empire State Building. —Sonrió satisfecho—. Si no estás segura en una sala llena de ases, no estarás segura en ningún sitio.



En el piso superior de la antigua casa adosada de su madre, en el confortable lujo del Upper West Side, Fortunato cerró los ojos. Miranda le arregló la corbata negra con dedos hábiles. Ahora tenía cuarenta y muchos años, pesaba más de lo que debería haber pesado si aún fuera una geisha y llevaba un traje de Chanel en vez de un diseño barato de confección. Se había convertido en la ayudante de su madre, diez años atrás, y no había vuelto a hacer la calle desde entonces.

—Tienes mal aspecto. ¿Acaso Verónica no trabaja bien?

—No —dijo Fortunato—. Ni creo que vaya a hacerlo.

—Nunca la he entendido. Lo único que quiere es casarse y tener hijos y cuidarlos todo el día, tener un marido al que nunca vea y tener criados, coches y dinero. Sigo preguntándome qué hice mal.

—No eres tú, es todo el país. La avaricia es muy chic en los tiempos que corren.

Le rozó los labios y sintió un cosquilleo en la piel.

—Estás muy cansado.

—Estoy exhausto.

—Solía conocer el remedio para eso. —Estaba muy cerca de él. Podía oler su perfume y la dulzura de su piel. Ella leyó en su rostro que estaba dispuesto y dijo—: Acuéstate.

Se tendió sobre la cama. Ella se quitó la chaqueta y la falda. Él iba a quitarse la corbata pero le dijo:

—No te muevas.

Acabó de desvestirse. Aún era lo bastante elegante para quitarse las medias sin cortar el rollo. El sujetador le había dejado marcas alrededor del pecho y sobre los hombros, y tenía una oscura pelusilla bajo los brazos.

Se metió en la cama, se puso a horcajadas sobre Fortunato y empezó a tocarse. Comenzó por la frente y entonces dejó que sus dedos se deslizaran por sus mejillas, y de nuevo hacia arriba, donde las orejas se unían a la línea de la mandíbula. Se le erizó el vello de la nuca. Se balanceó hacia delante hasta que sus pechos grandes y colgantes estuvieron a pocos centímetros de su cara. Él se apoyó para besarlos y ella le apartó.

—No —dijo—. Te he dicho que te quedaras quieto.

Frotó sus anchos y oscuros pezones con las puntas de los dedos hasta que se endurecieron y apuntaron al as. Después se acarició el vientre y enterró la mano izquierda en su vello púbico. Con la derecha rozó de nuevo los labios de Fortunato. Le lamio los dedos y arqueó la espalda.

Se colocó en la cama de rodillas y bajó hasta encontrar su boca.

—Ve despacio —dijo ella—. Ha pasado mucho tiempo.

Mientras le lamía y la tentaba con la lengua, ella empezó a deshacerse y abrirse a él poco a poco. Se agarró del cabecero de latón de la cama y se movió despacio contra él, jadeando cada vez más rápido, presionando su cabeza con sus pesados muslos.

Entonces tensó el cuerpo y dejó escapar un pequeño grito, áspero, y él bebió de su poder, ávido y agradecido. Lo sintió hormigear por todo el cuerpo y casi no se dio cuenta cuando ella se inclinó para besarle suavemente en la boca.

—Sabes a mí —dijo—. Cuidate, Fortunato.

Recogió la ropa y se fue.



Fortunato bajó a la planta baja para encontrarse con un círculo de hermosas mujeres alrededor del sofá, en la sala de estar. En medio había una muchacha



alta, impactante, con vaqueros y una camiseta de manga larga.

—Ichiko —dijo el as, usando el nombre de geisha de su madre—, ¿qué sucede?

—Ellroy la encontró en Jokertown —dijo Ichiko. Al igual que Miranda, había engordado en los últimos diez años. Sin embargo, era alta y ahora tenía un aspecto del todo anglosajón. Llevaba un jersey y una falda de algodón negro y una blusa de seda roja y negra. Los tres primeros botones estaban abiertos. Cruzó la habitación, hacia el as, sin el menor ruido ni esfuerzo visible.

—Estaba saliendo de la Iglesia de Jesucristo Joker y parecía que iba a meterse en problemas con uno de los ojeadores de los Gambione. Ellroy se ofreció a llevarla —se encogió de hombros— y aquí está.

—Es guapa.

—Sí —dijo Ichiko—, lo es.

—Bien —dijo Fortunato a las otras—. Se acabó. Señoritas, ¿no se supone que tendríais que estar en otro sitio?

Se dispersaron todas a la vez; Caroline se detuvo para deslizarle un brazo alrededor de la cintura al pasar. Y luego se quedó a solas con ella.

—Soy Fortunato —dijo.

—Cordelia.

No se levantó pero le tendió la mano. Él se la estrechó por un momento y después se sentó a su lado.

—Gracias por rescatarme —dijo.

Su voz era grave, un poco entrecortada y muy sureña; era sexy.

—¿Sabes dónde estás?

—Ellroy me lo contó un poco. Dijo que no había ningún compromiso pero que podía pasarme por si quería una entrevista.

—¿Y?

—Sigo aquí, ¿no?

Era coqueta pero parecía muy joven.

—Tengo que hacerte algunas preguntas personales.

—¿Te refieres a si soy virgen y eso?

—Por ejemplo.

—No. Tenía un novio en Atelier Parish. Y, bueno, ya sabes lo que dicen de las vírgenes en Louisiana, que no son más que chicas sin ningún pariente varón cercano. —La chica rió pero Fortunato, no.

—Tenemos que hablar más. ¿Tienes planes para la hora de cenar?

—¿Planes para cenar? Qué va. Y por el modo en que vas vestido me imagino en cualquier lugar contigo.

Fortunato miró el reloj.

—Te encontraremos algo que ponerte. ¿Cuánto tardarás en estar lista?



## Capítulo catorce

---

19.00 horas

Cuando el barbero acabó de recortarle la barba y sacudió el mandil, Hiram Worchester se levantó majestuosamente de la silla, se enfundó un esmoquin hecho al milímetro y se examinó en el espejo. La camisa era de seda, del más profundo y más puro de los azules. Todos los accesorios eran de plata. Azul y plata eran los colores del Aces High.

—Muy bien, Henry. —Le dio al barbero una buena propina.

Curtis esperaba justo en la puerta de su despacho. Más allá, el restaurante estaba listo. Camareros y bármans estaban en sus puestos. Las impresionantes figuras de hielo de Kelvin Frost se habían trasladado a la planta, cada una de ellas rodeada por un foso de hielo picado salpicado de botellas de Dom Perignon. Había mesas de entrantes fríos y calientes repartidas por todo el restaurante, para evitar que los invitados se aglomerasen. Los músicos estaban a punto junto a sus instrumentos. Por encima, las resplandecientes arañas art déco brillaban con luz tenue. Al oeste se veía el inicio de un magnífico crepúsculo grana y oro.

Hiram sonrió.

—Abre las puertas —le dijo a Curtis.

Una docena de personas ya aguardaban en el vestíbulo. Hiram se inclinó antes las mujeres y les besó la mano y dio a cada uno de los hombres un firme apretón de manos, hizo las presentaciones necesarias y les señaló la barra. Los pájaros tempraneros solían ser desconocidos ases menores, inseguros de su estatus y excitados por la invitación de Hiram. Unos pocos, que acababan de salir a la luz, no habían estado nunca en el Aces High, pero Hiram los trataba a todos como a amigos a quienes no hubiera visto en mucho tiempo. Los ases más importantes tendían a presentarse elegantemente tarde.

El primer invitado no deseado era un alto y rubio universitario que parecía incómodo con su esmoquin alquilado.

—¿Qué tengo que hacer para entrar, adivinar tu peso? —preguntó cuando Curtis llamó a Hiram para confirmar su admisión.

—No —dijo Hiram, sonriendo—. Me temo que eso ya ha quedado desfasado.

Pero veo que has leído la *Wild Card Chic*.

—Ya lo creo. Bueno, ¿qué hay que hacer para entrar?

—Demostrarme que tienes el poder de un as.

—¿Aquí mismo? —El chico miró inquieto a su alrededor.

—¿Hay algún problema? ¿Qué poder tienes, si me permites el atrevimiento?

El chico se aclaró la garganta:

—Es un poco complicado de...

Su acompañante emitió una risita:

—Se vuelve chiquitín —anunció en voz alta y clara.

El universitario se puso muy rojo.

—Sí, ehm, comprimo las moléculas de mi cuerpo, supongo, para hacerme más pequeño. Puedo, ehm, encogerme hasta los quince centímetros. —Intentó mantener la voz baja pero todo había quedado en silencio—. Mi masa sigue siendo la misma —añadió en tono defensivo.

—Menudo poder, chico —opinó Wallace Larabee en voz alta desde el bufé junto al que se encontraba, con una pequeña tortita de trigo sarraceno que se doblaba peligrosamente bajo el peso del caviar apilado sobre ella—. Vaaaya, qué miedo, en serio.

Hiram creyó que el chico no podría ponerse más rojo, pero lo hizo.

—No hagas caso a Wallace —dijo Hiram—. Casi echó a perder nuestra reunión de 1978 cuando hizo una demostración de su poder, y sabe que lo expulsaré si vuelve a hacerlo. Le llaman la Mofeta Humana.

Hubo risas generales. Larabee se dio la vuelta para coger otra tortita y el chico pareció menos mortificado.

—Bueno, lo único es que cuando lo hago, yo, ehm, bueno, la cosa es que yo encojo, pero mis ropas no.

Hiram comprendió.

—Curtis, llévalo a mi despacho y veamos si puede hacer lo que dice.

Curtis sonrió.

—Por aquí, por favor.

Cuando salieron al cabo de un rato, el maître inclinó levemente la cabeza, los invitados estallaron en un aplauso y el chico volvió a ponerse rojo.

—Bienvenido al Aces High —dijo Hiram—. Creo que no me he quedado con tu nombre.

—Frank Beaumont —respondió el universitario.

—Pero yo le llamo Chiquitín —apuntó su novia.

—¡Gretchen! —bisbiseó Frank.

—Me llevaré tu secreto a la tumba, te doy mi palabra —prometió Hiram. Llamó a un camarero que pasaba por su lado—. ¿Unos refrescos, o sois lo bastante mayores como para disfrutar de un poco de champán? —les preguntó a Frank y Gretchen—. Por favor, recordad que la sala está llena de telépatas.

Se conformaron con los refrescos.



La calle de delante de la entrada de la Quinta Avenida del Empire State Building era una casa de locos. Los *paparazzi*, los curiosos que habían venido a ver a los famosos y los *groupies* de los ases formaban un desafiante y ruidoso grupo que escrutaba a cualquiera que intentara entrar. Jennifer y Brennan observaron desde el otro lado de la calle cómo las limusinas llegaban hasta la alfombra roja que había sido extendida desde la entrada del edificio hasta la acera y los destellos de los flashes y los gritos de alegría saludaban a un as tras otro.

Peregrine llegó en su Rolls con chófer. Llevaba un vestido de terciopelo negro sin tirantes, con la espalda al aire y un escote hasta la altura del ombligo. Sonrió graciosamente a la ruidosa multitud pero mantuvo las alas pegadas al cuerpo, pues en el pasado se había topado con gente que quería un recuerdo y le había arrancado alguna pluma. Tachyon llegó en una limusina. Su acompañante era una impresionante mujer negra que lucía un vestido casi tan escotado como el de Peregrine.

—Tengo que dejarte aquí —dijo Brennan cuando un taxi se detuvo y dejó a un hombre con un ceñido traje blanco.

—Ten cuidado.

Brennan sonrió.

—Será pan comido. Recuerda, mantente lejos de Fantasy y el Capitán Trips. Puede que Kien los tenga en el bolsillo. Jennifer asintió.

—Una cosa más. Me cuesta creer que pudiera ocurrir nada peligroso ahí dentro pero, por si algo va mal y tienes que marcharte, me gustaría establecer un punto de reunión para que no tengamos que volver a perseguirnos el uno al otro por toda la ciudad. —Brennan lo meditó unos segundos—. En Times Square, en la esquina de la 43 con la Séptima.

—Vale —dijo Jennifer. Quería decirle una vez más que tuviera cuidado pero era una estupidez. Las cosas estaban bajo control y la aventura casi había acabado. Se dio cuenta de que sentía ciertos remordimientos mezclados con una sensación de alivio.

Brennan levantó la mano en un saludo y ella le dijo adiós. Vio como desaparecía en silencio entre las sombras, luego se puso la máscara, dio media vuelta y cruzó la calle.



—¿Has oído algo de la Tortuga? —preguntó Hiram casi en el mismo instante en que Fortunato entraba por la puerta.

—No desde esta tarde. ¿Ya han encontrado su caparazón?

Negó con la cabeza.

—Nada. Aún no puedo creerlo. Es... —De repente reparó en Cordelia. Se había aseado perfectamente e Ichiko le había encontrado algo blanco y ajustado —. Querida, por favor, dispensa mi grosería. Soy Hiram Worchester, propietario de este establecimiento.

—Cordelia —dijo Fortunato. Hiram se inclinó sobre su mano. El as negro esperó a que acabara—. ¿Qué tal Jane, está bien? —Hiram señaló a la barra—. No la he perdido de vista en toda la tarde. El tampoco —añadió, señalando al androide, que estaba al lado de la mujer.

Fortunato asintió y vio la botella de whisky escocés junto a la mano derecha de Modular Man.

—¿Está borracho?

—Lo he oído —dijo con gran dignidad—. Soy un androide y no hay modo de que pueda embriagarme en términos humanos. —Se aclaró la garganta, lo que sonó de un modo artificial—. He iniciado una subrutina que, de algún modo, altera de forma aleatoria los procesos cognitivos, simulando los efectos del alcohol, pero será anulada ante cualquier signo de peligro. Te aseguro que no estoy borracho. —Se volvió hacia Water Lily, quien no dejaba de contemplar un *shirley temple* y de alimentar su impaciencia—. Bueno, ¿de qué hablábamos?

—¿Fortunato? —dijo Water Lily.

—Un segundo —dijo Fortunato—, dadme sólo un par más de minutos.

Vio a Peregrine al otro lado de la habitación. Se giró hacia Hiram y dijo:

—¿Podrías enseñarle todo esto a Cordelia por mí? He de ocuparme de una cosa.

—Lo haré encantado.

El grupo de hombres que rodeaban a Peregrine le vio venir y se apartaron. Cuando llegó a su altura, sólo quedaban dos.

Llevaba unos guantes largos que complementaban el vestido y que dejaban bastante espacio a sus anchos y musculosos hombros y a las grandes alas marrones y blancas que le salían de la espalda; era tan escotado que debía de habérselo pegado para que no se le cayera.

Con los tacones de aguja media más de metro ochenta. Llevaba el cabello castaño recogido con intencionado desorden, de modo que ocupaba varios centímetros cúbicos alrededor de la cabeza. Su nariz y sus pómulos eran tan afinados que parecían haber sido tallados, más que un producto de la genética.

Sus ojos eran de un tono azul tan vivido que Fortunato sospechaba que llevaba lentes de contacto. Pero la expresión que había en ellos le cogió un poco por sorpresa; centelleaban como si estuvieran a punto de entrecerrarse por la risa, y

un lado de su boca se torcía en una sonrisa irónica.

—Me llamo Fortunato —dijo.

—Eso he oído. —Le miró de arriba abajo, despacio. Miranda le había dejado con un gusto persistente a almizcle y una erección bien visible. La sonrisa de Peregrine se acentuó—. Hiram dijo que me estabas buscando.

—Creo que podrías estar en un grave peligro.

—Bueno, de momento parece que no, pero lo veo como una clara posibilidad.

—Lamento decirte que hablo en serio. Aullador y Chico Dinosaurio ya están muertos; el Astrónomo los ha matado esta mañana. Por no hablar de diez o quince de sus antiguos secuaces. La Tortuga está desaparecida y es probable que muerta. Tú, Tachyon y Water Lily sois los objetivos más obvios.

—Un momento, un momento. Me estoy haciendo la composición de lugar: eres el único que puede salvarme, ¿verdad? Así que después de la cena podrías volver al ático conmigo y proteger mi cuerpo, ¿verdad? ¿Toda la noche o así?

—Te prometo que...

—Estoy un poco decepcionada, Fortunato. Después de todo lo que he oído, esperaba algo, bueno, un poco más romántico. No una aproximación tan cutre. Original, eso sí. —Alargó la mano y le dio unas palmaditas en la mejilla—. Pero muy cutre.

Se alejó sonriendo.

El as dejó que se fuera. Al menos ahora estaba ahí, donde estaría segura.

Buscó a Cordelia y la vio hablando con un árabe ataviado con un traje circense. El hombre estaba intentando verle la delantera, con bastante éxito.

«Una chica con talento», pensó Fortunato. Podía jugar con un hombre como si fuera un perrito, parecía lista y divertida y no excesivamente quisquillosa. Si la cogía, sería cosa suya iniciarla. Era el tipo de trabajo que solía ansiar, pero en este caso tenía dudas. Parecía tan condenadamente inocente...

Se armó un revuelo en la puerta. Hiram estaba sacudiendo el brazo de Tachyon, sobreactuando un poco el papel de genial anfitrión. Junto al alienígena estaba la mujer que Fortunato había visto con él en la Tumba de Jetboy.

La mujer miró en su dirección por un segundo y el as la reconoció. Trabajaba por libre y era muy cara; tan cara como el pez globo en Japón, pues todos los hombres que iban con ella arriesgaban la vida. De vez en cuando, supuestamente al azar, secretaba un veneno letal cuando llegaba al orgasmo. Su apodo en las calles era «Russian Roulette».

«Tachyon estará bien», pensó Fortunato. No veía muchas posibilidades de que el pequeño alienígena zumbado fuera capaz de hacer que una mujer como aquella se corriera.



—¿Estás segura de que quieres estar aquí?

La seda se deslizó cuando su pierna emergió por la raja de la falda al salir de la limusina, con la mano de Tachyon como apoyo firme.

—¿Estás seguro de que tú quieres estar aquí? Eres tú quien puso mala cara.

Un gesto negativo de una mano menuda.

—No es nada. Además, no querría decepcionar a Hiram después de haber sido tan atento al rescatarnos.

—Vale.

—Pero has pasado por una experiencia aterradora y no quisiera que...

—Doctor, ahora estamos aquí, y no veo qué ganamos continuando con la discusión de este asunto en la acera, delante de centenares de turistas boquiabiertos.

Ella atravesó la puerta del principal del Empire State Building; se le notaba aburrida y se le notaba irritada por su insistencia: Tachyon se había mostrado preocupado mientras se vestía para la cena, atento cuando habían vuelto a su piso para que ella pudiera cambiar sus estupendos pantalones por un vestido de cóctel de seda blanca que ahora lucía, solícito mientras conducía y ahora estaba a punto de matarle. Y no se le pasaba por alto la ironía en la situación. Porque aunque él la mimara y se desviviera por ella, todos sus pensamientos estaban obsesionados con el hecho de que seguía vivo. Había pasado ocho horas en su compañía, lo había ayudado al rescatarle de sus secuestradores y todavía no le había matado.

«Después, aún hay tiempo».

El vestíbulo estaba atestado de reporteros. Se extendían como un lago hirviente ante los ascensores y, cuando Tachyon entró, se convirtieron en un tsunami que se abalanzó a toda velocidad para abordarlo. Los micrófonos proyectados en la cara, como si fueran floretes, y un parloteo de preguntas que se encabalgaban.

—¿Algún comentario sobre la muerte de Chico Dinosaurio y Aullador?

—¿Está trabajando con las autoridades en este caso?

—¿Qué nos dice de su secuestro?

Todo ello mezclado con el zumbido de potentes cámaras.

Tachyon, con aspecto furibundo, intentó quitárselos de encima y al no conseguirlo se abrió paso a codazos hacia el ascensor exprés.

Un hombre apuesto con un arrugado traje gris se acercó a empujones a Roulette y ella retrocedió asustada.

—Eh, Tachy, ¿le estás dando a nuestros ojos un descanso o qué?, ¿o sólo intentas ir a conjunto con tu amada?

Los ojos del reportero recorrieron sarcásticamente los calzones blancos y la túnica, la capa y las botas blancas con adularias incrustadas en los tacones, y acabaron en el pequeño sombrero de terciopelo con una adulada y un broche de plata sujetos al ala vuelta.



—Digger, apártate.

—¿Quién es la nueva as? Eh, cielo, ¿cuál es tu poder?

—No soy un as, déjame en paz.

Tenía la respiración entrecortada por la agitación y desvió la mirada de aquellos ojos tan penetrantes.

—Tachyon —dijo Digger con un tono que de pronto se había vuelto muy serio—, ¿puedo hablar contigo?

—Ahora no, Digger.

—Es importante.

—Tachyon, por favor, sácame de toda esta multitud.

Sus dedos le tiraron de la manga y él dejó de atender al periodista.

—Nos vemos en mi despacho.

Las puertas del ascensor se cerraron tras ellos con un sonido vaporoso y su corazón empezó a refrenarse.

—Que yo sepa Digger nunca se equivoca. ¿Estás segura de que...?

—¡No soy un as! —Se sacudió su mano del hombro desnudo—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

—Lo siento —dijo en voz baja; en sus ojos violetas era evidente que estaba dolido.

—¡No! ¡No lo sientas, ni seas tan solícito, ni te preocupes!

Él se situó al otro lado del ascensor y completaron el trayecto en silencio. El ascensor los depositó en el enorme vestíbulo exterior del Aces High. Roulette miró a su alrededor; la curiosidad venció al nerviosismo.

Nunca había estado en el restaurante. Josiah consideraba que todo el asunto de los ases y los jokers era vulgar y bastante espantoso (a tenor de su reacción cuando descubrió que él mismo también era portador del virus alienígena) y evitaba aquella meca de ases.

Fotografías de famosos llenaban las paredes y, en el centro de la sala, estaba Hiram, sonriente, sofisticado y educado pero implacable en su negativa a admitir en el restaurante a aquella escuálida figura de espantapájaros vestida con el traje del tío Sam en tonos púrpuras.

—Pero soy, esto, un amigo de Starshine —protestaba el desgarbado y rubio hippy— y también de Jumpin' Jack Flash, tío.

—Claro que sí —dijo Hiram. Siguió explicándole con amabilidad que los ases famosos tenían muchos buenos amigos, bastante más que el aforo del restaurante, y que el Aces High estaría encantado de contar con el Capitán como cliente en cualquier otra noche del año, pero que hoy se celebraba una fiesta privada y estaba seguro de que el Capitán lo entendería.

Tachyon comprendió la situación en un abrir y cerrar de ojos y posó una mano en el ancho hombro de Hiram.

—Sé lo que parece pero el Capitán Trips es un verdadero as, y también un

buen hombre. Yo respondo por él, Hiram.

Hiram pareció sorprendido pero luego cedió.

—Claro, por supuesto, si tú lo dices, doctor... —Se volvió hacia Trips—. Por favor, acepta mis disculpas. Nos encontramos con una gran cantidad de posibles intrusos y, ehm, fans de los ases, a veces vestidos con ropas estrafalarias, así que cuando alguien no puede demostrar su talento, nosotros... Estoy seguro de que lo entiendes.

—Sí, claro, tío —dijo Trips—. Está guay. Gracias, Doc.

Se puso el sombrero y entró en el restaurante.



—Sólo porque lleves una máscara no significa que pueda entrar tan campante, señorita —le dijo a Jennifer el hombretón con esmoquin de la entrada del Aces High.

Le sonrió, hizo fluctuar la mano y atravesó la pared con ella. Quería hacer algo más espectacular, como atravesar el suelo, pero no quería tener que vestirse otra vez delante de toda la gente que aguardaba para entrar en el restaurante.

—Vale, de acuerdo.

El hombre le hizo un gesto para que entrara, con aspecto un tanto aburrido.

El Aces High era un sueño. La chica se sintió pequeña, insignificante y, sin duda, poco elegante. Deseaba que Brennan la hubiera traído con un traje de cóctel en vez de unos vaqueros, pero mientras suspiraba cayó en que eso habría requerido una capacidad de previsión sobrenatural por parte del arquero.

Había más de un centenar de personas en el comedor principal, bebiendo cócteles, mordisqueando deliciosos entrantes y hablando en pequeños grupos y grandes camarillas. Había *foie gras*, caviar, lonchas de jamón danés, doce tipos de queso y media docena de variedades de pan y galletas. Untó paté en una galleta y miró alrededor, sintiéndose como un cazador de celebridades mientras observaba a los numerosos famosos que pasaban a su lado.

Hiram Worchester, Fatman, parecía desbordado. Probablemente era la tensión de orquestar la cena, pensó. Reconoció a Fortunato, aunque no era un as que hubiera buscado la notoriedad pública, que estaba hablando con Peregrine. Se le veía serio, aunque ella le miraba divertida. Palpó el naipe que se había guardado en el bolsillo trasero pero se mostró reacia a ir hacia él y presentarse. Parecía que tenía sus propias preocupaciones y, además, podía cuidar de sí misma.

Cogió una copa de champán de una bandeja que un camarero estaba pasando por toda la sala y se la bebió de un trago, limpiando el rastro de *foie gras* y la

galleta.

—Lo sabía, es que lo sabía. —La voz era masculina y arrastraba las palabras, con un trasfondo de emoción—. Es que sabía que aparecería por aquí.

Jennifer se dio la vuelta con la copa de champán en una mano y media galleta embadurnada de paté en la otra. Hiram estaba de pie tras ella y, junto a él, el hombre con el traje de combate blanco al que había visto salir del taxi.

—¿Me hablas a mí?

—Puedes apostar tu dulce culito, cielo —dijo el hombre de blanco.

Había algo mal en su rostro. La miró con una molesta intensidad que hizo que se sintiera desnuda, pero eso sólo explicaba en parte por qué se sentía incómoda. Sus facciones estaban bien de forma individual, incluso eran hermosas, pero unidas no pegaban en absoluto: la nariz era demasiado larga, la barbilla demasiado pequeña, uno de sus intensos ojos verdes estaba más alto que el otro y la mandíbula estaba sesgada, como si se la hubiera roto y se hubiera torcido al curarse. Se lamió los labios con nerviosismo, excitado.

Hiram suspiró.

—¿Está seguro, señor Ray?

—Es ella, sé que lo es. Sabía que no se quedaría al margen de esta condenada fiesta. Joder si tenía razón.

—Muy bien, pues. Haga lo que deba.

Volvió a suspirar y a retorcerse las manos, como si se estuviera desentendiendo del problema. El hombre al que llamaba Ray asintió y después se volvió hacia Jennifer.

—Me llamo Billy Ray. Soy agente federal y le agradecería que me mostrara alguna identificación.

—¿Por qué? —preguntó ella con el ánimo abatido.

—Te pareces a alguien que esta mañana ha cometido un robo en la casa de un prominente ciudadano.

La joven miró el fragmento de galleta que aún sostenía en la mano. Ni siquiera había empezado a saciar su apetito.

—Maldita sea —dijo, y la galleta y la copa de champán se deslizaron a través de sus manos mientras se hundía, etérea, en el suelo. Ray se movió como un gato a toda velocidad; saltó sobre ella pero sólo llegó a coger la camisa, que estaba arrugada sobre el suelo.

—Ay, Dios, Worchester —le oyó decir antes de deslizarse por completo al piso inferior—, tendrías que haberme dejado noquear a esta zorra.



La pequeña figura de Tachyon había desaparecido en busca de alcohol entre los

bulliciosos ases. Alcohol que ella necesitaba desesperadamente. El rumor de las voces, el tintineo del hielo en las copas de cristal y los enérgicos esfuerzos de una pequeña banda, todo combinado, formaba un estruendo que cada vez se le clavaba más en la cabeza.

Esculturas de hielo de varios de los ases más destacados salpicaban la sala. Peregrine se había situado cerca de su estatua y sus hermosas alas amenazaban con destruir su réplica helada.

El Capitán Trips, con un vaso de zumo de frutas apretujado en una mano huesuda, se movía por la sala tratando de sortear a la gente, pero su increíble sombrero de copa acabó por caerse al suelo; Harlem Hammer, que parecía del todo incómodo con su mejor traje, se lo recogió. El contraste entre el inmensamente poderoso as negro, con su calva brillando bajo las luces, y el enclenque Capitán era asombroso.

El Profesor e Ice-Blue Sibyl estaban repantingados cerca de la barra. Sibyl, con su cuerpo azul asexual y desnudo, podría haberse hecho pasar por una de las figuras de hielo. Incluso causaba leves escalofríos a quienes estaban cerca de ella. Su compañero generaba un gran revuelo por su sentido del estilo. Con sus patillas, su incipiente calvicie, sus gafitas de alambre y una humeante pipa, parecía el anciano tío de alguien. Aunque ningún tío de Roulette habría llevado jamás un esmoquin azul celeste con sandalias desgastadas.

Fantasy, la primera bailarina del American Ballet Theater y uno de los ases más conocidos de Nueva York, puso una rosa bajo la nariz de Pit Boss mientras Trump Card la miraba con indulgencia.

Sois tantos... ¿Cuántos de vosotros sobreviviréis esta noche? No muchos, creo, con mi maestro buscándoos.



El problema de ser un anfitrión espléndido era la obligación de ser cortés hasta con los patanes. Hiram bebió un sorbo de una copa de champán llena de *ginger de Vernors* (le gustaba tener una bebida en la mano, para promover el clima de convivencia, aunque tenía demasiadas responsabilidades como para ponerse achispado) y trató de fingir un gran interés en lo que el Capitán Trips le estaba contando:

—Quiero decir, es como elitista, tío, toda esta cena, en un día como éste los ases y los jokers tendrían que estar unidos, como en hermandad —le explicó el desgarrado hippy de larga y rubia cabellera y barbita de chivo.

El personal del Aces High había impedido el paso a una docena de fans e impostores, incluidos una pescadera con un cuenco de pececillos telépatas, un anciano caballero con capa que viajaba en el tiempo cuando dormía y una

adolescente de noventa kilos que sólo llevaba pezoneras y un tanga y decía ser inmortal; esta última fue dura de pelar, ciertamente, pero Hiram la despachó. Se encontró deseando haber tenido una determinación similar con Trips, cuyos poderes parecían igual de elusivos, si es que de veras tenía alguno. Sólo con que el Dr. Tachyon no hubiera llegado justo en ese momento...

Suspiró. Ya era agua pasada. Había admitido al Capitán y unos pocos minutos después, mientras hacía su ronda por la fiesta, alternando y sonriendo, cometió un segundo error y le preguntó a Trips si estaba disfrutando. Desde entonces estaba atrapado junto a la estatua de hielo de Peregrine mientras aquel hombre alto vestido como el Tío Sam pero en púrpura le explicaba seriamente que «es que, el alcohol era veneno, tío, y que debería servir algo de tofu y brotes porque el cuerpo es como un templo, ¿sabes?, y que puede que toda la idea de la Cena Wild Card fuera, no sé, ehm, políticamente incorrecta».

No era de extrañar que el Dr. Tachyon hubiera respondido por él, pensó observando la prominente nuez de Trips y su alto sombrero púrpura: era obvio que compraban en la misma tienda.

La sonrisa de Hiram estaba tan congelada que esperaba que no se le formara escarcha en la barba. Su atención vagó por toda la sala y reparó en que algunos comensales estaban tomando sus bebidas en la terraza, donde el sol se estaba poniendo tras Nueva Jersey, tiñendo el cielo de un rojo intenso y robusto. Aquello le dio una idea:

—Al parecer habrá un magnífico ocaso esta noche, Capitán —dijo—. Es una vista que no debería perderse, puesto que no nos visita muy a menudo. El crepúsculo desde el Aces High es muy especial, estoy seguro de que me dará la razón. Es muy, ehm..., muy... fenomenal.

Funcionó. El Capitán Trips estiró el cuello, mirando, asintió y empezó a dirigirse hacia la terraza pero, de algún modo, aquellas piernas largas como palillos consiguieron enredarse entre ellas y empezó a trastabillar. Antes de que Hiram pudiera dar un paso y sostenerle, Trips estiró una mano para estabilizarse, se agarró a la escultura de hielo, rompió la punta del ala de Peregrine y cayó de bruces. El sombrero salió volando y cayó tres metros más allá, a los pies de Harlem Hammer, quien lo recogió con aire disgustado, se lo trajo de vuelta y se lo encasquetó con firmeza. Para entonces, el Capitán Trips se había puesto de pie, con el trozo de ala de hielo aún en la mano. Parecía muy avergonzado.

—Lo siento, tío —consiguió decir. Intentó encajar la pieza que faltaba en la punta del ala de «Peri»—. Lo siento mucho, era muy bonita, tío. A lo mejor puedo arreglarlo.

Hiram le quitó la pieza de hielo y, con delicadeza, le hizo dar la vuelta.

—No importa —mintió—, ve a ver la puesta de sol y ya está.



Jack se apoyó con pesadez en Bagabond mientras salían del metro. Rosemary les seguía, escrutando la multitud. Cogió firmemente el otro brazo de Jack, ayudándole a apoyarse mientras el trío avanzaba por la calle 23 sorteando a la gente, en dirección al Haiphong Lily.

Nadie les prestó la menor atención mientras avanzaban despacio por la acera.  
—Aquí.

Bagabond les guio hacia un patio oscuro y estrecho, apenas iluminado por las dos intermitentes farolas que había en la manzana.

—Huelo algo bueno —dijo Jack desanimado, levantando la cabeza.

—Rosemary, te toca entrar en escena. —Ayudó a Jack a reclinarse en una barandilla metálica que ascendía a una casa de piedra que no había sido restaurada en mucho tiempo. Se giró hacia la ayudante del fiscal del distrito—. ¿Qué quieres hacer?

La abogada escudriñó la calle, hacia el siguiente halo de luz.

—Lo que quiero es usar los libros para ejercer cierto control sobre los Gambione. A partir de ahí, tal vez pueda llegar al resto de las familias.

Los remordimientos eran evidentes tanto en sus ojos como en su voz.

—Siento meterte en todo esto, Jack, pero, a menos que consigamos parar la escalada de violencia que está llevando a la guerra entre las facciones criminales, la ciudad se verá abocada al estado de sitio. —Su voz se hizo más fuerte—. Quiero influir en la elección de un nuevo don y en su actitud hacia las familias y las demás bandas reteniendo los libros y liberando la información justa para mantener el equilibrio.

—Pan comido —dijo Jack entre dientes.

—¿De veras crees que puedes hacerlo?

Bagabond no estaba convencida de que Rosemary pudiera llevar a cabo aquel descabellado plan.

—Un discurso cojonudo —dijo Jack.

—Rosa María Gambione puede hacerlo.

Rosemary se encaró hacia Bagabond.

—Pero ¿qué harán cuando descubran quién es en realidad la asistente del fiscal del distrito? —Bagabond miró a la otra mujer con el ceño fruncido—. Para el caso, podrías plantarte delante de un tren.

—Es mi elección, mi legado. —Se encogió de hombros elocuentemente—. ¿De qué otro modo podría reparar los actos cometidos por mi padre?

—Rezando cien avemarias —dijo Jack, tambaleándose un poco—. Lo siento.

—Tu padre eligió ser lo que era. Tú no tienes la culpa de sus pecados. —

Bagabond asió a su amiga por el antebrazo, con tanta fuerza que le dolió—. Sólo eres responsable de ti misma.

—Yo no lo veo así. —Le quitó la mano del brazo y la sostuvo durante un momento—. Lo que no me gusta es ponerlos a ti y a Jack en peligro.

—Bueno, estamos acostumbrados. Somos ases, ¿no? —La vagabunda miró a Jack, quien estaba maldiciendo en voz baja, en francés. Incluso en la penumbra, podían ver que su piel empezaba a ponerse gris.

—¿Cuánto más necesitas? —dijo Jack

—Dame sólo un poco de tiempo —dijo tranquilizadamente.

—Sí, claro. —Jack hizo una mueca—. Joder, cómo duele.



Se quedó paralizado cuando vio las limusinas aparcadas delante. Respiró hondo y se tomó un momento para calmarse. No era el Astrónomo, no podía serlo, aún no. ¿Con qué esperaba que llegaran los mafiosos, con hondas y yugos?

Vio el nenúfar de neón y supo que estaba en el lugar adecuado. Entró y subió las chirriantes escaleras de madera. Un hombre enorme bloqueaba el acceso a la planta superior. El esbirro medía más de metro ochenta y tenía la complexión de un defensa; naturalmente, un músculo de la mafia. No habría sido más que un trozo de carne para Spector, pero llevaba gafas de sol de espejo.

—¿Reserva? —preguntó, como si fuera la única palabra que supiera.

—Sí.

Intentó colarse pero el hombre le agarró por la muñeca mala.

—Alto.

Spector apretó los dientes.

—¿Hay algún problema?

—Esta noche tenemos una fiesta privada.

—Perdón.

Un hombre oriental puso una mano en el musculoso hombro del contratado. Miró a Spector y las comisuras de sus labios se torcieron ligeramente.

—El caballero no está en la fiesta pero tiene una reserva.

—¿Se va a dejar cachear? —El hombretón dirigió la pregunta al oriental, después miró a Spector.

—Adelante.

Se desabrochó el abrigo y levantó los brazos. El portero le cacheó rápidamente, de un modo profesional.

—¿Eres del servicio secreto o algo? —preguntó Spector.

—Vale. Haz lo que quieras con él.

El hombretón retrocedió hacia las escaleras.

El oriental, quien Spector imaginó que era el encargado, le acomodó cerca de una mesa cerca de la entrada de un reservado. Le entregó un menú y le dedicó una débil sonrisa.

—Sin problemas —susurró—. Me dijeron que no habrá problemas.

—No, a no ser que la comida sea mala.

—La comida es excelente.

El encargado hizo señas a un camarero y se alejó, al parecer aliviado.

El menú estaba estampado a mano en oro y plata sobre una especie de cartulina de lujo, sin laminar, no como los menús a los que él estaba acostumbrado. Lo abrió y suspiró. Para empeorar las cosas, no sólo estaba escrito en vietnamita, sino que no había números junto a cada plato. Sería de lo más complicado encontrar algo comestible sin tener que, además, pronunciarlo.

—Disculpe, señor, ¿desearía un poco de té?

Alzó los ojos hacia el camarero.

—Claro.

Un poco de cafeína le iría bien para sus reflejos cuando llegara la hora. El camarero le dio la vuelta a su taza con la mano enfundada en un guante blanco y la llenó.

—¿Quiere esperar unos minutos antes de pedir?

—Sí, vuelva dentro de un rato.

El empleado asintió, dejó la tetera de porcelana blanca en la mesa y se alejó.

Cogió la taza y sopló el vapor, alejándolo de la superficie del té. Parecía algo más verde que el que solía tomar. Probó un sorbo. Estaba casi demasiado caliente como para beberlo, pero lo bastante fuerte, le valdría. Lo dejaría enfriar unos minutos y después se atiborraría tanto como pudiera. Sintió el olor de carne y verduras cocinándose en aceite caliente. Le ardía el estómago: necesitaba ingerir algo sólido cuanto antes.

Dos personas entraron en el restaurante. Uno era joven, el otro debía de acercarse a los setenta. Ambos llevaban traje y sombrero negro. Hablaron un poco con el guardia de la puerta y desaparecieron en el reservado.

Spector podía oír sus voces pero no era capaz de captar suficientes palabras para seguir la conversación. La verdad es que no importaba. La mayoría de ellos estaría durmiendo con los peces a no mucho tardar.

Volvió a centrarse en el menú. Si pedía un plato de ternera, al menos comería carne.

Otro grupo pasó por delante del guardia y se metió en la sala de reuniones. «Hola», pensó. «Soy Deceso. Esta noche os voy a pelar y os vais a quedar tiesos».

Su camarero volvió a acercarse.

—¿Ya ha decidido, señor?



—Sí, me gustaría algo con buey. Ya me entiende. Con mucha guarnición, también.

El hombre asintió y se fue.

Spector miró el reloj. Las 19.45 horas. Cogió la taza y bebió un poco de té. Cuando estuviera seguro de que estaban todos, movería ficha.



La hora del cóctel estaba a punto de acabar y Curtis y su atento personal empezaban a acompañar a los invitados a sus mesas, cuando al fin Jay Ackroyd apareció, con Chrysalis del brazo. Popinjay llevaba el mismo traje marrón y los mocasines que había llevado todo el día, sin corbata, y un poco arrugado. Chrysalis llevaba un brillante vestido largo de color plata. Cubría ambos pechos y un hombro pero el corte lateral era tan alto que dejaba en perfecta evidencia que había decidido prescindir de la ropa interior. Sus largas piernas se entreveían mientras avanzaba por la sala, sus músculos se movían como el humo bajo la piel transparente, y los ojos de su esquelética cara examinaron la estancia como si fuera suya.

Hiram se reunió con ellos junto a la barra.

—Jay es siempre tan impuntual —dijo—. Tendría que abroncarle por retrasar nuestro encuentro. Soy Hiram Worchester. Le besó la mano. Se la veía divertida.

—Ya lo había supuesto —dijo con un cultivado acento de la escuela pública.

—¡Es británica! —dijo con una sonrisa complacida—. Mi padre era británico. Luchó en Dunkirk, ¿sabe? Un novio de la guerra, aunque no del tipo que vestía de blanco.

Chrysalis sonrió con educación.

La sonrisa de Ackroyd fue más cínica.

—Supongo que ambos querréis hablar de Winston Churchill, del pudding de Yorkshire o algo. Creo que me voy a buscar una bebida.

—Adelante —dijo Hiram.

Jay captó la indirecta y se alejó para hablar con Wallwalker.

—Creo que tiene cierta información que me interesa —le dijo Hiram a Chrysalis.

—Puede que sí. —Miró alrededor. Estaba atrayendo una buena cantidad de miradas en una sala llena de famosos y mujeres atractivas—. ¿Aquí? No parece muy discreto.

—En mi despacho —dijo Hiram.

Tras cerrar la puerta, se hundió agradecido en una silla y le indicó que se sentara.

—¿Puedo? —preguntó, sacando un cigarrillo de un pequeño bolso de mano.

Él asintió. Lo encendió y el hombre observó cómo el humo caracoleaba dentro de sus fosas nasales cuando lo inhaló.

—Vamos a dejarnos de preliminares —sugirió Chrysalis—. El tipo de información que quiere es peligrosa y cara. ¿Cuánto está dispuesto a gastar?

Abrió un cajón, sacó un talonario del tamaño de un libro de caja y empezó a rellenar un cheque. Ella le observó. Lo arrancó y lo deslizó sobre la mesa.

Chrysalis se inclinó, cogió el cheque y lo miró. Toda la musculatura fantasmal de su cara se puso en movimiento cuando arqueó una ceja. Dobló el cheque por la mitad y se lo guardó en el bolso.

—Muy bien, con esto compra mucho, señor Worchester. No todo, pero mucho.

—Adelante. —Cruzó las manos sobre la mesa—. Le dijo a Jay que Bludgeon formaba parte de algo mayor, ¿el qué?

—Les llaman la Sociedad del Puño de Sombra —dijo Chrysalis—. Ése es el nombre que se oye en las calles, tan bueno como cualquier otro. Es una organización criminal grande y poderosa, señor Worchester, compuesta de muchas bandas menores. Las Garzas Inmaculadas en Chinatown, los Hombres Lobos en Jokertown, el variopinto grupo de Bludgeon en los muelles y una docena de grupos más. Tienen aliados en Harlem, en Hell's Kitchen, en Brooklyn..., por toda la ciudad.

—El sindicato, vaya —dijo Hiram.

—No los confunda con la mafia. La Sociedad del Puño de Sombra está librando una guerra en silencio contra la mafia y, de hecho, la está ganando. Ha metido las manos en un buen número de pasteles, desde las drogas hasta la prostitución, todo lo que se le ocurra, y también en algunos negocios legales. Bludgeon y sus extorsiones son una de las partes más pequeñas y menos significativas de esta operación, pero siguen siendo una parte, no obstante. Yo de usted tendría mucho cuidado. Bludgeon en sí es un trozo de músculo barato, pero sus patronos son gente despiadada y eficiente que no toleran interferencias. Si les incordia, le matarán con la tranquilidad con la que se mata a una mosca.

Hiram apretó el puño.

—Les resultaría difícil.

—¿Por qué es un as? —Sonrió—. En un día como hoy, eso parece poca cosa a la que aferrarse, querido. ¿Recuerda aquel asesinato del hampa bastante sensacional en Staten Island, el año pasado? Salió en todos los periódicos.

Hiram frunció el ceño.

—Uno de esos asesinatos del as de picas, ¿no? Recuerdo algún titular. ¿Cómo se hacía llamar la víctima?

—Scar —dijo Chrysalis—. Un teletransportador instantáneo y un asesino a sueldo del Puño de Sombra. Bueno, él ya no está, pero tienen otros ases que trabajan para ellos, si creemos los rumores. Y con poderes tan potentes como el

suyo. Quizá hasta tengan una docena. Se oyen algunos nombres: Fadeout, Whisperer, Wyrm. Por lo que sabemos, uno de sus invitados de ahí fuera podría pertenecer al Puño de Sombra y estar bebiendo de su champán mientras considera el mejor modo de deshacerse de usted.

Hiram lo consideró durante unos momentos.

—¿Podrías darme el nombre de quien está al mando de esta organización?

—Podría —dijo Chrysalis—. Pero pasar una información como ésa podría costarme la vida. Aunque la arriesgaría por el precio adecuado, por supuesto. —Rió—. Es sólo que no creo que tenga tanto dinero, señor Worchester.

—Supongamos que quiero hablar con ellos —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—A menos que me proporciones ese nombre, puede que te encuentres con que congelo sin más el pago de ese cheque.

—Lo dudo. ¿Le suena el nombre de Latham, Strauss?

—¿El bufete de abogados?

—Esta tarde, los abogados de Latham, Strauss han conseguido que soltaran a Bludgeon después de que Jay lo hubiera teletransportado a The Tombs. Hoy he tenido que hacer unas pocas preguntas sobre ese bufete por ciertos motivos y he descubierto que el socio principal tiene un habitual y gran interés en hombres como Bludgeon. Parece extraño, puesto que sus clientes confidenciales incluyen a un buen número de los hombres más ricos y poderosos de la ciudad, algunos de los cuales tienen buenas razones para ser discretos. ¿Entiende lo que le digo?

Hiram asintió.

—¿Tienes su dirección?

Abrió el bolso y la sacó. El respeto de Hiram hacia ella subió de nivel.

—Le daré otro pequeño consejo más, gratis —añadió.

—¿Cuál?

Chrysalis sonrió.

—No le llame Loophole.



## Capítulo quince

---

20.00 horas

El modo en que empezaban esas cenas se había convertido en una especie de ritual.

Cuando todos ellos se habían sentado, cuando los camareros habían traído la sopa y los comensales habían escogido sus entrantes, entonces todos los ojos se posaban en Hiram Worchester. Llenaba una larga y fina copa con champán, se hacía ligero, más ligero que el aire, y flotaba con suavidad hasta lo alto del techo, cerca de una de sus arañas.

—Un brindis —dijo alzando la copa como cada año. Su voz grave era solemne, triste—. Por Jetboy.

—Por Jetboy —repitieron al unísono un centenar de voces unidas. Pero nadie bebió. Había más nombres por venir.

—Por Black Eagle —continuó Hiram—, por Brain Trust y por el Enviado, esté donde esté. Por la Tortuga, cuya voz nos guió de vuelta desde el desierto. Esperemos que esté sano y que, como Mark Twain, los informes de su deceso hayan sido enormemente exagerados. Por todos nuestros hermanos ases, grandes y pequeños, vivos y muertos, por los que vendrán. Por todos los miles de jokers y en memoria de las decenas de miles de personas a las que les tocó la reina negra.

Hizo una pausa, bajó la mirada hacia la sala, en silencio por un momento, luego siguió.

—Por Aullador y una risa que podía hacer añicos el ladrillo. Por Chico Dinosaurio, que nunca fue tan pequeño como quien lo ha matado. Por los taquisianos, que nos condenaron y nos hicieron como dioses, y por el Dr. Tachyon, que nos ayudó en momentos de necesidad. Y, siempre, por Jetboy.

—¡Por Jetboy! —repitieron una vez más. Esta vez bebieron y quizá uno o dos se pararon un momento de veras para recordar al muchacho «que aún no podía morir», antes de llevarse las cucharas de sopa a la boca y empezar a comer.

Hiram Worchester descendió despacio de vuelta al suelo.



—No comes —observó Tachyon amablemente, echando un vistazo a su plato casi intacto.

—Tú tampoco.

—Yo tengo excusa.

—¿Qué es...?

—Me duele la boca.

—Ése no es el verdadero motivo.

—¿Acaso te importa oír el verdadero motivo?

—No. No me importa.

Apartó la mirada pero el recuerdo formó una imagen transparente que la separaba del resto de la sala. «Josiah apretándose la nariz con fastidio, superpuesto sobre el rostro amable de Trips. Su bebé yaciendo como un entrante grotesco en el plato de Mistrab» .

—¿Cuál es tu excusa?

«Que voy a mataros, tengo que mataros, y estoy perdiendo los nervios. ¿Te satisfaría esa respuesta?»

El cerebro se acompasó con la boca y se oyó decir:

—Estoy triste por lo que ha pasado hoy.

—¿Qué parte? —preguntó el alienígena con una sonrisita triste—. ¿Lo de la Tumba, el asesinato...?

La mano de Tachyon cubrió las suyas.

—Pues tú has dado con la razón de mi falta de apetito. ¿Cómo puedo comer cuando el Chico...? Pienso en sus padres.

La sopa de cebolla francesa que había comido un poco antes se le repetía en la garganta y tragaba saliva convulsivamente.

—Discúlpame —murmuró sin aliento la mujer y, apartando la silla, huyó del comedor. Las miradas curiosas le parecieron golpes.

En el baño, se pasó agua fría por toda la cara, sin preocuparse por su cuidado maquillaje, y se enjuagó la boca. Aquello ayudó pero no pudo aliviar el ardor que le oprimía la boca del estómago. Sus ojos ambarinos la miraron con tristeza desde el espejo, beiges, dilatados y asustados. Estudió el perfecto óvalo de su cara, los pómulos altos y bien cincelados y la estrecha nariz (legado de algún antepasado blanco). Parecía una cara normal. ¿Cómo podía esconder semejante...? Su mente se rebeló ante la palabra. No, «mal» no. Escondía recuerdos. Recuerdos del mal.

¿El mal de quién? ¿Aquel cuyos parientes habían traído el infernal virus a la tierra y destrozado su vida? ¿O el suyo?

Apoyó las manos a ambos lados de la piletta y se inclinó hacia adelante, respirando en breves bocanadas.

—Está vivo, Roulette.

El miedo le arrancó un gemido y se giró de golpe para encararse a él. Se echó atrás mientras el otro dejaba una lima de uñas como detalle para las clientas del Aces High. Inspeccionó las nudosas venas del dorso de su mano y giró lentamente el taburete del pequeño tocador para encararse a ella. Era una imagen incongruente. El Astrónomo vestido como un camarero del Aces High, enmarcado por una doble hilera de teatrales luces y con el reverso de su cabeza calva reflejado en el espejo.

—Oh, Dios mío. ¿Qué estás...?

—¿... haciendo aquí? Por lo visto, finiquitar lo que tú no has conseguido acabar. Comerciar un poco con la muerte. He venido esperando lamentaciones, miedo y repugnancia y ¿qué es lo que encuentro? Un montón de ases llenándose los carrillos y hablando, hablando, hablando.

—No puedes..., no aquí.

—Oh, sí, por supuesto que sí. Empezando con Tachyon.

—¡No!

—¿Te preocupa?

—Él es... es mío.

—Entonces, ¿por qué no le has matado?

Había perdido su tono jovial y su voz raspaba como el papel de lija sobre una rosa. Se levantó de la silla y la acción resultó aún más amenazadora por su lentitud.

—Estoy... —la voz no le salía y lo volvió a intentar—. Estoy jugando con él.

—Qué frase más dramática, es casi melodramática. «Jugando con él» —repitió pensativo. Su mano salió disparada; la agarró por la garganta—. ¡Pues no juegues con él! ¡Mátale! —Los escupitajos le salpicaron la mejilla y se retorció mientras la estrujaba.

El anciano tensó la mano. La laringe le dolía bajo la presión y la sangre corría a toda velocidad, palpitando en sus oídos.

Roulette le clavó las uñas en la mano, pidiendo piedad, pero sólo emergió un lloriqueo.

La tiró a un lado con desprecio y se dio un golpazo con el borde de la taza de un inodoro.

—No puedes obligarme a hacerlo. El miedo no será suficiente.

—Cierto. Desearía que reconocieras la sabiduría de lo que te he explicado. Sólo tu odio te liberará. Sólo si liberas el ácido de tu alma podrás estar en paz.

Ella se hundió los dedos en las sienes.

—No sé qué odio más, si tus amenazas o tu psicología barata.

Siguió como si la mujer no hubiera hablado.

—Sólo esa catarsis definitiva puede salvarte de un recuerdo eterno.

Apartó las defensas mentales que con tanto cuidado había construido y agarró un fragmento roto de su mente. Las imágenes aletearon al pasar tras sus ojos. La mano de una enfermera apretándole el pecho, obligándola a echarse para atrás. «No mires». Miró. ¡Un monstruo! Yacía en una incubadora, lloriqueando débilmente por su vida. Escondido. Cuatro días viendo cómo moría. Asco convirtiéndose en amor convirtiéndose en odio. La mano de una enfermera apretándole el pecho, obligándola a echarse para atrás.

Y siguió. La repetición infinita de una pesadilla.

—Mátale y parará.

—¡Oh, Dios mío! ¡No te creo! —Los dedos se le enredaban entre el pelo.

—Pues es una lástima, porque en realidad no tienes otra opción.



—¿Ya es la hora? —Jack levantó la cabeza de la barandilla de acero a la que se aferraba.

Bagabond se acercó para estar a su lado. Le puso el brazo alrededor de la cintura.

—Pronto, será pronto.

Alzó la mano para retirarle el cabello negro empapado de sudor que le tapaba los ojos. Sufriendo un dolor obvio, Jack la miró con detenimiento. En las sombras, sus ojos oscuros se confundían con la noche.

—Tendrás que entrar como persona —le dijo—. Te ayudaré a cambiar cuando llegue el momento. Estaré contigo todo el rato.

La mendiga puso la mano sobre la suya, encima de la barandilla. Él giró su mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Jack. Bajó los ojos hacia sus dedos trenzados pero no apartó la mano.

—Desearía que los gatos estuvieran aquí.

—Yo también.

—Si algo sale mal, vete. De verdad. Puedo cuidar de mí mismo.

Bagabond no dijo nada pero le apretó un poco más fuerte. Miró a Rosemary.

—¿Podemos entrar?

La abogada se dirigió hacia la esquina y se asomó por los sucios ladrillos.

—Parece que está despejado.

Apretó el reloj digital y miró el pálido resplandor entrecerrando los ojos.

—Son las ocho y veinte. Todos los que han de venir deberían haber llegado. Vamos.

La entrada del Haiphong Lily estaba indicada por un enorme nenúfar

dibujado en neón rojo. El rumoroso parpadeo iluminaba la tranquila calle. Media docena de limusinas estaban aparcadas en la acera de enfrente. Los conductores uniformados estaban de pie, en grupo, al principio de la fila, fumando y charlando como taxistas cualquiera. Cada coche estaba protegido por uno o dos hombres de aspecto serio. Un par de los guardas miraron a Bagabond y sus compañeros al pasar, siguiendo con los ojos su recorrido como si lo hicieran a través del punto de mira de una ametralladora 160. Todos los escoltas llevaban bandas negras.

Los aromas de cilantro, pescado y chile picante de la cocina vietnamita les envolvieron antes de que llegaran a la puerta.

—*Man Dieu*. —Jack alzó los ojos al cielo y luego miró a Bagabond—. ¿Puedes creértelo? Ahora tengo hambre.

—Comeremos en cuanto acabemos con esto.

Mientras que la entrada estaba a pie de calle, para acceder al restaurante en sí había que subir un tramo de escaleras; apenas estaba iluminado y el papel de pared rojo adamascado absorbía la mayor parte de la luz. En un hueco junto a la puerta interior, un hombretón cuyo sobrio traje coincidía con el de los vigilantes de fuera les miraba desde lo alto de los peldaños. Había salido al oír el ruido de la puerta principal y ahora bloqueaba el rellano.

—¿Reserva? —dijo.

—Por supuesto. —Rosemary no vaciló.

La vagabunda sintió que los ojos que había detrás de las gafas de sol les examinaban, analizando la posibilidad de una amenaza. El portero se encogió de hombros. Aparentemente satisfecho, se apartó del camino. Era evidente que no reconoció a Rosemary.

Dentro del restaurante había más papel de pared oscuro y un hombre oriental de mediana edad que les recibió nervioso con un fajo de menús.

—Buenas noches. ¿Tres? ¿Sí?

Ya había empezado a dirigirse a una de las muchas mesas vacías cuando Rosemary le detuvo.

—Estamos aquí por la reunión.

El hombrecillo se detuvo en seco. El comedor estaba casi desierto. Una pareja de ancianos estaba acurrucada en íntima conversación a un lado. Más cerca, un hombre alto y demacrado con la boca torcida alzó los ojos del plato. Él y el encargado oriental intercambiaron miradas. Bagabond pensó por un instante que el comensal que estaba solo le resultaba tremendamente familiar pero su atención volvió a centrarse de golpe en Jack cuando se tambaleó y casi se cayó en un borboteante tanque de carpas. El maître parecía angustiado.

Con una leve sonrisa dijo:

—No hay ninguna reunión.

—Sí, sí que la hay. En el reservado.



—Aquí no hay ninguna reunión.

—Lo que hay aquí —dijo Jack despacio a través de unos labios tensos— es un problema de comunicación.

Rosemary examinó la estancia y se detuvo cuando divisó dos hombres con trajes azul oscuro y gafas de sol caras sentados en mesas separadas al fondo de la habitación. También llevaban las bandas en señal de duelo.

Se dirigió al que estaba más cerca.

—*Buon giorno...* Adrián, ¿no? ¿El hijo de Tony Callenza?

—Señora, se equivoca de persona.

El soldado de la derecha echó un ojo a su compañero, quien se encogió de hombros. Bagabond asió con más fuerza a Jack, preparada para tirar de él y protegerle si comenzaba un tiroteo.

—Adrián, solíamos jugar juntos. Secuestrabas a mis muñecas y me pedías un rescate por ellas. Me duele que no te acuerdes.

La ayudante del fiscal del distrito había dejado a Bagabond y estaba a pocos metros de la mesa y del hombre con el que hablaba. No había tensión en su postura: la cabeza en alto y los brazos relajados a ambos lados del cuerpo. Bagabond la había visto una vez en un juicio, y pensó que nunca había estado tan segura de sí misma como lo estaba Rosemary.

Estaba incluso menos segura ahora que su amiga pretendía en serio usar los libros únicamente como medio para influir a la familia. Todavía había mucho de su padre en ella. Recordó el comentario de Rosemary sobre el deseo de haber sido un chico, capaz de heredar el control. ¿Estaba a punto de proporcionarle a Rosemary los medios para conseguir aquel control?

—Ya te lo he dicho, no me llamo Adrián.

—Entonces supongo que no soy Rosa Maria Gambione.

El hombre se quitó las gafas de sol.

—¡Maria! —Sonrió por primera vez—. Recuerdo que una vez te envié la mano derecha de una muñeca secuestrada. Y, aun así no pagabas.

El otro habló por vez primera:

—Cállate, Adrián. Rosa Maria Gambione desapareció hace muchos años. —Y a ella le dijo—: A mí me recuerdas más a alguien de la fiscalía del distrito, señorita Muldoon.

—Muy bien. No te conozco, ¿verdad?

—No.

—Mi padre peleó por la familia según las viejas costumbres. Yo escogí las nuevas.

—¿Persiguiéndonos? ¿Procesándonos?

—Para ser una fiscal del distrito útil tengo que ser una buena fiscal del distrito. La boca delgada e inexpresiva bajo las gafas de sol se torció en la comisura.

—Adrián, ve a buscar a tu padre. Creo que esto le interesará.

Se recostó en la silla y dijo:

—Por favor, siéntate. Tú y tus amigos, señorita Muldoon.

Rosemary arrastró una silla y se sentó, con las piernas cruzadas y sonriendo al hombre que estaba al otro lado de la mesa. Apenas giró la cabeza.

—Suzanne, creo que ahora sería un momento adecuado.

Bagabond giró a Jack hacia ella y extendió una mano hacia su cabeza. El hombre se apartó con brusquedad.

—¡Aquí no!

—Tienes razón. —Miró a Rosemary de refilón y le señaló con la barbilla la puerta del lavabo de caballeros.

—Buena idea —dijo. Y al hombre del otro lado de la mesa—: Mis amigos se reunirán conmigo en pocos minutos. Te aseguro que no van... armados. —Miró directamente a las lentes opacas—. ¿Tienes nombre?

—Vale, pero rapidito. —Gesticuló despreocupadamente hacia el lavabo—. ¿Siempre vas por ahí con yonquis?

Rosemary se inclinó sobre la mesa y se sirvió una taza de té.

—No.

—Morelli. Más que encantado de conocerte.

La vagabunda condujo a Jack hacia la puerta del lavabo de caballeros.

—Tal vez sería mejor que entrara primero. —Extendió la mano para apoyarse contra el marco de la puerta.

—No lo conseguirás —dijo ella dándolo por sentado.

—Tu fe es conmovedora. —Entonces jadeó dolorido—. Por otra parte...

Bagabond abrió la puerta y entró. No había nadie frente a los urinarios pero un hombre vietnamita vestido con un sucio delantal de cocina justo estaba saliendo del cubículo. Chilló sorprendido, se apresuró a lavarse las manos y después se fue, murmurando en un idioma que la mujer se alegraba de no entender.

—Entra ahí —le dijo a Jack.

La puerta se cerró tras él.

—No sé si puedo hacer esto. A veces no puedo invocarlo. Ahora mismo me duele demasiado para concentrarme. Yo...

—Tú sólo quítate la ropa.

—¿Qué? —Intentó sonreír—. Bagabond, éste no es el momento.

Se calló al ver que ella le observaba con exasperación.

—Esta vez no tengo ropa de recambio. Si no te la quitas, vas a destrozar lo que llevas puesto. ¿Entendido?

—Ah. Vale.

De espaldas a ella, Jack se desabrochó la camisa. Sin preocuparse por el traje, Bagabond se sentó en el sucio suelo de baldosas. Una vez se hubo desnudado, Jack la miró dubitativamente. Sujetaba el lío de ropa delante de él.

—Estírate.

Tragó saliva y se postró ante ella. En el limitado espacio, sus pies pasaron por debajo de la partición de madera verde que separaba el cubículo. Ella alcanzó la ropa y la depositó a un lado, a salvo de cualquier contingencia. Sujetándole la cabeza entre las manos, empezó a enviarle su conciencia dentro de su mente, buscando la clave para la transformación.

—Deja fluir el dolor. No trates de controlarlo.

Bagabond dejó de usar la voz ronca que había adoptado varios años antes. Ahora hablaba con el ritmo que empleaba cuando calmaba a sus animales. Sincronizó su respiración con aquel ritmo y acarició la cabeza de Jack. Conocía el camino. No era la primera vez que trabajaba con él, aunque era la primera vez que buscaba liberar a la bestia en vez de contenerla.

Jack se relajó bajo sus manos. La condujo por su mente, entre los niveles de su conciencia. Ella esquivó las barreras aquí y allí y respetó el yo privado que se alzaba entre ellos. Los gatos siempre la habían apremiado a entrometerse. Además de por su amistad, Bagabond se resistió a esa severa tentación a causa de su propio deseo de privacidad casi patológico.

Viajar a través de la mente de Jack era un periplo definido por el olor. La ciudad, la gente, ella misma: estaban todos designados por sus aromas individuales, no por imágenes o palabras. Éstas llegaban mucho después en la cadena de conciencia.

Al llegar a un olor de pantano, de podredumbre, decadencia y oscuridad, Jack se detuvo. Bagabond se enfrentó al terror del hombre de no volver nunca del pantano con su tranquilizadora conciencia. Ella estaba allí. No le abandonaría. Pero fue la fuerza de su voluntad la que le forzó de vuelta a través de aquel espacio oscuro y aquel olor que yacía en el núcleo de su identidad de reptil. Cuando la mente consciente de Jack se subsumió en la otra, la mendiga huyó a toda velocidad de su cerebro mientras implosionaba en la conciencia reptil. Los miasmas del pantano y el atronador rugido desafiante de un caimán la siguieron como una ola agitada.

La reacción de regresar a su propio cuerpo le lanzó la cabeza contra el lateral de la piletta de porcelana y le apartó las manos del caimán, cuya pesada cabeza yacía en su regazo. El reptil se dio la vuelta y rugió de nuevo, desafiante, como la mujer acababa de oír. Con jadeos rápidos y profundas bocanadas de aire, entró en la mente de la criatura y le calmó. Él retorció la punta de la cola y se apartó un poco de ella, limitado por el escaso espacio del pequeño lavabo.

Bagabond alzó los ojos cuando oyó que en el exterior Rosemary alzaba la voz. El lavabo se abrió lo suficiente para revelar el rostro preocupado del maître vietnamita. Sus ojos se abrieron de par en par y se llevó la mano a la boca antes de cerrar la puerta de golpe ante la inexplicable escena.

La vagabunda volvió a mirar al caimán y empezó a buscar por su mente el

resorte que le forzara a vomitar los libros. Bagabond dirigió al reptil hacia el cubículo mientras desvelaba el recuerdo de carne envenenada.

La respuesta física casi provocó el mismo efecto en ella. El animal vomitó el contenido del estómago en el suelo y dentro del retrete. El hedor de la comida a medio digerir conmocionó incluso a Bagabond, acostumbrada a la mayoría de los aspectos de la vida y la muerte. Calmando al agitado reptil, se puso en pie y pescó con cuidado los libros envueltos en plástico. Por suerte, no le costó mucho. Enjuagó el paquete en el lavabo. El caimán agitó la cola con vigor, destrozando la separación del cubículo y reduciéndola a astillas. Gruñó desde las profundidades de su garganta; un estruendo de descontento, de hambre. Alcanzando el cerebro del caimán, Bagabond empezó el proceso de separar la humanidad de Jack de la mente del reptil. En poco más de un minuto, Jack yacía temblando en el frío suelo de baldosas, donde había estado el saurio. Le alcanzó la ropa mientras permanecía acurrucado en posición fetal, protegiéndose del hedor y los recuerdos.

—Había que hacerlo.

Humedeció una toalla de papel y le limpió la frente con delicadeza.

—Cada vez pienso que nunca volveré a ser humano. —Tenía la mirada fijada en la pared—. Si eso pasa al fin, quizá será lo mejor.

—No para Cordelia.

Ni para ella, pero la idea quedó sin expresarse.

—Cordelia. Sí. Vale. —Su voz era inexpresiva—. Finiquitemos esto.

Ya vestido, abrió la puerta. La mujer le siguió. Al otro lado de la sala, Rosemary estaba con dos hombres mayores que se habían unido al grupo.

—Rosa Maria, tenemos el máximo respeto por tu difunto padre, pero no podemos permitir que interfieras en los asuntos de la familia.

El hombre más alto extendió las manos y la contempló paternalmente.

—Los asuntos de la familia son mis asuntos. —Echó un vistazo a Bagabond y Jack, que se acercaban—. Soy una Gambione.

Cogió el paquete un poco húmedo que la mendiga le dio. Los dos mafiosos más viejos intercambiaron miradas exasperadas. Era obvio para Bagabond que la conversación se había extendido durante un buen rato mientras ella estaba en el baño.

—Tengo una propuesta para la familia —dijo la abogada. Mantuvo los libros en posición vertical sobre la mesa, apoyándose literalmente en ellos mientras hablaba—. Todos los capos deberían escuchar lo que tengo que decir.

El hombre más alto dijo:

—Eres una mujer.

—Roberto, déjala hablar. Debemos llegar a una decisión y esto nos está retrasando.

El capo más pequeño y corpulento tocó el brazo de su compañero. Con

resignación, el otro asintió.

Morelli abrió la puerta. Rosemary entró, seguida de Bagabond y Jack Morelli levantó el brazo para cerrarle el paso a los compañeros de la ayudante del fiscal, y ella se quedó mirando a los capos hasta que asintieron. Morelli bajó el brazo, con un gesto para indicarles que entraran.

El comedor privado era largo y estrecho, casi ocupado por completo por una única mesa rodeada por los capos de la familia. Estaban discutiendo acaloradamente el método adecuado para castigar con rigor la muerte de Don Frederico. Todos llevaban cintas negras de crepé.

Hacia la mitad de la mesa, cubierta por un mantel blanco, un hombre se mantenía en silencio, escuchando la discusión que le rodeaba. Alzó los ojos cuando Rosemary, Bagabond y Jack entraron.

—¿Son éstas las personas que tienen los libros?

—Sí, Don Tomaso —dijo el capo que les había interrogado en el exterior.

Rosemary se acercó al extremo de la mesa. Sin soltar los libros, los colocó sobre el mantel. Bagabond se quedó de pie a su lado. Jack se desplazó hasta el fondo de la estancia y echó un vistazo por la ventana que daba al oscuro callejón.

—Gracias, Rosa María. —La voz de Don Tomaso tenía un tono aceitoso, pegajoso—. Gracias por traernos esto.

La vagabunda se tensó y entornó los ojos. Sabía que aquel ser humano en concreto no le gustaba. De ser necesario, le saltaría al cuello. Arrugó la nariz. El aroma de la salsa de pescado le hizo darse cuenta de que también estaba hambrienta.

—Señorita Gambione, por favor, Don Tomaso.

Los dedos de Rosemary se cerraron alrededor de los libros. Sus miradas se cruzaron desde ambos lados de la mesa. Bagabond sintió la creciente tensión y notó que sus músculos se hacían eco de la tirantez. El chirrido de un camión de la basura con sistema hidráulico y el estrépito de un contenedor al ser volcado llegó desde el exterior. El momento de silencio en el comedor se dilató. Fue Don Tomaso quien finalmente inclinó la cabeza en aquiescencia.

—Los libros no son un regalo —dijo Rosemary—. Son míos. Yo decido quién tiene acceso a su información.

—Entonces hablas como alguien ajeno a la familia.

Don Tomaso dirigió su mirada hacia un hombre que estaba a su derecha. Bagabond siguió aquel leve movimiento. Una vez más deseaba tener las zarpas y los dientes de los gatos.

—Hablo como alguien que ha visto cómo la familia Gambione casi quedaba destruida. Nos amenazan por todas partes pero vosotros os sentáis aquí a debatir cómo vengarse de un enemigo al que ni siquiera podéis nombrar. —Examinó la estancia, furibunda, y agitó los libros ante Tomaso—. ¡Si seguís los mismos métodos que el Carnicero, los Gambione están condenados!

Tras ellos, se oyó un grito de dolor y la puerta se abrió de un portazo.

—Oh, oh —dijo Jack

Mientras Bagabond trataba de alcanzar a su amiga, cayó por los suelos, empujada por el delgado comensal que había irrumpido en la habitación. Fue rápido. El demacrado hombre le arrebató los libros, haciéndola caer al pasar corriendo junto a ella.

—¡Detente o muere!

Era Don Tomaso.

Mientras Bagabond se afanaba en tratar de coger a Rosemary, vio a Don Tomaso desenfundar una Berreta reluciente y apuntar al ladrón en fuga. Para su sorpresa, el intruso se echó a reír con voz ronca y se detuvo. Con la boca torcida, se giró y contempló al don, que disparó convulsivamente una vez y luego se desplomó sobre la mesa. Fue la señal para los perplejos capos para que empezaran a disparar al ladrón, que ahora se dirigía hacia la ventana. El impacto de las balas apenas le frenaba. Los capos que intentaron interceptarle cayeron ante su mirada, como si sus balas hubieran sido desviadas.

—¡Jack, haz algo! ¡Ahora!

Pero en el momento mismo en que Bagabond gritó para avisarle, le vio encararse al asesino. Cuando el hombre fijó los ojos en los de Jack, el rostro del cambiaformas empezó a volverse escamoso y el hocico se alargó y los dientes se hicieron largos y prominentes. Por un momento, el ladrón titubeó, permitiendo que las balas de los capos impactaran en él. Después, intentó abalanzarse sobre el caimán gigante que ahora le bloqueaba el acceso a la ventana.

Mientras saltaba, el reptil alzó la cabeza y sus mandíbulas llenas de dientes irregulares se cerraron alrededor del pie del asesino. Gritando por la conmoción y el dolor, el hombre giró por los aires y la sangre de su tobillo truncado roció toda la habitación. Atravesó de espaldas el cristal, sin dejar de apretar los libros contra el pecho mientras se enroscaba como una serpiente herida.

Fuera se oyó un ruido sordo y el gemido de los engranajes de la transmisión. Los mafiosos corrieron a la ventana y dispararon en vano al camión de la basura que ya estaba acelerando.

—¡El cabrón ha caído justo en el camión!

El tirador que estaba en la ventana se giró hacia el interior de la sala.

—Don Tomaso, ¿qué hacemos ahora? —dijo en dirección al hombre muerto.

El cadáver no dijo nada.

El tirador hizo una pequeña cabriola para esquivar al caimán, quien rugió y tragó con satisfacción.



Hiram había cambiado a unos cuantos invitados de asiento para hacer sitio en su mesa a los refugiados. Con Water Lily a su izquierda, Peregrine a su derecha, un buey Wellington con «patatas Hiram», espárragos blancos y minizanañorias ante él, la comida estaba resultando deliciosa.

—¿Atún? —dijo Jane sorprendida—. ¿Esto es atún?

—No es un atún cualquiera —dijo Hiram—. Es atún blanco, traído directamente desde el Pacífico.

No había duda de que no había comido más que la asquerosa carne ligera que venía en lata. Cazuela de atún, sorpresa de atún, croquetas de atún. Se estremeció en su interior y cubrió otro rollo con mantequilla. La comida siempre le hacía sentir mejor, incluso cuando las circunstancias eran terribles. Los pensamientos que tenían que ver con el peligro, la muerte y la violencia habían retrocedido en su memoria, suavizados y alejados por un buen vino, hermosas mujeres y una excelente salsa holandesa. Tras su mesa, las puertas que conducían a la terraza estaban abiertas de par en par y la fresca brisa del atardecer corría por el Aces High, tal vez suavizada por la mano invisible de Mistral.

—Vaya —dijo Water Lily—, esto es maravilloso.

—Gracias —dijo Hiram.

Era brillante, sin duda, pero su inocencia era asombrosa. Tenía que aprender un montón de cosas sobre el mundo, esa tal Jane Lillian Dow, pero sospechaba que sería una estudiante rápida y entusiasta. Se encontró a sí mismo preguntándose si sería virgen.

—No eres neoyorquina, ¿verdad? —dijo Peregrine a Water Lily.

—¿Por qué lo dices?

Parecía desconcertada.

—Una nativa jamás habría dicho que la comida de Hiram es maravillosa. Es lo que se espera, al fin y al cabo. Los neoyorquinos son los más sofisticados de la Tierra, así que tienen que encontrar algo que no les guste. Así pueden quejarse y demostrar su sofisticación. Así. —Peregrine se giró hacia Hiram y dijo—: Me ha encantado la *vichysoisse*, de verdad que sí, pero es como si no acabara de llegar a los estándares parisinos. Pero estoy segura de que ya lo sabías.

Hiram miró a Jane, quien parecía estar atemorizada por si había dado un paso en falso.

—No dejes que te corrompa —le dijo con una sonrisa—. Recuerdo la primera vez que Peri vino a la ciudad. Eso fue antes de los desfiles de moda, el perfume y *Peregrines Perch*, antes de que se cambiara el nombre, incluso antes de ser página central de *Playboy*. Era una chica de dieciséis años... ¿de dónde era, Peri? ¿Old Dime Box, Texas?

Peregrine le sonrió sin decir nada e Hiram siguió.

—«La animadora voladora», así es como la llamaba la prensa. Estaban

celebrando un concurso nacional de animadoras en el Madison Square Garden, ¿puedes creértelo? Peri era tan sofisticada que se perdió la final. Decidió ahorrar un poco de dinero volando hasta allí en persona, en vez de coger un taxi, ¿sabes?

—¿Qué pasó? —preguntó Water Lily.

—Tenía un plano —explicó Peregrine amigablemente— pero era demasiado tímida para preguntar por la dirección. No pensé que me costara encontrar un lugar tan grande como el Madison Square Garden. Debí de volar por encima de él cien veces, buscándolo. —Se giró y arqueó una ceja y sus impresionantes alas agitaron el aire tras ella—. Tú ganas, Hiram. La comida es maravillosa, como siempre.

—Volar debe de ser maravilloso también —dijo Jane lanzando una mirada a las alas de Peregrine.

—Es la segunda mejor sensación que hay —respondió Peregrine rápidamente— y además nunca tienes que cambiar las sábanas.

Lo dijo con soltura; la respuesta habitual a una pregunta que le habían hecho miles de veces. El resto de la mesa rió. Parecía que había cogido a Jane desprevenida. Quizá esperaba algo más que la sorna improvisada de Peregrine, pensó Hiram. Parecía tan tierna y joven y adorable con el traje que le había comprado; «no, prestado», se corrigió a él mismo, pues era muy importante para ella. Se inclinó hacia adelante y le puso una delicada mano en su brazo desnudo.

—Yo puedo enseñarte a volar —le dijo tranquilamente.

No podría hacerla volar de verdad, por supuesto, era más bien cuestión de flotar, pero nunca nadie se había quejado. ¿Cuántos hombres podían hacer que sus amantes fueran ligeras como una pluma o más ligeras que el mismo aire?

Water Lily alzó los ojos hacia él, sorprendida y hermosa, y se retiró un poco. Su mirada parecía escrutarle en busca de algo y se preguntó qué sería. «¿Qué buscas, Water Lily?» , pensó mientras diminutas gotas de humedad empezaban a perlar su piel suave y fresca.



Las terminaciones nerviosas en carne viva de su pie amputado chillaron al rojo vivo en su mente. Era incluso peor que el dolor que había sentido al morir y al que, tras varios meses de convivir con él, había conseguido mantener como un rumor en el fondo de su cabeza. Hasta que lo necesitaba. Por suerte, había dejado de sangrar casi de inmediato. Esperaba que aquel maldito animal se atragantara. El dolor le atravesaba la pierna cada vez que el camión pasaba por encima de un bache o un badén. Se metió los libros en los pantalones. Ahora eran suyos y podía ponerles el precio que quisiera. Le dolía demasiado como para



leerlos, incluso si la luz hubiera sido buena, que no era el caso. Sin embargo, quizá era mejor que no pudiera. Tenía más problemas de los que podía ocuparse en un solo día.

El camión frenó hasta detenerse. Spector trató de arrastrarse entre la basura hasta el borde; no había manera: el muñón le dolía de un modo infernal cada vez que intentaba moverlo un poco. Oyó cómo los brazos hidráulicos se ponían en marcha y alzó la vista. El contenedor se elevó y se volcó, dejando caer varios kilos de basura encima de él. Respiró hondo antes de quedar cubierto del todo. Algo pesado fue a parar encima de su tobillo en carne viva. Intentó ignorar el dolor y subir a fuerza de brazos a la superficie, pero de repente notó que se movía hacia atrás. Botellas, cajas de cartón, papeles, huesos de pollos, platos precocinados a medio comer: todo compactado y hacia él. Se dobló como pudo entre la basura e intentó protegerse el muñón bajo la otra pierna. La presión paró. Oyó el estruendo del contenedor al ser depositado en la calle. El camión dio una sacudida y retomó la marcha.

—Mierda —dijo y, como recompensa, la boca se le llenó de posos de café mojados. Cavó entre la basura buscando aire fresco, frenético, tratando de ignorar el olor. Esperaba que el camión no tuviera que hacer más paradas antes de encaminarse al vertedero.



## Capítulo dieciséis

---

21.00 horas

Estaba demasiado exhausto para intentar salir arrastrándose del camión; regenerarse le estaba consumiendo todas sus energías. Spector yacía encima de la basura mientras el vehículo traqueteaba por la calle. Miró su pie herido: la carne sobresalía varios centímetros más allá del irregular borde de la pernera de los pantalones. Le estaba creciendo un nuevo pie. Nunca antes le había sucedido algo así y había supuesto que tendría que conseguir alguna clase de prótesis. Su capacidad de regeneración era mucho más poderosa de lo que había imaginado. No era raro, pues, que estuviera exhausto. Le picaba como un demonio. Hundió las manos en los bolsillos para evitar rascarse. Contempló los edificios al pasar y trató de adivinar dónde estaba. En la zona de los muelles, tal vez. Había algo de tráfico pero, aun así, el camión estaba haciendo un buen tiempo.

Sacó los libros envueltos en plástico de sus pantalones. No podría ver mucho mientras el camión se moviera; la iluminación de las farolas era demasiado irregular. Suerte que había oído a la chica hablar sobre ellos. Mejor que fueran los buenos, después de todo el dolor que le habían costado. De ningún modo podía haber previsto que un tío se convertiría en un caimán. Se suponía que esa noche todos los ases iban a estar donde Fatman.

El vehículo frenó y ya no se veían edificios. Probablemente era el final de trayecto. Se guardó los libros y se agarró al borde de la pared metálica con las dos manos.

Se dio impulso y pataleó con la pierna buena. Sus músculos temblaron por un momento, y luego le fallaron por completo. Volvió a caer en la basura, exhausto.

El camión se paró. Spector oyó que descorrían una cadena metálica y el chirrido de una puerta. Ni siquiera podía sentarse. El vehículo se desplazó con lentitud durante unos pocos segundos, luego volvió a parar. Sabía lo que venía después.

—Pare —dijo. Su voz era demasiado débil para que el conductor la oyera.

Los brazos hidráulicos separaron la caja de acero de la basura y la alzaron por los aires. Empezó a inclinarse. Spector se tapó la cara y se hizo una pelota.

Contuvo el aliento cuando empezó a caer y se apretó los libros contra el pecho. Cayó sobre su cabeza y sus hombros y perdió el conocimiento.



Cuando los carritos de los postres empezaron a hacer sus majestuosas rondas, la mesa de Hiram fue, por supuesto, la primera a la que sirvieron.

Se sentía tan relajado y complacido consigo mismo a esas alturas que había recuperado buena parte de su apetito. Aceptó una pieza de tarta de queso al amaretto que le ofreció uno de los nuevos camareros, un hombrecillo enjuto con una gran cabeza y lentes gruesas. Añadió una tajada de pastel de chocolate y mango por si acaso. La tarta de queso cumplía con los elevados estándares del Aces High y el pastel era exquisito, cubierto por finas virutas de chocolate amargo.

Peregrine también había escogido el pastel. El chocolate, le explicó a Water Lily con su famosa sonrisa, era la tercera mejor cosa que había.

Jane miraba al camarero, con una extraña expresión ausente.

—¿Ocurre algo, querida? —le preguntó el anciano. Ella parpadeó lentamente y sacudió la cabeza, como si acabara de despertar de un sueño.

—No. Quiero decir..., no me acuerdo. —De pronto se estremeció—. Me siento rara.

—El chocolate lo cura todo —sugirió Peregrine. Pero Jane escogió el jubileo de cerezas.

—Es que —les explicó a Hiram y Peregrine con una sonrisa de las suyas—, he oído que, puestos a escoger entre dos males, uno debería escoger el que nunca ha probado antes.

Hiram se encontró riéndose a carcajadas ante la inesperada cita a Mae West. El pequeño camarero acartonado también rió, con una risita estridente y aguda que duró demasiado, como si se divertiera por alguna broma privada mientras empujaba el carrito de los postres rodeando la mesa.

A su alrededor, atentos camareros les servían café recién hecho con jarras de plata fina y depositaban en las mesas jarritos de espesa nata. Abrieron botellas de un delicioso vino dulce en una mesa auxiliar por si a alguien le apetecía.

Tras el postre, las sillas empezaron a vaciarse, mientras los invitados aceptaban copas de brandy y pequeños vasos de licor y empezaba el ritual anual de ir saltando de mesa en mesa. Modular Man ya se había puesto en cabeza; el androide se había saltado los postres y estaba analizando un courvoisier.

Hiram despachó sus postres en poco tiempo, los hizo bajar con un solo y rapidísimo trago de vino y apartó su silla.

—Perdonad las prisas —dijo a sus compañeros de mesa, que comían más

despacio, saboreando cada mordisco—. Como anfitrión, tengo ciertas obligaciones, mas odio tener que dejar tan deliciosa compañía aunque sólo sea por un instante. —Sonrió—. Por favor, no os vayáis, la velada acaba de empezar.

Se desplazó de mesa en mesa, sonriendo a los invitados, preguntándoles acerca de la cena, aceptando los cumplidos con una gentil sonrisa.

Mistral, que era el centro de atención de su mesa, situada cerca de las puertas de la terraza, dijo que su padre estaría sin duda complacido al saber que había sido una de las figuras de hielo.

—Difícilmente podríamos habernos dejado a Ciclón —le dijo Hiram—, aunque a él no le preocupen mucho estos asuntos. Vivir en San Francisco no es una excusa válida y puedes contarle que te lo he dicho.

Hiram a duras penas reconoció a Croyd, quien miraba con ansia alrededor en busca del carrito de postres, aún dos mesas más allá. A su lado, Fortunato estaba sentado como si estuviera envuelto en un manto oscuro y no parecía tomar parte alguna en la conversación que se arremolinaba a su alrededor. Hiram consideró pararse junto a la mesa y decirle unas palabras tranquilizadoras, pero la expresión de aquellos ojos oscuros bajo la frente tremendamente abombada parecía prohibírselo.

El Capitán Trips había derramado una taza de infusión en el regazo de la cita de Frank Beaumont y se la estaba limpiando inútilmente con una servilleta, disculpándose profusamente, de modo que Hiram se ahorró la necesidad de aprender cosas sobre los peligros del azúcar refinado.

Wallwalker y Harlem Hammer mantenían una intensa conversación. Cuando Hiram les preguntó qué tal había ido la cena, un breve cabeceo de Hammer fue todo lo que obtuvo como respuesta.

Rahda O'Reilly, una menuda señora pelirroja que se había hecho famosa por metamorfosearse en un elefante asiático completamente desarrollado con una sorprendente capacidad de volar, le dio las gracias con un encantador acento hindú. Fantasy había abandonado al dramaturgo de segunda fila que la había acompañado y estaba coqueteando, con todo su donaire, con el Profesor. Digger Downs había conseguido colarse de alguna manera y estaba en una esquina junto a una ventana, entrevistando a Pulso. Hiram frunció el ceño, hizo una señal y dos de los hombres del equipo de seguridad de Peter Chou escoltaron al periodista con firmeza hacia los ascensores. Un hombre que podía calentar una cafetera con las manos intentó darle un curriculum a Hiram y fue dirigido a Chock Full O' Nuts. Ladybug recordó con cariño el año en que habían servido un gigantesco baked alaska con la forma del avión de Jetboy.

Jay Ackroyd parecía a punto de estallar y morir.

—No volveré a comer nunca más —prometió solemne. Hiram se dejó caer en una silla vacía junto a él.

—Parece que las cosas han ido muy bien —dijo aliviado.

Un carrito de postres se deslizaba entre las mesas pero nadie parecía estar a su cargo. No es que importara: Fortunato no comía azúcar, carne o conservantes si podía evitarlo.

Era uno de los mayores chascos que le había comportado el virus wild card. Todos sus sentidos se habían vuelto extremadamente agudos. Lo raro del caso es que los olores naturales, incluso los perros mojados o las verduras podridas, no le molestaban mucho. Eran sólo los olores artificiales —los tubos de escape, los insecticidas, la pintura fresca— los que le irritaban. Incluso había dejado la cocaína hacía varios años. Ahora cuando necesitaba un estado de conciencia alterado usaba hierba, hongos u hojas frescas de coca.

En ese momento habría preferido un estado de conciencia alterado. Hiram le había sentado en la misma mesa que Croyd Crenson, lo que en sí mismo no era ningún problema, pues había sido un valioso cliente durante años. El problema era la acompañante de Croyd. En una obra maestra de pésima coordinación, Ichiko había emparejado a Croyd con Verónica. Sonreía y reía sin apenas tocar el plato. Fortunato sabía que su buen humor no era más que el subidón de la heroína. Se alegraba de que Cordelia y Croyd lo separaran de ella. Ella le había ignorado durante toda la cena y tenía la mano en el regazo de Croyd, de modo que el Durmiente apenas prestaba atención a nada más. Excepto a Cordelia, que había captado su interés desde el primer momento.

Croyd tenía buen aspecto: esbelto, bronceado, pómulos altos, sonrisa bonita. Fortunato no le preguntó cuánto tiempo llevaba despierto pero sospechaba que ya eran varios días.

Se veía el brillo de las anfetaminas en sus ojos. Cuando dejaran de hacerle efecto dormiría durante días o semanas y despertaría con un nuevo aspecto y un nuevo poder.

Esta vez su habilidad tenía algo que ver con los metales. El cuchillo y el tenedor que sujetaba se le doblaban continuamente. Se concentraba y se volvían a enderezar. Él y Verónica dedicaron un buen montón de insinuaciones sobre el tema y, mucho antes de que Cordelia se hubiera unido a ellos.

Fortunato había comido un poco de ensalada y espárragos y prescindido de todo lo demás.

—Escucha —le dijo Croyd cuando el camarero con chaqueta blanca le cambió el plato de la cena por otro limpio—, ¿crees que podrías volver a calcular la factura para incluir a ésta también?

Tenía un brazo alrededor de Cordelia.

—El problema es que Cordelia no está en nómina. Al menos aún no.

—Vaya —dijo Croyd—, no quería colarme.

—No se trata de eso —dijo Fortunato—. Se podría decir que estamos en una especie de *casting*, los dos.

Croyd parecía avergonzado.

—No pretendía tomarte por una..., ehm, profesional —le dijo a Cordelia—. Aunque si después te apetece venir a mi casa, podríamos tomar un par de copas y hacer un poco el tonto. Sin ataduras, ya me entiendes. No te pediría nada que no quisieras hacer. Tengo un estéreo tremendo y en mi casa, en los muelles, a nadie le importa lo alto que lo pongamos...

De repente había un trozo de tarta de queso en el plato de Croyd. Fortunato no sabía de dónde había venido. Echó un rápido vistazo a la habitación y, cuando volvió a mirar, Croyd había añadido tarta de manzana y una porción de pastel de chocolate. Algo iba muy mal. Fortunato se puso en pie. Varios ases se habían desplazado a la terraza y, tras un panel de cristal, pudo ver a Water Lily y Peregrine hablando, con las cabezas casi juntas.

No era capaz de pensar. Se inclinó hacia adelante, con las manos apoyadas en la mesa y sacudió la cabeza. Los postres. ¿De dónde venían los postres?

«Piensa», maldita sea. «La repostería no se mueve sola. Eso significa que alguien la mueve. Alguien a quien no puedes ver. ¿Conoces a alguien a quien no puedas ver?»

—¡Mierda!

La enorme mesa redonda estaba entre él y la terraza. La agarró por los bordes y la arrojó a un lado, Croyd se lanzó en vano a salvar sus postres. Estaba a dos pasos de las puertas de cristal cuando Water Lily gritó.

Se produjo como medio segundo de silencio y todo se vino abajo. Modular Man arremetió hacia la terraza, gritando:

—¡Aléjate de ella!

Su cuerpo empezó a crepitar con energía. Croyd alzó las manos como si estuviera intentando canalizar su poder. No funcionaba. Mientras Modular Man efectuaba un barrido con el radar alojado en su cúpula, salió despedido y se estampó irremediabilmente contra una pared. El impacto fue considerable. La colisión debió de estropear algo porque empezó a disparar humo y gases lacrimógenos.

Ahí fue cuando las luces se apagaron. En el primer segundo de oscuridad, Fortunato oyó el inconfundible sonido de un elefante barritando.

Parpadeó y dejó que la luz que había llegara a él. Al cabo de otro segundo pudo ver, no mucho. El aire estaba lleno de gases tóxicos, por lo que dejó de respirar.

Water Lily estaba en la terraza con la espalda contra la baranda. Empezó a llover a su alrededor y en el perfil que dejaba el agua al caer pudo ver al Astrónomo lanzándose hacia ella.

Se repetía lo de Chico Dinosaurio y el parque. Luchó por llegar hasta ella y sus músculos se tensaron contra una fuerza invisible que le hacía parecer indefenso.

—¡No! ¡Maldita sea, no! —gritó mientras Water Lily se elevaba en el aire y

empezaba a dar vueltas y se precipitaba por el borde de la terraza hacia la oscuridad.



Le recordaba a las manifestaciones contra la guerra: la servilleta mojada sobre los labios y la nariz para filtrar los peores efectos del gas lacrimógeno. De la ondulante nube de humo salían crudas arcadas, toses y gritos.

Roulette apartó a alguien de un empujón, tratando de encontrar a Tachyon. Le había visto entrar, centrar su atención en la terraza y avanzar pero le había perdido cuando las luces se apagaron. Un as soltó una llamarada. Protegiéndose los ojos con una mano, examinó la multitud. Modular Man intentaba ponerse de pie, una mujer gritaba y Tachyon se reveló contra un fondo de humo en movimiento.

Las lágrimas le corrían por la cara y su pecho se movía pesadamente arriba y abajo al intentar contener la tos. Elevó la barbilla, como si estuviera armándose de valor para un último esfuerzo. Un resplandor se encendió alrededor del enjuto cuerpo del Astrónomo cuando el golpe lanzado desde la mente de Tachyon tentó los límites del poder que le motivaba. Entonces Modular Man estalló en pedazos.

Trozos de acero y plástico quemado se proyectaron como metralla por todo el restaurante. Un pedazo irregular que aún arrastraba un harapo del uniforme de la criatura impactó de lleno en la frente de Tachyon y éste cayó al suelo, con la cara convertida en una máscara de sangre.

Emitió un grito desgarrador y se abrió camino hasta llegar junto al alienígena. ¡No te mueras! ¡No te mueras! Pero no estaba segura de si el grito mental surgía de la angustia por la pérdida o de la ira de ser traicionada.

Cayó de rodillas y apretó su cuerpo inerte contra el pecho, y la sangre le manchó el vestido blanco. Apartó la servilleta con la que se tapaba la cara y la presionó contra el palpitante e irregular corte. El gas lacrimógeno le raspaba la garganta y los ojos y empezó a llorar. Sus lágrimas cayeron sobre el rostro de Tachyon, dejando pálidos regueros en la sangre.



El último grito de Water Lily aún permanecía en el aire. El restaurante estaba sumido en un caos absoluto. Unos trozos de Modular Man pasaron girando inofensivamente junto al campo de fuerza de Fortunato. Observó los distintos vientos que soplaban en la estancia mientras Mistral trataba de eliminar el humo.

Algún idiota con el poder de lanzar llamas intentó iluminar el lugar pero sólo consiguió incendiar las cortinas. Hiram corrió hacia el balcón, apretando el puño, gritando:

—¡No! ¡No!

Mesas enteras permanecían flotando en el aire, pues los ases que las habían levantado no sabían exactamente adonde lanzarlas. Alguien corrió bocabajo por el techo. El ruido de la porcelana rota era casi continuo, casi lo bastante alto para tapar el sonido de los vómitos.

El Astrónomo se volvió vagamente visible en la terraza e hizo una reverencia a Fortunato. Jane aún estaría cayendo, pensó. Peregrine se había girado hacia la baranda para ir a por ella.

El anciano la cogió del brazo y trató de lanzarla al suelo.

Claramente, era más fuerte de lo que él había pensado. Apretó los dientes y se apoyó sobre una rodilla y estirando el brazo que tenía libre arañó al Astrónomo en los ojos. Sus gruesas gafas cayeron al cemento y la sangre empezó a correr por sus mejillas.

El viejo sonrió. Sacó la lengua y lamió una gota de su propia sangre. Las lentes se elevaron solas y se recolocaron en su cara.

Fortunato reunió todo el poder que Miranda le había dado y lo centró en el chakra manipura, en el centro del abdomen. Un extraño sonido, como un gruñido, salió de su garganta cuando empujó fuera de sí el praná, la energía pura, y lo proyectó hacia el Astrónomo.

Salió disparada como una brillante esfera verdiazul del tamaño de una pelota de béisbol. Fortunato echó los brazos hacia atrás, con los dedos extendidos y los ojos muy abiertos.

El praná perforó las líneas de energía que rodeaban al Astrónomo y las invirtió. De círculos concéntricos pasaron a ser media lunas, todos en el lado más alejado de su cuerpo.

El agarre del hombrecillo sobre el brazo de Peregrine empezó a ceder y ella se giró hacia él como un torbellino, clavándole una rodilla en la entrepierna y rompiéndole la nariz con la palma de la mano derecha. La sangre salió a borbotones de la cara del Astrónomo.

Tan pronto como estuvo libre, Peregrine se lanzó en picado desde la terraza, batiendo las alas con furia. El Astrónomo le escupió y después se giró hacia Fortunato.

Los ojos del hombrecillo estaban muertos. Los mismos ojos de Deceso, los mismos ojos que el chico muerto del loft. El Astrónomo se había convertido en la misma muerte, absurda, brutal e inevitable. «Puedes huir», decían los ojos, «pero te encontraré».

Y entonces, el Astrónomo desapareció.





La masa de ases que se aglomeraban en las puertas se fue desenmarañando como un pulpo que se despierta lentamente. Mistral se frotó la cara empapada de lágrimas, alzó los brazos sobre la cabeza e invocó una brisa. El viento fresco, que sopló con fuerza sobre la asfixiante niebla y la convirtió en jirones blancos, pareció liberar a la gente del trance de horror que les paralizaba. Hubo una estampida poco decorosa hacia la puerta. Bastantes observaciones relativas a «contactar con mi abogado» flotaron ominosamente en el aire, pero Hiram parecía demasiado distraído como para darse cuenta. Siguió mirando con ansia a la baranda por encima de la cual Water Lily y Peregrine habían desaparecido. En algún lugar una mujer lloraba; era un lloriqueo horrible, como el de un animal torturado. Luego una voz masculina pidió desesperadamente un médico. Por desgracia, el único doctor disponible estaba inconsciente en el suelo.

Entonces se oyó un sonido estentóreo, atronador, como si un centenar de cisnes alzarán el vuelo, y Peregrine, con Water Lily entre los brazos, aterrizó con suavidad en la terraza y miró alrededor.

Hiram lanzó un sonido inarticulado y se lanzó hacia adelante. Gritos de asombro y murmullos de alivio se sucedieron entre los invitados que aún quedaban. Las dos mujeres estaban empapadas por el agua que brotaba sin parar de Water Lily, pero sirvió de poco para atemperar las miradas airadas y desafiantes dignas de un halcón que Peregrine lanzó a la sala.

Sus ojos se encontraron con los de Fortunato y la furia fue desapareciendo de su rostro. La tensión seguía, su esbelto cuerpo vibraba como una cuerda de violín recién pulsada, pero no era la tensión del vuelo o la lucha, era...



Roulette sintió que la sangre se agolpaba en sus mejillas conforme la atracción entre Peregrine y Fortunato fluía como las ondas de un poderoso imán. Puede que fuera una de las habilidades de su poder o un mero ejemplo de su mente perturbada, pero el olor almizclado y embriagador del sexo parecía extenderse sobre la devastada sala.

Hiram, avanzando con paso ligero y cuidadoso entre la carnicería, se puso al lado del as negro.

—¡Bueno! —bufó—. Esto ha sido un absoluto desastre. Casi todos los ases de Nueva York estaban aquí y nos ha hecho quedar como idiotas. —Giró la cabeza acusadoramente hacia Fortunato pero el negro no le hizo el menor caso—.

Gracias a Dios que pude alcanzar a Lily. De no haber sido más ligera que el aire, Peregrine nunca la habría alcanzado a tiempo.

Fortunato gruñó pero sus ojos seguían clavados en Peregrine, quien permanecía de pie con un brazo posado distraídamente sobre los hombros de Water Lily y le devolvía la mirada.

—Esta vez mi poder ha demostrado ser... —Fortunato se alejó y Peregrine, dejando a Water Lily, fue a su encuentro.

—¡Fortunato, por el amor de Dios, te estoy hablando! ¿Puedes seguir su rastro?

El proxeneta apartó la mirada de Peregrine.

—Si pudiera seguir su rastro, ¿crees que hubiera dejado que sucediera esto?

Hiram extendió las manos en un gesto de impotencia.

—Entonces tenemos que tratar de localizar a sus lugartenientes. Alguien debe de conocer sus planes.

Roulette se llevó la mano a la garganta, donde sentía los latidos de su pulso. Miró denodadamente el pálido rostro de Tachyon, temerosa de la penetrante mirada de Fortunato. Alzó la servilleta empapada de sangre y le frotó la cara, pero aquello sólo empeoró las cosas. El trozo de tela ensangrentado se le cayó y se quedó mirando, hipnotizada, la sangre que manchaba la pálida piel de su mano.

—Hiram, vete a la mierda.

Un ruido ahogado, como el vapor saliendo a presión de un motor, surgió de Worcester. El corpulento as parecía estar al borde del colapso.

—Intento hacer algo.

—Pues no lo hagas, por favor. Puedo arreglármelas mejor sin ti.

El as negro cogió a Peregrine del brazo y se alejó de prisa, antes de que Hiram pudiera responder a este último insulto.

El as alado lanzó al anfitrión una mirada de disculpas, avergonzada.

Water Lily estaba a salvo. Fortunato dio ese asunto por zanjado y fue a buscar a Croyd, Verónica y Cordelia.

Los encontró detrás de una de las mesas volcadas. Croyd había rescatado una tarta de muerte por chocolate entera y se la estaba comiendo con los dedos. Cuando vio a Fortunato se le borró la sonrisa.

—La cagué del todo con Modular Man —dijo—. Lo siento.

—No importa, mientras estéis todos bien.

—Estamos bien —dijo Verónica.

—Me voy con él a su casa —dijo Cordelia—, si de veras no te importa.

—De acuerdo. Pero no quiero que vayas sola por la calle esta noche. Si ocurriera algo, Caroline estará en casa pronto. Llámala y que envíe un taxi a recogerte.

—Sí, *o sensei* —dijo Verónica entre risitas. Se levantaron y se dirigieron a los

ascensores, Croyd rodeando a cada una con el brazo y Cordelia con el pastel en la mano que le quedaba libre.

Se giró para encontrarse con Peregrine mirándole fijamente. Había estado intentando calmar a Jane y se había empapado en el proceso. Vio cómo se interrumpía a media frase. Se lanzó hacia ella, los cristales y la porcelana rota crujieron bajo sus zapatos.

Todo se había convertido en una sombra excepto ella. Era alta y poderosa y estaba sonrojada por la excitación, y él la deseaba. Exhausto como estaba, débil como estaba, sentía su calor desde el otro lado de la sala. Hiram intentó decirle algo pero se lo quitó de encima, sin ser siquiera consciente de las palabras que usó.

Se detuvo delante de Peregrine. A ella le costaba respirar, como si hubiera estado corriendo.

—La fiesta se ha acabado —dijo Fortunato.

—Sí.

—¿Podemos ir a algún otro sitio?

—Mi Rolls está esperando abajo.

El as negro asintió y se encaminaron hacia la puerta, el uno al lado del otro y la mano de ella descansando apenas en el brazo de él.

—¡Espera! —dijo Hiram a Fortunato, tosiendo. Sus ojos aún estaban llorosos a causa del gas lacrimógeno. Fortunato le miró por un segundo, con la boca tensa, y pasó de largo, con Peregrine del brazo. El restaurador se quedó plantado, impotente, mirando sus espaldas mientras atravesaban las amplias puertas dobles.

De todos modos, no estaban solos. Un constante flujo de gente se dirigía hacia los ascensores, muchos de ellos aún tosiendo, tambaleándose y apoyándose mutuamente, con los ojos rojos e irritados. Chrysalis estaba entre ellos. Se detuvo para darle las gracias.

—He tenido algunas veladas de lo más animadas en el Palacio de Cristal —dijo con sequedad—, pero nada semejante a esto.

Fantasy pasó sin apenas equilibrio y con un corte en una mejilla y el vestido hecho pedazos, y se detuvo el tiempo suficiente para amenazarle con una demanda.

Mistral despejó los últimos restos de humo y gas; después trepó al pasamano de piedra y se lanzó a la oscuridad. Su capa se hinchó como un paracaídas mientras se elevaba hacia las estrellas. Mientras sus amigos e invitados se precipitaban hacia la puerta, Hiram Worchester inspeccionó lo que quedaba del Aces High. Las mesas estaban patas arriba, las copas y los platos, destrozados y esparcidos. El carrito de postres que el Astrónomo había estado empujando estaba volcado y las pisadas de los comensales asustados habían dejado trozos de pastel de chocolate y mango y tarta de queso al amaretto en la moqueta.

Varias personas habían dejado su cena atrás en forma de charco de vómito.

Una parte de la moqueta seguía en llamas y había un agujero en la pared: alguien debía de haber encontrado el modo de salir por su cuenta hacia la noche. Al menos cuatro ventanales habían quedado destrozados: había cristales rotos por todas partes. Una de las arañas se había desplomado. Debajo había un elefante asiático adulto inconsciente. En la figura de hielo de Peregrine ya no quedaba ni rastro de las alas y la del Dr. Tachyon había sido derribada y se derretía poco a poco.

El propio Dr. Tachyon aún yacía en la moqueta, gimiendo, con una mano en la frente. Roulette estaba arrodillada a su lado. La sangre rezumaba entre sus dedos, goteando en su túnica. Hiram se dirigió hacia él y casi tropezó con un pedazo dentado del torso de Modular Man, como si lo hubieran abierto con una motosierra.

—Lo siento, Hiram —dijo el alienígena cuando se acercó, apartando unos ojos violetas llenos de culpa.

Roulette ayudó al hombrecillo a ponerse de pie, pero no parecía muy estable.

—Tengo que seguir a Fortunato, necesitaré mi ayuda.

—Ya se ha ido —dijo Hiram.

—¿Dónde? —demandó Tachyon en tono angustiado. Se apartó la mano del profundo corte de la frente y contempló la sangre que le cubría los dedos.

—No lo dijo. Se fue con Peregrine.

—Tengo que encontrarle.

—No creo que estés en disposición de buscar a nadie. Deberías ir al hospital. ¡Mírate!

—Un inútil —murmuró Tach—. Soy un inútil.

El anfitrión oyó un barrito tras él y se giró para ver a Elephant Girl levantándose a trompicones sobre sus cuatro inestables patas. Un momento después, se produjo un cegador destello de luz blanca cuando liberó su exceso de masa en forma de energía. Tachyon gritó con fuerza e Hiram se tapó los ojos. Cuando pudieron volver a ver, una temblorosa y desnuda Rhada O'Reilly se alzaba en el lugar donde había estado el elefante. Su compañero, un guapo lanzador de cuchillos egipcio de su circo, tomó prestada la larga capa de cota de maila de Mister Magnet y la tapó.

Se volvió hacia Tachyon y Roulette. El taquisiano parecía medio muerto.

—Llévale a la clínica de Jokertown —le dijo a Roulette—. Hay que curar esa herida antes de que se infecte. También deberían hacerle una radiografía. Podría tener una contusión o algo peor.

—Pero Fortunato... —empezó Tach.

Hiram trató de parecer severo.

—En este estado sólo serías una carga para él. Maldita sea, ¿es que tienes ganas de añadir tu nombre a la lista de víctimas? Necesitas atención médica y lo sabes. —Levantó la mano—. Si Fortunato llama, le diré que se ponga en contacto

contigo en la clínica. Tienes mi palabra.

El Dr. Tachyon asintió con relucencia y dejó que Roulette le guiara hacia la puerta.

Ahora el restaurante estaba casi vacío. Hiram volvió a su despacho y encontró al Capitán Trips en el suelo junto a los lavabos. Estaba arrodillado junto a un amasijo de cristal y polvos de colores, recogiendo el polvo con los dedos de una mano y dejándolo caer cuidadosamente en la palma ahuecada de la otra.

—No es momento de prepararse una raya, demonios —le espetó Hiram. Trips alzó unos ojos pálidos y acuosos hacia él.

—Sólo quería ayuda, tío —farfulló—. Estaba corriendo para ir a buscar a uno de mis amigos pero tropecé y, esto, cuando caí, se debió de romper todo.

—Vete a casa.

Peter Chou apareció a su lado.

—Peter, ayuda al Capitán a buscar un taxi antes de que se corte con los cristales rotos, ¿de acuerdo?

Chou asintió.

Curtis le interceptó de camino a su despacho.

—Hay una llamada para Fortunato. Es la policía. ¿Qué les digo?

—Se ha ido con Peregrine. Creo que ella tiene un teléfono móvil en el coche. Dales el número.

Apartó a Curtis y entró en la oficina. Water Lily estaba sentada en su silla, todavía pálida y temblorosa. Regueros de agua le corrieron por la cara cuando alzó los ojos para mirarle. Jay Ackroyd estaba sentado en el borde de la mesa, sosteniendo la cabeza de Modular Man.

—¡Ay! Pobre trocito de silicona, le conocía bien... —decía.

Jane lanzó una pequeña risotada que a Hiram le sonó a un incipiente ataque de histeria. Ackroyd se pasó la cabeza suavemente de una mano a otra. La bóveda del cráneo se había caído y la cúpula de radar de Mod Man estaba rota.

—Deja eso —dijo Hiram. Se dejó caer con cansancio en una silla y miró a Water Lily—. Me alegro mucho de que estés bien. No creo que hubiese podido soportar otra muerte hoy. Y mucho menos la tuya.

—¿Y qué pasa con él? —dijo Jay colocando la cabeza en el escritorio. Los ojos ciegos de Mod Man miraron fijamente a Hiram.

—Siento lo que le ha ocurrido a Modular Man, pero no estaba precisamente vivo y no está precisamente muerto. Su creador probablemente construirá otro.

—¿Donjuán versión 4.0? ¿Otro más de la serie de seductores irresistibles de Silicon Valley? —dijo Jane. Profirió otra pequeña risita entrecortada. Se llevó una mano a la boca. Pudo oír su respiración intermitente contra ella.

Hiram dijo:

—Jane, si no tienes nada que objetar, consideraría un favor que te quedaras aquí durante un tiempo. El Astrónomo ya se había ido cuando Peregrine volvió

contigo así que, con suerte, debe de creer que estás muerta. No le saquemos de su engaño. Tiene una larga lista, al fin y al cabo. —Se pasó la mano por el cráneo—. Voy a pedir a Peter y su personal que sigan trabajando. Sé que no es mucho, pero es mejor que nada.

Water Lily asintió y se quitó la mano de la cara.

—Está bien. No podría aguantar mucho más, esta noche.

El anfitrión esbozó una sonrisa forzada que esperaba que la reconfortara.

—No pretendía que tu primera lección de vuelo resultara tan traumática.

Ella se irguió en la silla, como tratando de quitarse las secuelas tanto como pudo, y de nuevo le miró de aquella manera tan inquisitiva.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó. Hiram Worchester cruzó las manos casi encima de su vientre. Se dio cuenta de que tenía un aspecto lamentable. Rió, con una especie de ladrado carente de alegría. La conmoción por fin estaba desapareciendo pero, extrañamente, Hiram no tenía miedo. En cambio, era consciente de la persistente ira y la fría y constante cólera que crecían en su interior. Pensó en Eileen.

—¿Hiram? —preguntó Popinjay, sacándole de su ensoñación.

—Si pudiera le mataría —dijo, más para sí mismo que para los demás—. Tal vez podría haberlo hecho, pero Jane habría muerto. No lamento haber tomado esa decisión. —La miró con afecto y después se giró hacia Ackroyd—. Jay, creo que necesitaré tus servicios una vez más.

—Estupendo. ¿Vamos a por el viejo?

—Lo haría con gusto, de saber dónde encontrarle o incluso cómo empezar a buscar. —Hizo un gesto breve e impaciente con la mano derecha—. No, es inútil, y Fortunato dejó muy clara su opinión al respecto, así que dejaremos las heroicidades para él. Aun así, hay decenas de cosas que resolver esta noche. Llamadme quijotesco pero, después de lo que ha sucedido hoy, no puedo quedarme sentado de brazos cruzados sin hacer nada. —Hizo una mueca—. Me siento raro, como si estuviera corrigiendo un error.

—Tómate dos aspirinas y acuéstate y se te pasará —dijo el detective.

—No, creo que no. —Se levantó y rebuscó en el bolsillo de su esmoquin. El trozo de papel con la dirección de Loophole aún estaba allí—. Pon en marcha el contador. Vamos a hablar con un abogado.



Sintió unas manos ásperas frotándole las muñecas. Spector abrió los ojos y se llevó una mano a la boca; el buey extrasazonado que había comido en el Haiphong Lily amenazaba con salir. Podía ver la silueta de alguien arrodillado a

su lado. Gimió.

—No estás muerto. Lo supe en cuanto te saqué. Menos mal que estaba aquí, te habrías asfixiado.

Por la voz dedujo que la persona era vieja y masculina. Palpó con las manos lo que le rodeaba. Permanecía tendido en la basura.

—¿Dónde cojones estoy?

—En una barcaza llena de basura, amigo. Me gustaría saber cómo has llegado aquí, si no te importa contármelo.

El anciano sacó un mechero y se encendió un cigarrillo. Estaba completamente calvo, tenía los ojos marrones y unos labios finos. Su piel arrugada tenía un ligero tinte naranja y su cuerpo rechoncho le recordaba a Spector al muñeco de Michelin. El encendedor se apagó.

—Unos putos locos me dieron una paliza y me tiraron a un contenedor. Es cuanto puedo recordar hasta que me has despertado. —Era una mentira tan buena como cualquier otra. Registró su abrigo en busca de los libros. No estaban.

—¿Hay algún modo de iluminar esto? Quiero ver con qué me han dejado esos cabrones.

La pequeña llama del mechero volvió a encenderse. Spector rebuscó en los bolsillos y empezó a mirar la basura que tenía a los pies. Quería recuperarlos; le darían el punto de apoyo para hacer que los chicos del Puño de Sombra le ayudaran a liquidar al Astrónomo. Unos cuantos hombres con armas automáticas podrían marcar la diferencia si el viejo estaba tan cansado como suponía que estaría.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —preguntó tratando de desviar la atención de su búsqueda.

—No te lo he dicho. Me llamo Ralph. Ralph Norton. —El viejo bajó el mechero. Llevaba una camisa azul de manga larga y unos pantalones y un chaleco azul marinos a juego. La ropa estaba manchada y arrugada—. Has perdido algo, ¿no?

—Sí. —Apartó una bolsa de plástico y escarbó en la basura que tenía al lado—. ¿De dónde me sacaste, por cierto?

—Del fondo de la barcaza, donde te tiraron. —Hizo una seña—. Si me dices lo que buscas, te ayudo. No tengo nada mejor que hacer.

Spector miró su pie herido. Era rosa y pulposo pero seguía creciendo. Se levantó despacio; las rodillas le fallaron cuando hundió el pie en los desechos. Su pie era como una cubeta de brasas en el extremo de la pierna, pero tendría que vivir con ello.

—No, gracias. Pero te compro ese mechero. —Rebuscó en el bolsillo. El dinero seguía allí y sacó un billete.

—No hace falta, te lo doy. —Ralph le entregó el mechero—. Está lleno.

Spector lo cogió y lo encendió, luego se esforzó por llegar al otro extremo de

la barcaza. Las luces de Manhattan estaban justo delante de él, pero no hacían que se sintiera mejor. Tenía que encontrar esos libros antes de que el Astrónomo le llamara.

—Ve con cuidado —dijo Ralph—. O te caerás de morros.

—De acuerdo. —Le costaba respirar—. ¿Qué demonios hacías aquí, de todos modos?

—Es mi taxi de vuelta a casa. —Ralph rió—. Vivo en Fresh Kills, en Staten Island.

—¿Fresh Kills?

—Es el mayor vertedero del país, quizá del mundo entero. Llevarán estas cuatro barcazas mañana por la mañana. He salido porque unos parientes han venido a la ciudad para el Día Wild Card. Querían que les enseñara la ciudad.

Spector continuó avanzando con dificultad.

—¿Vives en un vertedero de basura?

—Pues sí. Te sorprenderías de las cosas que tira la gente, cosas que están en perfecto estado. Los trabajadores del servicio de basuras han intentado echarme un par de veces pero siempre vuelvo. El alquiler es demasiado barato como para dejarlo pasar. —Ralph puso la mano en el hombro de Spector—. ¿Conoces a algún as?

Spector se puso tenso.

—En persona, no. ¿Por qué?

—Porque yo lo soy, tengo poderes.

Spector estaba demasiado cansado para seguir adelante y se sentó.

—Un as que vive en un vertedero de basura. ¿Tengo pinta de ser un paleta de pueblo o algo?

Ralph sonrió y cogió un paquete de leche vacío; hizo una pausa dramática y luego mordió un pedazo. Lo masticó por unos momentos y se lo tragó.

—Puedo metabolizar cualquier cosa. Eso dijo el Dr. Tachyon. Lo que es basura para la mayoría de la gente, para mí es un plato en la mesa.

Spector rió.

—Puedes comer basura. ¿Ése es tu poder? Me apuesto a que todo el mundo se aparta de ti.

Ralph se cruzó de brazos.

—Venga. Ríete todo lo que quieras. ¿Tú sabes lo que ahorro en comida y alquiler? Además, soy mi propio jefe. Nadie me dice lo que tengo que hacer. Nadie me dice cuándo tengo que irme o venir. Es un poder mucho mayor que el que jamás tendrá la mayoría de la gente.

—Pues ahí la has clavado. Mira, estoy bastante cansado. Quizá puedas ayudarme. Estoy buscando unos libros envueltos en un plástico. Te recomendaré.

—Vale, pero tendremos que buscar algo mejor que un mechero o no los



encontraremos en la vida. —Juntó los dedos y los agitó, pensativo—. Las bengalas tendrían que servir. Tengo un montón. Volveré en un minuto.

—¿Bengalas?

—Sí, tengo un puñado de fuegos artificiales. Iba a tirarlos a medianoche. Una especie de pequeña celebración personal. Espérame aquí. —Se abrió paso entre la basura hacia el otro extremo del barco.

Spector metió los dedos en un par de agujeros de bala que tenía en la chaqueta y se mordisqueó el labio. Si conseguía sobrevivir a aquel día, no saldría de la cama en una semana.



## Capítulo diecisiete

---

22.00 horas

El Rolls estaba a dos escasas manzanas del Aces High cuando el teléfono empezó a sonar. Fortunato miró a Peregrine, quien se encogió de hombros y lo cogió.

—Es para ti.

—Soy Altobelli —dijo la voz del teléfono—. Le he hecho cantar a Hiram tu número. Es sobre Kafka.

—No me jodas —dijo Fortunato cerrando los ojos—, está muerto.

—No, aún está vivo. Pero estuvo a punto.

—Dime.

—Hace quince minutos un tío raro vestido de blanco apareció en medio de la celda de detención, tal cual. Pero te hice caso y puse a un equipo del SWAT vigilándole y cuando fue a por Kafka le recibieron con todo lo que tenían.

—¿Y?

—No le hirieron. Pero las balas siguieron derribándole y cada vez le costaba un poco más ponerse en pie. Después desapareció y punto.

—Tuvisteis suerte. Ahora está débil, porque, de lo contrario, nada de lo que le lanzarais le habría detenido.

El as no dijo nada acerca de lo débil que él mismo se sentía.

—Ese tío, quienquiera que fuera, tuvo algo más que suerte de su parte.

—¿Qué quieres decir?

—Por teléfono no. ¿Recuerdas el sitio donde nos encontramos el mes pasado? No digas el nombre, sólo di sí o no.

—Sí.

—¿Podemos encontrarnos allí? ¿Ahora mismo?

—Altobelli...

—Creo que estamos hablando de algo de vida o muerte. De mi vida o mi muerte.

—Voy de camino —dijo Fortunato.

Cuando colgó el teléfono, Peregrine dijo:

—El Astrónomo.

Fortunato asintió.

—Cogeré un taxi. Tú vuelve al Aces High, allí estarás segura.

—Eso es ridículo. Estoy más segura contigo. Y no tiene ningún sentido coger un taxi cuando puedes desplazarte con estilo en un Rolls Royce con chófer. —Arqueó una ceja—. ¿No es cierto?



Tras espantar a los pocos clientes normales que quedaban, los Gambione habían trasladado su reunión al comedor principal y habían juntado varias mesas. Tanto las armas como los recelos estaban bien a la vista. Rosemary estaba de pie a un lado, observando cómo los hombres discutían. Bagabond vio una indescifrable sonrisa en su cara. La indigente se sentó con Jack en un banco pegado a una pared lateral.

—Quiero empezar a buscar a Cordelia. Han pasado horas: mucho más tiempo del que prometí a Rosemary.

Jack miró al otro lado de la sala, hacia la ayudante del fiscal del distrito.

—No podrá pedir refuerzos hasta que esto no acabe. —Bagabond miró con compasión a Jack, que estaba tirando de la manchada manga de su chaqueta de camarero demasiado pequeña—. Ahora come.

Apretando la lima sobre la sopa, Jack sacudió la cabeza y cogió los palillos. Sacó una masa de fideos de arroz y camarones del cuenco que tenía delante.

—¿Qué va a hacer sin los libros? —apuntó a Rosemary con los bastoncillos.

—No lo sé. Ha tomado una decisión. Ella sabrá. —Apoyando la cabeza contra el reservado, Bagabond cerró los ojos—. Voy a averiguar si alguien ha visto a Cordelia. Tranquilo.

Jack escuchó con disimulo las maniobras de la mafia mientras comía y rellenaba su cuenco.

Dos hombres eran los líderes de facción. El más viejo, de pelo negro engominado hacia atrás y vestido con un traje gris marengo con doble botonadura, subrayaba la suma importancia de seguir con los planes de Don Frederico a fin de mantener la estabilidad. El más joven, con el pelo castaño oscuro suntuosamente recortado en lo que Jack habría descrito como un corte punk modificado con una cola de rata, señalaba que el Carnicero no había sido muy efectivo a la hora de poner fin a las invasiones del territorio. Los demás escuchaban sin decir nada.

—Ninguna de las otras familias ha desafiado jamás nuestra autoridad.

El viejo se echó hacia atrás con evidente satisfacción.

—Por el amor de Dios, Ricardo, claro que no. —El mafioso estilo *neto wave* miró al cielo resoplando—. Han estado ocupados con las amenazas reales. Los

vietnamitas. Los colombianos. Los jokers. Dios santo, ¿no ves que Jokertown se está convirtiendo en una zona catastrófica perfecta, hombre?

—Un respeto, Christopher, por favor.

Ricardo inclinó la cabeza con conmiseración hacia Rosemary.

—Gracias, Ricardo Domenici.

Rosemary se acercó a las mesas.

—Ha oído cosas peores, Ricardo. Estoy seguro de que ha oído cosas mucho peores, incluso en la fiscalía del distrito. —Christopher Mazzuchelli sacudió la cabeza, exasperado—. El asunto es que debemos elegir a un líder que pueda enfrentarse a las nuevas amenazas. Ya sabes, evolucionar.

—Mazzuchelli tiene razón. —Las miradas de todos los capos de los Gambione se dirigieron hacia Rosemary—. Debemos buscar sangre nueva para liderarnos o la familia será destruida. Es así de sencillo.

El viejo habló en un tono conciliador.

—Signorina Gambione, éste es un tema muy serio. Es cosa nuestra decidir. Quizá sería mejor que...

—Sí, Ricardo, soy una Gambione. La última. —Rosemary miró a los ojos de cada hombre, de uno en uno—. Ésta es mi familia, tengo derecho a hablar.

—A lo mejor quiere el puesto de su padre.

Christopher Mazzuchelli sonrió hasta que su mirada volvió a él.

—A lo mejor sí.

La mujer esbozó una débil y enigmática sonrisa.

—Donatello ha muerto, como Michelangelo, Raphael y Leonardo. Cuatro dones. Entiendes a qué nos enfrentamos pero no qué hacer. Ricardo sólo ve el pasado.

—Un momento. —La boca de Mazzuchelli quedó ligeramente abierta por la sorpresa.

—¿Quién mejor?

—¡Eres una puñetera fiscal del distrito!

—Sí. —La abogada sonrió mientras consideraba las posibilidades—. No podría protegernos por completo pero podría marcar la diferencia. Y la información sería invaluable.

» Mi identidad como Gambione tendría que mantenerse en secreto, nadie fuera de esta habitación tendría que saberlo. *Omerità*.

—Es difícil gobernar a la familia en secreto. —Resultaba obvio que a Ricardo Domenici le ofendía la idea—. Si es que consideráramos una cosa así.

—Cierto. Alguien tendría que ser mi... portavoz. —Examinó a todos los capos uno a uno—. Mazzuchelli.

Empezaron a parlotear mientras Christopher Mazzuchelli le sonreía con insolencia.

—Caballeros, ¿alguna objeción? ¿Ricardo?

—Es demasiado joven, no tiene experiencia... —Ricardo dejó caer los brazos ante el absurdo evidente de todo aquello—. Las otras familias se reirán de nosotros.

—Esto es una locura. Una mujer y un crío... —Un hombre mofletudo con barba de dos días que llevaba un tradicional abrigo negro apartó su silla de un empujón y se puso en pie—. Volveré cuando estéis listos para elegir a un nuevo don.

Mazzuchelli le cerró el paso pero, a una señal de Rosemary, se apartó. El disidente cruzó la habitación en medio del repentino silencio y abrió la puerta.

La mujer llamó con aspereza:

—¡Morelli!

El hombre que acababa de salir volvió a entrar en la habitación, con los ojos fijos en el cañón del subfusil con el que Morelli le apuntaba al pecho.

—¿Sí, signorina? —dijo Morelli—. ¿Algún problema?

—Creo que el problema está resuelto. ¿Verdad, DiCenzi? —Rosemary miró detenidamente al hombre, que estaba al otro lado de la sala. Bajo la presión del arma; DiCenzi asintió.

—Sí, signorina. No hay ... problema.

—Bien. —Recorrió con la mirada a los hombres que estaban sentados, observándola—. ¿Alguien más tiene algún problema?

Ricardo echó un rápido vistazo a quienes le flanqueaban. Le ignoraban ostentosamente.

—No, ningún problema, Doña Gambione.

—Con « signorina » valdrá, creo. —Sonrió a los capos con aire predatorio—. Siéntate, DiCenzi. Gracias, Morelli. Por favor, siéntate.

Mazzuchelli miraba a Morelli como si fuera un trozo de carne podrida.

—Christopher —dijo Rosemary—, eres demasiado ambicioso. Lo reconozco. No cometas ningún error precipitado.

Él le devolvió la mirada con una sonrisa tan lupina como la suya.

—Tú mandas, jefa.

Rosemary asintió y echó una ojeada al restaurante.

—¿Alguien ha visto al encargado?

—¿Quieres comer algo? —Ricardo no podía creérselo.

—Sospecho que quiere descubrir cómo entró el gilipollas que ha robado los libros. —Mazzuchelli miró a Ricardo—. ¿No opinas que sería una pregunta interesante?

Morelli se levantó y empezó a andar hacia la cocina.

—Signorina, todo tuyo.



Mientras Morelli preparaba al aterrorizado vietnamita para las preguntas de Rosemary, la nueva jefa de los Gambione llamó a sus contactos en distintas comisarías e indagó sobre Cordelia.

En el East Side, un patrullero recordaba haber visto a alguien que se parecía un montón a la joven desaparecida caminando hacia el centro por una de las avenidas alfabéticas; no hacía mucho rato.

Bagabond quería entrar en la zona a pie antes de empezar la búsqueda de la chica animal por animal. Jack estaba listo para irse al instante pero Rosemary se llevó al par a un lado por unos momentos.

—Escuchad, gracias por vuestra ayuda, a ambos. Esto no era exactamente lo que había planeado, pero no habría sucedido sin vosotros.

Su sonrisa parecía política.

—¿No era esto?

Bagabond miró directamente a Rosemary.

—Suzanne, no tenía ni idea...

—Sí. Ya hablaremos.

La mendiga empezó a alejarse. Jack ya se estaba encaminando hacia la puerta.

—Suzanne, te llamaré más tarde. Hazme saber cualquier cosa que pase con la sobrina de Jack.

Bagabond echó un vistazo a Morelli, que estaba en la esquina con el encargado vietnamita. Con esa luz, la sangre parecía negra. Cabeceó ligeramente.

Rosemary se puso roja y se irguió.

—Puedo hacer cierto bien aquí y lo sabes. Ejercer cierto control. Bagabond siguió adelante.

—Suzanne, quiero hablar contigo después acerca de ciertas ideas que tengo sobre los animales.

Todos los músculos de los hombros y de la parte superior de la espalda de Bagabond se tensaron mientras seguía a Jack a través de la puerta. Trató de no escuchar, pero le pareció oír llantos y gemidos tras ellos.



El negocio aún bullía en el Donut Hole, al otro lado de la calle frente a la comisaría de Jokertown. Las aceras estaban llenas hasta los bordillos y cada pocos minutos otra patrulla dejaba la última carga de borrachos y alborotadores en los escalones de la comisaría. El Rolls había dejado a Fortunato a una manzana de distancia y se había alejado rodando despacio entre el tráfico, buscando un lugar donde aparcar en doble fila. El as negro se abrió paso a

codazos hasta una mesa que había al fondo y encontró a Altobelli, que llevaba una gorra de los Brooklyn Dodgers y una sudadera de deporte.

—Casi he tenido que matar para guardarte la silla. ¿Quieres una rosquilla?

Negó con la cabeza.

—Dime lo que tengas que decirme, Altobelli. No tengo mucho tiempo.

—Pareces un poco chungo. Vale, vale. Es Black John F X Black, capitán de la comisaría de Jokertown.

—Conozco el nombre.

—Dejamos a Kafka aquí esta tarde. Más o menos una hora después recibo una llamada de uno de mis hombres. Black les ha ordenado que abandonaran la vigilancia de Kafka. Me acerco para averiguar por qué y pilló a Black tratando de sacarlo en un coche patrulla. Me cuenta una milonga sobre un traslado del prisionero, así que le aparto de Kafka y me lo llevo yo mismo de vuelta.

—Me estás diciendo que Blackes turbio.

—Aún no sabes lo que es turbio: justo después de que un tío con túnica y gafas intentara atacar a Kafka recibo una llamada de mi informante en la comisaría de Jokertown. Quería decirme que había visto a ese tipo raro, con la túnica y las gafas, en el despacho del capitán Black no hacía ni cinco minutos.

Fortunato se puso de pie.

—¿Dónde está?

Altobelli señaló con un dedo la comisaría.

—Todos los polis de Manhattan hacen turno doble esta noche. Se supone que yo mismo he de volver a Riverside.

—Vete para allá. Y déjate ver.

El agente tuvo que parar a pensárselo un segundo. Al final, asintió.

—Vale.

—¿Sabe alguien más lo de Black?

—Sólo tú y yo. Fortunato.

—¿Sí?

—Nada, no sé. Éste no es... no es el modo en que acostumbro a hacer las cosas. Suelo dar la cara por los míos.

—Ya no es de los tuyos, es del Astrónomo. Y ahora él es mío.



La dirección era en Central Park West. Cogieron un taxi; Hiram no tenía ningunas ganas de implicar a Anthony o al Bentley en cualquier inconveniencia desagradable que pudiera surgir.

Tras las pesadas puertas de hierro y cristal del edificio de apartamentos, un

portero estaba sentado tras un viejo mostrador. Detrás de él había una consola de monitores de seguridad. Estaba construido como una defensa y obviamente había una alarma silenciosa sobre el escritorio, a pocos centímetros de su mano. Difícilmente esperaría algún problema de un hombre gordo con esmoquin y un tipo ordinario con un traje marrón barato.

—¿Sí? —les preguntó a través del intercomunicador cuando se acercaron a la puerta.

Jay Ackroyd sacó la mano derecha en forma de pistola, apuntó al portero a través del cristal y dijo:

—Esta va por ti, pequeño.

El hombre desapareció con un «pop» en un remolino de aire. Hiram se balanceó ligeramente sobre las puntas de los pies y miró nervioso a su alrededor.

—¿Dónde lo has...? —empezó.

—A los anaqueles de la Biblioteca de Nueva York. Al parecer necesitaba poner al día sus lecturas.

Cogió su cartera, sacó una tarjeta de crédito y abrió la puerta en un abrir y cerrar de ojos.

—Nunca salgas de casa sin ella —le dijo a Hiram mientras deslizaba la tarjeta de vuelta a su cartera. Entraron en el vestíbulo.

Latham vivía en el ático, justo como Hiram había supuesto. Jay pulsó el botón para subir a la última planta.

En la placa de bronce en relieve que había sobre el timbre se leía «St. John Latham». Jay lo pulsó y aguardaron nerviosos y en silencio, junto al ascensor. No estaba en casa, pensó Hiram, por supuesto que no estaba en casa, estaba en alguna otra parte, estaba...; entonces se oyó un suave zumbido en la puerta, que se abrió poco a poco.

Entraron a un pequeño recibidor, vacío excepto por un perchero de madera curvada y un paragüero. La cocina estaba a la derecha; a la izquierda había un armario. Delante había un gran salón con una zona de sofás algo más baja que el nivel general del suelo, una barra con fregadero y una sólida pared de cristal hasta el techo que se abría a un jardín en la terraza, una magnífica vista sobre Central Park y la ciudad y las estrellas más allá. Una suite de lujo y un estudio daban al salón, con las puertas abiertas de par en par. Se oían voces en el estudio. Hiram avanzó haciendo el menor ruido, con pasos cortos y silenciosos, pero los tacones de Jay resonaron ruidosamente en el suelo de parquet mientras cruzaban la estancia.

—Está bien. Sí. Sí, a cualquier precio. Llámame cuando tengas novedades.

El hombre tocó un botón y el altavoz se apagó. La única luz de la sala provenía de una lámpara de biblioteca de bronce con pantalla de cristal verde. Latham estaba sentado con un montón de mapas bajo la mano izquierda; la derecha trabajaba en el teclado de un ordenador IBM. Llevaba chaleco y



pantalones de un traje Armani de color gris a rayas, una perfecta camisa blanca con el primer botón desabrochado y una corbata de color oscuro, con el nudo flojo y a un lado. No alzó los ojos cuando entraron.

—¿Os conozco?

—Me llamo Worchester. Hiram Worchester. Mi compañero es Jay Ackroyd, detective privado con licencia...

—Que esta mañana ha detenido de forma ilegal a un cliente de Latham, Strauss violando sus derechos constitucionales y provocándole incalculables secuelas psicológicas, por no hablar de desorientación, daño al honor y temor por su vida y su seguridad —dijo Latham.

Seguía sin apartar la vista del teclado. La pantalla mostraba una especie de cuadrícula.

—Un error de juicio que va a costar al señor Ackroyd una considerable suma de dinero y probablemente su licencia.

Acabó de escribir, guardó el documento y borró la cuadrícula de la pantalla. Sólo entonces se dignó a hacer girar su silla de respaldo alto y mirarlos.

—Si están aquí para proponer un trato, lo cierto es que estoy dispuesto a escucharles.

—¿Un trato? —Hiram estaba horrorizado—. ¿Está sugiriendo que paguemos dinero a ese matón incalificable que...?

—Yo que usted vigilaría con las calumnias, señor Worchester. Ya tiene suficientes problemas.

Sonó el teléfono. Latham no se molestó en cogerlo. Alargó el brazo, pulsó el botón de altavoz y anunció:

—Ahora no, tengo compañía. Vuelve a llamar en diez minutos.

La persona que llamaba colgó sin identificarse.

—Bien, señor Worchester, ¿qué es lo que iba a decir?

—Su cliente es una basura —dijo sin rodeos—. Si le soy franco, me sorprende que un hombre tan distinguido como usted haya siquiera considerado representarle.

—Yo tengo cierta curiosidad —dijo Jay Ackroyd. Se apoyó contra el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos—. Suele tener algo más de clase que eso.

—Raras veces me involucro en asuntos criminales y, de hecho, no soy el abogado que se ocupa de este caso. Pero considero que es importante estar familiarizado con todos nuestros asuntos, incluso los más triviales, y el señor Tulley me ha informado de este asunto esta tarde.

—¿Para quién trabaja realmente? —preguntó Hiram. Jay Ackroyd gimió. Hiram le lanzó una mirada asesina y continuó—. Esto es extorsión, usted lo sabe y yo lo sé. Quiero saber quién está detrás y quiero saberlo ahora.

Cruzó la sala, se inclinó sobre la mesa y miró fijamente al rostro del abogado.

—Se lo advierto, soy un as, y no uno cualquiera, y hoy he tenido muy mal día.

—¿Me está amenazando, señor Worchester? —preguntó Latham en términos de cortés interés.

—No me encuentro muy bien —se quejó Ackroyd desde el umbral. Hiram le miró con fastidio. El detective se estaba apretando el vientre y sus facciones tenían un leve tinte verdoso, pero quizá era sólo la luz—. No habría comido tanto de saber que me iban a rociar con gas lacrimógeno. —Eructó—. ¿Dónde está el retrete? —preguntó con cierta urgencia.

—En el dormitorio principal, a la derecha.

Salió corriendo hacia el refugio y poco después oyeron arcadas.

—Encantador —dijo Latham.

El as se giró hacia él.

—Olvidémonos de él. Su cliente y sus amigos han enviado hoy a un hombre decente y honesto al hospital. Le han roto el brazo y dos costillas, partido varios dientes y provocado una ligera conmoción. También han quemado su camión de reparto y destrozado su lugar de trabajo. Han contaminado mis langostas con gasolina, señor Latham.

—¿Vio a nuestro cliente cometer alguno de esos supuestos delitos? ¿No? Me lo imaginaba. ¿Lo vio el señor Ackroyd?

—Maldita sea, Latham, he estado allí esta mañana, vi lo que intentaban hacer...

—¿Quiénes?

—Ellos. Sus hombres, tres de ellos. Se llamaban, ehm, Eye, Cheech y, bueno, no me acuerdo del nombre del otro. Eye era el joker.

—No tengo ni idea de a quién se refiere —dijo Latham—. En cualquier caso, el señor Seivers no forma parte de ninguna banda.

—¿El señor Seivers?

Por un momento, Hiram quedó confundido.

—Creo que a veces se le conoce como Bludgeon. Si van a perseguir a ese hombre por su apariencia, al menos podrían preocuparse por conocer su verdadero nombre, que resulta ser Roben Seivers.

Los dos oyeron el ruido de la cisterna. Latham se recostó en la silla.

—Su amigo ha acabado. A menos que quiera proponer un trato, creo que también hemos acabado. Como puede ver, estoy bastante ocupado.

Jay Ackroyd volvió a entrar en la habitación, un poco pálido, secándose los labios con un pañuelo.

—Váyanse —sugirió Latham tranquilamente—. Los dos.

—No puede sencillamente... —empezó Hiram.

—¿Prefieren que llame a la policía?

Mientras esperaban el ascensor, el as miró a Jay indignado.

—Has sido de gran ayuda —dijo.

—Tienes una gran habilidad para los interrogatorios, Hiram. No quería romperte el ritmo.

Las puertas se abrieron y entraron al ascensor.

—Y eso no nos ha llevado a ninguna parte —dijo pulsando el botón para bajar al vestíbulo con bastante más entusiasmo del necesario.

—Oh, y no diría eso —replicó Ackroyd. Miró su reloj—. Si Loophole es tan listo como creo, ahora mismo estará registrando el baño.

El as estaba confundido.

—¿Registrando el baño?

—Y el dormitorio. La verdad es que no esperaba que te tragaras mi dolor de tripa. Debe de imaginar que corrí al retrete para poner algún micro.

—Ah, así pierde tiempo buscándolo...

—No creo. Joder, no lo escondí muy bien. Está en el teléfono que hay junto a su cama, ¿puede ser más obvio?

Hiram le miró boquiabierto.

—Has puesto un micro pero quieres que lo descubra. ¿Por qué?

—Para darle algo que pueda encontrar —dijo Ackroyd—. Una vez que lo tenga, debería de estar satisfecho. De todos modos, se cree que somos unos zoquetes y esta noche tiene otras cosas en mente.

—¿De dónde sacaste un micro?

Llegaron al vestíbulo. Las puertas se abrieron y salieron. El detective se encogió de hombros.

—Ah, siempre llevo unos cuantos. Van muy bien para poner nerviosa a la gente. Me salen muy baratos en un sitio de Jokertown, el tío me vende todos los que están rotos, seis por un dólar. A menos que Loophole sepa más de microelectrónica de lo esperado, no notará la diferencia. —Volvió a mirar el reloj—. A estas alturas, ya debe de haberlo encontrado, guardado en algún lado y vuelto al trabajo, pero démosle algunos minutos más para ir sobre seguro. ¿Te fijaste en el ordenador?

—¿Eh? Sí, por supuesto. ¿Qué le pasa?

Hiram abrió la puerta y salieron al exterior.

—Las calles de Manhattan, la zona de Times Square. Había planos en su mesa. Hay una especie de búsqueda en marcha y me jugaría algo a que nuestro amigo Loophole la está coordinando. Pegado al teléfono, manteniendo a todo el mundo en contacto, localizando a los jugadores en el ordenador. Realmente interesante.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Te acuerdas de nuestro pequeño *tête-à-tête* en casa de Tachyon? El tío alto, verde y escamoso buscaba una especie de libros, y no me pareció que fuera un lector apasionado. Creo que Loophole está buscando lo mismo.

—Me importan un comino los libros robados. Quiero que se haga algo respecto a Bludgeon.

—A lo mejor esos mismos tipos tienen relación con las dos cosas —dijo Jay. Se encogió de hombros—. O a lo mejor no. Vamos a averiguarlo.

Caminó sin prisa hacia la parte trasera del edificio y empezó a hurgar entre los arbustos.

Hiram se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo?

Popinjay se giró para mirarle.

—Me voy a esconder en estos arbustos. Soy muy bueno escondiéndome entre los arbustos. Es lo primero que te enseñan en la escuela de detectives.

—¿Cómo vas a descubrir algo así?

—Yo no —dijo Ackroyd. Puso su mano derecha en forma de pistola y apuntó con un dedo—. Lo harás tú concluyó.

Hiram no llegó a oír el «pop» .



La corbata negra y el largo abrigo de Fortunato quedaban un poco fuera de lugar en la comisaría de Jokertown. Era una especie de vertedero humano. El olor dominante era una mezcla de vino barato, vómito y sudor rancio. El vestíbulo principal era una simple sala de espera con una sección especial para las fulanas. La visión del maquillaje descorrido y manchado y la ropa chabacana de aquellas chicas era más de lo que Fortunato podía soportar.

Le costó diez minutos encontrar el despacho de Black. La puerta estaba abierta y el agente estaba al teléfono. Era guapo, lucía una barba de dos días, llevaba las mangas remangadas y un corte de pelo barato. Fortunato esperó en la entrada hasta que colgó. Después entró y cerró la puerta.

—El nombre no me decía mucho —dijo Fortunato—, pero ahora te reconozco. Fue hace siete años. Pasé la noche en una celda mientras una mujer a la que quería mucho acabó con la mente fundida. Hiciste que un tal sargento Matthias y un tipo llamado Román me interrogaran. Decidieron que no estaban interesados y me dejaron libre. Probablemente no te acuerdes.

—¿Acordarme? No te he visto en la vida, ni a esa tía buena de la que hablas.

Black estaba asustado y no lo escondía muy bien. A Fortunato le gustaba.

—Vas a decirme todo lo que sabes. No voy a darte por saco porque tengo prisa. Así que me lo vas contar y a mismo.

Fue fácil. Black no era un as, sólo un tipo normal y corriente. El as negro estaba débil, pero nunca volvería a ser un tipo normal y corriente. Black se apoyó en su silla giratoria, tenso pero sin ofrecer resistencia.

—¿Qué es lo que quieres saber? —dijo con voz monótona.

—El Astrónomo. Va a huir esta noche. Tiene una nave, una especie de nave espacial. Necesito saber dónde está.

—¿Una nave espacial, como los extraterrestres? ¿Cómo el Dr. Tachyon y toda esa mierda? Estás loco.

Fortunato le lanzó otra descarga de su poder. Empezaba a marearse.

—Debe de tener planeado llevarte con él. Si no, ya te habría matado.

Blackpareció desconcertado.

—Sí, en un principio... Pero decidió que me quedara aquí, dejarme vivo para solucionar las « contingencias» .

—¿Cómo retirar los guardias a Kafka?

—Sí, exacto.

—¿Y adonde se dirige?

—Es curioso. No me acuerdo.

—Curioso —dijo Fortunato. Se liberó de su cuerpo físico y entró en la mente de Black. No mentía. El recuerdo de la nave, dónde la conseguía el Astrónomo, dónde estaba escondida y dónde la llevaría, había desaparecido. Limpiamente seccionado. Justo igual que cuando el Astrónomo seccionó la mente de Eileen.

Fortunato se giró para irse.

—¿Vas a... dejarme así sin más?

—No me sirves de nada.

—Pero... ¿no temes que intente vengarme de ti?

—Sí, supongo que tienes razón.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, penetró el pecho del capitán y le paró el corazón. Black emitió un sonido, como una tosecilla, y se desplomó de lado en la silla.

—Se llamaba Eileen —dijo, y se fue.



El pie derecho de Hiram estaba empapado hasta el tobillo; apareció con los pies en el retrete y fue pura suerte que la conversación telefónica que tenía lugar tapara el chapoteo que hizo al sacarlos. Así las cosas, se ponía nervioso cada vez que daba un paso, temiendo que el húmedo sonido le delatara; de modo que intentó no moverse mucho. Se agazapó en el dormitorio, cerca de la puerta del espacioso salón. Estaba abierta, como la puerta de la habitación adyacente. No podía ver nada, salvo el salón vacío, pero sí podía oírlo todo y eso era lo que importaba. Habían pasado veintitantos minutos y había oído más que suficiente. Ring.

—¿Latham? Soy Hobart. Seguridad del metro. Las Garzas están en los

andenes, así que no hay modo de que nadie entre en los trenes o salga sin que lo sepamos. Tengo hombres merodeando en cada torno de entrada. Wyrn ha sido informado y lo confirma. Está de camino.

St. John Latham de Latham, Strauss obviamente ofrecía a sus clientes mucho más que representación legal.

Ring.

—Cholly, tío. Estamos en Port Authority. Estoy en una cabina de teléfonos, tenemos gente en todas las puertas. Muchos chulos y putas, tío, pero ni rastro de una pava blanca con biquini.

—Seguid vigilando.

Las llamadas de teléfono eran constantes, como el suave sonido de los habituados dedos de Latham en el teclado del IBM. Hiram se acercó a la puerta.

Sintió pena por la presa, quienquiera que fuera. Latham y su gente estaban cerrando una red alrededor de toda la zona de Times Square. Cada llamada tiraba un poco más del hilo y el teléfono seguía sonando.

Ring.

—¿Sinjin? Soy Fadeout.

—¿Dónde estás?

—Delante de Nathan's. No hay rastro de ella. La cosa no está tan mal como en Nochevieja pero tampoco se aleja mucho.

—¿Eres visible?

—Por el momento. Si no, esos gilipollas nats estarían chocando conmigo a cada rato. Además, quizá necesite la energía si aparece.

—Aparecerá. Wyrn está convencido.

—¿Dónde diablos está?

—En su limusina, peleando con el tráfico. ¿Dónde está el resto de nuestra gente?

—Las Garzas y los Hombres Lobo, por toda la zona. Todos nuestros jokers llevan máscaras del Dr. Tachyon, así sabemos quiénes son. Whisperer está cerca de la estatua de Cohan, Bludgeon está dando vueltas cerca del Wet Pussycat y Chickenhawk está posado en lo alto de la torre. Se supone que está vigilando pero lo más probable es que se esté comiendo una puta paloma. Tenemos a algunos tíos en los taxis, también, así si intenta parar uno quizá coja una de los nuestros.

Hiram se puso tenso al oír mencionar a Bludgeon. Cuando sonó la siguiente llamada y oyó una voz familiar, cruel y afilada emergiendo del altavoz, se acercó aún más, hasta que estuvo en el umbral de la puerta.

—Loophole, capullo, soy yo.

—Sí —respondió Latham en tono cortés y glacial.

—Acabo de divisar a la presa. Estoy viendo su culito apretado ahora mismo. Tendrías que verla, no lleva más que un puto biquini y las tetas colgando por ahí. ¿La mato?

—No —contestó con sequedad—. Síguela.

—Joder, podría retorcerle el puto cuello antes de que se diera cuenta de que estoy ahí. —Rió—. Aunque supongo que sería una puta pena desperdiciar el resto.

—No la vamos a matar, no hasta que tengamos el libro. Obviamente, no lo lleva encima. No la pierdas de vista pero no la toques. Wyrn está de camino.

—Joder —dijo Bludgeon—. ¿Puedo divertirme un rato con ella, cuando recuperemos esa mierda?

—Síguela, Sievers —dijo Loophole. Colgó. El ático permaneció en un extraño silencio por un momento.

Entonces Hiram oyó el crujido de la silla giratoria de Latham, seguido por el suave sonido de las pisadas del abogado. «El baño», pensó en un repentino ataque de pánico.

Los pasos se acercaban.



Spector apartó otra bolsa de basura. Una rata del tamaño de un dachshund se lanzó hacia él. El animal le subió por el brazo hacia la garganta. La agarró por el rabo con la mano libre y le aporreó la cabeza contra el borde de metal de la barcaza. La rata chilló y se revolvió en convulsiones. La dejó caer.

La bengala se estaba acabando y le chamuscaba los dedos. Pequeñas góticas de metal ardiente le irritaban el dorso de la mano. Tiró el artificio por un lado de la embarcación y se oyó un débil silbido cuando tocó el agua.

—Dios, ojalá fuera de día. Puede que así tuviéramos posibilidades de encontrarlos —dijo Spector.

—Si fuera de día, tendrías que pelearte con las gaviotas. Pululan alrededor de estas barcazas como las abejas alrededor de la miel. Te picotean si no tienes cuidado. No te rindas aún —dijo Ralph.

Sacó otra bengala de la caja y encendió la que sostenía; después se la pasó a Spector.

—Esos libros tienen que estar en algún lugar de esta nave y vamos a encontrarlos.

Spector se sentía cada vez más fuerte con el paso del tiempo y el pie no le dolía tanto como antes. El muñón se estaba alargando y separándose en la punta, como si los dedos de los pies estuvieran tratando de volverse a formar. El olor de la barcaza era tan fuerte que incluso a él le molestaba. Deseó que hubiera brisa y empezó a cavar de nuevo entre la basura.

—Eso es. No te rindas. —El viejo fue abriéndose paso sorteando la basura, rápido pero con cuidado. Tenía mucha práctica.

A Spector le gustaba Ralph, pero eso no le alegraba. No podía recordar la última vez que alguien había hecho todo lo posible para ayudarlo. Se sentiría como una mierda si tuviera que matar a ese tipo, pero probablemente era lo más inteligente. No podía tener a alguien que pudiera conectarle con los libros robados dando vueltas por ahí.

—Oye, amigo. No me has dicho cómo te llamas.

—Alien —dijo Spector—. Tommy Alien.

No sabía por qué se molestaba en mentirle; se lo iba a cargar de todos modos.

—Encantado de conocerte, Tommy. —Le tendió una mano manchada de basura. Spector dudó, luego la cogió y se la estrechó—. ¿A qué te dedicas?

—Yo, ehm, soy exterminador.

Se alejó un poco de Ralph y se puso a cavar en basura reciente. Echó a un lado un par de sacos de papel y desenterró un sofá roto. No había cojines y el tejido estampado en beige estaba manchado pero, por lo demás, parecía estar bien.

—¿Ves lo que te digo? —El viejo seguía justo detrás de él—. Material en perfecto estado. Podría limpiarlo con mi steamatic y estaría casi como nuevo.

Spector se dejó caer en el sofá. La posibilidad de encontrar los libros era cada vez menor y menor. Menuda suerte la suya, conseguir algo así y perderlo al instante. Podría haber acabado con el Astrónomo y tener la vida resuelta.

Ralph se sentó a su lado y observó las ropas de Spector. Las manchas de la basura ayudaban a disimular la sangre.

—Chico, esos tíos te deben de haber dado una buena tunda. Ésa es una de las cosas buenas de vivir en un vertedero, la tasa de crimen es bajísima.

Spector estaba callado. Miró fijamente a la bengala, dejando que el brillo del magnesio fuera extinguiéndose en su retina. Se preguntó qué le haría el Astrónomo. Probablemente las cosas se pondrían aún peor que ahora, por imposible que pareciera. Morir otra vez era la solución más simple, pero no era lo que tenía en mente.

Ralph clavó el mango de su bengala en el borde del sofá, luego se inclinó y volvió a hundir los brazos en la basura hasta los codos. Se giró para mirar a Spector y frunció el ceño, luego sacó un paquete envuelto en plástico.

—¿Te suena esto?

Spector agarró el paquete y lo limpió en la pernera de los pantalones. Aún veía manchas luminosas por haber estado mirando la bengala, pero sabía que eran los libros. Arrojó la suya al río tan lejos como pudo.

—Maldita sea. Puede que mi suerte esté empezando a cambiar.

El viejo asintió y sonrió.

—Te dije que los encontraríamos. La basura no puede ocultarme nada por mucho tiempo.

—Vaya, tenías razón.



Se metió los libros en los pantalones. No tenía intención de sacarlos de nuevo hasta que se los entregara a Latham.

—Ahí los tienes.

Ralph se levantó del sofá y empezó a alejarse, abriéndose camino entre la basura.

—Esto requiere una celebración.

Spector miró el reloj. Eran las 22.55 horas. Tenía que empezar a moverse. No sabía cuándo vendría a buscarle el Astrónomo, y quería estar bien acompañado de gente robusta cuando llegara el momento. El anciano estaba dejando a Fortunato para el final, así que Jumpin Jack Flash y Peregrine debían de ser los siguientes de la lista. O tal vez Tachyon.

Hacerse con ellos iba a llevarle al límite, aunque Imp e Insulina le ayudaran. Spector suspiró. También podía matar a Ralph ahora mismo y acabar de una vez.

Vio que el viejo estaba encendiendo algo en la otra punta de la barcaza, luego se acercó a otro objeto para encenderlo también. Dos pequeñas llamas crecieron poco a poco hasta convertirse en cascadas de luces de color, elevándose como surtidores hasta nueve o diez metros por los aires. Ralph estaba bien alejado de ellas, de espaldas a Spector. Parecía vigilar los surtidores para asegurarse de que la embarcación no se prendía. No conseguiría llegar a casa si estallaba en llamas.

Spector se dirigió al lado de la nave que estaba en la orilla y se bajó. Los fuegos artificiales llamarían la atención y eso era lo último que quería. No tenía tiempo de matar al Sr. Basura ahora mismo. Lo haría más tarde. Si sobrevivía a esa noche.

Fue cojeando hasta la valla metálica y trepó despacio, tratando de usar su pie malo lo mínimo posible. Impulsó su cuerpo por encima de la alambrada y se dejó caer por el otro lado. Aún le dolía el pie cuando trataba de cargar todo su peso sobre él. Ahora pudo verlo: era rosa y los dedos estaban formándose. Mañana a esas horas estaría del todo curado. Si seguía con vida.

Tenía que contactar con Latham. Rebuscó en el bolsillo del abrigo la tarjeta con el número de teléfono del abogado. Coger un taxi sería un infierno. Siempre podía matar a alguien y robarle el coche, pero quería mantener las cosas con el mínimo de complicaciones posible. Recorrió la calle renqueando, en busca de una cabina.



Jennifer tardó casi dos horribles horas en abrirse camino hasta la planta baja del Empire State Building. Temía usar los ascensores o las escaleras principales y tuvo que atravesar continuamente techos, paredes y puertas cerradas. En breve

tendría que descansar entre las fases de insustancialidad para tratar de mantener el equilibrio entre el cansancio y la continua necesidad de seguir moviéndose por si el agente federal aún la estaba siguiendo. Cayó en la cuenta de que Kien debía de tener amigos en las más altas esferas, sin duda. Se preguntó, no por primera vez, cuál era la conexión entre Yeoman... entre Brennan y él.

Al final consiguió llegar a la calle sin que la vieran, o eso creía, donde se mezcló con los peatones que pasaban y se encaminó hacia la esquina de la 43 con la Séptima, pegándose cuidadosamente a la oscuridad e ignorando las ocasionales invitaciones a ir de fiesta. Conforme se acercaba a Times Square, las calles estaban cada vez más llenas de gente que estaba de juerga, bebiendo y fumando hierba; estaba casi tan abarrotado como en Nochevieja. Al parecer, la gente que pululaba por la calle estaba resuelta, condenadamente resuelta, a no dejar pasar ninguna ocasión de pasárselo bien. Su actitud desesperada enrarecía la atmósfera con un punto depresivo y también con cierto aire amenazador.

Consideró que quizá todo estaba en su cabeza. Quizá el fornido hombre con pantalones de cuero gastado y una máscara del Dr. Tachyon de plástico que parecía seguirla no era más que un tipo inocente que sólo había salido a buscar un poco de diversión. Quizá, aunque cuando empezó a andar más rápido se percató de que la seguía y su miedo aumentó cuando vio que también aumentó el ritmo. No había estado tan contenta de ver a alguien como cuando divisó a Brennan esperándola en la esquina acordada. Echó a correr hacia él, esquivando grupos inamovibles de gente que había acudido a la celebración. Él se dio la vuelta cuando se estaba acercando y Jennifer vaciló. Podía ver su ira por la tensión de su cuerpo, por su mandíbula apretada con fuerza y la fina línea de sus labios. Parte de su rigidez se esfumó cuando la vio y fue sustituida por la incertidumbre. Una parte, no toda.

—No estaba seguro de que vinieras —dijo de un modo lacónico.

—¿Por qué?

Hablaban en voz baja, aunque ninguna de las personas que hormigueaban a su alrededor parecía prestarles atención alguna.

—La figura de Tachyon estaba hecha añicos, esparcida por todo el museo, y los libros habían desaparecido —dijo en tono cortante.

—¿Desaparecido?

El asombro en la voz y el rostro de la joven suavizaron su expresión. Suspiró y se frotó el mentón con cansancio.

—Kien debe de haberlos conseguido... de algún modo... por algún medio. —Sacudió la cabeza—. Es un tramposo de mierda. Su alcance llega más allá y a más lugares de los que puedas imaginar.

—No es posible. —Jennifer frunció el ceño y miró con ojos penetrantes a Brennan, y sintió la súbita sospecha de que tal vez tenía los libros y estaba incumpliendo su promesa de devolverle los sellos.

Pero sus hombros estaban caídos y en su rostro había cansancio y derrota. No podía ser tan buen actor, pensó. Pero ¿qué es lo que podía haber ocurrido?

Brennan pareció animarse. Enderezó los hombros, recompuso su expresión y volvió a mirar a Jennifer.

—Vamos —dijo de repente—. Parece que tengo que conseguirte más ropa. —Frunció el ceño—. ¿Cómo has perdido la que llevabas?

—Te lo contaré todo, pero primero vayamos a comer algo. Sigo muerta de hambre. Sólo pude comer media galleta con algo de hígado picado en el Aces High. ¿Por qué no vamos a cenar aunque sea tarde a algún sitio? Yo invito. Te diré lo que sucedió en el restaurante y tú me contarás por qué vas detrás del diario de Kien.

Jennifer se dijo a sí misma que había hecho la oferta por pura curiosidad pero una parte de ella le susurró que estaba racionalizando. En realidad, no quería que Brennan se separara de ella.

La miró con una sonrisa tensa.

—No creo que sea muy sensato —empezó, entonces su sonrisa se desvaneció, se convirtió en una mueca y blandió la caja de su arco hacia ella—. ¡Agáchate!

Se volatilizó.

Un hombre fornido que llevaba una cazadora de satén azul oscuro con un hermoso pájaro blanco en la espalda —«¿una grulla?»—, se preguntó la joven— pasó a través de ella. Trastabilló y cayó hacia adelante, agitando los brazos en un intento de recuperar el equilibrio. La caja del arquero le pasó a ras de cara y se cayó.

—Una Garza —espetó Brennan—. Vámonos de aquí. La cogió de la mano, empezó a correr, se detuvo, suspiró un poco para sus adentros y esperó a que se solidificara.

—A veces es difícil lidiar contigo —se quejó.

Ella sonrió y le ofreció la mano. Parecía que este asunto aún no había acabado. Se preguntó qué sería una Garza. Él le cogió la mano y corrieron.

Era imposible avanzar en línea recta entre la multitud. A su paso dejaban un rastro de juerguistas que les maldecían o silbaban al ver a Jennifer en bikini, o ambas cosas a la vez.

—Nunca nos los vamos a quitar de encima, a este paso —gruñó Brennan.

Se arriesgó a mirar por encima del hombro y vio a un grupo de hombres con chaquetas oscuras —Jennifer se dio cuenta de que eran más Garzas—, abriéndose paso tras ellos entre el gentío. Eran bastante menos sutiles que ellos y apartaban a empujones sin más a cualquiera que se interpusiera en su camino. Pocos se ponían a soltarles un sermón sobre su grosería.

—Son ocho —dijo Brennan y su mano se soltó de la de Jennifer y, de pronto, ella paró en seco.

—Oh, no —dijo, mirando fijamente.

—¿Qué pasa?

—Él.

Un hombre con un ajustado traje blanco se dirigía hacia ellos.

—¿Quién es? —preguntó Brennan.

La joven sacudió la cabeza.

—Intentó arrestarme en el Aces High. Dijo que era un agente federal.

—Genial. —Brennan echó un rápido vistazo alrededor. Estaban cerca de una esquina abarrotada, con una cabina telefónica, un buzón de correos y varios cubos de basura—. Por aquí. Quizá no te haya visto aún.

Se desviaron hacia un lado y el hombre del traje blanco gritó:

—¡Deteneos! ¡Estáis arrestados!

Jennifer gruñó, empujó a un hombre que llevaba una máscara con trompa y orejas de elefantes —no, se dio cuenta de que no era una máscara—, se disculpó y avanzó hacia el bordillo justo en el momento en que una limusina se paraba chirriando. Las puertas se abrieron de golpe y Wyrn y media docena de matones salieron de un salto.

—¡Me cago en Dios! —blasfemó Brennan. Soltó la mano de Jennifer y todo sucedió a la vez. Un destrozado taxi amarillo chocó por detrás con la limusina justo en el mismo instante en que Wyrn gritaba:

—¡Cogedla! ¡Cogedlo!

El taxi empujó a la limusina hacia adelante y la puerta abierta del lado del pasajero golpeó contra Wyrn. El joker reptiliano cayó mientras las Garzas salían en estampida entre los curiosos que rodeaban la escena y trataban de acorralar a Brennan y Jennifer. La gente atrapada dentro del círculo se dio cuenta de que algo gordo estaba a punto de tener lugar e intentó huir; la que estaba fuera del círculo se dio cuenta de que algo gordo estaba a punto de tener lugar y se apretó a empujones, para poder ver. Billy Ray, que ahora corría hacia ellos, gritó:

—¡Soy agente federal y estáis arrestados!

Y un hombre corpulento con pantalones de cuero gastado y una máscara de plástico de Tachyon, que también se dirigía hacia ellos avanzando a empujones entre la turba, realizó un giro brusco y le tiró en la acera con un único golpe de su deformado puño derecho, que parecía una cachiporra.

Las Garzas se miraron entre sí, sin saber qué hacer, y Brennan miró a la joven.

—¿Qué demonios...? —preguntó y dio un puntapié en el estómago a la Garza que tenía más cerca. Ésta cayó y otras dos asaltaron al arquero y trataron de agarrarle, sin éxito.

Para sorpresa de Jennifer, de los espectadores y, más especialmente, del enorme joker que le había derribado, Billy Ray ya se estaba poniendo de pie.

—Mamón —dijo Ray entre dientes—, te voy a patear el culo.

El gigante gruñó algo inarticulado mientras Jennifer observaba cómo Brennan se deshacía de las dos Garzas que habían ido a por él.

El taxista salió de su coche y empezó a gritar al conductor de la limusina mientras una de las Garzas lograba librarse del arquero y agarraba a la chica. Ella le sonrió y se desvaneció y él intentó una y otra vez asirla mientras oscilaba, etérea, en la acera. Cansándose de sus atenciones, cogió la tapa de uno de los cubos de basura que había junto a la acera, se solidificó y se la estampó en la cabeza con todas sus fuerzas. La víctima se la quedó mirando con dolidísima indignación durante unos segundos, después sus piernas empezaron a doblarse y se deslizó inconsciente hasta el suelo. Algunos de los espectadores aplaudieron.

El gigante habló y su voz atrajo la atención de Jennifer de nuevo hacia él y Ray.

—Que te jodan, gilipollas.

Su voz era tan monstruosamente ronca que apenas parecía humana. Era muy intimidatoria pero Ray le sonrió. Jennifer opinó que parecía estar contento de veras.

—Estás arrestado por atacar a un agente federal.

El enorme joker gruñó y blandió su deforme puño derecho, pero Ray ya se había movido. Se agachó para esquivar el golpe y se levantó descargando uno que le dio en el duro y prominente vientre. Se le salió todo el aire con fuerza de los pulmones y se tambaleó y cayó al suelo. Pero la cosa no había acabado. Levantó el brazo cuando el agente trataba de pasar por encima de él; le agarró la pierna y tiró de ella. Ray volvió a caer y el gigante joker rodó sobre él como un tsunami, inmovilizándolo contra la acera. Golpeó al agente antes de que pudiera moverse, aplastándole la mandíbula y la boca con el puño. La sangre salpicó por todas partes. Jennifer, sintiéndose un poco mareada, retrocedió y notó que chocaba con alguien. Unas manos la cogieron por la cintura y se giró de repente y se encontró contemplando un par de hermosos ojos azules. Ojos, y nada más, salvo por unos zarcillos que podrían haber sido terminaciones nerviosas saliendo de ellos. Reprimió la urgente necesidad de gritar y blandió la tapa del cubo de basura con todas sus fuerzas. Se oyó un sonoro y satisfactorio «clone» y el metal se dobló en sus manos. Los ojos desaparecieron, como si se hubieran escondido tras unos párpados invisibles; las manos invisibles la soltaron. A los pocos segundos, una figura alta y desgarbada saltó a la vista, tirada en la acera. La chica soltó la tapa abollada del cubo de basura y dio marcha atrás.

Tres de los matones que habían llegado en la limusina con Wyrn se lanzaron hacia ella mientras dos más trataban de ayudar a Wyrn a levantarse y otro empezó a dar bandazos por la calle dando puñetazos y maldiciendo al taxista que les había embestido por detrás. Por el rabillo del ojo, la muchacha vio que el joker cogía impulso para volver a golpear a Ray pero, de algún modo, escupiendo sangre y fragmentos de diente, el agente alzó la mano y agarró el

brazo del joker y con la otra le arañó la cara enmascarada. La máscara le cayó y quedó al descubierto una cara que parecía un campo de batalla bombardeado. Su boca rodeada de cicatrices estaba del todo abierta y jadeaba tratando de respirar.

—Eres un hijo de puta muy feo —murmuró Ray entre sus labios partidos y sus dientes rotos. Una extraña y alegre lucecita danzaba en sus ojos. Se retorció como una anguila, impulsó la pierna hacia arriba y le dio al joker en la entrepierna.

Le bajó un hilo de baba por la barbilla y aulló de dolor. Ray le dio la vuelta, se sentó a horcajadas sobre su pecho y le aporreó la cara hasta que su puño quedó salpicado por la sangre. El joker se quedó inmóvil y Ray rió despreocupadamente y se puso en pie. Sus ojos, en los que centelleaba una sinistra luz, se clavaron en Jennifer. Ella miró a Brennan, pero estaba ocupado con las Garzas. El agente corría hacia ella, limpiándose con fastidio la sangre que le caía de su destrozada mandíbula antes de que le cayera en el uniforme, cuando los tres matones de la limusina se acercaron desde el otro lado.

—Tú te vienes conmigo —dijo Ray. Jennifer apenas pudo entender las palabras que farfulló pero dejó que la cogiera del brazo.

—Eh, date el piro, tío. La pivita es nuestra —dijo uno de los matones, y la chica dejó que le cogiera del otro brazo.

—Sólo puedo acompañar a uno —dijo, y entonces se desvaneció y se hizo a un lado. Ray sonrió sin mover un músculo y avanzó hacia los matones mientras Brennan derribaba a otra Garza con un aplastante revés. Las dos Garzas que aún estaban en pie intercambiaron miradas, decidieron que no valía la pena y se fueron a toda pastilla por la acera y entre la multitud. El arquero se giró hacia Jennifer. Ni siquiera jadeaba, aunque parecía desconcertado al ver a Ray golpear a los esbirros de Wyrn. Jennifer echó un ojo a la limusina aparcada en la calle ante ellos, con el motor en marcha y la puerta abierta.

—¡Vamos! —le gritó a Brennan, y se escabulló por la puerta. Él la siguió y entró en el coche; cerró la puerta y una enorme figura, parecida a un pájaro, se precipitó desde el cielo y se estrelló contra el parabrisas. Era un escuálido joker con alas y una corona de sucias alas blancas como la cresta de una cacatúa desaliñada, y unas feas barbas rojas y púrpuras le colgaban de la mandíbula. Sacudió la cabeza, desorientado por el impacto, como un gorrión que se hubiera estrellado contra una ventana; graznó algo ininteligible y bajó del capó a la calle, tropezando con Ray, que acababa de librarse de su último adversario y ya estaba saltando hacia el vehículo. Brennan les vio caer en la acera en un revoltijo de extremidades. Jennifer arrancó el motor mientras Wyrn se ponía en pie, aturdido. La limusina aceleró mientras el joker miraba desconcertado a su alrededor.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, pero en realidad nadie podía explicárselo.



## Capítulo dieciocho

---

23.00 horas

Tiró de la cisterna. Latham se paró a lavarse las manos, se las secó con una toalla bordada con un monograma y apagó la luz al salir del baño.

Hiram contuvo la respiración y trató de pegarse aún más al techo. Tenía el puño muy apretado y el menor movimiento amenazaba con enviarle a la deriva por toda la sala. Rezó para que el abogado no alzara la vista. Gracias a Dios no había encendido la luz del techo: un hombre de su volumen flotando cerca de la lámpara hubiera proyectado una sombra bastante evidente. Podía darle las gracias a Popinjay por haberle metido en aquella absurda situación.

Esperaba que Latham volviera directamente a su ordenador, pero no iba a tener tanta suerte. El abogado se dirigió al vestidor y empezó a vaciarse los bolsillos: clips de billetes, llaves, un puñado de cambio. Se aflojó la corbata, se quitó el chaleco, los colgó con cuidado en un armario y se enfundó un batín. Era de seda negra, con el motivo de un dragón bordado en oro en la espalda, y le sentaba a la perfección. Sentado en el borde de la cama, Latham se desató los zapatos y se puso un par de zapatillas. «No», pensó Hiram mirándole desde arriba, «no te acuestes, por favor, no te acuestes».

El teléfono sonó.

«Vete, vuelve a la otra habitación», pensó enloquecido. Loophole miró la puerta, como si se lo estuviera pensando. Después alzó el receptor de la extensión de su dormitorio.

—Latham.

Hubo una breve pausa.

—Lo que dice no tiene ningún sentido —dijo el abogado con sequedad—. Sí, entiendo que le duele. Silencio.

—¿Se le comió el pie? —Su tono era de incredulidad—. No, lo siento, señor Spector. No le creo. Si ha perdido tanta sangre quizá esté... —Un suspiro—. Está bien, describa esos libros.

Esta vez el silencio fue mucho más largo. Hiram no podía ver la expresión de Latham desde su privilegiado punto de vista junto al techo, pero cuando habló, su



tono había cambiado.

—No, James, no los lea. No le conviene en su estado. ¿Dónde está? —Frunció el ceño—. Sí, pero ¿qué vertedero?, ¿dónde?, y o no... Están todos en Times Square, la han visto... No, no sé cuánto tiempo. —Miró el reloj de la mesita—. No. No, le quiero aquí lo antes posible. Coja un taxi... No me importa cómo lo consiga, simplemente cójalo, ¿entiende? Ya conoce la dirección.

Latham colgó el teléfono, se levantó pensativo de la cama y entonces —para inmenso alivio de Hiram— se fue directo a la mesa de la otra habitación.

Hiram se estremeció, destensó el puño y descendió poco a poco de vuelta al suelo. Aterrizó con la ligereza de una pluma. «Spector». ¿Dónde había oído ese nombre antes? ¿Qué más le había llamado Latham? James, eso era, James Spector.

De repente, cayó en la cuenta. El Dr. Tachyon, de ahí había oído el nombre, hacía medio año, sobre un costillar de cordero en el Aces High. Un tipo que había escapado de la clínica y dejado un rastro de muerte tras él, un contable llamado James Spector; pero ahora tenía una nueva profesión y en las calles le llamaban... Deceso.

Oyó a Latham descolgar el teléfono. Hiram echó un vistazo a la puerta principal. Para llegar a ella tendría que cruzar el salón, a plena vista. La ventana era mejor opción. Cruzó la habitación de puntillas, la abrió lentamente y, con cuidado, sacó la cabeza. Era una larga caída, pero no tan larga como la caída desde el Aces High.

Torciendo el gesto con disgusto, Hiram Worchester subió al alféizar y se impulsó a través de la ventana. Encajó perfectamente y durante un horrible segundo tuvo miedo de quedarse atascado. Después se retorció con un poco más de fuerza, los botones le saltaron de la chaqueta, y entonces quedó libre y empezó a caer. Sólo esperaba no desviarse mucho de su curso.



Y, de hecho, a Fortunato le quedaba energía suficiente para encontrar el Rolls. Pensó en Peregrine, en su boca y en sus pechos y en cómo sabría entre sus piernas. La sola idea le hacía más fuerte.

Iba a poseerla. Aunque ello supusiera arriesgar la vida de ambos, pues el Astrónomo no había acabado con ninguno de los dos y serían terriblemente vulnerables en la cama.

Pero había tiempo. El anciano tenía que recargar su energía y él también. Intentó no pensar en que el Astrónomo estaba ahí fuera, en alguna parte, quizá incluso escogiendo a su víctima.

Intentó no recordar que el tiempo que tenía estaba siendo comprado con el

coste de la vida de alguien más.

Dobló la esquina y vio el Rolls. Peregrine le abrió la puerta y entró.

—¿Qué tal tus asuntos? —preguntó ella.

—Atendidos. Por el momento.

—Bien. Odiaría que tuvieras prisa.



Jennifer giró una esquina con bastante velocidad como para arrancar un furioso chirrido de los neumáticos de la limusina y unas pocas maldiciones airadas de los peatones que se habían desparramado desde la abarrotada acera a la misma calzada. Echó un vistazo a su derecha y vio que Brennan se recostaba contra la lujosa tapicería, sonriendo.

—¿Por qué estás tan contento? —preguntó.

—Kien no tiene el libro.

—¿Ehhhhm?

La joven cortó dos carriles de circulación y se lanzó a una rápida huida. Miró por el retrovisor. No creía que les siguieran pero quería asegurarse.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Muy sencillo —dijo—. Wyrm aún nos está siguiendo. O a ti, para ser preciso. Por tanto, Kien no tiene el libro. —De repente se le borró la sonrisa y frunció el ceño—. Pero si no está donde lo dejaste...

Dejó la frase sin acabar.

—... debe de tenerlo otra persona. Tenerlos.

Se dio cuenta de que estaba tan absorta en la búsqueda de Brennan que se estaba olvidando de los álbumes llenos de sellos, los que eran, o al menos deberían ser, importantes para ella.

—¿Por qué te importa tanto ese maldito libro? —preguntó de pronto, saltándose un semáforo en rojo—. ¿Cuál es tu conexión con Kien?

Él miró por la ventana durante un buen rato.

—Conduces muy bien el coche.

—Vamos —dijo frustrada a más no poder por sus reticencias—. Déjate de rodeos y contesta a mis preguntas. Me debes al menos eso.

—Puede que sí —dijo Brennan, reflexivo—. Está bien. Kien y yo tenemos un largo camino a la espalda. Un camino que llega hasta Vietnam.

Jennifer redujo hasta una velocidad razonable para poder echarle un ojo al arquero mientras hablaba. Estaba mirando distraído por la ventana, parecía que mucho más allá de la calle que se veía tras el cristal.

—Es un hombre malvado. Egocéntrico y despiadado hasta la médula. Era un general en el ejército de Vietnam del Sur pero trabajaba para cualquiera que le

pagara. Provocó la muerte de muchos de mis hombres. Intentó matarme. —Su rostro se convirtió en una máscara sin expresión—: Mató a mi mujer.

Condujeron en silencio. La joven se preguntaba si había ido demasiado lejos, incluso si quería conocer el resto de la historia. Al cabo de un rato, Brennan volvió a hablar.

—Tenía pruebas que le implicaban en casi todos los asuntos turbios que estaban desarrollándose en Vietnam pero... las perdí. Kien se mantuvo en el poder. Casi me hicieron un consejo de guerra. Cuando Saigón cayó dejé el ejército y Kien vino a América. Pasé algunos años en Oriente y finalmente volví a los Estados Unidos, hace pocos años. Un antiguo camarada divisó a Kien hace un par de meses y me envió una carta que me trajo a la ciudad.

» Estoy convencido de que el diario le implicaría en infinitas actividades criminales. Tal vez contenga suficientes pruebas como para encerrarlo de por vida..., como le habrían encerrado de por vida las pruebas que recopilé hace doce años...

—No sé si este diario sería aceptado como prueba en un juicio.

—A lo mejor no —concedió Brennan—, pero contendría innumerables pistas sobre sus negocios, sus socios y sus secuaces. —La miró, serio—. Matar a Kien sería simple pero, primero, tendría que dismantelar sí o sí la red de corrupción que ha tejido aquí en Nueva York y, segundo, sería demasiado fácil para él. — Los ojos de Brennan adquirieron un aire sombrío con la introspección—. Quiero que esté despierto por las noches y que le preocupe hasta el más leve sonido, la más huidiza sombra que cruce sus sueños. Quiero verle despojado de todo lo que tiene, su riqueza, su poder y su fortuna. Al final, quiero que no le quede más que tiempo, un tiempo que le oprima la cabeza bajo su peso, con nada que cambie la infinita sucesión de días grises y eternos... Si no acaba en la celda de una cárcel, le despojaré de todo lo que tiene y convertiré su vida en un infierno de pobreza y miedo del que no podrá escapar. Para eso, necesitaré el diario.

Volvió a guardar silencio y Jennifer se lamó los labios. Pensó que quizá era el momento de decirle la verdad. Debía saberlo. Pero algo se paralizó en su interior ante la idea de contárselo. Se lamó los labios otra vez y se obligó a abrirlos.

—Brennan...

Le interrumpió el sonido de un teléfono sonando en la parte trasera de la limusina. El arquero se giró sobresaltado para mirar al asiento de atrás mientras ella suspiraba, sintiéndose como un prisionero a quien han concedido un indulto.

El salpicadero tenía más controles que una nave espacial.

—¿Qué botón baja la ventanilla entre los asientos? —preguntó Brennan.

La chica lanzó una mirada al salpicadero y se encogió de hombros. Brennan empezó a toquetear un montón de interruptores, encendiendo la radio, cerrando las puertas, desplegando la antena de la televisión y, por fin, bajando la barrera de cristal tintado que había entre los asientos delanteros y los traseros. Se lanzó a

la parte de atrás. Cogió el teléfono, encendió el altavoz adjunto para que Jennifer pudiera oír y respondió con un gruñido.

—Wyrn. Wyrn, ¿eres tú? Soy Latham.

La joven, que le miraba por el retrovisor, vio una extraña expresión cernirse sobre sus facciones. Sonrió con placer, pero sin humor, como si reconociera el nombre, como si se alegrara de oír la voz de esa persona.

—Escúchame con atención. Deceso va a venir con el libro. Repito. Deceso tiene el libro. Cancela tu búsqueda y escóltale. ¿Entendido?

La sonrisa de Brennan era brutal.

—Sí —dijo tranquilamente.

—Tú no eres Wyrn.

—No.

—¿Quién eres?

—El espectro del pasado. Y vengo a por ti. Colgó el teléfono.



El estruendo mientras cruzaban la ciudad era ensordecedor. La multitud era literalmente una marea, que fluía y refluía, llevando a los transeúntes que iban a la deriva con ella.

—Lo estoy intentando —le dijo Bagabond a Jack, con los ojos muy cerrados mientras se apoyaba contra un pilar de ladrillo en la entrada de un callejón en la calle 9—. Las criaturas de la ciudad nunca han tenido que tratar con semejante alboroto de humanos antes. Están aterrorizadas.

—Lo siento —dijo él. La urgencia de su voz desmentía las disculpas—. Tú inténtalo. Por favor, inténtalo.

—Eso hago. —Seguía concentrándose—. Nada. Lo siento. —Abrió los ojos y Jack se encontró mirando a sus aparentemente infinitos pozos negros—. Hay ocho millones de humanos en esta ciudad. Probablemente hay diez veces más criaturas, sin contar las cucarachas. Ten paciencia.

Impulsivamente, Jack la abrazó.

—Lo siento, haz lo que puedas. Vamos a seguir dirigiéndonos al centro. Ahora su voz sonaba cansada. La mendiga mantuvo el abrazo un segundo más de lo necesario. Él no objetó.

De repente, la mujer inclinó la cabeza.

—Escucha.

—¿Captas algo? —preguntó él.

—Oigo algo, ¿tú no?

Empezó a caminar de prisa por la manzana.

Jack también lo oyó. La música era familiar y la voz, el doble.

*Sangre y huesos*  
*Llebadme a casa*  
*Con quienes estoy en deuda*  
*Con quienes van a ir*  
*Conmigo al infierno*  
*Conmigo al infierno*

—Que me aspen —dijo Jack—. Parece C.C.

—Es C.C. Ryder —dijo Bagabond. C.C. había sido una de las más antiguas e íntimas amigas de Rosemary en la ciudad. Sin embargo, disparado por un agudo trauma, su grotesco talento wild card la había mantenido bajo los atentos cuidados de la clínica del Dr. Tachyon durante más de una década. Se pararon junto a otros varios curiosos y se pegaron al cristal de Crazy Eddies. Había unos cuantos monitores grandes de vídeo instalados en el escaparate. Los altavoces de encima vertían la música a la calle. En las pantallas, unas figuras geométricas angulosas rodaban y colisionaban en blanco y negro.

—¿Vuelve a tocar? —dijo Bagabond—. Rosemary no dijo nada.

—No en vivo. —Jack miró a través del cristal, entornando los ojos—. Sólo en vídeos musicales como ése. También he oído que ha estado escribiendo un montón de temas nuevos, canciones para Nick Cave, Jim Carroll, gente así. Leí en *The Voice* que hasta Lou Reed está considerando una de sus canciones para un nuevo álbum, y él nunca hace versiones.

—Me encantaría que volviera a tocar en directo —dijo la indigente, con voz casi melancólica.

Él se encogió de hombros.

—Quizá. Supongo que a lo mejor no puede hacer frente a más de dos personas a la vez. Supongo que al final se pondrá mejor.

—Si ahora está grabando, entonces es que está mejor.

—Me apuesto algo a que a Cordelia le encantaría conocerla —dijo Jack. Bagabond sonrió.

—Cordelia tiene dieciséis años. A lo mejor C.C. conoce a Bryan Adams.

—¿A quién? —dijo Jack.

—Vamos.

Le cogió de la mano y lo apartó del escaparate. La letra de la canción les siguió.

*Puedes cantar sobre el dolor*  
*Puedes cantar sobre la pena*  
*Pero nada traerá un nuevo mañana*  
*Ni se llevará el ayer*



En el cubículo de al lado, protegido tan sólo por una fina cortina de tela, alguien estaba vomitando. Haciendo ruido, con energía, con vigor, un auténtico *tour de force* del vómito.

—Así que le digo, le digo, qué feo eres, nat, te voy a estampar la cara en...

Pero el lugar en que el joker con voz aguardentosa iba a estampar la cara se perdió en el solitario grito de las sirenas y un sonoro y lastimero « ¡ay! » de Tachyon.

—Basta de lloriqueos —ordenó la Dra. Victoria Queen; al parecer los treinta y seis años de convivencia con su inverosímil nombre habían agriado su carácter. La expresión de disgusto con el ceño fruncido no concordaba con su cara adorable y su cuerpo sensual. Dio otro punto en la frente del alienígena.

—¿Qué estás usando? ¿Una aguja de tejer?

—¿Dónde está todo ese estoicismo taquisiano? Soportar el dolor sin pestañear, reírse en la cara de las vicisitudes...

—Tienes unos modales horribles con los pacientes.

—Veo que fue usted quien lo encontró —dijo la doctora, ignorando a Tachyon. Roulette sintió una punzada de ansiedad—. ¿Estaba en el bar?

El taquisiano, interpretándolo correctamente como un insulto, se apoderó de la observación sin darse cuenta de su significado.

—No siempre estoy en el bar. Le agradecería que dejara de contarle eso a la gente.

Se oyó un sonido de creciente alboroto más allá del cubículo.

—¡Quédense aquí! —ordenó Queen y descorrió con brío la cortina.

Tachyon tiró de su flequillo, tratando de tapar la herida medio abierta; la aguja aún sobresalía entre la piel blanca. Se bajó de la camilla y Roulette extendió una mano.

—¿Adónde vas?

—A ayudar.

—Estás herido, eres un paciente.

—Todavía es mi hospital.

Estaba demasiado cansada y demasiado obsesionada con las imágenes que pasaban por su mente como para discutir. Le siguió a la sala de urgencias de la Clínica Blythe van Renssaeler Memorial.

Todas las sillas y sofás disponibles estaban ocupados. Jokers de todo tipo se amontonaban, tosían, gemían, se quejaban y seguían a los desbordados doctores

con ojos suplicantes.

Uno con tres piernas anadeaba tras la Dra. Queen.

—¡Llevo esperando aquí tres putas horas!

—¡Qué duro!

—¡Zorra!

—Tienes una muñeca rota. Hay otros con problemas más graves. Te atenderemos en cuanto podamos. Y no me das ninguna pena. Personalmente, creo que Elmo te tendría que haber roto el puñetero cuello.

Tachyon estaba examinando a un anciano comatoso que estaba en una de las camillas, aparentemente ajeno a la disputa a gritos que se acontecía tras él. Cuando el joker quiso darle un golpe a la doctora, el puñetazo siguió solo y se dio a sí mismo en la cara, y entonces cayó roncando al suelo.

—Buen trabajo, Doc —proclamó un enorme joker escamoso vestido con un uniforme de guardia de seguridad—. Oye, estás hecho una mierda.

—Gracias, Troll.

—¿Qué quiere que haga con él?

Palpó al alborotador dormido con un dedo del pie.

—Que Delia se ocupe de su muñeca mientras está dormido. —Una fugaz sonrisa—. Así ahorramos en anestesia.

Otra estridente ambulancia escupió su carga. Una camilla chirrió al pasar, portando una figura de pesadilla. Más de dos metros de alto y la cabeza roma como la cabeza de un martillo. Un feroz ojo rojo y otro de un brillante azul miraban desde debajo de una pronunciada protuberancia ósea. En lugar de pelo, el cráneo estaba salpicado de forúnculos. Algunos se habían abierto y supuraban pus. Parecía como si alguien hubiera danzado en su cara con un martillo neumático.

Roulette se rodeó con los brazos el estómago, tratando de acallar el dolor, los olores, los sonidos. Queen descubrió a Tachyon administrándole una inyección a un quejoso niño de cinco años y lo persiguió hasta que regresó al cubículo. Cuando volvieron a salir, llevaba al menudo doctor por la muñeca como una maestra indignada con un alumno rebelde.

—Lléveselo a casa. —Le dio un fuerte empujón entre las escápulas—. Que se tome esto. Y que duerma.

—Estoy bien, me quedo aquí.

—Usted nunca está aquí en el Día Wild Card. Normalmente tiene la cara ahogada en un charco de coñac. ¿Por qué romper la tradición?

Queen no se dio cuenta —o quizá no le importó— de que Tachyon se hubiera sentido profunda y verdaderamente dolido por el comentario. Roulette le cogió del brazo y lo condujo hasta la salida lateral del viejo edificio de ladrillo.

—Voy a ir a buscar a Fortunato —anunció abruptamente.

—¿Para qué?

—Para ayudarle a encontrar al Astrónomo.

Los labios del doctor se contrajeron en una fina línea.

—Tachyon, seguro que él sabe que tras el ataque al restaurante todos los ases de Manhattan van a por él. Sería idiota si se quedara en Nueva York.

—Está loco, no le importará.

Se quitó su mano de encima y cerró los ojos. Parecía que tenía lugar una gran lucha, aunque sólo se mostraba a través de la expresión cada vez más demacrada de su fino rostro, del sudor que enmarañaba los rizos de sus patillas y los puntos de un blanco brillante que tachonaban cada uno de sus nudillos. Dio un giro súbito y aporreó con los puños la pared del hospital.

—¡Me está bloqueando!

—¿Quién?

—Fortunato. Maldito sea. Maldito sea. Maldito sea.

Echó la cabeza atrás y gritó al cielo:

—¡Me has despreciado durante años, hijo de puta arrogante! «Marica del espacio». ¡Pues muy bien! Arréglatelas tú solo, pues, y vete al infierno.

—¿Por qué te preocupas así? Tal vez el Astrónomo vaya detrás de ti y entonces puedas ocuparte de ello.

Pero ya se había puesto en marcha, con la cabeza inclinada y las manos hundidas en los bolsillos, y se perdió la amarga ironía de las palabras de la mujer.





## Capítulo diecinueve

---

00.00 horas, medianoche

—Maldita sea —murmuró Brennan mientras colgaba el teléfono.

—¿A quién intentabas llamar? —preguntó Jennifer.

—A Chrysalis.

—¿Aún?

—Sí. Y todavía no ha llegado.

—¿Quién es Chrysalis, por cierto?

—Es la propietaria de un bar llamado el Palacio de Cristal —le contestó, mirando por la ventana—. Es la traficante de información que me puso sobre tu pista. Sabe todo lo que vale la pena saber, por lo que es probable que también sepa dónde está el apartamento de Latham. Pero no está disponible y Elmo se está empezando a mosquear con mis constantes llamadas. Maldita sea —repitió, golpeando la palma de la mano izquierda con el puño de la derecha cerrado.

—No podemos hacer mucho salvo darnos una vuelta por la zona alta de la ciudad como estamos haciendo, buscando a un tipo que se llama Deceso y lleva una bolsa con libros.

Brennan mostró una sonrisa amarga.

—Lo sé. Parece bastante desesperado pero vamos a quedarnos con esa posibilidad durante un tiempo.

Jennifer se encogió de hombros.

—Claro.

Él tenía razón, por supuesto.



No era de extrañar que Deceso hubiera tenido problemas para conseguir un taxi. Le habían disparado una docena de veces. Las balas le habían agujereado la parte delantera del barato traje gris y la camisa estaba llena de quemaduras de pólvora y sangre. Olía a basura y se le habían manchado los pantalones. Cuando

abrió la puerta del taxi, un escalofrío recorrió toda la longitud de su escuálido cuerpo. Deceso puso un pie en el suelo, se apoyó en la puerta trasera y tiró del otro pie. Era una cosita retorcida, sin zapato, sin calcetín, pálido a la luz de la farola, suave y pequeño como el de un niño, creciendo de un muñón desigual que tenía una costra de sangre seca.

Hiram tragó saliva y miró hacia otro lado.

El taxista estaba enojado.

—¡Qué hijo de puta! —gritó—. ¡Te recojo con ese aspecto y me dejas tieso! Deceso sonrió con malicia.

—Si lo que quieres es quedarte tieso, estás en el sitio adecuado. Tienes suerte de que tenga prisa, idiota.

Con cuidado, bajó su nuevo pie en carne viva hasta la acera y torció el gesto cuando tocó el suelo.

—¡Hijo de puta! —gritó el conductor. Arrancó tan rápido que la fuerza de la aceleración cerró la puerta trasera, que golpeó a Deceso en la cadera. Cayó de bruces en el bordillo y gritó. Algo se le cayó del bolsillo.

Hiram vio que eran libros.

Estaban en una bolsa de plástico. Deceso los recogió apresuradamente, se los guardó en el pecho y se puso en pie tambaleándose. Después se dirigió renqueante al edificio, medio cojeando, medio saltando, tratando de evitar cargar peso sobre el pie nuevo. Tenía los ojos en blanco a causa del dolor. Apretaba con fuerza los libros, sujetando la bolsa con las dos manos. No pareció preguntarse por qué el portero llevaba esmoquin. Hiram abrió la puerta, casi sintiendo pena por el desdichado.

Jay salió de entre los arbustos, apuntando con el índice y con el pulgar doblado.

—¡Eo! —dijo en voz alta.

Deceso se giró para mirar.

Hiram cerró el puño. De repente, los libros pesaban casi noventa kilos; a Spector se le escurrieron de entre los dedos y se le cayeron en el pie. Hiram oyó el crujido de los diminutos huesos a medio formar y vio la tierna piel blanca abrirse. Deceso abrió la boca para gritar.

Y, de súbito, desapareció.

Fatman se agachó, devolvió el peso normal a la bolsa de libros y la recogió. Estaba empapado en sudor.

—Podríamos haber muerto justo en ese instante —le dijo a Popinjay.

—Y mi madre podría haber sido monja —dijo Ackroyd—. Vámonos de aquí, rápido.

Cogieron un taxi en la esquina. Era el mismo del que se acababa de bajar Deceso y el conductor aún se estaba quejando por su última carrera.

—¿Adónde vamos? —preguntó por fin.

Ackroyd esbozó una sonrisa débil y fugaz.

—A Times Square —dijo.



—Bueno —dijo Peregrine—, esto es todo. Humilde pero de mi propiedad.

Fortunato cerró la puerta y no dijo nada. El ático era una única estancia, con las paredes y las moquetas todas de distintos tonos de gris. Cada zona estaba a su propio nivel, a un escalón o dos por encima o por debajo de las que le rodeaban. Los muebles eran todos largos, bajos y caros, de acero, cristal o tapizados en algodón gris. Una de las paredes era toda de cristal, y desde ella se veía Central Park. En el punto más alto del piso había una elevada cama de agua, de tamaño extragrande, en la esquina más alejada. No había colcha, sólo sábanas de satén gris arrugadas.

—¿Quieres una copa o algo?

Negó con la cabeza. Peregrine se dirigió a la barra y se sirvió una copa de Courvoisier.

—No estés tan serio. Hemos salvado a Water Lily, ¿no?

—Sí, la salvaste tú. Estuviste más que impresionante.

—Lo soy cuando tengo que serlo. No me gusta que me presionen. —Apoyó la cadera en el borde de la barra y bebió un largo trago de coñac. Sus alas se agitaron un poco, como si le quemara al bajar. Era pura sensualidad, natural; sus piernas se movieron para mostrar unas largas y redondeadas pantorrillas y unos esbeltos muslos—. Lo que no quiere decir que no aprecie cierta agresividad en las circunstancias adecuadas.

—Hace un rato me acusaste de «una aproximación muy cutre».

—No me digas que herí tus sentimientos. —Sus ojos centellearon de nuevo. No se apartaron de él ni mostraron reproche alguno—. Quiero decir, ¿cómo iba a saber que estabas diciendo la verdad? Además, de lo único de lo que me quejé fue del estilo. No dije que no estuviera interesada.

Mientras el as negro cruzaba la habitación, ella dejó su copa y se incorporó. El brazo izquierdo de Fortunato se deslizó entre sus alas, el derecho, alrededor de su cintura. Su boca era suave y sabía a coñac y se abrió al instante por debajo de la suya. Moviò la lengua demostrando una gran experiencia, primero entre sus dientes y después hasta las profundidades de su boca. Sus piernas se abrieron y sus alas se plegaron alrededor del hombre, y él se sintió como si se hubieran fundido en un único organismo. Podía sentir el calor de su pelvis a través de la pernera del pantalón y su poder wild card rugió a través de su cuerpo y hacia él como una explosión nuclear.

Ella interrumpió el beso, jadeando en busca de aire.

—Dios mío —dijo.

La cogió en brazos y la llevó a la cama.

—No pesas nada.

—Huesos huecos —le dijo al oído, pasándole la lengua por el borde—. Huecos pero tan duros como la fibra de vidrio. —Le apretó el pecho en un abrazo, sólo por un segundo, para demostrar su afirmación, y después le mordió en el cuello.

Encontró la cama por instinto. El resto de sus sentidos estaban fuera de control. Buscó una cremallera en el vestido de Peregrine y ella dijo:

—Olvidalo, ya compraré otro, quiero que me folles, que me folles ahora mismo.

Fortunato agarró las copas que cubrían sus senos y rasgó el vestido por la mitad. Sus pechos emergieron, pálidos y perfectamente redondos, con pezones anchos y un tanto más oscuros que la piel que los rodeaba. Tomó uno entre sus dientes y ella le clavó las uñas en la camisa del esmoquin, haciendo estallar los corchetes, que saltaron y tintinearón por el suelo. Le arrancó el fajín y le bajó los pantalones hasta las rodillas. Cogió el pene entre las manos, lo que le habría dolido de no haber estado de por sí tan hinchado y dolorido que creía que iba a partirse de una punta a otra como una fruta madura.

Bajo el vestido de terciopelo no llevaba más que un liguero y medias de seda. Sus alas batían al compás de su respiración. El vello púbico era grueso y suave como un vellón de lana. Levantó los pies, aún con los zapatos de tacón negros calzados, los colocó en los hombros de Fortunato y alargó el brazo para agarrarlo por el cuello.

—Ya —dijo—. Ahora.

Cuando penetró en ella fue como conectarse a una toma eléctrica. Líneas de energía ardiente, de un brillante color púrpura, palpitaron alrededor de sus cuerpos. El as negro nunca en la vida había sentido algo así.

—Dios mío, ¿qué me estás haciendo? —susurró ella—. No respondas. No me importa. No pares.



Tras el inicial momento de vértigo, Spector casi se había caído, pero se las arregló para agarrarse a la barandilla de la pasarela antes de venirse abajo. Tenía la sensación de que su pie se hubiera quedado atrapado en lava fundida. Se sentó y trató de descubrir adonde le habían enviado. Estaba muy arriba y podía ver una calle llena de coches delante de él. Se levantó y se dirigió cojeando hasta el final de la pasarela, usando la fría baranda como apoyo. Contempló la desierta oscuridad del estadio de los Yankees. El mierdecilla que le había hecho aquello se

las pagaría. Debería haber reconocido a Fatman en la puerta. Debería haber tenido más cuidado en todo. Ahora los libros habían desaparecido y tendría que lidiar con el Astrónomo por su cuenta.

—Cabrones de mierda. Me han enviado al puto Bronx.

Se limpió la nariz y buscó un modo de bajar. A los pocos minutos encontró una escalera. Había unos buenos quince metros hasta la pasarela de hormigón que había debajo. Descendió con cuidado, manteniendo la pierna apartada para que el pie herido no tocara nada. Una ráfaga de viento le agitó el pelo sucio, que le tapó los ojos y le causó una descarga de dolor por todo el tejido que estaba intentando convertirse en dedos. Tardó diez minutos en llegar abajo.

Miró alrededor buscando algún objeto que pudiera usar como muleta, sin éxito. No había nada en el otro lado de la verja metálica salvo una caída chungá. Se afanó por rodear el borde de la pasarela hacia las tribunas. Estaba seguro de que era la única manera de salir.

Se arrastró por encima de otra valla. Supuso que estaba bajo las gradas del jardín derecho. Tropezó con una caja llena de bolsas de cacahuets y cayó al suelo, gritando.

La luz le golpeó casi de inmediato.

—Alto ahí, amiguito.

Una voz habló detrás de la linterna. Spector oyó un chasquido. El pasador de seguridad de un revólver, probablemente.

—Ayuda. Necesito un médico. Enfoque mi pie con la luz.

Tenía que atraer al guardia lo bastante cerca como para poder ver sus ojos. El vigilante dirigió la luz a los pies de Spector. El pie malo estaba negro y púrpura donde los libros habían caído.

—Dios mío. ¿Qué diablos te ha pasado?

Estaba cerca pero sus ojos aún no eran visibles. Sacó el mechero de su bolsillo y lo encendió. Los ojos del vigilante eran de un azul gélido, bonitos a la luz de la llama. Le miró fijamente. El hombre apenas gimió. La muerte de Spector le asaltó con resultados rápidos y seguros. Cayó y se quedó inmóvil. Buscó en el cuerpo del guardia y le cogió la linterna y las llaves. Si podía entrar en uno de los vestuarios, quizá encontrara algo con lo que envolverse el pie. Sin duda podría encontrar algún tipo de muleta y tal vez incluso cambiarse de ropa. Ascendió cojeando la rampa que conducía a las gradas y bajó por las escaleras hacia el campo.



—La mejor opción son las ratas. Estoy recogiendo impresiones de tantas como

puedo y hay muchísimas —dijo Bagabond.

—El punto de vista de una rata de la Gran Manzana —dijo Jack—. Eso es algo que el patronato de turismo no ha explotado mucho. Intentó que sus palabras sonaran despreocupadas.

Algo más abajo, en la misma manzana, había una conga de jokers o gente normal vestida de joker, Jack no sabría decirlo. Los bailarines habían prendido fuego a varios coches abandonados estacionados en zonas de carga. O a lo mejor no estaban abandonados cuando las antorchas los encendieron. Era difícil saberlo. En cualquier caso, ahora ardían alegremente, desprendiendo un humo grisiento que caracoleaba.

Jack y Bagabond habían parado en Terrific Pizza para comprar algunas bebidas. Estaban sedientos.

—Este sirope no vale nada —le dijo Jack al dependiente. Hizo una mueca al probar la bebida.

—¡Mala suerte, tío! —respondió—. Si no te gusta, prueba con los refrescos del inmigrante que está un poco más abajo.

—Vamos —dijo la mendiga, apremiando con la mente a seiscientas ratas del callejón de detrás para que se colaran en Terrific Pizza y echaran un vistazo a las reservas de masa y queso.

Fuera, en la acera, Jack dijo:

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa?

—Vamos.

La condujo hacia los bailarines. La fila había empezado a romperse. Unos aparentemente deformes, algunos de los cuales lucían disfraces aún más grotescos, se estaban quedando rezagados.

Jack se dirigió a uno de ellos. El hombre era alto y moreno, con la piel de un color azul negruzco a la luz del vapor de mercurio y el parpadeo del fuego. Llevaba un disfraz de traje tribal, con perlas y plumas en abundancia. Su piel estaba cubierta por una capa de sudor. Las gotas que le corrían por la cara, no obstante, eran gotas de sangre de los cortes que le bajaban por las mejillas y que tenían la forma de unas comillas angulares, siguiendo la inclinación de sus pómulos. Sus ojos eran cavernas infinitamente profundas enmarcadas por maquillaje blanco.

Llevaba una nariz roja de Bozo el Payaso.

—¡Dieu! —dijo Jack—. ¿Jean-Jacques? ¿Eres tú?

El bailarín se detuvo y se le quedó mirando. Bagabond se acercó a ellos y observó.

—Me has reconocido —dijo Jean-Jacques con tristeza—. Lo siento, amigo mío. Ahora que no soy humano, pensaba que nadie sabría quién soy.

—Te reconozco. —Jack alargó una tímida mano, vigilando el movimiento—.

¿Qué te has hecho en la cara...?

—¿No parezco un joker?

—No eres un joker. Eres mi amigo. Estás enfermo pero eres mi amigo.

—Soy un joker —dijo Jean-Jacques con firmeza—. Una sentencia de muerte pesa sobre mí.

Jack se lo quedó mirando en silencio.

El hombre negro le devolvió la mirada y luego rozó la cara de Jack con las yemas de los dedos. El gesto fue fugaz y tierno. Otros integrantes de la conga se habían congregado alrededor.

Jack vio que todos ellos eran normales vestidos con atuendos extravagantes, algunos brillantes y desesperadamente chillones, otros apagados y más sutilmente grotescos.

—Adiós, Jack, amigo mío. Te echaré de menos.

Jean-Jacques se dio la vuelta y empezó a cantar las letras:

—¡H, T, L, V!

Los otros le siguieron:

—¡H, T, L, V! —bramaron por la calle.

—¿HTLV? —le preguntó la mendiga en el momento en que se quedaron plantados mientras Jean-Jacques y los demás se alejaban frenéticos, girando y bailando.

—El virus del SIDA —dijo Jack inexpresivamente.

—Ah. —Bagabond le miró de un modo extraño—. ¿Su nombre es Jean-Jacques?

Jack asintió.

—¿Tú y él...?

—Amigos —dijo Jack—. Muy buenos amigos.

—¿Algo más que amigos?

Asintió.

—Tenemos que hablar —dijo Bagabond—. Ya hablaremos cuando todo esto acabe.

—Lo siento —dijo él mientras empezaba a alejarse.

—¿Por qué? —Volvió a cogerle del brazo—. Vamos. En serio. Ya hablaremos. —Alargó la mano y le tocó tal como lo había hecho Jean-Jacques. Su rostro estaba áspero, sin afeitar—. Vamos —repitió—, aún tenemos que encontrar a Cordelia.

Sus miradas se encontraron. Los dos pensaron «ahora las cosas van a ser diferentes». Pero ninguno de los dos sabía de qué modo.



La ducha estaba caliente y así era como le gustaba a Spector. El agua salpicó y corrió por su escuálido cuerpo. Abrió la boca y dejó que se le llenara; entonces hizo gárgaras y la escupió. El pie aún le dolía pero estaba acostumbrado al dolor. Al menos ahora estaba limpio.

Cerró el grifo y anduvo por el frío suelo de baldosas de la zona de las taquillas, aún pisando con mucho cuidado. Silbó las primeras notas de *Take me Out to the Ballgame* y paró.

El sonido reverberó en las paredes. Los vestuarios eran menos impresionantes de lo que había esperado. Duchas y taquillas simples y bancos de madera para sentarse. No muy distinto del instituto.

Se acercó a una cesta llena de uniformes de béisbol sucios y empezó a rebuscar entre ellos, tratando de encontrar algo que se aproximara a su talla. La mayoría era demasiado grande y odiaba las rayas. Mejor que su traje agujereado por las balas, no obstante. Si alguien preguntaba podía decir sin más que iba disfrazado. Se las arregló para encontrar un uniforme que no le quedara como una tienda de campaña y se vistió.

Entró en el almacén de equipaciones, más allá de la jaula que contenía los bates, los guantes y las pelotas para prácticas de bateo, en la zona del entrenador. Cogió una banda elástica del suelo. Tras respirar hondo, empezó a vendarse el medio pie roto. Lo puso en el suelo y se apoyó un poco en él. Tuvo que parar dos veces, le dolía muchísimo, pero al cabo de unos pocos minutos lo tenía relativamente bien cubierto. Una intensa punzada de dolor le subió por la pierna pero pudo soportarla. Caminó de vuelta a la zona de taquillas, tratando de cojear lo menos posible.

Sacó un par de zapatillas deportivas y metió un calcetín en la punta de una de ellas; después metió su destrozado medio pie, entre dolores. Se ató los cordones sin apretar mucho y se calzó el otro.

—Fuera, Deceso. Ahora mismo. Estoy esperando.

Spector alzó los ojos. La imagen del Astrónomo estaba flotando a pocos centímetros delante de él. La proyección no tenía la perfecta definición a la que estaba acostumbrado: era débil, sin color y se difuminaba en los bordes. El viejo cabrón debía de estar bajo de energía.

—¿Dónde estás, ehm, exactamente? —preguntó Spector.

—En el aparcamiento. Busca la limusina. Te quiero aquí y a.

—Ya voy.

La imagen del Astrónomo se desvaneció.

Spector cogió su traje y se dirigió a la salida. Se frotó la frente. El viejo estaba exhausto; si iba a hacer algo tenía que ser ahora. Apagó las luces del vestuario y empezó a silbar *The Party's Over*.





## Capítulo veinte

---

1.00 horas

La limusina se estaba quedando sin gasolina y Jennifer podía ver que Brennan se estaba quedando sin paciencia. Había pasado una hora y no habían visto la menor señal de nadie que pudiera ser Deceso con los libros. Habían visto a un montón de gente sospechosa y extraña y lugares francamente raros, pero nada que les sirviera.

—También podríamos olvidarnos de esto —dijo Brennan. Miró el reloj—. Quiero coger cierto equipo que tengo en mi piso. Entonces podremos planear nuestro siguiente movimiento.

Según se acercaban a Jokertown, las calles estaban más llenas de aquellos que continuaban con la fiesta hasta la madrugada.

—Será más rápido si dejamos la limusina —decidió el arquero—. Además, es demasiado llamativa. Se nos echarán las Garzas encima en un santiamén si intentamos atravesar Jokertown con ella.

Aparcaron y la chica alargó la mano hacia las llaves para apagar el motor, pero se quedó con la mano sobre ellas, escuchando la radio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Brennan.

—Shhhhh.

«... han ganado a los Stars por 4-2 hoy en el Ebbets Field, lo que supone la decimocuarta para Seaver. Pero el evento del partido ha quedado en un segundo plano a causa de un extraño suceso: casi todo el equipo de los Dodgers ha visto un fantasma en el vestuario antes del partido. Según el habitualmente imperturbable, incluso podríamos decir que carente de imaginación, Thurman Munson, el fantasma le deseó buena suerte antes de desaparecer por la pared del club. Las descripciones de este espectro afirman que era una mujer, de unos veinte años, alta, con melena rubia y muy guapa. El fantasma..., o la fantasma..., llevaba un bikini negro. Bueno, si a uno le han de embrujar...»

Apagó el motor, cortando la emisión de la radio, y salió del coche. Brennan la miró con expresión crítica y frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que deshacernos de ese bikini ahora mismo. Hablando de llamativa... —La miró detenidamente y ella se habría sonrojado de haber pensado que no estaba siendo analítico—. Bueno, conseguiré algo. Ojalá no perdieras la ropa tan a menudo. Aunque...

Se lo pensó mejor y sin acabar la frase se dio la vuelta y se alejó, cabeceando.



La habían estado siguiendo varios minutos, desde que se fue de casa de Fortunato en taxi. Spector estaba sentado en el asiento de atrás con el Astrónomo. El viejo tenía los ojos cerrados y estaba completamente callado. Imp e Insulina se sentaban en medio. Imp la rodeaba con el brazo. Seguro que se acostaban. Imp había hecho una broma sobre el uniforme de béisbol pero el Astrónomo había intervenido antes de que Spector pudiera matarle.

La chica no era lo que se esperaba. Era bastante guapa y tenía un buen porte, pero no vestía como una puta de lujo. Llevaba unos vaqueros azules desteñidos y una sudadera roja y blanca de la Universidad de Houston. Tenía el pelo corto, rubio oscuro y muy rizado. Había bajado las escaleras saltando con una sonrisa en la cara cuando el taxi apareció. Lo que les ahorró el problema de tener que entrar. Sería bastante más sencillo capturarla allá donde la dejara.

Spector miró al Astrónomo. El anciano respiraba ruidosamente y le temblaban las manos. Cuando volviera a abrir los ojos, Spector intentaría probar su poder. No habría una ocasión mejor. Observó los párpados del Astrónomo y esperó.

Abrió los ojos: aún quedaba energía allí, demasiada como para desafiarla. Spector se giró.

—Me pregunto adonde demonios va —preguntó.

—A la clínica de Jokertown.

El Astrónomo rió entre resuellos.

—Así es, Deceso. El lugar donde... naciste, por decirlo de algún modo.

—Yo no voy ahí —dijo Spector, negando con la cabeza.

—Sí, sí que vas, Deceso. La verdad es que no tienes elección. —Volvió a cerrar los ojos—. Ninguna elección en absoluto.

Spector apretó los dientes. El viejo cabrón tenía razón.

—¿Estás seguro de que va a ir a la clínica?

—Eso es lo que le dijo al taxista, Deceso. También habrá otras dos mujeres. Las quiero a todas. Imp e Insulina entrarán contigo. —Hizo una pausa—. Sólo para respaldarte.

Viajaron en silencio hasta que el taxi paró delante de la clínica de Jokertown.

La limusina pasó de largo y aparcó delante de una boca de riego. La chica se bajó del vehículo.

—Ve a por ellas.

El Astrónomo señaló con el pulgar en dirección a la clínica. Spector abrió la puerta y salió del automóvil. Caminó lentamente hacia la entrada iluminada. Estaba helado por dentro. Había pasado los peores días de su vida en la clínica, la mayor parte de ellos gritando. Había tenido que matar a un ordenanza para escapar, y alguien podría reconocerle y acordarse. Dos mujeres estaban bajando por las escaleras para encontrarse con la chica del taxi. Una tenía el pelo oscuro y llevaba un vestido de lentejuelas negro; la otra, también morena, llevaba un escotado vestido azul eléctrico de lame con una raja hasta medio muslo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la chica de la sudadera.

—Es Croyd —dijo la morena—. Creemos que está en coma o algo. Un momento estaba bien y al siguiente se ha desmayado, y no hemos podido despertarle.

—Supongo que habréis intentado todo lo que se os ha ocurrido, no obstante. — La chica de la sudadera sonrió.

Spector se preguntó cuál sería su expresión de saber lo que se avecinaba.

Oyó varias puertas de un coche cerrándose detrás de él. Imp e Insulina estaban viniendo. No podía permitirse parar con Insulina cerca.

Spector oyó unos gritos ahogados que provenían del interior. El cristal de la entrada estalló hacia fuera. Un guardia de seguridad cayó a trompicones y sangrando por las escaleras. Spector corrió hacia adelante.

—Fuera de mi puto camino, capullos. Largo u os haré comer vuestros culos.

Quien hablaba era uno de los jokers más grandes y feos que Spector había visto jamás. La cara de aquella cosa estaba muy malherida. Alzó una mano que parecía una porra y rasgó el camión blanco del hospital que sólo cubría una parte de su enorme cuerpo.

El joker vio a las chicas y sonrió. Se apartaron de él, hacia el taxi, que ya se alejaba con los neumáticos chirriando...

—Venid con papi, chochetes.

Spector se puso en movimiento cuando el joker cogió a la mujer del vestido de lame. Intentó darle un rodillazo en las pelotas pero no logró llegar a la altura necesaria. Spector miró a la mujer de cabello oscuro y se frotó los ojos. Era la misma chica que estaba en la estación de metro con el chulo. Bien vestida aún estaba más guapa. Dio un paso hacia ella.

—¿Quién coño eres? —El joker se había colgado la otra mujer al hombro y bajaba saltando las escaleras, hacia él—. ¿El nuevo recogepeletas de los Yankees?

Spector vio venir el golpe y se agachó; el puñetazo le rozó la mejilla izquierda

y lo tiró al suelo. Se apartó rodando de la acometida del joker. No había modo de poder mirarle a los ojos si se movía tan rápido. Se giró al oír un grito a sus espaldas. Imp estaba arrastrando a la rubia oscura a la limusina. Insulina se encaró al gigante y sonrió.

El joker cayó sobre una rodilla.

—Mierda, ¿qué cojones me estás haciendo?

Dejó caer a la chica y se desplomó. La morena salió por sí misma de debajo de él, desgarrándose el vestido. Insulina la agarró por el codo y le señaló el final de la calle.

Spector se incorporó, pensó en echar a correr y miró al vehículo. El Astrónomo le estaba mirando. No había posibilidad de huir. Nunca la habría. Se dirigió a la chica morena, rodeándola con el brazo. No parecía asustada pero había algo en sus ojos que le hizo sentir que ella no estaba completamente allí.

—Soy yo otra vez —dijo Spector—. Parece que tu visita va a ser... tirando a cortita.

No reaccionó.

—Esta noche nadie va a salir con vida. De nuevo no hubo respuesta.

Le dio un puntapié al joker en la cara con el pie bueno al pasar junto a él.



## Capítulo veintiuno

---

2.00 horas

Miró hacia atrás y se arqueó hasta que sus escápulas formaron unas alas de hueso bajo la piel, pero Tachyon no captó la indirecta. Se estaba cepillando sus rizos deshechos y mirándose sin verse en el espejo, nervioso. Frunciendo el ceño e irritada, Roulette estiró la mano hacia la espalda y se abrió la cremallera del vestido de seda blanco. Cayó al suelo con un susurro, rozándole los tobillos.

El cepillo se estrelló en el antiguo tocador con superficie de mármol, destrozando las botellas del cristal.

—¡Este día! ¿Qué tiene este día que siempre engendra tanto sufrimiento? ¡Y lo celebran!

Extendió un brazo hacia la ventana cerrada que no bloqueaba del todo el sonido del continuo jolgorio.

—¿Tú lo celebrarías? —preguntó el alienígena. Sus ojos violetas parecían arder en su pálido rostro cuando se giró para encararse a ella.

—No, pero el mío es un carácter sombrío. —Se acercó varios pasos hacia él pero no llegó a tocarle—. Y no creo que entiendas del todo por qué ellos sí. No es por despreocupación, es un intento de sobrevivir. Tenemos pocas opciones cuando la vida nos hace jugarretas. Podemos reír escondiendo el dolor. Podemos morir. O podemos vengarnos. Tú oyes risas, pero yo oigo gritos de dolor.

—Dolor. ¿Me hablas de dolor, a mí, que he vivido con él todos los días durante cuarenta años? Vosotros, los humanos, sois afortunados. Tenéis la gran suerte de que vuestros recuerdos del presente son cortos. Las tragedias que soportáis se desvanecen rápido. Vuestras mentes extienden un velo. Con nosotros no es así.

Alzó el marco de plata con la fotografía, contemplando el delicado rostro capturado en ella. Sus labios se endurecieron, acentuando las arrugas alrededor de sus ojos y su boca.

Sintió una vez más aquel desgarró de cuando el Astrónomo la despojó de aquellos velos que lo tapaban todo y liberó sus demonios. Le presentaban con amor cada momento de pérdida y abandono, y cada repetición era tan exquisitamente dolorosa como lo había sido la anterior. Le dio un manotazo a la

fotografía y la tiró al suelo. Aterrizó en el frío mármol y el cristal se partió con un sonido musicalmente helado. Tachyon la recogió y la apretó contra el pecho para protegerla mientras Roulette contemplaba fascinada el dibujo del cristal roto.

«Cascadas de reflejos cuando el cristal se rompió, el cristal de la ventana como nieve reluciente sobre las calles» .

Sus ojos estaban puestos en ella, como si fueran a quemarle las mejillas. Se encaró a él, despacio. Las largas pestañas cayeron cuando bajó la mirada para estudiar la fotografía. Después, la plena fuerza de su mirada volvió a posarse en ella una vez más.

—Tienes toda la razón —murmuró crípticamente y abriendo el cajón del tocador, metió el marco dentro. Antes de que lo cerrara, pudo ver el destello del metal negro de una Magnum 357.



En medio del caos general, Jack y Bagabond empezaron a tener la sensación de estar andando en círculos. En medio del mismísimo corazón de la Gran Manzana, la pareja comenzó a sentirse como en un bosque sin caminos y sin rastro del sol para poder orientarse. Los rostros en la multitud cada vez eran más semejantes, así como los disfraces. Lo único que faltaba era una chica de dieciséis años alta y delgada, con el pelo negro, liso y ojos oscuros.

Pasaron por delante de un callejón y oyeron lo que parecían ser llantos. Bagabond sacudió la cabeza y se dispuso a pasar de largo.

—Espera —dijo Jack

Se adentró unos pocos pasos en el estrecho pasaje. Vio a unas pocas personas a las que ya se había encontrado ese mismo día en distintas ocasiones. Uno era Jean-Jacques, quien estaba acurrucado tratando de proteger a uno de los bailarines. Éste, ataviado como un bailarín pero con el traje sucio y hecho jirones, yacía tendido en el suelo. Tenía sangre alrededor de la boca.

De pie junto a la pareja estaba el joven de aspecto punk con quien Jack había tenido un encontronazo por la mañana, delante del Young Man's Fancy.

Los ojos de color de lluvia del joven quedaban enmascarados por las sombras del callejón.

—Prueba a chupar esto —dijo el punk

Jack y Bagabond oyeron el «blinc» de un resorte de acero. La hoja salió de la navaja del chico y se colocó en su sitio.

El joven se agachó con el cuchillo en la mano y amagó hacia Jean-Jacques. El senegalés no se movió.

—¡Putos maricones! Voy a cortar todo lo que se mueva.

Jack se lanzó hacia delante. La mendiga le hizo tropezar y cayó de bruces, parando en parte el golpe con las manos extendidas, sintiendo el rugoso ladrillo raspar contra su piel.

—Espera.

La vagabunda frunció el ceño, concentrándose.

Los gatos del callejón irrumpieron desde las malolientes pirámides de bolsas de basura apiladas en la oscuridad, más al fondo. Maullando, brincaron hacia el joven con el cuchillo. Éste a su vez gruñó y se giró para enfrentarse a ellos.

—Vamos —dijo Bagabond, ayudando a Jack a levantarse—. La cosa está bajo control. Todo va bien. *Le* tiró del brazo.

Jack vaciló pero vio que Jean-Jacques estaba ayudando a su amigo a levantarse. Siguió a la mendiga.

Los gatos callejeros chillaron y maullaron triunfantes tras ellos, y todos los humanos salieron del callejón, excepto el joven.

—Esto no le habría pasado a un homófobo más agradable —murmuró Jack



Spector nunca había estado en el ático del Astrónomo. Se encontraba en una de las calles de la decena de los setenta enfrente de Central Park. Para su sorpresa, la decoración era apagada, con suelos y muebles de madera oscura complementados por paredes y techos blancos.

El anciano abrió la puerta de una habitación que estaba frente a la biblioteca y les indicó que entraran. El hombre mayor se apoyó pesadamente en el marco de la puerta. Spector arrastró a la chica morena al interior. Las cautivas habían estado tranquilas, lo que debía de ser obra de Insulina. La estancia estaba en penumbra, pues la única iluminación provenía de una gran claraboya. Debajo había un altar de caoba. Había esposas de acero en cada esquina y una gran muesca en forma de V en un extremo. Spector no tenía que preguntarse para qué era.

—Ésa.

El Astrónomo señaló a la chica con la sudadera de la Universidad de Houston y cerró la puerta.

Imp le quitó la sudadera y la arrastró al altar. Le esposó las manos con rapidez y le desabrochó los pantalones y empezó a bajárselos. Los tiró al suelo y le arrancó las bragas de algodón rojo; después le sujetó los pies.

Spector sintió que la morena estaba tensa y le agarró los brazos con más fuerza.

—Prepárala.



El anciano abrió un cajón del altar y sacó una jeringa. Apretó el puño y se hizo un pequeño torniquete; entonces se clavó la aguja y se inyectó lo que Spector sabía que era heroína. Respiró hondo y retiró la jeringuilla, dejando un diminuto punto rojo: tenía el brazo lleno. El Astrónomo se abrió la túnica y la dejó caer. Imp estaba arrodillado entre las piernas de la chica y empezó a ponerla húmeda con la lengua.

El Astrónomo se acercó vacilante al altar, acariciándose el pene erecto.

—¿Cómo te llamas, querida?

—Caroline. —Luchó inútilmente por zafarse de las cadenas—. ¿Tienes idea de quiénes somos? Te vas a pringar de mierda hasta el cuello si nos pasa algo.

El viejo rió y le pellizó el pezón entre el pulgar y el índice.

—Fortunato, el proxeneta. Ha sido una molestia durante años, pero no más que eso. ¿Qué podría ser más apropiado que utilizar a sus mujeres para asegurar su destrucción?

Se giró hacia Imp, quien todavía tenía la cabeza enterrada entre sus piernas.

—Suficiente.

Imp se incorporó y se acercó en silencio hasta donde Spector e Insulina retenían a las otras dos mujeres. Toqueteó la punta de su lengua, tratando de quitarse un pelo púbico perdido.

—¿Nos lo llevamos?

Imp señaló a Spector.

—Creo que sí.

El viejo pasó el dedo por el cuerpo desnudo de la mujer mientras rodeaba el altar.

—Déjala en paz, joder. —La mujer del vestido azul eléctrico se revolvió para escaparse de Insulina; después quedó inerte entre sus brazos.

—Basta de interrupciones.

El Astrónomo estaba en la muesca del altar, entre las piernas de Caroline. La penetró y cerró los ojos. Lo único que se oía en la habitación era la trabajosa respiración del anciano y el suave tintineo de las esposas. El Astrónomo puso los brazos bajo sus axilas y recorrió lentamente con los dedos su costillar, dejando marcas de un rojo intenso en su piel. Caroline gritó. El viejo le puso las manos en la boca y mordisqueó la piel que le había arrancado. La sangre empezó a encharcarse en la madera pulida. Le cortó un símbolo en la piel que rodeaba el ombligo.

La chica morena apartó la mirada y empezó a temblar. Spector la atrajo hacia sí.

—¿Cómo te llamas?

—Cordelia.

—Os va a hacer esto a todas, al menos que alguien lo pare. Aunque sólo un idiota lo intentaría.

Spector se preguntó acerca del comentario de Imp. ¿Dónde demonios iban a ir? Aquella mañana el Astrónomo había dicho algo acerca de otros mundos, pero no había caído en ello hasta ahora.

El anciano irguió la espalda. Su cuerpo estaba cubierto por una capa de sudor; estaba ganando vitalidad a cada movimiento. Caroline giró la pelvis hacia abajo, tan lejos como pudo, tratando de expulsar al viejo de su interior. Apretó los dientes, dolorida, pero ya no gritó más.

—Zorra estúpida. —Se retiró y se puso encima de ella—. Imp, ocúpate de ella. —Señaló a Cordelia—. Deceso, ven aquí.

Spector esperó hasta estar seguro de que Imp tenía bien agarrada a la chica, luego se dirigió a la cabecera del altar.

—No te importará que te folle por la boca, ¿verdad, mi putita?

Se deslizó por su cuerpo.

—Tú inténtalo, gilipollas.

Abrió la boca del todo, mostrándole los dientes.

—No será necesario. Tengo un modo especial de hacerlo.

Alargó la mano hacia su garganta y la rajó con un dedo.

—Mírame, tesoro —dijo Spector, preparándose. Le agarró la cabeza y la retorció con fuerza. Se oyó un chasquido cuando su cuello cedió. Caroline convulsionó y se quedó inmóvil.

—Idiota. —El viejo lo agarró y lo tiró al otro lado de la habitación—. La has matado, has desperdiciado su energía.

Cogió la cabeza de Caroline y la golpeó con fuerza contra el altar.

—Te mataré por esto. Tan pronto como acabe con ellas. Un dolor como nunca has imaginado, Deceso. Imp, tráeme a la siguiente.

Soltó las esposas y tiró el cadáver al suelo.

Spector se levantó y buscó algo que pudiera usar como arma. Había cuchillos en el cajón abierto del altar, si pudiera llegar tan lejos. Sintió que sus rodillas flaqueaban. Insulina otra vez.

Imp desgarró el vestido de Cordelia y la arrastró hacia adelante. Tenía el rostro blanco.

—¡No! —gritó y se apartó de Imp. El pequeño as apretó los dientes y la estrujó contra su pecho.

—¿Qué coño...?

Spector se irguió. Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo había distraído lo bastante a Insulina como para hacer que se olvidara de él. Corrió hacia el Astrónomo, ignorando el dolor de su pie tullido.

Imp cayó al suelo, jadeando y abriéndose la camisa.

—Lo está haciendo ella. —El viejo señaló a Cordelia, quien retrocedió un paso—. Parada esa putilla. Insulina, cuidado.

La advertencia llegó demasiado tarde. Verónica estaba despierta y

arañándole la cara, arrastrándola por el suelo. Spector arremetió contra el anciano, haciéndolo caer del altar, y luego se giró hacia Insulina. Verónica estaba inconsciente de nuevo. Insulina no vio que Spector venía por detrás. La hizo girar y la golpeó en la barbilla, dos veces. Puso los ojos en blanco.

Un último suspiro salió de los labios ahora azulados de Imp, hasta que se quedó quieto.

—Impresionante de veras, querida. De algún modo, le has parado las funciones cardíacas y respiratorias a la vez. Una muerte dolorosa. —El Astrónomo se limpió las manos sangrientas en el altar mientras se incorporaba—. La tuya lo será aún más.

Spector sabía que el Astrónomo podía anular el poder de Cordelia con el suyo. Era lo que sucedía cada vez que intentaba matar al viejo. Decidió probar algo. Estarían muertos de todos modos si se limitaban a quedarse plantados. Se acercó.

—Sea lo que sea lo que le hayas hecho a Imp, señorita, házselo a él.

Señaló al Astrónomo, quien se giró para mirarlo. Spector le miró fijamente y trató de introducir su muerte en la mente del viejo. Sintió que le bloqueaba.

—¡Hazlo ya! —le gritó a Cordelia.

En los ojos del viejo aleteó un destello de dolor y se dispuso a llegar a su corazón. Era como Spector había supuesto. El Astrónomo no podía bloquear el poder de dos ases a la vez y Cordelia lo estaba consiguiendo.

Spector siguió presionando con fuerza mentalmente. El viejo no podía apartar la vista ahora que había conseguido que le mirara a los ojos.

Cayó de rodillas.

—Os mataré a todos —dijo, lo bastante alto para que lo oyeran.

—Esta vez no, puto viejo.

La respiración de Spector estaba entrecortada por el esfuerzo.

—¿Qué estás haciendo? —Verónica estaba despierta y mirando a Cordelia.

—No sé, no lo he hecho nunca antes.

El Astrónomo se introdujo la mano bajo la piel, en su propio pecho. Gritó.

—Dios mío, vámonos de aquí ahora mismo.

Verónica cogió a Cordelia por la muñeca y la arrastró hacia la puerta. Spector rompió el contacto y se quedó mirando por un momento los músculos del antebrazo del anciano. El viejo se estaba masajeando el corazón para mantenerlo en funcionamiento. El Astrónomo contempló con odio a Spector:

—Muertos. Todos vosotros.

Spector corrió tras las mujeres.

—Eh, volved. Tenemos que acabar con él ahora.

Oyó un siseo cuando el Astrónomo volvió a respirar.

—A la mierda. Tendrá que hacerlo otro.

Spector corrió por el apartamento hacia el ascensor. El vestido de Verónica se

había quedado atrapado en la puerta y estaba tirando de él para desengancharlo. Spector se metió en el ascensor, derribando a Verónica y añadiendo otro desgarrón a su vestido, ya casi hecho polvo. Cordelia pulsó el botón de la planta baja. Los cables crujieron y la cabina empezó a bajar.



—No lo entiendo —dijo Jay—. Es que no lo entiendo. Ni leche. Ni zumo de limón. El calor no le hace nada. Las impresiones son tan débiles que no valen ni un cubo de escupitajos. Es que no lo entiendo.

Cerró el cuaderno de golpe con un sonido de disgusto y contempló malhumorado el dibujo de bambú de las tapas de tela azul. Hiram estaba de pie junto a la ventana, mirando al exterior por la esquina de una persiana torcida. La diminuta oficina de dos habitaciones de Jay estaba en la cuarta planta de un edificio de ladrillos en ruinas de la calle 42, a media manzana de Broadway. Desde la ventana podía ver la marquesina del Wet Pussycat Theater. Mensajes cambiantes parpadeaban en el cartel de neón azul y rojo de su izquierda, «CHICAS, CHICAS, CHICAS DESNUDAS» era azul, mientras que «TODO EL DÍA, TODA LA NOCHE, TODO *TOPESS*» era rojo. Popinjay decía que había encontrado buena gente en el edificio.

Hiram dejó caer la persiana y se apartó de las luces. El escritorio de Jay estaba cubierto por los restos de pizza de salchicha, champiñones, extra de queso y anchoas en la mitad de Ackroyd que se habían acabado una hora antes. Hiram había ejercitado su poder y le había dejado exhausto y hambriento. El pastel había ayudado. Habría deseado otra razón. En cambio, tenían tres libros bastante problemáticos.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Hiram agachándose para sentarse en el radiador. Se había permitido recuperar su verdadero peso en las últimas horas, para darse un descanso, y la silla con respaldo de barrotes que Jay tenía para los clientes no había estado a la altura de la tarea. Hiram tampoco estaba seguro de que él lo estuviera; se sentía agotado—. Deben de estar buscándonos —continuó—. Tarde o temprano encontrarán tu oficina.

—No sé por qué —dijo Jay—. Los clientes nunca lo hacen.

—Qué gracioso. Espero que conserves tu sentido del humor cuando esa gente empiece a dispararnos.

—Aún no ha aparecido nadie —señaló Popinjay—. Oye, hay un buen paseo hasta el estadio de los Yankees, sobre todo a pie.

—A pie y medio —dijo Hiram.

—Por lo que sabemos, Deceso aún está en lo alto del marcador y Loophole aún está sentado junto al teléfono, preguntándose qué habrá sido de él.

Hiram se puso en pie, con el ceño fruncido. Estaba muy cansado. La falta de sueño estaba empezando a afectarle ahora que no corría un peligro inminente. Necesitaba café. Mejor aún, necesitaba pasar ocho o diez horas en la cama, preferiblemente sin tener que preocuparse porque alguien entrara en su casa para matarle.

—Ya es suficiente —declaró—. Creo recordar que teníamos una buena razón para meternos en esto, pero no logro recordar cuál era.

Cruzó la habitación y cogió los dos clasificadores con las tapas de cuero negro.

—Mis intereses tienden más a la numismática que a la filatelia pero sé que estos sellos valen cientos de miles de dólares, por lo menos. En cuanto al otro libro, no sé qué hacer con él y tú tampoco. No tiene ningún valor para nosotros.

—Lo que nos convierte en unos tipos raros —dijo Ackroyd—, porque todos los demás fijo que lo quieren.

—Exacto. Voy a llamar a Latham. Te quiero en la otra línea.

El detective arqueó una ceja. Hiram sacó del bolsillo de su chaqueta el papel que Chrysalis le había entregado y salió a la salita de espera de Ackroyd, un diminuto cubículo lleno hasta la claustrofobia con un sofá de un naranja mortecino, una mesa de acero gris y la recepcionista, una rubia muy pechugona cuya boca se fruncía en una O de perpetua sorpresa. Su nombre era Oral Amy; Jay la había encontrado en un sitio llamado Boytoys, en algún punto del East Village. Hiram la levantó cogiéndola del pelo, se sentó en su silla, descolgó el teléfono y marcó.

Sonó dos veces.

—Latham.

—No voy a andarme con rodeos con usted —dijo con sequedad—. Soy Hiram Worchester. Tenemos sus libros.

Oyó a Jay descolgando la extensión.

—No sé a qué libros se refiere.

—Por supuesto que sí —dijo en tono ofendido.

—Hiram, sólo se está cubriendo el culo por si estamos grabando esto. No es así, ¿Latham?

Se produjo un momento de reflexivo silencio. Por fin, Latham dijo:

—Es bastante tarde, así que vamos a acelerar todo esto. ¿Cuál es el propósito de esta llamada?

Hiram tironeó de su barba y consideró sus palabras.

—Un asunto legal. Vamos a suponer, en un caso hipotético, sólo por discutirlo... Digamos que he adquirido, muy inocentemente, ciertos libros. Dos libros de cuero negro llenos de valiosos sellos, supongamos, y un cuaderno de tela azul cuyos contenidos son, ehm, interesantes. ¿Me sigue?

—Asumiendo que esos libros han sido adquiridos inocentemente, estoy seguro

de que querría verlos devueltos a su legítimo propietario —dijo Latham.

—Ciertamente —contestó Hiram—. De hecho, en nuestro caso hipotético, estoy seguro de que ese mismo pensamiento pudo pasar por mi mente cuando liberé esos ejemplares de la custodia de un notorio y buscado delincuente. No puedo evitar especular acerca de cómo los adquirió. ¿Por robo, tal vez?

—De ser así, el propietario estaría agradecido por su devolución. Incluso podríamos estar hablando de una recompensa.

—El acto en sí es la recompensa —dijo Hiram.

—¡Eh! —protestó Jay.

—Silencio. Ahora, señor Latham, ya que estamos discutiendo sobre propiedades robadas, el procedimiento correcto sería devolver los libros a la policía.

—Técnicamente, sí, pero de haber una acusación de por medio, la propiedad podría ser confiscada como prueba. Imagino que el legítimo propietario lo consideraría poco conveniente.

—Ya veo... —dijo Hiram—. Creo que nos vamos entendiendo. Vamos a ser claros. Yo no sé quién es el propietario y es posible que tampoco vaya a saberlo, ¿no es cierto?

—Es posible.

—No obstante, sé que le representa. No, no lo niegue. Estoy demasiado cansado para más jueguecitos de estos. ¿Su cliente quiere los libros de vuelta? Bien. Soy un hombre de negocios, señor Latham, no un ladrón de sellos, ni un chantajista. Hagamos un trato y le devolveré los libros. Éstas son las condiciones: primero, ningún cargo o represalia contra mí, mi restaurante o cualquiera de mis amigos, incluido el Sr. Ackroyd. Se retirará la demanda contra él.

Se aclaró la garganta y siguió adelante. Oral Amy le miraba fijamente desde el suelo, con la boca totalmente abierta, como si estuviera un poco sorprendida por lo que estaba haciendo.

—Segundo —dijo con firmeza—, el negocio de extorsión en el Mercado de Pescado de Fulton Street cesará de inmediato. Gills y los otros pescaderos tendrán plena libertad para gestionar sus negocios sin acosos y sin miedo. Tercero, quiero que Bludgeon vaya a la cárcel.

—Yo no soy juez —dijo Latham—, no puedo garantizar que nadie vaya o deje de ir a la cárcel.

—Si su cliente promete que no hará daño a Gills, entonces su testimonio se encargará de ello. Si no lo hace, no pasa nada. Correré ese riesgo. —Respiró hondo—. Eso es todo.

—Tengo que consultarlo con mi cliente. En principio, creo que estos términos podrían ser la base para un acuerdo. Volveré a llamarle. ¿Cuál es su número?

—Ni hablar —intervino Popinjay—. ¿Nos toma por tontos o qué? No, haremos una reunión. Los cuatro: yo, Hiram, usted y su cliente.

—¿Dónde y cuándo? —preguntó el abogado.

—En el Palacio de Cristal —dijo Ackroyd—. Después de que cierre. Chrysalis actuará como intermediaria, por un precio. Tiene un camarero telépata que nos garantizará que nadie nos hace la cama.

—De acuerdo —dijo Latham.



Sus manos le recorrieron todo el cuerpo, acariciándola, casi adorándola. Era vagamente consciente de que algo había cambiado. Se había añadido algo. Su atención estaba centrada en ella casi de modo obsesivo. De haber sido más consciente de ello, habría resultado perturbador. Pero estaba compitiendo con una visión dantesca: « Lo tienen escondido. Ojalá muriera. Ella sigue yendo a verle. Intenta mamar ». Y aquellas otras voces no le dejaban oír las palabras cariñosas que él le susurraba. « Obviamente tanto usted como su hijo son latentes. Por desgracia, el virus ha elegido expresarse en él » .

» “¡No tengo nada que ver con esa cosa! Es evidente que mi esposa ha sido de todo menos fiel”. Ojos marrones llenos de reproche, el rostro contraído en un gesto de heroica traición. “Podría perdonar casi cualquier cosa, Rou, pero la familia lo es todo”.

» “Josiah, ¿por qué me haces esto? A mí, que te necesito tanto”» .

Sin piedad.

Tachyon la penetró y ella se tensó, cerrando su húmeda suavidad en torno a él.

Una maraña de dedos rozaban sus defensas. Su cuerpo parecía estar encogiéndose sobre sí mismo mientras hacía acopio de toda su voluntad, invocando la muerte con todas y cada una de sus células. Por un momento vaciló y la indecisión se tradujo en dolor físico. Ese hombre... tan bueno. Habían compartido música, amor y miedo. No había otro camino para liberarse de... los monstruos.

Una decisión consciente y decidida, la liberación de la muerte, fluyó con suavidad: un amor tierno e implacable.

Y las barreras cayeron. Eran un constructo artificial. Y al dar rienda suelta, su mente se rompió bajo la presión y, con ella, las defensas.

Roulette sintió su éxtasis y por un breve destello de tiempo fueron una sola persona. Entonces el horror reemplazó a la alegría. Sintió que él lo tocaba todo. El niño, Aullador, Josiah, el Astrónomo, *Baby*, ¡LA MUERTE!

Él retrocedió, cayó de la cama en un revoltijo de sábanas y se arrastró hasta el fondo. Se acurrucó, con arcadas durante varios minutos; después los espasmos dieron paso a los sollozos y se mecía adelante y atrás, abrazándose, mientras las

lágrimas caían por su cara magullada. «Sal de aquí. Por el amor de Dios, ¡corre!» Pero la mujer no tenía fuerza en las piernas, así que se enroscó contra las almohadas y vio cómo lloraba. De todos modos, era inútil. Pronto acabarían con ella. Y quería que así fuera. No podía soportar vivir con aquellos recuerdos. Tal vez la pesadilla seguía reproduciéndose porque no había conseguido matar a Tachyon. Lo consideró por un momento y rechazó la idea. No, era porque el Astrónomo había mentido. Y se dio cuenta de que aún no estaba lista para morir. Primero habría que hacer un ajuste de cuentas.





## Capítulo veintidós

---

3.00 horas

Spector miró a su alrededor antes de cruzar la calle como un rayo. Cordelia y Verónica trotaron tras él.

—Frena un poco, por el amor de Dios —dijo Verónica. Llevaba el vestido de lame recogido por encima de las rodillas—. Ese viejo no va a molestarnos más. Se le veía muy mal cuando nos hemos ido. Incluso puede que ya esté muerto a estas alturas.

El negó con la cabeza y guió a Cordelia hacia la oscuridad entre las farolas.

—No sabes de qué cojones estás hablando. Tiene suficiente poder como para destruirnos a todos. Lo único que tiene que hacer es coger a alguien de la calle y acabar lo que empezó con tu amiga muerta. ¿Cómo se llamaba? ¿Caroline?

Verónica paró y cogió a Cordelia del hombro.

—Así es. Y tú la mataste.

Verónica se sorbió los mocos. Spector no sabía decir si al final la muerte de Caroline había afectado a la chica o es que había cogido frío.

—Sudemos de este tío, no va a darnos ningún problema. —Verónica tiró de Cordelia—. Si lo hace, dale lo que se merece. Igual que con ese tal Imp.

—Vale —dijo—, largaos de una puta vez, no hacéis más que retrasarme. Id a ayudar a vuestro chulo, os necesitará.

Cordelia se dio la vuelta lentamente y dejó que Verónica la acompañara. Pensó por un momento en seguir a las chicas y matarlas. Sería fácil sorprender a Cordelia antes de que pudiera usar su poder. La otra sólo era una falda.

Pero la verdad es que no le apetecía. Lo único que quería era matar al Astrónomo, o al menos que se muriera. Su lado listo le dijo que Cordelia y Verónica podían causarle problemas si seguían vivas, pues podrían acusarle de la muerte de Caroline. Como Button-Man Tony le había dicho una vez: «No es la gente a la que matas la que lamentas, es la gente a la que no matas».

—A tomar viento. No puedo dejar tieso a todo el mundo.

Recorrió la calle hacia la parada de metro de la setenta y siete. Podía coger la línea número cinco hasta Jokertown. A partir de allí, simplemente no lo sabía.

Fortunato yacía con la cabeza sobre el vientre desnudo de Peregrine. Estaba espatarrada en el caos de sábanas y ropas hechas jirones y plumas que se había desatado en el último par de horas. Justo unos pocos minutos antes, el as negro había usado tres de ellas para provocarle lo que debía ser su decimocuarto o su decimoquinto orgasmo. Hacía rato que había perdido la cuenta, olvidado el paso de los minutos, olvidado incluso dónde estaba.

—Por Dios, ¿qué me has hecho? —gimió—. Me siento como si acabara de correr una maratón.

—Lo siento —dijo Fortunato—. Digamos que va incluido en el lote.

Nunca había tenido sexo con un as. La fusión de sus poderes iba más allá de cualquier cosa que hubiera experimentado.

La energía de su cuerpo era demasiado grande como para contenerlo en sus carnes; se desbordaba a su alrededor en una brillante aura blanca.

Él se había corrido tres veces, cuando había bloqueado el flujo y lo había devuelto a su interior. Había perdido un par de gotas en el proceso, lo suficiente para darle a Peregrine una débil luminiscencia, aunque no suponía mucho en su nivel de energía.

Ella le acarició el pecho.

—Había oído hablar de la relajación poscoital, pero esto es ridículo.

Se dio la vuelta y la besó en el muslo.

—Tengo que irme, lo sabes.

—El Astrónomo.

—Se supone que ha de pasar algo dentro de una hora. Tiene una especie de plan de huida, algo que le apartará de mí de una vez por todas. No puedo dejar que eso pase.

—¿Por qué no? Deja que se vaya y punto. ¿Qué bien va a hacer matarle?

—No es una cuestión de justicia, si es eso lo que estás pensando. Nada de hacerle pagar por sus crímenes ni ninguna de esas mierdas. Es sólo que no me voy a pasar el resto de mi vida mirando a mis espaldas, preocupado por si va a volver a aparecer.

—Y una mierda. Le quieres muerto y quieres ser tú quien lo mate.

—Sí, vale. Quiero a esa pequeña rata de cloaca muerta, lo admito. Lo quiero hasta tal punto que puedo saborearlo.

Se levantó y se puso los pantalones. Se remangó las mangas de la camisa del traje y se la dejó abierta, en lugar de buscar por el piso los corchetes que faltaban.

Ella se le acercó y le rodeó el cuello con los brazos.

—Te ofrecería mi ayuda, pero sólo con estar de pie me mareo.

—Lo único que quiero es que vuelvas al Aces High conmigo y te quedes allí hasta que esto acabe..., de un modo u otro.

—Espera...

—No puedo esperar. Se nos acaba el tiempo.

—No, quiero decir, escucha. ¿No oyes algo?

Sus sentidos estaban sobrecargados por el exceso de poder. Un zumbido grave y eléctrico parecía emanar de todo su cuerpo. Pero más allá podía oír algo más, un sonido como el del chirrido de los platos húmedos en el agua de fregar. Miró el reloj digital que estaba junto a la cama: estaba vibrando en la mesa pedestal.

—Oh, mierda —dijo Fortunato, justo cuando la cama de agua explotó. La fuerza les tiró al otro lado del dormitorio. Al principio el agua estaba hirviendo pero se enfrió al extenderse. El as negro aterrizó contra una vasija de barro gris llena de bambú que se hizo añicos bajo su peso. Antes incluso de que el aire volviera a sus pulmones, un cuerpo muerto, desmembrado, fue arrojado a través de la pared de cristal y se vio rodeado de cristales rotos.

Fortunato intentó ralentizar el tiempo pero el tiempo mismo se le resistía. Se esforzó para doblarlo y vio las líneas de energía de la habitación en relieve topográfico. Vio que el cuerpo era de una mujer pero no se permitió saber más, aún no.

Empujó las líneas de energía con la mente. Unos apretados conos de fuerza se alzaron donde él y Peregrine yacían. El cristal roto seguía los nuevos contornos del espacio-tiempo de la estancia y se curvaba a su alrededor, reduciéndose a polvo contra las paredes.

El as alado gateó por el suelo. Fortunato vio adonde se dirigía y moldeó su energía a su alrededor para protegerla. Llegó adonde sus guantes de garras colgaban en la pared y se los enfundó. También había un traje pero no se molestó en ponérselo.

El techo gruñó y después se partió en toda su extensión como una galleta salada. Pedazos de hormigón y encofrado cayeron sobre ellos, pero los escudos que les rodeaban eran sólidos. Mantenerlos apenas sí consumió la renovada energía de Fortunato. Peregrine se lanzó a la carrera y voló hacia la oscuridad.

El suelo cedió debajo de Fortunato. De las cañerías rotas salieron disparados chorros de agua, y el aire apestaba a gas natural. Se arrastró hasta la mujer muerta y le dio la vuelta.

Caroline.

Era Caroline.

Tenía el cuello roto. La piel arañada, mordida y desgarrada.

Había sido su favorita durante siete años. Nunca podía predecir sus violentos estados de ánimo ni su humor sarcástico, nunca tenía suficiente de la pura intensidad física de su modo de hacer el amor. Entre una chica nueva y otra, siempre había vuelto a ella.

Durante un buen rato no pudo sentir nada. Un enorme trozo de hormigón tachonado con fragmentos de encofrado le pasó a pocos centímetros mientras permanecía de rodillas junto al cuerpo.

La ira, cuando finalmente llegó, le transformó.

Era vida o muerte, así de simple. El Astrónomo obtenía su poder matando. El Astrónomo era la Muerte. Fortunato extraía su fuerza del sexo, de la vida. Y la Vida se estaba escondiendo en su madriguera, demasiado aterrorizada para salir y mirar a la Muerte a la cara; gritando amenazas vacías y esperando que, simplemente, se fuera. Abrió los ojos por completo. Lo único que hizo falta fue un parpadeo y todo lo que se le había escapado le sobrevino. Las vacilantes líneas de calor que había visto en el apartamento del chico muerto diecisiete años atrás se canalizaban hacia la noche.

Se puso en pie, la fuerza de su furia le hizo levitar a unos centímetros del suelo. Proyectó su mente hacia la red cónica de poder, listo para volar hacia él, hacerlo estallar sobre su vórtice y hacer pedazos su fuente.

Proyectó su mente y las líneas desaparecieron.

Caminó hacia la pared de cristal destrozada y allí flotó, reluciente, treinta plantas por encima de las calles de Manhattan. Desde lo alto pudo ver a Peregrine, gloriosamente desnuda, realizando un viraje pronunciado sobre el parque. Tras ella, las luces de la ciudad teñían el cielo de un gris apagado y ella misma parecía ser bidimensional, como una cometa sexualmente explícita. Voló a su alrededor una vez y después se posó en el borde destrozado de su piso.

—Dios mío —dijo—. Estoy tan cansada...

—¿Le has visto? —le preguntó.

—No, nada. ¿Y tú?

—Por un segundo. Vi las trazas que dejó tras él. Por primera vez. Por primera vez soy más fuerte que él. Si lograra encontrarle, si lograra encontrar esa maldita nave, podría...

—¿Qué pasa?

«Una nave», pensó. Una nave espacial. Como la de los alienígenas del espacio exterior, había dicho Black Alienígenas como Tachyon.

Tachyon. ¡Por Dios, Tachyon tenía una nave!

Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de ello. El Astrónomo iba a por la nave del doctor.

Volvió junto a Peregrine y la besó. El aroma de sus jugos sexuales flotaba a su alrededor como un perfume y a Fortunato le costó parar. Ella se tambaleó un poco cuando la soltó.

Fue entonces cuando vio el cadáver de Caroline.

—Oh, Dios mío —dijo.

Fortunato cogió el cuerpo destrozado en brazos.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Se trata de mí. Deberías olvidarlo.

Formuló una orden sin haberlo pretendido. Ella asintió.

Salió de nuevo al espacio.

—Fortunato...

Quería mirar atrás pero no había nada más que decir. Dejó que la energía lo llevara hacia la oscuridad.



Las calles aún estaban abarrotadas pese a lo tardío de la hora, y todos los que aún estaban en ellas parecían estar borrachos, drogados, agresivos, locos o todo a la vez. Jennifer atraía una gran cantidad de atención no deseada y, de no haber sido por la ceñuda presencia de Brennan, no podría haber caminado ni media manzana sin tener que utilizar su poder para frustrar los inoportunos avances de algunos.

El largo día le estaba pasando factura. Le dolían los pies, estaba reventada, y su hambre había crecido hasta que la sintió como un animalillo royéndole las entrañas. Tenía que conseguir algo de comida. Hasta entonces no podría usar su poder espectral: volverse insustancial consumía mucha energía y no le quedaban muchas calorías almacenadas en su esbelto cuerpo.

Divisó un vendedor ambulante que parecía tan achispado como los juerguistas que les rodeaban y le dijo al arquero que necesitaba comer algo. Se pararon y le trajo un par de los *pretzeh* blandos que vendía el hombre.

—Lo siento, es lo mejor que he podido conseguir —dijo Brennan, mascando él mismo uno de los pegajosos *pretzels*—. Hoy casi todos los restaurantes están cerrados, sólo aceptan con reserva o están tan llenos que ni siquiera se puede llegar a la puerta.

—Con esto me vale —dijo ella con la boca llena de masa. Hizo una mueca y tomó un gran trago de su bebida—. ¡Cómo pica esta mostaza! —dijo tratando de hablar y lamer hielo al mismo tiempo.

—¿Hmmm? —Brennan se detuvo, luego se volvió hacia el vendedor y compró toda la botella del condimento.

—¿Para qué es? —preguntó Jennifer mientras él se lo guardaba.

—Para después.

No desarrolló la idea y ella estaba demasiado ocupada engullendo como para preocuparse.

Siguieron adelante a través de las calles hasta que Brennan les condujo por un estrecho callejón que, de un modo bastante sorprendente, estaba totalmente desprovisto de gente divirtiéndose.

—Aquí estarás a salvo hasta que vuelva —dijo.

—¿Adónde vas?

—A mi apartamento. Vuelvo en seguida.

Vio cómo se alejaba por el callejón, picada por el hecho de que obviamente

no confiaba lo suficiente en ella como para llevarla al lugar en el que vivía. Volvió, como había prometido, con una capa para que Jennifer se cubriera y un par de chancas para los pies.

—Son un poco grandes pero será mejor que ir corriendo descalza por ahí.

Aún estaba dolida por su desconfianza pero no pudo resistirse a preguntar por la mochila que llevaba a la espalda.

—¿Qué llevas ahí?

—Algunas cosas que podríamos necesitar antes de que acabe la noche.

—Tan informativo como siempre —dijo—. ¿Puedes decirme algo claro? ¿Adónde vamos ahora?

—Al sitio donde deberíamos poder encontrar algunas respuestas. El Palacio de Cristal.



Durante diecisiete años, Fortunato se había mantenido en las sombras. No por discreción, sino para evitar distracciones. No volaba para rescatar a los mineros atrapados o para acabar con los atracos en el metro. Excepto por unos meses en los que había participado en los movimientos políticos clandestinos, en los sesenta, se había quedado en su piso, leyendo. Estudió a Aleister Crowley y E.D. Ouspensky, aprendió los jeroglíficos egipcios, sánscrito y griego clásico. Nada le parecía más importante que el conocimiento.

No sabía decir cuándo había empezado a cambiar. En algún momento, después de que una mujer llamada Eileen muriera en un callejón de Jokertown, con la mente drenada por el Astrónomo. En algún momento, después de todo lo que leyó, desde física de partículas hasta el ritual masónico pasando por el *Bhágavad-guitá*, todo le decía lo mismo, una y otra vez: todo es lo mismo. Nada importaba. Todo importaba.

Esta noche sobrevolaba la isla de Manhattan con los restos de su traje de gala, resplandeciente como un tubo de neón, con una mujer muerta entre los brazos. Los turistas borrachos y los animados jokers y los últimos asistentes al teatro alzaron los ojos y le vieron allí, y no importó.

Contempló la idea de que tal vez no sobreviviría a aquella noche y tampoco pudo importarle menos. ¿Qué importaba un proxeneta más o menos?

Vio Jokertown extendiéndose por debajo de él. Las calles con barricadas estaban abarrotadas de gente disfrazada y gente que era un disfraz en sí misma, todos ellos con velas, linternas y antorchas. Cada farola y cada luz de cada ventana de Bowery resplandecían a plena potencia.

Dejó a Caroline en las escaleras de la clínica de Jokertown. La muchedumbre se abrió para dejarle pasar y luego se cerró tras él. No había tiempo para gestos

sentimentales. Ahora Caroline estaba muerta y no podía hacer nada por ella.

Se elevó hacia el cielo levitando. Flotó en él, despejó la mente y visualizó a Tachyon, con sus afeminados trajes de payaso y su pelo fosforito.

*¿Ya estás muerto, Tachyon?*, pensó. *Tachyon, ¿me lees?*

Los pensamientos de Tachyon le llenaron la cabeza.

*¡Por fin! ¿Dónde estabas? ¡He tratado de comunicarme contigo! ¡Había una especie de muro de energía a tu alrededor!*

*Estoy un poco sobrecargado esta noche*, le dijo Fortunato.

*Tengo que verte*, dijo Tachyon, y formó la imagen de un almacén en el East River en su mente. *¿Podemos encontrarnos aquí? Es desesperadamente importante. Tiene que ver con el Astrónomo.*

Fortunato abrió la imagen hacia fuera. La nave estaba dentro, con la forma de una concha marina engastada con gemas y mayor que la mayoría de las casas.

*Lo sé*, pensó Fortunato. *Ya lo sé.*



Tachyon aún estaba llorando. «Es un flujo inacabable», pensó Roulette con cansancio, seguido por un destello de irritación: «¿Qué quiere de mí?»

—Basta —dijo ella, y su voz parecía venir de muy lejos.

El alienígena recuperó el aliento en un sollozo y alzó el rostro enrojecido, lleno de lágrimas, de entre sus manos.

—A nadie le importa. Puedes llorar hasta que te hartes, pero a nadie le importará.

—Yo te quería.

Su voz sonó áspera y ronca en las sombras de la habitación.

—Siempre en pasado.

Y el comentario le pareció insoportablemente irónico. No fue consciente de en qué momento la risa se convirtió en lágrimas.

Sus manos la agarraron por los hombros y la zarandearon hasta que los dientes le castañetearon y las cuentas de cristal de su cabello tintinearón con frivolidad.

—¿Por qué? ¿Por qué? —gritó.

—Me prometió venganza y paz.

—La paz de la tumba. El Astrónomo destruye todo lo que toca. ¿Cuántos más cadáveres ha de sembrar para que te convenzas? —le gritó en la cara—. Y ahora *Baby, Baby* —gimió, tirándola a un lado.

—¿Y qué hay de ti, doctor? —gritó ella—. ¿Qué me dices de toda una vida de

cadáveres? —Los demonios empezaron a actuar y se apretó la cabeza, gimoteando—: Mi bebé.

La mente de Tachyon topó con la suya pero esta vez los pensamientos no se mezclaron. El caos de su mente rechazó la fusión.

—Está sucediendo otra vez —gritó Tachyon en un susurro angustiado—. No puedo soportarlo, otra vez no. ¿Qué debo hacer? ¿Quién puede ayudarme?

La sacó de la cama y la empujó hacia su ropa.

—Vístete. Hemos de darnos prisa, mucha prisa. Si puedo llegar a *Baby* antes que el Astrónomo, entonces, después... después haré todo lo que pueda, mi pobre, pobre pequeña.

Roulette, poniéndose la ropa y los zapatos como un autómatas y recogiendo su bolso, trató de concentrarse, pero el balbuceo nervioso de Tachyon le crispaba los nervios, le destruía la capacidad de pensar. Intentó hacerle callar.

—Deterioro de la personalidad —murmuraba el doctor desde el interior del enorme vestidor—. Será necesario encontrar el núcleo, reconstruir los compartimentos de memoria.

La letanía continuó como si fuera un escolar tratando de empollar para un examen. Un colgador rechinó en el riel.

La mujer se movió de prisa, abrió el cajón del tocador, sacó la Magnum y se la escondió en el bolso. Un instante después, Tachyon, echándose una capa sobre la camisa desabrochada, entró corriendo en la sala y la cogió de la cintura.

No se resistió. La estaba llevando con su amo. Y ya se encargaría ella de los dos.



Antes siquiera de que pudiera ver el sitio, Fortunato oyó los gritos en su cabeza. Era el sonido de un niño llorando, pero refinado, purificado, enloquecedor. Colocó un bloqueo mental contra él sólo para mantener la mente clara.

Sobrevoló una deteriorada manzana y vio el almacén. Estaba rodeado de chavales con chaquetas de cuero negras, eran la última de las bandas que habían campado a sus anchas en los Cloisters. Tenían MI6 y Magnums 357m enfundadas, como cowboys del siglo veinte. Cuando descendió hacia ellos desde el cielo, todos echaron la cabeza atrás para mirar.

—¡Largo! —les ordenó—. ¡Largo de aquí!

Dejaron caer sus rifles y echaron a correr.

Tocó suelo junto a la entrada del almacén. Algo en su interior zumbaba como una monstruosa onda portadora. Había un único foco sobre la puerta pero él mismo brillaba como un pequeño sol. Bajo aquella luz, vio a Tachyon y Roulette corriendo hacia él, en dirección contraria a su piso.



El Astrónomo ya estaba dentro. Su huella energética cubría las paredes y se derramaba hasta la calle. Fortunato se dirigía a la puerta cuando un estrecho cilindro de luz rosa perforó la pared junto a él y después se apagó. Se oyó un agudo estrépito cuando el aire implosionó en el vacío que el láser había dejado. Alguien en el interior del almacén gritaba. Un segundo después, el láser abrió otro agujero unos centímetros más allá, y otro más. El sonido era como fuego de cañón. Después el zumbido y la luz pararon a la vez. Al mismo tiempo, el llanto en su cabeza sonó incluso más fuerte.

—Voy a entrar —dijo Tachyon—. Está haciendo daño a *Baby*.

—*Baby* —dijo Fortunato—, por el amor de Dios...

—Es el nombre de la nave —dijo Roulette.

—Lo sé. ¿Tú qué pintas en todo esto?

—Trabaja para el Astrónomo —dijo Tachyon—. Esta noche ha intentado matarme.

El as negro casi se echó a reír. Así que, después de todo, no trabajaba por cuenta propia. Lástima que no lo hubiera conseguido. Fortunato abrió la puerta y vio al Astrónomo deslizarse por el lado de la nave.

Había un cadáver en el suelo, un chico con un agujero negro humeante en vez de pecho. En el rincón había otros cuatro: una mujer con uniforme de enfermera y una MI6, otra mujer vestida de blanco, un hombre con cara de gato y largas zarpas y una mujer oriental normal y corriente que le resultaba un tanto familiar. «Los Cloisters», pensó Fortunato. La había visto allí y en el viejo templo masónico de Jokertown, justo unos minutos antes de hacerlo volar. Mientras la miraba, se volvió hermosa. Fascinante. No podía apartar los ojos de ella y sentía cómo las neuronas de su cerebro empezaban a fallar.

—Basta ordenó. Su mente se despejó y ella volvió a ser normal y a estar asustada. La enfermera alzó la MI6 y él la fundió, por lo que la culata de plástico se convirtió en líquido caliente entre sus manos.

—Se acabó, ¿verdad? —dijo la oriental—. No vamos a salir de aquí.

—No en esa nave —dijo Fortunato.

—Volver desde San Francisco para nada... —dijo.

—La puerta sigue siendo una opción.

Le miró con intensidad, para asegurarse de qué quería decir; después corrió hacia ella. Los otros la siguieron más despacio, pues no querían darle la espalda a las.

—¿Gresham? —dijo Tachyon. Su voz trino a causa de la ira y el dolor—. ¿Enfermera Gresham?

—¿Qué? —dijo la enfermera.

—¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido traicionar mi confianza?

Tachyon se llevó ambas manos a la cabeza. Sus dedos tiraron de la piel de su cara, convirtiéndola en un rostro monstruoso. Fortunato se preguntó si iba a arder.

En su lugar, Gresham puso los ojos en blanco, giró sobre sus talones y se estampó contra el ruinoso muro del lado de la puerta.

—Caray —dijo Fortunato—. ¿La has matado?

Tachyon negó con la cabeza.

—No, no está muerta. Aunque se lo merecería.

—Pues tendréis que sacarla de aquí —dijo Fortunato—. Vosotros dos, mientras podáis. Voy a abrir esa nave como una ostra.

—¡No! —fue prácticamente un grito—. ¡No puedes! ¡Te lo prohíbo!

—No te metas en mi camino, hombrecillo. El Astrónomo es uno de los tuyos. Es tu virus el que le ha hecho esto. Voy a acabar con esto y si te entrometes, te mataré.

—La nave no —dijo Tachyon. El pequeño cabrón desde luego no sabía cuándo asustarse, tenía que reconocerle al menos eso—. Está viva. No es culpa suya que le esté pasando esto. No puedes castigarla por ello.

—Hay mucho más en juego que una maldita pieza de maquinaria.

Tachyon negó con la cabeza.

—Para mí no, y no es una máquina. Si tratas de hacerle daño, tendrás que pelearte conmigo primero, y no puedes permitirte eso, ya que el Astrónomo nos mataría a todos.

El pequeño hijo de puta no iba a ceder.

—Está bien, vale. Lo haremos a tu manera. Pero saca al Astrónomo de esa nave o le haré salir del único modo que tengo.

Tachyon paró unos segundos y luego dijo:

—Acepto.

—¿Y qué pasa conmigo? —dijo Roulette.

—Tú te vienes conmigo —dijo Tachyon. La cogió de la mano y tiró de ella hacia la nave, tras él.



El Astrónomo se apoyó despreocupadamente en un poste de la cama. Las mangas de la túnica tenían una costra de sangre y el agrio olor de la muerte flotaba alrededor de su huesuda figura. Pero, por primera vez desde su encuentro con él, Roulette percibió confusión y dudas.

El anciano volvió sus ojos enloquecidos y enrojecidos hacia ellos.

—No le has matado.

El taquisiano se adelantó y los tacones de sus botas resonaron en el suelo pulido.

—He demostrado ser más duro de lo que suponías. —La horrible mirada pasó

a Tachyon—. Y sólo un cobarde envía a una mujer a cometer sus asesinatos.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacerlo? ¿Lanzarme unos pocos insultos? Eres penoso, hombrecillo.

De pronto, el maestro masón se tambaleó, gimió y se apretó la cabeza. Tachyon, con el pelo como una feroz nube sobre los hombros y los ojos brillándole en el pálido rostro, empezó a temblar por la tensión y las gotas de sudor le perlaron la frente. Después, con amenazadora lentitud, el Astrónomo se irguió, deshaciéndose del control mental del alienígena. Los ojos del doctor se abrieron con miedo.

—Muere, irritante insecto.

Los dedos como garras se curvaron y Tachyon se lanzó a un lado mientras una bola de llamas explotaba en el lugar en el que había estado.

El suelo se inclinó violentamente cuando *Baby* se estremeció.

—Es inútil, no escaparás con esta nave. —Tachyon gateó por el suelo pulido mientras otra bola de fuego hacia estallar una delicada silla tras la que se había estado escondiendo—. No navega por sí sola. ¿Qué tal es tu astro-navegación?

Roulette se apretujó en un hueco, rezando para que no la viera, rezando para que ningún rayo de energía perdido de su amo la incinerara.

—Y mejor que no duermas si has de abandonar el planeta. Es un ser sentiente, aunque, por supuesto, ya lo has descubierto —gritó Tachyon, y el hombro de su capa se ennegreció—. En cuanto relajes tu coerción, hará estallar las cerraduras o volará hacia una estrella. Es uno de los inconvenientes de una nave viviente, como otros enemigos descubrieron antes que tú.

El despliegue pirotécnico cesó. El anciano miró al alienígena con algo que se aproximaba al placer.

—Has señalado algunos puntos interesantes, doctor. Así que te llevaré conmigo.

—No..., creo que... no. —Las palabras quedaron puntuadas por resuellos—. He creado una guarda mortal. Todo lo que soy, cuerpo, alma y mente, se oponen a ti. Para poseerme, tendrás que matarme.

—Una imagen de lo más agradable.

—Lo que te sigue dejando con el problema original.

Estaban dando vueltas por la habitación, Tachyon alejándose despacio y con cautela del Astrónomo y el anciano siguiéndole los pasos con la paciencia de un depredador.

—Y hay otro pequeño problema y creo que debería mencionarlo. Fortunato está fuera, esperando. Destrozará esta nave para llegar a ti, y yo preferiría que no lo hiciera. Que es por lo que estoy aquí, aunque no se me ocurre nada que me apetezca menos hacer que enfrentarme a ti.

Pero el Astrónomo había dejado de escucharle. Al oír mencionar a Fortunato, su cara se había teñido de sangre y un impropio explosivo salió de sus labios

salpicados de saliva.

—Ya me has incordiado bastante, pedazo de mierda. Esta vez voy a poner punto final.

Salió impetuosamente de la nave y Tachyon, cogiendo a Roulette por la muñeca, se precipitó tras él; y hacia el infierno. Por los aires zumbaban bolas de fuego, abrasando el suelo de hormigón y prendiendo las paredes del almacén. Un rebufo del aire los hizo caer y la muñeca de la mujer se escurrió de la mano del doctor. Cayó una lluvia de manipostería y de vigas y *Baby*, aterrorizada más allá de la razón, prorrumpió por el techo y huyó hacia la noche. Ahogada por el polvo de yeso, Roulette se arrastró en busca de la puerta, ignorando la frenética llamada de Tachyon: primero a *Baby*, luego a ella.

Sosteniendo la Magnum, se acurrucó en un callejón y contempló el cielo.



## Capítulo veintitrés

---

4.00 horas

Fortunato sintió que las piernas se le doblaban hasta el suelo y se plegaban en la posición del loto. Los pulgares rozaban los índices y las manos descansaban sobre las rodillas. Sentía como si su último orgasmo con Peregrine aún durara. Cuando ella lo contuvo y devolvió el poder de vuelta a su interior fue como si estallara en un millón de átomos y volviera a recomponerse con todo el universo dentro de él. Se sentía como el núcleo del sol, como si irradiara llamaradas de energía sin control, como si nunca fuera a agotarse.

Fue cinco minutos después cuando el Astrónomo salió de la nave. El as negro había revivido toda su vida con todos y cada uno de los detalles: el tacto de la seda contra la piel, el sonido de cada nota de música que había oído, el sabor del aliento de cada mujer a la que había besado. Había durado una eternidad y, al mismo tiempo, nada en absoluto.

—¡Hijo de puta! —gritó el Astrónomo—. ¡Eres un gusano, una lombriz, una puta ameba! ¿Por qué sigues zumbando alrededor de mi cabeza, mosca, mosquito, moscardón? ¿Por qué no te mueres de una puta vez y te largas?

Alzó sus delgadas manos y las mangas de la túnica bañada en sangre se deslizaron más allá de sus codos. El interior de sus brazos estaba tachonado de moratones y llagas. El as recordó la heroína que había visto en los Cloisters.

Las manos del anciano se hincharon como melones y después explotaron con bolas de fuego, cientos de ellas, que pasaron silbando por el aire hacia Fortunato. Cada una desprendió una capa de su poder al desviarlas y no pudo reconstruir sus escudos lo bastante rápido. La última bola le chamuscó el pelo del brazo izquierdo. El techo del almacén explotó. El Astrónomo disparó al cielo a través de él, sin dejar de gritar.

—Un perro que me persigue por la calle tratando de morderme los zapatos. ¿Magia? ¿Tus besos, tus abrazos, tus folleteos y tus mamadas? Eres un niño, una larva, un pequeño, indefenso y agitado espermatozoide.

Hizo que Fortunato se elevara siguiéndole los pasos, y los almacenes y luego la isla desaparecieron debajo de ellos.

Ahora el Astrónomo brillaba. Más ardiente, más intenso que Fortunato.

—La muerte es el poder. El pus, la podredumbre y la corrupción. El odio, el dolor y la guerra.

El proxeneta vio que el anciano era más poderoso de lo que jamás había imaginado. Aquello le provocó una extraña calma. La ciudad estaba muy lejos, por debajo, y tras ellos no había más que una red de luces. Estaban sobre el East River, entre Manhattan y Queens. El puente de Williamsburg estaba justo a la derecha de Fortunato, donde los cables resonaban huecos en el viento.

Estaban tan arriba que el as sintió frío en la piel que le asomaba bajo la camisa abierta del esmoquin. El aire estaba limpio y desde Long Island Sound le llegaba un cierto olor a sal. Había desplegado las piernas y estaba plantado en medio del aire, con los brazos en jarras. Sabía que iba a morir.

Se vio a sí mismo como el hexagrama Ken, la Montaña, quieto. Su oponente era Sung, el Conflicto, hirviendo de caos y destrucción. No tenía ningún sentido reconstruir sus defensas. Concentró todo el poder que albergaba en el interior, en medio de su cuerpo, lo moldeó en forma de esfera y lo comprimió. Más fuerte, más tenso, hasta que la fuerza, el conocimiento y la energía quedaron compactados en un grano del tamaño de una cabeza de alfiler, justo detrás del ombligo.

No habría una segunda oportunidad. Lo lanzó hacia el Astrónomo y salió disparado por los aires, dejando a Fortunato débil, frágil y vacío. Era tan brillante que tuvo que taparse los ojos con las manos e incluso así pudo ver los huesos a través de su carne.

Más que verlo, sintió cómo atravesaba al anciano, penetrando a través de sus escudos como una bala entre la gelatina. Cuando pudo volver a verle, estaba doblado, en estado de *shock* y dolorido.

El Astrónomo estalló en llamas. Ardía, caliente y rojo, y un denso humo negro brotaba de él. Sus brazos sobresalían de la bola de fuego en ángulos extraños y Fortunato observó cómo se volvían negros y apergaminados.

Y después las llamas se apagaron.

El cuerpo del viejo estaba ennegrecido, momificado. El viento arrastró escamas de piel quemada con olor a carbón mientras flotaba.

El as respiró hondo. Apenas le quedaba un poco de energía, suficiente para mantenerle a flote, pero eso era todo. Y pronto se le acabaría.

Parecía que no podía moverse, y una sensación de vacío le rodeaba. El Astrónomo abrió los ojos.

—¿Eso es todo? —dijo. Gritó entre risas y, poco a poco, irguió el cuerpo. La piel quemada se le desprendió y Fortunato pudo ver la carne rosa escaldada que había debajo—. ¿Ése es tu mejor intento? ¿Eso es de veras todo lo que puedes hacer? Te compadecería. Te compadecería si no fuera porque me has herido y ahora tienes que morir.

El as vio al horrible hombrecillo cubierto de ampollas preparándose, y el vacío que le rodeaba le dijo qué hacer. Cantó en silencio, desterrando el miedo. Se aclaró la mente, encontró los últimos pensamientos que aún se apegaban a ella —Caroline, Verónica, Peregrine—, los soltó y los dejó caer con dulzura hacia las luces que había debajo.

Refrenó su corazón, que empezó a golpear de nuevo, y lo calmó, por fin.

Al fin y al cabo, sólo era la muerte.

Palpó la mente del Astrónomo y vio que el poder empezaba a desplegarse y llegaba hasta allí para ayudar. Aflojó los lazos, eliminó todos los amortiguadores y abrió todos los interruptores. Puso los mandos a tope.

«Nos iremos juntos. Tú y yo» », pensó Fortunato. Nada importaba; se convertiría en nada, en menos que nada, en un vacío. « Ven a mí, trae todo lo que tengas» .

La noche se llenó de una fría luz blanca.



La mayoría de la muchedumbre no pudo ver la batalla que tenía lugar sobre el East River porque su ángulo de visión estaba limitado por el horizonte de Manhattan. Fueron sobre todo los curiosos que estaban en los cruces quienes pudieron ver el espectáculo, entre las calles numeradas.

Ni siquiera esos curiosos se mostraron del todo impresionados cuando las bolas de fuego centellearon y estallaron. Un joker, observando las chispas que caían en cascada sobre el río, dijo, dentro del radio de audición de Jack

—Oye, los he visto más espectaculares, durante el bicentenario. Esto no vale nada. ¿Por qué no hacen algo sobre la Estatua de la Libertad?

—¡Ah! —dijo alguien más—. Eso sería estupendo.

Nadie que mirara con ojos desorbitados desde la intersección de la calle 14 con la Avenida A tenía ni la más remota idea de qué estaba sucediendo encima del río.

—Tengo una cita en tres horas —dijo Bagabond—. Es mi primera cita en veinte años y ahora es el fin del mundo.

Los fuegos artificiales se atenuaban y se extinguían.

—Creo que ya está —dijo Jack—. El mundo no se acaba, tu cita sigue en pie. ¿Quién es el afortunado?

Retrocedió y se apartó un paso de él.

El se dio cuenta de lo que estaba pensando y en seguida dijo:

—No estoy siendo sarcástico, lo digo en serio. ¿Quién es?

—Paul Goldberg.

—¿El abogado? ¿Del despacho de Rosemary?

—Así es.

—¿Qué te vas a poner? —dijo Jack.

La mendiga vaciló.

—Lo normal.

Jack rió.

—¿El traje de indigente?

Negó con la cabeza, furiosa.

—Un traje de chaqueta.

—Vamos.

Esta vez fue Jack quien la cogió del brazo y la arrastró por la calle.

—Estamos a unas tres manzanas de All Nite Mari Ann's —dijo—. Esto va a ser divertido.

—No estoy buscando diversión —dijo Bagabond.

—¿Quieres estar realmente espléndida para la cita del desayuno?

Miró hacia adelante, resuelta.

—Entonces, vamos allá, pequeña.

Ella intentó remolonear mientras él abría camino por la calle. Jack la esperó, la cogió del codo y alegremente la condujo junto a él. Estaba silbando una versión desafinada de *We're Off to See the Wizard*.

—No eres Judy Garland —dijo ella.

Jack se limitó a sonreír.

La multitud comenzaba a menguar, casi como si la épica batalla sobre el East River hubiera sido el equivalente de los fuegos artificiales en Disneylandia, indicando a las familias que era la hora de llevar a los niños a casa. Más que eso, la gente parecía simplemente estar exhausta. Había sido un largo, largo día.

All Nite Mari Ann's tenía bastante éxito; podía permitirse ocupar más espacio que una tienda corriente. Se extendía por la planta baja de lo que en su día había sido un aparcamiento.

Jack condujo a su amiga a darse una vuelta por los escaparates de la tienda.

—Sí. Oh, sí. Un vestido de seda, ¿ves? —Señaló. Le miró a la cara, y de nuevo al interior de la tienda—. Verde azulado, creo. Perfecto. —Adelantó a Bagabond—. Vamos, Suzanne. Es la hora de Cenicienta.

La mujer hizo un último intento de retirada:

—No llevo mucho dinero encima.

Aguantándole la puerta, Jack dijo:

—Tengo una cuenta.



Cuando el estallido de poder le atravesó, no quedaba nada de Fortunato para



resistirlo. Nada lo resistió, de modo que pasó a través de él. Y al pasar dejó partículas tras él, partículas de conocimiento, de memoria y de comprensión.

El as negro vio a un hombrecillo con gafas gruesas saliendo a rastras del East River, veinte años atrás. Antes de eso no había recuerdos. Donde debería haberlos sólo había un espacio cauterizado, autoinfligido. El Astrónomo se había hecho a sí mismo; no había identidad humana, no le quedaba historia humana alguna.

El pequeño hombre gateó hasta el césped del East River Park y contempló el cielo de la noche. Y el virus wild card se desplegó en él por primera vez y su mente se disparó en aquel cielo, y se movió entre las estrellas. Vio nubes de gas que ardían en rojo y púrpuras y azules. Vio planetas con rayas y remolinos y anillos y halos. Vio lunas y cometas y fragmentos en forma de asteroides.

Y vio algo que se movía. Algo oscuro y casi irracional, vasto, correoso y sucio, hambriento. Y su mente empezó a gritar.

Se encontró en el exterior de un edificio de ladrillo en Jokertown, desnudo excepto por sus gafas, gritando todavía. Una puerta se abrió y un hombre llamado Balsam le hizo pasar. Le enseñó los secretos, el nombre de la cosa que había visto, la palabra masónica definitiva: TIAMAT. Le habló de la máquina, el dispositivo *shakti* que el hermano de las estrellas le había traído a Cagliostro, quien fundó la orden para proteger el conocimiento de TIAMAT, la Hermana Oscura y el dispositivo.

Hasta que a Balsam no le quedó nada que enseñar al hombrecillo, y llegó la hora de que el hombrecillo se convirtiera en el Astrónomo y se deshiciera de Balsam, con la involuntaria ayuda de un torpe mago llamado Fortunato. Tomar el control de la Orden. Cumplir con su destino. Fundar una tiranía religiosa de masones egipcios que gobernarían el mundo. Un mundo que vendría a suplicarle que le gobernara, lleno de admiración y gratitud. Pues el Astrónomo usaría el dispositivo *shakti* como siempre había estado destinado a usarse...

—No —dijo Fortunato—. No.

Pero el conocimiento no iba a irse. El conocimiento de que el dispositivo *shakti* había sido entregado a los masones para salvar a la Tierra de TIAMAT, no para atraerla allí. Para llamar a la Red y que lo destruyera.

El dispositivo podría haberles salvado y Fortunato lo había destruido. Por su culpa, millares de personas habían muerto. Pese a todas sus pretensiones de sabiduría, seguía siendo una simple criatura impulsiva, nada más que un niño caprichoso.

El Astrónomo seguía vivo. Las gafas con celo aún le colgaban de las orejas, los jirones de la túnica restallaban en el aire, el pecho se le movía arriba y abajo. Había puesto los ojos en blanco y gastado todo su poder. Por completo.

A Fortunato no le costaría nada desplazarse los cien metros que les separaban, poner las manos alrededor de la garganta del hombrecillo y acabar con él.

En cambio, le dejó caer.

Largos segundos después, el as oyó el chapoteo y el hombrecillo cerró el círculo, otra vez de vuelta al East River.



La calle Henry estaba silenciosa y desierta; la juerga había acabado con el cierre del Palacio de Cristal. Los caballetes todavía bloqueaban los dos extremos de la manzana aunque hacía un buen rato que el festival callejero había acabado. Hiram y Jay caminaban por en medio de la calle, más allá de las oscurecidas casas adosadas. Las cunetas estaban atestadas de basura: servilletas, vasos de papel, tenedores de plástico, periódicos.

A media cuadra, una figura oscura emergió de las sombras para acercarse a ellos. Popinjay sacó rápido la mano del bolsillo pero Hiram le agarró del brazo.

—No —dijo.

La figura se movió bajo la luz de una farola. Era una pesada mujer de pelo gris con una chaqueta del ejército, verde y sin forma. La mitad inferior del cuerpo era una única y enorme pierna blanca, húmeda y sin hueso. Se impulsaba hacia adelante como un caracol.

—¿Una limosna? —preguntó—. ¿Una limosna para una pobre joker?

Hiram se encontró con que no podía mirarla. Sacó la cartera y le dio un billete de cinco dólares. Cuando la mendiga se lo cogió, él apretó el puño y redujo su peso a la mitad. No duraría pero al menos durante un tiempo sería más fácil para ella.

En la explanada vacía y llena de escombros que estaba junto al Palacio de Cristal ardía un fuego. Una docena de pequeñas formas retorcidas estaban acurrucadas alrededor y había algún tipo de animal dando vueltas encima de las llamas. Al oír los pasos, algunas de las criaturas se levantaron y desaparecieron entre las ruinas. Otras se giraron para mirar, con los ojos como brasas ardientes en la oscuridad. Hiram se detuvo. No venía muy a menudo a Jokertown y ahora recordaba por qué.

—No nos molestarán —dijo Ackroyd—. Es su hora, cuando las calles están vacías y el mundo duerme.

—Creo que es un perro lo que están cocinando.

Jay le cogió del brazo.

—Si te interesa, haré que Chrysalis te consiga la receta. Vamos. Subieron las escaleras y llamaron.

El cartel de la puerta decía «CERRADO», pero al cabo de un momento oyeron recorrer el pestillo y un hombre apareció ante ellos. Tenía bigotillo, el pelo oscuro y aceitoso y una extensión de piel tensa donde deberían haber estado

los ojos.

—Sascha, Hiram —les presentó Jay Ackroyd—. ¿Están aquí? Sascha asintió.

—En el bar. Sólo dos. Están limpios. Hiram dejó escapar un suspiro de alivio.

—Acabemos con esto, pues.

Sascha asintió y los condujo a través de una pequeña antesala hasta la sala principal del Palacio de Cristal.

Las únicas luces eran las que había detrás de la larga barra. La estancia olía a cerveza y humo de tabaco y habían colocado las sillas sobre las mesas. Estaban sentados en un reservado, tres personas. En la penumbra, Chrysalis parecía un esqueleto con traje de cóctel. La punta de su cigarrillo brillaba como los ojos de las almas perdidas que había visto fuera. Loophole Latham estaba impecablemente vestido con un traje gris antracita de tres piezas y su maletín estaba en la mesa, delante de él. Entre ellos, envuelto en la sombra, estaba el tercer hombre.

—Gracias, Sascha —dijo Chrysalis—. Ya puedes irte.

Cuando los ecos de sus pasos se hubieron apagado, se hizo un silencio mortal en la taberna.

Hiram se preguntó una vez más qué diantres estaba haciendo allí. Entonces pensó en Gills, tragó saliva y dio un paso al frente.

—Aquí estamos —anunció con su voz grave, llena de una confianza que realmente no sentía.

Latham se puso en pie.

—Señor Worchester, señor Ackroyd —dijo, tan fácilmente, como si aquello fuera una comida de negocios.

La tercera persona siseó. Algo largo y delgado salió agitándose de su boca y saboreó el aire.

—No esstábamoss sseguros de que viniéraisss.

Se inclinó hacia adelante, empujando su demacrado rostro de reptil hacia la luz. No tenía nariz, sólo unas fosas nasales sobre la cara. Su lengua bífida no dejaba de moverse.

—Assssss que nossss encontramosss de nuevo.

—Lamento que esta tarde hayas tenido que irte corriendo de esa manera —dijo Jay—. No entendí bien tu nombre.

—Wyrm —dijo el hombre reptil.

—¿Eso es el nombre o el apellido? —preguntó Jay.

Chrysalis rió con sequedad. Latham se aclaró la garganta.

—Sigamos con el asunto —dijo. Se sentó, hizo girar la combinación del maletín y lo abrió—. Lo he consultado con mi cliente y sus términos son aceptables. No se emprenderá ninguna acción legal contra ninguno de ustedes y los cargos por detención ilegal se depondrán. Tengo los papeles aquí, ya firmados por el señor Seivers, que renuncia a cualquier reclamación contra ustedes por la

cantidad de un dólar.

—No voy a... —empezó Hiram.

—Yo pagaré el dólar —dijo Latham rápidamente. Tendió un fajo de documentos legales a Ackroyd. El detective los hojeó de prisa, los firmó por triplicado y devolvió dos juegos.

—Muy bien —dijo el abogado—. En cuanto al mercado de pescado, sin admitir ninguna culpa o implicación anterior, mi cliente y su organización declaran que de aquí en adelante no tendrán interés alguno en esa zona de la ciudad. Esto no es algo que pueda certificarse mediante ningún instrumento legal, por supuesto, pero Chrysalis es testigo de este proceso, y la reputación de la organización es su garantía.

—Su negocio está construido sobre la confianza —confirmó Chrysalis—. Si se sabe que son unos mentirosos, nadie tratará con ellos.

Hiram asintió.

—¿Y Bludgeon?

—He revisado este caso tras nuestra última conversación y, francamente, no es el tipo de persona a la que Latham, Strauss le interesa representar. Vamos a dejar su caso.

La sonrisa de Wyrn mostró una boca llena de incisivos amarillentos.

—¿Ossss gussstaria sssu cabeza en una bandeja de plata?

—No será necesario —dijo Hiram—. Sólo quiero que vaya a la cárcel por lo que le ha hecho a Gills.

—Cárcel, puessss. —Tenía los ojos clavados en Hiram y agitó la lengua con avidez—. Y ahora que tienesss todo lo que quieresss, Fatman, danossss los librossss. ¡Ahora!

Se produjo un tenso silencio. Hiram miró a Jay. El detective asintió.

—Parece que todas las bases están cubiertas.

—Bien —dijo Hiram.

Ahora lo único que quedaba por hacer era acabar con aquello y salir vivos de allí, de vuelta a la cordura de su propia vida. Estaba a punto de hablar cuando por el rabillo del ojo vio que algo se movía detrás de la barra. Se giró.

Wyrn dijo:

—Quiero loss librossss. Bassssta de hacerme perder el tiempo.

—Me ha parecido ver un reflejo en el espejo —dijo Hiram. Pero allí no había nada. La pulida superficie plateada brillaba suavemente en la penumbra, pero nadie se movía.

—¿Dónde esssstán los librossss? —demandó Wyrn.

—A mí también me gustaría conocer la respuesta —añadió otra voz. Estaba de pie en la puerta, con una negra capucha tapándole la cara y un arco compuesto entre las manos. Una flecha estaba colocada y lista. El siseo de Wyrn fue puro veneno. Hiram se quedó boquiabierto.

—¿Quién demonios eres tú?

Al hablar, una joven que llevaba únicamente un bikini negro salió del espejo de detrás de la barra.

—Oh, mierda —ofreció Popinjay.

Wyrm agarró a Chrysalis del brazo.

—Nosssss hasssss vendido, zorra. Pagarásss por esssstó.

—No tengo nada que ver con esto —dijo ella. Consiguió liberar el brazo de su presa y miró al enmascarado de la puerta—. Yeoman, esto no va conmigo —le dijo.

—Lo lamento.

Alzó el arco y tiró de la flecha.

—A menos que me entreguen el libro, clavaré una flecha en el ojo derecho del caballero con el traje de tres piezas.

Latham le contempló sin inmutarse.

—Y tú siempre me dices que me he de vestir mejor —le dijo Jay Ackroyd a Hiram—. ¿Ves de qué te sirve?

Se giró hacia el arquero.

—El libro no está aquí. No creerías que seríamos tan burros como para traerlo con nosotros.

—Espectro, regístralos.

La mujer del bikini atravesó la barra y se acercó a la mesa. De repente, Hiram la reconoció. Llevaba algo más de ropa en el Aces High, pero estaba seguro de que era la misma joven que se había desvanecido a través del suelo cuando Billy Ray había tratado de capturarla. Aquello le puso triste. Era joven y atractiva, demasiado adorable para ser una criminal. Sin duda, había sido corrompida por compañeros malvados.

Registró primero a Jay y luego a él. Cuando le tocó, sus manos parecieron hacerse insustanciales, deslizándose a través del tejido de su ropa e incluso de su piel mientras se movían arriba y abajo, buscando. Le dio escalofríos.

—Nada —dijo.

El arquero bajó el arco.

—Soy un poco lento, ¿sabes? —intervino Popinjay—. Tú eres el vigilante del arco y las flechas, ¿no? El tío del as de picas. ¿A cuántos tipos has matado? Tiene que ser una cifra de dos dígitos, ¿no?

Los ojos de Espectro se dirigieron a su compañero y pareció un tanto sorprendida. «Es una inocente», pensó Hiram. Su corazón estaba con ella. Había leído los relatos acerca del asesino del as de picas en el *Jokertown Cry* y el *Daily News* y no podía imaginar cómo una chica joven y dulce como ella se había visto envuelta con semejante lunático homicida.

—¿Dónde está el libro? —dijo el arquero.

Hiram contempló la flecha. Debería haber estado paralizado por el terror

pero, curiosamente, no sentía más que enojo. Había sido un día muy largo.

—En un lugar seguro. —Dio un paso adelante, apretando el puño. Había tenido más que suficiente—. Y ahí se quedará.

Empezó a andar hacia la puerta, protegiendo con la mole de su cuerpo a los demás, que estaban tras él.

—Me he metido en una enorme cantidad de problemas para organizar esto y no voy a dejar que hagan daño a Gills o que Bludgeon quede libre porque quieras esos libros para tus propósitos, sin duda criminales.

Los ojos detrás de la máscara contemplaron absolutamente atónitos cómo Hiram avanzaba, decidido. El arquero vaciló, pero sólo por un segundo. Entonces volvió a alzar el arco e Hiram se tensó mientras tiraba suavemente de la cuerda y las poleas giraban y apretó el puño cuando las ondas gravitatorias resplandecieron alrededor de la flecha, invisibles para todos menos para él, con el momento de la verdad casi al alcance de la mano y ... se produjo un « pop » y el arquero desapareció.

Hiram oyó el grito ahogado de Espectro y después Wyrn lanzó un sibilante grito en señal de triunfo. El hombre lagarto empujó la mesa que le encerraba dentro del reservado y salió a la pista con un sonido metálico y de desgarró. Se precipitó hacia la joven, que retrocedió apartándose de él.

—¡Déjala en paz! —gritó Hiram.

Wyrn le ignoró. Se abalanzó siseando, con las manos como garras, tratando de atraparla, y pasó a través de su cuerpo y se estampó con fuerza contra un taburete. Popinjay rió.

Espectro se giró frenéticamente, con los ojos como platos, buscando a su aliado por un momento, antes de rendirse y echar a correr. De nuevo atravesó la barra apresuradamente y volvió a desvanecerse en el espejo, cuya plateada superficie se cerró a su alrededor como un charco de mercurio.

—¡Gracias por pasarte! —gritó Popinjay. Se volvió hacia los otros—. Supongo que nadie tiene su número de teléfono, ¿no? —Suspiró—. Ah, vaya...

Wyrn se puso de nuevo en pie, chillando consternado.

—¡La mataré! ¡Los mataré a los dos!

—Después —sugirió Loophole. El abogado cruzó las manos como si aquella pequeña interrupción jamás hubiera sucedido—. ¿Aún tenemos un acuerdo?

—No quiero esos malditos libros —dijo Hiram—. Si respetáis mis condiciones, son vuestros.

—Bien. ¿Dónde están?

—Los hemos escondido en la Tumba de Jetboy. En la cabina de la réplica del JB-I.

—Si están allí, se respetará nuestro acuerdo.

—Ssssi no —añadió Wyrn—, ossss arrepentiréis.

Chrysalis se dirigió hacia la barra y cogió una botella.

—Quizá deberíamos hacer un pequeño brindis, por la exitosa conclusión de una transacción difícil.

—Me temo que no tenemos tiempo —dijo Latham cerrando el maletín.

Hiram no les escuchaba. Estaba mirando más allá de Chrysalis, contemplando la superficie plateada del enorme espejo donde, por un instante, creyó que había visto algo moviéndose.



Contempló cómo luchaba contra la corriente, con los brazos como palillos agitándose con cansancio entre las oscuras aguas. Una araña de agua moviéndose con desespero por la superficie, hacia la orilla. Roulette había esperado que muriera en el cielo sobre Manhattan. En cambio, había caído como un diminuto y carnoso meteorito y su imperativo se mantenía. Ahora, observando su batalla contra el agua, de nuevo esperó que muriera. La pequeña protuberancia oscura que era su cabeza desapareció pero se forzó a esperar. El Astrónomo ya había engañado antes a la muerte.

La cabeza emergió del agua y la violencia de sus sacudidas fragmentó una mancha de aceite y un centenar de gotitas irisadas. «Muere», imploró Roulette, pero las aguas oscuras y aceitosas del East River le estaban llevando hacia la orilla cubierta de basura.

El Astrónomo salió del río, arrastrándose; el vómito del río. Su cuerpo desnudo, con la carne rosa mostrándose entre la piel chamuscada por las llamas y cuarteada, yació como un animal putrefacto entre las latas oxidadas y los empapados envoltorios de hamburguesas, pequeños montículos de papel desintegrándose en la lodosa orilla. Con la mano izquierda sujetaba las lentes y, poco a poco, con la piel descamándose y cayendo a cada movimiento, trató de recolocárselas.

Roulette, con los tacones de sus exquisitas sandalias de pulsera hundiéndose en el lodo, corrió hacia él. El puntapié le dio en el dorso de la mano. Los dedos se abrieron como ramitas rotas y las gafas salieron volando para acabar yaciendo en el fango. Las aplastó como si contuvieran la esencia del Astrónomo y el alma de Tachyon. Clavó un único tacón, para verlo deslizarse inocuamente por la gruesa lente y hundirse en el barro. El lodo la liberó con un sonido triste y repugnante. Sollozando, recogió las gafas.

—¡Putá! ¡Zorra asquerosa! ¡Mis gafas, dame mis gafas! —Su voz fue escalando tonos hasta convertirse en un chillido frenético.

Un tablón astillado le ofreció un punto de apoyo. Quitándose el zapato, se arrodilló en el barro y aporreó las gafas con el afilado tacón. Las esquiras del

falso diamante le cortaron la mano y le empezó a salir sangre. Apretó aún más fuerte el zapato de cuero ensangrentado.

—¡Te mataré! ¡Te mataré! —aulló el Astrónomo, andando a tientas sobre su vientre, con las manos extendidas, palpando y retrocediendo ante los distintos fragmentos de desperdicios.

Una lente se rompió con un agudo sonido cristalino.

—¡No!

La segunda.

—¿Matarme? Ni siquiera puedes verme. ¿Adónde huirás esta vez? Te están persiguiendo. ¿A quién matarás para obtener energía? Tachyon está en camino y sólo quedará uno de los dos... para mí. Será mejor que te arrastres.

Giró la cara hacia ella, con la nariz achicharrada, la boca como una hendidura pálida, los ojos rojos por los capilares rotos.

—Ha acabado, todo se ha acabado —dijo con voz trémula. Hundió las manos en las profundidades del lodo, apretando el légamo maloliente entre los dedos, como si recordara otros momentos, más gloriosos.

Por fin, empezó a arrastrarse y Roulette le siguió, con los pies descalzos batiendo sobre el resbaladizo cieno, arrastrando el dobladillo del vestido y con la cadena del bolso de noche clavándosele en el hombro a causa del peso de la Magnum.





## Capítulo veinticuatro

---

5.00 horas

Las calles por fin se estaban vaciando. Sólo los jueguistas más empedernidos quedaban para saludar a la aurora, o los menos duros, que se habían desmayado —o peor— y yacían como muñecas de trapo tiradas en la calle. El Palacio de Cristal estaba a poco más de un kilómetro y medio de la Tumba de Jetboy. Jennifer sabía que no había modo de que pudiera llegar antes que ellos al mausoleo. Era difícil correr con las chancas que Brennan le había prestado, pero era mejor que andar descalza por el pavimento lleno de desperdicios.

Brennan. ¿Qué diantres le había pasado? El hombrecillo le había señalado con un dedo y, zas, había desaparecido. Tal cual. «Bueno», pensó con la respiración cada vez más acelerada conforme iba comiéndose las manzanas que separaban el Palacio de la Tumba, a paso ligero con sus largas piernas: había empezado aquella aventura sola y la acabaría.

«Gran discurso», pensó. Ya echaba de menos la presencia ruda de Brennan. Esperaba que estuviera bien.

El gran edificio que era la Tumba de Jetboy era una imponente silueta de color negro ante las aguas del río Hudson. Parecía desierta pero había una larga limusina —gemela de la que ella y Brennan habían tomado prestada— aparcada junto a la estatua de más de siete metros de Jetboy que se alzaba delante de la entrada principal de la Tumba.

No había nadie dentro o cerca del vehículo. Concluyó que Wyrn y los demás debían de estar ya en el vasto edificio.

Subió en silencio los escalones de mármol, tan silente como el apodo que había escogido, y se despojó de la capa que Brennan le había prestado y se quitó las sandalias. Un subidón de adrenalina apartó el cansancio que estaba a punto de apoderarse de ella.

«Ha sido un largo día», se dijo a sí misma. Pero pronto se acabaría, de un modo u otro.

La tumba era enorme. Una réplica a tamaño natural del avión de Jetboy, el JB-I, colgaba del techo, bañada en la tenue luz que provenía de lámparas

escondidas que también pendían del interior de la cúpula.

La luz se filtraba hasta el suelo de la tumba, donde iluminaba vagamente a los tres hombres que contemplaban el avión colgado del techo. Reconoció a Wyrn, por supuesto, y al hombre llamado Loophole. No conocía al tercero, de complexión y altura mediana y unas facciones irreconocibles en la oscuridad.

Sonrió para sus adentros. A menos que uno de ellos pudiera volar, no había modo de que pudieran llegar a la cabina del falso avión. Para ella la cosa era distinta, claro.

Se abrió paso hasta el lado opuesto de la tumba, pegándose a las oscuras sombras de las paredes. La acústica en el interior era excelente y podía oír a los hombres discutiendo qué hacer.

—Esssse hijo de puta debe de haber flotado hassta el techo y metido los librossss allí.

—No importa cómo han llegado hasta ahí —dijo el hombre no identificado con voz dura y colérica—. Los quiero aquí abajo, de inmediato.

Discutieron el problema mientras la joven alcanzaba la parte trasera del edificio. Aún entre sombras, se hizo etérea, combatiendo una breve oleada de vértigo, y se impulsó a través del muro hasta el techo. Eso era la parte fácil. Ahora venía lo peliagudo. Mantuvo el cuerpo del avión entre ella y los hombres que había debajo mientras se deslizaba al interior de la cabina y veía una pequeña bolsa de plástico. ¿Era la bolsa en la que había metido los libros esa misma mañana? Parecía como si hubiera pasado un año.

No podía arriesgarse a solidificarse para comprobarlos. Los tocó, los hizo etéreos y después, en vez de experimentar la sensación de triunfo que había esperado, un inquieto temblor atravesó su figura insustancial.

Su resistencia estaba al límite. Había apurado a fondo, volatilizándose más veces en aquellas últimas veinticuatro horas de lo que lo había hecho en su vida, y apenas había comido ni descansado entre los períodos de insustancialidad. Le quedaba poco tiempo para hacerse sólida, o tendría problemas.

Se escabulló de la cabina pero con las prisas fue descuidada. Loophole había rodeado el avión para obtener otro punto de vista y vio la forma insustancial de la chica, resplandeciente como un espectro de Halloween, al recortarse su silueta contrar el ala.

—¡Es ella otra vez! ¡Tiene los libros!

Miró hacia abajo y una repentina ola de mareos la embargó. Tenía que hacerse sólida rápido. El instinto se hizo cargo de la situación y saltó del ala del avión.

Flotó tan suavemente como una pluma hasta llegar a tierra, apenas consciente, y cuando tocó el suelo su cuerpo tomó el control y se hizo sólido. La transformación consumió todas sus reservas de energía y se desmayó.



—Pero ¿qué pasa con Cordelia? —dijo Bagabond mientras cargaban los paquetes a través de la estación de City Hall hacia los pasajes que conducían a casa de Jack. Los gatos se habían unido a ellos y la tricolor y el negro se frotaban alegremente contra las piernas de la mendiga.

—Los cajún tienen un dicho —dijo Jack abriendo la puerta metálica de acceso.

—¿Cuál?

La tricolor y el negro ronronearon como si fueran Rip Van Winkle roncando.

—No me acuerdo de más —dijo Jack. A Bagabond le pareció que su voz tenía un punto maniaco: algo así como que si haces todo lo que puedes, llegarán los resultados. O no.

—Claro.

—Encontraré a Cordelia. Estará bien.

—Estás cansado. Estás exhausto.

—Tú también.

—Estoy bien.

Corriendo por delante de ellos, los felinos les llevaron hasta la puerta de Jack. Al abrirla, y mientras todos entraban, la vagabunda se puso rígida de repente.

—Jack —dijo tambaleándose un poco—, tengo algo. El se detuvo en pleno movimiento, con las llaves a medio camino del bolsillo.

—Es una rata —continuó—. Está en las sombras, en lo alto de un gabinete. Veo... —Vaciló—. Maldita sea, Jack, ¿es ella!

Apremió a los gatos y a ella para que entraran en el salón Victoriano y cerró la puerta.

—¿Dónde?

—Eso es lo que estoy tratando de descubrir. Hay otras ratas en el edificio. Estoy pasando de una a la otra... ¡ahí! —Sonrió—. Tengo una fuera, asomándose desde del callejón. Es un bar, algún tipo de club. Hay un gran rótulo de neón que se mueve. —Sacudió la cabeza—. Tiene forma de mujer, una estriper con seis pechos. Tienes, ehm..., tienes que pasar entre sus piernas para entrar.

—He oído hablar de él. El Freakers. Nunca he estado allí.

Cogió un *East Village Other* y echó un vistazo a los anuncios.

—Nada.

Tomó el *Fetish Times*.

—Cuando todo lo demás falla...

Hojeándolo, dijo:

—Vale, aquí está. Plaza Chatham.

—No está muy lejos —dijo ella. Ya se había levantado y estaba de camino a la puerta, con los gatos pisándole los talones.

—No —dijo Jack. Se giró para mirarle.

—¿No?

Moviendo el rabo, los gatos también le miraron fijamente.

—Tienes cosas que hacer. Yo me ocuparé de esto.

—Jack...

—De verdad. —Jack dejó los paquetes que aún sostenía—. Tú prepárate. —Desenvolvió un paquete más pequeño y sacó algunos cosméticos—. Me he tomado la libertad de comprarte esto.

—¿Qué estás haciendo? —le dijo mientras la hacía sentar delante del espejo de plata antigua.

—No tardaré mucho —prometió—. Después me pasaré por el Freakers.

—Estás loco. De remate.

Jack jugueteó con el brillo de labios y el colorete. Le hizo inclinar la cabeza para que se viera en el espejo.

—Es la hora del show —dijo.

—Jack... —Bagabond sacudió la cabeza con testarudez—, esa charla que se supone que vamos a tener...

—Mañana. —Alzó los ojos al reloj ferroviario—. O más tarde, cuando sea la hora.

Ella, inusualmente, insistió.

—¿Por qué, Jack?

Él se inclinó y la miró directo a los ojos.

—También podrías preguntarte por qué existe el virus wild card, Suzanne. Es lo que hay. Tienes que lidiar con ello.

La mujer se mantuvo en silencio por unos instantes.

—Tardaré en acostumbrarme.

—A mí también me llevó su tiempo.

—Yo... aún... —Sus palabras se fueron apagando hasta quedar en silencio.

—Yo también, amor. —Jack la besó—. Yo también.



Spector supo que Fortunato había ganado. De otro modo, el Astrónomo habría convertido al as negro en picadillo antes de tirarlo al agua. Spector había contemplado la lucha, como todos los demás. La diferencia era que él sabía qué estaba pasando. No podía creer que aquel bobo estúpido de Fortunato hubiera dejado escapar al viejo. Ahora el anciano podría esconderse, lamerse las heridas y esperar hasta recuperar su poder, de nuevo. Imaginó que el viejo intentaría

llegar a la orilla del lado de Manhattan. Si lograba encontrarle, se ocuparía del Astrónomo de una vez por todas.

—Es el Día del Juicio —dijo frotándose el brazo malo.

Caminó por el callejón desierto. Hacía tanto frío que se le helaba el aliento. Estaba cansado y entumecido. La callejuela no tenía salida, acababa en un muro.

—Mierda. —Se giró para irse, luego paró.

Se oían voces al otro lado. Voces familiares. Se dirigió a la base de la pared y saltó, impulsándose lentamente con los doloridos músculos.



El Astrónomo hizo una pausa, respirando entre sibilancias y estertores. Una resquebrajada letanía de odio se escurrió de su boca; las palabras colgaban como cuentas en los largos hilos de saliva que expectoraba con cada bocanada. Roulette también se detuvo, esperando a que encontrara la fuerza para continuar, preguntándose con irritación por qué Tachyon era tan lento. « Ya debería estar aquí a estas alturas ». Todos unidos en una última y letal unión.

El anciano se esfumó en la oscura boca de un callejón y Roulette volvió a esperar a Tachyon. Quien no aparecía. Ella corrió tras el Astrónomo y casi se tropezó con el taquisiano, que salía de un callejón aledaño. Retrocedieron entre un revoltijo de cajas de cartón. Vio cómo el alienígena se cubría los ojos, trataba de localizar a la presa como una zorra siguiendo el rastro, se quedaba paralizado y seguía con total precisión la senda tomada apenas unos momentos antes por el Astrónomo. Roulette le siguió, por detrás, con la Magnum apretujada entre ambas manos y el cañón por delante, como una varita.

Dieron un fuerte quiebro a la derecha en otro callejón sin salida, que acababa en una pared de ladrillos a unos treinta metros. Tachyon, con las manos apretadas a ambos lados, contemplaba al Astrónomo, con la furia grabada en su delicado rostro.

—¡Maldito seas, Fortunato! —Echó la cabeza atrás y aulló hacia el cielo nublado—. ¡Prodigio de cobardía, trozo de mierda sin honor, alcahuete sin madre! Pensaba que íbas a acabar con esto. ¡En cambio, me lo dejas a mí! Y yo no quiero —acabó con voz baja y triste.

El viejo siguió arrastrándose con tenacidad, al parecer sin darse cuenta de que había entrado en una trampa. Tachyon inspeccionó sus manos, se sacó un cuchillo de la bota, vaciló... Y Roulette lanzó una maldición.

Se oyó el roce de un zapato en el ladrillo cuando una figura trepó a lo alto del muro. Allí, agachada, había una gárgola del tamaño de un hombre. Se dejó caer en el callejón, escupiendo una maldición cuando su pie destrozado a medio formar impactó en el pavimento. « Deceso » .

Roulette lloraba afligida, lamiéndose las lágrimas saladas que le bajaban por las comisuras de los labios. Alzó la pistola. No permitiría que Deceso hiciera trampas.

—¡James!

Caminó hacia adelante; el pie en crecimiento le forzaba a seguir un paso vacilante, inestable.

—Así que te acuerdas de mí, Doc.

—Sí —contestó Tachyon, alejándose con cautela de la amenazadora cara picada de acné de Deceso—. Estábamos preocupados por ti.

Empezaron a dar vueltas alrededor del cuerpo tendido del Astrónomo, hasta que la flaca espalda de Deceso quedó justo delante de Roulette, bloqueándole el objetivo.

—Apuesto que sí, cabronazo. —Apartó su horrible mirada del taquisiano para posarla en la lamentable figura que había a sus pies—. Vaya, vaya, mira lo que has encontrado.

Dio un puntapié al anciano con el pie parcialmente regenerado.

—Eh, maestro, sigo aquí. Y tú estás muerto.

El doctor se lanzó hacia adelante y Roulette se movió nerviosamente de un lado a otro, tratando de conseguir un buen tiro, más allá de Deceso.

—¿Qué vas a hacer?

—Matarle. ¿Vas a intentar detenerme, mierdecilla?

—No.

Deceso miró con intensidad el cuchillo del alienígena, echó atrás la cabeza y rió; el sonido reverberó salvajemente entre las paredes.

—Vas a proporcionar un poco de muerte esta noche, ¿eh, Tachy? ¿Vas a jugar a ser Dios otra vez? Dar un poco de vida hoy, quitarla mañana.

—Basta, por favor.

Se oyó un susurro roto.

Las palabras atravesaron a Roulette, removiendo algo en su interior. Violentos escalofríos sacudieron todo su cuerpo; el arma se le cayó de sus dedos inertes, impactó, se detonó y la bala que había en la cámara rebotó en el muro de ladrillo por encima de la cabeza de Deceso.

—¡Mierda!

Tachyon y Deceso se giraron violentamente de cara a ella y el Astrónomo, con una explosión de la fuerza de la que había hecho acopio, se puso de pie. Su voz era áspera y seca.

—Ayúdame, James. Mátalos. Te recompensaré. Ayúdame. Te daré todo lo que quieras pero ahora ayúdame. Estoy tan débil..., no me quedan energías.

Spector agarró al Astrónomo y unos trozos de carne ennegrecida se le quedaron en las manos.

—Creo que no, viejo.

El anciano se abalanzó hacia la pared. Spector lo hizo girar pero el otro se hizo insustancial entre sus manos y retrocedió, empezando a fundirse con la pared de ladrillo. « Bueno, ahora falta un poder» .

Sus ojos pálidos, casi ciegos como los de un topo, se clavaron en los de Spector. El intercambio perfecto en el momento perfecto. Esta vez nada le bloqueaba. La muerte fluyó rápida e intensa en el Astrónomo, quien jadeó y empezó a solidificarse.

Los ladrillos que le rodeaban se partieron y se volvieron rojos por el calor. La sangre se derramó siseando entre las grietas y por toda la pared. Los ladrillos se cerraron amorosamente sobre la carne.

Spector dejó escapar un suspiro de alivio. Lo había hecho. Nadie en el mundo habría creído que tendría una maldita oportunidad de matar al viejo cabrón, pero estaba muerto. El Astrónomo, lord Amón, el maestro, Setekh el destructor.

Y vivía para contarlo.



El sonido de unas pisadas acercándose a toda prisa resonó con fuerza en la calle vacía. ¡Cada vez estaban más cerca! Unas manos la sujetaban. Roulette, sollozando, sofocada por el miedo, se giró hecha una furia, atacando a su captor con uñas y dientes. Unas manos como el acero se cerraron alrededor de sus muñecas, atrayéndola hacia un fuerte abrazo. El aroma fresco y ahora familiar de Tachyon la embargó. Se dejó caer en sus brazos y una mano delgada y pequeña le acarició las mejillas, limpiándole las lágrimas.

La mente de Tachyon fluyó hacia la suya como una corriente limpia y fría como el hielo, calmando las heridas que había dejado la caída de las defensas. Borrando los recuerdos, ahogando la intervención del Astrónomo. Lo que quedó fue un vasto y doloroso vacío.

Podía notar la Magnum, que formaba una fría cuña entre ellos. Él retrocedió, dejando caer las manos a ambos lados de su cuerpo, inertes, y la pistola se le cayó de la mano. Se miraron el uno al otro a través de un espacio que parecía imposiblemente amplio. La pistola quedó tirada en el suelo entre ellos.

—No estás curada. No es mi don. Pero he hecho lo que he podido.

—Quería matarte.

—Deberías evitar cualquier exceso de estrés mental y emocional.

—Yo maté a Aullador.

—Tal vez debieras seguir terapia.

—Y ha habido otros.

El se agachó, recogió el arma y se la tendió, entregándole la culata.

—Entonces, acaba, si eso es lo que necesitas para encontrar la paz.

—¡Oh, que Dios te maldiga! —Un cubo de basura sonó como una amarga campanada cuando la pesada pistola se estampó contra él—. ¡Yo maté a Aullador!

—Lo sé. Hay muy poco de ti que no sepa. —Sus finos labios se combaron en una pequeña sonrisa, triste y melancólica—. Tengo una conciencia increíblemente elástica y creativa. Forma parte de mi educación. Puedo argumentar tres excelentes razones para justificar tu venganza. Ser vengado es...

Ella le abofeteó y le cruzó la cara.

—¡Todo eso es basura! Deja ya de escurrir el bulto y toma una decisión. ¿Qué vas a hacer?

Rozó con la punta de la lengua el corte recién abierto en sus labios.

—¿Piensas entregarte a las autoridades?

—No.

—Entonces no voy a hacer nada. La lectura telepática no es una prueba admisible en un tribunal. —Otra vez aquella sonrisa triste—. Además, no me gustaría describir la situación en la que hice esa lectura. Haría poco por mi dignidad.

Deslizó la mano hacia su entrepierna, en un inconsciente gesto protector.

Ella se giró y se alejó, ahora consciente del barro que había bajo sus pies descalzos, del lodo que le embadurnaba el vestido de seda. Era un envoltorio más que adecuado para su alma.

—Roulette. —Se detuvo pero no miró atrás—. Antes te he dicho que te amaba. Creo que aún sigo haciéndolo.

—No pongas esa carga sobre mis hombros.

—Digamos que es mi castigo para ti.

—He estado viviendo en el odio. Ahora en el vacío. Déjame ver si soy capaz de algo más allá de esos dos estados.

—Estaré esperando.

Sonrió a su pesar.

—Maldito seas, te creo.



Spector estaba sentado en el callejón, con la espalda apoyada en el frío muro de ladrillo. Los demás se habían ido; estaba solo con el viejo.

—¿Las cosas no han salido como habías planeado, eh, Astro? —Le dio una palmadita en la mejilla—. O quizá sí. A lo mejor es justo lo que has tenido en mente todo este tiempo.

Se sentía vacío y cansado. Había pensado que con el Astrónomo muerto



sentiría algún tipo de alivio. Desde el combate en los Cloisters, a principios de año, había tenido que estar mirando a sus espaldas, temeroso del viejo. Ahora no tenía nada en lo que centrarse.

Miró los ojos muertos del Astrónomo.

—Ahora ya sabes por lo que pasé. No es que te preocupara. Es más, si pudieras decir algo, probablemente me estarías gritando por haberla cagado.

Spector oyó a alguien vomitando en la boca del callejón. Se apoyó en la pared para levantarse, lanzó una última mirada al Astrónomo y se encaminó hacia la calle.

El hombre estaba de rodillas, limpiándose la boca. Se levantó y se alejó del charco de vómito. Tenía más o menos la misma altura que él, era joven y no lo bastante listo para mantenerse lejos de los callejones de Jokertown. El traje que llevaba era gris, el color de Spector.

Podría volver a llevar ropa nueva. Su uniforme de béisbol casi no le servía contra el frío de la madrugada. Dio unos golpecitos al hombre en el hombro.

—Te doy un auténtico uniforme de los Yankees a cambio de tu traje.

El hombre dio un salto, luego se recuperó y le lanzó una mirada dura.

—No me des la lata, tío. O te reventaré la cabeza.

Spector estaba muerto de cansancio. No quería usar la energía que le quedaba desvistiendo otro cadáver.

—Si no haces lo que te digo, vas a morir. ¿Vale la pena morir por ese traje? Yo creo que no.

El hombre alzó los puños.

—Estúpido —dijo con cansancio—. Tienes algo en el ojo.

—¿Qué?

—Yo. —Le miró fijamente y le derribó—. Idiota.

Spector le quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros. Los pantalones le darían más problemas de lo que valía la pena.

Era hora de ocuparse de un pequeño asunto pendiente. Hora de volver a la barcaza de basura y visitar a Ralph.

—Hasta la vista, mamones —le dijo a los muertos del callejón. Silencio absoluto. Pensó en algún pobre trabajador municipal intentando despegar el cuerpo del viejo de la pared y sonrió.



Jennifer recuperó la conciencia con un aguijonazo de dolor en la mejilla. Entreabrió los ojos para ver la palma de una mano que se acercaba a su cara y sintió unas manos rudas y fuertes que la levantaban. La palma volvió a conectar con su mejilla, llevando a su conciencia a la máxima resolución.

Estaban en el exterior de la Tumba, congregados junto a la limusina aparcada ante la estatua de Jetboy. Wyrn la estaba manteniendo de pie y Loophole la estaba abofeteando hasta decir basta mientras el tercer hombre —de mediana edad, oriental, que se estaba poniendo un poco fondón— observaba. Ocioso, abría la bolsa que contenía los libros mientras Loophole la abofeteaba. Se dio cuenta de que era Kien.

Por fin vieron que había recuperado la conciencia. Wyrn la soltó y se hizo a un lado. Ella se desplomó sobre el vehículo, incapaz de mantenerse de pie, y les fulminó con la mirada. Otra figura, indefinida en la oscuridad, se alzaba más allá de Kien y Loophole. Brilló la esperanza; que se apagó cuando Jennifer se dio cuenta de que sólo era otro de los omnipresentes matones de Kien.

—Has sido una molestia considerable —dijo Kien con voz suave—. Una gran molestia, de hecho. Quería que estuvieras despierta para esto.

Hizo una señal a Wyrn y el joker sacó una pequeña pistola, fea y respingona, de una funda sujeta a su cintura.

—Será un placer verte morir.

El joker alzó la pistola y la chica cerró los ojos. Intentó hacerse etérea pero no pudo. Simplemente no tenía la energía que necesitaba para alimentar la transformación. Nunca se había imaginado muriendo de aquel modo; nunca se había imaginado muriendo de ningún modo.

—Aquí no, idiota —dijo Kien con un deje de exasperación—, echarás a perder el cromado de la limusina. —Se giró hacia el hombre que estaba al fondo—. Apártala del coche.

Tenía el cuello de la chaqueta vuelto para protegerse del frío de la madrugada y el sombrero bien calado, de modo que le tapaba la cara. Jennifer le miró sin apenas fuerzas; sus ojos se detuvieron en su cara y se quedó mirándole fijamente.

Sus labios formaron el nombre de «Brennan» y, en un único movimiento, la cogió del brazo, la hizo girar violentamente apartándola de su camino y arrancó el arma de la mano de Wyrn con una patada que la envió estrepitosamente hacia la noche.

Wyrn siseó sorprendido y su lengua se retorció como una serpiente ciega. La joven miró al oriental y vio la conmoción, la ira y finalmente el miedo que se sucedieron en su rostro.

—Es él —dijo Kien en voz baja, casi para sí mismo. Luego gritó—: ¡Matadlo! ¡Matadlo!

Brennan se enfrentó a Wyrn con las manos vacías, una abierta y la otra cerrada en un puño. Se quedó de pie y sonrió al joker, y Jennifer opinó que era para invitar a que atacara. El reptil saltó sobre él y ambos empezaron a forcejear. El arquero fue acorralado contra un lado de la limusina por la fuerza superior del joker, que, triunfante, retrocedió para embestir.

Pero Brennan se movió más rápido que él. Abrió el puño apretado por primera vez y alcanzó y agarró la lengua del joker con la mano, cerca de la base. Deslizó la mano por toda la lengua de Wyrn, pringándola de una sustancia marrón y pegajosa, y la soltó.

Los ojos del joker intentaron salirse de sus órbitas y gritó, cayendo al suelo y revolviéndose como un hombre en llamas mientras se arañaba la lengua.

Loophole la agarró mientras Wyrn aullaba de dolor y oyó los pasos cada vez más próximos de alguien corriendo. Kien dejó caer la bolsa que contenía los preciosos libros, sacó la pistola de la funda de su cintura y apuntó con ella a Brennan.

Él le miró con calma.

—Mi deleite se ha duplicado —dijo Kien entre dientes—. Después de todos estos años has vuelto para acosarme. Y ahora morirás a mis manos.

Jennifer vio que Brennan se tensaba para saltar y supo que nunca conseguiría salvar la imposible distancia que le separaba de Kien. Se apartó violentamente de Loophole, sin lograr zafarse de él pero llegando al alcance de la pistola de Kien. La cogió.

Él rugió, tratando de tirar del arma, pero la muchacha siguió sujetándola, con el ceño fruncido en feroz concentración, y consiguió desvanecer la mayor parte de la pistola y la mayor parte de la mano de Kien. Loophole tiró de su brazo con fuerza, la fuerza para separarla de Kien, y éste gritó.

Cayó de rodillas, con lo que quedaba de su mano soltando lo que quedaba del arma. Las moléculas espectrales de ambas, puesto que no estaban en contacto directo con Jennifer, se fueron a la deriva en la brisa. Un perplejo Loophole la soltó y se agachó para ayudar a Kien a detener el río de sangre que manaba de su mano mutilada.

Ella cogió la bolsa, se giró y agarró a Brennan por el brazo.

—¡Vamos! —gritó. Él se resistió por un momento, contemplando sin piedad a su antiguo enemigo; después la siguió en la oscuridad, corriendo.



Fortunato estuvo un buen rato pulsando el timbre de la casa adosada de ladrillo antes de que la voz de Verónica llegara a través del interfono. Cuando le dijo quién era, corrió escaleras abajo para abrir la puerta. Se lanzó a sus brazos y empezó a llorar.

—Fue tan horrible..., tan horrible... Ese... hombre... nos cogió a mí y a Caroline y a Cordelia. Mató a Caroline. Él...

—Shhh. Ya ha acabado. Ya no tiene ningún poder.

—Pensé que íbamos a morir todas.

—¿Dónde está Cordelia ahora? —preguntó con dulzura—. ¿Está bien?

—Se fue. Está bien, dijo que volvería. Tal vez. Pero Caroline...

Empezó a llorar de nuevo. Poco a poco fue recuperando la compostura y el as la llevó al interior. Tuvo que dejar la maleta en el suelo para cerrar la puerta y Verónica lo vio.

—¿Qué es eso?

—Me voy de la ciudad una temporada.

—Fortunato... Mira, puedo dejar el jaco. No es un gran problema. Podemos arreglar esto.

—No tiene que ver contigo.

Ella alargó el brazo y le tocó la frente. Era lisa y suave. La protuberancia, donde se acumulaban sus reservas de poder, había desaparecido.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asintió. Había vuelto al apartamento para hacer la maleta y recoger. Puso un poco de comida a la gata y se quedó sentado unos minutos con ella en el regazo. No parecía que físicamente tuviera algún problema, sólo aquel abrumador desapego.

—Tengo que ver a Ichiko —dijo—. Necesitaré papel y un bolígrafo. Y que tu madre traiga su sello notarial.

Lo había redactado todo mentalmente y tardó menos de cinco minutos en ponerlo sobre papel, con testigos y ante notario. Se lo entregó a Ichiko.

—Ahora es tuyo. Todo. Puedes mantenerlo en funcionamiento o pararlo. Es cosa tuya.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ichiko.

Fortunato sacudió la cabeza.

—Ya no quiero cambiar a nadie más. No quiero convertirlas en geishas o en fulanas o en adictas a la heroína. Si algún otro lo hace, pues vale, pero no seré yo, y a no. No quiero cambiar a nadie excepto a mí mismo. No puedo... no puedo asumir esa responsabilidad.

—¿Y la maleta?

—Me voy a casa. De vuelta a Japón, al templo Shoinji, en Hará. Miranda dijo:

—¿Y qué pasa con tu poder?

—Volverá, creo. En cuanto a qué voy a hacer con él, no lo sé. Simplemente no lo sé.

Miranda miró a Ichiko.

—Bien —dijo—. No quiero dejar el negocio. Pero no sé si no la pifiaremos sin ayuda. Los Gambione siempre están acechando como buitres, esperando un signo de debilidad.

—Siempre nos hemos protegido a nosotros mismos con influencia y dinero —dijo Fortunato—. Puedes hacerlo tan bien como yo.

—Sí, pero siempre ha habido un puño dentro del guante —dijo Ichiko.

Fortunato recogió una baraja de cartas de la punta de la mesa. Sacó el as de picas y desechó el resto de cartas. Cogió de nuevo el bolígrafo y escribió: « Ayuda si puedes. Fortunato» .

—Hay un hombre llamado Yeoman. Podéis confiar en él. Si le necesitáis, dejadle un recado en el Palacio de Cristal y enseñadle esta carta.

Verónica le acompañó a la puerta.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó él.

—Follar con hombres por dinero —respondió—. Es todo lo que tengo. ¿Qué vas a hacer tú?

—No lo sé.

—Tienes suerte —dijo.

Le dio un beso de despedida. Su boca era suave y dulce y casi le hizo cambiar de opinión.



## Capítulo veinticinco

---

6.00 horas

Después de que Jack se fuera, Bagabond se quedó sola para contemplar su transformación. El espejo le revelaba una atractiva mujer de treinta y pocos que intentaba sonreír, aunque con recelo, como si su rostro pudiera agrietarse. Se dio la vuelta. Apenas había tolerado los trajes de chaqueta, y sólo porque los veía como algo protector. Ese vestido revelaba demasiado de alguien a quien no conocía. Por un momento consideró cambiarse y ponerse la ropa sucia y desastrada que había llevado durante tanto tiempo. Aquella persona nueva le asustaba.

El negro y la tricolor acudieron a ella en respuesta a su emisión de dolor. La gata saltó a su regazo y le lamio debajo de la barbilla mientras el otro se frotaba la espalda contra su pantorrilla. Le preguntaron sobre su mensaje. Ella trató de explicárselo. Les envió una imagen de Paul a ambos. Ninguno de los gatos quedó impresionado por el humano que vieron. Incluso los matices emocionales que Bagabond otorgaba al rostro que recordaba no fueron suficientes. El negro alzó los ojos hacia ella e imaginó la garganta de Paul desgarrada. Era la solución más simple para él. Si algo te molesta, lo matas. Bagabond negó con la cabeza y reconstruyó la imagen de Paul.

La gata tricolor le envió una escena de ella, de nuevo con su atuendo normal, sentada en el suelo de casa de Jack y jugando con los gatitos. Bagabond acarició a la gata tricolor pero bloqueó la visión del grupo familiar. El negro gruñó y colocó sus enormes patas en las rodillas de la humana. La miró a los ojos y ella reconoció la ira y la frustración del animal.

Volvió a mirarse al espejo y vio a una chica con una cinta de cuero con cuentas y una camiseta teñida de colores. Aquella mujer, más joven, parecía sonreírle para darle ánimos. Alargó la mano para tocar la de la chica, preguntándose si alguna vez pudo haber sido tan joven y feliz. Al tocar el cristal, la imagen se convirtió en ella misma, con el vestido verde azulado, la máscara de ojos, el colorete.

Al examinarse otra vez, Bagabond creyó ver algo de los ojos de la chica aún

en los suyos.

El estridente timbre del teléfono interrumpió su ensoñación. Dejando a la gata en el suelo, se preguntó si serían más malas noticias para Jack. Pero la voz que había al otro lado era la de Rosemary.

—Suzanne, ¿te he despertado?

—No. —Se sentó en el suelo, junto al teléfono.

—¿Podemos vernos en casa? Quiero decir, en el ático.

—¿Por qué?

—Es sólo que siento como si... —La voz de Rosemary se apagó por un momento—. Supongo que quiero decirle a mi padre lo que estoy haciendo. Quizá es la razón por la que me aferré al puesto. Pero no quiero ir allí sola. Por favor, Suzanne.

—¿Por qué yo?

La abogada vaciló.

—Suzanne..., confío en ti. No puedo confiar en nadie más. Te necesito.

—Eso no es ninguna novedad.

Bagabond apretó la mandíbula y su mano se tensó alrededor del auricular.

—Suzanne, sé que no estás de acuerdo con lo que he hecho, pero te prometo que voy a cambiar muchas cosas.

—Vale, pero tengo una cita a las siete.

La mendiga cerró los ojos disgustada ante la necesidad de que Rosemary la aprobara.

—Gracias. Nos vemos allí.

Rosemary colgó. Bagabond miró a los gatos.

—Creo que esta noche no acabará nunca.

Se puso el jersey negro abierto y largo hasta el tobillo que Jack había insistido en que cogiera. El gato negro y la tricolor la acompañaron hasta la puerta. Ella les dijo con la mente que se quedaran. Los felinos respondieron con maullidos de rabia pero se apartaron de la puerta. Al cerrar la puerta, Bagabond supo que el negro estaba usando otra salida para seguirla.

En la estación de metro, aguantó la puerta del vagón para que el gato pudiera entrar. El negro no estaba nada contento de que le hubiera descubierto, pero sí se alegraba de no tener que perseguir el tren o buscar otra ruta. Jadeó mientras se tendía a sus pies. Acababa de recorrer una larga carrera.

Salió en la calle 96, consciente de un modo súbito de la poca gente que había en el metro. La muchedumbre se había rendido de veras. Subió las escaleras hacia la superficie. Dos manzanas más abajo de Central Parle West, Rosemary esperaba en una parada de autobús. Abrió los ojos de par en par cuando vio el vestido de Bagabond pero no hizo ningún comentario.

—Entremos.

Bagabond estaba impaciente por acabar con aquel asunto. De repente sintió

que el gato gris la miraba desde el parque, al otro lado de la calle. Alzó los ojos pero no vio nada en los árboles.

—Supongo que estoy lista.

Rosemary vaciló antes de tirar de las pesadas puertas de cristal.

—Será mejor que lo estés, signorina.

Bagabond la siguió, con el gato negro pisándole los talones.

El portero ya no era un hombre de los Gambione. Era joven, y la mendiga reparó en que estaba estudiando un libro de derecho mercantil. Rosemary le mostró la llave y firmó como Rosa Maria Gambione en el registro de huéspedes.

En el ascensor usó otra llave que las llevó hasta el ático.

—No he estado aquí desde hace cinco años.

La ayudante del fiscal alzó la mirada al techo de la cabina.

—¿Estás segura de que quieres que Rosa Maria vuelva? —Bagabond alargó la mano para tocar el hombro de la otra mujer—. Estabas desesperada por dejar todo esto atrás. Tu padre, la familia, todo ello. Querías expiar todo lo que hizo. ¿Ahora quieres ser como él?

—¡No! —Fulminó a Bagabond con la mirada por un instante antes de bajar la cabeza—. Suzanne, podría hacer mucho bien, cambiar a la familia.

—¿Por qué? —Apenas pudo mantener el equilibrio sobre los tacones altos cuando el ascensor paró bruscamente—. Que se destruyan. Se lo merecen, son criminales.

Rosemary salió al vestíbulo.

—Se ve raro sin los hombres. Siempre había guardias custodiando a mi padre.

—¿Quieres vivir así?

La abogada abrió las puertas dobles de roble, luego se giró y quedó enmarcada por la oscuridad que había tras ella.

—Suzanne, ¿no entiendes que puedo marcar la diferencia? Puedo detener la violencia y los asesinatos.

Bagabond era escéptica.

—O, en su lugar, podrías destruirte.

—Vale la pena correr el riesgo. —Abrió las puertas de par en par y entró—. Eso creo.

Tras ella, Bagabond contempló a la nueva cabeza de la familia Gambione recorriendo la oscura entrada. Murmuró para sí misma y para el gato negro:

—Ya lo sé, que Dios te ayude.

Rosemary le mostró el piso, contándole los sucesos felices que se habían acontecido allí. Eran unos cuantos: las vacaciones, reuniones familiares, cumpleaños... La última sala en la que entraron era la librería. Los libros cubrían las paredes de madera de nogal negro y las pesadas cortinas parecían absorber la mayor parte de la luz. A pesar de la opresiva atmósfera, Rosemary rió.

Ante la expresión de Bagabond, explicó:



—Es horrible. ¿Ves todos estos libros? Mi padre los compró a peso. No le importaba lo que eran mientras tuvieran lomos de cuero y un aspecto aparente. Solía entrar y leer algunos. Había libros de Hawthorne, Poe y Emerson. Era divertido. —Miró a Bagabond a la defensiva—. No siempre era malo vivir aquí.

Pasando la mano por los respaldos de las sillas que bordeaban la mesa central, se dirigió a la de la cabecera. Por un momento rodeó el respaldo con los brazos, como si abrazara a alguien. Después retiró la silla y se sentó, contemplando a Bagabond desde la otra punta de la mesa.

—¿Podrás encontrar la puerta? —Se recostó y quedó empuñada por el enorme respaldo tallado de la silla—. Sólo quiero pensar durante un rato.

Bagabond salió de la habitación con la sensación de haber visto a un fantasma. De vuelta en el ascensor, se arrodilló y acarició al gato negro hasta que ronroneó. Después se levantó y se envolvió un poco más con el jersey.

Fuera el sol había salido y el tráfico en las calles había aumentado hasta que los cláxones y el humo de los tubos de escape dejaron claro que el día había empezado. El gato gris aún observaba desde el parque. Era incapaz de captar las emociones del animal sin esforzarse así que le dejó en su intimidad. Le dio unas palmaditas en la cabeza al gato negro y le envió al parque para que viera a su hijo.

Bajó de la acera para parar a un taxi que la llevara al centro, al restaurante.

Mientras el vehículo zigzagueaba entre el tráfico cada vez más denso de la mañana, empezó a intentar pensar buenos temas de conversación. Nada de lo que recordaba de los sesenta parecía apropiado.

Se preguntó si a Paul le gustarían los gatos. Más le valía que sí.



—Vale, ¿cómo me seguiste el rastro hasta la Tumba de Jetboy?

Brennan se encogió de hombros. Ella llevaba la bolsa de los libros y otras dos llenas de comida china que había insistido en comprar en un restaurante de comida para llevar cerca de su piso.

—Fue fácil. Puse un micro en la capa que te di. Ese amiguito de Fatman me teletransportó en medio del túnel Holland, lo que, por suerte, no está lejos de la Tumba de Jetboy. Aunque debo decir que me preocupaba que hicieras alguna estupidez antes de que consiguiera llegar hasta ti. Y tenía razón.

—Hum. ¿Y después?

—¿Y después? Wyrn había situado centinelas para asegurarse de que nadie les molestaría mientras recuperaban los libros. Tenía que colarme o bien cuando aún estaban asegurando el perímetro o bien cuando estuvieran echando a alguien.

Sea como sea, ocupé el lugar de uno de ellos justo cuando Wyrn y los otros arrastraban tu cuerpo inconsciente fuera de la tumba. Entonces no fue más que cuestión de esperar mi oportunidad. La vi y salté hacia Wyrn.

—¿Qué le hiciste, por cierto?

Levantó la mano: la palma aún estaba teñida de marrón.

—¿Recuerdas la mostaza que compré al vendedor ambulante? —La recordó—. La lengua de Wyrn es un órgano sensitivo con una sensibilidad extrema que no reacciona muy bien a las especias. Además de molestarle, estoy seguro de que la mostaza también borró todas las trazas de tu aroma. Así que estás a salvo de él.

—Gracias. Y gracias por salvarme la vida.

—Tú hiciste lo mismo por mí. Jamás habría conseguido quitarle el arma a Kien.

Jennifer asintió. Nunca antes había usado su poder de aquel modo y, aunque había sido sin ninguna intención y Kien había intentado, después de todo, matarla, ahora que tenía tiempo para pensar en ello, le daba náuseas. Toda aquella sangre...

Caminaron en silencio durante un rato. Sintió los ojos de Brennan en ella pero no dijo nada hasta que subieron los cuatro tramos de escaleras hasta su apartamento.

—Bueno, aquí estamos.

En el salón había libros por todas partes, lo que le daba un aspecto agradable, una apariencia de vida. Al menos eso era lo que Jennifer pensaba. Brennan puso las bolsas de comida en el mostrador que dividía la cocina del resto de la estancia.

—Como en tu casa —dijo mientras se giraba para poner la cafetera en el fuego y cogía dos platos y varios utensilios de la alacena. Se dio la vuelta para ver a Brennan de pie en medio del apartamento, con una expresión impaciente en su rostro—. ¿Quieres ver el libro?

Asintió. Ella se descolgó la bolsa del hombro y la colocó en el mostrador, junto a la comida. Seleccionó una caja, sirvió una porción de arroz frito con gambas en su plato y alargó la mano hacia la caja de pollo agri dulce.

—Venga, adelante.

Si Brennan se dio cuenta del toque de resignación que había en su voz, no mostró ninguna señal. Se acercó con avidez, cogió la bolsa y miró en su interior. La joven seguía con los ojos en la comida. Pinchó un poco de pollo y, de algún modo, no le pareció tan bueno como pensaba que estaría.

—¿Es una broma? —preguntó Brennan al cabo de un momento, con la voz imperturbable y sin rastro de emoción.

Tenía en la mano el diario de Kien. Jennifer tragó saliva.

—No, creo que no —dijo con un hilillo de voz. El lo hojeó, con expresión

incrédula.

—Está en blanco —dijo haciendo pasar las páginas para mostrárselo a Jennifer.

—Ya veo.

Dejó el tenedor y miró a Brennan por primera vez.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Brennan, con voz cada vez más airada.

Podía ver los músculos de su mandíbula saltando según la apretaba cada vez más y más fuerte.

—Bueno, lo que se me ocurre a bote pronto es que la tinta no se trasladara cuando volaticé el libro. A ver, cuesta un poco más que los materiales densos como el plomo o el oro se hagan insustanciales, y debe de haber usado algo así para escribir... con..., a ver...

Su voz fue apagándose según crecía la tormenta en las facciones de Brennan.

—He. Pasado. Por. Toda. Esta. Mierda. Por. Un. Libro. En Blanco — pronunció cada palabra como si fuera una frase.

—No pude decírtelo —dijo Jennifer—. Al principio no confiaba del todo en ti. Luego, cuando vi lo importante que era para ti, sencillamente no pude encontrar el modo.

Brennan la contempló en silencio y ella se encogió esperando que gritara, que le tirara el libro, que la pegara, que hiciera cualquier cosa excepto lo que hizo.

—Un libro en blanco —repitió.

La tormenta que amenazaba su rostro se deshizo y se esfumó tan rápido como se había formado. Se dejó caer sin ver nada en el enorme sillón acolchado que estaba cerca de la estantería; se alzó ligeramente y cogió el ejemplar de tapa dura de Scaramouche que estaba abierto, boca abajo, en el sillón. Lo miró como si nunca antes hubiera visto un libro y murmuró:

—Ishida, mi *rosbi*, sólo con que pudieras experimentar los sucesos de este día. ¿Qué lecciones podrían aprenderse? Dime. —Miró a Jennifer con ojos serios e inquisitivos—. ¿Qué lecciones pueden extraerse de un libro en blanco?

—Yo... yo... No sé —balbuceó.

Él se encogió de hombros.

—Yo tampoco lo sé, aún. Un nuevo *koan* sobre el que meditar. —Volvió a hojear el diario, con una expresión divertida en su rostro—. Por supuesto —dijo tras un momento—, Kien no sabe que el libro está en blanco. No tiene ni idea.

Sonrió: la primera sonrisa de verdad que Jennifer había visto en su rostro. Miró a la chica y su sonrisa se ensanchó, hasta convertirse en una risa. Era una risa alegre, refrescante. La joven tuvo la impresión de que no había reído a carcajadas en mucho tiempo. Se sintió a ella misma sonreír tanto por el alivio como por los reconocibles y fuertes vínculos que ya existían entre ellos.

Brennan se puso en pie, riendo y cabeceando. Se acercó al mostrador. Sus

ojos y los de Jennifer estaban al mismo nivel. En todo caso, él tenía que alzar los ojos para mirar a los suyos.

Ella nunca antes había visto una verdadera sonrisa en su cara y le gustaba. Él le dijo, sin decir nada, que le gustaba lo que veía cuando la miraba.

Se quitó la capucha y la dejó en el mostrador. Parte de la tensión había desaparecido de su rostro y parecía varios años más joven que cuando Jennifer le había visto por primera vez.

—¿Has comprado rollitos? —preguntó.

Bajó la mirada hacia las cajitas llenas de comida china y sintió una extraña, inesperada e inexplicable punzada de alegría.



Cuando Jack finalmente se las apañó para encontrar el Freakers, entendió por qué no era el tipo de antro nocturno que se anunciaba por todo lo alto. Quienes necesitaban saber dónde estaba, lo encontraban. Mirando a la mujer de neón que se movía a horcajadas sobre la puerta, pensó que tal vez alguna gente llegaba aquí simplemente siguiendo sus más oscuros instintos.

El neón le quemó las retinas como un hierro candente. A estas horas de la madrugada, no había ningún guardia en la puerta. Aquel debía de ser el momento del día en el que la mayoría de los clientes más fieles se presentaban.

Ignorando las líneas parpadeantes y brillantes que tenía por encima, empujó la puerta y entró. Lo primero que captó fue el humo, el ruido amortiguado de las conversaciones y los dibujos geométricos en colores primarios.

Al otro lado de la sala principal, una estríper evidentemente cansada desarrollaba con desgana sus movimientos en un escenario cilíndrico que giraba. Bañada en un foco rosa, se movía ondulante, siguiendo una música tan baja que Jack ni siquiera podía escucharla. Entrecerró los ojos, tratando de concentrarse en el humo. Reparó entonces en que el abdomen de la estríper estaba cubierto de lo que parecían pares de labios verticales. Se había quedado con el último tanga.

Jack se alejó y oteó las mesas. Se dirigió hacia la sencilla barra de madera. Después vio la hilera de cabinas al fondo. Había una chica en una de ellas: una mujer de cabellera negra que le caía por los lados del delgado rostro. Iba vestida con un impresionante y ajustado vestido azul. Le estaba mirando directamente a él.

De pie junto a la cabina, había un hombre anodino con un traje marrón hablando con la joven. Se irguió cuando Jack se aproximó. Él vaciló y luego se acercó a ellos. Ignorando al hombre vestido de marrón, Jack contempló a la mujer. Ella empezó a sonreír.

—¿Tío Jack?

El ojo de malaquita del caimán de plata que pendía del lóbulo de su oreja izquierda centelleó como si atrapara la luz del foco que parpadeaba en el escenario.

—Cordelia.

Al instante estaba saliendo de la cabina y aferrándose a él como si estuviera viajando en tercera y fuera el único salvavidas del Titanic. Permanecieron así durante largos segundos.

El hombre que había estado hablando con Cordelia dijo:

—Eh, si lo que queréis es eso, deberíais alquilar una habitación.

Pareció que lo decía sin ninguna malicia. Jack alzó los ojos por encima del hombro de Cordelia, hacia él. La chaqueta del traje del hombre estaba arrugada. No llevaba corbata. Para Jack, tenía el aspecto que uno podría imaginar que tiene un agente del FBI destituido, venido a menos y en la ruina. El hombre le ofreció una sonrisa irónica.

—Oye, pensé que no estaría de más intentarlo. Sin ánimo de ofender.

—¿Te conozco? —dijo Jack

—Me llamo Ackroyd. Jay Ackroyd. Detective Privado. Le tendió la mano.

Jack la ignoró. Los dos hombres se miraron a los ojos durante unos segundos. Luego Ackroyd sonrió:

—Se acabó, tío. Al menos por ahora. Todo el mundo está molido. Tregua. Gesticuló indicando la barra.

—Además, nadie hace nada mientras Billy Ray está paladeando su cerveza.

Jack siguió el dedo del detective. Vio a un tipo con un traje de combate blanco y ajustado sentado solo en una mesa. Los rasgos del hombre no coincidían, eran asimétricos. Su mandíbula parecía inflamada y estaba bebiendo su cerveza con una pajita.

—El orgullo del Departamento de Justicia. El más malo de los malos —dijo Ackroyd—. Escucha, relájate, busca algo para beber y charla con tu sobrina.

Jay se encaminó a la puerta, haciendo eses con sus mocasines marrones desgastados.

—Siéntate, tío Jack —Cordelia le hizo sitio a su lado en el interior de la cabina.

—¿Qué estás bebiendo? —Tocó la copa.

—7-Up. —Rió tontamente—. Quería RC, pero aquí no tenéis.

—Sí que tenemos. En Manhattan puedes conseguir cualquier cosa. Es sólo que estás en el barrio equivocado.

Una camarera con pantalones cortos y top de satén, con la piel visible mostrando un bordado de tumores granulares, se acercó a la cabina.

—¿Algo para beber?

Jack pidió una cerveza. Iron City. Ese era el tipo de cerveza de importación que podías pedir en un sitio como aquel.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? Mi amiga Bagabond y yo hemos estado buscándote todo el día. Te vi en Port Authority y te alejaste antes de que pudiera abrirme paso entre la multitud. Estabas con alguien que parecía un chulo.

—Y lo era, supongo —dijo Cordelia—. Había un hombre llamado Deceso... Me salvó. —Vaciló—. Aunque después ayudó a intentar matarme. Esta ciudad me confunde, tío Jack.

—Se lo haré pagar, de un modo u otro.

Por una fracción de segundo, su rostro empezó a alterarse y su mandíbula a deformarse. Respiró hondo, se recostó y notó cómo sus dientes volvían a su tamaño humano.

—¿Por qué estás aquí? Tu familia se está volviendo loca.

—¿Por qué estás aquí, tío Jack? Siempre he oído lo que mamá y las demás parientes contaban sobre cómo escapaste y por qué viniste a este sitio.

—Vale, es verdad —dijo Jack—, pero yo podía cuidar de mí mismo.

—Y yo también —dijo Cordelia—. Te sorprenderías. —Vaciló—. ¿Sabes todo lo que ha pasado hoy? —La joven no esperó a que Jack sacudiera la cabeza—. Ni siquiera puedo explicártelo todo. Pero entre otras cosas: un traficante trató de secuestrarme, me rescataron, me encontré con gente realmente extraña y con gente realmente fabulosa, encontré al hombre más maravilloso, Fortunato, y casi me matan y entonces... —se detuvo.

Jack meneó la cabeza.

—¿Y entonces qué, por el amor de Dios?

Se inclinó hacia su cara, le miró directamente a los ojos y dijo muy seria:

—Sucedió algo increíble.

Jack estuvo a punto de reír pero no lo hizo. Aceptó su seriedad y dijo:

—¿Qué pasó, Cordelia?

Incluso en la penumbra iluminada por el neón pudo ver que se estaba sonrojando.

—Fue como cuando empezaban mis períodos —dijo por fin—, ¿sabes? Probablemente, no. En cualquier caso, ocurrió cuando estaba allí, en aquel ático y ese viejo estaba a punto de matarme... Algo cambió. Es difícil describirlo.

—Creo que me hago una idea —dijo Jack.

Ella asintió con seriedad.

—Creo que sí. Es por lo que dejaste la parroquia hace tantos años, ¿verdad?

—Supongo. Tú... —Esta vez fue él quien tartamudeó—. has cambiado, ¿verdad? Ya no eres la misma persona que eras.

La muchacha asintió con vehemencia.

—Aún no sé en qué me estoy convirtiendo. Lo único que sé es que cuando ese tal Imp intentó agarrarme, iba a ayudar al viejo a arrancarme el corazón o algo así, experimenté ese sentimiento en mi interior, como si todo estuviera muy tenso y entonces... —Se encogió de hombros expresivamente—. Lo maté. Lo

maté, tío Jack. Lo que realmente pasó fue una sensación como de poder usar algo que está en lo hondo de mi mente y que nunca antes había sabido usar. Podría hacer cosas a los hombres que trataran de hacerme daño. Podría cortarles la respiración, hacer que sus corazones dejaran de latir: no sé qué más. De todos modos, ya ha sido suficiente. Y aquí estoy. —Volvió a pasarle el brazo por el cuello—. Estoy muy contenta, de verdad.

—Desde luego, tienes talento para restarle importancia a las cosas —dijo Jack sonriendo—. Escucha, ¿estás preparada para venir a casa?

—¿A casa?

Parecía desconcertada.

—Mi casa. Puedes quedarte conmigo. Arreglaremos las cosas. Tu familia lo está pasando fatal.

Ella se echó hacia atrás.

—No voy a volver, tío Jack. Jamás.

—Tienes que hablar con tu familia.

Negó con la cabeza.

—Y lo que harás a continuación será meterme en un autobús. Me bajaré en la siguiente parada. Huiré. Lo juro. —Se alejó de él.

—¿Qué ocurre, Cordelia?

Se sentía confuso.

—Si vuelvo, estará el tío Jake. El tío abuelo Jake.

—¿Snake Jake? —Jack empezó a comprender—. ¿Acaso él...?

—No puedo volver —dijo.

—De acuerdo, no vuelvas. Aun así, tienes que hablar con Robert y Elouette.

Para su sorpresa, ella estaba llorando.

—No.

—Cordelia...

Se limpió las lágrimas. Ahora había algo duro en los frágiles rasgos de su cara, una fortaleza en su voz.

—Tío Jack, tienes que entenderlo. Hoy han ocurrido muchas cosas. Quizá sea una de las geishas de Fortunato, o sirva copas en un sitio como éste, o vaya a la Universidad de Columbia y me convierta en científico nuclear o algo. Lo que sea, no lo sé. No sé quién soy. No sé qué soy, quién soy ahora. Y voy a descubrirlo.

—Puedo ayudarte —dijo él en voz baja.

—¿Puedes? —Le miró con intensidad—. ¿Sabes quién eres tú, realmente?

Jack no dijo nada.

—Ya. —Moviò la cabeza, despacio—. Te quiero mucho, tío Jack. Creo que somos muy parecidos. Pero estoy dispuesta a descubrir quién soy, tengo que hacerlo. —Titubeó—. No creo que admitas eso ni ante ti mismo ni ante la gente que te rodea.

Era como si estuviera mirando su interior, recorriendo con una linterna las interioridades de su corazón y su mente. Se sentía incómodo tanto con el inflexible resplandor como con las sombras.

—¡Eh! —El grito provenía de Ackroyd, que estaba sacando la cabeza desde la puerta principal—. ¡Tenéis que ver esto! ¡Todos!

Volvió al exterior.

Cordelia y Jack se miraron el uno al otro. La joven se unió a todos los demás que se dirigían hacia la puerta. Jack dudó y después la siguió.

Fuera, la noche se batía en retirada. El alba rompía por encima del East River. Jay estaba plantado en la calle y señalaba el cielo.

—¿Lo veis?

Todos miraron. Jack entornó los ojos y al principio no sé dio cuenta de lo que estaba mirando. Después, los detalles encajaron.

Era el avión de Jetboy. Después de cuarenta años, el JB-I volvía a surcar el cielo sobre la silueta de Manhattan. Con las alas en alto y la cola en forma de trucha, era sin lugar a dudas la pionera nave de Jetboy. El fuselaje rojo parecía arder bajo los rayos del primer sol de la mañana.

Había algo raro en la imagen. Entonces Jack se dio cuenta de lo que era. Al avión de Jetboy le salían líneas de velocidad de las alas y la cola. «¿Qué diablos es eso?», pensó. Pero en aquel momento estaba traspuesto por la visión como todos los que le rodeaban. Era tan fuerte que todos contuvieron el aliento colectivamente.

Después todo se vino abajo.

Una de las alas del JB-I empezó a doblarse y separarse del fuselaje. El avión se estaba partiendo.

—¡Santo... Jesucristo... Joker! —dijo alguien. Era casi una plegaria.

De pronto, Jack se dio cuenta de qué era lo que veía. No era el JB-I, en realidad, no. Observó cómo se desprendían fragmentos de la nave que no eran de aluminio o acero. Estaban hechos de flores brillantes, servilletas de papel arrugado, madera y malla de gallinero. Era el avión de Jetboy de la carroza del desfile de la mañana.

Los desechos empezaron a caer lentamente sobre las calles de Manhattan, tal y como había ocurrido cuatro décadas antes.

Jack vio entonces lo que ocultaba la réplica del avión de Jetboy. Pudo distinguir el caparazón de acero, el inconfundible perfil de un Volkswagen Escarabajo modificado.

—¡Dios bendito! —dijo uno en nombre de todos—. ¡Es la Tortuga!

Jack pudo oír las ovaciones de la otra cuadra, y de la cuadra que estaba más allá. Mientras los últimos fragmentos de la réplica del JB-I se cernían sobre la ciudad, la Tortuga trazó un bucle. Después hizo un majestuoso barrido con una grácil maniobra y desapareció en el este, oculta por el sol que ahora empezaba a



apuntar en lo alto de las torres de oficinas.

—¿Puedes mejorar eso? —dijo uno de los refugiados del Freakers—. La Tortuga está viva. De putísima madre.

La sonrisa de su cara resonaba en su voz.

Jack se percató de que Cordelia ya no estaba a su lado. Miró alrededor, confuso. Justo por detrás de su hombro, Ackroyd dijo:

—Me ha dicho que te diga que tenía cosas que hacer. Que te hará saber cómo le van las cosas.

Jack extendió las manos con impotencia.

—¿Cómo voy a encontrarla?

El detective se encogió de hombros.

—La has encontrado esta mañana, ¿no? —El tipo vaciló—. Ah, sí, también me dijo que te dijera que te quiere. —Le puso una mano en el hombro—. Vamos, te invito a una cerveza. —Se giró hacia la mujer de neón. Ahora, a la luz del día, había palidecido. De nuevo por encima del hombro, el detective dijo: Te daré mi tarjeta. En el peor de los casos, puedes contratarme.

Jack dudó.

Jay dijo:

—Además, te presentaré por ahí. He oído que has empezado a cambiar. No te conozco pero tengo la sensación de que hay bastantes colegas tuyos a los que tampoco conoces. Empieza a ser hora de que lo hagas.

Billy Ray les había oído por casualidad.

—Que te jodan, Ackroyd —dijo.

El detective sonrió.

—Esos justicieros la tienen tomada con nosotros, los detectives. Antes de que Jack le siguiera al Freakers, miró una vez más hacia el este. Con el resplandor del sol, no pudo ver a la Tortuga.

Era una nueva mañana. Pero todas eran nuevas mañanas.



Spector había tardado casi una hora en localizar un taxi en Jokertown. Se sentó en el asiento trasero, hojeando la primera edición del *Times*. Salvo por el Astrónomo, todos los ases muertos tenían su fotografía en la portada, rodeadas por un ribete negro. Había un interrogante junto a la Tortuga, pero era evidente que seguía vivo y coleando. Spector casi estaba contento, pero no lograba entender por qué no estaba muerto también. Siempre se las había arreglado para sobrevivir. La mayoría de los fracasados lo hacía.

—Ayer fue un infierno de día, y a te digo —dijo el taxista.

—¿Ayer?

Spector meneó la cabeza. Habían pasado demasiadas cosas en las últimas veinticuatro horas. Había sido como una larga pesadilla.

—Sí. Ya me estaría bien que todos los ases se mataran entre ellos. No sirven para nada.

Spector le ignoró y sacó la sección de deportes. Se preguntó si a los Nets les iría mejor este año.

—¿Y usted qué opina?

—¿Eh?

—¿Qué opina de los ases?

—Nada. ¿Por qué no cierra el pico y conduce?

Pasaron varios minutos antes de que el conductor volviera a hablar.

—Ya estamos. ¿Qué diablos quiere hacer aquí?

Spector abrió la puerta y salió; luego le entregó al taxista un billete de cien dólares.

—Espere aquí.

—Vale, pero no puedo pasarme la mañana aquí sentado.

Spector se dirigió a la verja de alambre. Era hora de volver a visitar a Ralph. Tal vez estaría demasiado cansado para matar. En realidad, el rey del vertedero no lo merecía.

Se encontró con un joven hombre negro con un cortavientos verde y un gorro rojo en la verja.

—¿Necesita algo?

—Sí, había unas cuantas barcasas de basura esta noche, y un tipo llamado Ralph. ¿Dónde están?

El hombre se giró y señaló el río.

—A estas alturas, a medio camino de Fresh Kills. Pero sólo es basura.

—Vale. Gracias.

Spector contempló cómo se alejaba y después miró hacia el agua.

—Tienes la oportunidad de vivir, Ralphie. A menos que digas algo estúpido.

El taxista tocó el claxon. En una cosa Ralph había tenido razón: no hay nada mejor que ser tu propio jefe. Tras trabajar para el Astrónomo y Latham, le habían tiroteado, le habían destrozado, mordido y colgado de lo alto del marcador del estadio de los Yankees. Estaba harto. Se había acabado lo de ser una arma cargada con la que algún pez gordo apuntara a alguien. A partir de ahora, él decidiría a quién matar, y cuándo.

Otro bocinazo.

—Un momento, gilipollas —murmuró Spector—. Sólo un momento.

El cielo estaba empezando a iluminarse pero la luz no traía ninguna calidez. Los muelles ya estaban vivos. La mayoría de la gente se estaba despenando o sirviéndose la primera taza de café. Spector se iba a ir a la cama y a dormir toda una semana. La conversación sobre aquel Día Wild Card probablemente no se

apagaría en una semana, ni siquiera en un mes.

—Sí, señor, Ralph, tú me has mostrado el camino. De aquí en adelante, pensaré más que en mí. Se acabó limpiar la mierda de otra gente.

Hubo un tercer bocinazo. Spector se giró despacio.

—Tú te lo has buscado, imbécil.

El infinito dolor resonó por todo su cuerpo como una herida recién abierta. Iba a ser un infierno encontrar otro taxi.



Incluso en la hora más oscura que precede al alba, Manhattan nunca duerme del todo, pero Riverside Drive estaba inmóvil y vacío cuando Hiram Worchester salió de su taxi. Casi resultaba inquietante. Dio una propina al conductor, buscó las llaves y subió la escalinata que conducía a su puerta. Nunca le había parecido tan acogedora.

En el interior, subió las escaleras con cansancio, sin preocuparse de encender las luces. Se desvistió mientras ascendía con pesadez, dejando la chaqueta colgada de la bellota de madera que adornaba la barandilla pulida, tirando la corbata y la camisa en los peldaños, abandonando los zapatos en el primer rellano y los pantalones en el segundo. La doncella los recogería mañana, pensó. Sólo que ya era mañana, ¿verdad? Decidió que no. No importaba lo que dijera el calendario, todavía era el Día Wild Card y lo sería hasta que se echara a dormir.

El dormitorio, en la tercera planta, tenía vistas sobre el Hudson. Se dirigió a la ventana y la abrió de par en par, inspirando una profunda bocanada del frío aire de la noche. En el oeste, el cielo era satén negro y, una vez más, en Jersey, las luces estaban empezando a regresar. Pero la vista más hermosa de la habitación era la cama de agua de tamaño extragrande, con sus almohadones mullidos y dispuestos, su colcha abierta que dejaba ver las sábanas limpias de franela. Parecía muy cálido y confortable. Se tiró con un suspiro de gratitud, sintiendo cómo el agua chapoteaba suavemente debajo de él. Se metió entre las sábanas y cerró los ojos.

En algún lugar, Aullador rió y los sueños de Hiram se partieron en centenares de esquilas de cristal. Chico Dinosaurio revoloteó por el Aces High, dejando caer trozos de su cuerpo en los platos de comida.

Un maniaco apuntó con una flecha a su ojo pero Popinjay lo hizo desaparecer con un chiste de mal gusto. Los rostros se giraron hacia él, magullados y sangrando, con los ojos llenos de dolor: Tachyon, Gills y una vieja joker que andaba como un caracol. Water Lily sonreía, la humedad le bajaba por la piel desnuda como si acabara de salir de la ducha, su cabello relucía bajo la suave luz de la araña y salía a mirar las estrellas, subiéndose al borde del

parapeto, esforzándose por alcanzarlas, tratando de llegar hasta ellas, tratando de alcanzarlas. Hiram intentaba advertirla, le gritaba que tenía que tener cuidado, pero se le resbalaba un pie y, cuando empezaba a caer, él veía que no era Jane, después de todo, sino Eileen; Eileen, que le tendía la mano en busca de ayuda, pero él no estaba allí y caía, alejándose, gritando. En los sueños, caes eternamente.

Después estaba en su cocina, cocinando, removiendo una olla grande, y en la olla había un líquido espeso que borboteaba lentamente y parecía sangre, y lo revolvía frenéticamente porque sabía que llegarían pronto, los invitados llegarían pronto y la comida no estaba lista y quería asegurarse de que todo era perfecto. Revolvió más rápido y entonces oyó los pasos, cada vez más altos, unos pasos pesados y fuertes en las escaleras, alguien se acercaba más y más...

Hiram se incorporó, desparramando las almohadas y la ropa de cama, justo cuando un puño del tamaño y color de un jamón de Virginia ahumado atravesaba la puerta cerrada del dormitorio de un portazo. La puerta recibió una patada, otra patada y a la tercera cayó en pedazos y Bludgeon entró. Hiram se quedó sin aliento.

Medía más de dos metros y vestía con cuero ajustado. Su cabeza era cuadrada y brutal, punteada por un cuero calloso y retorcido, con los ojos bajo una gran protuberancia ósea: uno de un brillante azul claro, el otro de un vivo rojo. El lado derecho de la boca quedaba cerrado por el resbaladizo y brillante tejido cicatricial que había crecido encima y su carne estaba jaspeada por un enorme cardenal verdoso. Sus orejas estaban veteadas, con colgajos correosos como las alas de los murciélagos, y el cráneo cubierto por forúnculos en lugar de pelo.

—¡Hijo de puta! —gritó con una voz que salió silbando de su media boca como vapor abrasador—. ¡Maldito as hijo de puta! —chilló. Los dedos de su mano derecha estaban permanentemente cerrados en un puño, y una áspera piel callosa crecía sobre los dedos y los nudillos en grandes protuberancias. Cuando cerró la izquierda en un puño, sus músculos se hincharon y las costuras de su chaqueta de cuero se abrieron—. ¡Te voy a matar, maldito gordo hijo de la grandísima puta!

—Sólo eres una pesadilla —dijo Hiram—. Aún estoy durmiendo.

Bludgeon gritó y dio un puntapié a la cama. El soporte de madera quedó hecho añicos, el plástico estalló y el agua empezó a salir por debajo de las sábanas. Parecía un surtidor. Hiram se quedó allí sentado, aturdido, con el agua calándole hasta la ropa interior, parpadeando conmovido. No era un sueño, se dijo a sí mismo conforme estaba más y más mojado. Bludgeon alargó la mano entre los chorros de agua, le agarró por la pechera de la camiseta con la izquierda y lo levantó por los aires.

—¡Hijo de puta! —gritaba el gigante una y otra vez—. Estoy en la puta calle,

cabrón de mierda, apestoso trozo de grasa, me han echado a la puta calle y es todo por tu culpa, te voy a matar hijo de la gran puta, cara de culo, puto gordo lamecoños, estás muerto, ¿lo oyes?, ¿lo oyes de una puta vez?

Su mano derecha se agitó bajo la nariz de Hiram: una bola deforme de hueso y tejido cicatrizado y callos prominentes cerrada eternamente en un puño.

—Puedo abollar un puto tanque con esto, mamón hijo de perra, así que imagina qué va hacerle a tu cara de lamecoños. ¿Lo ves? ¿Lo ves, hijo de puta?

Colgando del extremo del brazo de Bludgeon, Hiram Worchester se las arregló para asentir.

—Sí —dijo. Alzó su propia mano—. ¿Ves ésta? —preguntó y cerró el puño.

Mientras Bludgeon empezaba a despegarse del suelo, dejó caer su imponente puño y le dio a Hiram en la mejilla. Le escoció bastante y le dejó una roncha roja. Para entonces, el matón estaba flotando, agarrándose a Hiram como si le fuera la vida, con los pies rozando el techo. Empezó a gritar amenazas.

—Oh, cállate —le dijo Hiram. Intentó desenredar los dedos de Bludgeon de su camiseta pero el joker era demasiado fuerte.

Frunciendo el ceño, restauró su propio peso. Después lo dobló. Después dobló esa cantidad.

En vez de empujar a Bludgeon y apartarlo, se acercó a él, lo abrazó bien fuerte contra su ancho estómago y se tiró en plancha al suelo de madera. Era la segunda vez aquel día que oía unos huesos partirse.

Hiram se puso de pie jadeando, con el corazón martilleándole en el pecho. Se hizo más ligero y se quedó de pie mirando con el ceño fruncido a Bludgeon, quien se apretaba las rodillas y gritaba. Cuando se elevó del suelo, a la deriva, Hiram lo cogió por la muñeca y el tobillo y lo condujo flotando hacia la ventana abierta.

Se elevó. Hiram se acercó a la ventana y vio cómo ascendía. El viento venía del oeste. Debería llevarle por encima de la ciudad, hacia el East River, Long Island y, finalmente, el Atlántico. Se preguntaba si Bludgeon sabría nadar.

La cama estaba destrozada. Se dirigió hacia el armario de la ropa blanca. Se detuvo con las sábanas en la mano, sacudió la cabeza y volvió a colocarlas dentro del armario. ¿De qué servía? La noche casi había acabado y tenía mucho que hacer en el Aces High, pues se suponía que iba a abrir para la hora de comer; alguien tendría que supervisar las reparaciones y en unos pocos minutos amanecería, sería el inicio de un nuevo día. De todos modos, estaba demasiado cansado para dormir.

Con un profundo suspiro, Hiram Worchester bajó a la planta baja y empezó a cocinar. Se hizo una tortilla de queso y tres lonchas de panceta, frió unas pocas patatas rojas con cebolla y pimiento y lo regó todo con un gran vaso de zumo de naranja y una taza recién hecha de Jamaica Blue Mountain. Después, estuvo casi seguro de que sobreviviría.



A su alrededor, la ciudad empezaba a cobrar vida. Varios millones de personas ejecutando la rutina de pequeñas acciones que daban forma a la vida. Una letanía de lo ordinario, lo mundano, lo cómodo. Y Roulette sintió una punzada de interés, una llamarada de ansiedad. Tanta monotonía comparada con la obsesión que había gobernado su vida... Pero tan tranquila en su simplicidad. Pensó que podría comenzar preparándose una taza de café. Y después, ¿qué? Las posibilidades eran ilimitadas.



Aún había navíos mercantes que se dirigían al Lejano Oriente. Aún era posible encontrar una cabina en uno aunque, con tan poca anticipación, había sido caro.

Pero ya estaba hecho. Fortunato estaba en pie junto a la barandilla mientras pasaban a toda máquina por delante de Governors Island hacia la bahía Upper Nueva York.

El sol empezaba a salir sobre Brooklyn. Por debajo, el mar se movía a su propio paso, vasto, equilibrado y fluido pero cambiante. Fue el primero de los nuevos maestros de Fortunato.





GEORGE R. R. MARTIN nació en 1948 en Bayonne (Nueva Jersey), y en la actualidad reside en Santa Fe (Nuevo México). Hijo de un estibador de familia humilde, su anhelo por conocer los destinos exóticos de los navíos que veía zarpar de Nueva York fue uno de los motivos que lo impulsaron a escribir fantasía y ciencia ficción.

Licenciado en Periodismo en 1970, en 1977 publicó su primera novela, *Muerte de la luz*, novela de culto dentro del género y obra cumbre de la ciencia ficción romántica. Desde 1979 se dedica completamente a la escritura, y de su pluma han surgido títulos como *Una canción para Lya* o *El Sueño del Fevre*, donde su prosa sugerente y poética aborda temas tan poco usuales en el género como la amistad, la lealtad, el amor o la traición, desde una perspectiva despojada de manierismos pero cargada de sensibilidad. Como antologista cabe destacar su trabajo a cargo de *Wild Cards*, antología de mundos compartidos con temática de superhéroes de gran prestigio.

A partir de 1986 colabora escribiendo guiones y como asistente para series de televisión como *The Twilight Zone* o *Beauty and the Beast*, así como en la producción de diversas series y telefilmes. En 1996 inicia la publicación de la serie de fantasía épica *Canción de Hielo y Fuego*, éxito de ventas en Estados Unidos y auténtico revulsivo del género fantástico.

## Notas



[1] El muummuu es un traje amplio y floreado, típico de Hawai. <<

[2] Woman's Army Corps. <<